



**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES**

**CAMBIOS EN EL PATRÓN DE ESTRUCTURACIÓN POR EDAD DE LOS CURSOS DE
VIDA TEMPRANOS EN MONTEVIDEO: UNA APROXIMACIÓN A LOS EFECTOS DE
INTERACCIÓN ENTRE HISTORIA, ESTRUCTURA DE DESIGUALDADES Y
BIOGRAFÍA (1985 – 2006)**

Tesis presentada por

ANA KARINA VIDEGAIN MARTÍNEZ

Para optar por el grado de

DOCTORA EN ESTUDIOS DE POBLACIÓN

Director de tesis

PATRICIO SOLÍS

MÉXICO, D.F.

Abril de 2012



**CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS,
URBANOS Y AMBIENTALES**

Constancia de aprobación

Director de Tesis: Dr. Patricio Solís

Aprobada por el Jurado Examinador:

1. Doctor Patricio Solís _____
(firma)
2. Maestra Susana Lerner _____
(firma)
3. Doctora Rosa María Rubalcava _____
(firma)
4. Doctor Marcelo Boado _____
(firma)
5. Doctor Carlos Echarri (suplente) _____
(firma)

MÉXICO, D.F.

Abril de 2012

A mi madre,
a quien perdí en este camino y sin embargo continuó siendo siempre una fuente de amor, aún en su ausencia.
Ella que “cierto que quiso querer, pero no pudo poder...” supo transmitirme la pasión por este sueño interminable de “estudiar”.

A Iñaki,
con quién realicé en este tiempo una transición maravillosa: construir una vida juntos aprendiendo a ser madre e hijo.

A Martín,
mi compañero de ruta y mi cómplice.

A Virtuosa,
porque no hay caminos solitarios con ella.

A Aleta,
por su apoyo incondicional y lectura atenta.

Y a todos los que hicieron posible que yo pudiera escribir esta tesis en esta etapa de mi vida, sin mi mamá en el mundo y tan lejos de los lugares que me unieron a ella.

Resumen

La tesis doctoral que lleva por título “Cambios en el patrón de estructuración por edad de los cursos de vida tempranos en Montevideo: una aproximación a los efectos de interacción entre historia, estructura de desigualdades y biografía (1985 – 2006)” tuvo por objetivo aproximarnos a la realidad socio-demográfica uruguaya y su análisis a la luz de las importantes transformaciones que ha experimentado Uruguay desde la segunda mitad del siglo XX a nuestros días. Ese país ha transitado en estos últimos cincuenta años un cambio en el modelo de inserción productiva en la economía internacional afectando así sus estructuras sociales e institucionales en múltiples formas, procesos que indudablemente han repercutido e impactado el comportamiento demográfico de su población. De esta manera, recuperando una pregunta clásica de la demografía, buscamos analizar aspectos del cambio demográfico en su relación con el cambio social. De la misma manera, recuperando una preocupación clásica de la sociología buscamos analizar aspectos de la relación entre el tiempo histórico y el tiempo de vida individual a la luz de los cambios institucionales que el primero produce afectando la composición regulatoria del comportamiento social.

En este sentido, nos propusimos estudiar los cambios en los patrones de estructuración del curso de vida: cómo los cambios sociales afectan las vidas individuales modificando los mundos posibles contenidos en cada contexto socio-histórico. Abordamos nuestro objeto de estudio desde una perspectiva que buscó recuperar la dimensión institucional y los procesos históricos, para proponer una interpretación contemporánea de las transformaciones demográficas actuales a partir del entendimiento de que los cambios sociales, y los cambios en los cursos de vida, suponen una nueva organización de las reglas del juego. Así, a través del estudio de los cambios en los patrones de estructuración por edad de los cursos de vida tempranos de mujeres y varones residentes en el Gran Montevideo quisimos medir cambios en la capacidad reguladora y estructuradora de la edad. Pero no sólo para conocer cuándo este eje regulatorio de la vida moderna actúa con eficacia y cuándo no, sino para hacer observable, a través de la edad, todo lo que ella nos indica de los procesos de diferenciación e integración de los cursos de vida (y de las estructuras e instituciones que actúan y median para ellos).

Para la incorporación teórica y analítica de los efectos de las condiciones sociales e históricas sobre la experiencia de eventos sociodemográficos nos abocamos a la tarea de reseñar los cambios en las condiciones históricas del Uruguay (cambia el modelo de inserción internacional de la economía uruguaya inmersa en un proceso de democratización creciente), identificando los cambios y continuidades institucionales (mercado de trabajo, familia y hogares como fuentes de bienestar, sistema educativo, sistema de cuidado de los niños, vivienda y nuevos roles de género) y sus repercusiones en los cursos de vida. Todos estos cambios sucedieron en un contexto de transformación en la estructura de desigualdad social del país. Por lo tanto, integramos la desigualdad social como un eje analítico central en la valoración de los cambios en la estructuración del curso de vida, a modo de valorar si los procesos de estandarización o desestandarización del curso de vida a distintas etapas del curso de vida no eran también respuesta a una sociedad uruguaya más desigual.

Evaluamos los cambios en los patrones de estructuración por edad en entre los 6 y 45 años de edad en tres períodos de tiempo (1985, 1996 y 2006) concentrándonos en las combinaciones entre cinco estatus sociodemográficos involucrados en el procesos de tránsito a la

vida adulta. Pudimos evaluar para cada edad específica la distribución de mujeres y varones en la combinación de estatus que nos referían la posición a cada edad frente a cinco transiciones: salida de casa de los padres, salida de la escuela, entrada en primera unión, entrada en maternidad y entrada a trabajar. Asimismo, mediante la estimación de un índice de entropía de combinación de estatus para edades específicas pudimos alcanzar una medida sintética para describir el grado de homogeneidad o heterogeneidad de combinaciones de estatus alcanzado para cada edad específica. Lo cual nos permitió conocer los patrones de estructuración por edad y su tendencia en los tres períodos de tiempo histórico trabajados; así como dar cuenta del calendario de la transición a la vida adulta para cada cohorte sintética de 1985, 1996 y 2006.

Trabajamos en la fase analítica guiados por una secuencia de preguntas de investigación que jugaron en dos tendencias: 1) centrar la mirada en las fuentes competitivas de desigualdad en sociedades complejas de múltiples niveles con estructuras de estratificación donde éstas interactúan (edad, sexo y estrato), y 2) identificar la configuración y reconfiguración institucional de los cursos de vida a distintas edades en el tiempo histórico analizado.

El estudio demuestra que el curso de vida temprano se estructura de una manera relativamente estable. Podemos identificar un patrón en el índice de entropía bastante regular: aumentando hacia los 11 años, alcanzando su máximo próximo a los 20 años para descender luego (consistente con la concentración de los cambios de estatus en edades que podemos identificar como la transición a la vida adulta). Respecto a los niveles de entropía alcanzados en el tiempo analizado vemos un aumento de la heterogeneidad entre 1985 y 1996 para todas las edades. Pero para el 2006 la heterogeneidad en edades menores a 20 años aproximadamente decrece, incluso por debajo de la estimada para 1985, tanto en varones como en mujeres; y aumenta por sobre la de 1996 a partir de esa edad hasta los 45 años.

Primeramente observamos diferencias en los cambios en la estructuración por edad de los cursos de vida entre sexos y luego, cuando desagregamos por estratos sociales al interior de las dos subpoblaciones encontramos movimientos diferenciales por ambas dimensiones (sexo y estrato). A modo de resumen, podemos decir que los varones tienden a retrasar la formación familiar y mantener estable su calendario de entrada al trabajo en el período histórico analizado; frente a las mujeres que presentan tasas de participación laboral más bajas que ellos y además, entradas y salidas al trabajo a lo largo de su curso de vida (manteniendo de esta forma más temprano el calendario de formación familiar).

Los cambios en la estructura social, que modificaron oportunidades y chances de vida en el tiempo histórico, se vieron mediados por la distribución de oportunidades entre estratos y sexos. Frente a los cambios estructurales e institucionales acontecidos en el tiempo histórico cada estrato fue ajustando sus comportamientos demográficos con distintas herramientas (modificando sus vidas laborales, educativas y/o familiares) y en distintos calendarios; en un juego de relaciones entre las estructuras más o menos rígidas del mundo de la familia, los diferenciales por sexo en los procesos de individualización de la mujeres y los varones, y los recursos que cada estrato les permitió a sus miembros movilizar para enfrentar las nuevas coyunturas.

Así, las desigualdades de calendario en la transición a la vida adulta entre estratos fueron notorias para ambos sexos, marcados por una entrada a trabajar más temprana de los estratos bajos frente al resto, así como por una pronta salida de la escuela. La segmentación educativa es uno de los elementos más relevantes donde descansa la heterogeneidad de cursos de vida observados a distintas edades en el caso uruguayo analizado, siendo además el punto de arranque

para los distintos calendarios a la transición a la vida adulta. Respecto a la transición a la vida adulta observamos calendarios desiguales y lentos (un proceso de formación social de los individuos muy lento y desigual entonces).

En la medida que el curso de vida es guiado por instituciones sociales, y mujeres y varones no tienen igual relación con ellas, el curso de vida aparece gobernado evidentemente por normas diferenciales de género que se superponen a la edad. En un contexto de estatus sociodemográficos como el trabajo y/o el estudio poco estandarizados, que tienen distintos alcances para mujeres y varones, el sexo pasa a ser más importante que la edad para determinar cuáles estatus serían adquiridos por jóvenes de un sexo u otro. En el desarrollo del proceso de individualización –formación social de los individuos– mujeres y varones de iguales estratos son expuestos a distintos ámbitos de vida en temporalidades diferentes; las instituciones –y sus regulaciones– los alcanzan mediados por las desigualdades de género.

En términos más específicos, los procesos de desestandarización del curso de vida que pudimos observar entre 1985 y 2006 a partir de los 20 años de edad emergieron como tipos diferenciados de heterogeneidad para distintos grupos de sexo-edad-estrato en su tránsito a la vida adulta (los estatus sociodemográficos –fuentes institucionales– que promovieron esa heterogeneidad son distintos por estrato y sexo). Siendo el resultado de la acción diferencial del tiempo histórico en las vidas individuales, donde lo que podemos identificar como una desregulación por edad de algunas etapas de vida en el tiempo histórico analizado expresa a la vez un proceso de fijación de desigualdades sociales a través de desigualdades demográficas.

De esta manera, más allá de fluctuaciones en las tendencias, la edad mostró que continúa siendo un eje relevante para comprender las estructuras de los cursos de vida porque da cuenta de los procesos de diferenciación funcional e integración de los mismos. Por lo tanto, observamos a la edad homogeneizando experiencias sociodemográficas cuando las instituciones que organizan esas etapas de vida actúan de forma más integrada. De igual forma, la edad alcanza menos poder de estructuración cuando la vida de las personas se desarrolla entre instituciones que exhiben problemas de integración (como las tensiones existentes entre la escuela y trabajo y/o la familia y el trabajo). Los cambios en los niveles de estructuración por edad en el tiempo (re-estructuración) responden y expresan los cambios en los arreglos institucionales donde transcurre la vida de las personas.

De esta manera, pudimos identificar cómo los patrones de estructuración por edad actuaron como mediación de los cambios históricos. Cuando definimos un proceso de re-estructuración por edad en el tiempo histórico partimos de un patrón de estructuración de los cursos de vida para llegar a otro, y el primero resulta una estructura mediadora del tiempo histórico en las vidas individuales, mientras el último expresa a su vez los efectos desiguales de la historia y nos refiere a las desproporciones y desniveles del primero. Los cambios sociales identificados entre 1985 y 2006 actuaron sobre el patrón de estructuración por edad de 1985 que exponía a unos más que a otros a sus efectos y en distintas temporalidades; y esto les permitió o restringió, según el caso, márgenes de acción diferenciados por grupos de edad-sexo-estrato. Así, los efectos del tiempo histórico sobre las vidas individuales implican esfuerzos diferenciales en cada caso. Lo cual viene a señalar una vez más la importancia de considerar la edad como fuente de regulación social, en tanto actúa como un canal de distribución del tiempo histórico (y los cambios sociales que trae consigo) sobre los tiempos de vida individual.

ÍNDICE GENERAL

Resumen.....	1
Introducción.....	9
I. Curso de vida: ámbito de intersección entre lo posible y plausible.....	15
I.1 Curso de vida como hecho social	
<i>Condiciones de posibilidad de los cursos de vida.....</i>	16
I.2 Curso de vida como objeto de estudio y perspectiva teórica.....	25
I.3 Estructuración por edad	
<i>Procesos de regulación del curso de vida.....</i>	33
I.4 Desigualdad social y cursos de vida	
<i>Integrando el tiempo en sus múltiples expresiones a las desigualdades sociales.....</i>	44
I.5 Transición a la vida adulta	
<i>Un pasaje de estatus también de naturaleza cambiante.....</i>	48
I.6 Resumen de nuestra propuesta teórica de abordaje	
<i>Hacia la construcción de nuestro problema de investigación.....</i>	54
II. Un panorama del cambio social e institucional en el Uruguay	
<i>Segunda mitad del S.XX e inicios del S.XXI.....</i>	59
II.1 El contexto demográfico uruguayo	
<i>Una trayectoria demográfica que hace pensar.....</i>	59
II.2 Cambio socio-histórico.	
<i>Crónica de una transformación “a la uruguaya”.....</i>	62
II.2.1 Cambio en el modelo de inserción internacional de la economía	
<i>Reformas comerciales y sus consecuencias en la estructura productiva y el empleo.....</i>	63
II.2.2 La política y las políticas de Estado	
<i>¿Nuevas formas de provisión de bienestar?.....</i>	69
II.3 Reseña de cambios a nivel de las instituciones	
<i>Familia, trabajo, escuela, cuidado de los niños y vivienda.....</i>	78
III. Estrategia analítica, datos e hipótesis de investigación.....	95
III.1 Elementos que estructuran el análisis.....	97
III.2 Fuentes de datos.....	101
III.3 De los conceptos a los indicadores.....	102
III.4 Tiempo histórico y tiempo individual.....	105

III.5 Hipótesis de trabajo.....	107
IV. Una aproximación a los estatus sociodemográficos	
<i>Prevalencia, calendario y dispersión de los estatus sociodemográficos</i>	113
IV.1 Prevalencia, calendario y dispersión de los estatus en el tiempo.....	115
IV.1.1 Una síntesis de los hallazgos y comparación con la región.....	123
IV.2 Desigualdad entre estratos sociales en los estatus sociodemográficos.....	132
IV.3 Conclusiones generales del capítulo.....	142
V. La heterogeneidad de estados por edades en el tiempo	145
V.1 La heterogeneidad de estados en el tiempo histórico.....	151
V.2 Montevideo en la región	
<i>Enmarcando nuestro estudio en los niveles y tendencia de la entropía de la región</i>	155
V.3 Heterogeneidad de estados en distintas etapas del curso de vida y sus fuentes institucionales.....	161
V.4 Conclusiones generales del capítulo.....	176
VI. Heterogeneidad del curso de vida y desigualdad social	
<i>Los efectos de la desigualdad social en los cambios en la complejidad de los cursos de vida</i>	181
VI.1 La heterogeneidad de estados por estratos sociales.....	184
VI.2 Participación de los estratos sociales al cambio global de la entropía en el tiempo <i>Descomposición de la entropía por estrato</i>	186
VI.3 Composición por estatus de las entropías por estrato <i>¿Desigualdad de fuentes institucionales?</i>	198
VI.4 Estrato social y género como fuentes de desigualdad.....	213
VI.5 Conclusiones generales del capítulo.....	213
VII. Conclusiones finales	
<i>Una valoración general del patrón de estructuración por edad del curso de vida en el tiempo</i>	221
VII.1 Cambio histórico, cambio institucional y cambio en los cursos de vida.....	222
VII.1.1 El ámbito de lo plausible.....	222
VII.1.2 Efectos período y efectos cohorte <i>Un camino a las desigualdades dinámicas</i>	223

VII.1.3 Re-estructuración y re-institucionalización de los cursos de vida.....	227
VII.2 La familia y el trabajo como dimensiones en tensión	
<i>Reflexiones teóricas para nuevas líneas de investigación</i>	231
Anexos	235
Bibliografía	265
Índice de cuadros	275
Índice de figuras	279
Índice de gráficos	281

Introducción

“La importancia de investigar sobre los límites de la diversidad humana en un período histórico de cambios”

Wright Mills, 2003

La sociedad uruguaya ha experimentado –desde la segunda mitad del siglo pasado hasta nuestros días– un marcado proceso de cambio social que ha tenido como resultado un desfase entre la velocidad de los cambios económicos y la lentitud de los políticos y sociales. Las nuevas condiciones económicas constrictivas y su interacción con las condiciones socio-políticas promovieron el deterioro del Estado de bienestar uruguayo, que fue perdiendo calidad, eficacia y eficiencia en la tarea de desmercantilizar servicios y redistribuir recursos entre su población. Ambos aspectos de la transformación socio-económica uruguaya reciente han modificado las bases económicas y sociales de la relación entre mercado, Estado y sociedad y han afectado la estructura de composición de las fuentes de bienestar típicas de las sociedades modernas (trabajo, Estado y familia). Como consecuencia de ello, los hogares adquieren una mayor responsabilidad en la tarea de garantizar el bienestar de sus miembros, modificando así las pautas de vida individuales. De los efectos diferenciados de estos cambios en las biografías individuales busca dar cuenta nuestra investigación.

Esta investigación trata sobre los cambios en los patrones de estructuración del curso de vida en torno a distintas fuentes de regulación social como edad, sexo y estratos sociales en mujeres y varones residentes en el Gran Montevideo en las últimas décadas (1985, 1996 y 2006). El objetivo consiste en investigar dichos cambios en las etapas tempranas del curso de vida (específicamente, la transición a la vida adulta), relacionando el cambio histórico (transformaciones del modelo económico de inserción internacional de Uruguay, en un contexto de democratización creciente) con los cambios institucionales (mercado de trabajo, sistema educativo y familia) y sus repercusiones en los cursos de vida.

El análisis del cambio de los patrones de estructuración por edad de los cursos de vida es una vía para conocer las fuentes de regulación social, identificando cuáles son, cómo y cuándo actúan, y analizando qué cambios sufren y bajo qué ritmo. Por esta razón, la tarea investigativa inicia con un diagnóstico de las sociedades contemporáneas que permite delimitar los contornos de nuestro objeto de estudio; no solo considerando lo *posible* en términos históricos estructurales, sino lo *plausible* en términos de regulación socio-histórica¹.

La transición a la vida adulta (en adelante, TVA) es un período identificado como demográficamente denso, en tanto se procesan una cantidad importante de eventos demográficos y cambios de estatus, que involucran a su vez a múltiples dominios institucionales y modifican la estructura de derechos y responsabilidades individuales. La bibliografía sociodemográfica ha puesto énfasis en algunas de estas transiciones (Shanahan 2000, Hogan and Astone 1986, Modell et al 1976, entre otros): la culminación de la escuela, la emancipación del hogar de origen, la formación del hogar propio, el ingreso al mercado laboral, la autonomía económica, la llegada de los hijos. Asimismo, la transición a la vida adulta representa una porción muy importante en el

¹ Al respecto una búsqueda de ambos términos en el diccionario nos proporciona las siguientes definiciones: “*Posible*: que puede ser o suceder” y “*Plausible*: admisible”.

proceso de formación social de los individuos en las sociedades contemporáneas, tanto por el cúmulo de aprendizajes sociales que involucra como por las consecuencias acumulativas que acarrea en el desarrollo de las vidas individuales. De esta manera, a lo largo de nuestra investigación podremos conocer no sólo como un conjunto de individuos transitan a la su vida adulta sino también algunos aspectos de cómo se gestan los procesos de reproducción social de la población y su recambio generacional.

Nos ha interesado enmarcar nuestra investigación en el debate contemporáneo sobre estandarización o desestandarización de los cursos de vida porque creemos que la coyuntura histórica que estamos analizando puede ser un elemento promotor de heterogeneidad de experiencias, donde se promuevan más y nuevas configuraciones de estatus sociodemográficos en distintas edades específicas del curso de vida temprano. Asimismo, creemos que el escenario nacional de aumento de riesgos sociales desigualmente distribuidos puede haber promovido en los individuos distintas respuestas, que no se habrían distribuido de manera aleatoria en la población, sino que distintos grupos sociales pueden tener tipos de heterogeneidad diferentes por patrones desiguales de adecuación de sus comportamientos demográficos a los nuevos escenarios sociales.

A modo de precisar en forma abreviada diremos que entendemos como estandarización del curso de vida al proceso por el cual ciertos estatus sociodemográficos y eventos específicos, así como las secuencias y combinaciones en las que ocurren se tornan más universales para una población en cuestión. Asimismo, los calendarios de ocurrencia también son más homogéneos entre la población y en un rango de edades específicas. En este sentido, la visión de cursos de vida segmentados en etapas cronológicamente identificadas con secuencias de estatus estandarizadas permite pensar a las personas de edades similares con experiencias homogéneas (Brückner y Mayer, 2005). Como contracara del concepto antes descrito, la desestandarización del curso de vida refiere al proceso por el cual ciertas combinaciones de estatus o eventos, y las secuencias en las que ocurren, pueden tornarse en experiencias más acotadas a sectores específicos de la población, dejando de ser universales. En este sentido, la conceptualización de la desestandarización del curso de vida apunta a reconocer una heterogeneidad de experiencias de vida intra-grupo etario, aumentando la complejidad del curso de vida en una población. De esta manera, personas de la misma edad pueden tener experiencias distintas y personas de distintas edad pueden llegar a tener experiencias similares (Brückner y Mayer, 2005). Así, cobra relevancia nuestra inquietud por indagar respecto a otros ejes de regulación del comportamiento que pudieran estar organizando esos cursos de vidas ya menos estructurados por la edad.

Dado que, como recién señalamos, la TVA es una etapa del curso de vida densa en transiciones y cambios de estatus, es esperable encontrar una distribución de combinaciones de estatus menos homogénea que en otras etapas de la vida. Pero, al mismo tiempo, esta heterogeneidad tiene principios que la organizan. Un factor estructurador clave es la edad: en la medida en que las transiciones de estatus se concentran en edades específicas, es esperable que la dispersión en la distribución de combinaciones sea mayor en esas edades que en otras. Es por ello que el análisis de las combinaciones de estatus y de la distribución de combinaciones se plantea por definición en términos de edades específicas.

Otro factor estructurador de la TVA es la estratificación social. El periodo que estudiamos (1985 a 2006) se caracteriza por cambios importantes en la estructura de estratificación social del país, que apuntan a una creciente desigualdad socioeconómica y el deterioro de un conjunto de instituciones ligadas al estado de bienestar que contribuían a generar

un piso común de niveles y oportunidades de vida para los uruguayos. En el contexto de los procesos de estructuración de los cursos de vida durante la TVA, nos interesa analizar en qué medida la ubicación de los individuos en distintos estratos sociales puede ser un elemento igualador de experiencias, así como si la heterogeneidad de experiencias puede ser explicada por tal estratificación. Al plantear estas preguntas para tres momentos en el tiempo, se busca analizar los efectos del cambio en el régimen de estratificación social sobre la estructuración de los cursos de vida durante la TVA.

En tercer lugar, pondremos atención al sexo como un tercer factor estructurador de los cursos de vida durante la TVA. Los procesos de construcción social de los individuos están indiscutiblemente ligados al sexo, mujeres en varones desarrollan sus vidas de manera desigual entre los distintos dominios institucionales. A su vez esta desigual participación en distintos ámbitos de vida esta segmentado por edad y estrato, por lo cual nos interesa indagar en la interacción entre estos ejes de diferenciación social. Más precisamente, cómo miembros de diferentes sexos y estratos difieren respecto a la estructuración por edad. Mirado desde la estructuración por edad un proceso de segmentación de experiencias sociodemográficos por estrato y/o sexo es reconocer dificultades en los procesos de integración social de los cursos de vida. Es decir, que la edad no basta para igualar experiencias de individuos de diferentes orígenes sociales (sexo-estrato).

Abordamos así nuestro objeto de estudio desde la perspectiva de curso de vida que buscó recuperar la dimensión institucional y los procesos históricos, para proponer una interpretación contemporánea de las transformaciones demográficas actuales a partir del entendimiento de que los cambios sociales, y los cambios en los cursos de vida, suponen una nueva organización de las reglas del juego (cambio en la estructura de regulación de los cursos de vida). Así, desde nuestro enfoque teórico-analítico privilegiamos la idea de un único patrón de estructuración por edad dinámico en el tiempo histórico, entendido como un entramado complejo de interrelaciones con múltiples fuentes de diferenciación y niveles de integración, que expone a los individuos de distintos grupos de sexo-estrato a distintos roles y en contacto con distintas instituciones en momentos diferentes de sus vidas. Así, los cambios históricos, mediados por cambios institucionales, van a afectar a la población en distintas etapas de sus vidas. De esta forma, el patrón de estructuración por edad en un momento dado actúa como un canal de distribución de los efectos del tiempo histórico sobre las vidas individuales, y nos permite conocer cómo operaran los distintos ejes de diferenciación y regulación social en nuestro caso de estudio.

Partiendo del escenario de transformaciones sociales acontecidas en Uruguay en las últimas décadas, formulamos distintas hipótesis respecto a los procesos de re-estructuración por edad que podrían producirse. Los cambios sociales habrían impactado en los procesos regulatorios del curso de vida promoviendo una nueva cronologización de los cursos de vida tempranos por medio de un proceso de re-institucionalización de los cursos de vida. De esta manera, algunas instituciones –escuela o trabajo por ejemplo– pueden dejar de ser estructuradoras de la vida de los individuos a ciertas edades, pudiendo producir heterogeneidad en sus cursos de vida, lo cual nos abrió a la pregunta respecto a qué otras posibles instituciones pueden sustituir su papel como fuente de regulación.

El análisis del cambio en los patrones de regulación por edad en la transición a la vida adulta, está guiado por un conjunto de preguntas que guían nuestro trabajo de investigación, a saber:

- ¿Cómo se configuran los estatus sociales durante el periodo de transición a la vida adulta?
- ¿Qué tan homogéneas o heterogéneas son estas configuraciones de estatus en las distintas edades?
- ¿Cuánto contribuye la estratificación social, y más concretamente la estratificación por sexo y estratos sociales, a la heterogeneidad en las configuraciones de estatus?
- ¿Qué tanto contribuye el estatus de los sujetos en cada dominio institucional (escuela, trabajo y familia) a la heterogeneidad global en las configuraciones de estatus? En otras palabras, ¿en qué dominios del curso de vida la transición a la vida adulta se ha vuelto más heterogénea?
- Tomando como referencia el periodo que va de 1985 a 2006: ¿se han producido cambios en estas configuraciones y en sus fuentes de regulación? En caso afirmativo, ¿en qué edades se presentan estos cambios?
- ¿Estos cambios apuntan a una mayor o menor heterogeneidad en los cursos de vida a edades tempranas?
- Finalmente, la heterogeneidad social observada y sus cambios en el tiempo ¿es una expresión de la desigualdad social? ¿Es posible identificar un proceso de creciente heterogeneidad en los cursos de vida entre estratos sociales y creciente homogeneidad al interior de ellos?

Aspectos metodológicos y técnicos que estructuran el análisis

Partimos entonces de una mirada que concibe a la sociedad uruguaya como altamente diferenciada, en donde un mismo individuo puede tener inserciones institucionales diversas en espacios sociales o dominios que guardan relativa autonomía entre sí, y en donde la inserción múltiple a estos dominios institucionales –expresada en una determinada combinación de estatus- se encuentra mediada por factores estructurantes como la edad, el estrato social, y el género.

Nos interesa analizar cómo los cambios históricos recientes de las estructuras sociales y sus efectos sobre las instituciones en el Uruguay han implicado a su vez cambios en los patrones de estructuración de los cursos de vida, particularmente durante la TVA. Por tanto, integramos el tiempo en dos expresiones, como tiempo individual –efectos edad- y como tiempo histórico –cambios entre periodos.

Los cambios en los patrones de estructuración de estatus por edad durante la TVA son analizados mediante las operaciones metodológicas que se enuncian a continuación:

- Trabajamos con cinco estatus sociodemográficos que nos permiten aprehender cambios en la estructura de responsabilidades y obligaciones de los individuos en la fase de su transición a la adultez (condición de estudiante, trabajador, paternidad, estado conyugal y coresidencia con los padres).
- Esto implica incluir tres dominios institucionales (trabajo, familia y escuela), lo cual nos permite identificar los cambios en la transición a la vida adulta en las distintas esferas que ésta involucra, así como también valorar como los cambios macro-estructurales “aterrian” en cambios en diversas instituciones.
- Trabajamos con el eje temporal en su doble referencia: histórica e individual. En este sentido, procuramos tener tres mediciones en el tiempo histórico (las tres cohortes sintéticas de 1985,

1996 y 2006); así como cubrir en el análisis un rango de edades individuales amplio que nos permita captar efectos diferenciales del cambio histórico e institucional a través del tiempo de vida individual (desde los 6 a los 45 años de edad).

- Integramos, además de la edad, otras dos dimensiones de desigualdad: el sexo y la estratificación social. Los estratos sociales se definen por estratos residenciales que nos permiten conocer los espacios de socialización.
- Como técnica de análisis utilizamos *el índice de entropía de combinación de estatus a edades específicas* (Fussell, 2005). Este índice nos permite obtener una medida resumen del grado de homogeneidad de estatus. La aplicación del índice a la población en su conjunto, nos permite obtener medidas generales de homogeneidad o heterogeneidad. La aplicación a subgrupos definidos por el estrato socioeconómico y el género, así como el análisis de su variabilidad intra e inter-grupo, contribuye a analizar las fuentes de estructuración de los cursos de vida durante la TVA. Por último, al replicar estos cálculos para distintos momentos en el tiempo es posible identificar los efectos del cambio histórico, tanto sobre el grado de heterogeneidad en términos generales, como sobre el peso de las distintas fuentes de estructuración.
- Contamos con los microdatos censales de 1985 y 1996 y microdatos de una encuesta de hogares del 2006. Trabajamos para cada año con la población de ambos sexos residente en Montevideo y su área metropolitana.

Estructura de los contenidos

La tarea expositiva de este trabajo ha sido organizada en siete capítulos, donde cada uno de ellos representa un paso en la investigación. Cada capítulo concluye con un resumen de los resultados y hallazgos empíricos alcanzados en esa fase de indagación. Por esta razón, en el capítulo final (numerado como VII) se trazan las conclusiones alcanzadas gracias al ejercicio de recuperar nuestras preocupaciones teóricas a la luz de los hallazgos, lo cual propone una manera de explicar los fenómenos observados y abre las puertas a nuevas líneas y preguntas de investigación.

En el Capítulo I, se aborda la propuesta teórica como un modo de explicitar los conceptos utilizados en la construcción de nuestro problema de investigación y en la delimitación del objeto de estudio. Supone la tarea de edificar el andamiaje conceptual y argumentativo que nos permite tomar decisiones informadas teóricamente a la hora del diseño metodológico y la propuesta de hipótesis de investigación.

Los procesos de cambio sociodemográfico acontecidos en la sociedad uruguaya contemporánea, son caracterizados en el capítulo II. La tarea consiste en mostrar el sustrato espacio-temporal de las transformaciones sociales en Uruguay, su repercusión en los comportamientos demográficos –en tanto nuevas reglas de juego- y los debates teóricos que emergen de este nuevo contexto y que se relacionan con nuestro objeto de estudio.

En el capítulo III, se explicitan las decisiones metodológicas asumidas en el curso de esta investigación, proponiendo hipótesis de trabajo y una estrategia analítica para la interpretación de los fenómenos bajo estudio. Asimismo, se describe la fuente de información empírica utilizada y los procedimientos para la construcción de indicadores y herramientas analíticas.

Una primera aproximación al examen de los cinco estatus sociodemográficos trabajados como estatus simples se realiza en el capítulo IV, mediante el análisis de la prevalencia, calendario y dispersión. Permite construir un panorama general de lo que se observa para cada uno de ellos en relación con lo que acontece al interior del dominio institucional en el que se procesan.

En el capítulo V se da un segundo paso en la comprensión de la complejidad de los procesos involucrados en la transición a la vida adulta. La tarea consiste en identificar cambios en los niveles de heterogeneidad en tres períodos de tiempo y describir las fuentes institucionales que los configuran, mediante el análisis combinatorio de las múltiples transiciones incluidas. El índice de entropía de combinación de estatus a edades específicas adaptado a variables nominales –como medida resumen- permite medir diferencias en el calendario en la transición a la vida adulta a lo largo del tiempo, comparando distintas cohortes sintéticas y subpoblaciones a su interior. En este capítulo también se ofrece una comparación del caso uruguayo con sus contrapartes regionales.

La relación entre el proceso complejo de transición a la vida adulta y la desigualdad social es trabajada en el capítulo VI. El análisis se enfoca en las brechas existentes por estrato en la estructuración de los cursos de vida, su transformación en el tiempo y cómo éstas contribuyen a un cambio global de la entropía entre 1985 y 2006 –es decir, a un patrón específico de estructuración por edad de los cursos de vida.

Por último, como ya anticipamos, en el capítulo VII cerramos nuestro recorrido de investigación volviendo al punto de partida, esto es, interpretando los resultados a la luz del proceso histórico de gestación de una matriz regulatoria del comportamiento individual de las sociedades modernas y los cambios socio-históricos estructurales e institucionales que atraviesa la sociedad uruguaya de las últimas décadas. Estas palabras finales suponen un nuevo punto de partida para futuras indagaciones sobre la compleja tarea que supone –en sociedades contemporáneas- convertirse en adulto.

Capítulo I.

Curso de vida: ámbito de intersección entre lo posible y plausible

Existen diversas maneras de abordar el estudio de los cursos de vida individuales, y en particular, los procesos de estructuración por edad de los cursos de vida en etapas tempranas del mismo. Como hemos destacado, preguntarse acerca de la estructuración por edad de los cursos de vida es una de las formas de aproximarse a un objeto clásico de la sociología: las fuentes de regulación de la vida social, específicamente, cuáles son, cómo y cuándo actúan, qué cambios sufren y bajo qué ritmo.

La estructuración por edad de los cursos de vida se vincula con un proceso de cambio social más amplio, que nos remite a la constitución y evolución en el tiempo del orden social moderno. Para nuestra investigación, estos procesos sociales representan un telón de fondo que provee de sustrato socio-histórico y configura, a la vez, los cambios en la organización de los cursos de vida que los convierten en hechos sociales y objetos de estudio e investigación. En particular, nos referimos a que los procesos de estructuración de los cursos de vida deben ser enmarcados en su relación dinámica con los cambios y procesos sociales de larga duración, como el surgimiento de las sociedades modernas, con su proceso de racionalización y construcción de individuos y ciudadanía, tal como los entendemos hoy en día (Mayer, 1991).

De esta forma, podemos pensar la estructuración por edad e institucionalización de los cursos de vida en el tiempo como un proceso paralelo al de la racionalización e individualización de las sociedades modernas, con expresiones propias como la diferenciación de espacios de vida, con autonomía relativa de esquemas regulatorios a su interior, y la organización de los tiempos de vida individuales (cronologización del curso de vida).

Organizaremos este capítulo de la siguiente manera. En los dos primeros apartados trabajaremos al curso de vida desde distintos aspectos: como hecho social y como objeto de estudio y perspectiva teórico-metodológica. El primero supone un breve recorrido por las condiciones históricas estructurales de existencia de los cursos de vida, es decir, por las formas en las que se organiza la vida individual en sociedades contemporáneas y representa la construcción de nuestro problema de investigación. El segundo permite establecer los elementos que caracterizan a nuestra pauta teórico-metodológica de abordaje. En este sentido, la estructuración por edad de los cursos de vida emerge como una forma de aproximarnos a las fuentes de regulación social del comportamiento individual; y la transición a la vida adulta una etapa de vida institucionalizada que requiere de tiempo de vida individual en el largo proceso de modelación social de los comportamientos.

A estos dos primeros apartados le siguen otros donde intentaremos abordar tres elementos contenidos en nuestra investigación. El primero es el de la estructuración por edad (y los procesos de regulación del curso de vida que ésta implica), lo que supone establecer un conjunto de elementos conceptuales y presentar el debate actual sobre los cambios en los patrones de estructuración de los cursos de vida en sociedades contemporáneas. El segundo es relativo a la desigualdad social y los cursos de vida, que supone reflexionar respecto a la integración del tiempo (histórico e individual) a las desigualdades sociales. Esto nos provee de herramientas analíticas a la vez que nos permite tender un puente entre las perspectivas teóricas de abordaje de las desigualdades sociales y el enfoque de curso de vida. El tercer aspecto supone

centrarnos en el curso de vida temprano y las principales transiciones que se realizan, que están contenidas y contempladas en lo que se entiende por la transición a la vida adulta. ¿Qué es la transición a la vida adulta? ¿Por qué resulta relevante estudiarla? ¿Qué aspectos sociodemográficos permite describir y analizar?

Finalmente, y a modo de cierre de este capítulo, realizaremos un resumen de nuestra propuesta teórica de abordaje y la delimitación de nuestro problema de investigación: la construcción del objeto de estudio.

I.1 Curso de vida como hecho social

Condiciones de posibilidad de los cursos de vida

La posibilidad de buscar por uno mismo y mediante, sobre todo, los propios esfuerzos y decisiones la satisfacción de un anhelo personal entraña en sí misma riesgos de índole muy particular. Muchos caminos podemos soñar y vivir, podemos postergar placeres más inmediatos por otros más a largo plazo, lo alcanzado puede no ser como soñábamos, lo que queríamos y casi pudimos obtener puede verse bloqueado por guerras, crisis y elementos que se sobrepusieron a nosotros, podemos haber medido mal desde el inicio social a nuestros sueños, podemos tener conmovida la posibilidad de disfrute y alegría desde nuestra infancia. Muchas cosas pueden pasar, y cuando miramos hacia atrás parece que hay mil vidas no vividas y una sola vivida que puede no contener la fuerza de todas las ramificaciones de cada acción y elección que fuimos dejando de lado. Está pues en la naturaleza de las sociedades más especializadas el que los individuos hayan de abandonar al borde del camino una plétora de alternativas no tomadas, de vidas no vividas, de papeles no desempeñados y de oportunidades desperdiciadas (Elias, 2000).

El curso de vida surge como un hecho social en una fase histórica precisa y es el resultado de condiciones estructurales particulares que nos informan del patrón regulatorio general del comportamiento humano en sociedades modernas. Karl Ulrich Mayer plantea que “...el desarrollo del moderno estado de bienestar y la emergencia del curso de vida individual son un hecho social en el sentido de Durkheim², y en estos términos son las dos caras de la misma moneda macro social” (Mayer, 1991). En este sentido, nos interesa recuperar en este apartado algunos aspectos que permiten la emergencia de los cursos de vida individuales como hechos sociales, porque a la vez que nos informan de las condiciones de posibilidad de nuestro objeto de estudio nos permite construir nuestro problema de investigación en un sentido preciso: estudiar los patrones de estructuración por edad de los cursos de vida tempranos como procesos regulatorios.

² Durkheim define un hecho social como: “...modo de actuar, de pensar y de sentir que presentan la propiedad notable de que existen fuera de las conciencias individuales. Estos tipos de conducta y de pensamiento no son solo exteriores al individuo, sino que están dotados de un poder imperativo y coercitivo en virtud del cual se imponen a él, lo quiera o no.” (Durkheim, 1974).

Karl Ulrich Mayer establece lo que él denomina como “elementos para una teoría general”³ sobre la relación entre el estado de bienestar y el curso de vida. El estado de bienestar viene a representar la forma en que los Estados modernos en sociedades contemporáneas intervienen en la vida de los individuos. En definitiva, nos habla de la relación existente entre los procesos de cambio macro social (como la conformación de Estados modernos y estados de bienestar en un sentido más específico), y la estructuración de los cursos de vidas individuales. El argumento central de su planteo se apoya en el proceso de expansión del Estado y el aumento de sus responsabilidades como aquel que a la vez que contribuye a la propia configuración de lo individual en nuestras sociedades le confiere orden y regularidad a los cursos de vida individuales (Mayer, 2004). Veamos qué caracteriza a este proceso.

Como escenario de fondo a la expansión del Estado moderno asumimos el desarrollo de los procesos de racionalización e individualización social con la respectiva dinámica institucional que esto implica. Con el propósito de organizar aquellos elementos que nos interesa rescatar de esos dos grandes procesos macrosociales que permiten comprender la posibilidad de cursos de vida como la contracara de los estados de bienestar, jerarquizamos el desarrollo de tres elementos. 1) La construcción de individualidades como un proceso de “**fijación social**”. Los seres humanos requieren de un proceso de fijación social para la construcción de individualidades (Elias, 2009). En este sentido, el curso de vida en etapas tempranas puede ser entendido también como parte de este proceso. 2) Explicitar algunas de las características fundamentales de las sociedades contemporáneas que nos permitan identificar las condiciones de regulación del comportamiento individual que éstas suponen. Estamos trabajando con un tipo de sociedades –altamente diferenciadas y con altos niveles de integración social, que gozan de un monopolio de la violencia por parte del Estado y permiten la emergencia de **fuentes múltiples de regulación social del comportamiento**. 3) El **tiempo** como fuente de regulación social y eje de intervención estatal. A continuación desarrollaremos estos tres aspectos.

1) La diferenciación de funciones psíquicas del ser humano sólo puede tener lugar siempre que éste crezca en un grupo (en una sociedad de individuos) y no como producto de un mecanismo natural heredado. Partimos de entender que los seres humanos formamos parte de un orden natural y de un orden social. Frente a esto, Norbert Elias nos dice que “...el orden social, si bien no es un orden natural en el mismo sentido que lo es el orden de los órganos que están dispuestos en un cuerpo particular, debe su existencia misma a una característica de la naturaleza humana, la especial adaptabilidad y flexibilidad que diferencia la dirección de los comportamientos humanos del animal. Y el propio relajamiento del aparato reflejo natural en lo concerniente a la dirección del comportamiento humano es el resultado de un largo proceso histórico-natural” (Elias, 2000). Esta condición es esencial para la historicidad de la sociedad humana, y sobre todo condiciona que los seres humanos requieran que su autodirección sea modelada durante años por otras personas (sociedad) para que asuma forma diferenciada y específicamente humana. La carencia humana de una fijación heredada de la autodirección en el trato con los demás (propiedad más identificable en otros animales) es reemplazada por lo que el autor denomina “fijación social” como modelado socio-genético de las funciones psíquicas.

Aquello que entendemos por la individualidad de una persona es, además de una particularidad de sus funciones psíquicas (sólo posible porque la autodirección relacional en los

³ Elementos que recuperaremos en el siguiente apartado cuando analicemos la perspectiva teórica y metodológica del curso de vida.

humanos es flexible), una cualidad de su autodirección en relación al resto de las personas y el mundo. La sociedad entonces tipifica o iguala a través del modelado social proporcionando a la persona la particularidad de su tiempo a la vez que distingue e individualiza; la diferencia del resto de los integrantes de esa misma sociedad (ideas ampliamente trabajadas desde la sociología clásica con autores como Durkheim, Marx, Weber, Simmel y Elias entre otros).

2) Partimos de entender que estamos trabajando con sociedades diferenciadas funcionalmente y con altos niveles de integración social (cadenas de interrelaciones más extensas). Este sustrato social va de la mano de un modelo de regulación social del comportamiento humano que requiere de un arduo y largo camino de modelación para que los individuos aprendan a manejarse en estructuras sociales tan complejas. A continuación nos detendremos un momento en reflexionar en estos aspectos que condicionan la posibilidad de los cursos de vida como hechos sociales y le dan la impronta de regulación de los comportamientos individuales de nuestro tiempo.

A mayor diferenciación de funciones mayor es la cantidad de individuos de la que dependemos cada uno para la realización de actos incluso cotidianos; y eso supone ajustar el comportamiento de un número creciente de individuos; organizar mejor y más rígidamente la red de acciones para que la acción individual llegue a cumplir así su función social:

Más difícil y arduo es el proceso de civilización individual a lo largo del cual la persona, partiendo de la conducta infantil, uniforme y universal, se acerca en mayor o menor grado al de civilización alcanzado por su sociedad; y mayor será el tiempo requerido para este proceso, porque más tiempo le lleva al adolescente estar capacitado para cumplir con las funciones de adulto de su tiempo. No solo es cuestión de tiempo sino que se torna más complejo y difícil el proceso de autorregulación consciente e inconsciente por el cual atraviesa el individuo debe pasar, lo que muchas veces no termina derivando un correcto equilibrio entre las inclinaciones personales, su propia autorregulación y sus tareas sociales (Elias, 2009).

El desarrollo de las condiciones estructurales, en las posibilidades de estructuración de los cursos de vida, supone enfrentarnos a sociedades diferenciadas e integradas, administraciones burocráticas de la violencia y sistemas altamente especializados. Estas sociedades sólo pueden existir por la presencia de individuos que se constituyen como tales por un arduo proceso de modelación y entrenamiento social. El hombre siempre ha representado una amenaza para el propio hombre, y en el proceso de pacificación de la vida social –que implicó la constitución de monopolios de violencia física– ha sido sometido a una regulación muy estricta (Elias, 2009). De esta forma, en el orden postradicional la violencia queda excluida de la vida cotidiana liberándola de sobresaltos, para convertirse en algo que pasa a existir en recintos especializados aparentemente sin afectar al individuo (salvo en épocas de guerra o de subversión social, como nos recuerda el autor). Pero si bien la violencia pasa a ser algo controlado de manera monopolizada por un grupo de especialistas, esta situación no debe ser interpretada como ausencia de vigilancia.

En las sociedades modernas la vigilancia pasa a ser ejercida, al margen de la vida social cotidiana, como una organización de control del comportamiento del individuo: “Y esa forma de organización del control ejerce una influencia determinante en el individuo, tanto si la percibe como no, porque impone una forma peculiar de seguridad. Ya que de esa violencia acumulada entre los bastidores de la vida cotidiana emana una presión continua y homogénea sobre la vida

del individuo, que éste apenas percibe porque se ha acostumbrado a ella y porque tanto su comportamiento como sus sentimientos han venido ajustándose desde la niñez a esta estructura de la sociedad” (Elias, 2009).

Pero, ¿qué relación guarda esto con la forma en que se organizan las vidas individuales y sus patrones de regulación y estructuración? La monopolización de la violencia física hace más pacífica la vida cotidiana, proporcionando una seguridad que se paga con formas más o menos intensas de autodomínio. Desde distintas vertientes sociológicas y psicológicas (Elias, Durkheim, Freud, Sorokin y Parsons, por solo mencionar algunos) se ha trabajado, investigado y documentado la correspondencia entre el aparato de control y vigilancia en la sociedad con el aparato de control que se constituye en “el espíritu del individuo”. El monopolio de la violencia por parte del Estado se convierte en un aspecto clave de la vida en sociedades modernas por su contraparte: los esfuerzos humanos de control de sus comportamientos, donde la vigilancia, la regulación externa y la autorregulación se tornan una tríada fundamental en la forma en que los individuos regulan sus comportamientos en las sociedades actuales. Elementos todos que se encarnan en las premisas teóricas de la perspectiva de curso de vida y serán retomados en el siguiente apartado.

De esta forma, hoy sabemos que asistimos a unas formas de regulación social de los comportamientos humanos que, siendo el resultado de un proceso de larga data, guarda sus improntas: a la regulación social externa debemos también considerar la autorregulación o autocoacción. De la mano del monopolio de la fuerza física se produce el aumento de la regulación de los comportamientos individuales, un mismo proceso con dos caras que hacen posible que los individuos puedan emerger como sujetos de derechos y responsabilidades, siendo en gran parte el objeto de la intervención estatal generando mayores niveles de autonomía respecto al entorno (Mayer, 1991). El Estado moderno a través de “los estados de bienestar” como institución moderna por excelencia regula y libera a la vez. Todo esto configura un escenario de aumento de la libertad individual y la contingencia; al mismo tiempo que involucra la generación y consolidación de instituciones con capacidad de control y regulación desconocida hasta ese momento.

Las características estructurales de las sociedades altamente diferenciadas e integradas no sólo hacen posible la emergencia de los cursos de vida como hechos sociales sino que promueven requerimientos también de carácter estructural y regulatorios que hacen necesario que las personas “se capaciten” para habitar el mundo que les espera. Esto convierte al curso de vida en sus etapas tempranas en un tiempo de vida muy importante en el proceso de fijación social del que nos hablaba Elias, donde los seres humanos van adquiriendo su individualidad (proceso de individualización).

Es así que la transición a la vida adulta no se da de un momento para otro, en cambio, debe ser identificada como un proceso de múltiples transiciones que refiere a un pasaje de estatus y está caracterizado también por cierta indeterminación social. Los niños están totalmente integrados a la familia y dependen económicamente y afectivamente de la misma; los adolescentes van sobreponiéndose paulatinamente a esa dependencia familiar pero la autonomía relativa no se alcanza en un sólo movimiento. En estas fronteras de la vida adulta se habita un espacio de entrenamiento social, se van ensayando roles y adquiriendo autonomía económica a partir de su integración en la fuerza de trabajo y adquiriendo independencia emocional a través de la formación de sus propias familias.

Pero en sociedades diferenciadas el individuo no desarrolla su vida en un espacio unidimensional, sino que lo hace a través de múltiples instituciones. Desde la perspectiva de curso de vida se denominan dominios institucionales, y básicamente se distinguen tres: familia, educación y economía (o trabajo). Cada uno de ellos produce, con relativa autonomía, sus propias trayectorias posibles, secuencias específicas de roles y una particular forma de distribuirlos en el tiempo. Nos parece oportuno retomar en palabras de Wright Mills su percepción coincidente con estos procesos que venimos describiendo:

No puede entenderse adecuadamente la vida de un individuo sin referencias a las instituciones dentro de las cuales se desarrolla su biografía. Porque esa biografía registra la adquisición, el abandono, la modificación, y de un modo muy íntimo, el paso de un papel a otro. El individuo es un niño de cierto tipo de familia, un compañero en cierto tipo de grupo de muchachos, estudiante, obrero, presidente de un jurado, general, madre. Gran parte de la vida humana consiste en la representación de esos papeles dentro de instituciones específicas. Para comprender la biografía de un individuo tenemos que comprender la significación y el sentido de los papeles que representó y que representa, para comprender esos papeles, tenemos que comprender las instituciones de que forma parte (Mills, 2003).

Además, como condición estructural las instituciones modernas y contemporáneas guardan como particularidad una relativa autonomía entre ellas, por el propio proceso de desanclaje⁴ descrito por Giddens (2004). De esta manera, los dominios institucionales de los cursos de vida van constituyendo lógicas regulatorias propias en el proceso de diferenciación social y funcional (y en esto veremos en el siguiente ítem 3 el papel clave de integración de los cursos de vida que puede llegar a desempeñar el estado de bienestar). Pero Giddens (2007) agrega algo aún más importante respecto a lo que el proceso de diferenciación social y funcional supone para las condiciones regulatorias de los cursos de vida recientes. La aceleración de los procesos de supervisión y la extensión que alcanza el poder administrativo (el Estado) hoy en día, sumado a la reflexividad institucional⁵, trae consigo la posibilidad de que el sistema se vuelva internamente referencial, al punto que las exterioridades pueden convertirse en cero⁶.

⁴ Giddens identifica en las sociedades modernas y contemporáneas (de “modernidad tardía”) lo que denomina como *proceso de desenclave* de las instituciones sociales. El desenclave es un factor necesario para que sea posible la “extracción” de las relaciones sociales de las circunstancias locales y su rearticulación en regiones espaciotemporales indefinidas; y asimismo, explica la gran aceleración del distanciamiento entre tiempo y espacio introducido por la modernidad. Existen para el autor dos tipos de mecanismo del desenclave: la creación de *señales simbólicas* y el establecimiento de *sistemas expertos*. Ambos son *sistemas abstractos* mediante los cuales “se deja en suspenso” el tiempo y el espacio. Las señales simbólicas son medios de cambio de valor estándar e intercambiables en una pluralidad de circunstancias (Giddens, 1997). Un ejemplo claro de ellas es el dinero. El dinero permite realizar transacciones entre personas que jamás estarán en contacto directo, dejando en suspenso el tiempo y el espacio; por su cualidad de ser un sistema de alta complejidad que liga aspectos de la vida cotidiana con procesos mundiales. Los sistemas de expertos emplean modos de conocimientos técnicos cuya validez no emana de quienes las practican y de los que los utilizan (Giddens, 1997).

⁵ La reflexividad institucional o el carácter reflejo de modernidad refieren al hecho que la mayoría de los aspectos de la actividad social y las relaciones materiales con la naturaleza están sometidos a revisión continua a la luz de nuevas informaciones y conocimientos. Y que este conocimiento no es accesorio a las instituciones modernas, sino constitutivo de ellas (Giddens, 1997).

⁶ Es el mismo proceso al que referimos anteriormente, donde las coacciones externas se van tornando autoacciones con la consecuente automatización del comportamiento autoaccionado, pero ahora radicalizado por la dinámica propia de las instituciones de las sociedades contemporáneas (modernidad tardía).

De esta manera, el Estado y la sociedad civil se desarrollan a la par como procesos de transformación unidos entre sí. La condición para este proceso es la creciente capacidad del Estado para incidir en muchos aspectos de la vida cotidiana; y su contracara es la sociedad civil estructurada. El Estado y la sociedad son internamente referenciales en el seno de los sistemas reflejos establecidos por las instituciones contemporáneas. Lo que vale para la distinción entre Estado y sociedad civil, vale para la distinción entre público y privado. Desde el momento que el Estado es el garante de la ley, lo privado se convierte también en una cuestión de definición legal; y como consecuencia, lo privado no es lo que queda por fuera de lo que el Estado regula, sino que éste servirá también para definir los derechos y prerrogativas privadas de manera positiva (Giddens, 1997).⁷

Los dos tipos de regulaciones que identificó Elias -las externas y la autorregulación- guardan una correspondencia entre la esfera privada y la pública. El equilibrio entre estos dos tipos está dado por la relación de lo público y lo privado en cada contexto histórico concreto donde algunos elementos y actividades pasan de una esfera a otra a lo largo de la historia:

Las dimensiones y la forma de la individualización varían considerablemente según sea la estructura del Estado, y en especial, el reparto de poder entre gobernantes y gobernados, entre el aparato estatal y los ciudadanos. Es sobre todo en la vida pública donde la regulación externa se impone sobre la autorregulación, de modo que ésta muchas veces se ve relegada a la esfera privada. E incluso en esta esfera son reducidas las posibilidades de individualización debido al monopolio estatal de la transmisión de conocimientos, de la educación, del derecho de reunión y asociación, etc. El margen de autorregulación, el margen de decisión de un determinado tipo de sociedad estatal ofrece a sus miembros es un buen índice del grado de individualización (Elias, 2009).

Existe entonces un proceso de expansión de la regulación estatal que torna asunto de regulación pública y externa algunas actividades que antes eran privadas, pero a la vez permite llevar a los espacios de autorregulación otras dimensiones a través de los mecanismos de autocoacción, sobre todo la temporal. Sólo a modo de ejemplo podemos pensar que si el Estado regula tiempos de entrada a la educación en los niños esto inevitablemente modifica la vida familiar, afectando también los márgenes de autoregulación de los tiempos en el ámbito familiar; pudiendo ir tornando a ésta último un dominio más estructurado por edad a pesar de ser un ámbito más privado que público. Se van moviendo las fronteras entre lo público y lo privado en la vida social y esto va modificando también los niveles de estructuración por edad de los cursos de vida.

La autocoacción del tiempo permite un aumento de la capacidad de postergar deseos a futuro, planificar y actuar en el presente con intención a futuro. Y eso supone hacer o dejar de hacer, revirtiéndose en autorregulación lo que antes era una regulación externa, más allá que existe la esfera de regulación externa desde el Estado y que otras múltiples instituciones también lo ejerzan. Y esto es importante tenerlo presente cuando analizamos las decisiones individuales de cuándo y qué hacer en cada momento de los cursos de vida. Las decisiones individuales con

⁷ Esto último es un elemento muy importante a considerar a la hora de investigar patrones de estructuración por edad, y lo retomaremos más adelante en el apartado I.3. Porque nos señala que los niveles de estructuración por edad pueden ser variables en los distintos ámbitos de vida (dominios institucionales) según su carácter más público o más privado (Settersten, 2002). Pero además nos pone sobre aviso que los dominios institucionales pueden variar en su carácter público y privado con el transcurso del tiempo por la relación dinámica entre Estado y sociedad civil.

sus patrones más o menos tipificados y más o menos individualizados suponen márgenes de acción individuales (decisiones individuales), las diferencias de cuándo y qué hace un individuo en comparación con otros está hecho también de esta materia: autoacción (que luego la veremos operar a través del principio de temporalidad de la perspectiva del curso de vida).

Todo lo dicho nos enfrenta a una condición estructural de las sociedades contemporáneas occidentales derivadas del curso civilizatorio del cual nos habla Elias (2009): **la institucionalización de la transición a la vida adulta**. Dicho fenómeno emerge como un proceso complejo que tiende a hacerse más largo –respecto a sociedades tradicionales– con la creciente diferenciación funcional e integración social, mediada por distintas instituciones. El proceso de individualización en el contexto de la diferenciación funcional va siendo tarea de múltiples instituciones especializadas; y el transcurso de vida de las personas se despliega en las múltiples instituciones sociales según los tiempos individuales. Por lo tanto este proceso emerge como una segunda naturaleza, la fijación social de la que hablábamos anteriormente⁸.

Este abismo entre la actitud que pueden tener los niños y la que se le exige a un adulto en contextos de organizaciones modernas occidentales, sitúa al adolescente en un lugar muy particular de la organización de la vida social. Los niños dejan de estar a un peldaño del escalafón funcional que lo conducirá a la cima⁹. Entre el niño y el adulto no sólo hay una brecha de comportamientos, sino que eso podemos traducirlo en una brecha de tiempo, tiempo individual y tiempo social. El “mundo adulto” se fue convirtiendo con el paso de los siglos en un entramado relacional y funcional muy complejo y diferenciado, cargado de tensiones; en el cual los hombres en el curso de su proceso de individualización otorgan tiempo para entrar en ciertos ámbitos de vida (el trabajo, por ejemplo); y la sociedad destina instituciones para esta tarea. “Los jóvenes de capas funcionales cada vez más amplias ya no son preparados para la vida adulta directamente, sino indirectamente, a través de instituciones especializadas, escuelas y universidades” (Elias, 2000).

3) ¿Porque la edad es un elemento importante para organizar las vidas individuales en las sociedades contemporáneas? El tiempo es una institución social que los individuos deben aprender a manejar y ese conocimiento se convierte en un aspecto regulatorio del comportamiento humano actual: cuándo se debe o no hacer algunas cosas. El tiempo, como otras construcciones sociales, se naturaliza y los individuos vivimos sin percibir muchas veces el papel que desempeña en nuestras vidas. La disciplina del tiempo y la finísima sensibilidad temporal que caracteriza al hombre de las sociedades altamente industrializadas, diferenciadas e integradas, son fruto de un largo proceso de modelación social. Todo hombre o mujer adulto en estas sociedades tiene una sensibilidad temporal orientada hacia el futuro, y esto obedece a la autodisciplina porque “...exige una capacidad de subordinar necesidades actuales a las recompensas futuras y esperadas” (Elias, 1997). El tiempo no es un fenómeno de naturaleza

⁸ “Desde la primera infancia se acostumbra al individuo a observar esa contención y previsión sistemáticas que precisará para su función de adulto. Esta regulación de su comportamiento y de su vida instintiva desde tan corta edad se constituye en una autovigilancia automática de los instintos en el sentido de los esquemas y modelos aceptables para cada sociedad, en un “super-yo” más diferenciado y estable.” (Elias, 2000).

⁹ “El adolescente ya no aprende su futura función directamente al servicio de un maestro, como hacía el escudero de un caballero o el aprendiz del maestro de un gremio, sino que de momentos se le excluye de la sociedad y de los círculos de los adultos durante un período de tiempo cada vez más prolongado”. (Elias, 2000)

física, sino una institución social que no puede ser pensada como algo ajeno al entramado social del que deriva y expresa¹⁰.

¿Qué papel ha cumplido y cumple el Estado en el proceso de estructuración por edad? El estado gobierna todas las etapas de la vida de los individuos de distintas maneras, con más o menos intensidad, pero regula de alguna manera. Este rol se observa incluso desde antes del nacimiento, si pensamos en las legislaciones sobre el aborto, la niñez (sus derechos y obligaciones, qué deben hacer y no hacer y quién debe tutelarlos), las etapas de juventud y adultez (con restricciones y permisos laborales, responsabilidades conyugales, de paternidad, civiles, etc.) y luego el retiro laboral. Uno de los mayores contribuyentes a investigar en esta línea y documentar estos procesos reguladores del Estado fue John Meyer, quien se enfocó en el estudio del rol estandarizador del Estado en los cursos de vida de los individuos en las sociedades contemporáneas.

En este sentido, Mayer (1986) rechaza la idea de que el involucramiento del Estado en manejar y estandarizar los cursos de vida sea atribuible a “los requerimientos funcionales de sociedades complejas”. Establece que la institucionalización del curso de vida es el producto de fuerzas ideológicas políticas más que de requerimientos puramente económicos. Minando la autonomía de otros grupos sociales, como el parentesco o la casta, el Estado busca actuar directamente sobre los individuos y sus edades comienzan a ser un tema crucial y relevante. El argumento que trabaja Mayer viene de un antropólogo Meyer Fortes que sostiene que los sistemas temporales, y el reconocimiento de una edad cronológica de la cual dependen esos sistemas, serían irrelevantes si no fueran cruciales para los derechos y obligaciones políticas y civiles, para el estatus de ciudadano. La influencia del Estado sobre los cursos de vida y su incidencia en la estructuración por edad no debería ser vista en sí como una visión necesariamente estructuralista; sino que supone tener una teoría consistente de cómo se relaciona la legislación, el Estado y las normas sociales, las instituciones políticas, económicas y culturales.

Pero el campo de esta intervención es cada vez más complejo y heterogéneo, pues se da en el marco de un proceso de diferenciación institucional. Ejemplos de ello son la separación legal del hogar y la empresa -o dicho en otras palabras del ámbito de la producción y el consumo-, así como del hogar y la escuela. La diferenciación institucional conlleva a procesos de diferenciación funcional, en los cuales los individuos pasan a desempeñarse en múltiples espacios y ejecutando diferentes roles, en lugar de construir su vida social en torno a la pertenencia a un determinado grupo primario (comunidad o familia). De esta forma, dentro de

¹⁰ Existirían tres niveles de integración en la determinación del tiempo: el natural, el social y el individual, donde los tres estarían interconectados. En el nivel de la naturaleza estaría, por ejemplo, el movimiento de los astros como fenómenos naturales e inhumanos. En segundo lugar, e integrado en el nivel anterior, estaría el nivel social donde se construyen elementos de factura humana para regular y determinar el tiempo como el caso de relojes o calendarios. En un tercer nivel, integrado a su vez en el anterior, estaría el individual en donde la determinación del tiempo se presenta en forma de autodisciplina aprendida socialmente e introyectada en la estructura misma de la personalidad. Se da un tránsito desde una determinación del tiempo más pasiva, de grupos humanos por ejemplo de cazadores y recolectores que no poseen una firme disciplina del tiempo obedeciendo a una especie de reloj fisiológico, hasta una determinación del tiempo activa, propia de las organizaciones sociales más complejas y diferenciadas en donde existe una norma firme de determinación temporal, que somete al tiempo fisiológico, al tiempo social y al disciplinario (Elias, 1997).

este proceso de diferenciación institucional, el estado de bienestar se transforma en una herramienta fundamental de integración social para los Estados modernos.

Al analizar los vínculos entre los distintos dominios institucionales, el Estado ha cumplido funciones de integración, introduciendo elementos de orden en la sucesión de transiciones, de manera de crear trayectorias organizadas a través de las cuales transcurre la vida de los individuos. Por ejemplo, la niñez se configura como una etapa en la que no se debería trabajar, y el niño desde que nace se inserta en el dominio de la familia, para luego, y cada vez más pronto en edad, ingresar al ámbito de la escuela – la escuela emerge como un dominio no familiar, no privado, pero igualmente alejado del mundo adulto (Giddens 2007).

Se denomina como *integración de los cursos de vida* al proceso por el cual se intenta dar continuidad y conexión entre las distintas etapas, y en esto es clave, obviamente, el papel del Estado para integrar los requerimientos de las distintas dimensiones de vida: familia, escuela y trabajo. Los Estados modernos en su forma específica de estado de bienestar y a través de la creación de instituciones, pretenden mantener condiciones de estabilidad e integración social, manejando el conflicto que genera la división institucional de la familia y la economía, como uno de los problemas estructurales de las sociedades capitalistas industrializadas (Flora, 1981).

Este proceso de diferenciación institucional nos permite conceptuar secuencias de estadios en los cursos de vida, así como una determinada distribución de ellos en el tiempo. A este proceso se le denomina como *estructuración y diferenciación de los cursos de vida*, refiriendo específicamente al proceso por el cual los cursos de vida van configurando secuencias, fases o etapas en donde las estructuras de derechos y obligaciones en cada una de ellas son diferentes. El curso de vida puede estar más o menos estructurado en distintos momentos de la vida de las personas, más o menos diferenciado. El transcurso de vida, desde que un individuo nace hasta que muere, va convirtiéndose en una serie institucionalizada y socialmente reconocida de etapas en la vida de los individuos, en donde se definen obligaciones personales y derechos, status y roles, en relación a una multiplicidad de dominios institucionales (Mayer, 1991).

La edad biológica de un individuo comienza a estar fuertemente asociada con estas etapas y la configuración de roles que estas implican. Se reconoce así la configuración de la edad cronológica del individuo como una construcción social e históricamente anclada.

El Estado se vale de leyes formales para regular estos flujos de vida individuales, y establece los puertos de entrada y salida, configurando etapas como la niñez o la adultez (Mayer y Müller, 1986). En las distintas etapas de vida las formas de regulación son diferentes, porque involucran distintos dominios con los que se interactúan. El Estado, al legalizar y definir titularidades de derechos y obligaciones para los individuos en distintos tiempos de su vida, define y *estandariza* la mayor parte de entradas y salidas al empleo, status marital, enfermedad y discapacidad, y educación formal, entre otros. Esto permite proveer continuidad estructural a lo largo del curso de vida, menguando las contingencias, así como redistribuyendo ingresos y subsidiando períodos de la vida de las personas; estas intervenciones generan y promueven distintos status sociales –jubilados, pensionista, desempleado, becario, etc.– (Mayer, 1991). De esta manera, Mayer nos sugiere que el rol del Estado (por medio del estado de bienestar) en la estructuración del curso de vida puede ser explorado desde distintos ángulos, como funciones integradoras, influencias segmentadoras –estratificación, y distinguir efectos intencionales y no intencionales de las políticas.

De esta forma, el proceso de *institucionalización del curso de vida* refiere al proceso en el que el curso de vida es estructurado por organizaciones, instituciones y Estado. El tiempo de

vida de unos individuos pasa a ser un objeto de regulación estatal en forma más o menos directa o indirectamente, regulando tiempos de escolarización, entrada al matrimonio y edad de retiro, por ejemplo.

Por el papel que juega el tiempo en la vida moderna en sus múltiples expresiones los individuos aprenden a postergar satisfacciones presentes por sus supuestos placeres futuros (planes de acción o proyectos). Cuando referimos al proceso mediante el cual los hombres van construyendo sus cursos de vida individuales debemos considerar ambos aspectos: la posibilidad de construir sus individualidades a través de sus decisiones y la condición estructural de que dichas elecciones son un mandato social y están impregnadas de autoacciones. Los individuos están obligados a elegir entre un cúmulo de opciones que están prefiguradas por un entramado institucional. Si bien se fueron abriendo más caminos de elección individual, también se fue generando y consolidando una burocracia racionalizada con una capacidad de control y regulación desconocida hasta el momento. Pero en este proceso lo que se elige es tan importante como el cuándo, el sentido de oportunidad temporal se convierte en una propiedad autorreferencial para el sujeto.

I.2 Curso de vida como objeto de estudio y perspectiva teórica

Los procesos anteriormente desarrollados son muy relevantes de observar a la luz de los cursos de vida como objeto de estudio, en tanto son un buen testimonio de la relación entre los procesos de cambio social y cambio individual. Movernos en el nivel de los cambios regulatorios en el curso de vida nos proporciona una forma de abordar el cambio en “una sociedad de individuos”, porque desde la propia conceptualización del curso de vida como objeto de estudio, hasta las premisas teórico y metodológicas de la perspectiva de curso de vida, se intenta salvar la dicotomía entre tiempo histórico y tiempo individual –historia y biografía–, y entre estructura y agencia –sociedad e individuos–. De esta manera, desde las vidas individuales nos podemos informar de la presencia de cambio social.

Vale la pena destacar que, si bien los cursos de vida como hechos sociales están asociados a la vida moderna y los cambios a un orden postradicional, la conceptualización como tal, emerge de manera posterior, y relativamente reciente. Esa brecha se corresponde con el tiempo que ha llevado a múltiples tradiciones teóricas y disciplinas hacer cuerpo conjunto en lo que algunos dan a llamar como paradigma del curso de vida, en tanto tiene un andamiaje teórico, un enfoque metodológico-técnico y un campo propio de aplicación e investigación. La noción de curso de vida es producto de una construcción biológica, social y cultural que se remonta a un número de tradiciones teóricas de la sociología, psicología y la historiografía desde los inicios del siglo XX (así podemos pensar en autores como Mannheim y Thomas cercanos a la década de los cuarenta del siglo pasado). Años más tarde, próximos a la década de los sesenta y setenta, podemos ver un interés más explícito de construir propiamente una teoría de curso de vida con escritos como los de Wright Mills, Norman Ryder y Riley, Johnson y Foner desde el pensamiento más sociológico; y desde la psicología con Bernice Neugarten.

En los años cuarenta, el concepto sociológico de diferenciación de edad como una categoría estructural se distinguió más claramente de las tradiciones psicológicas de desarrollo

humano que se enfocan en la dinámica personal interior. Sin embargo, el eslabón íntimo entre lo psicológico y las perspectivas sociales e históricas van a verse más adelante, como en los trabajos de Glen Elder en la década de los setenta respecto a los “Niños de la gran depresión”. De esta manera, durante los años sesenta el concepto más amplio de diferenciación por edad –y campos relacionados de investigación– se subdividió. Por un lado, se trabaja como un concepto más estrecho de estratificación por edad –qué no sólo refería a la especificidad funcional, sino también a las desigualdades en la asignación de recursos y poder. Por otro lado, surge la biografía como la narrativa subjetiva, la generación como una estructura cultural y el curso de vida como la estructura social y patrones institucionales; así como el concepto demográfico de la cohorte.

En la década de los ochenta, los esfuerzos apuntaron a la especificidad de los cursos de vida (y biografías) en contraste con las sociedades del pasado. Por un lado, Kohli y otros intentaron demostrar cómo los cursos de vida derivan de los pre-requisitos de la economía, dónde la vida se organiza alrededor del trabajo. Por otro lado, se enfatizó la unicidad de los cursos de vida modernos por la emergencia del estado de bienestar en estudios como los de Mayer y Müller (1986). A mediados de los ochenta y principios de los años noventa surge la idea de cursos de vida diferenciales, es decir, cómo los modelos de cursos de vida variaban entre períodos históricos y sociedades (Mayer, 2005). Todas estas ideas fueron un impulso a investigaciones que pusieron en movimiento el uso y la construcción de todo un andamiaje conceptual y técnico, que a la vez que permitía conceptualizar procesos que antes no eran pensados de esa forma, iban modificando la imagen que se tenía de ellos. De esta manera, la perspectiva va cambiando la idea misma que se tiene desde las ciencias sociales y psicológicas de la vida de los individuos, permitiendo aportar a la imagen de los individuos la idea de construcción a lo largo del tiempo¹¹.

La idea de curso de vida rescata elementos fundamentales de la condición social humana: los individuos no están dados de una manera única de una vez y para siempre a partir de una edad determinada; si bien hay tiempos más formativos y constitutivos de herramientas socio-emocionales en la construcción de la individualidad, los seres humanos siempre mantienen su permeabilidad frente a los otros y el mundo que los rodea. Este principio o premisa, que establece *el desarrollo humano a lo largo de la vida* (Elder and Giele, 1998) es un elemento que creemos de gran relevancia y que supone, por lo tanto, otra serie muy importante de conceptualizaciones respecto a la sociedad y la formación de individuos. Durante mucho tiempo se creyó y se estudió el desarrollo humano como algo que se daba en las primeras etapas de la vida individual, y ya transcurrido esos primeros quince y veinte años de vida el individuo aparecía como uno e incambiable. En este sentido, los primeros años de vida son fundamentales

¹¹ Desde una perspectiva histórica se fue poniendo el acento en la manera en que los eventos históricos afectaban en forma diferencial a distintos grupos de edad y, más precisamente, sobre todo el momento de vida de esas personas en que son afectados. La emergencia de la perspectiva de curso de vida permitió poner en el foco de atención la interacción entre la demografía, la estructura social y los factores culturales en la configuración de patrones de familia y relaciones intergeneracionales. Asimismo, proveyó a los investigadores de marcos conceptuales y técnicos para analizar cómo desde las tempranas experiencias de vida las personas se van configurando a través de eventos históricos y herencias culturales que afectan su adaptación al paso del tiempo, los valores que gobiernan sus relaciones familiares, sus expectativas con la parentela, la naturaleza de sus interacciones con las agencias de bienestar y las instituciones. Si observamos la vida de personas ya adultas y mayores podemos identificar que fueron moldeadas por experiencias individuales, familiares y circunstancias históricas que impregnaron sus vidas.

en la consolidación de un conjunto de aspectos muy importantes en lo biológico, psicológico y social; pero los adultos pueden –y así lo hacen– experimentar cambios también en estas dimensiones, porque el proceso de individualización, que opera de forma muy intensa en las primeras décadas de vida de las personas, refuerza sobre todo su interdependencia social (elemento este último que se prolonga a lo largo de toda su vida).

Otro principio fundamental de la perspectiva de curso de vida, que está obviamente muy ligado al anterior, es *el principio de agencia*. Los individuos construyen sus propias vidas a través de acciones y decisiones que ellos ejercen en un contexto de oportunidades y restricciones impuestas por la historia y las circunstancias sociales. En este sentido, los individuos (niños, jóvenes y adultos) no son pasivos ante la influencia social y las condiciones históricas que deben enfrentar en sus vidas. Algo importante de este principio, si lo vemos en una dinámica social, es que las acciones individuales realizadas van operando sobre la estructura y pueden generar cambios en lo que serán las estructuras de otros actores futuros (Modell, 1989). De esta manera, pudimos ver la importancia de considerar al individuo y comprender sus acciones en un entorno social e histórico preciso que nos proporcione las cotas de posibilidad y plausibilidad –relación estructura-agencia.

Esto último está contenido en *el principio de tiempo y lugar*. El curso de vida de los individuos está inmerso y configurado por el tiempo histórico y los “lugares” o espacios donde han transcurrido sus vidas. Un lugar posee tres dimensiones: locación geográfica, una forma material o un tipo de cultura, y una inversión con significados y valores. El mismo hecho histórico puede tener efectos diferentes en diversos lugares del mundo y afectar en forma distinta a personas de iguales lugares también por mediaciones de la estructura de la desigualdad social. Esta complejidad se rescata en el *principio de vidas ligadas*, en el cual se retoma la idea de que las vidas son interdependientemente vividas, y las influencias socio-históricas son expresadas a través de esta red de relaciones compartidas. Los individuos son afectados por los grandes cambios socio-históricos, pero están mediados por los contextos interpersonales de nivel más micro en los cuales se mueven esos individuos. De esta manera, las vidas son vividas interdependientemente, las transiciones en la vida de una persona se vinculan y acarrear transiciones de igual manera para otras personas.

A la idea de tiempo en su expresión histórica se agregan otras formas de ver la acción del mismo en la organización de las vidas de los individuos, y esto se intenta resumir en lo que se denomina como *el principio de “temporalidad”*. Los antecedentes y las consecuencias de las transiciones de vida, los eventos y los patrones comportamentales varían de acuerdo al momento en que ocurrieron en la vida personal. El sentido que puede tener un evento cambia dependiendo del momento y de la etapa en la vida de las personas en que acontece. Este es un principio clave para entender también los efectos de ciertos hechos históricos en diferentes cohortes; en tanto los sorprende en distintas etapas de sus vidas.

Creemos necesario profundizar un poco más en el propio concepto de temporalidad (“timing” en su propuesta original en inglés) y las formas en las que el tiempo opera en la sociedad; abordando la relación entre edad y “timing”, tanto como la de generación y cohorte. En este recorrido iremos definiendo un conjunto de conceptos que son insumos fundamentales para cualquier investigación sobre cursos de vida a los que iremos debida cuenta aludiendo.

Tamara Hareven nos plantea que la esencia del paradigma del curso de vida es la sincronización del tiempo individual, del tiempo familiar y del tiempo histórico. Y establece como elementos que subyacen a este paradigma tres grandes dimensiones: 1. el “timing” de las

transiciones a lo largo del curso de la vida individual en los contextos históricos cambiante; 2. la sincronización de las transiciones individuales con las del colectivo familiar; 3. el impacto de los eventos tempranos de la vida, configurados previamente por circunstancias históricas concretas, en los eventos subsecuentes.

El concepto de “timing” a lo largo del curso de vida refiere al movimiento de los individuos a lo largo de sus trayectorias de vida de un estado a otro, más que la segmentación del curso de vida en etapas fijadas. Este movimiento ha sido definido en la investigación de curso de vida como transiciones. La **transición** es un cambio de estado más o menos abrupto¹². El **estado** es definido como cualquier posición en el curso de vida o un atributo de él. Así, podemos identificar un **espacio de estado** como un número definido de estados lógicamente exclusivos en los cuales un actor puede moverse (ejemplo: “soltero”, “casado”, “divorciado”, “otro”)¹³. La **trayectoria** es teóricamente un concepto un poco mas vago. Representa un camino definido por el proceso de crecimiento o por el movimiento a través de la estructura de edad; asumiendo, pues que hay interdependencia entre las distintas trayectorias (como por ejemplo las laborales, familiares, etc.).

Cada trayectoria está marcada por una secuencia de eventos de vida y transiciones. De esta forma, las transiciones están integradas en trayectorias. Es muy discutido cómo es que la transición se integra en la trayectoria y cómo le da forma y sentido, el mecanismo, y por lo tanto la forma de hacer esa trayectoria visible en la investigación (Hareven, 2000). Mientras algunos la identifican como una secuencia, otros ponen el acento en el aspecto más diacrónico que abarcaría todo el transcurso de vida. De todas formas, cabe definir lo que se entiende por **secuencia**: un movimiento en el curso de vida que involucra al menos dos transiciones entre estados, en un espacio de estado dado. Una secuencia es más que una simple transición, pero menos que una trayectoria completa.

De esta forma, retornando a lo que involucra el concepto de temporalidad o “timing” podemos decir que designa cuando una transición, o evento, ocurre en la vida de un individuo en relación a otros eventos externos, y tiene que ver con un sentido de oportunidad. Pensar en la posibilidad que las personas a distintas etapas de sus vidas puedan actuar con este “sentido de la oportunidad” se torna posible por una condición estructural de la vida social contemporánea que promueve en los individuos un “manejo del tiempo” como resultado del profundo proceso de modelación, entrenamiento y regulación social (coacciones de interdependencia, autocoacción y, más específicamente, autocoacción temporal). Ese sentido de oportunidad supone dos cosas: saber qué hacer y saber cuándo hacerlo, y pone en evidencia la posibilidad de los individuos de autocoacción temporal.

De esta manera, el “timing” es un concepto muy útil para valorar si esa transición se produce conforme, o diverge, a normas sociales que refieren al momento de vida en el que “se deben hacer” ciertas cosas; así como valorar si el momento preciso de vida en el que se realizó esa transición se relaciona con las de otras personas de su vida. Las variables para examinar el

¹² En la investigación de curso de vida se puede utilizar para un solo individuo, así como hablar de estructura de transiciones, aludiendo en tal caso al patrón de conexiones sociales entre dos estados (cómo y en qué grado se ha construido el enlace institucional ente esos dos estados). La estructura de transición ejerce un efecto importante sobre el número y las formas de fricciones y continuidades ente dos estados. Diferentes formas institucionales de estructuras de transición tienden a adoptar resultados diferentes en los pasajes de estatus individual (Hareven, 2000).

¹³ Cada sociedad institucionaliza legalmente un cierto número de estados limitando las opciones del investigador en la construcción de espacio de estados a un espacio de estados culturalmente dominante (Hareven, 2000).

“timing” serán relativas más que categorías cronológicas absolutas. De esta forma, Hareven señala que la edad, si bien es un determinante importante del “timing” de las transiciones de vida, no es la única variable significativa. Y esto es así porque la idea de “timing” quiere dar cuenta de esta posibilidad de hacer y/o dejar de hacer algo en relación a otros acontecimientos personales o del entorno (de los procesos de autoacción temporal de los individuos en distintos contextos sociales). Cambios en el estatus familiar, en la necesidad de acompañar roles, son tan importantes como las regulaciones externas que fijen edades, si no más.

De esta manera, desde la perspectiva de curso de vida se pone el énfasis en la “edad social” más que en la edad calendario, intentando ver a través de esta última a la primera. ¿Qué queremos decir con esto de edad social? Un ejemplo claro de esto es el trabajo infantil que se intenta impedir o evitar por medio de regulaciones externas impuestas desde la normatividad jurídica de los Estados. Sin embargo, a nivel de las familias estas decisiones de cuándo un miembro debe o no trabajar se procesa en base a otros ejes donde se construyen la idea de momentos en los cuales esos niños deben trabajar (asociados a coyunturas particulares, el valor que se le otorgue a la “cultura del trabajo” que puede suponer incluso el desempeño de distintas tareas según el sexo de los hijos). Construir la edad social por medio de la edad cronológica supone en términos prácticos en la investigación integrar elementos que nos permitan comprender por qué se “desobedece” reglas generales externas de edad en determinados grupos y reconocer los ejes regulatorios más particulares de esos comportamientos en distintos grupos sociales (que guardan una particular composición entre regulación externa y autorregulación).

Líneas arriba destacamos que el tiempo es una construcción social que se naturaliza, pero en el marco de una investigación debemos desandar el proceso de naturalización. En este sentido, miembros de distintas cohortes pueden percibir las mismas edades cronológicas de forma diferente. Así, el concepto de “timing” hace también las veces de bisagra entre los contextos sociales, económicos, y culturales en que las transiciones ocurrieron, y la construcción cultural del curso de vida en los diferentes períodos y sociedades (Hareven, 2000). De esta manera, la estratificación por edad es una forma de organización de las sociedades, cada sociedad asigna un significado a la edad cronológica al segmentar el tiempo de vida en unidades socialmente relevantes que determinan expectativas respecto a los roles, derechos, obligaciones y comportamientos. Sobre este punto nos extenderemos en el próximo apartado cuando abordemos, específicamente, el proceso de estructuración por edad y los ejes regulatorios del curso de vida. Pero por lo pronto nos interesa resaltar que los estudios de “timing” son una forma de aproximarnos y medir los procesos de autoacción temporal de una sociedad. Si las reglas del juego dependieran únicamente de fuentes de regulación externa universales a una población encontraríamos cursos de vida totalmente homogéneos por edades y estaríamos frente a una total y rígida estructuración por edad.

La segunda dimensión donde la perspectiva de curso de vida pone énfasis es la sincronización de las transiciones individuales con las de la familia –salida del hogar paterno-materno, la entrada a trabajar o el matrimonio. Los individuos forman parte de una diversidad de configuraciones familiares que van, a su vez, cambiando a lo largo de su curso de vida y que varía en diferentes contextos históricos. Los distintos tiempos familiares pueden actuar de posibilitadores o constrictores para la realización de una transición. Este proceso de sincronización puede ser más o menos clave en el desarrollo de vida en distintos momentos históricos. Por ejemplo, son muy importantes en aquellos momentos en que hay fuertes desequilibrios –conflicto– entre los proyectos individuales con las necesidades familiares.

Hareven nos pone muchos ejemplos al respecto en el siglo XIX cuando las hijas menores debían quedarse solteras para asegurar el cuidado de sus padres en la vejez.

La tercera dimensión –el impacto de los eventos tempranos de la vida, configurados previamente por circunstancias históricas concretas, en los eventos subsecuentes– refiere a la idea de **causación acumulativa** o contingencias acumulativas. Esto pone en evidencia el carácter estructural que adquiere el pasado –lo ya vivido– en la vida de las personas. Es decir, que la experiencia y el camino recorrido hasta determinado momento, tanto como las consecuencias que ha provocado ese pasado acumulado, es algo que aparece al individuo como dado e incambiable. Hay así una determinación acumulativa en las transiciones, las opciones de hoy en el curso de vida de una persona serán hechos dados para el futuro que pueden promover en algunos casos –y en otros dificultar– acciones y transiciones futuras.

De esta forma, las fuerzas históricas afectan a las experiencias individuales por dos vías. De una manera directa, configura las condiciones o eventos a los que éstos deberán enfrentarse y, de una manera indirecta, tiene efectos sobre los años siguientes (Hareven, 1982). Así, el tiempo opera tanto en un nivel sociohistórico como personal, y estos niveles se influyen recíprocamente generando efectos directos y otros indirectos. Pero estas influencias temporales en los cursos de vida parten de conceptualizaciones como edad, generación y cohorte que creemos imperioso distinguir ya que, de ahora en adelante, emplearemos alguno de estos términos y necesitaremos darles su debida precisión. Además, el énfasis por conceptualizar de manera correcta estos aspectos deriva de un interés de fondo: la comprensión del cambio social y sus fuentes.

En este sentido, existen modelos de análisis que permiten aprehender y diferenciar efectos cohorte, efectos edad y efectos período. Cada uno de ellos nos posiciona de manera distinta a la hora de inferir cambios sociales. Al momento de explicitar qué es una cohorte debemos diferenciarla de lo que se conoce como generación y que ha dado lugar a confusiones. La definición de generación fue desarrollando varias acepciones, y esta multiplicidad de significados le confiere un carácter muy confuso. Los estudios tempranos que intentaron incluir o problematizar el tema del tiempo en los análisis sociales, lo hicieron a través del concepto de “generación”; apelando a la idea inevitable de reemplazo generacional como sucesión biológica en las familias y aludiendo a personas que tienen un ancestro común. Con el tiempo surgieron otros conjuntos de ideas que se expresaron bajo el mismo nombre –generación–, pero que alude a la idea que popularizó Mannheim al tratar “el problema de las generaciones”. En estos trabajos, el autor refirió a la idea de una influencia única de ubicación histórica en el desarrollo de significados compartidos de eventos y experiencias de juventud. Esto ha llevado que muchos sociólogos confundan el concepto de generación con el de cohorte mientras que, en ambos conceptos, sus miembros compartirían un referente histórico común.

La fuente de confusión radica en que hay más de una acepción de la palabra generación, y en una de ellas parece aproximarse al concepto de cohorte de nacimiento. De todas maneras, las generaciones en el sentido de Mannheim tenían otra particularidad, y era un sentido de conciencia de pertenencia e identidad al respecto. Por el contrario, una cohorte es un grupo de personas que han compartido algunas experiencias críticas –haberse graduado, haberse casado, haber nacido, etc.- durante un intervalo de tiempo. En este sentido, una cohorte de nacimiento no se convierte en una generación en el sentido de Mannheim. El efecto cohorte refiere a una experiencia formativa distintiva que los miembros de una cohorte de nacimiento (o un conjunto de cohortes de nacimiento) compartieron y los marcó a través de sus vidas (Alwin y McCammon, 2003). Pero la cohorte está también afectada por sus propias características, como

el tamaño de cohorte¹⁴, que es producto, a su vez, de sus propias circunstancias históricas. El efecto de cohorte refiere, entonces, al impacto de eventos históricos y procesos sobre la vida de los individuos.

Pero no se debe ser restrictivo sobre el sentido de esta relación: individuo-historia o historia-individuo. En este sentido, la forma en que los individuos reaccionan ante los efectos del contexto histórico se constituye en la conformación de un nuevo contexto histórico para otros. El efecto de cohorte no siempre implica la existencia de una generación, si bien una generación puede suponer efectos cohorte. Por estas razones, existen recomendaciones respecto a la inconveniencia de usar generación para referir a una cohorte de nacimiento; porque incluso corroborando la existencia de un efecto cohorte no se prueba la existencia de una generación, en tanto no supone que exista el componente identitario (Ryder, 1965; Kertzer, 1983). Desde la perspectiva de curso de vida se ve a la cohorte no como una mera agregación de individuos, sino como un grupo de edad moviéndose a través de la historia (Hareven, 1978).

Pero el efecto cohorte no es la única forma de identificar un cambio social sino que se combina en otras formas en las que el tiempo actúa sobre las vidas individuales. Respecto al cambio social descansa la idea de que la cultura, las normas sociales y los comportamientos sociales cambian a través de dos mecanismos: a través de cambios en los individuos –originados por efecto edad y período– y a través de sucesión de cohortes –efecto cohorte– (Alwin y McCammon, 2003). Esto nos lleva a un conjunto de mecanismos que los demógrafos integran en el llamado modelo de “edad – período – cohorte” donde se manifiesta la intersección del tiempo biográfico e histórico. En primer lugar, podemos decir que los individuos cambian con su propio devenir, crecimiento y envejecimiento; estos cambios se identifican como efecto edad. La segunda fuente de cambio individual viene del tiempo histórico y es lo que se denomina como el efecto período. Pone el acento en cómo las personas responden a eventos históricos y procesos (efecto período) que ocurren en el tiempo histórico. Ejemplos de hechos históricos que tienen efectos sobre toda una sociedad son: las guerras, depresiones económicas o movimientos sociales que acarrearán cambios muy extensos a toda la población. La fina línea que separa los efectos cohorte de los de período está dada por quiénes son los afectados del evento en cuestión. Puede ser que unos sean más afectados por otros por el momento en su vida en que ese evento los toca, pero eso no quita la posibilidad de que exista un efecto período, al que se agrega un efecto cohorte y edad.

La tercera fuente de cambio social es la sucesión de cohorte que se intenta abarcar en el efecto cohorte. En este caso, no proviene de cambios individuales –por respuestas individuales– como el caso de efectos de edad o período, sino más precisamente por efectos sobre la estabilidad individual. Se produce cuando los efectos de un acontecimiento o proceso histórico ligado a una época particular afecta principalmente a un grupo de edad joven; perdurando esos efectos a lo largo de sus vidas. “La historia toma forma de efecto cohorte cuando el cambio social diferencia los patrones de vida de cohortes sucesivas” (Elder y Pellerin, 1998). Así, el cambio social siempre tendrá estas fuentes como ingredientes, y en cada caso será necesario ver cuál resulta más poderosa. Pero cabe reconocer que en lo práctico a veces es muy difícil darle justa cuantía a cada uno de estos componentes y se trata, sobre todo, de tener la diferenciación conceptual posible para ir de una u otra manera controlando los efectos que en cada análisis sea posible, y de esta forma, ir “purificando” los efectos inferidos por la edad, período y cohorte.

¹⁴ El tamaño de una cohorte puede ser muy decisivo cuando hay diferencias importantes en el tamaño de cohortes subsecuentes.

Una de las razones, por las que no es conveniente trabajar con diferencias generacionales, radica en que están influenciadas por efectos cohorte y efecto edad.

Resta destacar un aspecto importante respecto a los efectos de cohorte y a la forma en que los cambios históricos distinguen las experiencias de vida de grupos sociales o categorías dentro de las cohortes –desigualdad intra-cohorte. Esto supone considerar la estructura de desigualdad social –sexo, clase, etnia– como mediadora de los efectos del tiempo histórico; cobrando relevancia la consideración de efectos de interacción entre estas categorías y los grupos de edad que conforma la cohorte (aspectos en los que vamos a detenernos en un próximo apartado sobre desigualdad social y cursos de vida).

Como lo hemos destacado, el tiempo es un elemento clave en la perspectiva de curso de vida y también en la propia conceptualización de lo que se entiende por curso de vida. El concepto de curso de vida parte de una idea en la cual el transcurso de vida de una persona está diferenciado por edad, y que esta diferenciación se manifiesta en expectativas y opciones que se enfrentan en un proceso de decisión. Ese curso de los eventos da forma a etapas de vida, transiciones y puntos de quiebre (Elder, 1978). Esta diferenciación por edad está basada en los significados sociales de la edad y hechos biológicos del nacimiento, la maduración sexual y la muerte, que han variado a través de la historia social y de las culturas para conformar grupos de edad, niveles y clases. De esta forma, el curso de vida refiere a senderos a través de un trayecto de vida diferenciado por edad con patrones sociales que afectan el momento en que suceden los eventos; así como la duración, el espaciado, y el orden en que se dan.

Elder resalta que a lo largo del curso de vida, la diferenciación por edad acontece como el resultado de la interacción de procesos demográficos y económicos, así como de la relación entre los vaivenes económicos y el tiempo de vida familiar. Por este motivo, los factores materiales, socioculturales y demográficos son elementos esenciales para una teoría respecto a cambios en los cursos de vida; dibujando la estructura temporal del curso de vida así como sus consecuencias (Elder, 1978). Profundizaremos más sobre este punto en el siguiente apartado sobre estructuración por edad de los cursos de vida y formas regulatorias.

Nos parece que la siguiente cita de Mayer (2004) establece lo que él entiende como fundamentos de su sociología de los cursos de vida y nos permite resumir nuestra propia perspectiva:

“Nuestra heurística para el estudio de los cursos de la vida es así, guiado por cuatro señales (Huinink, 1995; Mayer & Huinink, 1990): en primer lugar, los cursos de vida individuales deben considerarse como parte y producto de un proceso de varios niveles social e histórico. Ellos están estrechamente ligados a los cursos de la vida de otras personas (padres, socios, hijos, compañeros de trabajo, etc.) y la dinámica de los grupos sociales de los cuales son miembros. Están altamente estructuradas por las instituciones sociales, organizaciones y su dinámica temporal. En segundo lugar, el curso de la vida es multidimensional y se desarrolla en dominios diferentes mutuamente relacionados y mutuamente influyentes en la vida (...) En tercer lugar, el curso de la vida es un proceso autorreferente. La persona actúa o se comporta sobre la base de recursos y experiencias previas. (...) El pasado de los individuos facilita y restringe sus futuros. (...) Los distintos grupos de edad viven juntos en un presente común, pero cada uno aporta a ella su propio pasado particular. En cuarto lugar, a través de la forma en que las personas viven y construyen sus propias vidas individuales, reproducen y cambian las estructuras sociales. Esto puede ocurrir ya sea a través de procesos de agregación "simple" o formación de la institución inmediata o intermedios (...)

(Traducción propia de Mayer, 2004).

Para dar cierre a este apartado nos interesa detenernos un momento en pensar la propuesta integral de la perspectiva teórica y metodológica de curso de vida y extraer lo que nos indica de la relación entre sociedad e individuo. Y de esta manera poder pensarla desde el concepto de figuración de Elias y su sociología relacional (establecemos con más detalle la perspectiva figuracional de Elias en el apartado del Capítulo I del Anexo). Además, creemos que esta es una manera de conceptualizar la organización social de forma dinámica donde se hacen posibles los principios con los que opera la propia perspectiva teórica y metodológica de curso de vida que acabamos de explicitar. Vemos confluir estas ideas sociológicas con la investigación psicológica que se fue acumulando a lo largo del siglo pasado, con preocupaciones y abordajes propios de la demografía y la historia permitiendo la emergencia de lo que algunos autores -como Glen H. Elder, Mónica Kirkpatrick Johnson, Robert Crosnoe y Hareven entre otros- destacan como el paradigma del curso de vida.

El concepto de figuración, como entrelazamiento de interrelaciones con niveles, nos parece muy apropiado para trabajar con lo que los individuos hacen en las múltiples dimensiones de su vida que los constituyen, y sobre las cuales se crean y recrean a esas dimensiones como tales. Así, Elias en la siguiente cita, donde intenta definir aspectos de las figuraciones sociales modernas, dibuja de manera muy precisa los procesos de decisiones a lo largo de los cursos de vida individuales; pudiendo rescatar casi todos los elementos que hemos trabajado en las premisas y principios de la perspectiva teórico-metodológica de curso de vida. El autor dice que a los individuos en las sociedades modernas:

Se les ofrecen oportunidades que pueden aprovechar o desechar, se les presentan encrucijadas en las que tienen que elegir, y de su elección puede depender, según la posición social de cada uno, su destino personal inmediato o tal vez el de toda su familia, y en algunos casos, incluso el destino inmediato de naciones enteras o de determinadas capas funcionales de éstas. De esas decisiones puede depender que un eje de tensión sea resuelto en esa generación o en la venidera. Pero las posibilidades entre las que una persona ha de realizar tal elección no las ha planteado la persona misma. Esas posibilidades están dadas y limitadas por la estructura específica de la sociedad a la que pertenece la persona y por el carácter de las funciones que la persona posee dentro de esa sociedad. Y sea cual sea lo que esa persona elija, su acción pasará a entretenerse inevitablemente con las acciones de otras personas, desatando ulteriores cadenas de acción, cuya dirección y efectos momentáneos ya no dependen de la persona, sino del reparto de poderes y de la estructura de tensiones del conjunto de este tejido humano móvil (Elias, 2009).

I.3 Estructuración por edad ***Procesos de regulación del curso de vida***

Con los apartados anteriores hemos intentado dar cuenta del proceso de emergencia de los cursos de vida en las sociedades modernas y el doble efecto de regulación e individualización que esto implica para las vidas individuales. De ahora en más, queremos precisar cómo podríamos leer esos procesos de regulación e individualización en lo que se entiende por estructuración por edad de los cursos de vida y las premisas teóricas que emergen de allí.

Al pensar todos los procesos de cambio socio-histórico descritos en este capítulo, resaltan los efectos que se imponen a los individuos sobre la organización de su tiempo de vida –sea por regulación externa o autorregulación. Este proceso se ha descrito como cronologización de los cursos de vida, usado por Kohli (1986) para resaltar como la edad y el tiempo han pasado a convertirse dimensiones importantes de la vida en las sociedades modernas. La edad se constituye en una fuente de regulación social que expresa la intervención estatal, la diferenciación funcional y los procesos de autoacción temporal en la que se ven involucrados los individuos. El curso de vida puede ser visto entonces, como una institución social que ordena y categoriza a los individuos a través de la definición formal de categorías de edad- ligando la edad cronológica a edades sociales. Los grupos etarios tienen derechos y obligaciones diferenciadas; existiendo una representación cultural del curso de vida y, más precisamente, de las etapas de curso de vida en tanto son identidades socialmente validadas. Matilda Riley y sus colegas (1972) nos hablaban de la fuente de estratificación social que representaba la edad en las sociedades modernas. Destacando que cada grupo de edad recibe beneficios o perjuicios de la distribución de recursos dada por las políticas públicas, circunstancias históricas y condiciones demográficas. Las competencias generacionales por recursos tienen efectos en los calendarios de las transiciones del curso de vida dada la demanda de soporte que los niños tienen sobre sus padres, por ejemplo. Veamos cómo juegan estas dimensiones en el proceso de estructuración de los cursos de vida.

Richard A. Settersten (2002) ha trabajado con los conceptos de estructuración por edad formal e informal del curso de vida. Desde la perspectiva de la estructuración formal se problematiza este proceso en distintos ámbitos de vida. El grado de estructuración por edad y el grado relativo a la estructuración por edad formal o informal varían por dominios institucionales. Distingue así el dominio del trabajo y la educación como ámbitos más estructurados y diferenciados por edad, apoyado en la regulación formal que se realiza sobre ellas; frente al ámbito familiar.

De esta forma, el mundo de la escuela y el trabajo tienen un alto grado de estructuración por edad porque la regulación del Estado sobre estos ámbitos es fuerte, y se han visto modificados en la actualidad. La exigencia de una formación permanente, o más periódica, rompe el esquema de un curso de vida con tres etapas como se solía reconocer en las sociedades modernas europeas: formativa – laboral – retiro. De igual manera, los cambios en los procesos productivos han afectado la relación entre oferta y demanda de fuerza de trabajo, generando tiempos de desempleos muy prolongados en lo que antes solía ser una etapa activa.

Por otro lado, para Settersten (2002) la familia emerge como un ámbito de vida privada, en donde la estructuración por edad no parece ser tan alta desde la perspectiva formal. Claro que también se ve afectada por efectos de la regulación estatal y las políticas públicas, así como por los pre-requisitos existentes en cada una de esas políticas que tienen por destino a las familias. A medida que se extiende la obligatoriedad de más niveles educativos a edades más avanzadas, o para los niños más pequeños por ejemplo (a nivel de preescolares), las familias ven afectadas indudablemente sus funciones.

Esto que nos dice Settersten está estrechamente ligado a las condiciones regulatorias en sociedades contemporáneas que trabajamos anteriormente, donde los ámbitos privado y público de la vida de las personas guarda relación con los tipos de regulación (regulación externa o autoregulación). Decíamos que el equilibrio entre estos dos tipos está dado por la relación de lo público y lo privado en cada contexto histórico, donde algunos elementos y actividades pasan de

un ámbito a otro a lo largo de la historia de una sociedad concreta. Las decisiones en el ámbito privado tienden a estar sujetas a autorregulaciones, proporcionando una mayor varianza en las edades en las cuales se pueden experimentar eventos del dominio familiar. Las edades medianas a experimentar un evento demográfico o los rangos de dispersión (rango intercuartil por ejemplo) refieren a este proceso de regulación en donde determinados eventos demográficos pueden estar más pautados y estandarizados reflejando la presencia de una regulación externa (pública para Giddens y formal para Settersten), y otros más dispersos en un margen de años de vida donde los individuos pueden adquirirlos o experimentar las transiciones (autorregulación).

Ejemplos de estos casos nos pone Settersten (2002) cuando destaca la importancia que los cambios demográficos modernos, como el aumento de la esperanza de vida y descenso de la fecundidad que tuvieron sobre las estructuras familiares. Ambos procesos han hecho más plausibles ciertos acontecimientos de la vida familiar asociados con la edad.

Los cambios demográficos –cambios en la estructura por sexo y edad de la población– también ponen en jaque a los procesos de estructuración formal por edad. Las constricciones demográficas son expresadas en las estructuras por edad y sexo de un contexto social, las variaciones en el tamaño en la sucesión de cohortes y en los cambios en la composición social de las cohortes a través de puntos en el tiempo. Como el sistema de estructuración por edad provee ciertos roles que están directa o indirectamente relacionados con la edad, la estructura por sexo y edad de la población influye en el número de personas en diferentes roles en la sociedad y el nivel de competencia para ciertos roles dentro y entre los grupos de edad. Así, se ha investigado y escrito mucho al respecto dado el aumento de la sobrevivencia de los niños, y más recientemente, con los efectos del aumento de la esperanza de vida y el envejecimiento de las poblaciones.

En este sentido, creemos que es muy importante en el análisis de la estructuración por edad como objeto de estudio entender y recuperar lo que ya sabemos de las estructuras sociales contemporáneas que hacen de los cursos de vida hechos sociales. Las regulaciones externas y autorregulaciones no se distribuyen de forma homogénea entre los distintos dominios institucionales – porque guardan relación con el carácter de estos espacios de vida: que pueden ser más privados o más público en distintos contextos sociales; ni entre los distintos grupos sociales. Y esa estructura de composición desigual entre individuos, que nos indica distintos márgenes de acción entre mandato y decisión, estará dada por la ubicación del individuo la estructura de desigualdades. Por tal razón reconocemos la existencia e importancia de múltiples ejes de diferenciación social que nos indica que la estructuración por edad, si bien es un proceso extendido en las sociedades contemporáneas, tendrá también alcances más o menos parciales, pudiendo configurarse sub-poblaciones con desiguales niveles de estructuración por edad.

Esto nos conduce a construir nuestro objeto de estudio sobre cambios en los patrones de estructuración por edad en una población sobre la base de ejes de desigualdad que interactúan, y terminan por configurar un patrón de estructuración por edad más o menos rígido o más o menos flexible para los distintos grupos sociales configurados por edad-sexo-estrato.

Por lo tanto, a pesar que la edad es una fuente de estructuración de los cursos de vida es obligado decir que existen otras dimensiones alrededor de las cuales se pueden organizar las vidas en las sociedades modernas y que éstas entran en interacción. En este sentido, a la estructuración por edad siempre se sobreponen otras dimensiones que estructuran y diferencian a la sociedad y su población, y el sexo es un ejemplo y rasgo indiscutible. Ejemplo de ello es el

sistema de parentesco, que está relacionado a la forma en que las desigualdades de género interactúan con la estructuración por edad¹⁵.

Los implicaciones de los cambios en los sistemas de parentesco en la historia de Occidente y la sucesión de roles en el curso de vida son elementos también muy estudiados desde la perspectiva de estructuración de los cursos de edad por edad y sexo; pues varias de estas conexiones están mediadas por la demografía. Sin embargo, la investigación no se ha centrado tanto en la relación con otras fuentes de división y diferenciación social como es la clase. Más precisamente, cómo miembros de diferentes clases difieren respecto a la estructuración por edad, y si estas diferencias de clase son más pronunciadas en distintas etapas de la vida que en otras. Es decir: en qué etapas de los cursos de vida las desigualdades de clase se superponen a la estructuración por edad. Y hay menos acumulación de evidencias sobre la competencia entre los tres ejes de desigualdad: sexo, edad y clase como fuentes de regulación del comportamiento sociodemográfico a lo largo de los cursos de vidas individuales.

Respecto a la estructuración por edad informal, Settersten va a abocarse primeramente a intentar definir qué son las normas de edad, para lo que revisa distintas definiciones que emergen de varias perspectivas teóricas disciplinarias. Reconoce así que estas disciplinas proveen mucha heterogeneidad en lo que se puede entender como norma de edad. Así, las normas de edad que desde la demografía pueden entenderse como las regularidades estadísticas respecto al momento preciso de vida de las personas en que se realiza determinadas transiciones; desde la psicología, con los estudios de Neugarten, se han mantenido más próximos a la idea de momentos o edades óptimas para experimentar distintas transiciones. Asimismo, desde la perspectiva sociológica se ha puesto el énfasis en que la definición de normas de edad está en las prescripciones y proscripciones sociales que gobiernan la temporalización de las transiciones que experimentan los individuos. De esta manera, se destaca la idea de sanciones a los que se apartan de la norma, pues norma y sanción aparecen como dos caras de la misma moneda. Para Settersten, sin embargo, no está aún resuelto un elemento fundamental en el estudio de las normas de edad: la propia definición del concepto; y de la mano de esto emerge el tema de los niveles y unidades de análisis en donde queramos explicar el mecanismo de acción de la norma misma.

En términos analíticos Settersten agrega que la edad es importante desde distintos niveles analíticos, distinguiendo las sociedades, los grupos y los individuos. A los distintos niveles analíticos los distingue a su vez por su carácter de normas formales e informales; debiendo considerar la relevancia de la edad en la estructuración de los cursos de vida tanto el eje macro-micro como la naturaleza formal o no de dicha estructuración. De esta manera, para las sociedades los significados y usos de la edad son formales, mientras que a nivel de grupos e individuos estas normas de edad son informales. La edad tiene implicaciones formales a escala de sociedades cuando pensamos en leyes o regulaciones que estipulan límites a ciertos roles, que asignan derechos y obligaciones a partir o desde ciertas edades. A escala de pequeños grupos e individuos estos significados y usos que puede tener la edad son siempre informales, en tanto está relacionada con ideas respecto a las cuales se puede organizar la vida de uno, o valorar aspectos de la vida de los otros.

¹⁵ Ejemplo de esto es la importancia de esta relación de los sistemas patrilineales en el estatus de la mujer. De esta forma, por ejemplo, el matrimonio se torna una transición más importante para la mujer en sociedades patrilocales que matrilocales por la forma en que deben cambiar su residencia al entrar en esa unión matrimonial y pasar a estar por ejemplo la mujer bajo la autoridad de sus suegros.

Ya teniendo a la estructuración como un objeto de estudio que nos permite dar cuenta de las formas y fuentes regulatorias de los cursos de vida, veamos cómo podemos analizar la relación entre procesos de estructuración por edad de los cursos de vida en los contextos de sociedades contemporáneas, es decir: la relación entre cambio social y cambio demográfico. En este sentido, frente a este tema de la estructuración y diferenciación por edad de los cursos de vida, se abre un debate actual sobre los efectos que pueden haber tenido los cambios macrosociales recientes (como la desindustrialización de algunas sociedades y la globalización, entre otros). Así, frente a los procesos que señalan cronologización, institucionalización y estandarización de los cursos de vida en sociedades modernas han surgido otros a explorar. Ejemplo de ellos son la des-estandarización y des-institucionalización que para algunos autores van de la mano del proceso creciente de individualización en sociedades contemporáneas. Descansa en estas preocupaciones el supuesto de que los cursos de vida y sus patrones de estructuración son expresión de las condiciones socio-históricas, que moldean y posibilitan determinadas formas de organización de las vidas individuales, y nos permiten hablar de regímenes de curso de vida más o menos institucionalizados, más o menos estandarizados y más o menos individualizados. En definitiva, que la estructura de los cursos de vida son de naturaleza cambiante.

En este sentido, con el advenimiento de sociedades contemporáneas donde la dinámica institucional moderna se ha radicalizado¹⁶, surge la preocupación por los efectos en los patrones de estructuración del curso de vida: ¿qué ejes y cuándo estructuran los cursos de vida individuales en las sociedades actuales? En esta relación, entre cambios macro-estructurales e institucionales profundos de las sociedades y sus efectos sobre las vidas individuales contemporáneas, aquellos procesos de estandarización e institucionalización de los cursos de vida como la clave de la estructuración por edad de los cursos de vida deberían ser revisados. Esto ha puesto en movimiento un conjunto de conceptos, que no siempre son claramente especificados y que deberían jugar como hipótesis de exploración; pero que sin embargo, muchas veces se han trabajado como consecuencia lógica y esperada del cambio social producido.

De esta manera, como a la sociedad moderna le correspondían cursos de vida institucionalizados y estandarizados (donde el esquema estaba dado por escuela – trabajo – retiro: una fase formativa a la que le seguía la fase laboral y luego el retiro); con el devenir a sociedades postindustriales se cree en la existencia de escenarios de cursos de vida desestandarizados, menos predecibles y más inestables. Surgieron entonces términos como “erosión de los cursos de vida” y “nueva individualización” de los cursos de vida, entre otros, que a nuestro criterio no han sido debidamente especificados desde lo teórico y menos aún desde lo metodológico –cómo operan, a qué niveles y en que ámbitos de la vida. Asimismo, muchas veces no se guarda una correspondencia con el sustrato conceptual que establece la perspectiva de curso de vida, que como ya veíamos, supone una concepción tanto de la sociedad como de los

¹⁶ Giddens pone énfasis en observar a las sociedades contemporáneas como una *modernidad tardía* (o reciente), la cual es el resultado de “las consecuencias de la modernidad”. Identifica a las instituciones modernas, sobre todo como instituciones dinámicas y disruptivas, que en su propio funcionamiento tienen la capacidad de generar movimientos a una radicalización de los procesos de la modernidad, tanto en sus efectos en las estructuras sociales como en las estructuras de personalidad. ¿Qué hace a las instituciones modernas tan dinámicas? La razón descansa en la velocidad del cambio, que es más rápido que en todas las formas de organización anteriores, alterando los tiempos y la profundidad con que se afecta a las prácticas sociales y los modos de comportamiento antes existentes (Giddens, 1997). Si bien el autor entiende que la modernidad se debe pensar en un plano institucional estructural, los cambios que provocan las instituciones modernas se entretienen directamente con la vida individual y con el “yo”.

individuos, para encontrar alrededor de estos conceptos tendencias individualistas que desdibujan “la sociedad de individuos” y no reconocen “la psicología del hombre sociológicamente basada e históricamente significativa” (Mills, 2003).

Para no partir de un criterio a priori de correspondencia biunívoca¹⁷, donde por definición a un tipo de sociedades le corresponderían uno y solo un patrón de estructuración de los cursos de vida y viceversa, lo que resta es proceder con investigación apoyada en sustratos teóricos que no nos aparten de la perspectiva de curso de vida enunciada (a las sociedades modernas patrones de estructuración caracterizados por cronologización, estandarización e institucionalización y sociedades contemporáneas de “modernidad tardía” o “posmodernas” en correspondencia con patrones de estructuración caracterizados por desestandarización y desinstitucionalización). De esta forma, se ha despertado el interés por hallar una medida de los impactos de los cambios macrosociales en los patrones de cursos de vida promoviendo investigaciones al respecto que ponen énfasis en los estudios comparativos entre países. Para poder identificar cómo y cuánto las estructuras institucionales locales de cada caso y sus regímenes de bienestar (Esping-Andersen, 1993) pueden actuar como mediadoras del impacto de los cambios en las estructuras productivas y organización del trabajo de las sociedades contemporáneas en las formas en las que los individuos organizan sus vidas.

En este sentido, las evidencias al respecto han mostrado gran variabilidad de impactos; si bien es indiscutible que hay cambios en los calendarios de transiciones laborales, educativas y familiares, así como cambios en los procesos de ordenamiento de eventos y secuencias (Mayer, 2004). Ejemplos claros de estos cambios han sido el aumento de años en la etapa formativa de las personas, que en algunos casos es un proceso que abarca toda la vida, el aumento de la inestabilidad laboral con carreras laborales menos estables y discontinuadas por períodos de desempleo –a veces muy largos– y el aumento en la variación de formas de familia, retraso de la entrada en unión y a la maternidad, con incrementos en las tasas de divorcio. Pero a pesar de ello, las evidencias no son contundentes respecto a la desinstitucionalización de los cursos de vida cuando vemos la variabilidad con la que estos procesos se presentan en distintos países con distintos regímenes de bienestar y organización institucional.

De esta manera, lo que se ha dado a llamar “globalización” ha puesto sobre la mesa el papel que desempeñan las instituciones locales, y los equilibrios entre el Estado, el mercado y la familia en amortiguar en algunos casos, o en potenciar en otros, los efectos desestabilizadores de la globalización a escalas nacionales y locales. Creemos entonces que es fundamental trabajar en este terreno con perspectiva histórica, lo que nos permite reconocer la excepcionalidad de una etapa de vida social en la historia occidental –que ni siquiera abarcó a todos los países de occidente, concentrándose sobre todo en el Occidente desarrollado– que se ha reconocido como la etapa dorada. La misma estaba caracterizada por empleo estable, crecimiento de los ingresos, amplios beneficios amparados por los estados de bienestar y matrimonios a edades tempranas con una vida familiar relativamente estable. Pero así como se han perdido esas condiciones en algunos países desarrollados de occidente, también han estado ausentes en esos mismos países en

¹⁷ Una correspondencia biunívoca, o correspondencia uno-a-uno, es simplemente una correspondencia unívoca cuya correspondencia inversa también es unívoca. En otras palabras, cada elemento del primer conjunto se corresponde con solo un elemento del segundo conjunto, y cada elemento del segundo conjunto se corresponde con solo un elemento del primer conjunto.

décadas anteriores a la época dorada, y, más aún, fueron inexistentes en otros países, incluso de occidente.

Hareven ha sido muy enfática en destacar la importancia de esta condición para comprender la dimensión de los cambios contemporáneos de la perspectiva histórica: comprender los cambios en las familias a lo largo de la historia intentando deconstruir mitos de un pasado dorado¹⁸. Así, el sentir apocalíptico de la experiencia en sociedades contemporáneas¹⁹ no creemos prudente ni conveniente hacerlo carne en cuerpos teóricos que avanzan a su vez en dos sentidos contrarios. Por un lado, emergen con fuerza las voces que hablan del deterioro moral en la vida social poniendo énfasis en la pérdida del protagonismo de instituciones como la familia. Por otro lado, surgen las voces que proclaman el triunfo del individuo con niveles de libertad nunca antes vistos –entendiendo por libertad una ausencia regulatoria que debería aproximarnos más al concepto de anomia de Durkheim.

Por lo tanto, creemos necesario establecer una definición de este conjunto de procesos que hemos estado mencionando. Para esta tarea nos apoyaremos en el trabajo de Brückner y Mayer (2005). Resulta muy enriquecedor para esta tarea por sus esfuerzos en reunir e intentar definir el caudal de términos que se utilizan para aludir a procesos involucrados con los patrones cambiantes de estructuración del curso de vida. Así, rescatan un conjunto de términos que se utilizan en las investigaciones sobre los patrones de estructuración de curso de vida e intentan definirlos como conceptos únicos, coherentes y amarrados a la perspectiva de curso de vida: institucionalización, desinstitucionalización, estandarización, desestandarización, diferenciación, de-diferenciación o pluralización e individualización. ¿De qué estamos hablando cuando referimos a ellos? ¿A qué procesos sociales deberíamos aludir cuando los utilizamos? ¿A qué niveles operan? En el cuadro I.1 que presentamos a continuación en forma resumida los términos que los autores recogen, a qué concepto aluden (definición conceptual) y los ejemplos que ellos proporcionan para facilitar su comprensión.

¹⁸ Desde los estudios de las familias y el cambio social Hareven (2000) nos ha advertido los errores que debemos evitar; sobre todo de identificar como nuevo lo que hace un tiempo –muy corto si lo consideramos desde la perspectiva histórica- no se veía. Así las familias extendidas, los re-matrimonios, los hermanastros y figuras como padrastros y madrastras eran habituales en tiempos de baja esperanza de vida. Lo que la mortalidad generaba en las estructuras familiares es muy similar a las “blended families” que hoy surgen como consecuencia de los divorcios. Las causas son otras, pero las sociedades ya tuvieron arreglos familiares y residenciales de ese tipo.

¹⁹ Sentimiento al que Giddens (2004) refiere en como parte del proceso de individualización en el marco de institucionalidad reflexiva, desanclaje y separación de tiempo y espacio.

CUADRO I.1
LOS TÉRMINOS Y SUS DEFINICIONES CONCEPTUALES INVOLUCRADOS EN LA ESTRUCTURACIÓN DE LOS CURSOS DE VIDA

TÉRMINO	DEFINICIÓN CONCEPTUAL	EJEMPLOS
Institucionalización	Refiere al proceso por el cual las normativas y reglas legales u organizacionales definen la organización temporal y social de las vidas humanas.	Podemos referir a etapas o estados como a eventos y transiciones que pueden ser formal o informalmente decretados. Ejemplo de formalidad pueden ser el matrimonio, la educación y el retiro. De informalidad pueden ser la salida de la escuela o entrada a trabajar.
Desinstitucionalización	Refiere al proceso por el cual estados, eventos y transiciones que en tiempos anteriores estaban diferenciados pasan a estar reintegrados o mezclados.	Podemos encontrar ejemplos en la relación entre escuela y trabajo que pasan de ser estatus diferenciados a estar sincronizados en algunas sociedades. Respecto al matrimonio comienza a estar parcialmente desinstitucionalizado con el aumento en algunos casos de uniones consensuales.
Estandarización	Refiere al proceso por el cual estado o eventos específicos y las secuencias en las cuales ocurren se tornan más universales con calendario más uniforme. Asociado a la edad y cronologización.	Una alta estandarización de patrones de cursos de vida podría ser la educación en los niños; o el retiro a partir de una edad determinada.
Desestandarización	Refiere a que estados de vida, eventos y sus secuencias se tornan experiencias que pasan a caracterizar a pequeños grupos de la población perdiendo la universalidad que habrían tenido en otro tiempo. Supone que ocurre a edades más dispersas y aumento de las duraciones.	El matrimonio y la maternidad-paternidad fueron transiciones no estandarizadas durante un tiempo, con proporción importante de mujeres solteras y sin hijos. Luego se estandarizó hasta un tiempo y comenzaron a perder universalidad.
Diferenciación	Refiere al proceso por el cual aumentan el número de distintos estados o etapas que podemos identificar a lo largo del tiempo de vida. Guarda la idea de diacronía. Se habla de que el curso de vida se torna institucionalmente diferenciado.	En el ámbito educativo: aumento de etapas (el preescolar, la escuela, la secundaria, la universidad). En lo laboral: aumento de cambios de firmas y empleos con diferenciación en la vida laboral.
De-diferenciación Pluralización	Refiere al proceso donde períodos de vida anteriormente divididos aparecen en forma conjunta en un momento dado. Muchas veces se trabaja para dar idea de sincronía de eventos o estados el término de pluralización , que no supone un anterior proceso de diferenciación de esos estados sino sobre todo destaca la aparición de nuevas sincronizaciones.	Ejemplo de de-diferenciación puede ser el compartir en un mismo momento de vida la educación con el trabajo si partimos de que antes se daba de manera secuencial. La pluralización se utiliza mucho para las formas de familia –aumento de uniones consensuales, de personas divorciadas, de madres solteras, etc.
Individualización	Es utilizado para invocar muchos de los cambios y proceso que acabamos de mencionar anteriormente, por lo cual lo consideran un concepto de carácter más interpretativo.	Los autores refieren a un concepto que les parece más adecuado: individualización involuntaria para referir a los procesos en el cual los individuos deben tomar caminos que no están trazados colectivamente.

FUENTE: elaboración propia en base a las términos rescatados y definidos por Brückner y Mayer (2005).

En este sentido, hay varios elementos que queremos resaltar y trabajar de lo que podemos observar en el cuadro I.1 y sobre los cuales nos interesa explicitar nuestra postura. Primeramente, que los autores son muy cuidadosos en no utilizar los términos referidos a procesos de reversión, como la desinstitucionalización o desestandarización o de-diferenciación, para referir a los cursos de vida en general. Por ejemplo, existen procesos de desinstitucionalización de eventos, estados o transiciones pero no del curso de vida en general. La vida conyugal puede dejar de

estar regulada por el matrimonio como institución social, pero habrá otras reglas de interacción en la vida conyugal que pautan la convivencia entre las personas.

Marlis Buchmann (1989) destaca cuatro características de la institucionalización de los cursos de vida que nos permiten resumir lo que venimos desarrollando desde el inicio de este capítulo. 1) El progreso individual a lo largo del tiempo y espacio social es gobernado por un conjunto de reglas formales. Estas reglas formales definen el acceso a posiciones y roles con respecto al tiempo de vida, regulando sus secuencias y adscribiendo para el caso derechos y obligaciones. Como resultado, los individuos van siendo clasificados en términos de participación legítima en términos de transiciones en y entre ámbitos institucionales. 2) El Estado moderno está involucrado en ese proceso de ejecutar las reglas de pertenencia a la estructura social del curso de vida. El modo de la organización social de la vida sigue la lógica de la intervención estatal. 3) La regulación estatal del curso de vida transforma aspectos de la vida en eventos institucionalmente definidos y ordena institucionalmente las etapas de la vida. El régimen del curso de vida es, de esta manera, caracterizado por la estructura dual compuesta por el curso de vida público y privado. 4) La dinámica peculiar entre individualización y estandarización del curso de vida hace que éste se torne menos constreñido por tradiciones y costumbres y más susceptible a orientaciones de acciones individualizadas. Asimismo, debe ajustarse a patrones de vida estandarizados y burocratizados definidos por las reglas del Estado. Los individuos pueden tomar diferentes opciones que deben corresponderse con los requerimientos de un curso de vida estandarizado. En este sentido, **la estandarización del curso de vida** es el resultado de la cronologización e institucionalización, y refiere a la regularidad de patrones de vida. Cuando la cronologización e institucionalización son altas, la estandarización también lo es.

Por eso cabe mencionar lo que Brückner y Mayer (2005) agregan respecto a la consideración de los conceptos trabajados en el cuadro I.1. Ellos plantean que todas estas diferentes dimensiones de cambios generales en los patrones del curso de vida se pueden aplicar uno a uno a los distintos dominios de vida para generar hipótesis más específicas. De este modo, identifican dos implicaciones muy importantes: primero que los procesos antes delineados no tienen por qué ir en una misma dirección; y segundo, que los referentes empíricos de estos distintos cambios en los patrones de curso de vida no pueden basarse simplemente en lo anecdótico y evidencia ilustrativa.

En este sentido, cabe reflexionar respecto a escenarios más complejos, donde los procesos interactúan, o más precisamente, donde los cambios en los cursos de vida deben ser analizarlos en claves menos deterministas y como expresión de múltiples fuerzas. De esta manera, existen casos de estandarización por pluralización cuando pensamos en el proceso de expansión de comportamientos conyugales de uniones por cohabitación y no por matrimonio. También existen procesos de expansión educativa que generan institucionalización de la desestandarización. O procesos de institucionalización del curso de vida menos estandarizados.

Si bien la estandarización descansa en un principio de universalidad donde la edad logra agrupar a la población, diferente en muchas otras dimensiones, en iguales estatus o roles (experiencias) y que descansa, como ya vimos, en procesos de institucionalización y cronologización; la desestandarización no puede atribuirse de antemano como consecuencia de la desinstitucionalización. Será una re-institucionalización, una nueva configuración que hace que lo que antes era regulado y organizado por una institución pase a hacerlo alguna otra. La

institucionalización es una condición estructural, pueden variar las instituciones pero el arduo proceso de regulación del comportamiento humano en sociedades contemporáneas no cesa.

Así, las escuelas, las empresas, las familias tienen la impronta de su tiempo social. Podemos pensar como ejemplo a la niñez, que pasa a ser mayormente estandarizada por la escuela y no tanto por la familia; e incluso las distintas formas de familia que existen hoy pueden convertirse en la principal fuente de heterogeneidad de experiencias en esta etapa. De esta manera, lo que estamos planteando es que la vida no se des-institucionaliza en las sociedades contemporáneas. Los cursos de vidas pueden estar organizados en distintas etapas por unas u otras instituciones y esto cambia en la historia y en los distintos grupos sociales en cada sociedad concreta. Si creemos que la vida se desinstitucionaliza nos estaríamos saliendo de los límites de lo posible para habitar en un escenario donde las interrelaciones sociales no promueven coacciones recíprocas ni se constituyen en procesos de regulación.

Así, establecemos conveniente reflexionar respecto a los cambios en los patrones de estructuración de los cursos de vida en un marco de escenarios provisorios, con fuerzas integradoras y diferenciadoras que van dejando rasgos en los patrones de curso de vida, y que estos efectos pueden variar por distintos ejes de diferenciación social. Tal cual lo sugiere Settersten, es más eficaz trabajar los cambios en los patrones de estructuración de los cursos de vida como escenarios a contrastar. Por lo cual creemos que puede aportar mucho la propuesta interpretativa que Riley y sus colegas han trabajado como rezago estructural o rezago institucional. Ellos parten de la base que se han generado en el último siglo muchos cambios en la estructura y contenido en tres ejes importantes de la vida moderna: la educación, el trabajo y el ocio. En este sentido, las instituciones y las organizaciones a veces fallan en ir al ritmo de estos cambios, dando lugar a lo que se ha denominado como rezago institucional (Riley, Kahn y Foner, 1994).

Según estos autores, el problema del rezago estructural es muy fuerte, porque las sociedades no pueden proveer oportunidades significativas a su gente en todas las edades en el mundo del trabajo, la educación y el ocio. Este problema lo derivan de por la fuerte diferenciación por edad del curso de vida en las sociedades occidentales. Como resultado, crece el interés en cómo construir una sociedad integrada por edad en la cual la gente de una amplia variedad de edades interactúen y mantengan roles productivos.

El rezago estructural supone una carencia de acciones de integración del curso de vida que proporcionen continuidad a lo largo de la vida individual, así como una incapacidad de las estructuras sociales para reunir a los que la misma sociedad diferenció y separó –los estratos por edad. Esta especie de vacíos institucionales son espacios que se constituyen en proveedores de sin sentido y angustias; así como también ponen a prueba la creatividad individual para lidiar con un contexto de regulación e incertidumbre a la vez. Esto aumenta la diversidad de vidas posibles a iguales edades porque mucho de la decisión recae sobre la autorregulación de los individuos (y los márgenes de autorregulación que cada grupo social o estrato puedan tener). Entonces esa “creatividad individual” puede tener una impronta de grupo (marcada por combinaciones de edad-sexo y estrato por ejemplo) dada las distintas estructuras de composición regulatoria de sus comportamientos. Así, unos grupos pueden responder a ese rezago estructural con cambios en el dominio familiar y otros promover cambios en el dominio laboral.

Finalmente, respecto al concepto de individualización de los cursos de vida tal cual lo marcamos en el cuadro I.1 creemos necesario hacer algunos comentarios. Acordamos con Brückner y Mayer en la improcedencia de trabajar la individualización como una hipótesis a

contrastar a través de la estructuración de los cursos de vida; en tanto no definimos individualización como el proceso por el cual el individuo está desregulado y enfrentando el orden social. Tanto los procesos de estandarización y desestandarización de los cursos de vida requieren de los procesos de individualización como de los otros procesos que hemos descrito anteriormente. Son el sustrato, el contorno de lo posible sobre los que operan estas conceptualizaciones de cursos de vida modernos y contemporáneos.

En el cuadro I.1 no marcamos ejemplos en lo que refiere a individualización porque no lo señalaron los autores por describirlo como un concepto interpretativo. En muchos casos, se interpreta como individualización del curso de vida a situaciones en donde se dan de forma combinada procesos de desestandarización y pluralización. En este sentido, se alude a procesos de desacoplamiento de roles o cambios en las secuencias de ciertos eventos; pero si bien parte de la explicación de esos procesos radica en aumento de la individualización social, también suceden cambios de ese tipo por modificaciones institucionales y reorganizaciones regulatorias, indicando en ese caso “una nueva institucionalización” que puede dar paso a nuevas individualidades (ejemplo de la mujer trabajadora de hoy); pero no “nueva individualización” ya que estaría aludiendo a un proceso social novedoso.

De igual manera, no creemos preciso ni conveniente referir a una individualización involuntaria. Los niveles de individualización social alcanzados a lo largo de la historia humana y social nunca fueron el resultado de un proceso voluntario, para creer que la no voluntariedad es una característica contemporánea de la individualización social. El proceso de individualización, y el ejercicio mismo de decidir y elegir, conectan a los individuos con otras personas y pone en evidencia que son parte de un entramado social aumentando tanto la contingencia como los niveles de constricción. Cuando hoy hablamos de individualización social o de individualización de los cursos de vida no debemos olvidar que el individuo que hoy elige es un individuo por naturaleza social y que sus decisiones individuales no son por definición un ejercicio de resistencia a la sociedad.

De esta manera, a efectos de nuestra investigación preferimos trabajar con los conceptos que nos permiten establecer indicadores específicos para medir cambios en los patrones de estructuración del curso de vida. En este sentido, la individualización social constituye un telón de fondo que permite la existencia de cursos de vida, tal cual lo hemos desarrollado en este capítulo. Si hablamos de individualización de los cursos de vida lo haremos para referir a procesos de aumento de los márgenes de decisión en diferentes áreas, rescatando así la posibilidad que tienen los individuos de decidir al respecto de temas, áreas y aspectos de su vida que antes podrían no haber sido espacio de decisión. Pero eso no nos estaría indicando, por defecto, desinstitucionalización ni desregulación del curso de vida, por eso Elias nos decía que las sociedades más individualizadas eran aquellas con más márgenes de autorregulación²⁰.

²⁰ Podemos pensar los procesos de legalización del aborto en algunas sociedades se basan en una confianza respecto a lo que sus miembros van a decidir al respecto de continuar o no con el embarazo de manera responsable. Siempre desde la perspectiva de los derechos se argumenta a favor de las decisiones responsables. Es un dato ya destacado por muchos estudios que la legalización del aborto no genera aumentos desmedidos de interrupciones de embarazo. El Estado legaliza el derecho de los individuos a decidir al respecto.

I.4 Desigualdad social y cursos de vida

Integrando el tiempo en sus múltiples expresiones a las desigualdades sociales

Con el objetivo de comprender la estructura social en donde se conectan la historia y la biografía, nos interesa destacar en forma específica y más detallada, los procesos de estructuración de desigualdades sociales. Con esto hacemos referencia a una realidad socio-histórica heterogénea, con una diversidad de posiciones en la estructura de la distribución de bienes y oportunidades que a la vez que posibilita también restringe. Esto complejiza y complementa la idea de una cohorte, en donde si bien los individuos la conforman por haber experimentado ciertos eventos vitales en un contexto histórico común preciso, son a su vez heterogéneos en otras dimensiones sociales. Por lo que creemos fundamental complementar la idea de cohorte con aspectos que delaten desigualdades heredadas, que nos permitan recuperar la propia heterogeneidad intra-cohorte. Derivado también de la propia idea de Estado regulador de los cursos de vida, la consideración de estructuras de desigualdad en donde se desenvuelven los actores sociales nos parece fundamental.

Si bien podemos destacar como uno de los fines u objetivos del estado de bienestar el igualar a las personas en oportunidades y chances, cuando analizamos los sistemas de provisión de servicios estatales y sus políticas públicas y sociales podemos estar muy lejos de estos buenos fines. Como ya lo planteaba Esping Andersen (1993), el propio estado de bienestar se constituye en una estructura de desigualdad. Tal cual lo establecía Mayer, el estado de bienestar y sus efectos sobre las trayectorias de vida puede ser por intencionalidad explícita de alcanzarlo o sin intencionalidad. De esta forma, los individuos no interactúan con una realidad unidimensional en términos de diferenciación institucional, pero tampoco es homogénea en tanto la participación en los distintos dominios institucionales dada su posición en la estructura de distribución desigual de oportunidades. En este sentido, se pueden generar procesos de diferenciación social de los cursos de vida que afectan la distribución de ciertos eventos en el tiempo individual y derivan en trayectorias generales disímiles. Las posiciones sociales heredadas pueden ser un elemento fundamental para comprender ciertas trayectorias generales o transiciones particulares, pues estarían determinadas por las capacidades restrictivas que le imponen su lugar en la estructura de desigualdad.

De esta manera, queremos resaltar dos procesos que hacen a una buena comprensión y evaluación de las desigualdades sociales y sus efectos sobre los cursos de vida. Por un lado, es imprescindible desatacar que la estructura de desigualdad puede ser multidimensional, existiendo e interactuando entre sí múltiples factores como: clase, etnia o género. En segundo lugar, no podemos desconocer en la estructura de desigualdad lo ya desarrollado y explicitado con respecto al anclaje histórico de las estructuras sociales y de su impacto en las biografías. De esta forma, se torna también imprescindible, para una adecuada evaluación de los procesos de diferenciación social de los cursos de vida, caracterizar la estructura de desigualdad en un contexto histórico, en donde pueden ser fundamentales elementos que antes no lo eran; así como aportarle dinamismo. Los cambios en las estructuras sociales e institucionales afectan la relación entre la desigualdad social y cursos de vida. Si pensamos un Estado con menos capacidad integradora, tenemos que considerar las consecuencias de esto en las desigualdades sociales, o mejor dicho, en cómo distintos ejes diferenciadores pueden anclarse como fuentes de desigualdades sociales.

En este sentido tenemos, por un lado, fuerzas integradoras del Estado que toman como objeto de intervención a los individuos, y por otro lado, existen las mismas fuerzas diferenciadoras de la sociedad que van complejizando la estructura social y generando nuevos niveles donde sustentarse desigualdades sociales. Así, la clase, el sexo, la edad, la etnia y todo eje que suponga una desigual distribución de poder va emergiendo como elemento diferenciador que es integrado en el proceso de individualización. Esto hace que los procesos de individualización social no sólo serán diferentes en múltiples dimensiones sino desiguales. Esas fuentes de diferenciación se tornan en desigualdades cuando pueden posibilitar o restringir caminos de vida que, mecanismo mediante de causación acumulativa, serán en un momento dado una constricción estructural con la que los individuos deberán lidiar en sus decisiones futuras.

Nos hemos dado entonces a la tarea de analizar cómo el tiempo ha sido integrado en las distintas tradiciones sociológicas a lo largo del transcurso histórico y presentaremos, para los fines de este trabajo, un enfoque contemporáneo de las desigualdades donde el tiempo se integra en múltiples niveles que nos permite compatibilizarlo con la perspectiva de curso de vida sin perder la idea de vidas en trayectorias cambiantes.

Jean-Paul Fitoussi y Pierre Rosanvallon (1997) explicitan en “La nueva era de las desigualdades” un marco analítico para comprender las desigualdades contemporáneas. La tesis básica que guía a los autores a una nueva conceptualización teórica sobre las desigualdades contemporáneas es que el capitalismo ha entrado en una fase de recomposición, lo que inaugura una nueva época de desigualdades. Cambios macro-históricos en los modelos productivos a escala global producen cambios en las sociedades locales o nacionales en sus distintas dimensiones, y sobre todo en el mundo del trabajo, afectando las posibilidades que las instituciones sociales integradoras ya existentes puedan cumplir con tales fines. En este sentido, distinguen ya para este momento dos tipos de desigualdades, a las históricas, que denominan estructurales, se agregan las nuevas que denominan dinámicas.

Las desigualdades estructurales son las que refieren, por ejemplo, a la jerarquía de ingresos entre categorías sociales, y tiene como característica principal estar institucionalizadas, en tanto son las herederas del pasado del proceso capitalista y estaban fundadas en el principio de igualdad que regía a la sociedad. El grado en que estas desigualdades se presentan en cada sociedad particular va a depender, según los autores, de los procesos de institucionalización que se hayan desarrollado en cada sociedad en respuesta a la intensidad de los conflictos sociales y variando según distintas inspiraciones doctrinaria de las políticas. Frente al impacto de los cambios del modelo de acumulación capitalista en esta fase de internacionalización y globalización, los sistemas y economías nacionales se ven afectadas por cambios en los procesos internos de producción y distribución. Como consecuencia de ellos emergen y adquieren un carácter sistémico un nuevo tipo de desigualdades, que tienen para los autores como característica fundamental ser intracategoriales, y no estar al menos fundadas en el principio de igualdad que regía hasta ese momento a la sociedad.

Aquellas categorías estructurales que tendían en el tiempo a ser intra-categorialmente homogéneas dejan de serlo en intensidad y persistencia, proponiendo Fitoussi y Rosanvallon el concepto de **desigualdades dinámicas** para describirlas. Frente a categorías como obrero u empresario se erige una heterogeneidad intracategorial fuertemente asociada a la probabilidad, por ejemplo, de estar empleado y desempleado, lo que indudablemente afectará las posibilidades de acumulación de ingreso y patrimonio en uno u otro caso. Estas nuevas desigualdades afloran en múltiples dominios, por lo que las desigualdades contemporáneas (estructurales y dinámicas)

deben entenderse como multidimensionales: clase, salariales, género, generacionales, geográficas o residenciales, de acceso, de prestaciones, de vida cotidiana, etc. Cuando las categorías que se suponían homogéneas dejan de serlo las desigualdades dinámicas se superponen a las estructurales, conllevando al proceso de desacoplamiento institucional; en tanto las instituciones ya existentes no alcanzan a administrar las cuestiones del contexto presente. Así, las desigualdades intracategoriales vienen a convivir con las categoriales haciendo más complejo el escenario social de las desigualdades, y tanto las viejas como las nuevas desigualdades comienzan a percibirse como críticas y problemáticas para esa sociedad.

Existe un tiempo histórico en el cual se genera un proceso de reorganización del capitalismo a escala global que va a ser experimentado a escala nacional como un aumento de la contingencia. Los elementos observables de dicho impacto son, entre otros, las re-especializaciones productivas, el cierre de ciertas fuentes de trabajo y la apertura de otras –quizás no tantas como antes– con características disímiles, etc., desatándose, con esto, nuevas coyunturas. En ellas, los individuos van a ser expuestos a riesgos diferenciales, incluso perteneciendo a una misma categoría estructural. En efecto, los autores nos hablan de un aumento de la contingencia individual, en tanto son situaciones nuevas a enfrentar en contextos de vacío institucional. Estos espacios de vacíos institucionales y normativos van de la mano de fuertes modificaciones de las representaciones sociales que pueden propiciar el desarrollo de acciones dotadas de sentidos novedosos. El tiempo histórico impacta a escala macrosocial en la organización social y la estructura de desigualdades, permitiendo la emergencia de un nuevo tipo de desigualdades. Pero esta nueva estructura de desigualdad, configurada por la superposición de las desigualdades estructurales y las dinámicas, actuará en el tiempo de vida individual. Así, este último se torna en un marco analítico para comprender las desigualdades contemporáneas.

El tiempo histórico impacta a escala macrosocial en la organización social y la estructura de desigualdades, permitiendo la emergencia de un nuevo tipo de desigualdades. Esta nueva estructura de desigualdad configurada por la superposición de las desigualdades estructurales y las dinámicas actuará a lo largo del tiempo de vida individual. Así, este último –el tiempo de vida individual– se convierte en un espacio de análisis necesario para comprender las desigualdades sociales contemporáneas.

De esta forma, me interesa destacar un elemento fundamental en su argumentación: en tanto el nuevo escenario emergente de desigualdades sociales alcanza a fracturar la unidad societal, puede quebrarse la comunidad de valores, y el conflicto tanto como la anomia van a irrumpir. Esas desigualdades dinámicas en un contexto institucional, que ya no es el adecuado para canalizar los conflictos, afectarán la forma en la que los individuos se representan la propia cuestión de la desigualdad y la integración. En este sentido, es que la aparición de nuevas formas de desigualdad puede ser el contexto desde el cual los individuos promuevan “nuevas formas de acción social” en tanto se vio afectado el marco de representaciones sociales que dotaba de sentido sus anteriores comportamientos (cambian las reglas del juego y emergen acciones que se ajustan a formas de regulación).

Aquí hay mucho de lo que Matilda Riley expresaba como rezago estructural o rezago institucional, en donde las acciones de los individuos parecen “adelantarse” a los cambios institucionales; dado los procesos de desfase entre fuerzas de diferenciación e integración social. Ejemplo de esto pueden ser los cambios en el mundo del trabajo, a los que los individuos reaccionan transformando pautas respecto a otras instituciones, como por ejemplo la familia; sin embargo, desde las políticas públicas y el Estado en general se sigue pensando en la familia

nuclear como pre-requisito de acceso a prestaciones sociales consolidándose un nuevo eje de desigualdad: las formas familiares.

Ahora bien, nos interesará con esta revisión teórica y sistematización dar un paso hacia las implicancias metodológicas de las distintas formas y niveles de inclusión del tiempo en el análisis de las desigualdades sociales. Para finalmente alcanzar con Rosanvallon y Fitoussi en “La propuesta de una nueva era de desigualdades” una inclusión del tiempo histórico con efectos sobre las estructuras macrosociales y las microsociales, configurando un nuevo escenario de desigualdades, donde el tiempo de vida individual se torna terreno relevante de acción de las desigualdades sociales.

Las desigualdades dinámicas tienen una característica que es crucial respecto a las implicaciones metodológicas a la hora de hacerlas observables. Esa característica fundamental es su dinamismo, es decir que actúan, se desarrollan, modifican y fijan en el tiempo; sus efectos positivos o negativos son visibles en el espacio constituido por el tiempo de vida. Lo último está muy ligado a la idea de causación acumulativa, en donde el tiempo que permanece en cierta situación de desigualdad dinámica, y el momento (“timing”) en que afectan, son fundamentales para comprender los efectos sobre la capacidad de acumulación de capitales de distinta índole. La idea de consecuencias de las desigualdades dinámicas se valora el tiempo –desventajas acumulativas-, pues lo vivido va a adquirir un carácter estructural. En este sentido, podemos pensar que estas desigualdades dinámicas entran en interacción con las estructurales y el efecto de ciertas circunstancias o trayectorias va a estar amortiguado, o ponderado, por la posición en la estructura de desigualdad estructural. Los autores están considerando tanto efectos de transición como efectos de selección (Elder y O’Rand, 1995).

Los primeros refieren a los efectos inherentes a la transición: el cambio de estatus y roles asociados con la edad sobre el devenir de los cursos de vida. El efecto de selección nos advierte de los efectos diferenciados de una misma transición que descansan en la propia contingencia de la biografía individual. Así, los efectos de una transición interactúan con las características individuales como el sexo, la historia familiar, la condición ocupacional, entre muchas otras. Este análisis privilegia indudablemente el aspecto diacrónico de la desigualdad como objeto de estudio. Las desigualdades sociales entre la población se harán “evidentes” a lo largo de las trayectorias individuales, destacando la importancia de un enfoque longitudinal. Rescatan el doble efecto de la cohorte del que nos hablaba Hareven: el efecto de las constricciones históricas con las que se encuentran y además el impacto acumulativo de los eventos pasados históricos a lo largo del curso de vida de sus miembros. A través y a lo largo de las trayectorias de vida pueden evaluarse los efectos combinados de las desigualdades categoriales y la heterogeneidad intracategorial en el tiempo. Creemos así, que un análisis que pretenda dar cuenta del impacto del tiempo en toda su complejidad de acción sobre la estructura social debería incluir todas las dimensiones y expresiones del tiempo: histórico, grupal (distintos grupos de desigualdad: mujeres, clase, etnia, etc.) e individual. Los efectos del tiempo en las vidas individuales pueden aparecer mediados por el tiempo familiar, tiempo grupo y el contexto histórico a una escala macrosocial.

Alcanzar a evaluar estos modelos teóricos analíticos puede llegar a suponer el desarrollo de un verdadero programa de investigación, que nos conduciría tanto a profundizar en la teoría existente como en el desarrollo de nuevas y más teorías explicativas de la desigualdad social. Asimismo, nos conduce a la tarea del desarrollo de instrumentos y estrategias de contrastación novedosas y creativas para hacer aprehensible la complejidad del fenómeno de la desigualdad

social contemporánea. Pero a modo de resumen, podemos identificar tres grandes consecuencias para la investigación sobre procesos de estructuración y desestructuración de los cursos de vidas.

1) La necesidad de considerar múltiples dimensiones de desigualdad; que si bien puedan no contemplar todos los ejes existentes, intenten integrar los máximos posibles dadas las características de la investigación. Sobre todo, tomar en consideración aspectos de desigualdades estructurales con aspectos de desigualdades dinámicas.

2) Considerar la complejidad que aporta a los conceptos antes trabajados respecto a los cambios en los patrones de curso de vida. Supone pensar las nuevas desigualdades y los procesos de cambio en los patrones de curso de vida conjuntamente, contemplando ambos lados del problema. ¿Cómo se complejizan las consecuencias de estos procesos conjuntos? En forma muy breve, podemos decir que debemos pensar en la posibilidad de procesos con cierta parcialidad. En definitiva, reestructurar las hipótesis de desestandarización de los cursos de vida que establecen, por definición, procesos universales y uniformes –pues están pensados como consecuencias de cambios sociales que afectan a toda la población. Trabajar con escenarios de efectos períodos, otros de cohorte y otros de edad quizás. Para nuestro caso preciso: ¿qué papel juega la desigualdad social en los procesos de estandarización o desestandarización de los cursos de vida?

3) Las desigualdades estructurales -categoriales- en interacción con la dinámicas -intracategoriales- van a mostrar sus efectos en el transcurso de vida de las personas; y de esta forma, adquiere gran relevancia el tema del “timing”. Cómo distintos tipos de desigualdades en distintos momentos de la vida de las personas pueden tener efectos de fijación más importantes. A las etapas tempranas de las vidas de las personas ya se les otorgaba un papel relevante en los estudios de curso de vida, por considerar que en las primeras décadas de vida de una persona muchas de las transiciones y movimientos de estatus realizados afectarán luego el resto de sus vidas. Aunque pensemos que no tiene carácter determinante, debemos reconocerlas como constricción estructural, reposicionando en cada uno de los movimientos que los individuos realicen en sus etapas tempranas del curso de vida en escenarios de cursos de acción plausibles muy diferentes. Pero ahora desde una perspectiva de desigualdades dinámicas donde las desventajas se pueden ir acumulando, fijando o sorteando en el tiempo, estas etapas tempranas de curso de vida cobran también gran relevancia. Esto da paso a nuestro próximo tema respecto a la importancia de estudiar etapas tempranas del curso de vida y ver cómo se puede lidiar con las desigualdades de ambos tipos para dejar planteados escenarios a futuro.

I.5 Transición a la vida adulta

Un pasaje de estatus también de naturaleza cambiante

En este apartado nos proponemos analizar, en forma un poco más precisa, cómo y en qué grado la transición a la vida adulta (a la que también aludiremos como TVA en adelante) ha cambiado como resultado de todas las transformaciones sociales antes descritas. De esta manera, primero cabe presentar el fenómeno como tal, en tanto etapa de la vida que se fue consolidando a partir de la emergencia de las sociedades postradicionales y el avance del proceso de estructuración por edad; para luego reflexionar en torno a su relevancia social e individual en la investigación.

La emergencia de la adolescencia y juventud como una etapa biográficamente distintiva debe ser entendida como un largo proceso de segregación gradual de los niños del mundo adulto que se remonta a los orígenes de la sociedad moderna. En este sentido, es necesario resaltar que las definiciones relativas al proceso de envejecimiento y paso del tiempo, tanto como las condiciones sociales y funciones de cada grupo de edad no sólo han cambiado significativamente a lo largo de la historia, sino que también varían entre diferentes culturas; y aquí estaremos concentrándonos en procesos característicos de las sociedades occidentales. Lo que Hareven (2000) denomina como el “descubrimiento” de una nueva etapa de vida es, en sí mismo, un proceso complejo que combina dos movimientos. Un primer movimiento a nivel individual de ir tomando conciencia de la existencia de un conjunto específico de características como condición distintiva entre ciertas clases sociales o grupos; para luego, en un segundo movimiento, ir haciéndose el reconocimiento público y extenderse a nivel social –a través de políticas, legislaciones que establecen necesidades, derechos y obligaciones específicas para esos grupos de edad y etapa de vida.

La emergencia de la adolescencia y juventud se inicia con la identificación de la niñez como una etapa de vida, la infantilización de la niñez -que inicia hacia el siglo XVI y XVII- supone un largo camino que avanza desde una indiferencia emocional hacia los niños (el abandono era frecuente) hasta alcanzar a concebir al niño como alguien carente, necesitado, dependiente y maleable (Buchmann, 1989). Pasan a ser tratados por el adulto cualitativamente diferente, dejando de ser considerados como miniaturas adultas para ser objetos de cuidados y protección. La atención hacia los niños va creciendo y para fines del siglo XVII, y más especialmente en el siglo XVIII, podemos encontrar instituciones que, de forma paulatina, se van convirtiendo en ámbitos exclusivos para niños que los separa, a su vez, del mundo de los adultos. Inicia primeramente con centros religiosos, y luego las escuelas se van haciendo instituciones más extendidas de los Estados hasta alcanzar la institucionalización de la educación obligatoria en esta etapa de vida. En paralelo a esto, el Estado va definiendo derechos y responsabilidades especialmente para este grupo etario, y los niños van perdiendo funciones en relación al mundo adulto a medida que avanza el proceso de segregación. La definición de infancia como etapa de vida está relacionada con el retraimiento de la familia hacia lo doméstico, la segregación de los espacios de trabajo a los hogares, la redefinición del rol de madre como guardiana principal de la esfera doméstica, y el énfasis en lo sentimental más que en relaciones instrumentales como la base de la interacción familiar (Hareven, 2000)²¹.

El “descubrimiento” de la adolescencia es posterior en el tiempo, y los patrones de emergencia son similares a los de la infancia. Si bien la pubertad es un proceso biológico universal, el fenómeno psicológico de la adolescencia fue identificado de manera gradual²². Para

²¹ Para el caso más preciso de la sociedad americana Hareven estudia como la noción de infancia emerge primero en la vida de las familias de clase media haciéndose parte integral de su estilo de vida. Esto alcanza a ser materia de literatura respecto a la crianza de los niños y recomendaciones familiares. Estos libros de consejos y revistas van popularizando el concepto de infancia y las necesidades de los niños prescribiendo formas de permitir a esos niños desarrollarse durante la infancia (Hareven, 2000). Es un buen ejemplo de reflexividad institucional, en tanto lo que se va conociendo y aprendiendo del desarrollo humano y ciertas etapas cognitivas se extiende por fuera de los expertos en el tema y esto impacta en la gente y cambia su percepción del fenómeno.

²² Hareven (2000) encuentra evidencias en la sociedad norteamericana que durante la segunda mitad del siglo XIX la experiencia de la adolescencia, particularmente algunos problemas de tensión que estaban alcanzando la pubertad. Educadores y observadores comenzaron a observar la congregación de gente joven en grupos de pares y estilos de comportamientos que los caracterizaban; y la angustia que generó algunas de estas pautas

los comienzos del siglo veinte Stanley Hall y sus colegas ya habían articulado e identificado a la adolescencia como una nueva etapa de vida; que fue también ampliamente popularizada por la literatura. Las fronteras entre infancia y adolescencia, por un lado, y entre adolescencia y adultez, por otro, fueron distinguiéndose a lo largo del todo el siglo veinte.

Más allá de la adolescencia se comenzó a hablar de otro grupo, el cual estaba considerado aún como pre-adultos: los jóvenes. La construcción social de la juventud como etapa de vida puede ser entendida como un resultado del incremento de la diferenciación del estatus de niños al estatus de adulto. Se van generando procesos de segmentación dentro de lo que antes se entendía como infancia, y las escuelas son instituciones fundamentales en la estratificación por edad en el curso de vida temprano. Dos factores contribuyen y se refuerzan para posibilitar la emergencia de la juventud: la institucionalización de la educación obligatoria ya pasada la educación primaria y cambios regulatorios como la abolición del trabajo infantil y el aumento de la edad considerada para poder trabajar. La consolidación de la juventud como una etapa de vida más o menos estandarizada se alcanza en sociedades occidentales recién después de la Segunda Guerra. Es una respuesta al aumento de requisitos educativos obligatorios manteniendo como mínimo a los miembros de la sociedad hasta los 14 o 16 años aproximadamente en un ámbito educativo que inevitablemente los segrega de otros grupos etarios y del mundo adulto en general; y además los lleva a convivir con sus pares de edad. Convirtiendo a este último en un espacio institucional de desarrollo, socialización y aprendizaje social.

En las sociedades pre-industriales, factores demográficos, sociales y culturales se combinaban para producir las mínimas diferenciaciones en etapas de vida (Hareven, 2000). La infancia y la adolescencia no eran etapas distintivas, y los niños a muy corta edad formaban parte del mundo adulto con las correspondientes responsabilidades. Los principales roles adultos como el trabajo y la paternidad se desarrollaban durante toda la vida –que por los niveles de mortalidad y esperanza de vida no era muy larga. La integración de las actividades económicas con la vida familiar proveía continuidad al curso de vida. El impacto de la industrialización en la estructura social, acompasado con los cambios demográficos del siglo XIX, van permitiendo los procesos de discontinuidad en el curso de vida y de diferenciación gradual por grupos de edad asociados a funciones. La completa diferenciación de funciones para cada grupo se va a alcanzar recién a lo largo del siglo veinte.

Hareven (2000) nos recuerda que antes del siglo veinte la paternidad no estaba segregada a cierto período de curso de vida adulta. Matrimonios relativamente tardíos, en el caso de la sociedad americana, corta esperanza de vida y altas tasas de fecundidad no daban tiempo para que las familias y hogares se quedaran sin hijos que criar. Eran condiciones donde el curso de vida estaba comprimido en un espacio corto y relativamente homogéneo. Transiciones que hoy podemos identificar como partes de la transición a la vida adulta –salida de la escuela, entrada a trabajar, establecer un hogar independiente, matrimonio y tener hijos- no estaban claramente estructuradas (Hareven, 2000).

En este sentido, la autora nos dice que salvo el matrimonio y la formación de hogares, las otras transiciones no significaban ningún punto de quiebre en las estructuras de responsabilidades y derechos en la población.²³ Los cambios del siglo pasado, y particularmente

comportamentales, sobre todo en grandes ciudades, llegaron a la advertencia de reformadores que advirtieron los peligros de las pandillas juveniles.

²³ Por ejemplo la oscilación entre la escuela y el trabajo en niños y jóvenes estaba dada por estaciones, disponibilidad laboral y necesidades económicas de la familia. La salida de la casa de los padres no era

el incremento de la rapidez en el calendario de las transiciones y la introducción de transiciones reguladas e institucionalizadas, han convergido a aislar y segregar los grupos de edad en las sociedades más complejas; cambios que han generado nuevas presiones sobre los calendarios dentro y fuera de la familia (Hareven, 2000). Asimismo, el “timing” se ha convertido en algo más regulado por normas específicas de edad que por la relación con las necesidades colectivas de la familia (individualización).

De esta manera, el curso de vida temprano se va diferenciando en etapas con funciones diferentes, así como también son segregados a espacios institucionalizados en donde los individuos van participando según su etapa del curso de vida. Ya con una conceptualización de la juventud como una etapa diferenciada de la vida, se da paso a la idea de la transición a la vida adulta para referir a ese período entre la adolescencia y la adultez. La juventud, desde una mirada de transiciones en el curso de vida, la convierte en una etapa clave en la experiencia biográfica que permite relación con las estructuras sociales e institucionales. En las fronteras a la vida adulta se da un proceso de mayor diversidad, los individuos van jugando roles en algunos espacios adultos pero no en todos. Este período se caracteriza por la diversidad esperable que supone pensar a toda una cohorte en transiciones vitales en múltiples dominios institucionales, procesando decisiones que incidirán en el devenir de sus vidas.

De esa manera, esta etapa de vida conocida como juventud desde la perspectiva de la transición, resalta un carácter propio de la misma y nos permite verla como una etapa de riesgo. El riesgo emerge por las condiciones estructurales y regulatorias, que señalan mundos posibles – plausibles por los cuales se transcurre la vida de las personas en la tensión entre regulación e individualización. Si bien existen senderos que dicen por dónde pueden ir la vida de las personas, a través de cuáles instituciones se desarrollará su vida y más o menos en qué etapas y edades eso puede ocurrir, es el individuo el que decide su destino en esas condiciones de restricción y posibilidad. Se procesan transiciones familiares, laborales, educativas, residenciales que van a impactar inevitablemente sus vidas futuras en los efectos transición y efectos selección que ya mencionamos. De esta forma, se constituye en una etapa muy relevante para analizar los efectos de selección, y en consecuencia, de acumulación de condiciones de desigualdad. Centrarse en el estudio de esta etapa de vida no sólo es estudiar lo que hace un grupo etario de la población sino, como nos dice Saraví (2009), es estudiar las bases también de la sociedad que está por venir.

A lo largo del tiempo se han identificado patrones de estructuración de la transición a la vida adulta también cambiantes en respuesta al conjunto de cuestiones que se ven implicadas en dicho tránsito. Se ha hablado de la transición a la vida adulta como una etapa de gran densidad demográfica por involucrar un número importante de transiciones a eventos demográficos de gran relevancia. La sociodemografía tiene tradición en estudiar la transición a la vida adulta según las condiciones socio-demográficas que una persona ha alcanzado a determinadas edades, y que han sido identificados como eventos vitales de gran relevancia en los cursos de vida modernos y occidentales: salida de la escuela, entrada a trabajar, formación de un hogar propio emancipado del de origen, entrar en unión, tener hijos. De esta manera, se consideran transiciones familiares, residenciales, laborales y educativas que irán configurando las

necesariamente un punto de quiebre en las vidas individuales en tanto se permanecía en un mismo hogar hasta edades avanzadas (los veinte) por necesidades económicas en las familias obreras. Otros abandonaban el hogar paterno-materno a muy temprana edad para ir a trabajar como aprendices o sirvientes, mientras otros miembros de la familia postergaban sus matrimonios y permanecían en sus hogares de origen ayudando con las tareas agrícolas.

trayectorias de vida de esos jóvenes y sirven de indicadores que nos permiten aproximarnos a una emancipación de la familia de origen y emancipación económica, formando su propia familia en un proceso de sucesión generacional. Además, cada una de esas transiciones de vida van modificando la estructura de derechos y obligaciones de los individuos y están inevitablemente amarradas unas de otras, porque unas generan más o menos probabilidades para las siguientes.

De esta forma, la transición a la vida adulta se ha transformado en un espacio vital muy propicio para valorar hipótesis respecto a los cambios en los patrones de estructuración por edad de los cursos de vida que antes hemos explicitado. Porque son tantas las dimensiones sociales e individuales que se ponen en juego en ella que permite ver la relación cambiante entre los procesos de diferenciación e integración de los cursos de vida. Muchas de las investigaciones a las que antes hemos aludido, respecto a cambios en la estructuración de curso de vida en el tiempo, se han realizado a través de la identificación de cambios en el tránsito a la vida adulta.

De esta manera, “la época dorada” a la que hicimos referencia iba de la mano de transiciones a la vida adulta estandarizadas, donde se daba un ordenamiento de los eventos particular y se realizaban en rangos de edades relativamente acotados -con secuencias de salidas de la escuela, entrada a trabajar y formación familiar. Así, se ha referido a este proceso como si el curso de vida fuera culturalmente guionado y estructurado por los recursos económicos y sociales. Los individuos adquieren las expectativas, a menudo temprano en la vida, de cuándo y cómo estos arreglos irían a ocurrir. Se ha hablado de un itinerario social que se prescribe culturalmente, pero a la vez es bastante flexible para tomar cuenta de vicisitudes económicas y demográficas. Los individuos aprenden este itinerario “mirando” los que otros hacen y tomando las señales de instituciones que son guardianes del curso de vida (Heinz, 2001).

En las sociedades contemporáneas se trabaja, entonces, bajo la premisa de un proceso de desestandarización de la transición a la vida adulta, aludiendo a que las múltiples transiciones involucradas en la misma se van dilatando en el tiempo de vida individual, modificando el ordenamiento y las secuencias entre las mismas. Lo cual estaría indicando que los caminos de acceso a la adultez se tornan más variados. En este sentido, Hareven nos dice que el proceso de homogeneidad por edad de las transiciones que ésta involucra, y que se han observado en algunas sociedades con el impulso industrializador y modernizador, es expresión del proceso histórico de larga duración que conduce a la individualización de las transiciones de vida: las normas de edad se tornan más importantes en dictar calendarios que las emanadas de las necesidades familiares.

Esto resalta lo que ya decían Mayer y Brückner con respecto a la especificación necesaria de niveles en los que estarían actuando esta hipótesis sobre estructuración del curso de vida: que los calendarios dependan menos de las necesidades familiares -como resultado de un aumento de individualización social- permite que las edades a la TVA se estandaricen. En este sentido, la individualización de la que nos habla Hareven no implica que cada individuo haga lo que quiera cuando sea, sino que éste se rige por calendarios más generales enmarcados en el proceso de institucionalización, donde pierden protagonismo las necesidades familiares -un ejemplo de estas restricciones a la familia es la educación obligatoria-. Las reglas pasan a ser de corte más general y tienen por objeto al individuo; y ya no provienen de fuentes familiares.

Por lo tanto, no podemos caer en análisis prematuros respecto a que un proceso de desestandarización de la TVA en su conjunto, e incluso de las transiciones simples involucradas en ésta, sean indicadores de desregulación por edad como consecuencia de procesos de

individualización. Estos pueden estar respondiendo a que en algunos contextos los individuos están más condicionados por decisiones familiares, por ejemplo. Y son las desigualdades de origen las que pueden convertirse en fuentes de desestandarización. Sólo nos interesa resaltar, una vez más, la relevancia y riqueza de estas edades frontera a la adultez para analizar los procesos de cambio de regulación social.

Asimismo, se ha abierto un debate en torno a si ciertas transiciones contempladas en la TVA deben o no ser consideradas en ciertos contextos; o si, por ejemplo, no han perdido relevancia algunas de ellas en las sociedades contemporáneas. De todas maneras, la consideración de cinco transiciones recomendadas por la sociodemografía²⁴ no implica un uso clasificatorio de la población en adulta o no adulta por el cumplimiento estricto de todas ellas. Sino que descansa en el reconocimiento de eventos claves en la vida de los individuos en la determinación de sus estructuras de derechos y responsabilidades. Los estados pueden ser reversibles, pero no así los efectos que ellos provocan. A través de análisis de calendarios, secuencias, ordenamiento y solapamientos de estatus podemos identificar cómo se generan trayectorias de vida donde uno u otro eje cobran mayor relevancia en distintos contextos. Considerar esos eventos nos permite valorar cuánto importan en las trayectorias de vida; para poder luego responder al cómo y por qué de dichas configuraciones.

Las transiciones que contemplamos dentro de la TVA no deben ser, en este sentido, herramientas de uso clasificatorio de la población sino de corte analítico; ¿cómo juegan y en qué edades cobran relevancia esos eventos y dimensiones de vida? En algunas sociedades, por ejemplo, es más importante la salida de la casa de los padres, con la consecuente inserción laboral para marcar autonomía, haya o no formación de una nueva familia. En otros casos, es más importante la formación familiar y la residencia en el hogar materno no se modifica adquiriendo las estructuras de hogares extendidos. Por lo tanto, no creemos conveniente excluir transiciones, incluso sería recomendable poder incluir otras transiciones que van cobrando relevancia y que a veces se relegan por no tener registros de ellos, como la iniciación sexual por ejemplo. Podemos preguntarnos ¿por qué no es necesaria la salida de la casa de los padres para una nueva formación familiar? Y de esta manera comprender el entramado social que le da sustento; lo que podíamos ver como no relevante puede ser la consecuencia de una restricción estructural ligada a factores económicos y demográficos que no hacen posibles ciertas trayectorias de vida.

En el marco de estas preocupaciones, ha emergido un nuevo eje de investigación respecto a la transición a la vida adulta, que supone investigar lo que los propios actores identifican como transiciones vitales en relación a lo que ellos consideran ser adultos o no, y sus variaciones en el tiempo y entre sectores sociales. Creemos que el punto de vista de los propios sujetos es muy importante para una comprensión profunda de cómo se va construyendo la idea de convertirse en adulto en sus propias experiencias biográficas, y los efectos que esto genera en las estructuras, pudiendo modificar los patrones de vida. Es importante esta línea de investigación para comprender los mecanismos a través de los cuales los individuos van ligando los requerimientos institucionales, los mandatos sociales y lo que ellos identifican como sus propias necesidades, en esta negociación construyen su propio curso de vida; y así identificar las fricciones entre sociedad e individuos que acarrea este proceso .

²⁴ Recordemos que las cinco transiciones son: salida de la escuela, salida de casa de los padres, entrada a trabajar, entrada en unión y primer hijo.

Pero debemos recordar que la auto-percepción de la adultez puede reflejar dos cosas a la vez: marcadores de transición objetivos como indicadores de maduración personal. Además, las experiencias anteriores con roles adultos tanto como los roles presentes contribuyen al sentimiento de adultez que puede tener el sujeto. Las mujeres que no tienen hijos pueden sentirse e identificarse como maduras, adultas y responsables. Incluso decir y sentir que no sienten que les falta adquirir el rol de madre para ser adultas; y eso no es siquiera discutible. Pero de igual manera, las que sí tienen hijos pueden manifestar que han visto su vida reorganizarse en torno a una serie de responsabilidades del punto de vista formal y afectivo; y esto ser también innegable. Lo que queremos resaltar aquí es la existencia de estatus en la vidas de las personas que se constituyen en verdaderos hechos sociales y alteran el equilibrio de derechos y obligaciones en la vida de las personas (tal cual Durkheim define la paternidad, por ejemplo), y que no es el resultado sólo de su frecuencia estadística o prevalencia.

I.6 Resumen de nuestra propuesta teórica de abordaje ***Hacia la construcción de nuestro problema de investigación***

Al inicio de este capítulo delineamos los procesos sociales que caracterizan el contexto de las sociedades donde el curso de vida emerge como hecho social. De esa descripción resaltamos cuatro premisas que forjan nuestra clave interpretativa: a) los márgenes para la libertad son históricos; b) la regulación es la contracara de la individualización, y ambos constituyen el elemento que hace posible la libertad individual; c) la regulación es el resultado de las coacciones de interdependencia y que el manejo del tiempo en la vida contemporánea es parte de esas coacciones: autocoacción temporal; d) todo lo anterior es posible porque en el orden social postradicional occidental el origen no significa necesariamente destino; que nos permite pensar en procesos de decisiones individuales frente a distintos senderos que se van abriendo más o menos preconfigurados, pero que no nos permiten del todo hablar de un destino revelado de antemano.

Así, dos elementos que hacen a nuestro objeto de estudio se tornan en fenómenos sociales de interés: los procesos de estructuración por edad como una forma de organización de la vida en las sociedades modernas (estructura de regulación) y la transición a la vida adulta como una etapa que se institucionaliza. De esta manera, la emergencia del curso de vida como un hecho social da cuenta de cómo lo individuos van tomando decisiones en las múltiples dimensiones y en distintos momentos de su vida; permitiéndonos a la vez observar a la sociedad en el proceso mismo de formación social de los individuos.

Podemos resumir el camino recorrido en este capítulo para la construcción teórica del problema de investigación con las siguientes preguntas: ¿qué estamos estudiando cuando investigamos los procesos de estructuración por edad de los cursos de vida? Cuando estudiamos cambios en ese proceso, ¿a qué aspectos de la realidad social y demográfica nos refieren? Esto nos condujo a tomar la edad como una fuente de regulación de los cursos de vida y organización de los mismos en torno a ella. Y sobre todo, nos permitió identificar qué aspectos de la realidad social (sus dinámicas y estructuras) están involucrados en los cambios en los patrones de estructuración por edad de los cursos de vida. De esta manera, la edad emerge como uno de los

ejes de regulación y organización de los cursos de vida en las sociedades modernas, dados los procesos de diferenciación e integración social de los mismos.

En este sentido, consideramos que no es posible construir un problema de investigación sobre la relación entre cambio social y cambios a nivel de cursos de vida individuales sin una teorización explícita sobre la relación entre la sociedad y los individuos. La postura teórica asumida y discutida en el capítulo nos proporcionó los elementos analíticos para interpretar que el proceso de individualización social –la forma en la que se constituyen los individuos en las sociedades contemporáneas– no es ajeno ni independiente de la constitución del orden social, sus estructuras y entramados institucionales. Así, la dependencia social y la individualización se identifican como dos caras de la misma moneda en el proceso de conformación de sociedades modernas y constituyen la materia misma de los cursos de vida.

El doble proceso de diferenciación e integración social nos proporciona el contorno de nuestro objeto de estudio: lo posible (estructuras sociales donde los cursos de vida son hechos sociales). Los procesos antes mencionados se expresan en un movimiento con dos caras (regulación - individualización) que nos permiten encontrar los marcos regulatorios que rigen los comportamientos individuales en las sociedades contemporáneas. Lo cual nos proporciona los límites de lo plausible en nuestra investigación. Lo posible se reduce a lo plausible aumentando las opciones a la vez que se predefinen escenarios de opciones.

En este sentido podemos extraer cuatro grandes enseñanzas que nos deja este recorrido de explicitación y debate teórico:

1. Hay distintos niveles en las estructuras sociales de distribución de funciones, poder y privilegios –el sexo, la clase y la edad pueden ser ejemplos claros de ellos– que nos posiciona ante procesos regulatorios desiguales para distintos grupos sociales (variando la composición entre regulación externa y autocoacción entre ellos que repercute en los niveles de estructuración por edad).

2. Los cambios socio-históricos se expresan en cambios en los distintos dominios institucionales en los que los individuos desarrollan sus vidas. Esto significa que los individuos se verán afectados por las transformaciones sociales, demográficas e institucionales en distintas etapas de su trayectoria individual. Esto es así porque partimos de la existencia de una cierta estructuración por edad que nos permite establecer momentos en las vidas individuales en las que se toma contacto con ciertos dominios institucionales y sus acciones regulatorias. Pero a su vez, la participación o no en determinados ámbitos institucionales y los momentos en que esto acontece es también una expresión de la posición en la compleja estructura de desigualdad social.

3. Todo esto transforma las hipótesis posibles respecto a la estructuración del curso de vida, lo que los individuos pueden estar haciendo en ciertas edades o etapas de sus vidas en escenarios de opciones plausibles mucho más reducidas dada la posición social que ocupan. Las chances de trayectorias de vida no son infinitas ni iguales para una población. Pero esto no hace más sencillo el planteamiento, si bien se descartan un conjunto de posibilidades en torno al rumbo que pueden tomar los cursos de vida, la complejidad social va colmando los escenarios de múltiples fuentes regulatorias: el tiempo en su expresión histórica, familiar e individual entra en interacción con el sexo –que se institucionaliza en desigualdades de género–, y la multiplicidad de ejes de desigualdad social que estemos atentos y a considerar y podamos empíricamente integrar en nuestras investigaciones.

4. Desde la perspectiva del curso de vida un cambio de una figuración particular, de un particular patrón de estructuración por edad de los cursos de vida, no debería conducirnos a pensar en un desorden o falta de regulación del curso de vida. Un particular patrón de estructuración por edad es, en sí mismo, una estructura fluctuante de tensiones vulnerable a los cambios acontecidos en los entramados sociales y sus procesos de diferenciación e integración social.

¿Cómo referimos con estos elementos al estudio de cambios en los patrones de estructuración de los cursos de vida? Nuestro interés por analizar la relación entre cambio social y cambio demográfico nos conduce a estudiar las transformaciones en los patrones de estructuración por edad en el curso de vida temprano, y para eso trabajamos con el eje de estandarización versus desestandarización de los cursos de vida. El concepto de estandarización se centra sobre todo en la idea experiencias comunes a iguales edades, lo que nos conduce a dos conceptos: homogeneidad y heterogeneidad de los cursos de vida.

¿Cómo aprehender estos procesos? Para la realización de nuestra investigación creemos necesario construir el puente entre estructuración y homogeneidad – heterogeneidad de los cursos de vida. El concepto de heterogeneidad de los cursos de vida a edades específicas nos permite captar la idea de “timing” de la que nos hablaba Hareven, donde el énfasis no está puesto solo en la edad precisa en la cual se realiza una transición sino en la sincronización de eventos demográficos. Frente a esto Bird y Krüeger (2005) nos hablan del “secreto de las transiciones” para reposicionar en la investigación el dinamismo original del que goza la transición como concepto y herramienta analítica dentro de la perspectiva teórica de curso de vida. De esta forma, ellos proponen para comprender cambios contemporáneos en los cursos de vida estudiar no sólo los cambios de estatus que implican las transiciones demográficas (de soltero a casado, no trabaja a trabajador, etc.) sino las configuraciones o entrelazamiento de estatus²⁵. Estas últimas refieren a las combinaciones entre estatus específicos que pueden presentarse. Por ejemplo, ver las proporciones por edad de ciertas combinaciones de estatus en relación con otras (distribución de combinaciones); si pensamos en las cinco transiciones aludidas en la TVA existe mayor probabilidad de encontrar varones casados que trabajen y no estudien en relación a varones casados que no trabajen y estudien. Lo cual nos permite recobrar una idea fundamental de la perspectiva de curso de vida: que experimentar algunas transiciones genera un movimiento dual de atracción y repulsión hacia otras.

Lo que entendemos por estandarización podemos hacerlo visible a través de conceptos como homogeneidad de combinación de estatus sociodemográficos por edades específicas. En este sentido, proponemos estudiar la estandarización como un camino para hacer visible también la diversidad social que pudiera existir en cada contexto sociohistórico – tomando una premisa metodológica de herencia durkheimiana. Así, la identificación de patrones de regulación social en un tiempo histórico determinado consiste en el primer paso para el análisis de los comportamientos efectivamente constatados. Pero en esta tarea de identificación –si bien analíticamente puede ser tratada como algo estático– no podemos olvidar que las regulaciones están siendo sometidas a cambios por los mismos comportamientos constatados, es decir que están mutuamente constituidos. Siguiendo este razonamiento metodológico, consideramos que no es posible explicar un comportamiento individual como aislado del patrón de regulación

²⁵ A continuación trabajaremos ambos términos (entrelazamientos de estatus y configuraciones de estatus) como sinónimos. A su vez estos serán conceptos que operacionalizaremos a través de la distribución de combinaciones de estatus por edades específicas, tal cual lo señalamos en el capítulo III.

existente, así como tampoco las diferencias en los comportamientos individuales pueden ser entendidos como “desviaciones” o excepciones. Siguiendo a Durkheim, no es la generalidad la que permite hablar de hechos sociales, no es su carácter repetitivo; el hecho social es algo *distinto* de sus repercusiones individuales (Durkheim, 1974).

Mayor heterogeneidad de estatus a determinada edad o grupo específico de edades, supone procesos de desestandarización por edades específicas que no necesariamente indican una desregulación de los cursos de vida en su conjunto. La vida puede hacerse más estandarizada en algunos tramos de edad y menos en otros, y estas regulaciones “parciales” variar en el tiempo. Esa variación es lo que nos interesa estudiar, porque refiere a cómo cambian las formas y las fuentes de regulación. Los individuos cumplen con eventos y desempeñan distintos roles a distintas edades porque pueden decidir en base a un conjunto de reglas que pueden ser más o menos flexibles. Creemos que identificar los ejes y las fuentes de flexibilidad y rigidez es sociológicamente relevante, así como analizar si las fuentes de flexibilidad en algunas dimensiones de vida no son resultados de la rigidez de otras.

De igual forma lo que podemos encontrar son re-estructuraciones por edad. Si una edad no homogeniza no quiere decir que no haya regulación por edad del curso de vida, sino que esas edades no son ahora marcadores tan determinantes porque pueden jugar otras instituciones que actúan con temporalidades individuales diferentes y generan procesos de heterogeneidad. Esas edades, que antes podíamos identificar como fuentes de agrupación de experiencias comunes y ahora no lo son, nos permiten preguntar qué otras fuentes de desigualdad están permeando. En resumen: cambia el patrón de estructuración por edad, por uno más rígido o más flexible, más homogéneo o más desigual. Y los cambios siempre actúan sobre una figuración ya planteada, con cierto patrón de estructuración por edad que hace que los efectos del cambio social e histórico estén también medidos por esta configuración anterior. La nueva estructuración por edad puede ubicar a los individuos de determinadas edades en instituciones más o menos igualadoras, y eso es lo relevante. La estructuración por edad como una figuración cambiante en el tiempo nos permite captar la forma en la que se organiza el entramado social con sus desniveles y tensiones.

Capítulo II.

Un panorama del cambio social e institucional en el Uruguay de la segunda mitad del S.XX e inicios del S.XXI

En este capítulo, nos proponemos abordar las transformaciones de carácter macro-estructural y su relación con cambios institucionales, que proporcionan el sustrato social de los procesos de cambio en los patrones de estructuración de los cursos de vida. En otras palabras, se trata de delinear el entramado institucional y sus cambios para alcanzar una idea de los niveles de estructuración formal por edad que pueden propiciarse en los distintos dominios institucionales dado el equilibrio entre fuentes de regulación pública o privada que puedan existir en cada uno de ellos; afectando los márgenes de regulación externa y autorregulación de los comportamientos sociodemográficos que estudiamos. Estos serán los insumos para construir nuestras hipótesis de investigación respecto a cambios en el patrón de estructuración por edad en el tiempo histórico analizado y el papel que las distintas instituciones sociales puedan haber jugado al aportar o no heterogeneidad en los cursos de vida.

A modo de organizar los ejes de abordaje para identificar continuidades, rupturas y novedades en los procesos de cambio socio-histórico de cincuenta años de historia nacional, optamos por jerarquizar los acontecimientos de acuerdo a nuestros intereses de estudio. En este sentido, primero abordaremos el contexto demográfico nacional para conocer las bases poblacionales sobre las cuales estamos construyendo el relato de cambios y continuidades sociales en el Uruguay. A continuación, nos enfocaremos en las transformaciones del modelo de inserción internacional de la economía uruguaya y sus efectos sobre el empleo –como fuente indiscutible de bienestar, así como en los cambios acontecidos en las políticas estatales que dieron forma a un tipo particular de régimen de bienestar. Finalmente, realizaremos una reseña de los cambios y continuidades en los dominios institucionales donde transcurren las vidas individuales –como la familia, el trabajo y la escuela.

II.1 El contexto demográfico uruguayo

Una trayectoria demográfica que hace pensar

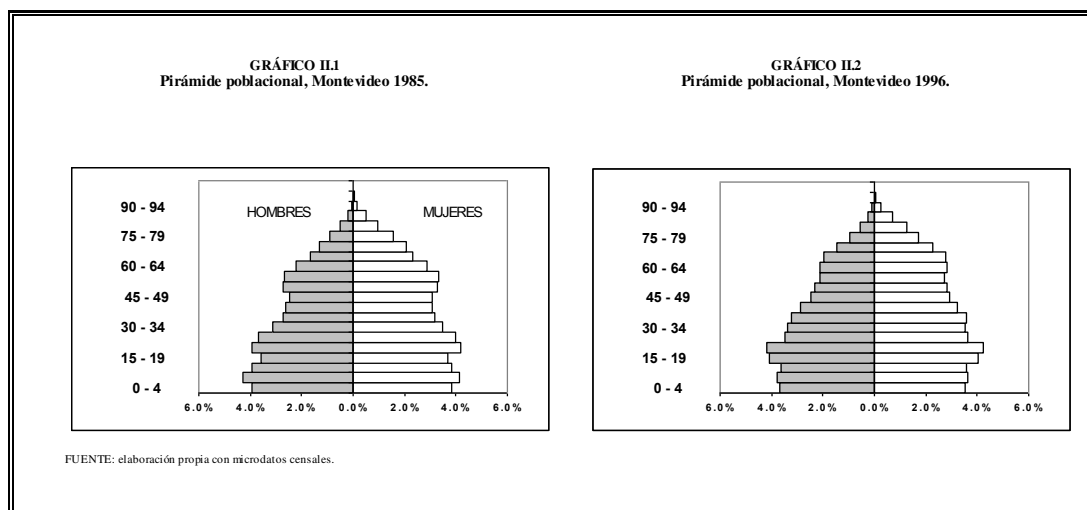
Uruguay ha sido visto como una excepción en América Latina respecto a sus comportamientos demográficos, dada una temprana transición demográfica que se remonta a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Esta transición transcurre en un escenario de profundas transformaciones de las estructuras económicas y sociales, lo que nos permite enmarcar el cambio demográfico en un proceso más amplio de modernización social. El país procesó su transición demográfica de la mano de una importante oleada migratoria de origen europeo que se extiende hasta mediados del siglo pasado. La migración ha sido un componente significativo a la hora de describir la evolución y las transformaciones demográficas nacionales, para pasar a transformarse a partir de la década de los sesenta en un país con saldos migratorios negativos. En la actualidad, se estima

que la población que reside fuera del país asciende a 450 o 500 mil uruguayos; lo que representa aproximadamente un 15% de su población (Cabella y Pellegrino, 2005).

Pero esa temprana transición demográfica es respuesta también del temprano y continuo descenso de la mortalidad y fecundidad desde fines del siglo XIX. El componente migratorio colaboró mucho con el descenso de la fecundidad, pues los inmigrantes traían pautas europeas a esta región. A partir de la década de los sesenta, cuando ambos fenómenos demográficos reportaban ya niveles bajos, se mantuvo la evolución descendente pero a ritmos menos acelerados que en décadas anteriores. La fecundidad para mediados del siglo XX era de tres hijos por mujer en edad reproductiva, descendiendo a 2.5 hijos por mujer en 1985 y se mantiene estable hasta 1996, donde se inicia un lento descenso hasta alcanzar estimaciones en el año 2004 de 2.08 hijos por mujer. Por otro lado, la mortalidad ha presentado más oscilaciones en el tiempo, dada su mayor sensibilidad a los cambios económicos y sociales. De todas maneras, la esperanza de vida al nacer crece de manera continua, alcanzando para el período 1995 – 2000 la edad de 72.8 años.

Así, el país arriba al nuevo milenio con una de las menores tasas de crecimiento poblacional de la región (tres por mil), y como consecuencia evidente de esta evolución demográfica, presenta en la actualidad una población envejecida, con 13.4% de la población de 65 años o más y un índice de envejecimiento en 2004 de 0.5 (Población Reference Bureau, 2005). A esta evolución han contribuido tanto el descenso del número de nacimientos como la emigración internacional. La emigración internacional de las tres últimas décadas tiene un doble impacto en las estructuras por edad, reduciendo tanto el número de jóvenes como de nacimientos: los que emigran siempre tienden a ser personas jóvenes y a su vez se encuentran en etapas de su vida en las que se tienen hijos -que se los llevan con ellos al extranjero o ya directamente nacen en los países de recepción.

La emigración ya había dejado su huella en la pirámide de población de 1985, donde además de mostrar una estructura de avanzado envejecimiento se puede identificar ahuecamientos en tramos de edad para el grupo que va de 25 a 49 años (gráficos II.1 y II.2).



De esta manera, de todos los componentes demográficos la migración, y más específicamente la emigración internacional, pasa a ser un factor decisivo que deja sus marcas en la estructura demográfica, por la intensidad con la que acontece así como por los sesgos de las poblaciones emigrantes: jóvenes y educados.

Calvo y Pellegrino (2005) han destacado no solo los impactos demográficos, sino los múltiples impactos sociales de este proceso de emigración:

Es claro que las sociedades pueden verse enriquecidas por la influencia de diferentes culturas que transmiten los emigrantes y beneficiarse de las transferencias en dinero o en especie que ellos envían a sus familiares, a sus comunidades locales o a instituciones diversas. Sin embargo, desde otro punto de vista, la sociedad uruguaya pierde recursos humanos valiosos, se deteriora la calidad de su fuerza de trabajo, las familias se ven afectadas por la distancia y, lo más importante, se expande un sentimiento de depresión sobre la sociedad y en el imaginario colectivo se instala la idea generalizada de que el proyecto de futuro está fuera de fronteras (Calvo y Pellegrino, 2005).

No solo se pierde capital humano cuando se van jóvenes con niveles educativos relativamente altos, sino que el impacto se puede leer en términos de pérdida de iniciativas, de imaginación y de fortaleza para enfrentar las situaciones de cambio (Calvo y Pellegrino, 2005).

Pero hay otro aspecto también muy importante a destacar de la situación demográfica actual: el comportamiento reproductivo uruguayo ha pasado a indicar, en las últimas décadas, diferencias importantes entre grupos sociales; proceso que se ha denominado como “polarización”. De esta forma, esos niveles de fecundidad que oscilan en valores próximos al reemplazo cuando consideramos a la población como un todo, opacan una heterogeneidad y varianza muy altas al desagregar distintas sub-poblaciones (Paredes y Varela 2005; Pellegrino 2003). Esto indica que “la responsabilidad reproductiva” de la población uruguaya recae en los sectores más pobres de la sociedad. Así, las tasas globales de fecundidad según los niveles de necesidades básicas insatisfechas (NBI) oscilan entre 5.7 hijos por mujer en edad reproductiva para aquellos con tres y más NBI a 2.3 hijos por mujer cuando éstas tienen necesidades básicas satisfechas (Calvo, 2000).

Los hallazgos de Katzman y Filgueira (2001) van en el mismo sentido: las altas tasas de fecundidad observadas en los sectores de más bajos ingresos y de menor educación contrastan con las bajas tasas de fecundidad que predominan en los sectores medios, alcanzando las primeras a duplicar las segundas; con una brecha de diez años entre los momentos que ambos grupos maximizan su reproducción (Katzman y Filgueira, 2001). Asimismo, estos autores constatan que las mujeres en edad reproductiva de los sectores de nivel socioeconómico más bajo no necesariamente postergan la tenencia del primer hijo ni se incorporan al mercado laboral con el mismo ritmo que sus contrapartes en sectores socio-económicos más privilegiados.

Estamos así frente a una paradoja en el escenario actual de la población uruguaya. Por un lado, la población envejecida y las bajas tasas de fecundidad derivan en graves problemas de sustentabilidad de la estructura productiva que sostiene el sistema de seguridad social. Por otro lado, ese promedio de fecundidad que mantiene al país próximo al reemplazo es sostenido por la alta fecundidad de los más pobres, siendo sobre ellos que recae la mayor responsabilidad de la reproducción biológica de la población. Esto resulta en una reproducción de la pobreza, no solo por la pauta demográfica descrita sino también por las características de una estructura social que no logra sacar de la pobreza a los hijos de los estratos más bajos. Esta polarización de

comportamientos demográficos diferenciados según estrato socio-económico, sumado a la sobrerrepresentación en materia de déficit social de los hogares de familias jóvenes con hijos, lleva a Katzman y Filgueira (2001) a concluir que estas tendencias ocasionan una infantilización de la pobreza que va más allá de los efectos específicos del ciclo vital de las familias. Además de estos dos factores, ellos identifican un desbalance generacional de los apoyos públicos que sesga la estructura de oportunidades hacia la tercera edad.

Esta misma tendencia desigual y polarizada, se observa en los deseos reproductivos según estrato social. Peri y Pardo (2008) que han trabajado con la hipótesis de la doble insatisfacción de la fecundidad en el Uruguay, sostienen que existen dos tipos de insatisfacción entre la cantidad de hijos tenidos y la cantidad de hijos deseados: las mujeres de los sectores medios tienen menos hijos que los deseados, mientras que las mujeres de los sectores bajos tienen más hijos que su ideal.

II.2 Cambio socio-histórico

Crónica de una transformación “a la uruguaya”

Estas últimas seis décadas del país constituyen un escenario histórico privilegiado para evaluar los cambios sociales y demográficos acontecidos, dada la concentración de transformaciones económicas, políticas y culturales. Desde la segunda mitad de siglo XX a nuestros días, Uruguay ha experimentado una importante y profunda transformación de la estructura productiva como consecuencia del cambio en su modelo de inserción al capitalismo global, a través de una reforma comercial que implicó una importante apertura, así como la gestación de un proceso de integración regional (MERCOSUR). Todos estos cambios de política económica y estructura productiva afectaron directamente la estructura del empleo, sus fortalezas y debilidades, y en consecuencia ha transformado la estructura de oportunidades en la que ha vivido su gente. Este proceso de transformación ha alterado los acuerdos sociales básicos sobre los que se construyó como sociedad y nación: una forma específica de relación -y combinación de fuerzas- entre el mercado y la sociedad.

En este sentido, creemos de provecho intelectual este contexto nacional en términos de una “gran transformación” -siguiendo a Polanyi-, para comprender los procesos que configuraron y reconfiguraron escenarios diferenciados en la vida de las mujeres y varones que estamos estudiando (Polanyi, 1994). El autor concibe el desarrollo como un proceso de doble movimiento entre las fuerzas del mercado y la sociedad, donde el paradigma de los mercados autorregulados refiere a una utopía que impone el desarraigo de la economía de la sociedad. La era industrial habría tornado más compleja la tarea social de proteger a sus miembros, en la medida que el propio sistema de producción dificulta al hombre la asunción de responsabilidades de sí mismo.

La gran ilusión de los mercados autorregulados, denunciada y analizada por Polanyi en el proceso de transformación del siglo XIX, expone al individuo a soportar las consecuencias de las fallas. El pecado original del que nos habla Polanyi es haber olvidado el orden social, o las estructuras sociales de la economía y la consideración en términos analíticos y prácticos de estas relaciones. El mercado por sí mismo no persigue el bien común; desde la perspectiva de este autor se rescata la visión de la economía en relación con la política. Polanyi plantea a lo largo de

toda su obra intelectual la disyuntiva de los valores y la amenaza que los mercados “autorregulados” pueden suponer a los límites morales de los pueblos. Así, sugiere que en cada momento histórico hay distintas opciones de vida disponibles, dada la forma concreta en la que se haya arraigado el mercado en esa sociedad. Este planteo, coincide con lo explicitado por Mayer en cuanto considera al curso de vida como influenciado por la política económica; en tanto esta resume la forma específica de relacionamiento entre el capital, el Estado y el trabajo en sociedades específicas (Mayer, 1997).

El trabajo es una de las principales formas de provisión de recursos y bienestar en sociedades modernas y complejas, así como también el Estado a través de sus políticas, lo que se ha dado a llamar estado de bienestar. En este sentido, las políticas comerciales traen consigo profundos procesos redistributivos que benefician a ciertos sectores en perjuicio de otros. Esto supone procesos de pugna redistributiva de intereses de distintos sectores, en donde unos se benefician y otros pueden resultar gravemente perjudicados, pero los efectos de esta tensión sobre las posibilidades de acceso de la población y la calidad de los servicios dependerán de un entramado social particular: la forma en la que el mercado se ha arraigado socialmente. En este sentido, y sólo a efectos prácticos de organizar la información en torno al proceso de cambio que queremos relatar, primero revisaremos lo acontecido en la esfera de la política económica y los cambios que produjo en la estructura productiva y el empleo; y luego nos detendremos en los cambios políticos, la trayectoria y transformación del estado de bienestar uruguayo en estos años. Así, estamos contemplando las dos fuerzas transformadoras en la sociedad de las que nos habla Polanyi: mercado y sociedad, y las interacciones entre ambos, las cuales promueven procesos de mercantilización y de desmercantilización.

II.2.1 Cambio en el modelo de inserción internacional de la economía ***Reformas comerciales y sus consecuencias en la estructura productiva y el empleo***

Uruguay tiene, como el resto de América Latina, su propio modelo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI). Aunque parezca paradójico, el modelo ISI fue desarrollado con el excedente que le dejaba el rol agroexportador -de materias primas- al continente europeo, en guerra entre 1930 y 1950. Este excedente le permitió la protección de algunas industrias, una importante inversión en infraestructura y el fortalecimiento de las bases económicas del sistema político. Por eso, a pesar del modelo ISI, Uruguay no dejó de ser un país agroexportador, y sobre todo más pecuario que agro. “(...) como la base siguió siendo la exportación de ‘commodities’, cuando los países compradores re-estructuraron su demanda agregada, por numerosas razones que no podemos detallar (someramente la reconstrucción europea basada en el plan Marshall y el ingreso de nuevas regiones al ‘mercado mundial’), la ‘ventaja comparativa’ del país declinó ostensiblemente. Precios internacionales, protección industrial, y costos del trabajo, tempranamente emergieron como los causantes de la debacle que lenta, y sostenidamente, erosionó las bases sociopolíticas del acuerdo social subyacente” (Boado, 2009).

De ahí en adelante se fueron tomando varios caminos, pero la mancuerna entre las condiciones de los contextos internacionales y la toma de decisiones internas nunca más devolvieron al país el escenario observado hasta la década del 50 del siglo pasado. El comienzo

de la salida del modelo ISI se inició en la década de los setenta bajo el gobierno dictatorial. Este hito temporal no es casual, ya que permitió transferir los costos sociales y económicos del cambio hacia esos sectores sociales que se habían mostrado más activos políticamente durante la crisis del modelo ISI: los asalariados. Así, el régimen militar constituyó un ambiente propicio para lo que se ha dado a llamar “trabajo barato y capital caro”. Asimismo, el problema del ahorro -que siempre había acuciado al país- fue abordado desde una doble perspectiva: la implementación de políticas regresivas de concentración del ingreso y el posicionamiento del país como una plaza financiera regional. Este ensayo financiero desembocó en la crisis de 1982 que afectó duramente al país al triplicar el tipo de cambio.

Hacia la segunda mitad de los años setenta, la política comercial evidencia una tendencia de cambio y esta estrategia, aunque con matices, es la que perdura hasta nuestros días. La reforma comercial en Uruguay ha sido un proceso lento, gradual y sostenido, en la que se puede destacar como hito la ley de reforma cambiaria y monetaria de 1958. Si bien es en las tres últimas décadas del siglo XX que se concentran las reformas, en la década de los noventa aumenta la velocidad de apertura. Este proceso de reforma comercial se puede caracterizar en tres grandes períodos, tal cual lo indicamos en el cuadro II.1.

Los efectos de esta apertura se evidencian al analizar la participación de los diferentes sectores de actividad, derivando en una nueva matriz de especialización comercial y productiva. De esta manera, el leve aumento de la participación del sector industrial en los últimos veinte años conlleva cambios dramáticos en su interior: el crecimiento sostenido de las agroindustrias orientadas a la exportación, en detrimento de las industrias de sustitución de importaciones, muchas de las cuales se han extinguido en la actualidad (textiles, calzado y vidrio, entre otras). Así, surgen nuevos sectores de transables con inserción en el mercado capitalista mundial, producto tanto de la reconversión productiva como de la inversión de nuevos capitales en áreas otrora abandonadas o despreciadas.

CUADRO II.1
CARACTERIZACIÓN DE ETAPAS EN LA REFORMA COMERCIAL

	Exportaciones	Importaciones
1974-1984: Promoción de exportaciones y apertura unilateral	Se utilizaron instrumentos para promover exportaciones de rubros “no tradicionales” (exoneraciones fiscales de impuestos internos y de comercio exterior). El objetivo era generar y promover la reconversión industrial, para contrarrestar el sesgo anti-exportador del modelo ISI. <u>Resultados:</u> crecimiento de inversión, empleo y producción en sectores no tradicionales, y abandono de la producción tradicional de exportaciones como base y motor exclusivo del desarrollo exportador.	Primeros pasos del desmantelamiento de la protección.
1985- 1994: Continuidad de la reforma y profundización de la apertura	Se reducen incentivos a exportaciones. El cambio político institucional de 1984 no cambia el curso de la política comercial. La orientación de apertura de la economía se mantuvo a pesar de presiones políticas para su reversión.	A partir de 1990 se acelera el proceso de reducción arancelaria, que hace descender los niveles de protección de los que gozaban ciertos sectores.
1995-2000: Convergencia hacia política comercial común en el MERCOSUR	En materia arancelaria la política comercial pasa a acordarse en el marco del proceso de integración regional.	Convergencia arancelaria de integración regional.

FUENTE: elaboración propia en base a estudios realizados en el Uruguay para CEPAL y PNUD.

Como podemos observar en el cuadro II.1 el retorno a la democracia acontecido a mediados de la década de los ochenta del siglo pasado, no afectó la continuidad del proceso de apertura comercial. En la década del noventa se inicia una tendencia que se sostiene hasta la actualidad, caracterizada por el crecimiento sostenido de la participación de las industrias agroalimentarias en las exportaciones. Este rubro crece 10% en la década del noventa y registrando en la actualidad cifras de record históricas. Esto sucede en paralelo al desplome de la participación de las industrias textiles en las exportaciones del país, cayendo más de 50% en solo una década. La participación en las exportaciones de las industrias sustitutivas de importaciones, se estabiliza en la década del noventa, dado que son las que sobrevivieron mediante la reconversión y el posicionamiento internacional. Igualmente, en esta década se observa un crecimiento sostenido de las “nuevas exportadoras”, ejemplo de ello es la industria de software, como claro ejemplo de nicho de mercado internacional para la mano de obra calificada uruguaya que encuentra oportunidades en la apertura comercial. En la actualidad, este sector -aunque presenta un aumento sostenido- ha visto disminuido el peso relativo de su participación en el conjunto de las exportaciones, asimismo, enfrenta un cuello de botella ante el escaso crecimiento de formación de recursos humanos en el área.

El patrón de especialización de la economía uruguaya ha sido muy nítido según lo destacan diferentes estudios. Los sectores exportadores se vinculan a la producción de bienes agroalimentarios y a la industrialización de materias primas fundamentalmente agropecuarias. La industria química y metalmecánica han sido sectores sustitutivos de importaciones, pero la industria química y de plásticos, sin embargo, lograron consolidarse en el período de apertura gracias a una reconversión tecnológica y cambios propios de los mercados de envases. Dos procesos contribuyen al cambio de perfil industrial nacional: la apertura comercial y el descenso en el tipo de cambio real, lo que significó un incremento de la importaciones que compiten en el mercado interno.

Un último impulso de cambio viene dado por la integración de Uruguay al MERCOSUR, que pone a competir a la industria nacional con “gigantes”. Dada la escala del país que estamos considerando, y su casi nula capacidad de incidir sobre los procesos económicos a nivel global, el debate sobre la forma de inserción de Uruguay en el mercado mundial y el papel que ha tenido el MERCOSUR en dicho proceso es una cuestión aún abierta a análisis. De alguna manera, existía en las élites del país la percepción de que la integración regional podría actuar de amortiguador de los efectos de una apertura comercial (de Sierra, 2001). No obstante, en la nueva forma de acumulación capitalista, los escenarios y las asimetrías locales por las diferentes formas de inserción global se tornan más complejas que en la concepción de un único eje norteamericano.

La estructura productiva se modifica y sus efectos sobre la estructura del empleo han sido intensos y notorios. En la pugna entre productividad y empleo, los nuevos sectores emergentes, sea por vía de la reconversión o nuevos capitales, así como los sectores provenientes del modelo de sustitución de importaciones aumentan su productividad, aunque en distinta cuantía. Frente a esto se observa una disminución del personal ocupado, por lo cual los costos de la transformación productiva se transfieren a los sectores asalariados. La ocupación disminuye incluso en los sectores emergentes de fuerte inserción global como es el agro exportador. Hay sectores, como los frigoríficos y el sector lácteo, que en el período de 1988 al 2000 registran una baja del personal ocupado en paralelo a un aumento de la productividad. Otros sectores, que terminaron por extinguirse ante la competencia con las importaciones, perdieron empleos

mientras su productividad aún no se tornaba negativa. La fuerte pérdida de puestos de trabajo en estos sectores nos proporciona nuevamente indicios de que la sobrevivencia de los mismos era costada por los asalariados. Muestra de ello es la pérdida del 10% de los puestos de trabajo en la industria metalúrgica entre 1988 y 2000, manteniendo aún un incremento de la productividad del 0.1.

Al final de la década de los noventa del siglo pasado, la industria perdió casi 50% de los puestos de trabajo en sectores dinámicos o no (PNUD CEPAL Uruguay, 2001). De esta manera, la productividad aumenta en los sectores que sobreviven a la apertura económica y comercial, pero el empleo no va a correr con la misma suerte, porque los sectores dinámicos logran alcanzar competitividad por cambios en la gestión e inversión tecnológica, recayendo el ahorro en la mano de obra.

En resumen, en el nuevo modelo económico se observa una escasa capacidad de los sectores emergentes para generar empleos. Como contrapartida de la imposibilidad de reconversión o de competencia con las importaciones, varios sectores se extinguen dando por resultado a una nueva heterogeneidad ocupacional. Estamos ante la emergencia de nuevos escenarios, como consecuencia de los cambios en los ámbitos formales del modelo de acumulación previo a la apertura. La crisis del antiguo sector formal constituido por las industrias protegidas genera una importante desocupación, principalmente en el sector textil y de vestimenta. Además, se observa que los puestos de trabajo de baja calificación descienden un 48% en su participación en el empleo total, creciendo en la calificación media cinco puntos y dos puntos en los de alta calificación. El informe de desarrollo humano de Uruguay realizado por el PNUD en el 2001, consigna que la pérdida de empleos de personas de baja calificación es de 50,000 mientras en las de media y alta calificación se incrementan los puestos de trabajo en 67,000 y 30,000 puestos de trabajo, respectivamente.

La pérdida de empleos en el sector formal anclado en las industrias de sustitución de importaciones, conlleva el crecimiento del sector informal uruguayo y conduce a la informalidad de subsistencia. Sumado a lo acontecido en los mercados laborales formales, en el marco de las políticas de ajuste macroestructural, el Estado uruguayo llega a su límite de sustentabilidad de la burocracia pública, y se establece la ley que prohíbe tanto el ingreso al sector público de funcionarios presupuestados como los contratos en la función pública. Esta novedad legal no supone el desmantelamiento del aparato estatal, pero la prohibición de nuevas contrataciones condujo a la creación de nuevas figuras institucionales para contratar trabajadores. Ejemplo de ello son los llamados contratos de obra, pasantes y becarios del Estado (muchos de los cuales han llegado a acumular más de 10 años de desempeño en su tarea) que permite la emergencia del fenómeno de la neo-informalidad en la burocracia pública. Los becarios no reciben prestaciones sociales y los contratos de obra deben costear sus beneficios sociales con la formación de empresas unipersonales.

Esta misma lógica del Estado para abaratar sus costos de contratación de personal es llevada a cabo por empresas del sector privado que deben competir y reconvertirse, así como también por los sectores emergentes; lo que se ha denominado por autores como Pérez Sainz como neo-informalidad subcontratada (Pérez Sáinz, 1996). De esta forma, las empresas traspasan la responsabilidad de seguridad social a sus empleados, exigiendo que se constituyan en empresa unipersonal registrada; forma legal que además supone perder los beneficios de la sindicalización y las negociaciones colectivas.

Si bien los procesos de privatización en Uruguay no tuvieron la misma importancia que la experimentada por otros países de la región, las políticas de ajuste relacionadas con la disminución de los costos de la estructura burocrática no solo usaron un mecanismo indirecto como el mencionado, sino que también supuso la reducción del empleo público. En la década del noventa se perdieron 24,400 puestos de trabajo; pasando de 24% en 1986 a 18% en 2002 la participación del sector público en la ocupación total. Del total de puestos perdidos durante los noventa, 22.400 eran de baja calificación, 5.600 de media y 3.600 de alta calificación.

Uno de los instrumentos creados para promover la reducción de empleo público, fue el incentivo por retiro voluntario, utilizado por las personas con más chance (de edad y calificación) de ingresar al sector privado. Como consecuencia de esta política, los trabajadores del sector público tienen una estructura por edad más envejecida que la del sector privado, y esta brecha se ha ampliado durante la década.

Esta tendencia de los años noventa se ve fuertemente afectada por la crisis que comienza en el año 1999 como consecuencia de la devaluación de Brasil, y se prolonga hasta la crisis devaluatoria argentina del 2001. Uruguay continúa con la misma política comercial y mantiene su moneda perdiendo competitividad de las exportaciones hasta la crisis con su respectiva devaluación en el 2002. En el momento más duro de la crisis, en diciembre de 2003, se alcanza una tasa de desempleo abierto del 19%. Un desempleo tan alto afecta indiscutiblemente a toda la estructura social, pero la estructura de estratificación jugó su papel en este contexto en sus múltiples expresiones: distintas clases ocupacionales y grupos etarios dentro de ellas recurrieron a la movilización de sus activos para hacer frente a esta debacle.

Se han identificado por ejemplo, que los hogares pueden enviar más perceptores de ingreso al mercado de trabajo; modifican la inserción en los mercados de trabajo aceptando ingresar como informales en lugar de formales; diversifican la composición de los activos del hogar; ajustan el presupuesto doméstico por distintas vías (reducción la demanda o sustitución de bienes); a través de cambios sociodemográficos tales como la fusión de hogares (compartiendo la vivienda entre dos generaciones) o migrando a otras regiones o hacia el exterior. Algunos de estos procesos están estudiados (por ejemplo, el reingreso al empleo por parte de los jubilados, el multiempleo, la informatización), otros relativamente menos: principalmente las migraciones intra e internacionales (Boado y Fernández, 2006).

Boado y Fernández (2006) sostienen la hipótesis del “empobrecimiento estratificado” como consecuencia de la crisis, identificando que hubo incrementos diferenciales por clase social de la probabilidad de que un hogar sea pobre luego de la crisis del 2002; y “(...) quienes vieron sus chances más afectadas no fueron en este caso los sectores trabajadores sino algunas clases intermedias que <hermanaron> su suerte con aquellas”, incluso hasta en un 300% (Boado y Fernández, 2006). En este sentido, la crisis desencadenada apenas iniciado el siglo XXI, deja un panorama nacional de efectos y daños acumulados tras las anteriores y sucesivas crisis nacionales con más y nuevos sectores “perdedores”.

El panorama del empleo en estas décadas muestra un escenario reconfigurado: en los veinte años que transcurren desde 1984 hasta el 2004 se destacan tres períodos en el empleo, tal cual lo detallamos en el cuadro II.2. Autores como Notaro han destacado que en Uruguay se produjo un fenómeno de desempleo por segmentación; aludiendo al proceso de eliminación de ciertas fuentes de trabajo en simultáneo a la generación de nuevos espacios laborales con diferentes requisitos de calificaciones (Notaro, 2005). Para Notaro, el desempleo por

segmentación de calificaciones, explicaría casi la mitad del desempleo del país a fines de la década de los noventa. Esta emergente estructura productiva estaría demandando personal capacitado, en paralelo al estancamiento de las remuneraciones de los puestos de trabajo de media y alta calificación (CEPAL-PNUD Uruguay, 2001).

CUADRO II.2
PERÍODOS EN EL EMPLEO DE 1984 A 2004

Períodos en el empleo	
1984-1998 Crecimiento económico y empleo	Se crearon 307.000 empleos y cambió la estructura sectorial debido al aumento de la importancia relativa de los servicios. En la industria manufacturera privada se destruyeron 2.800 puestos y 5.100 en la pública. Los sectores que cayeron fueron el textil (20.500 empleos) y el químico (16.300 puestos). En tanto, las mayores creaciones de empleo en el período se dieron en el sector de servicios con más de 60.000 nuevos puestos de trabajo y en el comercio con casi 50.000 empleos creados. Si se considera en forma simultánea la categoría ocupacional y el sector de actividad, los mayores aumentos se dieron en los asalariados privados de servicios, en especial los servicios comunales y el servicio doméstico.
1999-2003 Recesión económica y desempleo	En cambio, en el período que va entre 1998 y 2003, durante la recesión económica, se destruyeron 89.000 puestos de trabajo, más de la mitad de los cuales correspondieron a la industria. La reducción del empleo en este período afectó en mayor medida a las actividades que utilizan proporcionalmente más capital que mano de obra y a empresas con mayor incorporación de tecnología. Dentro de la industria, las mayores pérdidas de empleo se dieron en la metalúrgica (15.200 empleos) y en la textil (11.900). Salvo la administración pública, el resto de los sectores sufrieron pérdidas de empleos. Luego del sector industrial, el más afectado fue el de la construcción seguido por el comercio y el menos afectado el de servicios financieros e inmobiliarios.
2004 y + Recuperación parcial	A partir del segundo semestre de 2003 comienza a aumentar el número de ocupados y en 2004 se habían recuperado 60.000 puestos de trabajo. Si bien el empleo se incrementó en todos los sectores, la recuperación con respecto a los valores de 1998 se dio en los servicios financieros, enseñanza y servicios sociales y de salud. Sin embargo, en la industria, la construcción y el comercio, no se recuperaron los niveles previos a la crisis.

FUENTE: elaboración propia de acuerdo a periodización de Notaro (2005).

En resumen, Bucheli (2004) nos dice que “hay un moderado dinamismo del empleo verificado hasta 1998 que coexiste con los problemas en la calidad del empleo, y con una tasa de desempleo considerablemente elevada. En efecto, el crecimiento del empleo antes de la crisis resulta insuficiente frente al aumento de la participación, determinando que, aún en el período de crecimiento económico, la tasa de desempleo fuera elevada. Los jóvenes, las mujeres y los individuos con menor nivel educativo aparecen como los más vulnerables frente al desempleo, aunque el incremento de la tasa de desempleo en los años recientes afecta a todos los trabajadores. A partir de 1994, se verifica también un incremento en la duración incompleta del desempleo, que se produce conjuntamente con un menor nivel de requerimientos para la aceptación del empleo, reflejando el deterioro de las condiciones del mercado laboral.”

Asimismo, agrega que la informalidad y la precariedad emergen como fenómenos de carácter estructural que afectan el funcionamiento del mercado de trabajo en Uruguay, donde la recesión económica que comenzó en 1998 y que desemboca en la crisis del 2002, no parece haber introducido cambios de relevancia en la participación de estas categorías; lo que refuerza la idea de que se trata de un problema estructural más que de una respuesta al ciclo económico. De esta manera, Bucheli (2004) nos dice que si consideramos conjuntamente las tres categorías de problemas de empleo –precariedad, informalidad y subempleo-, hacia el final de la década de

los noventa del siglo pasado, el 50% del total de ocupados en las localidades urbanas registra al menos una de estas problemáticas.

II.2.2. La política y las políticas de Estado ***¿Nuevas formas de provisión de bienestar?***

Con el propósito de comprender el entramado social en el que se arraiga y despliega el mercado y comprender mejor las decisiones políticas a las que hemos aludido más arriba, intentaremos caracterizar los elementos de corte político y social que han dado sustento al estado de bienestar uruguayo y sus transformaciones en el tiempo. En especial, nos interesa retomar las recomendaciones que nos formula Gosta Esping-Andersen para el análisis de los procesos de emergencia y consolidación de los estados de bienestar, en particular tres factores: la naturaleza de la movilización de clase, las estructuras de coalición de la clase política y el legado de institucionalización del régimen. Estos factores tienen influencia sobre una categoría clave para el análisis de los estados de bienestar: la desmercantilización. El proceso de hegemonización y universalización de los mercados, implica que el bienestar de los individuos depende enteramente del circuito monetario. La emergencia de los derechos sociales modernos implicó que los servicios perdieran el estatus de “mera mercancía” y comenzaran a ser concebidos como derechos. Así, los individuos concebidos como ciudadanos pueden obtener bienes y bienestar sin depender de los mecanismos del mercado.

Ahora bien, ¿qué podemos decir de estos procesos de consolidación de prestaciones de servicios de bienestar por fuera de los mecanismos del mercado en el Uruguay? Si queremos comprender el estado de bienestar uruguayo es necesario remontarnos a las condiciones de su propio surgimiento y la configuración que adquiere dado los aspectos más relevantes del bloque hegemónico que se presenta a principios del siglo pasado. En este sentido, una de las características más distintivas del Uruguay es la presencia de una elite política diferenciada de los sectores económicos dominantes, que tenía una fuerte identidad como grupo, tanto en su estilo de vida como en sus afinidades ideológicas (como se puede observar en la adhesión al liberalismo político) (Panizza, 1990). La política, si bien era organizada desde “arriba” por una elite, ésta no era necesariamente la que contaba con mayor poder económico. Esta falta de centralidad política de los sectores económicamente más poderosos iba de la mano de su desprecio por la actividad política, tal como lo plantea Nahum (1991).

De esta manera, las modernas políticas sociales comenzaron a consolidarse, no por la creciente movilización de los sectores populares en pos de derechos sociales, sino como una forma preventiva y anticipada del conflicto social. Esta política afirmó, como sostiene Panizza, la idea de un Estado que no es una “pura exterioridad”, sino un espacio de conformación de alianzas y compromisos. Este “progresismo estatal” suponía en la ideología batllista prever en estas “sociedades nuevas” los conflictos existentes en las sociedades viejas identificadas principalmente con Europa. Al mismo tiempo que otorgó derechos sociales previo a los derechos políticos, el batllismo procuró la conformación de una “base electoral” frente a un contexto en donde la tendencia hacia el sufragio universal era irreversible.

La posibilidad de implementación de estas políticas sociales dependió -en consecuencia- de las características del bloque hegemónico existente en ese momento en el país y de la relativa independencia de la elite política con respecto a la elite económica. Batlle no procuró eliminar las formas de representación de estos grupos, sino que buscó integrarlas y subordinarlas. Las posibilidades de expansión y profundización de las políticas sociales dependerían de la negociación política con estos grupos, que son los que generaban los recursos en los cuales estas podían sustentarse. Las luchas por la profundización o el freno de estas políticas sociales se desarrollan como guerra de posiciones, término gramsciano acuñado por Panizza (1990).

Lo desarrollado hasta aquí marca algunas características diferenciales del Uruguay de principios de siglo pasado con respecto al resto de los países latinoamericanos que pueden, en parte, explicar el temprano desarrollo del estado de bienestar en este país con respecto a la región. En primer lugar, resalta la independencia relativa de las elites políticas con respecto a las económicas, lo que implica un Estado que no puede ser caracterizado como un “estado de clase”. En segundo lugar, se destaca que el país presentaba un alto grado de homogeneidad étnica, lo cual supone bases culturales e institucionales relativamente uniformes, lo cual facilita el desarrollo de políticas de corte universalista. El contexto en que se comienza a consolidar el estado de bienestar es también el escenario del triunfo final del Estado en cuanto al control del territorio; luego de la revolución de 1904 es en definitiva quien detenta el monopolio de la coerción física.

Para realizar una tipificación de la evolución del estado de bienestar uruguayo retomaremos las tipologías de Esping-Andersen.²⁶ La tipología de los Estados de bienestar propuesta por este autor se construyen mediante la combinación de tres dimensiones: estatificación, desmercantilización y la forma que asume la articulación entre Estado, familia y mercado. Partimos de la afirmación de que el Estado uruguayo posee -desde sus orígenes- una matriz cercana al tipo corporativo conservador propuesto por Esping-Andersen.

El primer batllismo constituyó así una matriz que se mantendría, con cambios coyunturales, hasta los años ochenta. La importancia radica no solo en la manera en cómo se

²⁶ Un grupo de estados se relacionan con el tipo que Andersen denomina Estado de bienestar liberal. En este tipo de estados predominan las asignaciones a aquellos que "demuestran" que no pueden acceder a los beneficios sociales por la vía del mercado, implican asimismo ayudas sociales de un nivel modesto. Estos subsidios favorecen predominantemente a una clientela con ingresos bajos perteneciente a la clase trabajadora. Un segundo grupo de países puede ser caracterizado como el tipo de Estado de bienestar corporativo conservador. En este grupo de países el legado histórico corporativista estatal es utilizado para atender a la nueva estructura post-industrial de clases. La obsesión liberal por la eficacia del mercado y la mercantilización nunca fueron importantes para este tipo estatal; en consecuencia la concesión de derechos sociales no encuentra una oposición tan fuerte como en los países de tradición liberal. El tercer grupo de países, que es también el más reducido, está compuesto por aquellos regímenes en que el principio de universalismo y de desmercantilización de los derechos sociales se ha extendido a las clases medias. Este grupo es caracterizado como un modelo de bienestar socialdemócrata. Los socialdemócratas buscaron ir más allá del dualismo entre estado y mercado o entre clase media y clase obrera; buscaron un estado de bienestar que promoviera una igualdad en los estándares más elevados, no una igualdad en las necesidades mínimas como se dio en otros casos. Esto implica que los niveles de las prestaciones se elevaron a un nivel que permitiera satisfacer a las clases medias y -al mismo tiempo- implicó el acceso de las clases trabajadoras a beneficios sociales de mayor calidad disfrutados por los más pudientes. Así el modelo socialdemócrata combina una elevada desmercantilización con un alto grado de universalismo, que no obstante responde a expectativas diferenciadas. *La política de emancipación de los regímenes socialdemócratas se dirige tanto hacia el mercado como a la familia tradicional*. La idea es maximizar las capacidades individuales, no la dependencia con respecto a la familia como es el caso del modelo corporativo conservador. (Esping - Andersen; 1993)

gastan los recursos públicos, sino también en cómo influyen las tres dimensiones planteadas por Esping-Andersen. El primer batllismo (principios de siglo XX) puso en marcha un ambicioso programa de transformación que incluía un aumento considerable de los derechos y las políticas sociales y una relación establecida con el mercado, donde la eficiencia y la reivindicación de éste como principal proveedor de recursos no fueron principios significativos. Además, presenta ya indicios de desmercantilización, dado que los individuos pueden acceder a las prestaciones de servicios por fuera del mercado y se les puede otorgar alguna forma de beneficio monetario con independencia de su participación en el mercado laboral.

El desarrollo de este tipo de Estado de bienestar es producto de una alianza con las elites agrarias no exenta de tensión. El acuerdo suponía el respeto por la propiedad privada a cambio de que el sector agrario financie con sus recursos, producto de las exportaciones, las políticas sociales que se estaban consolidando.

Así, la caracterización del estado de bienestar como corporativo conservador se relaciona también con la forma en que se accede a los beneficios sociales. Este acceso presenta un alto grado de estratificación en el Uruguay de principios del siglo XX (Filgueira y Filgueira, 1994), lo cual puede analizarse en dos ejes: en primer lugar, en relación a la pertenencia a grupos con capacidad de movilización, y en segundo término, en relación con la ubicación territorial de los beneficiarios. Esto muestra las principales carencias del modelo, ya que deja fuera a gran parte de la población rural del acceso a los derechos sociales y reglamentaciones estatales que disfrutaron los trabajadores urbanos desde principios de siglo. Asimismo, esta estratificación se pone de manifiesto, por ejemplo, en el sistema de previsión social a través del cual los grupos más poderosos y con mayor capacidad de movilización consiguieron más y mejores beneficios. La consolidación de esta matriz de estado de bienestar se dio en paralelo a la emergencia de otros procesos que explican su fortaleza y estabilidad, colaborando así a soldar su matriz (Filgueira y Filgueira, 1994). Estos procesos son: la conformación de una política electoral de masas, la configuración de un movimiento sindical que no estaba integrado al Estado con instituciones corporativas, y la consolidación de elites políticas en paralelo a la construcción del Estado, lo que supuso una colonización de éste por parte de aquellas.

Una primera prueba de subsistencia del estado de bienestar configurado por el batllismo fue la crisis de 1929 y las repercusiones que tuvo a nivel nacional. Frente a la crisis, muchas de las propuestas del batllismo suponían una profundización del modelo, lo que implicaba un aumento en el grado de desmercantilización, ya sea a través de un aumento de los derechos sociales o con una mayor participación del Estado en la actividad económica. Este impulso, que sostuvieron los sectores más “jacobinos” del batllismo, generó una ruptura con algunos sectores de la burguesía urbana que habían apoyado el modelo hasta el momento.

En este sentido, los debates en tiempos de Terra ilustran la áspera resistencia de los sectores ganaderos e industriales a las políticas de profundización del estado de bienestar propuestas por el batllismo como salida y paliativo para la crisis (Caetano y Jacob, 1990). En la década de los treinta, el golpe de Terra y el consecuente gobierno terro-herrerista no generaron un cambio en la matriz de prestación de servicios sociales generada por el batllismo. Si bien es cierto que el régimen terro-herrerista limitó el gasto social (que produjo un deterioro de la calidad de los servicios) y reprimió la actividad sindical, no se dieron transformaciones tales que nos permitan afirmar que se produjo un giro hacia un tipo de estado de bienestar liberal residual, aunque si existieron políticas de esa inspiración. Esto se evidencia en la constitución de 1930, en la cual se reconocen los derechos de sindicalización y de huelga. Al mismo tiempo, el terrismo

desarrolló una serie de políticas para paliar los impactos de la crisis, una reformulación del sistema privado y público de salud y políticas específicas dirigidas al retiro de las mujeres, medidas que permanecieron luego como prestaciones dentro del estado de bienestar.

Con el retorno a la democracia, y desde mediados de los años cuarenta, el estado social uruguayo entra en un período en el cual se produce su maduración y consolidación definitiva, lo que se puede denominar como el neo-batllismo. Este proceso implicó la inclusión de cada vez más ciudadanos, ya sea a través de la inserción de mayor número de trabajadores al sistema de previsión social, o mediante la consolidación de nuevos derechos sociales como los relacionados con la población infantil a través de las asignaciones familiares promovidas en 1943. La expansión del estado de bienestar se dio en dos dimensiones: el aumento de la cobertura y un aumento relativo de la calidad. En relación a la tipología de Andersen podemos afirmar que si bien el estado de bienestar se mantuvo estratificado en recursos y servicios (sobre todo en el área salud y previsión social), característica de los regímenes de tipo corporativo conservador, la protección social se tornó prácticamente universal.

En la década del cuarenta del siglo XX, un nuevo contexto internacional signado por el deterioro de los términos de intercambio en el mercado internacional, socavó las bases materiales del modelo neo-batllista. Las elites rurales comenzaron a oponerse a financiar con sus cada vez más magros recursos, las políticas sociales del estado de bienestar. Sin embargo, el acceso en 1959 del Partido Nacional al gobierno no supuso el desmantelamiento del estado de bienestar, sino que el financiamiento de éste comenzó a depender cada vez más del endeudamiento y la emisión, lo que generaba una inflación creciente.

En este período, los servicios del Estado se continuaron expandiendo pero a expensas de su calidad. No había consenso entre los diversos actores sociales que permitiera un cambio en la forma del estado de bienestar, de manera de que este fuera “manejable” desde un punto de vista económico. Una señal de la falta de acuerdos sobre el cambio del modelo de inserción internacional y del modelo de estado de bienestar, puede observarse en las cuatro elecciones acontecidas de 1954 a 1966, en las cuales ganan alternadamente distintas fracciones de la burguesía nacional.

De esta manera, entramos a la década del sesenta con una conflictividad social cada vez más elevada y un aumento de la movilización sindical; creándose en setiembre de 1964 la primera central única de trabajadores. Hacia fines de esta década se consolida un espacio político partidario donde confluyen las fuerzas de izquierda ya existentes, denominado como Frente Amplio. Ya en 1967, una vez modificada la constitución nacional que instauro un modelo presidencialista, llega al poder la fracción más conservadora del Partido Colorado. De esta forma, alcanza el poder político el sector financiero de la burguesía nacional que venía creciendo desde la década anterior.

A esto le sigue el golpe de estado militar de 1973. La dictadura militar podría haber supuesto un cambio del modelo de prestaciones en un contexto de creciente escasez, pero no ocurrió así en los hechos. Si bien hubo una racionalización del sistema de jubilaciones y una intervención y pérdida de autonomía de instituciones estatales de educación, no existió un cambio en el modelo de prestaciones. Si bien el gasto social global no fue afectado durante los doce años de dictadura militar, existieron reducciones en salud, educación y previsión social, pese a una universalización en algunas áreas básicas como la vacunación. Sin embargo, la dictadura no se embarcó, como otras en la región, en la instauración de un sistema de prestaciones con claras características del tipo de estado de bienestar liberal residual en donde el

papel de proveedor central lo tiene el mercado. A pesar de que el Estado se ve envuelto en una crisis fiscal sin precedentes, no es capaz de adaptar el modelo de desarrollo económico ni el sistema de bienestar existente.

En consecuencia, en la etapa de retorno a la democracia iniciada en 1985 con el primer gobierno de Sanguinetti, la matriz del estado benefactor permanecía similar en su esencia a la existente durante la dictadura, si bien con signos de deterioro de la calidad de los servicios sociales, y sobre todo con graves problemas de financiamiento.

La restauración democrática, implicó repensar las políticas del estado de bienestar en un contexto internacional en el cual los organismos internacionales pautaron un contundente giro hacia un tipo de prestación de servicios liberal residual. El primer gobierno democrático no realizó grandes cambios en este sentido, concentrándose en el control del gasto, limitando la expansión de nuevos servicios y desarrollando las áreas básicas de cobertura. De esta manera, se intentó reorientar las acciones sociales dirigidas a las clases medias a beneficiarios provenientes de los sectores más bajos.

En este sentido, siguiendo la clasificación de políticas sociales planteada por Midaglia (2001)²⁷, en los noventa se produce un viraje a políticas de corte asistencialista y promocional que se superponen a las tradicionales ya existentes. Si bien fue una etapa de suspenso, en tanto no se configuraba un modelo definitivo a continuar, existió un proceso de mercantilización en la medida que ciertos sectores que utilizaban las prestaciones del Estado y contaban con recursos, ante el deterioro de la calidad de los servicios sociales, optaron por acceder a ellos a través del mercado.

En la tercera administración democrática (1995-2000) se comienzan a gestar cambios en la seguridad social y la educación, lo que nos lleva a pensar en una transformación más profunda del modelo. En estos años, hubo una postergación importante en materia de inversión social y económica y una reforma del sistema de seguridad social²⁸.

La reforma del sistema de seguridad social, de un sistema ‘intergeneracional y de reparto’ a uno de ‘ahorro personal y mixto’ conformó el ensayo final de generación de ahorro interno, ya que el Estado pasó de principal contribuyente a principal deudor de los nuevos fondos de pensiones. Con el consabido quebranto de caja, que como en todos los países en que se aplica ese sistema, se paga con endeudamiento a futuro. Fue una solución para captura de fondos frescos inversión nacional a

²⁷ Midaglia y Castillo (2010) utilizan una tipología de políticas sociales construida en base a las siguientes dimensiones analíticas: la concepción del rol del Estado, del mercado y de la sociedad civil; los objetivos generales de las intervenciones sociales; el nivel de cobertura y el perfil de los beneficiarios y los formatos de ejecución de las prestaciones públicas. Esta tipología permite vincular los modelos de bienestar con las características contextuales de cada uno de los períodos históricos. A la etapa de surgimiento del sistema de bienestar uruguayo le llaman la *etapa tradicional* (fines del siglo pasado); al advenimiento –en la década de los ochenta– de un conjunto de programas focalizados y de gestión asociada con agentes privados y enfocados al combate de la pobreza lo denominan como la *etapa asistencial*; y las políticas sociales gestadas en la década de los noventa, concebidas como complementarias a las tradicionales y con metodologías similares a las del modelo asistencia, pero que buscaron incorporar nuevas problemáticas sociales y nuevos grupos de atención, estarían incluidas dentro de la *etapa promocional*.

²⁸ La característica más relevantes de este sistema mixto de pensiones es el mantenimiento de un monto base con un sistema de reparto al cual aportan todos los trabajadores, incluso si están dentro de un sistema de capitalización privado; y a partir de remuneraciones por arriba de ese monto base se cotiza en forma privada. Se mantienen las prestaciones sociales no contributivas como seguro de desempleo, asignaciones familiares y las pensiones no distributivas. Otra característica distintiva es que el Estado- a través de una de las AFAP- participa con un porcentaje muy alto del mercado (por encima de 65%).

cuenta de papeles públicos con vencimientos diferidos, en una escala que el país nunca conoció en su pasado, y sobre todo con tiempo para pagar (Boado, 2009).

Es interesante incluir otro eje a la hora de analizar las transferencias subyacentes al nuevo proceso redistributivo, teniendo en cuenta no solo los distintos sectores sociales sino también los grupos generacionales. El país consolidó un sistema de transferencias de sectores jóvenes activos hacia sectores adultos inactivos, a través de un sistema jubilatorio extendido y universal. La matriz conservadora corporativa del estado de bienestar propició el uso de las jubilaciones y pensiones como una herramienta de clientelismo político que, aunado con el proceso de envejecimiento demográfico, condujo a una maximización del sistema sin un soporte real y viable que lo mantuviera. El sistema uruguayo de pensiones y jubilaciones solo dejó de ser deficitario en los años que van desde 1945 a 1955 (Filgueira y Filgueira, 1994), pero ha existido una capacidad de movilización y de reclamo diferenciado según los grupos etarios en detrimento del bienestar de los más jóvenes.

Los sectores pasivos de Uruguay, que son todos aquellos que cobran una jubilación o pensión, obtuvieron en 1994 la victoria en el plebiscito que les aseguraba por ley la indexación de sus jubilaciones y pensiones acorde con los niveles de inflación. Esta conquista posicionó a los grupos más envejecidos en mejores situaciones para afrontar los procesos devaluatorios e inflacionarios que vendrían luego en el 2002. En ese mismo año, se plebiscita una ley para asegurar la asignación del 4.5% del presupuesto a la educación pública, propuesta que no obtuvo los votos necesarios. Por lo cual se requerirá mucha atención al flexibilizar los parámetros y matrices de transferencias acorde a la estructura por edad de la población y a los nuevos factores de desigualdad social.

Con todos los grandes cambios acontecidos en Uruguay, el sistema educativo uruguayo ha experimentado “formalmente” muy pocos cambios en relación con los experimentados en otras áreas. Si bien aumenta significativamente la matrícula escolar, especialmente en la educación secundaria, esta expansión no estuvo acompañada de un aumento de los recursos, lo cual repercutió en el deterioro de la calidad educativa. Los sectores que contaban con recursos, optaron por la obtención de ese servicio a través del sistema privado. En este contexto es que en 1995 surge la reforma más significativa del sistema educativo. Más allá de las discusiones acerca de su implementación, La Reforma de la Educación Pública supuso un esfuerzo por mantener a la educación primaria y secundaria como un bien desmercantilizado. Dada la importancia que tenía la educación pública en la imagen del “Uruguay feliz”, hubiera sido difícil implementar transformaciones orientadas formalmente a la mercantilización de la educación; aunque fue dándose por la vía de los hechos.

En el marco de dicha reforma, la ANEP (Administración Nacional de Educación Pública) definió cuatro objetivos centrales como “ejes articuladores de la reforma educativa”. Ellos eran: “(a) la consolidación de la equidad social; (b) la dignificación de la formación y la función docente; (c) el mejoramiento de la calidad educativa y en apoyo a estos tres objetivos; (d) el fortalecimiento institucional”. Esta nueva estrategia de profundización de los servicios educativos introduce al Estado en una situación de semi-competencia con la esfera privada” (Midaglia, 2000).

Los cambios referidos al primer objetivo (equidad social) adquirieron un especial énfasis en la educación inicial y estuvieron respaldados en un diagnóstico de la sociedad uruguaya que reconocía los cambios sociales producidos en las últimas décadas: el incremento de la tasa de actividad de la mujer, la significativa cantidad de hogares con jefatura femenina y el papel de la

esfera pública en el proceso de socialización (ANEP, 1995). Se buscaba, por un lado, contrarrestar la situación de no asistencia escolar al nivel inicial por parte de los sectores socioeconómicos más bajos y, por otro lado, la liberación de tiempo para el trabajo femenino fuera del hogar. En educación primaria, el esfuerzo para lograr el objetivo de equidad social estuvo concentrado en tres ejes: la articulación de la acción educativa con alimentación y salud; la extensión de los tiempos escolares para tomar en cuenta los ritmos de aprendizaje y el apoyo a la educación en ámbitos rurales.²⁹

Los logros de la reforma educativa han sido documentados por diversas investigaciones y muestran en todo el país y en cada región para el período 1995-1999, un aumento sostenido en el número de niños que reciben educación inicial en establecimientos educativos públicos. El análisis de la evolución de la cobertura preescolar en Montevideo, señala los siguientes logros: a) una tendencia hacia la universalización de la educación inicial para niños de cuatro y cinco años en el Uruguay; b) los sectores menos favorecidos tienden a mejorar el grado de cobertura preescolar; c) los grupos privilegiados mantienen sus grados de cobertura históricamente altos, y si bien las disimetrías entre sectores siguen existiendo, las distancias entre ellos tienden a disminuir. Estas modificaciones son indicativas de que la intervención pública se hizo utilizando y renovando la capacidad institucional existente, así como también aprovechando la orientación tradicional del sistema.

Esto significa que la matriz educativa universalista sufrió algunos cambios, focalizando y buscando favorecer la inclusión de población infantil que estaba excluida de la educación inicial. Sin embargo, es posible identificar dos desafíos aún pendientes del proceso de reforma de la educación pública uruguaya: la segmentación educativa y las dificultades para la formación de recursos humanos en consonancia con los sistemas productivos (Katzman y Filgueira, 2001). El primer desafío refiere al impacto que la segmentación territorial tiene sobre la educación. Son varios los estudios en la región que señalan una creciente segmentación educativa en las áreas urbanas, lo que se traduce en una mayor homogeneidad en la composición social de los alumnos que concurren a una misma escuela. Las consecuencias de la segmentación educativa pueden ser resumidas en dos: la reducción de la posibilidad que niños provenientes de hogares de escasos recursos incorporen expectativas y hábitos propios de los sectores medios y la reducción de las posibilidades de estar expuesto en común a experiencias tempranas de ciudadanía.

Otro eje relevante versa sobre la capacidad de la nueva propuesta educativa para incidir en los procesos de desigualdad observados en los rendimientos educativos diferenciados por nivel socioeconómico que se han venido detectando de manera sostenida (Fernández, 2004). Es claro que el proceso de segmentación educativa ha tenido un efecto significativo en los resultados académicos de los diferentes sectores sociales. Así las pruebas PISA (1996, 2003, 2009) muestran la existencia de una brecha creciente entre los desempeños educativos de los diferentes segmentos, lo cual condiciona las posibilidades de continuar su formación académica en niveles posteriores y está fuertemente vinculado con el proceso de abandono de la educación a

²⁹ Como ejemplos, vale la pena mencionar los siguientes programas específicos: a. “Todos los niños pueden aprender” creado para combatir el fracaso escolar, articula la acción educativa con alimentación, salud, distribución de vestimenta y calzado y desarrollo comunitario; b. la extensión de las jornadas educativas a través de la implementación de escuelas de tiempo completo dirigidas a niños de hogares de niveles socioeconómicos más bajos; c. “Ómnibus escolares” que facilita el traslado de los niños de comunidades rurales de escuelas con muy bajas matrículas a otras con mayor matriculación, para garantizar el uso eficiente de la infraestructura, una interacción más heterogénea entre los niños y el cursado de los grados superiores del nivel primario.

edades tempranas. En la educación secundaria, estos efectos tienen un impacto directo en la conformación de recursos humanos.

El segundo desafío al que hicimos mención refiere justamente al problema mencionado en el párrafo anterior: la lentitud con que progresa el nivel de los recursos humanos en Uruguay. Algunos autores hablan de un grave estancamiento en la formación de los recursos humanos nacionales; si bien se observan mejoras en sus logros educativos, éstos acontecen a un ritmo demasiado lento en comparación con la acelerada incorporación de innovaciones tecnológicas y los consecuentes aumentos en los niveles de calificación requerida.

De esta manera, si bien se ha producido un aumento en la matrícula de la formación de segundo ciclo, ésta no presenta un comportamiento acorde con los niveles de desarrollo humano del país cuando se lo compara con países similares de la región. Este aumento moderado de la matrícula en la educación secundaria, va acompañado de un severo problema de abandono en sus años iniciales, evidenciado en que el porcentaje de abandono de la educación secundaria en Uruguay es uno de los más altos de la región. El alto nivel de abandono de la educación media, sobre todo por jóvenes provenientes de hogares en situación de pobreza o vulnerabilidad, es un elemento que se presenta como crítico para la formación de recursos humanos. Esto tiene una implicación macro porque puede constituirse en un obstáculo para la consolidación de un modelo de inserción en la economía internacional, basado en ramas de actividad con mayor valor agregado. Pero también incide a nivel individual porque implica una participación laboral en los segmentos del mercado de trabajo con remuneraciones más bajas, reproduciendo así el círculo de la pobreza.

En síntesis, los cambios producidos en la educación en los últimos veinte años no han estado acorde a las transformaciones que ha sufrido la estructura social, limitando su papel como pivote para la movilidad social ascendente como aconteció en la década de los setenta del siglo pasado. Los aumentos en la cobertura a nivel de educación inicial, primaria y secundaria no han implicado un aumento en la calidad de la misma sino que se identifica un proceso en sentido inverso. Se producen profundos procesos de segmentación de la educación con el movimiento de los sectores medios hacia el sistema privado y un crítico aumento del abandono escolar en los sectores populares. Estos procesos implican un debilitamiento en las posibilidades de un país demográficamente envejecido para la producción de recursos humanos, generando un cuello de botella que a nivel individual dificulta la movilidad social ascendente, y a nivel país obstaculiza el desarrollo de actividades productivas con un mayor nivel de complejidad y valor agregado.

De un relevamiento de programas sociales de alcance nacional realizado en el período 2008-2009 y la descripción de éstos según el período de creación (Midaglia y Castillo, 2010), surge información cualitativa que permite aproximarnos al sistema de bienestar uruguayo en la actualidad y que se resume en los siguientes puntos. 1) Coexisten en la actualidad programas sociales surgidos en la etapa tradicional -con los programas creados en las sucesivas etapas - 12,3% del total de programas relevados datan del periodo 1815-1950-. La coexistencia de los tres tipos de programas sociales con la fuerte impronta de aquellos de corte tradicional puede dar lugar a superposiciones o solapamientos entre las iniciativas sociales. 2) En los años 2005 a 2008 (primer gobierno de izquierda) se da un salto cualitativo que muestra una cifra record de creación de programas sociales nuevos (36% del total de programas relevados), mostrando así la nueva impronta focalizada del sistema de bienestar nacional. 3) El esquema de protección uruguayo tiene como componente fundamental hasta el presente programas de corte tradicional, es decir, aquellos fundacionales del área pública social. En esas arenas públicas en las que priman

intervenciones tradicionales, el Estado continúa siendo el agente central en la provisión bienes sociales. 4) Las áreas con mayor importancia dentro del conjunto de prestaciones sociales son – en orden de importancia- educación, salud, atención de sectores vulnerables y trabajo (vivienda aparece recién en el séptimo lugar. 5) En el conjunto de la oferta pública, los requisitos educativos, sanitarios y laborales establecidos para acceder a las prestaciones sociales son los más importantes.

De esta manera, los procesos de reforma del estado de bienestar de los años noventa si bien nos marcan un aumento en la mercantilización de determinados servicios, ésta se ha visto atenuada (si comparamos con la región) por la herencia de un estado de bienestar que llegó, a pesar de su carácter corporativo conservador, a las grandes mayorías del país. Aunque se pueden percibir algunas trazas que nos acercan a un tipo liberal residual creemos que la matriz corporativa conservadora se mantiene. La constitución de una ciudadanía social en paralelo a una ciudadanía política determinó una fuerte percepción de los derechos sociales por parte de los uruguayos.

En definitiva, las hipótesis del “impulso y su freno” desarrolladas por Real de Azúa quizás podrían ser aplicadas para el desarrollo y la evolución del estado de bienestar en Uruguay. Estos datos nos permiten pensar, en términos de Esping-Andersen, que si bien existe un proceso de mercantilización, el sistema mantiene algunas características estatistas y redistributivas que no existen en otras reformas a nivel regional. Así, se habla de que en el caso uruguayo el impacto de las recomendaciones emanadas por los organismos internacionales a partir del Consenso de Washington fue amortiguado, dado que se atendieron recomendaciones privatizadoras sin desatender las tradiciones redistributivas del sistema anterior. Pero en términos de estratificación –tal como la entiende Esping-Andersen- supondría la emergencia de dos niveles de prestaciones sociales: una básica con prestaciones pobres y un sistema redistributivo; y una con un nivel alto regida por las reglas del mercado.

Acordamos con Boado (2009) en la necesidad de problematizar la idea de un estado-centrismo nacional –sea para considerarlo como problema o virtud, ya que mucho de lo que planteamos antes refleja una incapacidad del Estado uruguayo para hacerse con su rol y encontrar sus caminos de cambio “imponiendo su reajuste” en los contextos de estas últimas décadas. “Lo que no suele verse habitualmente en los análisis socioeconómicos es cómo resiste y responde la gente. Si como suelen enfatizar las narrativas habituales el peso del Estado es tan fuerte, suele quedar sin respuesta el por qué no ha tenido la capacidad de ingerencia y transformación unilateral de la economía que por ejemplo ha tenido en otros países de la región” (Boado, 2009). En ese sentido, hemos examinado aspectos contrastantes que nos han indicado la complejidad de los procesos que han acontecido en la sociedad uruguaya, y que destacan el papel relevante de las familias uruguayas en su adaptación a contextos signados por un aumento de exigencias en estructuras cambiantes, movilizandando recursos y modificando sus propias estructuras familiares.

Se han desarrollado una serie de interpretaciones de estos procesos valorando positivamente la incapacidad del Estado uruguayo para cambiar, identificando en su lento proceso de transformación una virtud que actuó de escudo protector frente las últimas crisis de estas décadas. La evidencia para este tipo de argumentación suele construirse en torno al hecho de que ciertamente las crisis recientes no se dan frente a un Estado desmantelado, como si ha acontecido en otros países de la región. En esta lectura de la realidad uruguaya, la responsabilidad recae sobre la familia y el debilitamiento de su rol social en los procesos de

cohesión social. No sabemos que hubiera sucedido si las familias no hubieran podido adaptarse en todas estas décadas en donde el Estado nacional ha estado en su propia búsqueda, generando con sus oscilaciones de presencia y ausencia embates fuertes sobre múltiples dimensiones de la vida de la población uruguaya.

Asimismo, Boado (2009) nos advierte sobre la importancia de prestar atención a la relación entre los procesos sociales mencionados y los comportamientos demográficos. Por un lado, una población estable como la uruguaya genera poca presión demográfica en el marco de una estructura económica y social con problemas para la generación de empleos. Si bien esto tiene su impacto en el proceso de envejecimiento que afecta las posibilidades económicas y caminos de desarrollo, es incuestionable que los niveles de pobreza del país, si bien aumentaron como nunca antes en las últimas décadas, siempre han sido más bajos que los de otros países de la región; que con iguales problemas para la generación de empleo tenían entrada permanente de grandes contingentes poblacionales a su estructura socioeconómica.

Por otro lado, la emigración internacional ha sido una segunda válvula de escape a corto plazo sobre la presión demográfica en la estructura social:

Sin embargo junto a ello es necesario recordar que la emigración internacional ha sido una variable de ajuste importante, en el mejor estilo “malthusiano” y “clásico”. La sociedad ha experimentado oleadas emigratorias importantes en los 60 y 70, en particular hacia Argentina, USA, España y Australia; y nuevamente hacia los tres primeros ya entrado el nuevo milenio. Lo más grave de los procesos recientes es el impacto que tiene en la generación de recursos humanos y riqueza para el país. Para un esquema conservador una población estable es ideal, porque en el fondo no supone alteraciones graves de la distribución de rentas. Pero para cualquier otro esquema una población estable es la caducidad a corto plazo del principal motor de la economía que es el trabajo humano en cualquiera de sus modalidades. La no presión demográfica reciente en el Uruguay, que le permite ‘crecer’ a una tasa del 0,56% anual, no se debe a la transición demográfica sostenida en la baja natalidad y la baja mortalidad, sino también a la emigración continuada (Boado, 2009).

II.3 Reseña de cambios a nivel de las instituciones ***Familia, trabajo, escuela, cuidado de los niños y vivienda***

En este apartado –teniendo como telón de fondo los procesos de cambio, las continuidades y la reorganización de la estructura social uruguaya– nos proponemos establecer en ejes institucionales precisos una reseña de lo acontecido en las últimas décadas. En este esfuerzo de sintetizar los procesos anteriormente desarrollados en clave de distintas instituciones de vida, tomaremos como ejes el trabajo, la familia, y la escuela. Asimismo, agregamos dos dimensiones como son el cuidado de los niños y la vivienda. Si bien no constituyen dominios institucionales, requieren un abordaje propio porque son ejes relevantes en el estudio de los comportamientos demográficos abordados en esta investigación.

Con respecto al dominio institucional del trabajo, el desarrollo anterior deja en evidencia los cambios profundos, fruto de los distintos ensayos de inserción internacional de la economía uruguaya y su especialización productiva, y las sucesivas crisis socioeconómicas acaecidas en las

últimas décadas. Además, en el mundo del trabajo han impactado los cambios en otras dimensiones como la educativa (transformando la composición educativa de la fuerza laboral) y los cambios en el equilibrio de las relaciones entre mujeres y varones (permitiendo a más mujeres formar parte de la fuerza de trabajo). El aumento de la participación de la mujer en la fuerza laboral no sólo debe ser visto como una ganancia de espacios de participación social de la mujer. El ingreso de la mujer en el mercado laboral es también una respuesta al impacto que han sufrido los hogares con las distintas crisis socioeconómicas, enviando a más miembros del hogar a trabajar, y entre ellos a las mujeres.

De todas formas, más allá de las razones que llevan a la mujer al mundo del trabajo remunerado, podemos decir que esto se constituye, sea por una u otra razón, en un espacio propio donde las mujeres proyectan planes y expectativas; que afecta incluso la visión que tendrán de las otras dimensiones más privadas de su vida. De esta manera, en el período se producen dos tendencias diferentes que reconfiguran el mundo del trabajo en Uruguay. Por un lado, un incremento en el tiempo de la participación femenina en el trabajo remunerado, y por otro lado, un crecimiento generacional de los niveles de la escolarización en ambos sexos – aunque con matices diferenciales. Estos dos elementos actúan de manera conjunta en un escenario donde el calendario de entrada a trabajar pasa a ser más tardío por los requerimientos educativos.

Además, todo esto sucede en el marco de las dificultades de la estructura productiva del país para generar empleo y la contraparte del sistema educativo que no logra capacitar los recursos humanos que la estructura requiere³⁰. En resumen, el trabajo es un ámbito de vida casi universal para los varones y se va universalizando en las mujeres en las últimas décadas de historia del país; a la vez que por las razones estructurales ya explicitadas se va convirtiendo en un elemento de preocupación a medida que nos acercamos en el tiempo. En este sentido, el trabajo si bien emerge como un dominio institucional de impronta pública y formalmente regulado, por las características del mercado de trabajo uruguayo en el período analizado podemos pensarlo como “colonizado” por fuentes de regulación de carácter más privado. Donde los individuos frente a escasos, y a veces malos puestos de trabajo, deberán decidir muchas veces a los costos de oportunidad de trabajar, estar desocupado, estudiar o cuidar la familia. Esto indudablemente se distribuirá de manera muy desigual entre los miembros del hogar de distintas edades y sexo.

Con respecto a la familia uruguaya y sus cambios recientes, Carlos Filgueira (1996) identifica transformaciones no solo de los patrones de convivencia y residencia, arreglos conyugales y reproductivos, sino del cambio de la inserción de la familia como institución en el entramado social. Investigadores como Paredes, Cabella, Calvo y Pellegrino han identificado una multiplicidad de factores demográficos que han influido en los cambios familiares: el envejecimiento de la población, el aumento del número de divorcios, el descenso de la

³⁰ Cabe destacar que se han realizado algunos programas dirigidos a jóvenes con el objetivo de generar un vínculo entre empleadores y jóvenes, mediante la creación de pasantías en el sector público y privado. Asimismo, se ha implementado el programa “Projovent” que inicia con fondos de BID en 1994 y comienza a recibir fondos nacionales en 1997. El programa brinda capacitación a jóvenes con muy bajas calificaciones con el fin de canalizarlos a posibles puestos de trabajo, priorizando a desertores del sistema educativo o repetidores de más de tres años lectivos, sobre todo jefes de familia con hijos entre 15 y 29 años. Sin embargo, no es posible estimar el efecto que este programa ha tenido en la vinculación de los jóvenes con el mundo del trabajo, ya que no son sometidos a evaluaciones de impacto. Otra dificultad estriba en que su aplicación no ha sido muy extendida (Bucheli, 2004).

fecundidad y la emigración internacional. La emigración impacta a las familias alterando otras variables demográficas como la natalidad, la fecundidad, la nupcialidad y el envejecimiento (Calvo y Pellegrino, 2005).

Wanda Cabella (2006) nos indica que si bien los cambios en la familia empiezan a manifestarse en Uruguay a partir de 1970, será en el segundo quinquenio de los ochenta del siglo pasado donde se registra una inflexión significativa en la mayoría de los comportamientos familiares: descenso de la tasa de nupcialidad, aumento de divorcios, crecimiento del porcentaje de personas en unión libre y del porcentaje de nacimientos extramatrimoniales. Muchos de estos fenómenos son factores que inciden en un cambio también notable -identificado en las últimas cuatro décadas- respecto a la composición de los hogares: aumento el número de hogares de personas solas (hogares unipersonales) y más precisamente en Montevideo se produce una reducción del número de hogares conformados por padres, madres e hijos y el aumento de aquellos llamados monoparentales (jefe/a e hijos) (Calvo y Pellegrino, 2005)³¹.

Wanda Cabella (2006) ha estudiado el aumento de las separaciones con la evolución del indicador coyuntural de divorcialidad (ICD) para poder valorar la intensidad del divorcio en un momento particular del tiempo³². De esta forma nos dice que en 1975 las condiciones del momento auguraban que poco más de 16 de cada 100 matrimonios concluirían en divorcio, y para el 2002 este indicador revela que si las tasas de divorcio por duración del matrimonio se mantuvieran constantes, 34 de cada cien matrimonios serán disueltos por divorcio. Como el ICD es una medida que está afectada por los efectos coyunturales del calendario del divorcio Cabella se da a la tarea realizar el análisis por cohortes matrimoniales y frente a esto nos dice:

El análisis longitudinal revela que la frecuencia del divorcio se ha ido incrementando desde las cohortes matrimoniales más antiguas hasta las más recientes, y que <la revolución de los divorcios> (Filgueira 1996) es un fenómeno social protagonizado por las generaciones que ingresaron a la vida matrimonial a partir de la década de los ochenta. Puede decirse que en el último medio siglo Uruguay ha pasado de un régimen, netamente arraigado en la década de los

³¹ Hareven (1982, 2000) nos dice que la complejidad y heterogeneidad familiar ya se conoció en el pasado, variando en cada caso las fuentes promotoras de esa heterogeneidad familiar; las consecuencias sobre las vidas individuales de estos cambios no deben verse a priori como un peligro, sino que deben convertirse en objeto de investigación. En este sentido, cabe recordar que el modelo de familia biparental nuclear de único proveedor asociada a la familia norteamericana de los años cincuenta, que pierde preponderancia en Uruguay en estas décadas, ha sido un modelo que prevaleció solo en un lapso muy corto de la historia de la humanidad. El aumento de hogares monoparentales y hogares extendidos observado en las últimas décadas debe ser analizado teniendo en cuenta que estos “modelos de adaptación”, dijera Hareven (2009), eran aún relevantes en ciertos sectores de la población en los períodos en los que la familia nuclear biparental estaba extendida. La pérdida de las funciones que cumplía la familia en sociedades industrializadas, puede haber dado paso a una familia replegada al ámbito de la intimidad; así la debilidad de los lazos de dependencia de la familia industrial (cuidado de los niños y los hombres) habilita la identificación la fortaleza que subyace a los lazos interpersonales en una familia contemporánea (Hareven, 2000).

³² Se trata de una medida de naturaleza predictiva que se interpreta como el porcentaje de matrimonios constituidos en un año dado que eventualmente terminarán en divorcio, siempre y cuando las tasas de divorcios por duración observadas en ese mismo año se mantengan estables. El ICD sintetiza la experiencia de diferentes cohortes matrimoniales en un punto particular de la escala temporal, permitiendo apreciar las variaciones coyunturales a las que está sujeto el divorcio a través del tiempo. Para su elaboración, se clasifican los divorcios registrados durante un año dado según la duración del matrimonio y luego se los relaciona sucesivamente por cociente con la cohorte matrimonial de la que provienen. Se obtiene de esta manera una tasa de divorcio para cada duración de matrimonio; el valor que resulta de sumar cada una de estas tasas es el ICD.(Cabella, 2006)

cincuenta, en el que el divorcio era una práctica poco frecuente (el ICD apenas superaba el valor de 12%) y afectaba particularmente a los matrimonios de corta duración, a otro caracterizado por una fuerte intensidad del divorcio, por una precocidad creciente de las rupturas matrimoniales y por su extensión a los matrimonios de duraciones más avanzadas. Este último régimen se manifiesta con virulencia a partir de la década del ochenta, y comienza a mostrar señales de estabilización al promediar la década de 1990, colocando a nuestro país entre aquellas sociedades que presentan tasas muy elevadas de divorcio (Cabella, 2006).

Respecto a la formación de uniones, Cabella (2006) destaca dos grandes tendencias: el descenso sostenido del número de parejas que optan por el matrimonio y el aumento de la proporción de parejas en unión consensual. Debe señalarse que ya desde la segunda mitad de los años setenta se registra una tendencia descendente de la nupcialidad; sin embargo, el ritmo de descenso es notoriamente inferior al ocurrido desde inicios de los años noventa. Entre 1975 y 1989 la variación porcentual de este indicador alcanzó una reducción de 16.5% (de 11.9 a 10.0), mientras que entre 1989 y 2004, la tasa se reduce 47.4% (Cabella, 2006). Asimismo, la autora destaca que la tasa de nupcialidad presenta una falta de respuesta a las coyunturas socioeconómicas tan variantes que existieron entre 1985 y el 2004; lo que es interpretado como un cambio estructural, en cuya base se encuentra la pérdida de primacía del vínculo legal como marco socialmente legítimo de inicio de la vida conyugal.

La contracara de lo anterior se evidencia en el aumento de las uniones consensuales en este período. El descenso de matrimonios no supone tanto una disminución de la vida conyugal y las uniones, sino lo que Cabella identifica como la consolidación de la desinstitucionalización de los vínculos conyugales: donde el matrimonio dejó de ser claramente la forma predominante de entrada en unión. Al igual que con el descenso de los matrimonios es en la década de los noventa del siglo pasado cuando las uniones libres registran un crecimiento importante, entre 1987 y 2004 la proporción de parejas que opta por la unión libre se triplicó, partiendo del 10% del total de unidos en esas edades, para situarse en 30% en el último año de la serie (Cabella, 2006)³³.

En paralelo al aumento de las uniones consensuales se observa el aumento de la natalidad extramatrimonial, que no expresa sin embargo un aumento de la maternidad en soltería. De esta forma Cabella (2006) analiza la proporción de nacimientos de madres que están fuera de unión e identifica que se mantiene estable en los tres años analizados -1993, 1999 y 2002-, produciéndose un fuerte descenso de la proporción de nacimientos ocurridos de madres casadas, compensado por el aumento de los nacidos de uniones de hecho. En este sentido, por la naturaleza de las fuentes de datos que trabaja no es posible saber en qué medida las parejas legalizan su unión una vez ocurrido el nacimiento, en cambio si parece claro que el matrimonio ya no es un requisito necesario para dar inicio a la vida reproductiva para sectores cada vez más importantes de la población (Cabella, 2006).

Si analizamos la edad de entrada a la primera unión, sea esta por vía legal o consensual también se identifican cambios importantes en el tiempo. En el estudio de esta transición

³³ “Dado que la medida anterior recoge la incidencia de las uniones libres sobre el total de unidos, podría pensarse que el aumento de estas uniones se debe simplemente al descenso de las uniones legalizadas. Sin embargo, tomando como unidad de medida a las personas, se constata que también la incidencia de la consensualidad ha seguido un patrón similar al observado cuando se considera sólo a las personas en unión. De acuerdo a los datos del censo nacional de población de 1975, la proporción de personas en unión consensual entre 15 y 49 años era 4.6 %, en el censo de 1996 esta proporción alcanza a 12%.” (Cabella, 2006)

realizada por Videgain (2006)³⁴ donde se trabajaron con tres cohortes de nacimiento –1947 a 1956, 1957 a 1966 y 1967 a 1976– que representaban tres períodos históricos de cambio en la estructura sociales del país, se obtienen edades medianas entre los 22 y 23 años y rangos intercuartiles aproximadamente de 8 años en las tres cohortes estudiadas.

Pero este escenario se modifica al considerar la desigualdad intracohorte marcada por la desigualdad de origen (nivel educativo de la madre y el padre de las mujeres analizadas). Se identificó un proceso de segmentación social al incorporar el análisis por estrato social de origen: a través de la experiencia histórica de las dos cohortes más jóvenes, en relación a la primera más antigua, las estructuras de desigualdad fueron cobrando relevancia. La primera cohorte - que era identificada como la heredera de un modelo de país aún con oportunidades: “el Uruguay feliz”-, se expresa en la primera unión con transiciones muy homogéneas, independientemente de las desigualdades heredadas; mostrando para los tres estratos de origen edades medianas a la transición próximas a los 23 años. Ya para las mujeres nacidas entre 1957 y 1966 se identificó un efecto cohorte que impactaba las probabilidades anualizadas de transitar la primera unión con matices diferenciales por estrato de. Las edades medianas para esta cohorte eran para el estrato de origen bajo, medio y alto de 21 años, 21.7 años y 24.5 años, respectivamente. Pero luego, ya en la cohorte más joven se observó efectos de calendario del estrato de origen medio, siendo en los extremos de las desigualdades sociales en donde se marcan transiciones a la primera unión también desiguales. Las edades medianas para los tres estratos de origen –bajo, medio y alto-, eran de 21.4, 22.8 y 24.4 años, respectivamente.

Respecto a la edad al primer hijo, en el marco del mismo estudio realizado por Videgain (2006), se identifican edades cercanas a los 25 años (sin incorporar en el análisis la desigualdad intracohorte). Cuando el estrato social de origen es considerado en el análisis, se identifica una experiencia homogénea de la cohorte más antigua, alcanzando un proceso de diferenciación entre estratos en las cohortes más jóvenes. Las edades medianas para la cohorte más antigua se establecen para los tres estratos de origen entre los 25.5 y 25.9 años. Para la cohorte intermedia (1957-1966) las edades medianas para los estratos de origen bajo, medio y alto son de 22.8, 24 y 27.3 años respectivamente, con rangos intercuartiles que van de 7 a 9 años al movernos entre el estrato bajo al alto. Para la cohorte más joven (1967-1976) las edades medianas para los estratos de origen bajo, medio y alto son de 22.9, 24 y 28.1 años respectivamente.

De esta manera, con respecto a la transición al primer hijo las experiencias se diferencian no solo comparando los extremos de la estructura de desigualdad heredada –estratos altos versus bajos-, sino que cobran significación las diferencias en experiencias incluso entre el estrato de origen medio y el bajo. Podríamos incluso afirmar que bastó solo el paso del tiempo transcurrido entre la cohorte más antigua (1947-1956) y la intermedia (1957-1966) para desdibujarse la homogeneidad en las experiencias de las mujeres en esta transición e iniciar transiciones diferenciadas por estrato.

³⁴ Se trabaja en esta investigación con la “Encuesta sobre Situaciones Familiares y Desempeños Sociales en Montevideo y Área Metropolitana”, realizada en el año 2001. La misma comprende un total de 1806 mujeres encuestadas de 25 a 54 años residentes en la zona ya mencionada y contiene preguntas retrospectivas sobre edad a eventos demográficos que permitieron trabajar con modelo de *Historia de Eventos y Tablas de vida*. En este sentido, nos refiere a los hogares de Gran Montevideo que tienen al menos una mujer en esos tramos de edad, siendo a su vez una muestra auto-ponderada. El 60% de la población uruguaya reside en el área metropolitana o gran Montevideo y el análisis realizado abarcó a todas las mujeres encuestadas en esos tramos de edad (Videgain, 2006).

Así, Videgain (2006) termina por encontrar en el estudio de estas dos transiciones un claro proceso de desestandarización de la transición al primer hijo y de la primera unión, siempre y cuando el eje de la desigualdad social sea incorporado en el análisis. Emergen patrones desiguales entre estratos de origen sobre todo a partir de la cohorte intermedia (1957-1966). La cohorte más antigua (1947-1966) expresa una homogeneidad muy fuerte en ambas transiciones analizadas y en la siguiente cohorte los efectos del cambio social se hacen notar.

Las mujeres de distintos estratos de origen de las dos cohortes más jóvenes trabajadas en el estudio no entran en primera unión ni tiene su primer hijo en las mismas edades. En este sentido, la desestandarización que emerge como efecto cohorte para las dos cohortes más jóvenes solo puede ser identificada por la mediación de la estructura de desigualdad social. Pero podemos pensar que existe también un efecto cohorte en la más antigua que logra equiparar estas dos experiencias demográficas a pesar de provenir de estratos sociales diferentes.

En la transición a la primera unión los esquemas se polarizan entre el estrato de origen alto y el bajo, emergiendo experiencias muy distintas de este evento entre ambos. En la transición al primer hijo el proceso de diferenciación es aún más profundo, generando ya a partir de la cohorte intermedia (1957-1966) efectos diferenciales sobre las probabilidades entre los tres estratos de origen. Es un caso muy interesante de identificación de procesos de desestandarización que más que referirnos a procesos desregulatorios está sugiriendo la entrada en escena de nuevas fuentes de regulación de los comportamientos demográficos analizados, como es el caso de la clase.

Estos resultados se ven enriquecidos si integramos una tercera transición en la vida de las mujeres de las tres cohortes de nacimientos proveniente de otro dominio institucional: la primera entrada al trabajo remunerado. En el dominio del trabajo los cambios que se observan en el tiempo son diferentes a los del dominio de la familia. La transición al primer trabajo atraviesa un proceso de estandarización creciente entre estratos a medida que avanzamos en el tiempo histórico. El análisis de la transición al primer trabajo en la cohorte más antigua ya nos habla de un proceso de estratificación del calendario:

El cambio demográfico ha involucrado entonces procesos distintos e incluso divergentes en los dos dominios institucionales analizados, emergiendo de esta forma la estructura de desigualdad como un factor clave sobre todo en el dominio de la familia. Nos parece apropiada la imagen de la estructura de desigualdad como un cernidor a través del cual se filtran las experiencias de cohorte de las mujeres en la primera unión y primer hijo. En este sentido, la cohorte que identificábamos como bisagra (1957-1966) entre dos modelos económicos y sociales del país emerge también con esta particularidad respecto al cambio demográfico. Esta cohorte intermedia, procesa en gran medida el cambio social y demográfico, para dar lugar a una nueva cohorte más joven (1967-1976), en donde las debilidades del modelo económico y social se evidencian en una nueva configuración de fuerte diferenciación y segmentación social de las transiciones a la adultez. En esta última cohorte ya se manifiesta la dificultad de las mujeres residentes en el Gran Montevideo para superar las desigualdades heredadas, a modo que estas no impriman un sello en las transiciones a edades tempranas en sus cursos de vida (Videgain, 2006).

En resumen, los cambios descriptos permiten identificar a la familia como una de las instituciones que ha mostrado en mayor medida su dinamismo para modificar sus estructuras en el contexto de cambios nacionales. También queda muy claro que a medida que nos acercamos en el tiempo, la familia se va consolidando en un terreno donde se expresa la polarización social y demográfica. Estos procesos se tornan más comprensibles si reconocemos que es la familia es una institución que se transforma en un escenario de vidas individuales altamente entrelazadas y

con una alta demanda en la procuración del bienestar para sus miembros. Esta demanda está íntimamente relacionada con dos aspectos ya desarrollados en el apartado anterior: las características del sistema de bienestar uruguayo, que recarga la responsabilidad del bienestar sobre las espaldas del sistema familiar; y las sucesivas crisis que el estado uruguayo no ha podido amortiguar y han puesto a prueba esa capacidad de las familias uruguayas. En este sentido, la familia emerge como un dominio institucional con regulaciones de carácter mayoritariamente privado pero que va colonizándose cada vez más por consecuencias de regulaciones públicas sea de manera directa o indirecta, por acción u omisión.

Con respecto al dominio institucional de la educación, podemos afirmar que la educativa es aún una cuenta pendiente en las reformas nacionales. Si bien se han realizado algunos cambios, los datos muestran que han sido muchos más los problemas y desafíos, así como los nuevos requerimientos de recursos humanos nacionales. Si lo pensamos como una dimensión de vida esto se torna aún más complejo y preocupante; donde las expectativas de los individuos – que indudablemente se han visto afectadas en los escenarios de cambios de las últimas décadas– se entretajan con las realidades de diferente tipo. Realidades que hacen a la calidad educativa de la oferta y al desafío de retener estudiantes en el largo proceso de credencialización.

Uruguay alcanzó, muy temprano para la región, la universalización de la escuela primaria, coincidiendo con esa fase de promoción de la expansión educativa primaria con una fase de inversión y niveles elevados de gasto público. Ocurrió lo contrario con la educación media, cuya creciente demanda se consolida en contextos de restricción del gasto, que implican déficit de inversión en múltiples áreas: edilicias, docentes, etc. “...el deterioro del salario y del status de los docentes se manifiesta en forma por demás marcada entre 1960 y 1980. Finalmente, la pérdida de un rol claro de la educación en tanto canal de movilidad social e instrumento efectivo para el logro de inserción laboral contribuyó a debilitar la demanda por la educación media. Estos problemas, de escasa entidad al principio, fueron ganando magnitud a través del tiempo y no fueron visualizados como conjunto” (ANEP, 2005). Al día de hoy podemos decir que el país no logra transferir sus logros en expansión en educación primaria a los niveles de educación media, transformándose en un verdadero cuello de botella y expresando un filtro de la estructura de desigualdad social nacional.

A continuación proporcionaremos una información de la estructura y obligatoriedad del sistema educativo nacional como insumos para comprender toda la información que analizaremos en relación al estatus de estudiante. El sistema educativo formal uruguayo se organiza en los siguientes niveles: educación preescolar o inicial, educación primaria, educación media, educación superior –que contiene a la terciaria y a la universitaria.

La educación preescolar comprende entre los 3 y 5 años, pero es de carácter obligatorio y universal solo a partir de los 4 años desde la reforma de 1995, con el llamado Plan 96. Antes de los 4 años existen los centros CAIF desde 1988 que son para población específica en situaciones carenciadas.

La educación primaria comprende seis grados y es de carácter obligatorio. En las escuelas urbanas y suburbanas las clases se imparten de lunes a viernes durante cuatro horas, alrededor de 180 días al año. Existen también cursos de primaria “para adultos” que incluye a los mayores de 15 años que no hayan sido alfabetizados o que no hayan terminado el ciclo escolar.

La educación media se subdivide entre el ciclo básico único -primer ciclo- que tiene tres años de duración y permite cumplir con los nueve años de escolaridad obligatoria en el país³⁵. Esta enseñanza media se imparte en los que se denominan liceos o institutos del Consejo de Educación Secundaria y en Escuelas técnicas del Consejo de Educación Técnico Profesional (UTU). El alumno tiene una carga promedio y aproximada de 34 horas semanales según el grado que curse. A esta educación de carácter obligatoria le siguen dos opciones dentro de lo que se denomina como Segundo ciclo: el Bachillerato Diversificado de Enseñanza Secundaria o la Educación Técnico Profesional. El Bachillerato de Segundo Ciclo, comprende 3 años y ofrece orientaciones Básicas que los alumnos deben seleccionar al segundo año de este segundo ciclo (elemento que luego condiciona la entrada a las áreas de profesionalización).

La Educación Técnico Profesional tiene distintas modalidades, que se extienden de 1 a 7 años, entre otros cometidos tiene la formación de técnicos Superiores, Técnicos medios y Trabajadores calificados. Su oferta educativa se nuclea en grandes sectores como el Agrario, Industrial, Artístico-Artesanal, Servicios. La Educación Técnico Profesional a través de sus cursos más avanzados habilita a los estudiantes al acceso a la Universidad o a la formación docente.

La educación superior contiene a lo que entendemos como educación terciaria que supone Institutos de Formación Docente, el Instituto Superior de Educación Física forma profesores de Educación Física, la carrera de Diseñador Industrial y la Educación Superior Militar. En lo que respecta a la educación universitaria cabe decir que la Universidad de la República es oficial, autónoma, única, no confesional y su enseñanza es gratuita por mandato constitucional. El ingreso no está limitado para estudiantes nacionales y existen dos formas de ingreso a la Universidad: una es a través del bachillerato Diversificado de Enseñanza Secundaria y la otra a través de los cursos técnicos correspondientes a la carrera elegida. Las carreras se imparten en Facultades, Institutos, o Escuelas Universitarias. En la capital del país se imparten todas las carreras si bien en la región norte del país también se dictan algunos cursos y carreras.

Más allá de las dificultades que la educación enfrenta hoy en el país, lo dicho anteriormente deja en evidencia que la escuela, e incluso la educación media, es un espacio que insume pocas horas diarias en la vida de los niños y jóvenes del país. Y esto no acompaña los cambios ocurridos en el mundo del trabajo y la familia, y los problemas del cuidado infantil que pueden significar. De igual manera, el corto horario escolar supone a las familias altos costos en cuidado infantil, que inevitablemente influye en la decisión de entrar al mercado de trabajo, sobre todo para las mujeres. Las mujeres son quienes tienen históricamente las tareas de cuidado infantil a su cargo, y en contexto de pérdidas salariales, donde el balance entre remuneración al trabajo extra-doméstico y costos de cuidado muchas veces no alcanza ni a empatar. Este problema ha sido tomado en cuenta por distintos investigadores, analizando que se trata de capital humano que se desaprovecha, perdiendo la participación en el mercado laboral de mujeres que han alcanzado niveles educativos importantes por razones de cuidado infantil.

Para sectores de la población con más recursos monetarios se presenta la oferta educativa privada, colaborando a la segmentación educativa. La educación privada, si bien es una salida educativa para los sectores que lo pueden pagar, permite jornadas educativas más extensas y cubren otras áreas –idiomas, deportes específicos y música, entre otros, que quedan al margen de la oferta pública de primaria-. Según el informe de Katzman (2006) al año 2006 la población de

³⁵ La Constitución de 1967 impuso la obligatoriedad de la enseñanza durante nueve años, seis de enseñanza primaria y tres de secundaria básica.

6 a 11 años que asiste a centros educativos representa el 80.3% lo hace a escuelas públicas y el 19.7% a privadas.

Por último, la oferta privada a nivel terciario es muy reciente en la historia del país. Si bien desde la Constitución de 1967 se hace explícita la libertad de oferta educativa a todos los niveles, a nivel terciario esta recién se hizo posible a través de la ley N° 15.661 de 1984, que habilitó a la Universidad Católica del Uruguay. A esta le siguen otras tres que surgen todas entre 1995 y 1998: ORT, Universidad Montevideo y Universidad de la Empresa. No obstante, la oferta de los mismos se concentra en algunas áreas específicas (ciencias sociales, derecho, ingeniería informáticas y comunicación principalmente). Asimismo, existen aproximadamente una docena de institutos de formación terciaria de carácter privados. Para el año 2006, la universidad pública igualmente concentraba al 76.27% de los estudiantes universitarios.

El dominio escolar es de carácter público y gran parte de sus regulaciones por edad son formales si bien sólo guarda carácter de obligatoriedad a niveles aún muy básicos. Pero muchas veces las regulaciones formales en torno a la obligatoriedad educativa entran en contradicción con los niveles mínimos que el mercado de trabajo requiere dejando lugar a una brecha importante. Por estas contradicciones entre dos ámbitos regulatorios públicos y conociendo los contextos de crisis y recesiones existentes en el período analizado podemos pensar que este dominio institucional va dejando márgenes de regulación privada, porque termina siendo un proceso de autorregulación individual, o más precisamente regulación familiar, si se puede mantener o no dentro del proceso educativo formal a los miembros de la familia en distintas etapas de su vida.

Después de haber reseñado los cambios en los dominios institucionales del trabajo, la familia y la educación, es importante dedicar esta última parte a describir las políticas públicas dirigidas al cuidado infantil y la vivienda; en tanto instituciones que forman parte del telón de fondo de nuestro objeto de estudio.

Con respecto a la regulación del cuidado a los niños, es importante señalar que los cambios descriptos en relación al mercado de trabajo, la familia y las condiciones socioeconómicas de los hogares uruguayos, requieren de nuevas formas de intervención sobre este grupo etéreo. La cada vez más creciente inserción de la mujer en el mercado laboral, el aumento en las tasas de divorcio, el crecimiento de los hogares monoparentales con jefatura femenina y el impacto de las sucesivas crisis económicas sobre el nivel de ingresos del hogar - que ha llevado a la decisión de movilizar a más de miembros hacia el mercado laboral- llama la atención sobre la provisión de servicios que desmercantilizan el cuidado de los niños.

Revisaremos tres ejes fundamentales a través de los cuales el Estado puede brindar apoyo a las familias para integrar las funciones familiares de cuidado con las del mundo del trabajo. En primer lugar, se esquematiza el marco jurídico general, así como políticas públicas que promueven la conciliación entre trabajo y familia con un enfoque de género y de corresponsabilidad social. En segundo término, se revisan los apoyos dirigidos específicamente en el cuidado de los niños indagando la existencia o no de instituciones estatales – desmercantilizadas- por fuera de los lazos familiares. En tercer lugar, se describe el caso específicos de las transferencias monetarias a los hogares con niños.

Respecto a legislaciones laborales que regulan la integración a la mujer en el mundo del trabajo remunerado, en el Cuadro II.3 podemos observar que existen leyes desde la primera mitad del siglo pasado, que apuntan sobre todo a la calidad y las condiciones de empleo. Pero es recién en 1958 que aparece una ley que atiende específicamente la condición reproductiva de la

mujer. Esta nueva ley otorga una licencia paga por maternidad que será mejor estipulada en la década de los ochenta. A partir de este momento, y sobre todo muy asociado al regreso de los gobiernos democráticos, se mejora la legislación laboral relacionada con el trabajo de las mujeres, contemplando otros elementos importantes, tal cual se deduce del cuadro II.3.

En este sentido, toda la secuencia legislativa contemporánea contempla las situaciones más complejas y novedosas que emergen en el mundo de la familia y el trabajo. Sin embargo, estas innovaciones son tardías y escasas, y sobre todo segmentadas por tipos de ocupaciones y tipo de actividad. Se advierten inequidades importantes entre asalariados del sector público y los del sector privado; dejando fuera las condiciones en situaciones de autoempleo o empleo informal. Asimismo, la legislación también es tardía y escasa en pensar de manera global el tema de la reproducción biológica de la población e integrar al mundo de la legislación laboral al varón en su rol de padre, como un rol valorado y necesario para la reproducción biológica y social de una sociedad. Prueba de ello es lo tardía de la licencia por la paternidad, que es un privilegio solo de los trabajadores del sector público hasta el 2008; siendo solo de tres días.

CUADRO II.3
RESEÑA DE LA LEGISLACIÓN LABORAL CON ENFOQUE DE GÉNERO

Tiempo	Legislaciones y breve descripciones de las mismas
1918	Ley N° 6.102 “Ley de la Silla” por la que se establecía que en todos los comercios, fábricas, locales y establecimientos en que trabajen mujeres debía existir el número suficiente de sillas para que las trabajadoras puedan tomar asiento, siempre que sus tareas lo permitan. Resultó un reconocimiento a la mujer pero sobre todo a la mujer en estado de gravidez.
1958	Ley N° 12.572 Salarios por Maternidad, a los que tenía derecho a percibir toda mujer asalariada que fuera a dar a luz.
1980	Decreto-Ley N° 15.084 Licencia por Maternidad, dispone que las trabajadoras de la actividad privada que vayan a ser madres deberá dejar de trabajar seis semanas antes del parto y regresar seis semanas después del mismo. Implementa un nuevo “subsido por maternidad” (Decreto N° 227/981 del 27.5.81) al que tenían derecho las trabajadoras aún cuando la relación laboral fuera suspendida o se extinguiera durante el período de gravidez o de descanso post-parto.
1990	Se reconoció el anterior beneficio a las trabajadoras del sector público o funcionarias públicas. Y por primera vez, se reconoció para los trabajadores públicos padres, el derecho a una licencia por paternidad de tres días, debidamente acreditada.
1999	Ley N° 17.215 se reconoce que “Toda trabajadora pública o privada que se encontrare en estado de gravidez o en período de lactancia tendrá derecho a obtener un cambio temporal de las actividades que desempeña, si las mismas, por su naturaleza o por las condiciones en que se llevan a cabo, pudieren afectar la salud de la progenitora o del hijo”
	Se crea el Instituto Nacional de las Mujeres.
2005	Se crea el Ministerio de Desarrollo Social (MIDES), por Ley N° 17.866, con el objetivo de formular, ejecutar, supervisar, coordinar, programar, dar seguimiento y evaluar las políticas, planes y programas intersectoriales implementados por el Poder Ejecutivo en las áreas de juventud, mujer y familia, adultos mayores, discapacitados y desarrollo social en general, para garantizar el pleno ejercicio de los derechos sociales a la alimentación, a la educación, a la salud, a la vivienda, al disfrute de un medio ambiente sano, al trabajo, a la seguridad social y a la no discriminación.

FUENTE: elaboración propia de lo relevado hasta el año 2006.

En relación a las disposiciones legales relacionadas con las prestaciones de cuidados infantiles, debemos decir que, poco se ha avanzado en el Uruguay, persistiendo la idea que el tema de los cuidados infantiles es algo que compete a la mujer. Como consecuencia, encontramos todo lo que ya se sabe de la doble jornada de trabajo en las mujeres y del obstáculo que esto supone para la inserción ciudadana y laboral de las mujeres. “...la prestación de los

cuidados infantiles continúa siendo en Uruguay mayoritariamente llevada a cabo de manera no remunerada, en base a redes informales y familiares, principalmente debido a que la oferta pública de cuidado para los niños más pequeños es muy reducida y no tiene un carácter universal como la educación inicial o primaria (...) Continúa siendo un tema de la esfera privada, un problema de las familias y no se asume social o colectivamente, especialmente en el caso de los niños más pequeños” (Batthyány, 2004).

El surgimiento y evolución de organismos públicos especialmente creados en Uruguay para la atención de la niñez, pueden ser interpretados a la luz del avance y auge de los derechos humanos, en este caso específico a las normativas internacionales derivadas de la ratificación de los Derechos del Niño. Y por lo tanto, se han focalizado en poblaciones carenciadas que no pueden proporcionar a sus hijos -niños- elementos básicos para su desarrollo. En este sentido, todo el andamiaje político institucional (ver cuadro II.4) en torno a la niñez no se ha generado a partir de una mirada que integre familia y trabajo para toda la población uruguaya, sino que las impulsa el objetivo de romper lo que se ha dado a llamar el “círculo vicioso de la pobreza”.

Gran parte del esfuerzo de las funciones a las que se ha abocado el Consejo del Niño creado en 1934, el INAME y actualmente el INAU, se dirige al tratamiento con poblaciones de niños y adolescentes en situaciones de pobreza y riesgos, así como el manejo de todo el sistema de privación de libertad a infractores menores de edad. Como se puede observar en el Cuadro II.3, el inicial Consejo del Niño y su posterior reemplazo por el INAME (en 1988) y los cambios sucesivos en el funcionamiento de estos organismos permiten observar –en paralelo- el avance del enfoque de derechos. Además, el avance del enfoque de derechos también puede observarse en la masiva creación de organizaciones de la sociedad civil dedicadas a la atención de la niñez a partir de 1985. Un número importante de estas organizaciones civiles surgidas a partir del período de transición democrático están dirigidas a la atención de la infancia en las dimensiones de salud, educación y cuidado de niños en el horario laboral de la madre (de familias en “riesgo socioeconómico”). Específicamente, el servicio de guardería es el más utilizado por la población beneficiaria de los programas de las organizaciones sin fines de lucro, así como también en aquellas organizaciones mixtas (Katzman y Filgueira, 2001).

Como una de las instituciones más importantes en lo que hace al cuidado del niño en el marco de estas políticas focalizadas, resalta desde su creación en el año 1988 el Plan CAIF (Centros de Atención a la Infancia y la Familia), que puede ser considerado el único programa nacional focalizado a la primera infancia con una estructura institucional descentralizada territorialmente y órganos de dirección de integración intersectorial, presente en 338 centros en todo el país. La misión del Plan CAIF es garantizar la protección y promoción de los derechos de los niños y niñas desde el nacimiento a los tres años³⁶ (Ver cuadro II.4).

³⁶ Los Centros CAIF tienen un enfoque de atención integral, se trata de intervenciones que contienen múltiples prestaciones pero es para población en condición de vulnerabilidad socioeconómica o de otro tipo (Midaglia y Castillo; 2010).

CUADRO II.4
CAMBIO INSTITUCIONAL RESPECTO A LA NIÑEZ Y ADOLESCENCIA

Tiempo	Cambios institucionales
Antes 1934	Los servicios públicos de atención a la infancia estaban dispersos en una multiplicidad de organismos.
1934	Creación del Código del Niño (marco jurídico especializado en minoridad). Creación del Consejo del Niño (organismo público rector de las políticas de infancia). 1. Utiliza el criterio de la edad y la clasificación de la atención en las etapas cronológicas de la vida del niño. 2. Las acciones están focalizadas a niños en situación de desamparo mediante programas de adopción, internados diurnos y nocturnos.
1960	El Consejo del Niño pasa a formar parte del Ministerio de Salud Pública (medicalización de la política)
1967	El Consejo del Niño pasa a formar parte del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Proceso de modernización y reestructuración organizacional. 1. Pierde importancia el criterio clasificador de la edad. 2. La atención se concentra en el binomio madre-hijo. 3. Se crea una escuela de capacitación y especialización del personal que trabaja con la infancia. 4. Se erradica el carácter asilar de las instituciones de internación.
1970	El Consejo del Niño pasa a formar parte del Ministerio de Vivienda y Promoción Social
1973	Se frenan las innovaciones organizacionales y técnicas en el Consejo del Niño
1977	El Consejo del Niño pasa a formar parte del Ministerio de Educación y Cultura
1985	Creación de muchas organizaciones sociales de atención a la infancia (60% de las existentes en año 2000 fueron creadas en esta etapa pos-dictatorial)
1983	Creación de la Red de la Infancia (proyecto conjunto de UNICEF y CLAEH) que nuclea a las organizaciones sin fines de lucro que trabajan en relación a la infancia en los siguientes rubros: ollas populares, guarderías, Hogares y centros de capacitación. El objetivo era el fortalecimiento de la sociedad civil para que pudiera aportar en la formulación de políticas destinadas a la población infantil. De una actitud defensiva de estas organizaciones con respecto al Estado, la Red pasó a gestionar de manera asociada los recursos y programas públicos.
1986	Creación del Programa de Atención Integral a la Infancia (cofinanciado por UNICEF y el Gobierno Nacional)
1988	Creación del Instituto Nacional del Menor (INAME) que reemplaza al Consejo del Niño. Autonomía financiera y descentralización organizacional. Se atienden nuevas problemáticas sociales relacionadas con la infancia y surgen nuevos programas. Transferencia de recursos y servicios del Estado a las organizaciones civiles, dando inicio a una nueva relación público-privado en materia de niñez.
1988	Se crea el Plan CAIF (Centros de Atención a la Infancia y a la Familia), financiado por UNICEF y Estado Nacional como una respuesta a la agudización de la problemática de la pobreza en la infancia: 1. Criterios de selección: menores de 4 años bajo la línea de pobreza; mujeres embarazadas con hijos lactantes; mujeres desempleadas; familias en situación de pobreza urbanas y rurales. 2. Depende de la Comisión Nacional del Menor, Mujer y Familia, integrada por representantes de diversos ministerios y organismos públicos vinculados con la problemática de la infancia. 3. Se trata de una política social de segunda generación, con un modelo organizativo de gestión asociada donde las asociaciones civiles cogenian junto con el Estado un conjunto de servicios integrales para la infancia. 4. El objetivo principal consiste en mejorar el bienestar y las condiciones de desarrollo e inserción social de las familias en situación de riesgo socioeconómico. 5. Las áreas atendidas fueron: nutrición, salud, educación y promoción familiar. 5. Interconexión de servicios (enfoque integral): apoyo escolar para población infantil y adulta; talleres para aprendizaje de oficios para adolescentes; orientación legal y jurídica; atención de salud.
1990	Los CAIF pasan a la Comisión Administradora del Fondo de Inversión Social de Emergencia (Ejecutivo Nacional)
1992	Los CAIF dejan de recibir financiamiento internacional y quedan bajo financiamiento exclusivo del Estado.
1995	Se modifican por ley los criterios de elegibilidad y los montos de las transferencias del sistema de Asignaciones Familiares, focalizando el acceso a la prestación a hogares que percibían un ingreso menor a diez salarios mínimos. Esta prestación se define en relación inversa al nivel de ingresos de los hogares.
1996	Los CAIF comienzan a depender del INAME
2000	Se aprueba por ley la ampliación de la cobertura de la prestación de las asignaciones familiares a mujeres jefas de hogar, desempleados y mujeres embarazadas, con independencia de la formalidad del vínculo laboral.
2005	INAU (Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay) es la nueva denominación para el INAME. Se relacionará con el Poder Ejecutivo a través del Ministerio de Desarrollo Social. Se ubica al INAU como rector en políticas de infancia, que significa revisar las prácticas y procedimientos establecidos antes y adecuarlos al marco legal vigente.

FUENTE: elaboración propia en base a Midaglia (2000); Katzman y Filgueira (2001).

Podemos destacar también otra intervención que apoya a las familias en el cuidado del niño, buscando favorecer la inclusión de sectores infantiles que aparecían excluidos de la educación inicial. De esta manera, existen algunas escuelas primarias, en contextos que se definen como prioritarios, con educación inicial para niños de 3 años y que cuentan con el programa “Escuelas de Tiempo Completo”. Para investigadores como Katzman y Filgueira (2001) el avance de políticas públicas focalizadas en el ámbito educativo, ha tendido a acentuar más el carácter estratificado del sistema de bienestar uruguayo y el proceso de segmentación educativa.

Por último, en el marco de transferencias monetarias a las familias con niños existen las asignaciones familiares, que nacieron en la década del cuarenta en Uruguay como sistema de protección y transferencia monetaria a las familias con hijos entre las edades de 0 y 18 años. Se trata de una política pública de carácter universal con dos requisitos para el acceso: el miembro familiar que recibía la asignación por niño debía estar empleado en el sector formal y los niños debían asistir al sistema educativo.

En el año 1995, se produce una reforma importante que modifica los criterios de elegibilidad y los montos de estas transferencias monetarias. Con este cambio, la prestación comienza a operar en relación inversa a los ingresos de los hogares potenciales beneficiarios, permitiendo una focalización diferenciada de la prestación en los sectores más vulnerables. La metodología utilizada consiste en establecer el nivel de prestación en función de la comparación del ingreso de los hogares con el salario mínimo establecido legalmente. Si bien este cambio supuso un avance, se han dirigido dos críticas al actual sistema de asignaciones familiares: una referida a la pérdida del valor real del monto de la transferencia y otra referida a los magros logros en relación a la focalización deseada. Con el paso del tiempo y la erosión del valor real de los salarios mínimos en Uruguay, el monto de las asignaciones familiares perdió valor. Igualmente, los criterios de focalización y la capacidad del sistema de cubrir efectivamente a la población objetivo han develado dificultades que se observan en una menor cobertura absoluta en el tramo de infancia más vulnerable a la pobreza. Los criterios de formalización de empleo y otros requisitos administrativos hacen compleja la adquisición del derecho a la prestación y ha puesto en discusión la modalidad focalizada de esta prestación.

La ampliación de la cobertura –aprobada por ley en el año 2000- permitió la inclusión de mujeres jefas de hogar, desempleados y mujeres embarazadas, independientemente de la formalidad del vínculo laboral y –por lo tanto- de su condición de contribuyente al sistema de Seguridad Social.

En resumen, respecto al cuidado de los niños debemos concluir que no hay un proceso de institucionalización del cuidado del niño por fuera del ámbito familiar o privado. La existencia de salidas desmercantilizadas para el cuidado de los niños es solo una alternativa para familias con bajos ingresos, en situación de pobreza o vulnerabilidad. El resto de las familias deberán recurrir a arreglos informales más o menos institucionalizados -como el cuidado por parte de algún familiar cercano o la salida de la mujer del mercado de trabajo-, o por el lado del mercado el recurrir a guarderías y centros de atención infantil privados. Esto nos habla de un sistema de cuidado fuertemente estratificado, donde los sectores que no aplican como poblaciones objetivo de las políticas focalizadas de atención a la infancia y que no cuentan con recursos para obtenerlos del mercado la ausencia estatal –sectores medios- resultan ser los más castigados por este sistema.

Finalmente, creemos importante dirigir nuestra atención a la descripción de las políticas de vivienda que se han dirigido a la población, cómo han variado en el tiempo y cuáles son los canales de provisión de soluciones habitacionales, dado que es un elemento fundamental a la hora de pensar en la transición de la salida de la casa de los padres camino a la formación familiar. En el problema de la vivienda interactúan el mercado -la especulación de las inmobiliarias-, el Estado y las pautas familiares arraigadas en las estructuras y composición de los hogares.

Uruguay es un país en donde la vivienda en propiedad está muy extendida; para el 2006 los propietarios de vivienda y terreno representan en todo el país un 61,5% de los hogares (Casacuberta, 2006). Las ofertas de créditos públicos han ido disminuyendo notoriamente en el tiempo y muchos de los programas que han existido descansan sobre el empleo fijo, prolongado en el tiempo y asociado muchas veces a pertenencias sindicales. Por un lado y por otro, ese sustrato se ha visto fuertemente afectado y hoy el acceso a una vivienda propia o rentada es un eje de preocupación de los uruguayos. Muchas investigaciones han puesto la atención a la importancia de la mancuerna entre políticas de vivienda -tendencialmente desmercantilizadoras- y la inserción en el mercado laboral formal como mecanismo para la integración social de los individuos y de las familias, particularmente en aquellos países en los que la vivienda en propiedad está muy extendida (Avramov; 2006). La importancia de las condiciones laborales hace a los niveles salariales -que se han visto fuertemente golpeados en las últimas décadas del país- y a la estabilidad en el empleo. En este sentido, Avramov (2006) plantea la necesidad de correspondencia entre la flexibilización de los mercados laborales y políticas de vivienda que permitan a la población ajustarse a estos cambios, promoviendo una oferta de alquiler suficiente -y en condiciones de fácil accesibilidad- precisamente allí donde el crecimiento económico genera demanda de mano de obra más flexible.

El diagnóstico respecto a las políticas de vivienda en la actualidad no es bueno, y la trayectoria que nos trae al día de hoy ha dejado sus huellas y consecuencias, además de vacíos importantes. En términos de vivienda, hay poco y estratificado.

Se identificaron para el plan quinquenal 2005-2009 como principales problemas: el crecimiento de la informalidad laboral, la precariedad del sistema habitacional, un mercado imperfecto del suelo urbano, segregación territorial, existencia de stock subutilizado y falta de disponibilidad de financiamientos hipotecarios. En Uruguay se ha generado “una expansión segregativa” en dos sentidos. Los que no tienen vivienda segura y asequible constituyen la emigración centro-periferia en sus dos modalidades: de las áreas urbanas consolidadas a la suburbana y rural y de todas las áreas urbanas al área metropolitana. A su vez existe un agravante: la movilidad poblacional es general para todos los estratos sociales, pero altamente segregativa en su localización residencial. Sectores ricos sobre la autopista que va hacia el aeropuerto, sectores medios en la “ciudad de la costa” (Área de segundas residencias en el Departamento de Canelones contiguo al de Montevideo, costera sobre el Río de la Plata, que en el período intercensal 85-95 creció cerca del 100% en población), sectores bajos en los asentamientos irregulares. Hoy en día se da la contradicción que los sectores medios de la Ciudad de la Costa y los sectores bajos de los asentamientos irregulares carecen, en distintos grados, de los servicios e infraestructuras urbanas, mientras que donde están estas condiciones no está la población. En las áreas centrales de la ciudad de Montevideo se ha perdido un porcentaje muy alto de densidad de población.

Ya para la década de los noventa del siglo pasado estábamos frente a la explosión de los asentamientos irregulares, que si bien estaban constituidos por un alto porcentaje de trabajadores, la mayoría no tenían un trabajo estable, formal y adecuadamente remunerado. Pero también nos enfrentamos al empobrecimiento de los trabajadores del sector medio que eran los destinatarios preferenciales de las políticas de vivienda. Sin embargo, como ya lo mencionamos anteriormente al referir a la estructura del gasto social, Midaglia y Castillo (2010) identificaban al gasto en vivienda recién en el séptimo lugar.

¿Cuáles son entonces las principales restricciones que tienen los hogares para acceder a la vivienda entonces? En particular, en el mercado de alquileres se destaca la importancia de las garantías y de los aspectos contractuales. Los garantes deben ser personas que tienen propiedades, además los que rentan propiedades muchas veces exigen que el pago de la renta sea por vía de intermediarios como es el caso de ANDA y Contaduría General de la Nación (CGN). ANDA es una empresa nacional que ofrece múltiples servicios a sus asociados, entre ellos el de ser garantes de alquiler. Para tener esos servicios uno debe ser socio pagando por mes a mes y habiendo podido dejar constancia de ingresos. La CGN es una modalidad para que el Estado -que es el empleador- actúe de garante de los funcionarios públicos ya descontando del sueldo de los funcionarios el valor de la renta mensual; y de esta manera, los rentistas se aseguran del pago de la misma mes a mes. Este servicio se ha extendido recientemente a empleados del sector privado. La CGN accede a dar el servicio cuando la renta es una proporción determinada del ingreso del empleado. Obviamente que bajos ingresos y altos alquileres constriñen recurrir a estos servicios como ANDA y CGN. Por estas razones cuando se requiere garantía, el peso de los agentes institucionales que proveen este servicio como ANDA y Contaduría General de la Nación supera al de los vínculos personales, en particular en Montevideo, por la seguridad que provee a los propietarios de las viviendas en alquiler.

En el mercado de compraventa las restricciones están dadas por la falta de crédito público o privado. En el mundo está muy desarrollado el crédito hipotecario. En Uruguay, el crédito fue monopólico en el Banco Hipotecario del Uruguay. Cuando hace años se tomaron medidas para desmonopolizar, el sector privado nunca quiso participar porque todavía (hasta el 2001 cuando el BHU daba créditos) los créditos tenían subsidios ocultos. Entonces la banca privada nunca competía contra alguien que tenga un subsidio oculto. De esta manera, si los créditos no los otorgan el sector privado todo el sector medio, medio bajo y bajo solo les queda recurrir a un sector público a pedir un crédito o a pedir el acceso a una vivienda; consolidándose una demanda insatisfecha durante décadas. Pero el foco del BHU eran las clases media y alta, derivado también de las necesidades de ahorro previo y de aporte de parte del valor de compra por parte del hogar beneficiario (Casacuberta, 2006). Se observa en la actualidad se ha procesado un cambio en la dirección de los recursos hacia los hogares de ingresos más bajos.

Entre los hogares propietarios, se constata que un 75% en todo el país accedió a la vivienda propia con recursos propios, herencias o regalos. Para quienes accedieron a vivienda propia a través de programas públicos, el BHU explica el 70% de los casos en todo el país y el 87% en Montevideo. Desagregando a los beneficiarios por fecha de acceso al programa, en las últimas dos décadas se observa mayor presencia de los demás programas públicos que derivan en su mayoría del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente dedicados a la provisión de vivienda propia a poblaciones de bajos ingresos (Casacuberta, 2006).

Katzman y Filgueira (2001) han identificado que a mayor juventud del núcleo familiar, mayor es la proporción de los hogares que deben invertir sus limitados ingresos en gastos de

alquiler. Los propietarios hasta los treinta cuatro años de edad del jefe no alcanza el 50% y son predominantemente precarias; mientras que la población de cuarenta y más la condición de propietario alcanza al casi al 80% de los hogares (Katzman y Filgueira, 2001). En su investigación, ambos autores destacan que casi el 70% de los propietarios más jóvenes y casi la mitad de la categoría que le siguen en edad moran en viviendas precarias; mientras que cuando el jefe supera los treinta y cinco años menos del 40% del un universo de propietarios habita en viviendas precarias.

Capítulo III. Estrategia analítica, datos e hipótesis de investigación

En este capítulo nos proponemos retomar nuestro objeto de estudio a la luz del debate de los dos capítulos anteriores; y de esta forma, explicitar cómo vamos a abordar nuestras preguntas de investigación: con qué herramientas analíticas, a través de cuáles conceptos y desde qué soporte de información empírica. Finalmente, con los elementos analíticos explicitados podremos plantear las hipótesis generales y específicas que guían el análisis.

Nuestra tarea de investigación comprende múltiples fases que por razones de exposición se presentan de manera lineal, aunque es sabido que nunca ocurre de esa forma en la práctica. La fase inicial ha consistido en trabajar *desde y con* una perspectiva teórica y metodológica que diera soporte, contenido y límites a nuestras preocupaciones originales. Así, nuestro trabajo inicia construyendo un problema, es decir tomando decisiones teóricas y metodológicas. En este sentido, sin nuestra pauta de abordaje teórico-metodológico el diseño de investigación podría ser otro, y lo que llegaríamos a obtener, incluso con los mismos datos, sería también otro tipo de información que podría referir a otros ejes, otras poblaciones y otros objetos de estudio.

Nuestra clave interpretativa ha sido el resultado de un proceso detenido –y podríamos decir que artesanal– donde se asumieron riesgos y se tomaron opciones que fueron destacadas en el capítulo I, las cuales dieron paso a un problema de investigación que es producto de ese camino recorrido: analizar los cambios de los patrones de estructuración del curso de vida en etapas tempranas (más específicamente, la transición a la vida adulta) en relación a los cambios históricos e institucionales donde los cursos de vida se desarrollan y constituyen como tales. Rescatamos conceptos y los ubicamos en las teorías de las que emergen como una forma de reconstruir ese proceso por el cual la edad, y de manera más general el tiempo, se convierte en un elemento regulador y organizativo de las vidas individuales modernas –y constitutivo de los individuos contemporáneos.

De esta manera, en la construcción de nuestro problema de investigación fuimos creando también el eje teórico y metodológico que nos informa acerca de las condiciones de posibilidad históricas sobre las cuales se construyen las vidas humanas de nuestro tiempo. De este mismo eje desde el cual extraeremos los elementos fundamentales de nuestro diseño de investigación. A saber: 1) trabajamos con una etapa de vida “demográficamente densa” como lo es el curso de vida temprano, donde podemos ver operar los procesos de diferenciación e integración social en los distintos niveles de estructuración por edad; 2) consideramos un conjunto de estatus que nos permita dar cuenta de un cambio en la estructura de responsabilidades y obligaciones en la TVA; 3) integramos múltiples dominios institucionales para dar lugar a la diversidad de espacios y soportes regulatorios donde transcurre la vida individual; 4) incluimos distintos ejes regulatorios y de diferenciación (sexo, edad, estrato) que tomen en cuenta la multidimensionalidad de las sociedades contemporáneas; 5) analizamos la población estudiada en distintos niveles de agregación y desagregación para dar cuenta de procesos globales, así como también poder identificar los efectos esos distintos niveles en las tendencias generales (diseño de una figuración tan compleja como la que nos permitan nuestros datos). En cada uno de estos aspectos profundizaremos con más detalle en el siguiente apartado (III.1).

Ya seleccionadas las dimensiones y ejes considerados en nuestra investigación, enfrentamos la tarea de construir “el ámbito de lo plausible”, en el escenario preciso de transformaciones socio-históricas e institucionales uruguayas de las últimas décadas, que nos permitiera describir las reglas de juego que estos cambios propusieron en la vida de mujeres y varones (como queda reflejado en el capítulo II). En el apartado III.5 retomaremos algunos de estos elementos, para ubicar a nuestra población de estudio en el eje de tiempo histórico y tiempo individual.

La confluencia de ambos caminos –el teórico-metodológico y el socio-histórico e institucional de la coyuntura de la sociedad uruguaya– nos permite alcanzar un cuerpo de hipótesis donde el análisis de los cursos de vida, y sus patrones regulatorios en el tiempo histórico analizado, se constituyen en el ámbito de intersección entre mundos posibles y mundos plausibles (sustrato del cual derivamos nuestras hipótesis de investigación en el apartado III.6).

En resumen, abordamos nuestro objeto de estudio desde una perspectiva que busca recuperar la dimensión institucional de los procesos históricos, para proponer una interpretación contemporánea de las transformaciones demográficas actuales a partir del entendimiento de que los cambios sociales, y los cambios en los cursos de vida, suponen una nueva organización de las reglas del juego. De esta manera, nuestras premisas teóricas metodológicas y las hipótesis que emergen de ellas nos refieren a procesos de re-estructuración y re-institucionalización, resaltando el carácter irreversible de los procesos sociales. Los procesos de transformación siempre actúan sobre sustratos sociales ya existentes –complejos y desiguales– y sobre ellos se erigen las nuevas configuraciones de estructuración de los cursos de vida. Bajo este supuesto, las sociedades y los individuos no pueden regresar a etapas que anteriormente han visitado.

El análisis ha estado guiado por una secuencia de preguntas de investigación específicas que fuimos derivando de aquellas más generales que explicitamos al inicio de esta investigación (ver Introducción) que jugaron en dos tendencias: de medidas simples a medidas sintéticas y de poblaciones agregadas a poblaciones desagregadas. El primer eje dio cuenta de la composición de procesos, transiciones y estatus que involucraba la TVA; y el segundo analizó los diversos niveles de integración (edad, sexo y estrato) de la población analizada. De manera general, podemos decir que trabajamos cada una de las tres fases analíticas anteriormente mencionadas con un grupo de preguntas de investigación.

Así, partimos de un análisis de los estatus simples para luego poder ir agregándolos en una medida sintética (IE). De la misma manera, trabajamos primero con la población de mujeres y varones por edades específicas, pero luego agrupamos las edades para poder hacer más factible el análisis de poblaciones de ambos sexos desagregados por estratos sociales. De esta forma, avanzamos de medidas más globales hacia medidas más parciales que nos permitieron “limpiar” efectos de agregación de la población. De esta forma, organizamos nuestro trabajo en tres fases de aproximación al cambio demográfico en relación a los proceso de cambio social del Uruguay que indagamos en los siguientes capítulos IV, V y VI. Por razones prácticas, al inicio de cada capítulo referimos los aspectos del fenómeno del que pretendemos dar cuenta, las dimensiones analíticas que se integran en esa fase de análisis y presentamos las técnicas que se utilizarán para el mismo; por lo cual no creemos necesario redundar en esa información.

En el capítulo IV se examinan los estatus simples mediante un análisis de la prevalencia, calendario y dispersión para construir un panorama general de lo que se observa para cada uno de ellos en relación con lo que acontece al interior del dominio institucional en el que se procesan. En el capítulo V nos aproximamos a los entrelazamientos de estatus a través del

análisis de heterogeneidad u homogeneidad de combinación de estatus por edades específicas, utilizando el índice de entropía. Abordamos el análisis de los procesos de cambio en la estructuración del curso de vida y su relación con la desigualdad social por estratos en el capítulo VI.

III.1 Elementos que estructuran el análisis

Los elementos que estructuran el análisis son el resultado del encuentro de la pauta teórico-metodológica elegida, los aspectos de la realidad, el objeto que pretendemos estudiar y las características de los datos con los cuáles pudimos trabajar. En este sentido, a través de nuestro diseño de investigación –y una determinada estructuración de nuestro análisis– hemos procurado alcanzar el mejor equilibrio posible entre estos componentes; intentando que las restricciones que imponen las características de los datos disponibles no sometieran nuestra perspectiva analítica.

De esta manera, nuestras premisas teóricas, de re-estructuración y re-institucionalización, son las que guían el diseño de investigación y las que dan sustento a decisiones tales como la forma de construir, organizar y analizar los datos. Así, trabajamos con una variable que nos informa del entrelazamiento de estatus (Bird and Krüeger, 2005) que nosotros haremos observable a través de las proporciones de combinaciones de estatus específicas : combinación de estatus a edades específicas, para hacer observable la heterogeneidad u homogeneidad de los cursos de vida (que nos permite acercarnos a los procesos de estandarización y desestandarización de los que queremos dar cuenta). Asimismo, utilizamos el índice de entropía de combinación de estatus por edades específicas como una medida de esa heterogeneidad u homogeneidad (que incluye múltiples eventos y permite analizar esquemas temporales y varianzas para la medida conjunta).

Igualmente, delineamos el análisis con un cierto sentido: trabajamos la “relajación” de la regulación por edad, a la luz del peso de ciertos cambios institucionales sobre la vida de los individuos y enmarcados en procesos de autoacción temporal. En otras palabras: identificar que una regla se relaja (la edad pierde poder de homogeneizar experiencias entre individuos) supone preguntarse qué otra puede estar imponiéndose (como las características del mundo del trabajo, las desigualdades de género, etc.). La edad como fuente de regulación es un indicador de cuán ajustadas, integradas o conflictivas pueden ser las distintas instituciones de vida, más que un signo de desregulación de los comportamientos sociales y demográficos *per se*. Esto nos conduce a: 1) centrar la mirada en las fuentes competitivas de desigualdad en sociedades complejas, y 2) identificar la configuración y reconfiguración institucional de los cursos de vida a distintas edades.

Como ya lo hemos mencionado en capítulos anteriores, el concepto de transición a la vida adulta es un constructo, y estamos lejos de resolver la pregunta aún abierta sobre la noción de adultez que los individuos pueden tener en una sociedad determinada. En tiempos actuales, podemos tener un acuerdo muy imperfecto del cuándo y cómo exactamente se alcanza el estatus de adulto. Sin embargo, algo que podemos asumir es que tanto en el pasado como en el presente, convertirse en adulto involucra una serie de cambios de estatus que transitan los individuos: desde la dependencia económica de los padres o tutores a una independencia económica de estos

(ya sea mediante dependencia del cónyuge) y desde la participación en la familia de orientación a la creación de una familia de procreación.

Lo que queremos decir es que estos eventos no anuncian universalmente la adultez, pero indudablemente estos nuevos estatus van insertando a los individuos en un “mundo adulto”, alterando sus estructuras de responsabilidades y derechos del individuo, más allá del proceso de maduración personal. Para abordar el estudio de la transición a la vida adulta, se pueden utilizar dos vías de entradas: centrar la atención en las múltiples transiciones involucradas o analizar la adquisición de los estatus a los que esas transiciones los conducen. En otras palabras, podemos estudiar la transición al primer hijo o podemos ver el mismo proceso a través del estatus de madre.

Las características de nuestra fuente de datos nos conducen a elegir la segunda de las vías de abordaje mencionadas; en tanto tenemos datos transversales que no nos informan sobre las edades exactas en las que se experimentaron las transiciones a analizar. De esta forma, podemos construir –con los estatus sociodemográficos de interés- todas las combinaciones posibles y conocer la distribución entre ellos de individuos de distintas edades, sexo y estratos. Así, damos cuenta del complejo proceso de cambio en la estructura de titularidad de derechos y obligaciones que se pone en juego en la transición a la vida adulta.

De esta manera, nos proponemos abordar el pasaje a la vida adulta a través de cinco estatus que se procesan en tres dominios institucionales diferentes (familia, escuela y trabajo): estatus marital, parental, estudiante y trabajador. A estos cuatro, se agrega el estatus de relación con el jefe de hogar (ser hijo del jefe o cónyuge) lo cual nos permitirá conocer si a determinadas edades el individuo reside con su padre y/o madre o ya salió del hogar de la familia originaria. Estamos abordando desde la perspectiva de adquisición de estatus (y con las restricciones impuestas por la fuente de datos) lo que se conoce en términos de transición como: la salida de casa de los padres, salida de la escuela, la entrada en unión, entrada en maternidad y entrada a la fuerza de trabajo.

Trabajar con varios dominios institucionales nos permite analizar los cambios en la transición a la vida adulta –formación social de los individuos– en las distintas dimensiones de vida donde se desarrollan y construyen las individualidades contemporáneas, a la vez que nos permite valorar las diversas instituciones mediadoras de los cambios macro-estructurales.

En capítulos previos hemos referido a la homogeneidad y heterogeneidad de estatus como medios para hacer observables los conceptos de estandarización y desestandarización de los cursos de vida. Por ese motivo, cobra relevancia el concepto de entrelazamiento de estatus como un pilar fundamental de nuestra estrategia analítica, porque nos permite captar con más precisión la estructuración por edad durante la TVA. Resta detallar cómo medir esa heterogeneidad u homogeneidad de los cursos de vida. En este sentido, Billari (2001) y Fussell (2005) han aportado mucho al debate, señalando la necesidad de trabajar con una medida de heterogeneidad que incluya múltiples eventos y que nos permita establecer esquemas temporales y varianzas para la medida conjunta. De otra manera, aumenta el riesgo de trabajar dentro de la falacia de pseudo-secuencias al concatenar medidas de tendencia central –ordenando los eventos por las edades medias o medianas, por ejemplo.

Los “entrelazamientos de estatus” (Bird y Krüeger, 2005) los operacionalizamos a través de la distribución de combinaciones de estatus a edades específicas en grupos poblacionales de interés. Hemos referido de dos maneras (entrelazamiento de estatus y combinaciones de estatus) a algo que puede pensarse como sinónimos pero que en realidad no es esa la relación que

guardan. Al respecto cabe hacer una precisión. Cuando referimos *entrelazamiento de estatus* estamos refiriendo al concepto teórico de Bird and Krüeger (2005) que intenta rescatar lo que ellos mencionan como “el secreto de las transiciones” en cuanto a la sincronización entre transiciones (ver Capítulo I). La distribución de las distintas combinaciones entre nuestros cinco estatus analizados por edades específicas representa en nuestro análisis una medida (el indicador) de los entrelazamientos de estatus. Uno es el concepto y otro el indicador que usamos para medirlo, y los podemos usar indistintamente una vez que tenemos claro que uno es la operacionalización del otro.

De esta manera, los entrelazamientos de estatus son medidos a través de la combinación de estatus con que se presentan para cada edad en los distintos grupos incluidos en el análisis (a veces sólo mujeres y varones y en otros casos desagregado cada una de estas subpoblaciones por estratos). Los niveles de heterogeneidad u homogeneidad de combinaciones de estatus por edades específicas, son trabajados con una medida sintética que nos permite resumir la información de concentración o dispersión que presentan los individuos de distintas edades entre el conjunto de combinaciones posibles de estatus analizados. Esta medida es conocida como el Índice de Entropía para combinaciones de estatus por edades específicas (IE). Las características de esta herramienta técnica, los procedimientos de cálculo y su interpretación son presentados en el capítulo V.

Respecto a los ejes temporales de nuestra investigación, nos interesa realizar algunas precisiones. La mayoría de las investigaciones de curso de vida se han realizado a partir del estudio de los comportamientos individuales de una cohorte de individuos. De esta manera, se sigue a un conjunto de personas que hayan nacido en determinado período (cohorte de nacimiento) o que hayan vivido determinada transición en un momento preciso (cohorte de graduación o de matrimonio, por ejemplo) y se examina cómo su experiencia de cohorte va configurando su curso de vida posterior. Para este tipo de análisis, es necesario recurrir a fuentes de datos de carácter longitudinal; pero en determinados contextos nacionales estas fuentes de datos son escasas, e incluso, inexistentes.

Entonces, a la hora de buscar responder a preguntas sobre los cambios acontecidos en los cursos de vida en estos contextos de investigación, es necesario recurrir a las fuentes de datos disponibles, que en la mayoría de los casos son los censos de población. En este sentido, los censos han sido desde siempre las fuentes de datos básicas para el análisis demográfico con el que cuentan la mayoría de los países. De esta manera, desde la demografía se han desarrollado herramientas para potenciar el uso de la información censal al abordar el análisis de los componentes demográficos. Quizás la más importante de ellas es la cohorte sintética o ficticia, una herramienta analítica que organiza la información de período “como si” fuera una cohorte.

El proceso de construcción de la cohorte ficticia descansa en suponer que si bien los individuos de cada grupo de edad en una fuente de datos transversal son diferentes, los pensemos como de una misma cohorte, a la que se les hace recorrer todas las edades de vida, sometiéndolas en diferentes edades, a las condiciones de mortalidad, fecundidad, nupcialidad (o el fenómeno que nos encontremos estudiando) a las condiciones de dicho fenómeno observadas en las distintas cohortes reales durante un año o varios. En definitiva se traspone la intensidad de un fenómeno de las cohortes que le anteceden. De esta forma, la cohorte sintética se convierte en una herramienta que permite abordar objetos de estudio propios del campo de investigación sobre curso de vida aunque no se cuenten con datos de encuestas longitudinales.

Nos proponemos en esta investigación hacer uso de la cohorte sintética, rescatando así una herramienta analítica clásica de la demografía muy trabajada tanto en sus tablas de vida a distintos eventos como en la tasa global de fecundidad. En el caso preciso de nuestra aplicación del estudio de la heterogeneidad de estatus sociodemográficos a distintas edades la utilización de las cohortes ficticias censales nos restringe muy poco, en tanto la unidad de análisis básica del análisis sobre la que se hacen comparaciones entre períodos son las edades específicas. Sobre esto nos extenderemos cuando abordemos la explicación más detallada de las técnicas a utilizar en cada capítulo de análisis (y podremos ver que los supuestos necesarios para operar con cohortes ficticias no perjudican nuestro análisis, sino que incluso permiten dar cuenta de aspectos del fenómeno que estamos estudiando).

En este sentido, con la cohorte sintética el tiempo está siendo incluido como tiempo histórico; además que lo incluimos también como tiempo individual a través de las edades específicas. Procuramos tener tres mediciones en el tiempo histórico, a través de los tres períodos trabajados con las tres cohortes sintéticas: 1985, 1996 y 2006. Igualmente, integramos el tiempo individual a través de un rango de edades individuales amplio que nos permita captar efectos diferenciales del cambio histórico e institucional a través del tiempo de vida individual: de los 6 a los 45 años de edad.

Respecto al rango de edades elegidas para nuestras observaciones es necesario precisar que la elección de un rango entre 6 y 45 años de edad, deriva de un punto más o menos eficiente para no sesgar nuestras mediciones –si redujéramos el rango de edades a trabajar correríamos el riesgo de introducir un sesgo de medición por el truncamiento en nuestras observaciones. En este sentido, la apertura del rango etario tenía que ser tal que permitiera observar la TVA de las distintas subpoblaciones trabajadas (distintos grupos conformados por sexo-estrato), y a la vez permitir la ocurrencia de cada uno de los cinco estatus (simples) involucrados en la TVA, a modo de poder identificar su calendario. Esto nos permite ir viendo el proceso de adquisición de cada uno de los estatus y su combinación particular en la cohorte sintética, donde partimos de conocer las edades en las que los individuos no habían adquirido ningún estatus en cada cohorte sintética para ir avanzando a la adquisición de dos, tres estatus y así sucesivamente.

Además, para poder valorar en términos relativos cuánta heterogeneidad de estatus supone esa etapa de vida que entendemos por TVA, debemos conocer los niveles de estructuración de los que se parte y a los que se deriva. Si queremos saber si es una etapa con menos estructuración por edad, estamos obligados a conocer la etapa anterior y posterior a la misma para responder si efectivamente hay o no aumento de heterogeneidad de los cursos de vida en ella. Igualmente requerimos trabajar con unos años posteriores a su ocurrencia para valorar los efectos de selección en las transiciones entre los tres períodos trabajados.

Desde un punto de vista teórico-metodológico, creemos fundamental la integración de más ejes de desigualdad para poder valorar las hipótesis de estandarización y desestandarización de los cursos de vida; de otra manera no podremos saber si ambos procesos son o no la expresión de combinaciones de procesos de cambio demográfico y cambios en las estructuras de desigualdad social. Poner a prueba los procesos de estandarización o desestandarización frente a otras fuentes de diferenciación como el estrato social. Si bien las hipótesis teóricas que trabajamos sobre estandarización de los cursos de vida nos remiten a un análisis de poblaciones universales, el desarrollo teórico recorrido nos ha informado de ejes que atraviesan los procesos que son objeto de nuestra investigación: el sexo y los estratos sociales.

En nuestro análisis de la sociedad uruguaya y su régimen de bienestar identificamos que la familia era una fuente importante en la provisión de bienestar de sus miembros, esto se relaciona con la pregunta de cuánto puede llegar a pesar las desigualdades heredadas (como el estrato social) en sus trayectos de vida. En la selección de ejes de desigualdad social tenemos dos fuentes de constricciones que restringen la integración de más capas. La primera, deriva del hecho de trabajar con fuentes de datos secundarias y tener que limitarnos a los elementos que ellas pueden informarnos. La segunda fuente, refiere al principio de parsimonia que nos advierte lo dificultoso que es trabajar con muchos ejes de desagregación de la población que pasan a interactúan con cada una de las edades específicas (39 edades) para los tres períodos de tiempo analizados. Así, cada nuevo eje de desigualdad incluido, multiplica de manera importante nuestros grupos de análisis y supone trabajar con estos dos ejes de desigualdad en 39 grupos de edad para cada sexo y estrato.

En resumen, la estrategia analítica consiste en examinar las experiencias de la población de mujeres y varones (residentes en Montevideo y su área metropolitana) en su tránsito a la adultez en tres dominios institucionales diferentes (la familia, la escuela y el trabajo) y en distintos momentos en el tiempo a través de tres cohortes sintéticas (1985, 1996 y 2006). Igualmente integraremos al contexto socio-histórico común otra dimensión analítica: la desigualdad social a través de la posición de mujeres y varones en la estructura de desigualdades de su tiempo a través de los estratos residenciales. De esta forma, se pueden valorar los distintos efectos que puedan tener las desigualdades en los cursos de vida a edades tempranas; pudiendo comparar la relevancia del sexo y el estrato social como generadores de experiencias diferenciales entre la población a distintas edades.

III.2 Fuentes de datos

Los datos que utilizaremos para nuestra investigación y análisis provienen de dos censos de población realizados en 1985 y 1996 y de la Encuesta de hogares ampliada del 2006. Estos son los únicos dos censos poblacionales en los que hemos podido tener acceso a los microdatos. Además, cabe destacar que son los dos últimos censos de población realizados con los que se cuenta con información. En el año 2004 se realizó solamente un conteo de población (que no nos proveía de la información necesaria para evaluar los estatus de interés) y el último censo acaba de realizarse recién a fines del año 2011 y comienzos del 2012. La Encuesta de hogares ampliada del 2006 tenía una batería de preguntas que nos permitía construir los mismos estatus que trabajamos y nos daba una medición más reciente en el tiempo.

A partir de esta información censal y de la encuesta, se construyen las distintas medidas analíticas para las tres cohortes sintéticas de 1985, 1996 y 2006, contemplando sub-poblaciones por sexo y de estratos sociales para cada caso.

Cabe destacar que el análisis está restringido a la población que reside en Montevideo y su área metropolitana, en cada período. Esta decisión descansa en dos razones. En primer lugar, que Montevideo y su área metropolitana³⁷ (conocida como el Gran Montevideo) representa en

³⁷ A lo largo del período analizado en nuestra investigación Montevideo ha experimentado un proceso de metropolización, perdiendo parte de su población hacia las zonas aledañas. Pero esa emigración hacia los dos

los tres períodos analizados valores que oscilan entre el 50% y el 51% de la población total del país –aproximándose al 60% si consideramos sobre la población urbana del país. En segundo lugar, que la alta tasa de urbanización de la que goza el país (superior al 90%), no nos limita a considerar en nuestro análisis a una población con características urbanas como es la de Montevideo.

La distancia temporal entre las fuentes de datos a trabajar –si bien no es todo lo amplia que hubiéramos deseado-, permite evaluar la estabilidad de lo hallado en 1985, veinte años después. En este sentido, consideramos que son momentos relevantes a evaluar, pues en 1985 se inician dos cambios importantes tanto en materia política como económica del país. Por un lado, en marzo de 1985 inicia la vida democrática después de más de una década de dictadura militar; conjuntamente con un proceso de apertura comercial luego de un modelo de industrialización por sustitución de importaciones hacia 1986. Ya en el año 1996 pueden observarse aspectos derivados de ambos procesos de cambio y en 2006 la consolidación de un modelo y una sociedad post-crisis del 2002.

III.3 De los conceptos a los indicadores

Como lo indicamos anteriormente, la homogeneidad o heterogeneidad de los cursos de vida por edad es medida con el índice de entropía de combinación de estatus, para el cual necesitamos información respecto a los estatus demográficos adquiridos por mujeres y varones en las distintas edades analizadas y que provengan de distintos estratos sociales. De esta manera, tenemos que construir un conjunto de variables: los estatus sociodemográficos que nos den cuenta de que a determinada edad han realizado las transiciones trabajadas, los estratos sociales, el sexo y la edad. A continuación, referimos algunos aspectos de definición de los dos primeros, el sexo y la edad son indicadores que ya aparecen como variables disponibles en las fuentes de datos consultadas.

Trabajamos con cinco estatus sociodemográficos para mujeres y cuatro para varones (la paternidad masculina no se incluye en tanto no se indaga en ninguna de las fuentes de datos trabajadas). Esos estatus serán considerados indicadores *proxy* de cinco o cuatro transiciones según el caso de mujeres o varones, respectivamente. A través de un conjunto de indicadores construimos los estatus que nos darán cuenta de la diversidad de experiencias de las personas de una misma edad, a la vez que nos informan de las transiciones involucradas en la TVA. En el cuadro III.1 podemos observar cuáles son los indicadores *proxy* a través de los cuales construimos la posición de cada individuo en cada edad específica respecto a su estatus, y de qué transición de vida nos estaría dando cuenta cada uno de ellos.

departamentos limítrofes de San José y Canelones fue muy segmentada. Por esta razón consideramos muy importante trabajar nuestra investigación en este período con el Gran Montevideo incluyendo la zona metropolitana que integra las manzanas de aproximadamente a 30 kilómetros de la capital (para ver el detalle de localidades que la comprenden consultar el Cuadro A.III.1 del Anexo para Capítulo III).

CUADRO III. 1
DE LOS ESTATUS A LAS TRANSICIONES

Estatus adquiridos	Indicadores <i>proxy</i>	Transiciones realizadas a edades específicas
Estatus residencial	No reside con ninguno de los padres a través de la relación de parentesco que nos informa si es hijo/a del jefe del hogar o del cónyuge del mismo.	Ha salido de casa de los padres alguna vez
Estatus marital	Se ha unido alguna vez a través de estado conyugal que nos indica si es soltero o no.	Ha entrado en unión por lo menos una vez
Estatus parental	Ha tenido al menos un hijo a través del número de hijos.	Ya es madre
Estatus estudiantil	No se encuentra estudiando.	Ha salido de la escuela alguna vez
Estatus laboral	Se encuentra trabajando o no trabajó porque estaba desocupado.	Ha entrado a trabajar alguna vez

FUENTE: elaboración propia.

El proceso de operacionalización específico que indica las preguntas de cada fuente de datos que nos provee de los indicadores proxy, está presentado en detalle en el Anexo del Capítulo III. Asimismo, es importante señalar que en el proceso de construcción de los estatus como variables dicotómicas (haber alcanzado o no el estatus a cada edad específica), hemos intentado tomar en cuenta la irreversibilidad de estas transiciones, aunque solo lo conseguimos para el caso del estatus marital y parental. Por ejemplo: uno puede casarse y luego divorciarse, pero siempre habrá estado unido al menos una vez. Respecto a los otros tres estatus que no pudimos conferirles irreversibilidad, perdemos algunos elementos de precisión a la hora de interpretarlos como la edad específica en que se haya realizado la transición aludida por ese estatus y debemos interpretarlo como la edad en la que ya habría realizado la transición, aunque no sabemos cuánto antes. Estos inconvenientes no afectan la medida de entropía por edades específicas de las cohortes sintéticas (profundizaremos en este aspecto en el capítulo V).

Respecto al estatus de trabajador, al momento de construir la variable decidimos codificar como trabajador a aquellas mujeres y varones que respondían que se encontraban trabajando o no lo estaban haciendo por estar desempleados, pero que habían trabajado alguna vez. Es decir, que no cuentan como trabajadores a cada edad específica aquellas personas que se identifican como desempleados pero nunca han trabajado antes (no habiendo realizado la transición al trabajo de la que queremos dar cuenta). Si la persona responde que no trabaja –y no se identifica como desempleada en esa edad– aunque antes haya trabajado, en su estatus a la edad específica analizada aparece como no trabajadora. Esto nos permite mantener en las edades específicas, una

medida de la inestabilidad de los individuos en el mercado de trabajo con sus consecuentes entradas y salidas, a la vez que no dejamos que las variaciones del desempleo en los períodos de tiempo analizados afecten nuestra media de transición al trabajo.

Igualmente, el estatus de trabajador es referido a una batería de preguntas que se realiza a partir de que la población alcanza determinada edad, estando sesgada en ese sentido por normativas legales. En el caso de Uruguay se indaga sobre la situación laboral de todas las personas mayores de 11 años de edad, por lo tanto, para todos los menores de 12 años que no se les preguntó al respecto, se asume que no trabajan.

Respecto al estatus de estudiante, enfrentamos también algunas dificultades con las entradas y salidas del sistema educativo que pueden tener los individuos a lo largo de sus vidas. El estatus de estudiante nos refiere a su condición con respecto a la semana de referencia utilizada por el reactivo, pero no tenemos forma de saber si tuvo salidas anteriores. Cuando lo trabajamos como estatus que aporta o no heterogeneidad a una edad específica y se combina con los otros estatus analizados en ciertas configuraciones específicas, este indicador no presenta inconvenientes. Pero se torna un indicador un poco más débil cuando lo leemos como edad específica de salida de la escuela, dado que el individuo puede haber salido antes y debemos interpretarlo como que ha salido de la escuela al menos una vez a esa edad.

Lo mismo sucede con el estatus residencial, que nos informa de la diversidad de situaciones residenciales que pueden tener las personas de una misma edad, pero se debilita como indicador de salida de la casa de los padres ya que no es una transición irreversible en el tiempo. Al igual que con los otros estatus, debemos interpretarlo como que ha salido de la casa de los padres al menos una vez a esa edad.

De todas formas, observar efectivamente cómo se comportan estos indicadores en la población, nos permite pensar que están próximos a representar la transición pese a nuestras salvedades, ya que es poco frecuente el regreso a los estudios una vez abandonados y el regreso a la casa de los padres una vez realizada la salida (al menos en calidad de hijo del jefe o conyugue del jefe).

En el proceso de construcción de estratos sociales que nos reporten las posiciones de los individuos en la estructura de distribución desigual de bienes, recursos y oportunidades, enfrentamos algunas limitaciones, dadas las características de la fuente de datos. Estas dificultades implicaron tomar un conjunto de decisiones que se explicitan a continuación.

Teniendo en cuenta los objetivos de nuestra investigación, hubiera sido mejor medir la posición en la estructura de desigualdad de los individuos con indicadores de origen, dado que son atributos que no cambian con el paso del tiempo. Sin embargo, solo contamos con cierta información de los individuos y sus hogares a distintas edades. Así, la carencia de datos respecto a la estructura de desigualdad (como educación de los padres, por ejemplo) sumando a que la información varía en simultáneo con la edad de los mismos individuos, dificultan la posibilidad de salvar la condición de endogeneidad que nos imponían algunos datos.

De esta manera, identificamos dos opciones. Una primera alternativa, suponía asignar al individuo un estrato a través de distintas características de su hogar, vivienda y familia (aspectos que dieran cuenta del nivel socioeconómico: características de la vivienda, equipamiento y educación de sus miembros) u optar por una medida de corte ecológica que diera cuenta de sus espacios de socialización respecto a niveles socioeconómicos y clima educativo; más allá de las características estrictas del hogar de ego. Esta primera opción nos enfrentaba a ciertos niveles de

endogeneidad, pues los comportamientos demográficos analizados son expresión (en un juego de causas y efectos) de las características del hogar y ocupaciones de sus miembros.

La segunda opción, implicaba identificar aspectos de la posición social de los individuos dada su posición geográfica actual, construyendo estratos residenciales. Con este camino, al construir una medida ecológica de estratificación, corríamos el riesgo de asignar un individuo a un estrato que no resultara coincidente con las características personales, de su hogar y familia. De todas maneras, si bien el individuo y su hogar pueden no representar el estrato residencial asignado, eso no quita que esté expuesto a los espacios de vida -geográficos y sociales- que esa residencia les permite habitar.

Por esta última razón, decidimos trabajar los indicadores de desigualdad social a través de la construcción de estratos sociales residenciales, entendiendo que la endogeneidad resultante de la primera opción imponía mayores limitaciones en la interpretación de nuestros resultados. Además, desde esta perspectiva estamos amparados en investigaciones recientes que nos indican procesos de segregación residencial en la ciudad de Montevideo como parte del proceso de cambios estructurales y la emergencia de nuevas expresiones de la desigualdad social (Katzman, 1999). El área geográfica de residencia de una persona se convierte cada vez más en un indicador de accesos diferenciados a bienes y servicios, condiciones de vida y espacios de socialización. Por otra parte, la construcción de la subjetividad de los adolescentes y los jóvenes incluye rasgos identitarios y culturales que también están anclados a los espacios socio-territoriales que habitan.

En el apartado dedicado al estrato residencial del Anexo del Capítulo III, detallamos las variables incluidas, las unidades geográficas de base (zonas) donde agrupamos los indicadores para luego extraer los factores, las salidas del análisis factorial y la composición por barrio de los estratos para 1985 y 2006.

III.4 Tiempo histórico y tiempo individual

El desarrollo realizado en el capítulo II nos ha mostrado una relación particular entre mercado y sociedad en Uruguay; si bien el proceso de apertura comercial y cambio de modelo económico no fue de la mano de un desmantelamiento del estado de bienestar en el paradigma privatizador – como otros países de la región, la imposibilidad del modelo para generar trabajo y crecimiento económico sostenido fue socavando durante décadas al estado de bienestar y su sustentabilidad. Como consecuencia de ello se observa una lenta y gradual pérdida de calidad de los servicios que presta el Estado uruguayo en estas últimas décadas; proceso que a su vez adquiere matices de segmentación que no permiten promover vías de movilidad ascendente a través del aumento de oportunidades frente a las condiciones heredadas. Hay una superposición de ensayos de política económica y modelos de acción estatal, que terminan siempre por reforzar –por vías formales, por la vía de hechos, o por la vía de las consecuencias no deseadas de las políticas- el rol que la familia debe desempeñar en el desarrollo de los individuos, las mismas familias que a su vez han sido fuertemente golpeadas en la capacidad de acumulación que genera el modelo.

Nos interesa conectar entonces la población de mujeres y varones que vamos a trabajar en nuestra investigación con estos cambios de las últimas décadas. Trabajamos con fuentes de datos de tres períodos (1985, 1996 y 2006) en un rango de edades de 6 a 45 años para cada caso. De

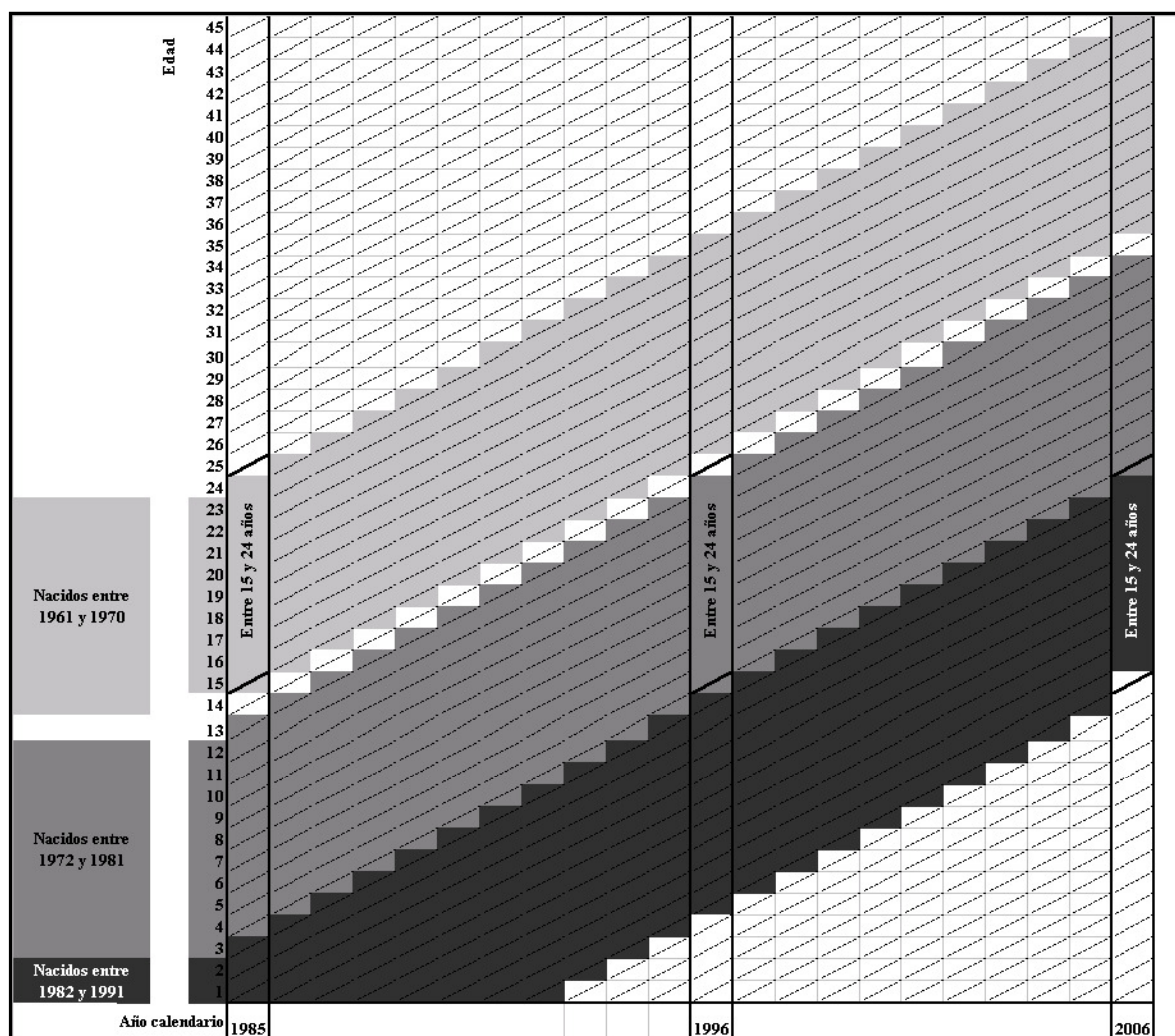
esta manera, podemos ver la heterogeneidad u homogeneidad por edad para los tres períodos, así como también observar distintas cohortes de jóvenes en su transición a la vida adulta en tres períodos de tiempo.

Con el propósito de representar quienes serían esos jóvenes para cada período hemos realizado un diagrama de Lexis (ver Figura III.1) donde localizamos a la población entre 15 y 24 años con una cohorte de nacimiento. Los individuos entre 15 y 24 años que estamos observando en el censo de 1985 nacieron en la década de los sesenta (1961 a 1970), para el censo de 1996 nacieron en la década de los setenta (1972 y 1981) y los del 2006 nacieron en la década de los ochenta (1982 y 1991). Los rangos de edades pueden resultar un poco arbitrarios, pero creemos que abarcan las edades de la salida de los niveles de educación media –que es la obligatoria en el país- y que nos da un margen de diez años.

De todas maneras, nuestro análisis no va a estar acotado a estas edades sino a las 39 edades que podemos observar en cada período. Esto es solo un ejercicio de localización de edades cronológicas con años calendario, que nos permite identificar con mayor claridad en cada período quiénes son los que estaríamos observando en términos de experiencias históricas. En el diagrama de Lexis (Figura III.1) presentamos el rango completo de las 39 edades, pero referimos a tres cohortes de nacimientos que serían los que tienen entre 15 y 24 años en cada período –adolescentes y jóvenes- y los podemos ver fluir a lo largo del tiempo, a manera de relacionar las edades cronológicas de la población que estamos estudiando en los tres años calendario.

Recordemos que no son fuentes longitudinales y por lo tanto tendremos sesgos de migración, mortalidad y muestrales –para el caso de la encuesta del 2006- que no nos permiten decir que los que observamos a los 15 años sean exactamente los que tienen 11 años más en 1996, y así sucede con todas las edades. Recordemos también, que nuestro objetivo es relacionar períodos calendario con etapas de vida: los que vivieron su niñez en 1985 serán los jóvenes de 1996, por ejemplo. De igual manera, este esquema nos permite representar de manera gráfica que los que tienen entre 30 y 45 años en el 2006 habrían vivido su adolescencia y juventud en 1985. En resumen, nos permite reconocer que los cambios históricos e institucionales han impactado la vida de la población de 6 a 45 años analizada en cada período en etapas muy distintas de sus vidas.

FIGURA III.1
DIAGRAMA DE LEXIS
UBICACIÓN DE LAS TRES COHORTES JUVENILES EN LOS TRES PERÍODOS ANALIZADOS (1985, 1996 Y 2006)



FUENTE: elaboración propia.

III.5 Hipótesis de trabajo

Fuimos trabajando elementos teóricos y contextuales –históricos e institucionales- que nos han proporcionado un material muy importante para abordar nuestra investigación respecto a cambios en la estructuración en etapas tempranas del curso de vida. En este sentido, alcanzamos un primer recorte de hipótesis a lo estructuralmente posible, quedando por fuera dos escenarios opuestos que operan como casos extremos, como contraejemplos basales sobre los cuales dimensionar procesos de estructuración y desestructuración por edad.

Uno de ellos sería la de *desestructuración total y “democrática” del curso de vida por edad*; refiere a un proceso de cambio que arrastraría a todos los individuos sin distinguir ejes de desigualdad o privilegio, y que permitiría que las poblaciones realizaran sus transiciones sociodemográficas a cualquier edad. Dado todo lo que conocemos del funcionamiento social y las formas de organizar las vidas individuales, esta situación emerge claramente como imposible. Pero de todas maneras, constituye un escenario hipotético que nos obliga y permite imaginar lo que sería una sociedad en donde su población careciera por completo de estructuración por edad de sus cursos de vida.

Lo opuesto sería pensar procesos de *estructuración total por edad* donde todos hacen exactamente lo mismo en el mismo momento de sus vidas. Esta hipótesis nos señala un escenario también poco posible, de una regulación social tal que convertiría los cursos de vida en un mecanismo perfecto de reproducción social, cada generación sería idéntica a la otra y sin procesos de diferenciación intra-cohorte (perderíamos entre otras la idea de agencia, principio constitutivo de la perspectiva del curso de vida). Pero, como ya lo mencionábamos, los cursos de vida se tornan de interés sociológico al constatar que en ellos se involucran fuentes de regulación como procesos de contingencia y diferenciación en el transcurso del proceso de individualización; que nos permita ver, a través de los cursos de vida, cómo los individuos y la sociedad se constituyen en su transcurso.

De esta forma, las hipótesis deben contemplar el complejo juego de la relación entre diferentes fuentes de regulación e individualización, que nos posiciona en escenarios cambiantes de institucionalización y estandarización de los cursos de vida, con regulaciones, desregulaciones y ejes de regulaciones en competencia. Así, partiendo de escenarios extremos –de estructuración total y desestructuración total por edad– avanzamos hacia unos más parciales y complejos, apoyándonos en los antecedentes teóricos y contextuales antes explicitados para poder encontrar lo plausible en nuestra población de estudio.

Para trabajar con las hipótesis en el escenario de lo plausible, incluimos ejes relacionados con las fuentes de regulación y sus interacciones y competencias –edad, sexo y estrato social– y las fuentes de heterogeneidad de los cursos de vida resultantes de los cambios históricos y sus efectos sobre los mercados de trabajo, regímenes de bienestar y el papel que se le otorga a la familia.

Creemos que del escenario de cambios en Uruguay podemos alcanzar distintas hipótesis respecto a procesos de estructuración del curso de vida y cambios regulatorios a su interior. En este sentido, cambios en el mundo del trabajo, en el Estado y familia como fuentes de provisión de bienestar, tendría efectos importantes en las formas de organizar las vidas individuales en la transición a la vida adulta. Dado los cambios sociales descritos en el capítulo II, creemos oportuno considerar hipótesis que pongan en juego la sincronización de las transiciones individuales en relación al tiempo familiar en un tiempo histórico, donde la relación entre sociedad y mercado se fue alterando por una pérdida de capacidad del Estado uruguayo de proveer bienestar y su economía de generar buenos empleos. Las familias deben hacer más por sus miembros, pero también exigen más. En este sentido, el tiempo familiar y las necesidades familiares afectan las formas y tiempos en que los individuos podrán ir afrontando las múltiples transiciones a la vida adulta.

¿Cómo cumplir con calendarios sociales sin desatender las presiones familiares que han ido en aumento? Pensamos entonces que existe una tensión entre necesidades familiares y calendarios en el marco de los procesos recesivos que las familias han tenido que afrontar, que

podrían expresarse en retrasos de la salida de la casa de los padres, pudiendo también promover de esta manera una entrada a trabajar en simultáneo con la permanencia en el sistema educativo. Esto permite observar la característica dual de las estructuras sociales en las sociedades complejas: arreglos institucionales que constriñen algunos comportamientos y habilitan en simultáneo la emergencia de otros. Así, se puede desembocar en dos procesos: una salida más temprana del estudio o una combinación de ambos estatus –trabajador y estudiante. Estudiar y vivir con los padres sin trabajar pasa a ser un escenario plausible para algunos pocos en estas últimas décadas de la realidad socio-económica nacional. Creemos que estos procesos pueden observarse en los adolescentes y jóvenes a partir de 1996, haciéndose notar los cambios en la estructura de constricciones y posibilidades que se habían producido.

Podemos reflexionar el caso uruguayo como un escenario en el cual las necesidades familiares y los calendarios sociales entrarían en conflicto sin reforzarse mutuamente. La salida de un miembro del hogar puede significar la pérdida de un perceptor, y esto habilita el retraso de esta transición. Se torna muy difícil para un joven uruguayo contemporáneo que deba aportar dinero a su hogar, o trabajar para pagar sus estudios, poder a la vez establecer un ahorro para una futura emancipación del hogar de origen. Recordemos que no hay políticas uruguayas de vivienda focalizadas en este grupo de edad que le permitan amortiguar el impacto. Como ya lo veíamos, la mayoría de los jóvenes que viven sin sus padres acceden a la vivienda rentando y entrando a un mercado de alquileres liberado. Esto nos lleva a pensar que la salida de la casa de los padres puede ser uno de los estatus que aporten heterogeneidad a los cursos de vida, mientras se van realizando otras en lo referente a la escuela y el trabajo relegando aún la emancipación residencial del hogar de origen.

Todos estos cambios pueden ser fuentes de heterogeneidad social –refiriéndonos a heterogeneidad de estatus sociodemográficos por edad– que creemos puede ir en aumento en el transcurso del tiempo analizado, con procesos diferenciales por sexo y estrato. Como resumen de lo anterior explicitaremos las siguientes hipótesis generales y específicas que están planteadas en dos ejes: estructuración e institucionalización, pero ambos son dos caras del mismo proceso: podemos verlos por el lado de ejes de desigualdad como edad, sexo y estrato, o también por el lado de fuentes institucionales de estructuración (escuela, familia y trabajo).

H1: *Re-estructuración del curso de vida en el tiempo analizado.* Esto supone que se modifican en el tiempo analizado las edades y etapas de la vida, frente a lo cual podemos encontrar mayores niveles de estructuración por edad (homogeneidad). Los cambios sociales habrían impactado en los procesos regulatorios del curso de vida temprano, promoviendo una nueva cronologización de la estructuración por edad en la población estudiada (relocalización de la homogeneidad y heterogeneidad de combinación de estatus en los cursos de vida tempranos).

- 1.1 En el tiempo histórico analizado pensamos encontrar un incremento en la desestandarización de la TVA.** Esto puede observarse a través de dos tendencias:
- a) un aumento del rango de edades en las que se produce esta transición múltiple;
 - b) un aumento de la heterogeneidad de estatus sociodemográficos por edad – aumentan las combinaciones posibles entre las transiciones involucradas en la TVA a mismas edades.

1.2 En relación al cambio social y demográfico creemos que éste último se hará más evidente para aquellos que son adolescentes y jóvenes en 1996. De esta manera pensamos encontrar un efecto cohorte en la medición de 1996, afectando los patrones de estructuración por edad de los que harían la TVA a partir de este período; cambiando los patrones de curso de vida de sucesivas cohortes. A partir de la cohorte (de nacimiento) de quienes son adolescentes y jóvenes en 1996 podemos identificar que las transiciones traerían consigo efectos de selección.

1.3 La desestandarización que podemos encontrar en la población de mujeres y varones puede ser expresión del aumento de la desigualdad social. En este sentido, debemos precisar que un aumento de la heterogeneidad de estados a distintas edades nos puede expresar distintos escenarios que nos interesa contemplar en nuestro esquema analítico: **a)** que hubo desestandarización en el tiempo en todos los estratos sociales para la sub-población de mujeres y la de varones; **b)** hay comportamientos homogéneos al interior de cada estrato –en las subpoblaciones de varones y mujeres– y comportamientos heterogéneos entre estratos de cada sub-población; **c)** suceden en parte los dos anteriores, con movimientos hacia la desestandarización al interior de cada estrato, pero a su vez aumenta la desigualdad entre los tipos de comportamientos entre estratos sociales; **d)** hay tendencias divergentes respecto la estructuración por edad, pudiendo aumentar, mantenerse constante o incrementarse la heterogeneidad según el estrato –los aportes de cada estrato al cambio global en la heterogeneidad en cada edad específica pueden tener sentidos y magnitudes diferentes.

1.4 Esto nos refiere a que los cambios en los niveles de homogeneidad o heterogeneidad de estatus por edades, debemos referirlos también a otros ejes de regulación social –como el sexo y el estrato– que actuarían competitivamente con la edad, pudiendo identificar un patrón por edad de los distintos ejes regulatorios. Así, estos ejes de regulación pueden igualar o diferenciar experiencias que dan por resultado un determinado patrón de estructuración del curso de vida como figuración compleja y cambiante. De esta manera, podemos pensar que las distintas experiencias entre mujeres y varones pueden estar mediadas por el estrato social; o que el sexo medie las experiencias de cada estrato social.

H2: Re-institucionalización del curso de vida temprano. Esto supone que hay un cambio de las fuentes institucionales que estructuran el curso de vida a distintas edades. Algunas instituciones pueden dejar de ser reguladoras de la vida de los individuos a ciertas edades pudiendo encontrar des-institucionalización, pero debemos estar atentos a la emergencia de otras instituciones que pueden jugar ese papel con mayor o menor fuerza que la anterior.

2.1 En este sentido, podemos expresar a modo de hipótesis las fuentes institucionales de heterogeneidad.

2.1.1 El incremento en la flexibilización del mercado de trabajo debería llevar a un aumento de la heterogeneidad de experiencias (en el

calendario de las transiciones y en los estados experimentados) y a una discontinuidad creciente en las trayectorias laborales (movilidad entre desempleo y trabajo a lo largo del tiempo de vida individual, sobre todo en mujeres).

2.1.2 La necesidad de invertir más años de vida en la educación, puede suponer un proceso de de-diferenciación representando un aumento de la heterogeneidad de combinación de estatus –con superposición de tiempos individuales de estudio y trabajo-. Asimismo, esto será muy diferente por sexo y estrato manifestándose como un incremento de la heterogeneidad, ya que la prolongación de la vida educativa a niveles de bachilleratos y universidad son procesos de expansión segmentada. Lo que hace más relevante indagar en la composición por estrato de los cambios en la heterogeneidad por estatus a nivel de la sub-población de mujeres y varones (que quedó expresado en la hipótesis 1.3).

2.1.3 Al no existir un programa de becas por estudio significativas ni albergues educativos que habiliten una emancipación residencial sin la formación de nuevas familias o uniones, se reduce la posibilidad de heterogeneidad residencial. Y por lo tanto, es menos probable encontrar jóvenes que salen de casa de sus padres sin haber entrado en unión.

2.1.4 La falta de políticas de vivienda hace que la salida de casa de los padres se dilate lo máximo posible, porque es una erogación muy alta para la población joven.

2.1.5 La falta de mecanismos institucionales formales para el cuidado de los niños, creemos que puede representar un eje de tensión entre el mundo del trabajo y la maternidad para las mujeres, representando un aumento de la heterogeneidad en mujeres. Mujeres de distintos estratos estarían lidiando con esa tensión por dos vías: por su participación en la fuerza laboral y por el calendario a la maternidad. De esta manera pueden tornarse en estatus más excluyentes: a) se tiene hijos a edades más tempranas –debiendo dedicar mucho tiempo de vida a cuidarlos– con tasas más bajas de participación en el mercado laboral; b) se posterga la maternidad con tasas más altas de participación laboral.

2.2 La expansión de la educación y la dificultad en el acceso y permanencia en el mercado de trabajo habilitan la posposición de las transiciones familiares. En este contexto, posponer la emancipación residencial y la formación familiar puede resultar una experiencia más plausible y extendida en el tiempo analizado. Muchas transiciones involucradas en la TVA se pueden ir realizando dentro de la familia de origen. En un escenario de autorregulación más intensa –autocoacción- se postergan algunas transiciones (las familiares) para poder cumplir con otras como las educativas y laborales.

2.3 Esa re-institucionalización puede variar por sexo y por estrato social. Las personas atraviesan el proceso de individualización social en el marco de una

proceso de regulación y de autoacciones mediadas por su posición en el complejo edificio social.

- 2.3.1** Las políticas sociales que no logran estar al día con la complejidad social nacional pueden generar un vacío a partir de los 15 años aproximadamente, momento en el cual muchas personas salen de la educación media secundaria sin estar aún incorporadas en arreglos institucionales que hagan de puente de acceso y apoyo social para las otras transiciones como la entrada a trabajar y formación familiar, volviéndolo un hiato de tiempo social e individual. Por consiguiente, se exige a las familias de origen que cubran este vacío, que muchas veces carecen de recursos y habilidades para ayudar a las personas jóvenes a lidiar con la compleja transición a la adultez. Esto nos habla de desigualdad de trayectorias para alcanzar la TVA. De esta manera, el proceso de regulación de los varones podemos suponerlo diferente al de las mujeres; y así mujeres y varones de diferentes estratos que deben resolver coyunturas diferentes en sus procesos de TVA, generando distintos calendarios y niveles de heterogeneidad. Entre 1985 y 2006 estas diferencias pueden incrementarse, tanto en sus brechas por sexo como por estrato social.

Capítulo IV.

Una aproximación a los estatus sociodemográficos

Prevalencia, calendario y dispersión

En esta fase de nuestro análisis nos interesa atender un conjunto de preguntas esenciales en el estudio de la transición a la vida adulta: ¿a qué edad inicia el proceso de adquisiciones de los distintos estatus sociodemográficos que identificamos relevantes en la transición a la vida adulta?, ¿cuánto tiempo insume a una cohorte que experimenta la transición a la vida adulta adquirir cada uno de los estatus sociodemográficos involucrados en el proceso?, ¿qué proporción de la población efectivamente alcanza dichos estatus sociodemográficos? y ¿cuándo lo hacen? En otras palabras, ¿cuál es la prevalencia y el calendario de adquisición de estos estatus sociodemográficos en las tres cohortes sintéticas con las que trabajamos?

En este sentido, en el siguiente análisis nos dedicaremos al examen de los cinco estatus sociodemográficos en forma particular, como estatus simples. Esto nos permitirá construir un panorama general de lo que sucede para cada uno de ellos y poder relacionarlo con lo que ha acontecido al interior del dominio institucional en el que se procesan. Para lo cual, primero realizamos un análisis de las prevalencias de cada estatus a edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres y varones de las tres cohortes sintéticas (1985, 1996 y 2006); siendo el insumo básico del análisis que desarrollaremos (Ver ANEXO para Capítulo A. IV, Cuadro A.IV.1, Cuadro A.IV.2 y Cuadro A.IV.3). Nuestro análisis descansa en la propuesta analítica de Modell et al. (1976), que ha sido retomada por Fussell (2005), para el estudio de estatus sociodemográficos a partir de información censal; mediante la cual construyen un conjunto de medidas que permiten examinar la prevalencia, el calendario y la dispersión de los estatus en el tiempo de vida analizado de las cohortes sintéticas. Para el caso de nuestro análisis, partiendo de las prevalencias de estatus por edades específicas, calculamos una serie de medidas resúmenes que nos permiten aprehender la experiencia de nuestras poblaciones con relación a cada estatus de interés: prevalencia a determinada edad de interés, edades a los deciles como indicador de calendarios y el rango central del 60% como medida de dispersión.

El estudio de la prevalencia del estatus lo realizamos a través de la proporción de individuos que adquirieron el estatus en cuestión a los 45 años de edad. De esta manera podemos encontrar que algunos estatus pueden ser raros o exclusivos de una proporción pequeña de la población mientras otros ser casi universales.

El estudio de calendario referirá a puntos típicos en el curso de vida en el cual ocurren las adquisiciones de estatus analizados. Como medidas de calendario hemos calculado las edades a las que el 20 %, 50% y 80% de mujeres y varones de cada cohorte sintética ya han adquirido los estatus analizados. De esta manera, el calendario puede ser caracterizado como temprano o tardío en función del comportamiento de estos deciles en los individuos de una cohorte.

El examen de la dispersión en el calendario de ciertos estatus lo realizaremos a través del estudio de rangos de dispersión, para este caso elegimos el rango central del 60%. Este rango nos permite conocer el número de años que le insume a una población adquirir el estatus analizado, desde solo el 20% hasta el 80% de la misma. El proceso de adquisición de estatus para una cohorte puede ser lento y prolongado, o por el contrario, un proceso breve. Rangos mayores indican que la cohorte adquiere el estatus a edades más dispersas, insumiéndole más tiempo que

una gran proporción de ella lo alcance. Rangos menores suponen ritmos de entrada al estatus breves. Igualmente, al observar la Cuadro A.IV.1, Cuadro A.IV.2 y Cuadro A.IV.3 del ANEXO podemos ver la proporción a cada una de las edades específicas, lo que nos permite conocer el ritmo de adquisición de cada estatus por cohorte sintética en forma mucho más detallada; pero, a efectos del análisis y presentación, creemos que resulta más ilustrativo trabajar con las medidas resumen seleccionadas.

Todo el análisis anteriormente detallado (prevalencia, calendario y dispersión para cada estatus) tienen los ejes analíticos ya expuestos en el capítulo III: se realizará para mujeres y varones de las tres cohortes sintéticas; lo cual será presentado en una primera instancia. En una segunda instancia, presentaremos los resultados de la prevalencia, el calendario y la dispersión por edad de los cinco estatus integrando al análisis de desigualdad por sexo en el tiempo. De esta manera, nos proponemos abordar la desigualdad intra-cohorte sintética para conocer aquellos procesos de continuidad o cambio en la entrada en los estatus involucrados en la TVA que suceden en función de los estratos sociales en los distintos dominios institucionales analizados.

Aunque nuestro estudio está abocado a la población residente en Montevideo y su área metropolitana, y nuestros objetivos de investigación no son el estudio de los procesos de estructuración y desestructuración por edad del curso de vida en la región latinoamericana, a la hora de analizar los indicadores para Uruguay nos encontramos con la necesidad de contar con puntos de comparación; como un modo de dimensionar las medidas de los procesos de cambio y de estabilidad encontrados. Al momento de hacer este análisis no contamos con estudios que arrojaran estos indicadores o similares para el conjunto de estatus demográficos trabajados en un grupo de poblaciones urbanas de la región, por lo cual nos dimos a la tarea de realizarlo de igual manera que para el caso de Uruguay, pero ahora con censos de distintos países de América Latina. Para eso contamos con la base de microdatos censales que ha trabajado el Centro de Población de la Universidad de Minnesota: IPUMS (Integrated Public Use Microdata Series International).³⁸ Seleccionamos cinco poblaciones urbanas de ciudades capitales en fechas censales similares a las trabajadas para el caso de Uruguay. Haremos uso de esta información comparativa de América Latina para la primera fase de análisis donde aún no se descompone la población de mujeres y varones entre estratos residenciales. De esta manera, a los efectos de un análisis descriptivo para las prevalencias a los 45 años de cada estatus solo trabajaremos con las dos medidas extremas en el tiempo (la más antigua y la más reciente); y para el análisis de calendario y dispersión tomaremos las tres medidas en el tiempo para alcanzar una tendencia de los procesos de cambio³⁹. Presentaremos entonces la descripción de prevalencias, calendarios y dispersión de cada estatus para el caso de Montevideo y su área metropolitana, y luego en un intento de resumir hallazgos y tendencias en el tiempo haremos referencia del proceso observado para nuestra población en relación a las otras de la región; lo que nos posibilita enmarcarlo en

³⁸ Minnesota Population Center. *Integrated Public Use Microdata Series, International: Version 6.1* [Machine-readable database]. Minneapolis: University of Minnesota, 2011. IPUMS-International es un proyecto dedicado a recolectar y distribuir censos de todo el mundo a modo de preservar esa información y documentación, armonizar y homologar los microdatos a modo de establecer parámetros de comparación posibles y distribuirlos para libre uso con fines de investigación.

³⁹ San José de Costa Rica: mujeres y varones de 6 a 45 años para 1973, 1984 y 2000. Buenos Aires – Argentina: mujeres y varones de 6 a 45 años para 1970, 1980 y 2001. Bogotá – Colombia: mujeres y varones de 6 a 45 años para 1985, 1993 y 2005. Distrito Federal – México: mujeres y varones de 6 a 45 años para 1970, 1990 y 2000. La Paz – Bolivia: mujeres y varones de 6 a 45 años para 1976, 1992 y 2001. Montevideo – Uruguay: mujeres y varones de 6 a 45 años para 1985, 1996 y 2006.

procesos que identificaremos para cada caso como más o menos particulares de la región. Si bien no nos interesa trabajar aquí con hipótesis de convergencia o divergencia de proceso a escala global en países de la región, nos importa valorar el contexto regional para dimensionar los procesos demográficos nacionales en clave de excepción: ¿sigue siendo la población uruguaya un caso de excepción en la demografía regional? Finalmente, analizaremos los resultados descriptivos para mujeres y varones de tres estratos sociales diferentes para la población analizada en 1985 y 2006.

Si bien las hipótesis de desestandarización del curso de vida en etapas de la transición a la vida adulta la abordaremos desde medidas sintéticas que integren las múltiples transiciones involucradas, cabe en esta oportunidad valorar procesos de este tipo para las transiciones simples. En definitiva, ¿qué tendría que suceder con la prevalencia, calendario y dispersión para poder identificar desestandarización en cada estatus? De esta forma, tomamos como referencia el esquema de operacionalización de la hipótesis de desestandarización que aplican Brückner y Mayer (2005) y creemos que para poder hablar de desestandarización de ciertos estatus debemos observar dos procesos a la vez y con cierta perdurabilidad en el tiempo: a) que la prevalencia de ciertos estatus hayan disminuido en el tiempo, es decir una pérdida de la incidencia de esos eventos en la vida de las personas, y b) que las varianzas de ciertas duraciones hayan aumentado en el tiempo, es decir, que ocurran en una población en tiempos más difusos y dispersos. Asimismo, si el proceso de desestandarización es tal debería imponerse sobre las desigualdades sociales. De esta manera, tenemos la oportunidad de trabajar la fuerza universalizadora del proceso de desestandarización frente a otros procesos más parciales, donde sólo podamos identificar las tendencias a) y b) antes mencionadas en ciertos estatus y para ciertas subpoblaciones, cayendo así por definición el sustrato de condición universal del proceso de desestandarización. En este sentido, cobran relevancia hipótesis de desigualdad por dominios, sexo y estratos sociales.

IV.1 Prevalencia, calendario y dispersión de los estatus en el tiempo

En esta fase presentaremos los resultados y los análisis pertinentes por estatus haciendo referencia a lo presentado en los cuadros IV.1 al IV.6 y las figuras IV.1 a la IV.3 donde están los gráficos de barra para las prevalencias a los 45 años⁴⁰. La figura IV.4, IV.5, IV.6 y IV.7 contienen gráficos (con la información de calendario y dispersión) que deben interpretarse de la siguiente manera: las barras indican para cada estatus la extensión en años del rango central del 60 % (del decil 2 al 8); el extremo izquierdo de estas barras representa la edad al decil 2 y el extremo derecho la edad al decil 8. Asimismo, los puntos destacados dentro de cada barra indican la edad mediana (decil 5). Si bien las figuras representan a modo gráfico la misma información contenida en los cuadros, tienen como objetivo arrojar esquemas gráficos y visuales de lo acontecido en el tiempo con el calendario y la dispersión de los cinco estatus trabajados en mujeres y varones.

A continuación analizaremos todos los indicadores para cada uno de los estatus sociodemográficos para mujeres y varones residentes en Montevideo y su área metropolitana,

⁴⁰ Las figuras IV.1 a la IV.7 se encuentran al final de ítem IV.1. por razones de organización del texto.

para poder luego verlos a la luz de lo acontecido en otras poblaciones urbanas de la región. Cabe hacer algunas aclaraciones para comprender las gráficas comparativas con otras poblaciones urbanas de la región. Si bien tenemos tres mediciones en el tiempo para cada ciudad, en el caso de las gráficas para prevalencias a los 45 años de los estatus para mujeres y varones de Montevideo en comparación con la de las otras poblaciones urbanas de la región trabajadas (ver figura IV.1 y IV.2 al final del apartado IV.1) presentamos los dos extremos en el tiempo para poder observar la tendencia de más larga duración. En este sentido, cuando hablamos de “la primer medición” en la figura IV.1 referimos a la más antigua en el tiempo que oscilan entre la década de los setenta y ochenta del siglo XX, y como “la última medición” en la figura IV.2 referimos a la que tenemos para el S.XXI. Cuando trabajamos con gráficos de calendario y dispersión para las seis ciudades (figuras IV.5 y IV.6) presentamos las tres mediciones en el tiempo para poder observar la tendencia misma del cambio en el tiempo. Para poder tener una visión más clara de cuál es el escenario de principios de siglo XXI presentamos en los gráficos de la figura IV.7 en un solo gráfico para varones y otro para mujeres los calendarios y dispersión de todas las ciudades.

“No reside con los padres”

CUADRO IV. 1
PREVALENCIA, CALENDARIO Y DISPERSIÓN DEL ESTATUS “NO RESIDE CON LOS PADRES”,
MUJERES Y VARONES EN 1985, 1996 Y 2006

	Mujeres			Varones		
	1985	1996	2006	1985	1996	2006
Prevalencia a los 45 años	94.4	93.2	92.6	95.1	93.7	90.7
Rango central del 60%	11.9	14.7	13.5	9.4	12.7	13.1
Edad al decil 2	17	17	17.6	19.2	18.1	20.2
Calendario Edad mediana	22.2	21.7	25.2	24.3	24.2	25.8
Edad al decil 8	28.9	31.6	31.1	28.6	30.9	33.3

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Al observar las prevalencias a los 45 años de este estatus (ver cuadro IV.1 y/o figura IV.3) podemos identificar que su adquisición tiene un carácter casi universal en los tres períodos de tiempo analizados. Casi la totalidad (superior al 90%) de varones y mujeres a los 45 años no residen con algunos de sus padres⁴¹. Es importante recordar que dadas las características de los datos trabajados no podemos referir, a partir del análisis de la prevalencia a los 45 años, la existencia de oscilaciones en edades intermedias, entradas y salidas reiteradas de casa de los padres. De todas formas, lo que importa en este caso es que casi la totalidad de varones y mujeres de 45 años no se encuentran en condiciones de “hijos” en los hogares, lo cual nos habla de un proceso de formación de hogares propios que alcanza universalidad a esa etapa de sus vidas. A pesar de ello, se observa un descenso en el tiempo histórico analizado, tanto para

⁴¹ Recordemos que por la forma en la que se mide la residencia con los padres de ego, la repuesta es negativa cuando los jefes de hogar o su cónyuge no son padre o madre de ego.

varones como para mujeres (si bien es más marcado en varones con casi un 5% en el 2006 respecto a 1985). En este sentido, casi un 10% de varones de 45 años estarían en el 2006 residiendo en hogares donde los jefes de hogar son sus padres y/o madres. Estos descensos de la prevalencia a los 45 años nos indica un aumento de la heterogeneidad de la composición de los hogares de residencia de la población de 45 años en el tiempo (hogares al 2006 donde los varones ya adultos pasarían a corresidir en mayor proporción con sus padres que antes, siendo identificados estos últimos aún como jefes de hogar).

Respecto al calendario de este estatus no se observan muchos cambios para las cohortes sintéticas de 1985 y 1996 de mujeres. No así para la cohorte del 2006, donde no sólo se mantiene la dispersión con un rango central amplio de más de 13 años, sino que la edad mediana aumenta. De esta manera, la edad al segundo decil y la edad mediana se mantienen muy similares entre 1985 y 1996, pero alcanza los 25 años para el 2006. De todas formas, se destaca un aumento en la dispersión en años a lo largo del tiempo por un aumento de la edad al octavo decil. Esto nos indica un enlentecimiento en el proceso de salida de casa de los padres una vez alcanzada la edad mediana para las mujeres en 1996 y 2006.

En los varones podemos observar cambios en el calendario con una relativa estabilidad de las edades medianas en las primeras dos cohortes sintéticas y luego un aumento de la edad mediana de año y medio para 2006. Es importante resaltar que para el 2006 el aplazamiento del calendario de la población masculina ocurre en todos los deciles, lo que nos indica que es recién a los 20 años aproximadamente que podemos encontrar un 20% de ellos sin corresidir con alguno de sus padres. Asimismo, el octavo decil se retarda con el consecuente aumento del rango interdecil, indicando una vez más el retraso del proceso.

Si observamos las diferencias entre mujeres y varones en relación a este estatus sociodemográfico (Figura IV.4: grafico c), d) y e)) podemos resaltar que para 1985 el calendario en varones era notoriamente más tardío que en mujeres, y mucho más breve. El proceso se va haciendo más lento tanto en mujeres como en varones para 1996, a modo de encontrarse en el 2006 con edades medianas cercanas a los 25 años en poblaciones de ambos sexos; pero con ritmos de entrada en el estatus marcadamente más jóvenes para el caso de las mujeres. Para ellas identificamos un segundo decil muy estable en el tiempo analizado, cercano a los 17 años, frente al aumento del mismo en varones alcanzando los 20 años en la cohorte sintética del 2006. Ya para el 2006 se alcanza un 80% que no se encuentran corresidiendo con alguno de sus padres a más de los 30 años de edad (31.1 para mujeres y 33.3 para varones).

“Alguna vez unido”

Para este estatus, las prevalencias a los 45 años, tanto para mujeres como para varones, se muestran por encima del 85% en los tres períodos analizados. Si bien podemos afirmar que la transición a la primera unión es experimentada por casi la totalidad de la población, nos interesa destacar una disminución, aunque leve, que se percibe para el 2006; indicando que a los 45 años ha aumentado el número de mujeres y varones que nunca han entrado en unión, sea consensual o legal.

Respecto al calendario en mujeres podemos notar que se hace más tardío en el tiempo. De esta forma, ya para 1996 se alcanza una edad mediana de más de 25 años, la cual se mantiene casi constante para la cohorte sintética del 2006. Pero el calendario sigue retrasándose hacia

2006 con un aplazamiento: un inicio más tardío indicado por el aumento de la edad al segundo decil así como por el aumento de la edad al octavo decil. Esto, además de indicarnos una tendencia a un calendario más tardío en el tiempo habla de una creciente dispersión en el proceso de la entrada en unión en el tiempo, con casi 14 años de rango central del 60%. De esta manera, alcanzamos el 80% de las mujeres de la cohorte sintética del 2006 “alguna vez unida” casi a los 35 años.

CUADRO IV. 2
PREVALENCIA, CALENDARIO Y DISPERSIÓN DEL ESTATUS “ALGUNA VEZ UNIDO”, MUJERES Y VARONES EN 1985, 1996 Y 2006

	Mujeres			Varones		
	1985	1996	2006	1985	1996	2006
Prevalencia a los 45 años	90.9	90.8	88.5	90.7	91.4	87.7
Rango central del 60%	10.4	9.2	13.8	7.3	11.2	11.7
Edad al decil 2	18.6	20.3	21.1	22.2	22.3	22.9
Calendario Edad mediana	22.9	25.5	25.6	24.9	25.8	27.8
Edad al decil 8	29.0	29.5	34.9	29.5	33.4	34.6

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Para el caso de los varones el calendario se va haciendo más tardío en el tiempo analizado, sobre todo con un aumento de la edad mediana: alcanza para el 2006 los 27.8 años. Pero el inicio de la entrada en unión se mantiene muy estable en el tiempo histórico (como lo indica la edad al segundo decil). Si bien se inicia la entrada en unión aproximadamente a los 22 años para las tres cohortes sintéticas el ritmo se enlentece hasta alcanzar los 34.6 años al octavo decil.

En este sentido, tanto en mujeres como en varones observamos un retardo en sus calendarios de adquisición de este estatus con aumento en las edades medianas. Si comparamos las experiencias de ambos sexos respecto a la unión (ver gráficos c), d) y e) en Figura IV.4) cabe destacar que mantienen las diferencias entre ellos en el tiempo histórico (donde los varones inician la entrada en unión más tarde que las mujeres), pero la brecha entre las edades al segundo decil disminuye. En el transcurso del tiempo analizado la entrada en unión se va convirtiendo en un proceso más lento para ambos sexos.

“Tiene al menos un hijo”

Ser madre emerge dentro del dominio de la familia como aquel estatus que alcanza un menor nivel de expansión entre la población de mujeres, superando de todas maneras el 80% en la prevalencia a los 45 años para los tres períodos. Asimismo, este indicador presenta leves oscilaciones en el tiempo analizado.

CUADRO IV. 3
PREVALENCIA, CALENDARIO Y DISPERSIÓN DEL ESTATUS “TIENE AL MENOS UN HIJO”, MUJERES EN 1985, 1996 Y 2006

		Mujeres		
		1985	1996	2006
Prevalencia a los 45 años		85.4	88	86.1
Rango central del 60%		13.5	12.5	16.4
Edad al decil 2		19.9	20.2	19.7
Calendario	Edad mediana	24.9	25.7	28.3
	Edad al decil 8	33.4	32.7	36.1

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Si bien el calendario de adquisición de este estatus no indicaba cambios importantes entre 1985 y 1996, esto se modifica para el 2006. En este sentido, se observa un aumento importante de la edad mediana que supera los 28 años para el 2006, así como un aumento de la dispersión. El rango central del 60% supera los 16 años para 2006 como consecuencia de un aumento de la edad mediana y la edad al octavo decil, pero también el mantenimiento de una entrada en la maternidad relativamente estable y temprana, con una edad al segundo decil de 20 años. No se ve modificada la edad al segundo decil, lo que nos habla de cierta estabilidad respecto a las edades de inicio a la maternidad. Retomaremos este elemento en el análisis por estrato para poder identificar si esto es expresión de un proceso de polarización de comportamientos entre estratos.

“No estudia”

Para valorar los cambios en la permanencia y salida de la escuela, y las características de la participación educativa de varones y mujeres en el tiempo analizado, no resulta muy relevante analizar la prevalencia a los 45 años de los que estudian (o ya no lo hacen) por el propio calendario de la participación educativa. Siendo este el caso, a los 45 años entre un 95% y 100% de la población de varones y mujeres no se encontrarían estudiando (ver figura IV.3 al final de este apartado), lo cual nos dice muy poco de la participación educativa de ambos sexos en el período de tiempo histórico analizado y los cambios en las edades de salida de la escuela. De esta forma, creímos necesario complementar la información de calendario y dispersión con la información de prevalencias a edades específicas que presentaremos en el cuadro IV.4. Esto nos permitirá ilustrar de forma más adecuada lo que ha acontecido en el dominio de la escuela. Asimismo, si bien nos interesa aproximarnos a la transición de salida de la escuela, y por eso trabajamos con el estatus de “no estudia” en el análisis del calendario y la dispersión, presentaremos las prevalencias de su contracara: la asistencia escolar. De esta manera será más sencillo (e incluso intuitivo) describir el proceso de expansión de la educación segmentado por niveles educativos, y en consecuencia, por edad de la población.

CUADRO IV. 4
PREVALENCIA A EDADES ESPECÍFICAS DEL ESTATUS DE ESTUDIANTE, MUJERES Y VARONES EN 1985, 1996 Y 2006

Edad	Mujeres			Varones		
	1985	1996	2006	1985	1996	2006
7	97.2	94.1	99.8	96.9	94.0	99.1
13	92.2	86.7	96.0	92.5	86.3	96.8
16	67.9	63.9	83.5	63.5	55.6	74.2
20	34.4	45.6	53.6	30.3	35.7	43.3
25	14.6	28.6	35.1	14.8	21.0	30.0
30	5.2	11.1	14.3	5.8	9.9	11.9
40	1.2	4.9	4.5	1.4	4.5	2.6

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Tal como podemos observar en el cuadro IV.4, ya en 1985 el nivel de expansión y alcance es casi universal tanto en las mujeres como en los varones para la enseñanza primaria y la educación secundaria básica (ciclo de primero a tercer año de secundaria). Estas prevalencias descienden ya para los 16 años, edad en la que estaríamos refiriendo a niveles de bachilleratos, con las dos terceras partes de las mujeres y varones en 1985. En edades que se corresponden con nivel educativos universitarios la expansión se muestra más reducida para 1985, con sólo una tercera parte de las mujeres y varones aproximadamente.

Es muy interesante mostrar los cambios acontecidos para 1996, donde se produce una disminución de la expansión a nivel de primaria y secundaria básica para ambos sexos, a la vez que un incremento de la participación a niveles universitarios y más. De esta manera, al mismo tiempo que identificamos la prolongación de la escolarización en la vida de mujeres y varones hacia 1996, constatamos un proceso de pérdida de la expansión de la educación a niveles ya alcanzados para 1985 en aquellos niveles de escolarización básica. Ya para 2006 solo se identifican aumentos de las prevalencias a todas las edades específicas analizadas en ambos sexos respecto a 1985 y 1996.

CUADRO IV. 5
CALENDARIO Y DISPERSIÓN DEL ESTATUS “NO ESTUDIA”, MUJERES Y VARONES EN 1985, 1996 Y 2006

	Mujeres			Varones		
	1985	1996	2006	1985	1996	2006
Prevalencia a los 45 años	99	95.9	97	99.3	96.3	98
Rango central del 60%	9.2	12.6	10.7	9.2	12.7	12
Edad al decil 2	15	13.9	17.2	15.1	13.4	16.2
Calendario Edad mediana	18.5	20.2	22.4	18.1	18.1	18.9
Edad al decil 8	24.2	26.5	27.8	24.3	26.1	28.2

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Al momento de analizar el calendario y la dispersión del estatus (no estudia) obviamente podemos constatar el proceso de cambios anteriormente descrito. Tanto para mujeres como varones se observa un descenso de la edad al segundo decil hacia 1996. De esta manera, el inicio de la salida de la escuela se estaría produciendo a edades más tempranas en 1996 (tal cual lo vimos reflejado en el anterior análisis de prevalencias). En 1996 el 20% de las mujeres no estarían estudiando a los 13.9 años, y en varones esa proporción se alcanza a los 13.4 años, frente a los 15 años en 1985. Las edades medianas se mantienen relativamente estables en el tiempo para los varones y se incrementan en los tres períodos para mujeres alcanzando los 22.4 años para 2006. Este rejuvenecimiento del segundo decil en 1996 se revierte en 2006 para ambos sexos.

Si bien para los varones casi no aumenta la edad mediana en el tiempo histórico analizado, se hace más tardía la edad al octavo decil al igual que en mujeres. Lo cual nos indica que hay una permanencia en los estudios por más tiempo; para el 2006 se alcanza el 80% de mujeres y varones que no estudian en edades cercanas a los 28 años. Si bien el rango central del 60% se amplía en 2006 el proceso está diferenciado por sexo. Para las mujeres el ritmo de salida de la escuela en el 2006 es similar al de 1985 con un corrimiento a edades mayores. El ritmo de salida de la escuela hacia 2006 se hace más lento para varones respecto a las mujeres; pero la estabilidad de la edad mediana en el tiempo en los varones nos indica que la edad de salida de la escuela estaría más fijada en el tiempo, guardando a su vez una correspondencia con su calendario de entrada a trabajar (tal cual lo podemos ver a continuación en el análisis del estatus de trabajador).

“Trabaja”

Para analizar la adquisición del estatus de trabajador es necesario dejar en claro que las gráficas c), d) y e) de la figura IV.4 tienen limitaciones al momento de comparar el calendario y la dispersión entre varones y mujeres para los dos períodos de tiempo histórico representados allí. La limitación surge por la participación más reducida de las mujeres en el mundo del trabajo remunerado, que no nos permite alcanzar las medidas de calendario y dispersión previstas –al no tener el 80% de ellas trabajando en cada período no podemos calcular el octavo decil. En este sentido, solo graficamos desde el segundo decil (extremo izquierdo de la barra del gráfico a) de la Figura IV.4) hasta el último decil alcanzado por ellas para 1985, 1996 y 2006, el sexto y séptimo respectivamente (extremo derecho de la barra del gráfico a) de la Figura IV.4). Por lo tanto, el rango de dispersión del 60 % central no será trabajado en nuestro análisis para las mujeres y optamos por agregar al análisis de calendario la edad al sexto y séptimo decil para ambos sexos a manera de hacerlos comparables.

CUADRO IV. 6
PREVALENCIA, CALENDARIO Y DISPERSIÓN DEL ESTATUS “TRABAJA”, MUJERES Y VARONES EN 1985, 1996 Y 2006

	Mujeres			Varones		
	1985	1996	2006	1985	1996	2006
Prevalencia a los 45 años	56.2	71	74.8	96.2	94.1	93.3
Rango central del 60%	..	..	..	6.1	4.1	5.8
Edad al decil 2	18.3	16.8	17.6	16.2	16.4	17.8
Calendario Edad mediana	22.3	20.1	23.0	18	18	20.1
Edad al decil 8	..	..	..	22.3	20.5	23.6

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Lo primero que se destaca cuando queremos analizar la extensión de este estatus en la población es el aumento de la prevalencia en las mujeres en el tiempo histórico analizado, pasando de un poco más de la mitad a casi tres cuartas partes de la población femenina trabajando en 2006 (ver gráfico a) en Figura IV.3 al final de este apartado). Si bien entre 1996 y 2006 la tendencia de la prevalencia a los 45 años sigue siendo ascendente, el proceso de expansión en la participación en el mercado de trabajo parece estar concentrada entre los primeros dos períodos. Para el caso de los varones, ya en 1985 podíamos identificar al trabajo con carácter casi universal, manteniéndose así durante el tiempo histórico analizado.

Pese al notable aumento de la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo en tan solo una década, para el 2006 continuamos en un nivel de expansión del estatus inferior al alcanzado en varones. Lo cual nos refiere a pensar que en esas tres cuartas partes de las mujeres que están trabajando a los 45 años puede expresarse un techo regulatorio más difícil de superar, cuya interpretación debe hacerse a la luz de las múltiples dimensiones en las que las mujeres deben participar y los conflictos e inconsistencias regulatorias entre dominios institucionales – relación entre calidad del trabajo femenino, cuidado de los niños y las escasas y segmentadas políticas al respecto.

Respecto al calendario en mujeres podemos identificar un rejuvenecimiento en la edad en la cual se estaría entrando a trabajar para 1996 (la edad al segundo decil pasa de 18.3 a 16.8 años). Si bien no puede calcularse el rango central del 60%, porque no alcanzan al octavo decil, podemos ver como se rejuvenece también la edad al sexto decil, reduciéndose en más de 3 años. Es decir, trabajan más mujeres en 1996 que las que lo hacían en 1985 y además lo hacen a edades más tempranas. Para el 2006 encontramos más mujeres trabajando en comparación con las que lo hacen en 1985 pero con un calendario semejante a este período; aunque el ritmo de entrada al trabajo parece ser más lento y tardado.

En los varones se identifican comportamientos más estables con respecto al trabajo que los observados en las mujeres. Si bien en 2006 hay un aumento de la edad mediana de dos años aproximadamente (de 18 a 20.1 años de edad mediana), estos cambios se producen en el esquema de una entrada en estatus laboral breve y rápida. En menos de 6 años se pasa de un 20% a un 80% de varones entrados al estatus de trabajador. Esto muestra un rango de dispersión muy corto, donde la entrada al trabajo se manifiesta como una transición rápida y que la gran mayoría de varones la hacen.

IV.1.1 Una síntesis de los hallazgos y comparación con la región

En el dominio de la familia podemos observar prevalencias para los tres estatus analizados (“no residencia con los padres”, “alguna vez unido” y “tiene al menos un hijo”) relativamente altas y estables en el período de tiempo analizado. Se destaca la maternidad (que se analiza solo para mujeres) como el estatus menos extendido dentro de los del dominio familiar (para los tres períodos analizados).

Respecto al calendario en el dominio familiar cabe destacar dos tendencias generales. Una de ellas refiere a calendarios que tienden a ser más tardíos en el tiempo analizado, tanto para varones como para mujeres (con matices en cada estatus). La segunda tendencia refiere a las diferencias entre varones y mujeres en el tiempo, que nos indican que pese a los cambios analizados para cada población en el tiempo, persisten los calendarios más tardíos en los varones hacia el año 2006 en los dos estatus incluidos en el dominio de la familia (no reside con los padres y alguna vez unido). A pesar del carácter tardío de los calendarios en varones y mujeres, hay una relativa estabilidad en el tiempo respecto a la edad en que varones y mujeres inician el proceso de adquisición de algunos de estos estatus. En este sentido, solo en la entrada en unión para el caso de las mujeres se hace más tardía la edad al segundo decil; manteniéndose estable en los otros casos.

Asimismo, los tres estatus familiares analizados en la población femenina presentaban para 1985 rangos de dispersión amplios que se mantuvieron o incluso aumentaron para el 2006. En este año, mujeres y varones presentan un rango central del 60% para los estatus analizados en el dominio familiar entre 11.7 y 16.4 años; lo cual nos muestra un proceso muy lento en la adquisición de dichos estatus (que ya lo eran para 1985 y se enlentece aún mas para el 2006).

Respecto a los resultados encontrados para varones y mujeres en el dominio de la escuela nos interesa resaltar el aumento del tiempo de permanencia de ambas subpoblaciones, siendo más importante para el caso de las mujeres. De todas maneras, pudimos observar un punto de inflexión en 1996, y una tendencia a permanecer más años estudiando más afianzada recién para el 2006.

Respecto al estatus de trabajador hemos encontrado variaciones entre la población de mujeres y la de varones respecto a su evolución en el período analizado. Este estatus aparece en los varones como aquel que presenta la mayor estabilidad en el tiempo, con un carácter casi universal, un calendario temprano, y un proceso de entrada rápido y breve. Para las mujeres observamos lo contrario, el estatus de trabajadora presenta cambios muy importantes. En primer lugar, es el único estatus de los analizados para la subpoblación femenina en el cual identificamos el mayor proceso de expansión, alcanzando para 2006 un aumento de 18.6% en la prevalencia a los 45 años respecto a 1985. El calendario se ve también alterado, haciéndose más temprano hacia 1996 y alcanzando a 2006 una tendencia más similar a la de 1985. Valorando los cambios en el tiempo analizado de este estatus para mujeres podemos resumirlos de la siguiente manera: para 1996 entraron más mujeres a trabajar, lo hacían a edades más tempranas y en un tiempo más breve que en 1985; pero en el 2006 se mantiene más o menos estable la prevalencia de mujeres que trabajan respecto a 1996, pero lo hacen a un calendario más tardío y más lento.

Esto nos permite abordar a una tendencia muy general de las desigualdades por sexo en los calendarios de los estatus analizados en el tiempo: las mujeres presentan calendarios más

tempranos que los varones en el dominio de la familia, y más tardíos que ellos en el dominio de la escuela y el trabajo.

Pero, ¿qué importancia relativa podemos dar a todos estos indicadores que venimos analizando, y su evolución en el tiempo, si lo comparamos con lo que ha sucedido en otras poblaciones urbanas de la región a lo largo de estas décadas? Lo anterior lo podemos resumir también en la siguiente pregunta: ¿cómo se ubica al caso nacional estudiado en el contexto regional? Los indicadores que analizaremos a continuación están presentados en forma de gráficos que deben interpretarse de la misma forma que lo hicimos para el caso de mujeres y varones residentes en Montevideo. (Ver las figuras IV.1, IV.2, IV.5, IV.6, y IV.7 al final de este apartado).

A modo de introducción comenzaremos analizando el panorama general de la región respecto a las prevalencias a los 45 años de los estatus sociodemográficos analizados, y dentro de ese panorama lograr ubicar el proceso de nuestra población específica de estudio (residentes en Montevideo y su área metropolitana). En el análisis de prevalencia a los 45 años de los cinco estatus analizados en las seis ciudades, nos encontramos con un panorama algo diferente respecto a las cohortes sintéticas de las década de los setenta u ochenta con el panorama en la primera década del siglo XXI, sobre todo en lo que respecta a mujeres y ciertos procesos más diferenciados de las residentes en Montevideo respecto a las otras ciudades.

Para el caso de la población de varones cabe destacar el alcance casi universal en la adquisición de todos los estatus en ambos períodos de tiempo analizado, superando casi en la mayoría de los casos el 90% de los varones a los 45 años que ya entraron en estatus. Sólo se puede destacar un porcentaje aún importante de solteros en la ciudad de Buenos Aires a esa edad para la primera medida en el tiempo. Pero en lo que respecta a Montevideo podemos ver que no hay un comportamiento distinguible en las prevalencias a los 45 años de los varones respecto a sus contrapartes de otras ciudades capitales analizadas. Cuando comparamos lo observado para las mujeres analizadas en la región el panorama es un poco diferente. Podemos distinguir que la entrada de las mujeres al mundo del trabajo remunerado es un proceso históricamente más tardío que el observado en los varones de las seis ciudades de América Latina. Este proceso no solo es más tardío, sino muy reciente en el tiempo.

De todas maneras, las mujeres de Montevideo ya en 1985 mostraban las prevalencias a los 45 años más elevadas, con un 56.2% de ellas que estaban trabajando, seguidas por el 46.5% de mujeres de 45 años residentes en Bogotá. En la primera década del siglo XXI se muestra un incremento de la participación de mujeres en el trabajo, siendo el caso de Montevideo el más elevado con un 74.8%, muy similar al 73.4% de mujeres de 45 años trabajando en Buenos Aires. Si bien continúa siendo una cifra mucho menor que en varones, tanto en el caso de Montevideo como en el de Buenos Aires las cifras son relativamente altas si lo comparamos con el escaso 47.8% de mujeres de 45 años que trabajan en San José de Costa Rica a inicios de siglo XXI.

Para poder ubicar el caso montevideano respecto al resto de las otras ciudades capitales, y no perdernos en el análisis particular y preciso de otras ciudades, comenzaremos por situar los calendarios y la dispersión para cada estatus sociodemográfico en el contexto regional en la primera década del S. XXI (ver Figura IV.7). Al observar los comportamientos de los calendarios de mujeres en las ciudades de la región en el dominio familiar podemos ver que el caso de Montevideo es uno de los más tardíos, solo comparable en sus edades medianas con las de las mujeres residentes en Buenos Aires, si bien los rangos de dispersión son algo distintos. Con el estatus de “no estudia” sucede algo similar, alcanzando para el caso de Montevideo un

calendario tardío y similar al de Buenos Aires, e incluso un comportamiento de entrada al estatus a un ritmo muy similar. En el estatus laboral se muestra un calendario relativamente más tardío al que presentan las mujeres de Buenos Aires, población con la que venía compartiendo tendencias similares en las edades medianas de adquisición de los otros estatus. Nos interesa destacar cómo en las dos ciudades donde se alcanzan prevalencias más altas a los 45 años de mujeres trabajando, como Montevideo y Buenos Aires, se superponen el trabajo con el estudio, entrando a trabajar a edades en las cuales aún no se alcanzó la edad mediana en la salida de la escuela.

En el caso de los calendarios en varones residentes en Montevideo no se observan diferencias tan marcadas con la región. Mostrando algunas particularidades los varones residentes en Buenos Aires, sobre todo con respecto a la adquisición del estatus referidos a unión y estudio, siendo notoriamente más tardíos.

Nos interesa ahora detenernos un momento en analizar el camino que nos conduce al escenario de calendarios y dispersión analizado en el siglo XXI, a modo de poder determinar la particularidad o no del proceso uruguayo. Antes que nada nos parece importante resaltar algo que se hace muy evidente en la figura IV.5 y IV.6: la gran varianza existente en el camino de los cambios en el tiempo, las magnitudes y los sentidos de los mismos. Podemos destacar casos como el de San José de Costa Rica y Bogotá donde se muestra una relativa estabilidad en el tiempo de los calendarios analizados en mujeres y varones. Luego está el caso de tendencia a calendarios más tardíos como el caso de Montevideo, Buenos Aires y Distrito Federal en México para ambos sexos en los estatus del dominio familiar y en el estatus escolar. En el dominio del trabajo en las tres ciudades identificamos más mujeres trabajando en el tiempo analizado, un aumento de prevalencia que se acompaña con un ritmo de entrada al trabajo rápido y con muy pocos cambios de esta condición en el tiempo a excepción del Distrito Federal. En esta ciudad, la entrada de las mujeres a trabajar se identifica como un proceso más paulatino. Otro caso es el de La Paz, donde vemos cambios que se procesan en varones hacia calendarios más tardíos en el tiempo en el ámbito familiar y laboral, pero distinguiéndose de las otras ciudades en el comportamiento en el ámbito escolar. En este último hay una aceleración del proceso de salida de la escuela con un acortamiento del rango central.

Otro elemento importante a identificar son los tiempos históricos en los cuales se procesaron los cambios acontecidos. Los procesos que hemos resumido anteriormente han ido sucediendo desde la década de los setenta del siglo pasado hasta la primera década del siglo XXI, pero sin embargo, algunos de ellos han sido más lejanos y otros más cercanos en el tiempo. En este sentido, si observamos la tendencia entre 1985 y 2006 en el caso montevideano podemos identificar que los cambios más importantes en calendarios y dispersión acontecen entre 1996 y 2006. Esto sucede de manera similar en mujeres y varones de Buenos Aires. De esta forma, podemos decir que hay un proceso de cambio identificado —en las dos ciudades— con comportamientos similares en los estatus analizados. Buenos Aires y Montevideo también comparten otra característica: alcanzan el escenario anteriormente descrito a través de cambios muy recientes y contemporáneos en el tiempo histórico. Esto pone de relieve que también hay mucha varianza regional, no solo respecto a la existencia de cambios, magnitudes y sentidos de los mismos, sino al tiempo histórico en el cual éste se va procesando.

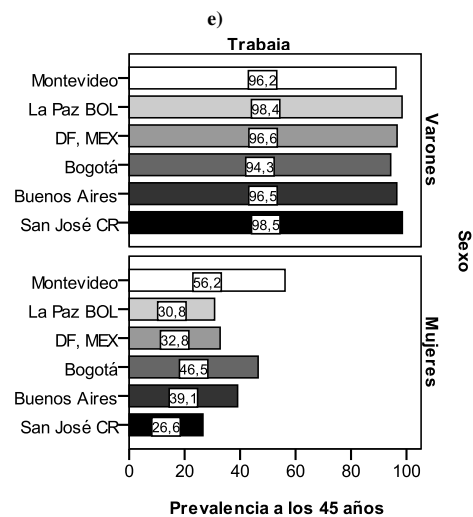
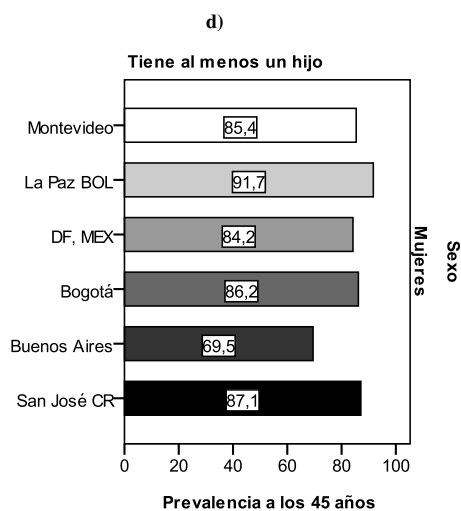
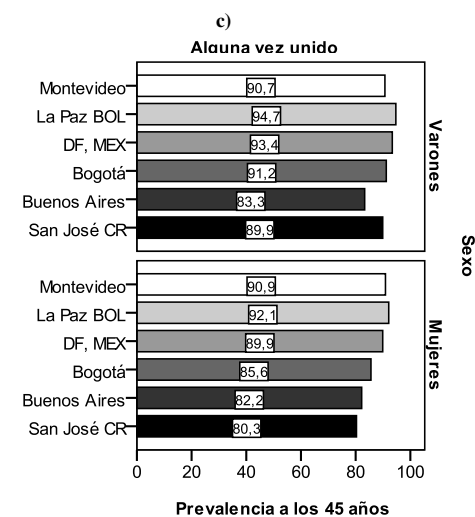
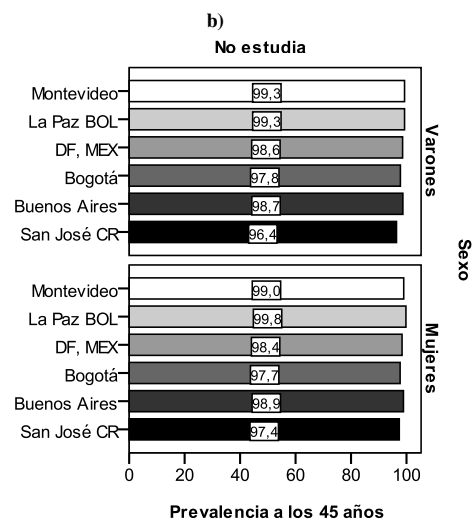
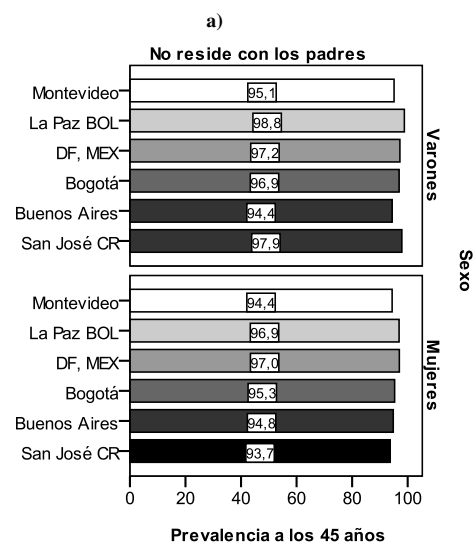


Figura IV.1: Prevalencia a los 45 años de edad por sexo para cada estatus, para primer medida.

Gráfico a) Prevalencia a los 45 años de “No reside con los padres” por sexo primer medida.

Gráfico b) Prevalencia a los 45 años de “No estudia” por sexo primer medida.

Gráfico c) Prevalencia a los 45 años de “Alguna vez unido” por sexo primer medida.

Gráfico d) Prevalencia a los 45 años de “Tiene al menos un hijo” por sexo primer medida.

Gráfico e) Prevalencia a los 45 años de “Trabaja” por sexo primer medida.

Fuente: Elaboración propia con microdatos censales.

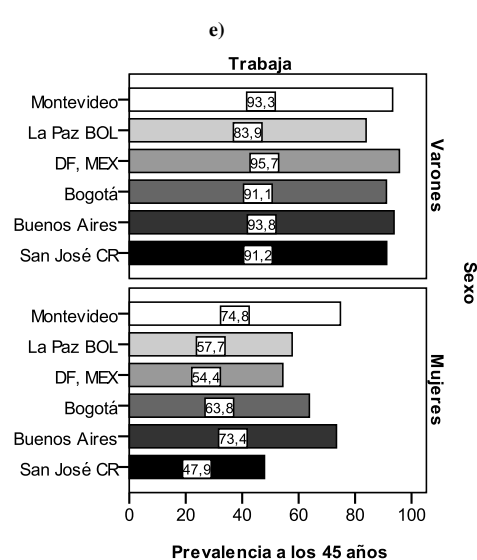
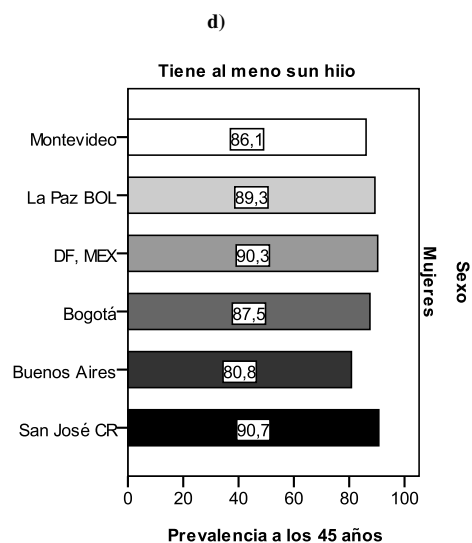
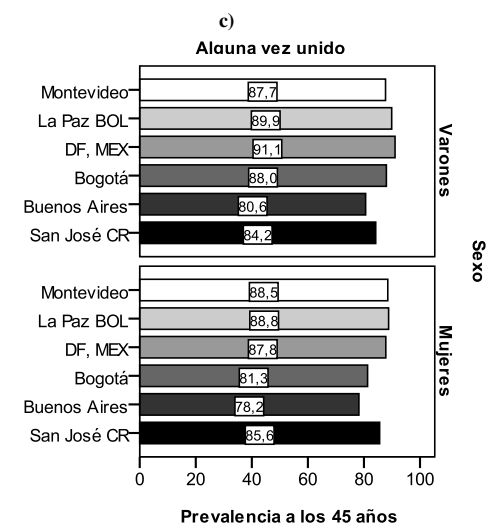
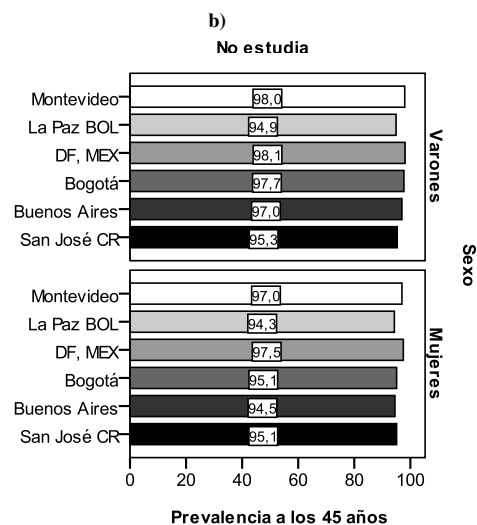
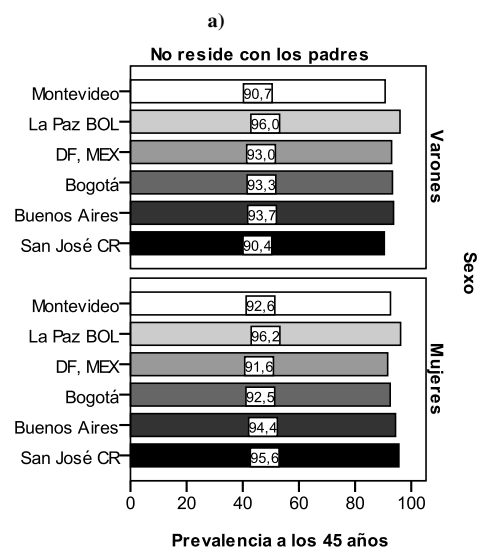


Figura IV.2: Prevalencia a los 45 años de edad por sexo para cada estatus, para última medida.

Gráfico a) Prevalencia a los 45 años de “No reside con los padres” por sexo última medida.

Gráfico b) Prevalencia a los 45 años de “No estudia” por sexo última medida.

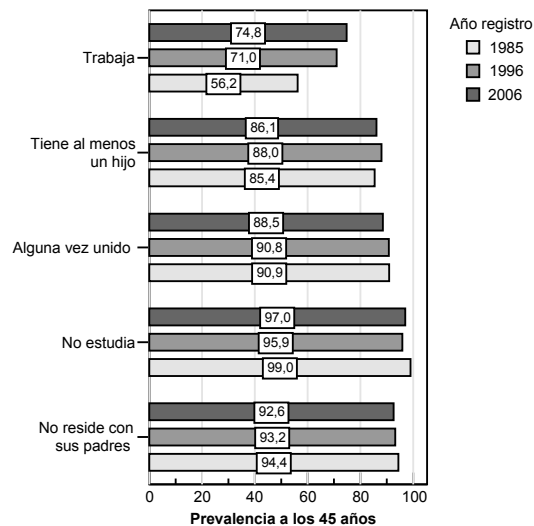
Gráfico c) Prevalencia a los 45 años de “Alguna vez unida” por sexo última medida.

Gráfico d) Prevalencia a los 45 años de “Tiene al menos un hijo” por sexo última medida.

Gráfico e) Prevalencia a los 45 años de “Trabaja” por sexo última medida.

Fuente: Elaboración propia con microdatos censales.

a) MUJERES



b) HOMBRES

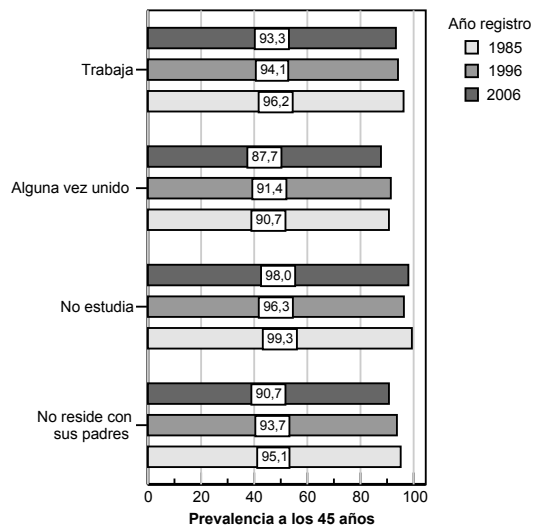


Figura IV.3: Prevalencia a los 45 años de edad por estatus, por sexo, para 1985, 1996 y 2006

Gráfico a) Prevalencia a los 45 años para cinco estatus, mujeres para 1985, 1996 y 2006.

Gráfico b) Prevalencia a los 45 años para cuatro estatus, hombres para 1985, 1996 y 2006.

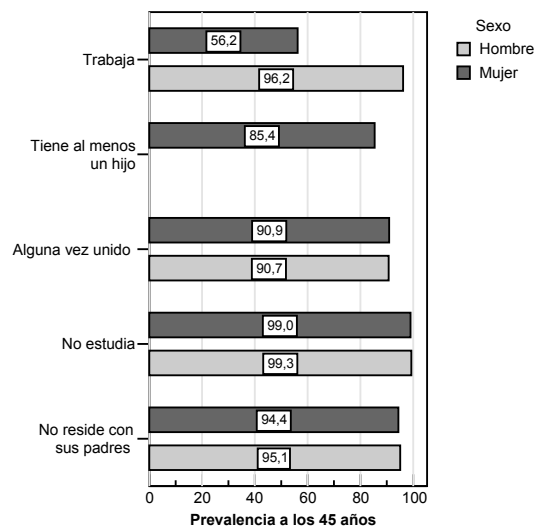
Gráfico c) Prevalencia a los 45 años para cuatro estatus, mujeres y hombres, 1985.

Gráfico d) Prevalencia a los 45 años para cuatro estatus, mujeres y hombres, 1996.

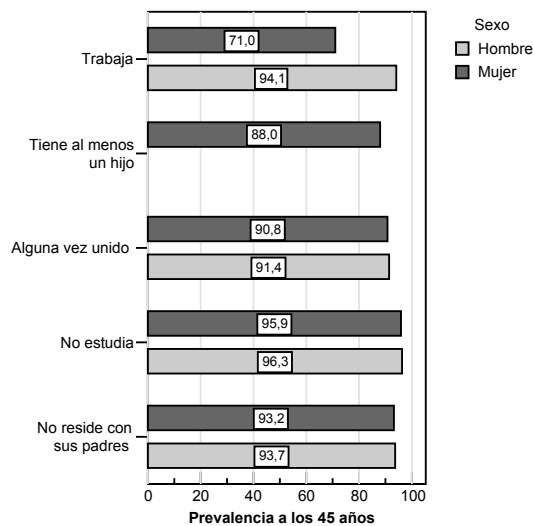
Gráfico e) Prevalencia a los 45 años para cuatro estatus, mujeres y hombres, 2006.

Fuente: Elaboración propia con microdatos censales para 1985 y 1996 y encuesta de hogares para 2006.

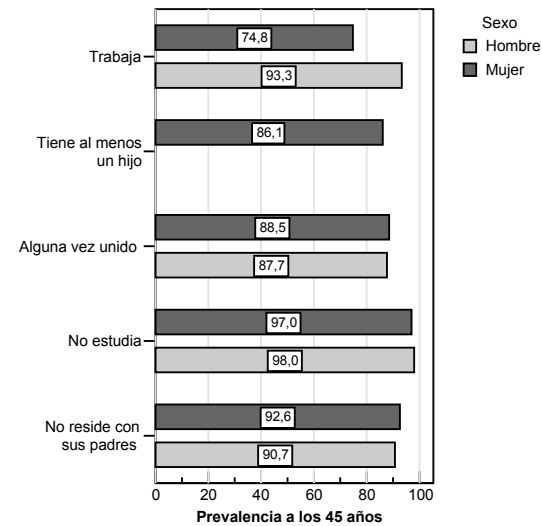
c) 1985



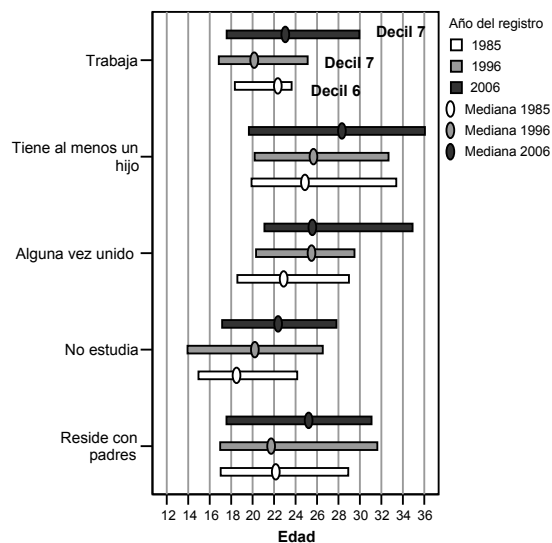
d) 1996



e) 2006



a) MUJERES



b) HOMBRES

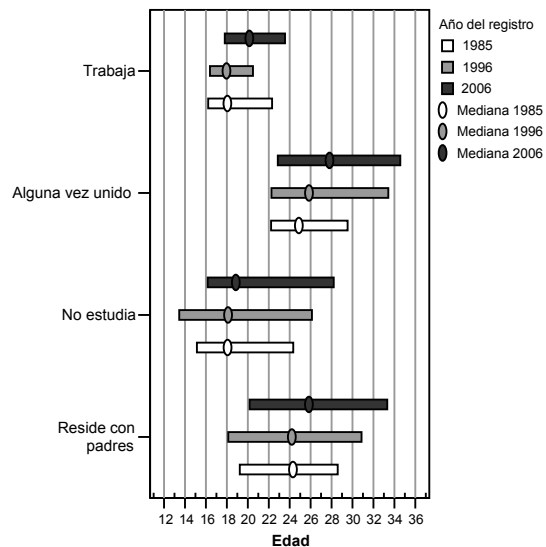


Figura IV.4: Calendario del segundo al octavo decil, para cinco estatus, por sexo, para 1985, 1996 y 2006

Gráfico a) Edades al segundo, quinto y octavo decil para cinco estatus, mujeres para 1985, 1996 y 2006.

Gráfico b) Edades al segundo, quinto y octavo decil para cuatro estatus, hombres para 1985, 1996 y 2006.

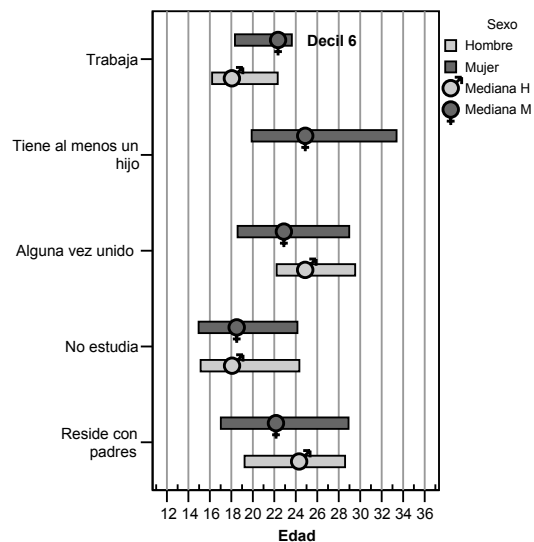
Gráfico c) Edades al segundo, quinto y octavo decil para cinco estatus, mujeres y hombres, 1985.

Gráfico d) Edades al segundo, quinto y octavo decil, para cinco estatus, mujeres y hombres, 1996.

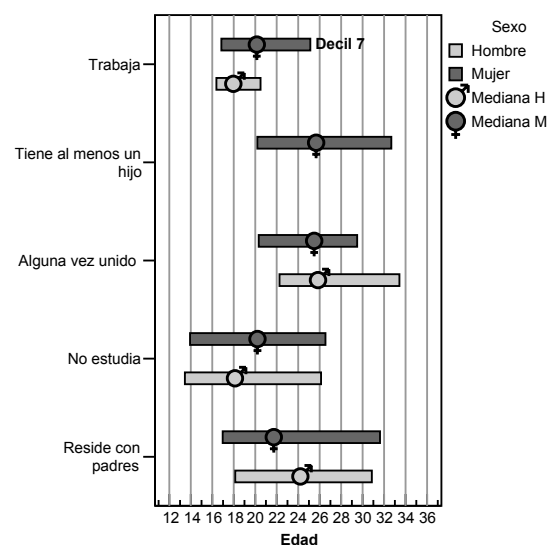
Gráfico e) Edades al segundo, quinto y octavo decil, para cinco estatus, mujeres y hombres, 2006.

Fuente: Elaboración propia con microdatos censales para 1985 y 1996 y encuesta de hogares para 2006.

c) 1985



d) 1996



e) 2006

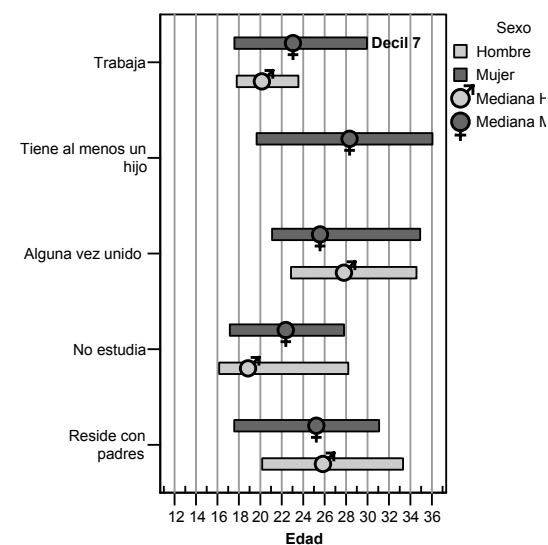
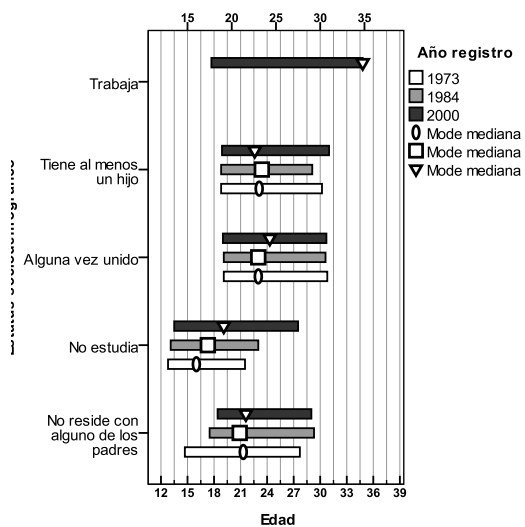


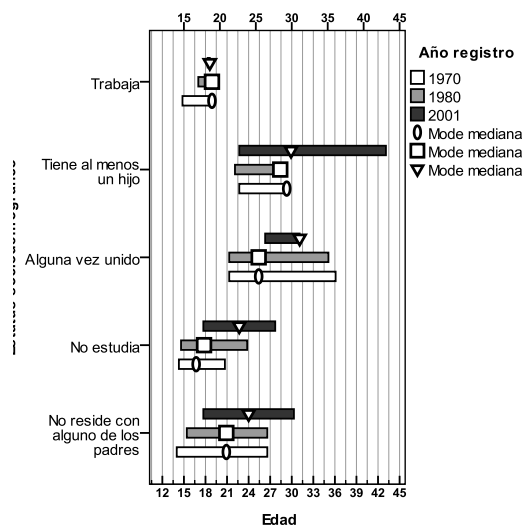
FIGURA IV.5

CALENDARIOS DEL SEGUNDO AL OCTAVO DECIL, PARA CINCO ESTATOS, MUJERES DE LAS SEIS CIUDADES

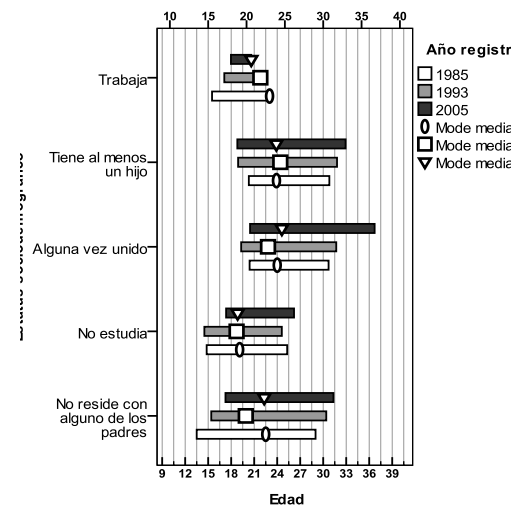
a) San José CR, Mujeres



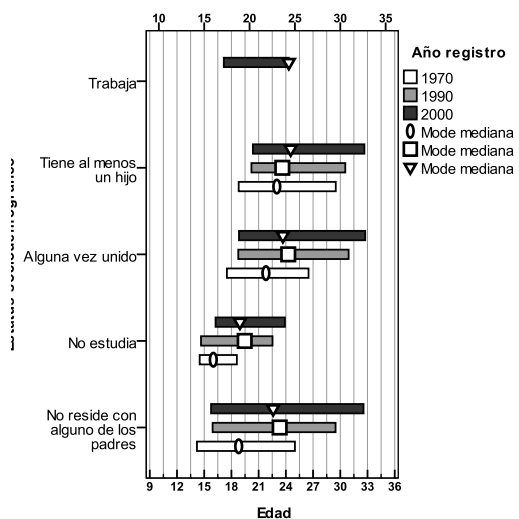
b) Buenos Aires, Mujeres



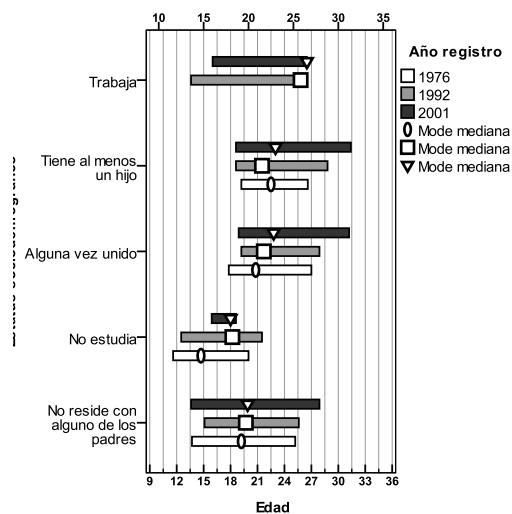
c) Bogotá, Mujeres



d) Distrito Federal MEX, Mujeres



e) La Paz BOL, Mujeres



f) Montevideo. Mujeres

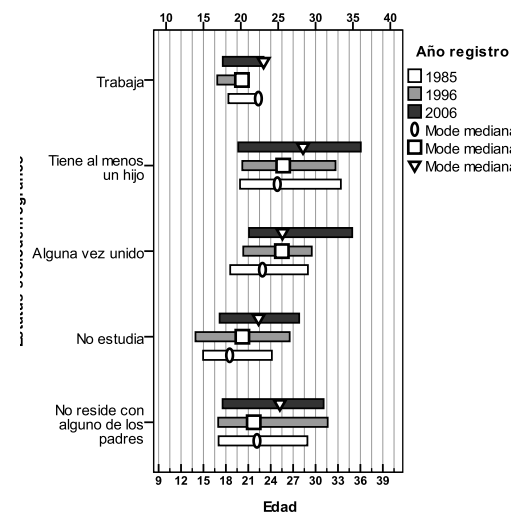
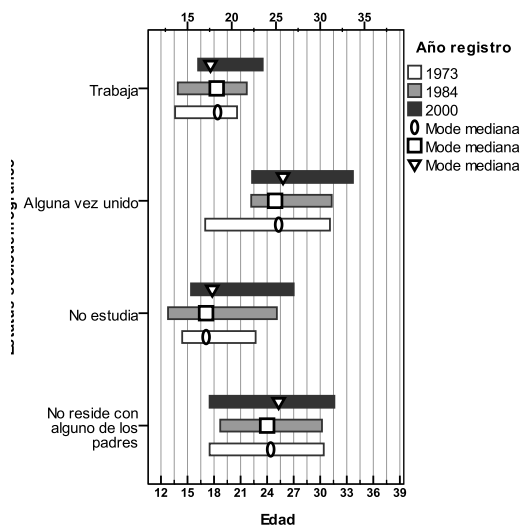
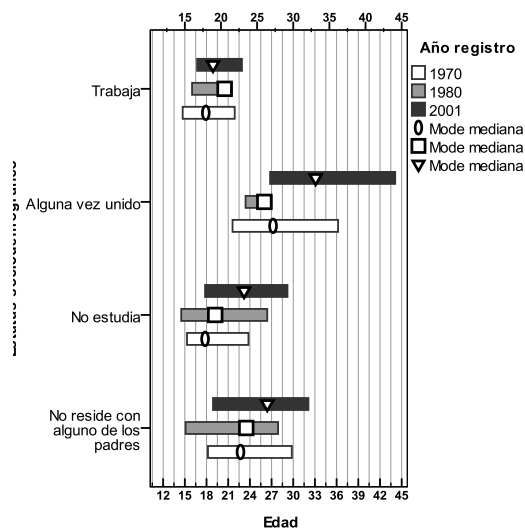


FIGURA IV.6
CALENDARIOS DEL SEGUNDO AL OCTAVO DECIL, PARA CINCO ESTADOS, VARONES DE LAS SEIS CIUDADES

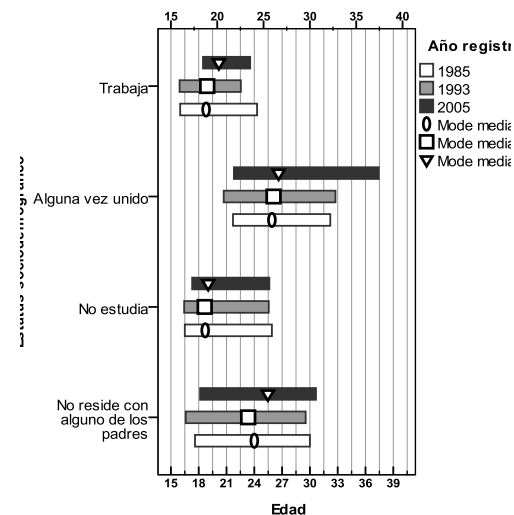
a) San José CR, Varones



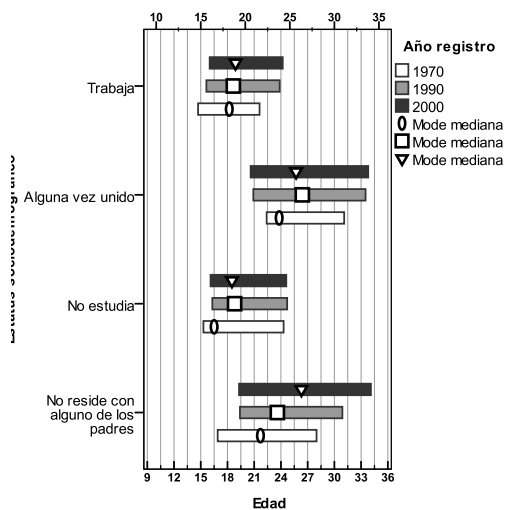
b) Buenos Aires, Varones



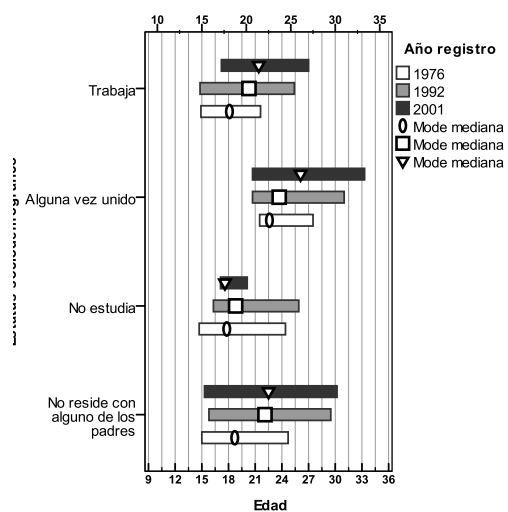
c) Bogotá, Varones



d) Distrito Federal MEX, Varones



e) La Paz BOL, Varones



f) Montevideo. Varones

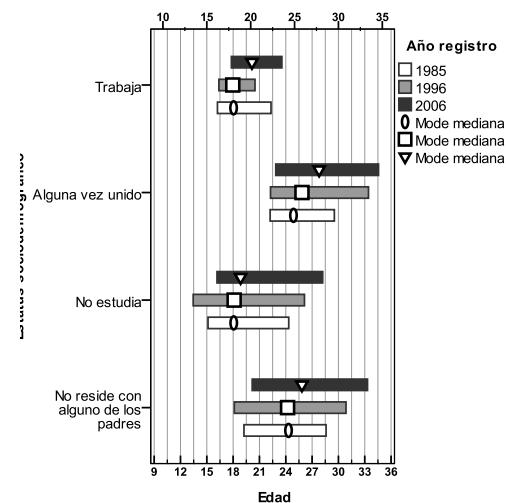
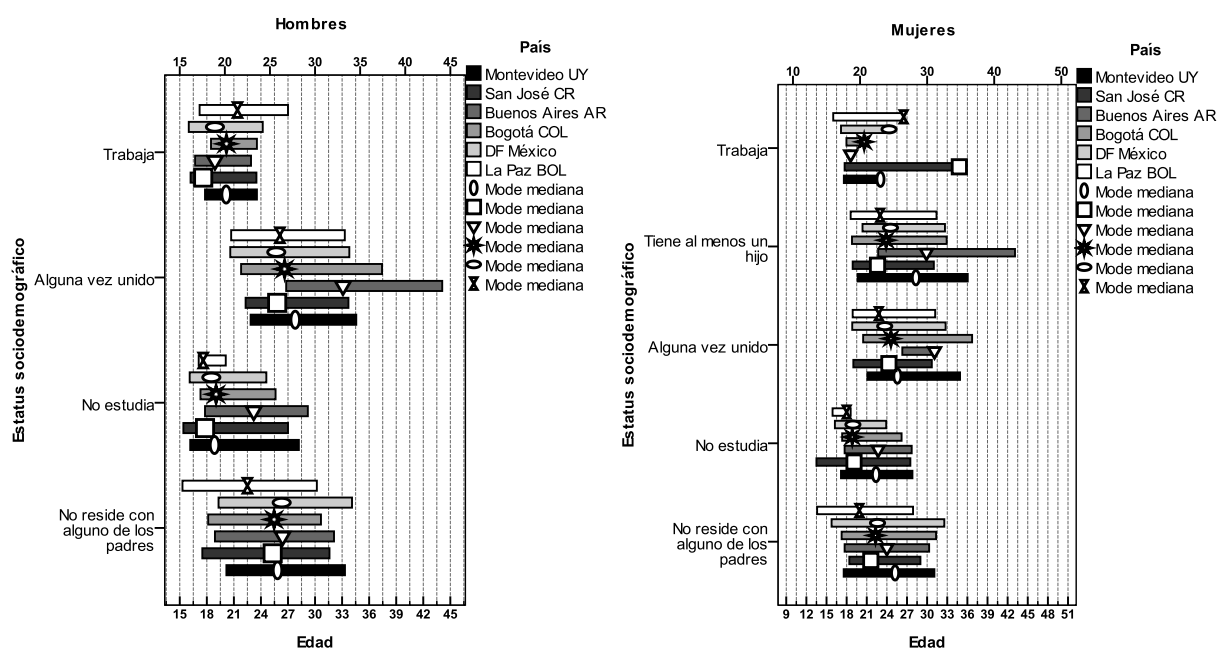


FIGURA IV.7
CALENDARIOS DEL SEGUNDO AL OCTAVO DECIL PARA CINCO ESTATOS, VARONES Y MUJERES DE SEIS CIUDADES LATINOAMERICANAS EN LA PRIMERA DÉCADA DEL S. XXI.



FUENTE: elaboración propia con microdatos censales

IV.2 Desigualdad entre estratos sociales en los estatus sociodemográficos

En este apartado nos interesará valorar los procesos de cambio en prevalencias, calendario y dispersión a la luz de la desigualdad social expresada a través de los estratos residenciales. En este análisis el objetivo consiste en corroborar los procesos anteriormente identificados por sexo en el tiempo para cada uno de los estatus sociodemográficos trabajados. De esta manera, presentaremos en gráficos (idénticos a los trabajados anteriormente) las medidas de prevalencia, calendarios y dispersión seleccionadas para el análisis presentado en las figuras IV.8 a la IV.11 que se encuentran al final de este apartado. La estratificación la realizamos al interior de las subpoblaciones de varones y mujeres y trabajaremos con las dos cohortes sintéticas extremas para valorar cambios a lo largo del todo el período de tiempo transcurrido entre 1985 y 2006. Así, la desigualdad entre estratos en los estatus sociodemográficos será analizada para la subpoblación de mujeres y de varones. Al agregar una dimensión más al análisis la información obtenida se multiplica y se hace más complejo abarcar los múltiples aspectos. En este sentido, realizaremos el análisis propuesto agrupando los estatus por dominio institucional, y destacando los aspectos que resulten más relevantes.

Al observar nuestros indicadores a la luz de la población desagregada por estratos sociales constatamos diferencias importantes en prevalencias, calendarios y/o dispersión sólo en algunos casos. Por lo tanto, el efecto de la desigualdad por estrato actúa en forma relativamente heterogénea según sea el estatus demográfico y el ámbito institucional, complejizado aún más por las particularidades por sexo.

En la adquisición de los estatus del dominio familiar en varones observamos una tendencia a calendarios más tardíos, pero casi todos los estratos presentan edades medianas muy similares para 1985 y luego para el 2006. Esto no es tan claro en las mujeres, donde los cambios en el tiempo no muestran en todos los estratos calendarios más tardíos; destacándose diferencias de calendarios y dispersión por estratos sociales según sea el estatus considerado.

En el dominio de la escuela hallamos diferencias importantes por estratos sociales, sobre todo diferenciándose la experiencia de los varones y mujeres de estratos altos respecto a los dos estratos más bajos. La expansión del proceso educativo es notoriamente estratificada a medida que avanzamos en la edad en ambos sexos (refiriendo a niveles educativos que se encuentran más allá de la secundaria básica).

En el dominio del trabajo obtenemos evidencias muy distintas por sexo de la desagregación por estratos sociales. El gran cambio en el tiempo en las mujeres se centra en las prevalencias a los 45 años, que si bien aumenta en todos los estratos, avanza hacia un escenario de prevalencias muy desiguales por estrato. Los cambios en los calendarios y dispersión, y la magnitud de esos cambios varía según el estrato social. Sin embargo, en el dominio del trabajo no se observan grandes diferencias de calendario entre estratos para ninguno de los dos períodos de tiempo en el caso de los varones. Entre 1985 y 2006 la tendencia del cambio se observa en las edades de inicio de entrada (representada por el segundo decil) más tardías, pero este corrimiento se da en todos los estratos sociales con edades de inicio para los tres estratos sociales entre los 17 y 18 años.

Veamos estos aspectos con un poco más de detenimiento para mujeres y varones de distintos estratos en cada uno de los dominios institucionales

Dominio de la Familia

Respecto a la prevalencia a los 45 años alcanzada por los estatus del dominio familiar debemos destacar que las mujeres de todos los estratos socioeconómicos presentan un nivel de expansión muy alto, superando en todos los casos el 80% (ver gráficos a), b) y c) de la figura IV.8 al final de este apartado). Pese a eso debemos destacar que las prevalencias a los 45 años para las mujeres de estratos residenciales bajos en los estatus de unión y maternidad tienden a ser un poco mayores que en las de los otros.

En el caso de los varones, en ambos estatus del dominio familiar (no residencia con los padres y haber estado alguna vez unido) observamos niveles de expansión muy altos, superando para los dos períodos en el tiempo y para todos los estratos prevalencias superiores a 87% (Figura IV.9: gráficos a) y b)). Si bien hay algunas oscilaciones no observamos grandes diferencias entre estratos ni cambios respecto a la tendencia de cambio general en el tiempo analizado.

Con respecto a las desigualdades de calendario y dispersión en mujeres se evidencia en los gráficos a), b) y c) de la figura IV.10 que hay diferencias notorias entre estratos en dos de los

estatus familiares: maternidad y unión. De esta forma, en el caso de unión y maternidad se hace notoria una tendencia a presentar calendarios más tardíos en los estratos más altos (esto ya era notorio para 1985 y lo continúa siendo para el 2006). En el caso de la “no residencia con los padres” esto no sucede para mujeres de distintos estratos, presentando entre ellos edades medianas muy similares; y diferenciándose solo por la dispersión que presentan. Podemos también identificar una tendencia general hacia el aumento de la dispersión del rango central del 60% en los tres estratos de los estatus del dominio familiar en el tiempo. De todas formas las magnitudes alcanzadas para cada caso en los ritmos de entrada al estatus tienden a ser también diferentes entre los estratos.

Respecto al calendario en varones podemos destacar que se corrobora en los tres estratos para ambos estatus la tendencia observada en el tiempo en la población de varones en general: avanzar a calendarios más tardíos (ver Figura IV.11: gráficos a) y b)). Pese a estos cambios en el tiempo podemos destacar una relativa uniformidad de calendarios entre estratos en varones en lo referente a la unión, con edades medianas muy similares entre estratos (tanto para 1985 como para 2006). Solo los varones de estratos altos muestran una edad al inicio de la entrada en unión (segundo decil) un poco más tardía que el resto de los estratos en el 2006. En el estatus de “no residencia con los padres” identificamos más diferencias entre los estratos. Mientras los varones de estratos altos muestran la edad mediana más tardía y próxima a los 28 años, los de estrato bajo muestran la edad al segundo decil más tardía, ya próxima a los 21 años y la del octavo decil a los 35 años. Esto nos indica obviamente un rango de dispersión amplio, que nos habla de un proceso de salida de la casa de los padres muy lento y mayor que el de los otros estratos, pero incluso una mayor heterogeneidad de composición de los hogares de estratos bajos. Si comparamos los calendarios de la unión y la salida de la casa de los padres los veremos muy superpuestos en el caso de los estratos bajos, frente a calendarios más tempranos en la salida de casa de los padres respecto al de unión en estratos medios y altos (configuraciones de estatus que podremos analizar en capítulos anteriores)

Dominio de la Escuela

El análisis de la prevalencia y los niveles de expansión del estatus de estudiante en distintos momentos del tiempo de vida de las mujeres de distintos estratos sociales nos permite comprender mejor lo que ya identificamos para la población femenina en general.

CUADRO IV. 7
PREVALENCIA A EDADES ESPECÍFICAS DEL ESTATUS DE ESTUDIANTE EN MUJERES, 1985 y 2006

Edad	Estrato Bajo		Estrato Medio		Estrato Alto	
	1985	2006	1985	2006	1985	2006
7	96.2	99.5	97.6	100.0	97.9	100.0
13	87.7	96.1	93.9	94.9	95.2	97.2
16	51.5	75.5	71.7	79.8	79.1	98.6
20	15.5	37.0	37.4	43.9	45.9	79.7
25	4.3	17.8	15.2	27.2	21.2	55.7
30	1.8	7.7	5.6	11.9	7.4	23.2
40	0.6	3.4	1.3	3.5	1.5	6.3

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Al observar las prevalencias a distintas edades por estratos residenciales en el Cuadro IV.7 resaltan los niveles de expansión casi universales en los tres estratos que alcanzan la escuela en la niñez (educación primaria), e incluso estos niveles de expansión casi universal lo podemos ver ya desde 1985 abarcando edades insertas en niveles de secundaria básica (13 años aproximadamente). Ya a partir de las prevalencias a los 16 años podemos observar desigualdades entre estratos que eran notorias en 1985 y se mantienen para el 2006. Mientras en el estrato alto para el 2006 se alcanza una prevalencia de 98.6% de mujeres de 16 años que estudian, en el estrato bajo y medio esta proporción se mueven entre 75 y 80%. A niveles educativos más altos (bachillerato y universidad) se observa en las mujeres de distintos estratos mayor desigualdad en la participación. Si bien hay un aumento de la participación en el tiempo a cada edad analizada en los tres estratos, las diferencias se mantienen y alcanzan a ser relativamente grandes. En este sentido, para el 2006 casi dos terceras partes de las mujeres de 20 años de estratos bajos no estudian frente a solo una quinta parte de las mujeres de estrato alto.

CUADRO IV. 8
PREVALENCIA A EDADES ESPECÍFICAS DEL ESTATUS DE ESTUDIANTE EN VARONES, 1985 y 2006

Edad	Estrato Bajo		Estrato Medio		Estrato Alto	
	1985	2006	1985	2006	1985	2006
7	96.3	98.9	96.9	99.8	97.6	98.4
13	87.4	94.8	94.4	97.1	96.0	99.5
16	47.3	67.6	68.4	69.1	74.8	89.6
20	11.9	28.9	34.9	36.9	40.8	64.2
25	3.6	14.4	17.1	23.2	21.0	48.5
30	2.0	6.2	5.3	7.1	9.4	22.6
40	0.9	0.8	1.3	2.2	2.0	4.4

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

En el cuadro IV.8 podemos observar que el estatus de estudiante de los varones está ampliamente extendido en los tres estratos en los primeros niveles de la enseñanza (primaria y secundaria básica); alcanzando a casi la totalidad de ellos a los 7 años y manteniéndose igualmente en altos porcentajes para los 13 años. A partir de esta edad podemos observar diferencias entre estratos en las prevalencias a edades específicas. Estas diferencias entre estratos sociales tienden a hacerse aún más pronunciadas a medida que avanzamos en la edad de los varones.

En el 2006, para los 16 años los varones de estratos altos mantienen los niveles de universalidad del estatus (casi un 90%), mientras que estudian un 69.1% y 67.6% de los varones de estratos medios y bajos respectivamente. La selectividad en la permanencia en la escuela por estrato se hace aún más evidente a medida que avanzamos a niveles universitarios y más. Al observar los cambios en el tiempo podemos dar cuenta de un doble proceso en los varones: por un lado, todos los estratos aumentan las prevalencias en todas las edades específicas, y por otro lado, el proceso de desigual participación en la educación por estrato se mantiene respecto a 1985, o incluso se hace más marcado en el 2006.

Respecto al calendario y la dispersión hay diferencias notorias entre estratos en ambos sexos. La tendencia general en mujeres indica que a estratos más altos el calendario será más tardío y será mayor también la dispersión; lo que se corrobora para 1985 y el 2006. Asimismo,

podemos identificar un proceso de enlentecimiento del proceso de salida de la escuela en el tiempo en los tres estratos. De todas maneras, las diferencias de calendarios y dispersión entre mujeres de distintos estratos en 2006 son muy grandes: el estrato alto se distancia notoriamente de los otros en las edades a los tres deciles analizados.

Respecto a los calendarios entre estratos en varones nos interesa desatacar la tendencia contraria en el estrato medio en el tiempo histórico analizado respecto a la de los otros dos estratos, con un rejuvenecimiento de la edad mediana. Mientras que en los varones de estratos bajos y altos la edad mediana se hace más tardía hacia el 2006 (ver gráficos c) de Figura IV.11). Ya para el 2006 tenemos un escenario donde los varones de estrato alto muestran un calendario muy diferente al de los otros dos estratos, con edades a los tres deciles notoriamente más tardías.

Respecto a la dispersión en los tres estratos se confirma la tendencia que ya observamos en la población de varones en general: los rangos centrales del 60% aumentan en los tres estratos. Pese a que la edad al segundo decil se hace más tardía, la amplitud de los rangos es mayor para el 2006 porque aumenta la edad al octavo decil.

Dominio del Trabajo

En el análisis de prevalencia habíamos destacado anteriormente el aumento importante en el tiempo de la participación de las mujeres en el ámbito del trabajo remunerado. Al desagregar esta participación de las mujeres en el trabajo por estrato se observa que ese aumento entre 1985 y 2006 ha sido muy estratificado (tal cual se distingue en el gráfico e) de la Figura IV.8). Si bien hay aumento de la prevalencia en los tres estratos, mientras que en el estrato medio observamos un cambio de prevalencia a los 45 años de un 11% aproximadamente, en el estrato alto y el bajo supera al 22%. Si nos centramos en el escenario de 2006 se observa casi un 88% de mujeres trabajando a los 45 años en estratos altos frente a proporciones de 69.5% y 66.5% en estratos bajos y medios respectivamente.

En el análisis de prevalencias a los 45 años de los varones de distintos estratos se destaca que la inmensa mayoría de ellos trabajan (con prevalencias siempre superiores al 90%). Es un estatus de carácter casi universal independientemente del estrato (gráfico e) de Figura IV.10).

En los calendarios y la dispersión de mujeres de distintos estratos observamos algunas diferencias pero también muchas similitudes (tal cual se observa en los gráfico e) de Figura IV.10). Así, para 1985 podemos identificar un escenario donde no sólo eran pocas las mujeres que trabajaban en los estratos bajos, sino que además entraban al trabajo a un ritmo muy lento; frente a las mujeres en estratos medios y altos que trabajan en mayor proporción y con un ritmo más rápido. Para el 2006 la edad mediana de las mujeres que trabajan en estratos bajos es significativamente más temprana que para 1985, pero el proceso de entrada continúa siendo muy lento; sobre todo el pasaje del quinto al séptimo decil. En estratos medios y altos se observan edades medianas más tardías que las de 1985 y rangos de dispersión mucho más pequeños. De todas formas, en el 2006 en el dominio del trabajo se muestran edades al segundo y quinto decil muy similares entre los estratos, evidenciando un inicio de la vida laboral a edades similares para mujeres de distintos estratos. Las diferencias están en la velocidad del proceso de entrada al trabajo.

Respecto al calendario en varones habíamos observado una tendencia general a calendarios más tardíos en el tiempo histórico analizado; pero esto sólo es expresión de lo que

acontece en el estrato alto (ver gráfico e) de Figura IV.11). Para el 2006 varones de estrato bajo y medio muestran edades medianas muy próximas a las de 1985. Lo que se produce en estos estratos es un aumento de la edad al segundo decil hacia el 2006, lo cual nos estaría indicando una edad de inicio de la cohorte de entrada a trabajar un poco más tardía; para luego, en forma más rápida se alcanzaría al 50% de los varones trabajando.

Respecto a los ritmos de entrada en el estatus de trabajador podemos identificar diferencias de rangos de dispersión en varones de distintos estratos para ambos períodos de tiempo (ver gráfico e) de Figura IV.11). Pero estas diferencias de los rangos de dispersión entre estratos tienden a hacerse menores en el 2006. Asimismo, mientras en varones de estrato bajo y alto el ritmo de entrada a trabajar tiende a hacerse un poco más lento en el 2006 –respecto a lo que era en 1985, en los de estrato medio la dispersión se reduce. Lo cual nos estaría indicando una mayor velocidad de la entrada al trabajo de los varones en estratos medios respecto a los otros dos para el 2006.

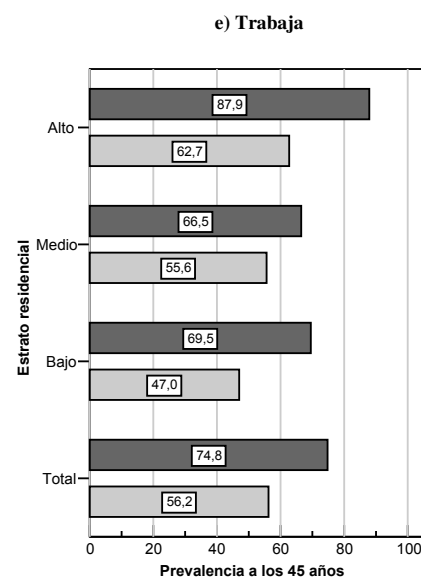
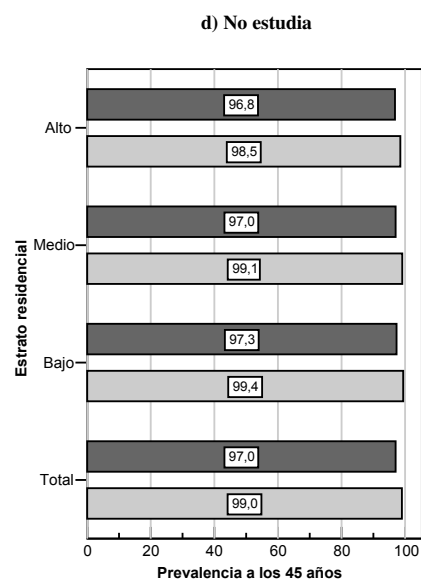
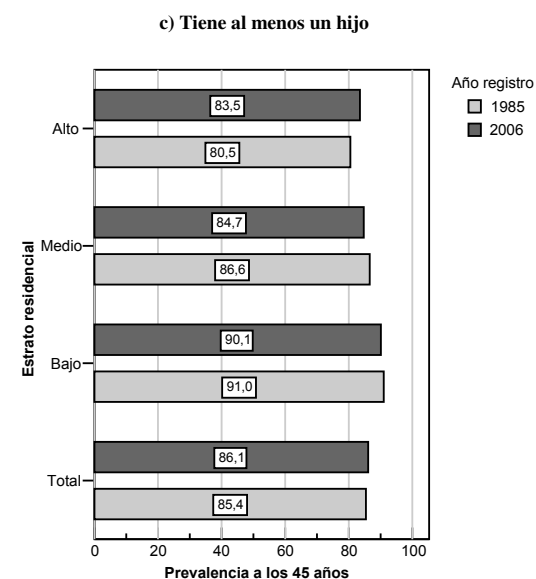
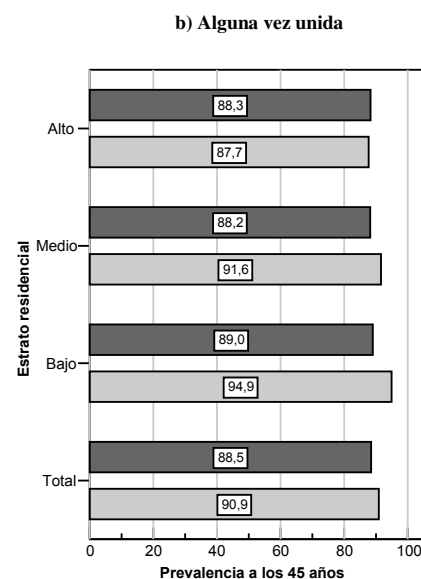
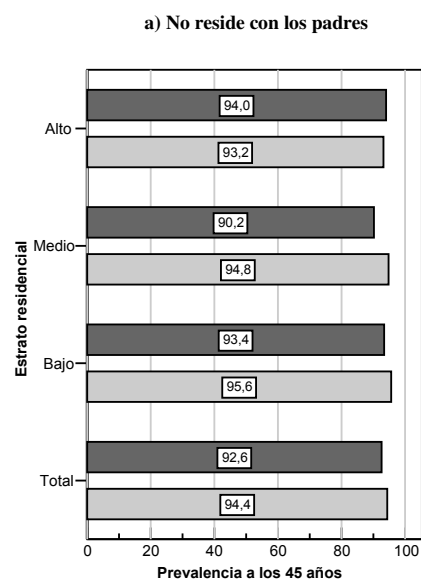


Figura IV.8: Prevalencia a los 45 años de edad por estatus, mujeres de distintos estratos residenciales para 1985 y 2006.

- Gráfico a)** Prevalencia a los 45 años de “No reside con los padres” por estrato en mujeres para 1985 y 2006.
- Gráfico b)** Prevalencia a los 45 años de “Alguna vez unida” por estrato en mujeres para 1985 y 2006
- Gráfico c)** Prevalencia a los 45 años de “Tiene al menos un hijo” por estrato en mujeres para 1985 y 2006
- Gráfico d)** Prevalencia a los 45 años de “No estudia” por estrato en mujeres para 1985 y 2006
- Gráfico e)** Prevalencia a los 45 años de “Trabaja” por estrato en mujeres para 1985 y 2006

Fuente: Elaboración propia con microdatos censales para 1985 y encuesta de hogares para 2006.

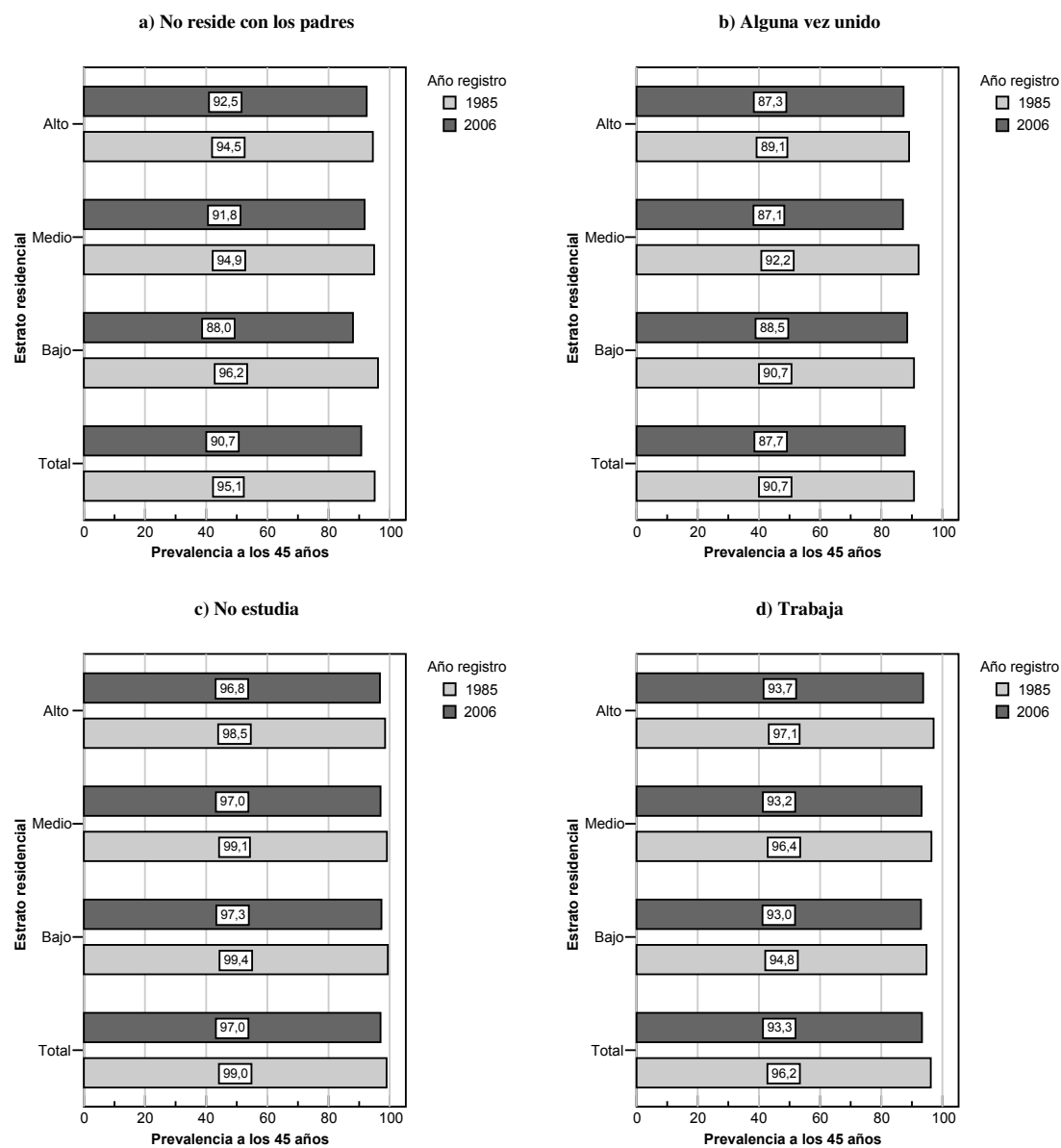


Figura IV.9: Prevalencia a los 45 años de edad por estatus, varones de distintos estratos residenciales para 1985 y 1996.

- Gráfico a)** Prevalencia a los 45 años de “No reside con los padres” por estrato en hombres para 1985 y 2006.
- Gráfico b)** Prevalencia a los 45 años de “Alguna vez unida” por estrato en hombres para 1985 y 2006
- Gráfico c)** Prevalencia a los 45 años de “Tiene al menos un hijo” por estrato en hombres para 1985 y 2006
- Gráfico d)** Prevalencia a los 45 años de “No estudia” por estrato en hombres para 1985 y 2006

Fuente: Elaboración propia con microdatos censales para 1985 y encuesta de hogares para 2006.

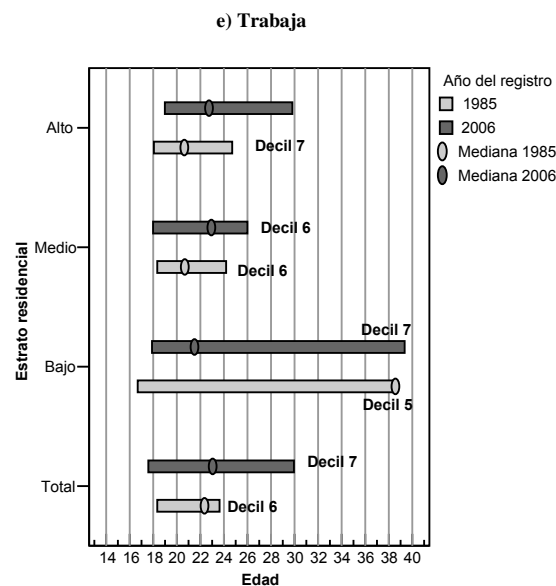
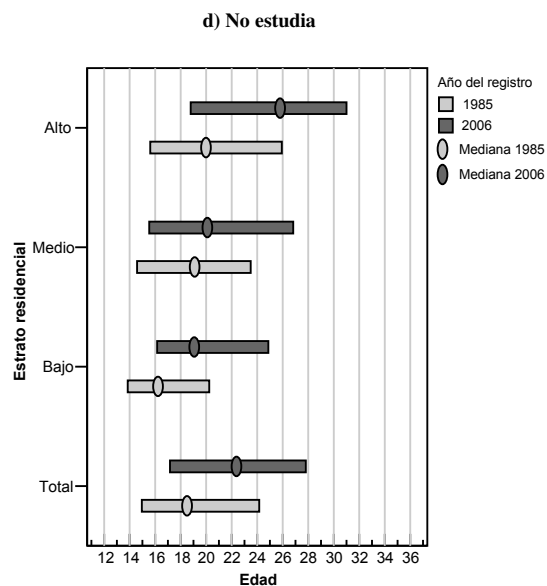
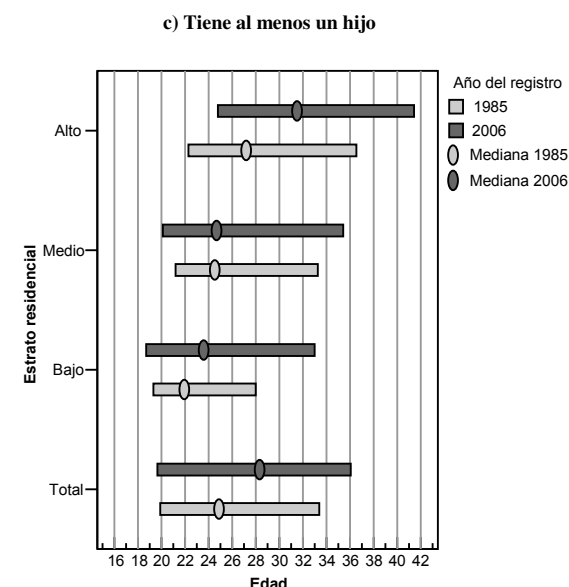
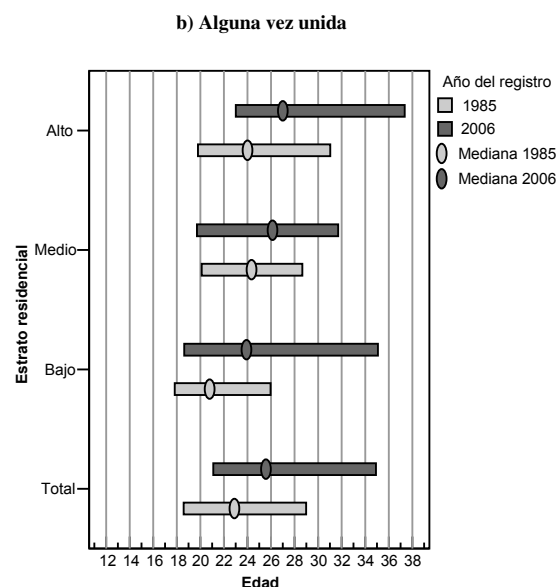
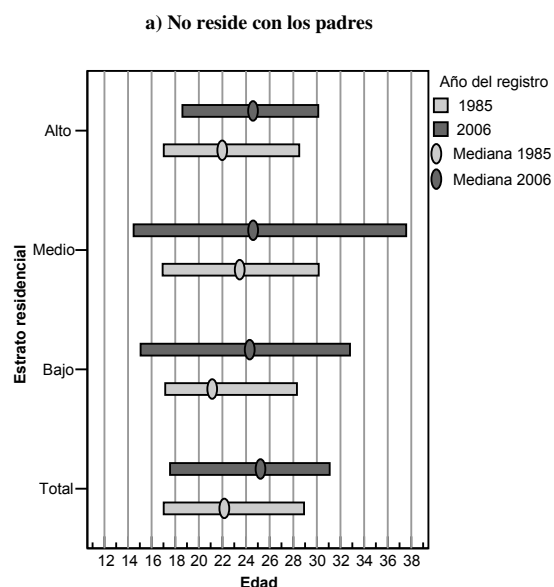


Figura IV.10: Calendario del segundo al octavo decil, para cinco estatus, Mujeres de distintos estratos residenciales para 1985 y 2006

- Gráfico a)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “No reside con los padres” por estrato en mujeres para 1985 y 2006.
- Gráfico b)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “Alguna vez unida” por estrato en mujeres para 1985 y 2006.
- Gráfico c)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “Tiene al menos un hijo” por estrato en mujeres para 1985 y 2006.
- Gráfico d)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “No estudia” por estrato en mujeres para 1985 y 2006.
- Gráfico e)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “Trabaja” por estrato en mujeres para 1985 y 2006.

Fuente: Elaboración propia con microdatos censales para 1985 y encuesta de hogares para 2006.

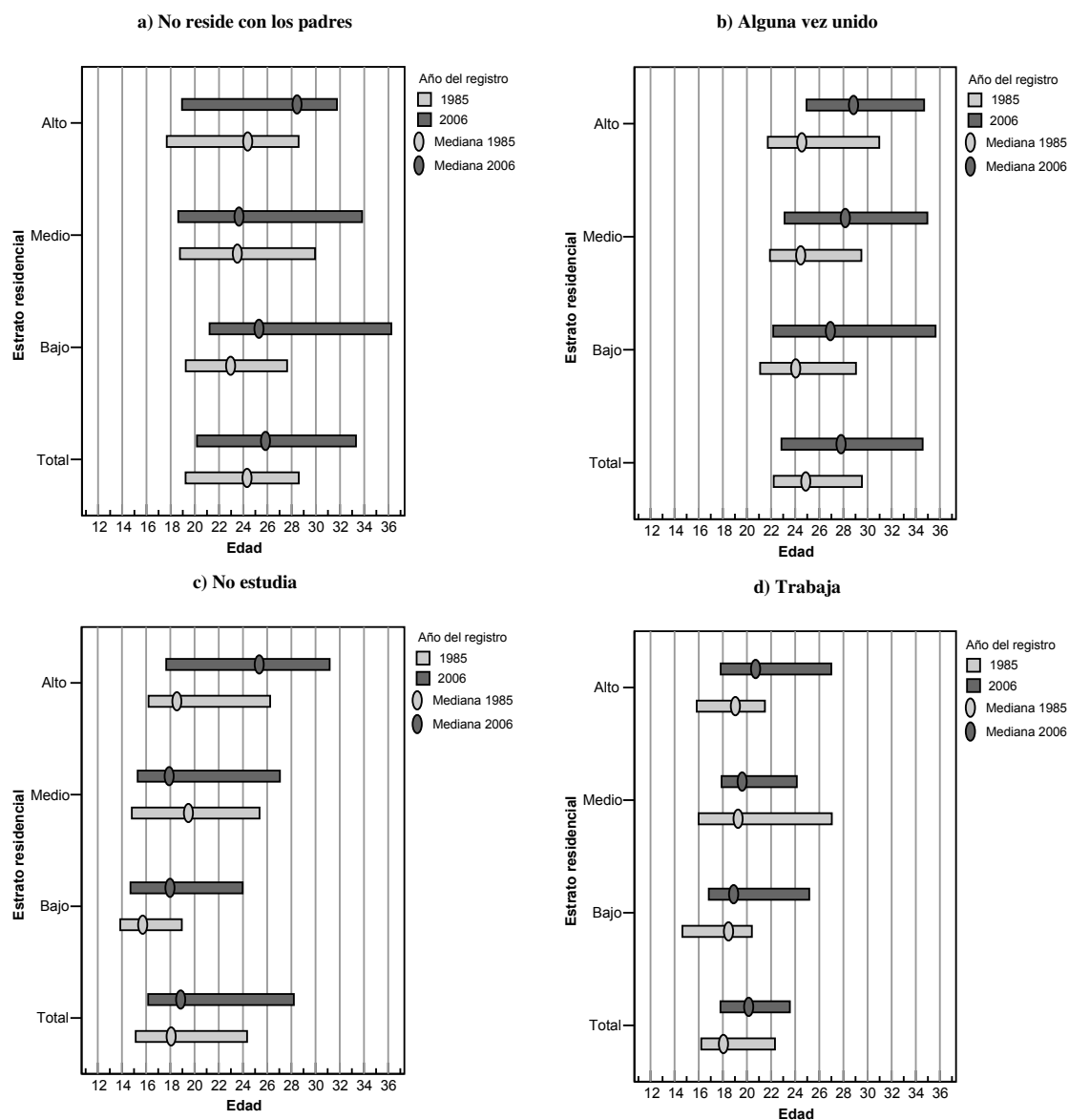


Figura IV.11: Calendario del segundo al octavo decil, de cinco estatus, Varones de distintos estratos residenciales para 1985 y 2006

- Gráfico a)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “No reside con los padres” por estrato en hombres para 1985 y 2006.
- Gráfico b)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “Alguna vez unida” por estrato en hombres para 1985 y 2006.
- Gráfico c)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “No estudia” por estrato en hombres para 1985 y 2006.
- Gráfico d)** Edades al segundo, quinto y octavo decil de “Trabaja” por estrato en hombres para 1985 y 2006.

Fuente: Elaboración propia con microdatos censales para 1985 y encuesta de hogares para 2006.

IV.3 Conclusiones generales del capítulo

En este apartado, nos proponemos reflexionar sobre las respuestas que hemos ido obteniendo a las preguntas de investigación que planteamos al inicio del capítulo bajo una preocupación teórica un poco más amplia. A modo de ordenar los ejes sobre los cuales intentaremos cerrar esta fase de análisis primero buscaremos identificar procesos de estandarización o desestandarización en el tiempo de los estatus simples, integrando ya los procesos de desigualdad que pudimos identificar en el análisis por estratos sociales. A continuación nos centraremos en una comparación de los niveles de estandarización alcanzados entre los distintos estatus para un mismo período de tiempo, a la luz de las desigualdades de experiencias por sexo que hayamos identificado. De esta manera, nos proponemos identificar los patrones de regulación y sus niveles de intensidad, en los distintos dominios institucionales involucrados.

Con respecto a la identificación de los cambios en el tiempo en el eje de estandarización–desestandarización pudimos observar distintos procesos en las magnitudes del cambio según los estatus, y esto aparece muchas veces mediado por sexo. Cuando hablamos de proceso de estandarización estamos refiriendo en términos operativos a la identificación del carácter universal en la expansión de esos estatus, así como también la relativa uniformidad en sus calendarios. En este sentido, estamos ante un proceso de estandarización cuando la mayoría de las personas alcanzan el estatus analizado y lo hacen en edades similares. Cuando se observan procesos de pérdida de incidencia de esos eventos en la vida de las personas (es decir que pasan a ser estados que experimentan o alcanzan solo algunos grupos por ejemplo), y cuando la ocurrencia de dichos eventos se da en tiempos más difusos o dispersos en la población podemos referir a procesos de desestandarización.

Dada estas definiciones, a la luz de los resultados obtenidos no pudimos identificar procesos de estandarización en el tiempo transcurrido, si bien hay casos en los cuales vemos al estatus igualmente estandarizado en los tres períodos de tiempo. Tal es el caso de la tendencia observada en el tiempo en los calendarios y la dispersión del estatus de trabajador en los varones: el mismo se muestra muy estandarizado ya para 1985 y lo continúa siendo en el 2006. El resto de los estatus analizados en varones y los cinco analizados en las mujeres pueden mostrar tendencias a mayor dispersión en el transcurso de tiempo contemplado y algunos corrimientos de calendarios. Pero en ningún caso observamos pérdida en las prevalencias que nos reportaran que iban perdiendo su carácter universal. Podían cambiar los calendarios y ritmos en la adquisición de los estatus, pero existía una tendencia a alcanzarlos a lo largo de la vida de los individuos.

Si intentamos caracterizar los distintos estatus demográficos en función del nivel de estandarización alcanzado en el 2006 (ya no como proceso o tendencia de cambio en el tiempo); podemos identificar que los estatus de ámbitos privados como la familia, frente a los más públicos como la escuela y el trabajo, mostraron mayores niveles de dispersión en ambos sexos.

En este sentido, los mayores rangos de dispersión de edades aparecieron en los estatus del ámbito familiar tanto en mujeres como en varones. Identificamos a la familia como el dominio en donde mujeres y varones parecieran ajustar con márgenes más amplios sus decisiones frente a los mandatos regulatorios por edad, mostrándose más rígidos en términos relativos en la escuela y el trabajo.

Asimismo, identificamos brechas importantes en el calendario del dominio de la familia entre varones y mujeres; lo cual nos interesa ligarlo con la rigidez que encontramos en el mundo

del trabajo para los varones. Los varones estarían ajustando sus comportamientos en los estatus familiares a calendarios más tardíos que las mujeres, y este ajuste desigual nos obliga a recordar que la participación en el mundo del trabajo y la escuela de mujeres y varones es también muy desigual. Las mujeres tienen otra temporalidad histórica en su proceso de individualización, y alcanzaron una mayor participación en el mundo laboral en tiempos muy recientes, sucediendo lo mismo con los niveles educativos más altos (de profesionalización).

Indudablemente los ámbitos de vida de carácter privado como la familia, si bien gozan de regulación externa, son también dimensiones de autorregulación muy intensa. En este sentido, el enlentecimiento en los procesos de entrada en los estatus de este dominio podría estar señalando un aumento de los márgenes de decisión individual; aunque de todas maneras se cumple con el mandato con carácter casi universal, pero ya con más flexibilidad en los ritmos de entrada.

Esta flexibilidad en los comportamientos de un dominio institucional como la familia se contrapone con la rigidez que encontramos en los de la escuela y el trabajo. Pareciera que donde se tienen ganado más años en el largo proceso social de individualización de las mujeres, como es el caso del ámbito familiar, fuera donde pueden emerger los márgenes para una autorregulación, apareciendo los matices de decisión que se expresan en rangos más dilatados en el proceso de adquisición de esos estatus (autocoacción temporal). En aquellas dimensiones de vida que refieren a “conquistas” más recientes de las mujeres, los márgenes de fluctuación por edad aparecen más acotados en comparación con los estatus del dominio familiar. Habida cuenta que los ámbitos de vida públicos están más marcados por la regulación externa, en el mundo de los varones los mandatos institucionales y regulatorios aparecen claramente expresados por la rigidez en el mundo del trabajo. Creemos que esta brecha entre mujeres y varones en el mundo del trabajo posiciona inevitablemente a unos y otros en forma muy desigual en el manejo de los tiempos del ámbito familiar.

Es muy interesante destacar que las diferencias entre estratos sociales en el dominio familiar en varones no son muy marcadas para el 2006, reforzando la idea de que puede ser el mundo del trabajo y sus reglas que propicia los calendarios más tardíos en el ámbito familiar; pues los varones presentan en todos los estratos escenarios similares en relación al trabajo.

Las mujeres tienen comportamientos en el trabajo muy desiguales por estratos en el 2006, y esto se expresa también en una desigualdad de calendarios y dispersiones en lo que respecta a los estatus familiares; y sobre todo en los calendarios y dispersión respecto a la entrada en la maternidad. Más proporción de mujeres de estratos altos trabajan, y lo hacen en calendarios más tempranos y con menos dispersión que los estratos bajos. Pero esta situación se invierte entre los estratos al observar los calendarios y la dispersión para la maternidad. Esto lo trabajábamos en la hipótesis 2.1.5 y vamos a retomarlo en el próximo capítulo cuando veamos las prevalencias de combinaciones entre los estatus. Recordemos que frente a todos los cambios acontecidos en la estructura social uruguaya, no se alcanza una institucionalización del cuidado del niño desmercantilizado por fuera del ámbito familiar.

En este sentido, las dificultades identificadas en los mercados de trabajo, descritos en el capítulo II, en los varones puede cobrar sus costos con ajustes en el mundo familiar, postergando la salida de la casa de los padres y la formación del hogar propio. Asimismo, la identificación de carencias de políticas de vivienda es un eje a considerar con el enlentecimiento de la salida de la casa de los padres que observamos tanto en mujeres como en varones.

Capítulo V.

La heterogeneidad de estados por edades en el tiempo

En esta segunda fase analítica haremos un movimiento más en vías de comprender la complejidad de los procesos involucrados en la transición a la vida adulta, y lo que esto puede revelarnos respecto a procesos sociales de corte más general, relacionados con cambios en la estructuración de los cursos de vida. En este sentido, nos interesa abordar la transición a la vida adulta desde una perspectiva diferente a la del capítulo anterior; priorizando un enfoque analítico que combine las múltiples transiciones que están involucradas en el proceso y se integre en una medida sintética.

De esta forma buscaremos responder un conjunto de preguntas de investigación: ¿en qué momentos de la vida de mujeres y varones se produce este pasaje a la adultez?, ¿cuál ha sido la heterogeneidad de estatus a distintas edades de los individuos en distintos momentos del país?, ¿a qué edad comienza a hacerse más o menos compleja la combinación de estatus en cada cohorte de mujeres y varones?, ¿esta complejidad del curso de vida en términos de heterogeneidad de combinación de estatus a edades determinadas se ha incrementado o ha decrecido en el tiempo?, ¿y para quiénes? ¿Cuáles son las instituciones sociales que desempeñan un rol importante en la estructuración del curso de vida a distintas edades? ¿Son los mismos estatus que homogenizan experiencias en mujeres y varones de mismas edades?

Plantaremos como una técnica adecuada para dar cuenta de las diferencias cualitativas en las combinaciones de estatus a lo largo del curso de vida y responder nuestras preguntas de investigación *el índice de entropía de combinación de estatus a edades específicas (IE)* propuesto por Fussell (2006). Los análisis de entropía, y sus transformaciones, han sido utilizados en la investigación sociológica principalmente para medir la desigualdad en la distribución de medidas continuas u ordinales –como el ingreso, distribución de la población, y ocupación (Allison 1984; Magidson 1981, Cortés y Rubalcava 1984). Si pensamos en su uso para estudios de procesos de heterogeneidad en curso de vida podemos identificar la aplicación pionera de Francesco Billari. En esa oportunidad utilizó el índice de entropía de Theil para examinar la heterogeneidad de secuencias de estatus adquirida durante el curso de vida con fuentes de datos longitudinales para Italia (Billari, 2001). En esta oportunidad, nosotros utilizaremos la transformación posterior que realizó Elizabeth Fussell (2006), en la cual adapta el índice de entropía de Theil para variables nominales y lo propone para estudiar la heterogeneidad de combinaciones de estatus sociodemográficos en cohortes sintéticas derivadas de fuentes de datos censales.

Este índice (al que también referiremos como IE) nos permite obtener una medida resumen que da cuenta del grado en el cual individuos de una misma edad son similares en su combinación de distintos estatus sociodemográficos. A modo de explicitar la técnica propuesta diremos que consiste en calcular medidas de entropía conjuntas a partir de combinaciones de estatus (ser o no ser estudiante, residir o no residir con los padres, haber estado unido alguna vez o no haberlo estado, estar o no trabajando, haber tenido al menos un hijo o no haberlo tenido) por edades específicas, asumiendo los datos del censo como los de una cohorte sintética.

Del punto de vista de su potencial explicativo permite medir diferencias en el calendario en la transición a la vida adulta a lo largo del tiempo, comparando distintas cohortes sintéticas y

subpoblaciones a su interior. Al comparar el índice en dos o más períodos de tiempo se puede evaluar los cambios o continuidades en el tiempo en las gradaciones por edad de las distintas etapas del curso de vida, transformándose en una herramienta muy importante para medir la transición a la vida adulta, especialmente en su presentación gráfica. En este sentido el IE captura los cambios en las prevalencias en la entrada a los estatus involucrados en la TVA por una cohorte en una edad específica así como el grado en el cual los estatus están coordinados, sea negativa o positivamente (Fussell, 2006).

El índice de entropía de combinaciones de estatus a edades específicas se construye a partir de la codificación de los estatus individuales actuales a cada edad, generando una variable (que en nuestro caso denominamos “estatus”) que para el caso de las mujeres tendrá cinco dígitos que describen su estatus marital, parental, estudiantil y laboral, así como la relación con el jefe de hogar (del cual se deriva si reside con padre y/o madre). Para el caso de los varones sólo se toman en cuenta cuatro de esos estatus, ya que ellos no son interrogados en los censos por su paternidad, obteniendo una variable “estatus” de cuatro dígitos. A efectos prácticos denominaremos “*estados*” a las combinaciones posibles y específicas entre los estatus sociodemográficos incluidos. De esta forma, para el caso de las mujeres se trabajan con 32 estados posibles (categorías de la variable “estatus”) y para los varones con 16, obteniendo para cada caso una distribución de esas subpoblaciones entre los 32 y 16 estados respectivamente. Siendo lo mismo decir que se obtiene para cada edad una descripción de si esa población está actualmente asistiendo a la escuela, residiendo con alguno de sus padres, trabajando, si ha estado alguna vez unido; y si es mujer además, si ya ha tenido al menos un hijo (ver cuadro V.1).

Teniendo como insumo a la variable denominada “combinación de estatus” podemos obtener para cada edad el porcentaje de distribución de todas las combinaciones de estatus, siendo calculada de acuerdo a su sexo y construyendo propiamente la cohorte sintética de mujeres y varones. Esta última medida (la proporción de personas en cada estado por edades específicas) es sumada con un índice de entropía⁴² que describe la heterogeneidad de estados a edades específicas.

CUADRO V.1
VARIABLE “COMBINACIÓN DE ESTATUS” (ESTADOS)

“Estatus”	Código
Relación con el jefe de hogar y/o cónyuge del jefe: no hijo	0
Relación con el jefe de hogar y/o cónyuge del jefe: hijo	1
Estatus marital: nunca unido	... 0
Estatus marital: alguna vez unido	... 1
Estatus parental: sin hijos	 0
Estatus parental: con al menos un hijo	 1
Estatus laboral: no está en la fuerza de trabajo	 0 ...
Estatus laboral: está en la fuerza de trabajo	 1 ...
Estatus escolar: no asiste	 0
Estatus escolar: asiste	 1

FUENTE: elaboración propia.

⁴² Índice de entropía: $E = \sum p_s \ln(1/p_s)$, Donde: S = el número de estatus y p_s = la proporción de población en el estatus s.

El índice de entropía variará de cero (cuando la homogeneidad es perfecta y todos los individuos están concentrados en un solo estado) a un máximo definido como entropía máxima⁴³ (cuando hay una igual distribución de casos en todas las combinaciones de estatus). Para que la medida resumen obtenida sea más fácil de interpretar se recomienda transformar los valores del índice en un porcentaje de la entropía máxima (Fussell, 2006). De esta forma, cuanto más próximo a 100% es el valor obtenido en una edad, mayor será la dispersión de los individuos de esa edad entre los diferentes estados.

Por lo tanto, en el IE se toma como unidad básica de cálculo a cada uno de los grupos de edades específicas que podemos observar en los censos (o fuente de corte transversal) para las sub-poblaciones que se quieran considerar⁴⁴, que al ser ordenados por edad se constituyen en una cohorte sintética o ficticia.

Comúnmente en un análisis de cohorte sintética asumimos que los estados adquiridos en cada edad en un año dado replican la progresión de una cohorte en la entrada o salida del estatus; por lo que se está asumiendo que las transiciones de estatus son irreversibles. Con datos de corte transversal, como son los censos, no podemos observar si el individuo ha experimentado una reposición en el estatus (por ejemplo que haya entrado a trabajar y luego haya dejado de hacerlo), sino que sólo podemos conocer su posición respecto al estatus de interés definido en un punto dado del tiempo. Pero, ¿qué efectos tiene esto en el índice de entropía de combinaciones de estatus por edades específicas? Si un individuo lo identificamos a una edad determinada temporalmente ausente de la fuerza de trabajo, habiendo trabajado ya anteriormente (elemento que no podemos distinguir por la característica de las preguntas censales) tendrá en nuestro análisis un efecto de aumento de la heterogeneidad en esa edad específica bajando el predominio de un estatus, como es el caso de la participación en la fuerza de trabajo. Pero no significa necesariamente un problema para nuestra investigación, ya que refleja un fenómeno que acontece y del cual queremos dar cuenta: la inestabilidad en el curso de vida. De esta forma, asumir que la prevalencia a una edad específica simula la progresión de una cohorte a lo largo de su curso de vida no amenaza la validez del análisis.

Respecto al trabajo con cohortes sintéticas y los grupos de edades específicas con los que se trabaja es preciso hacer algunas precisiones que ayudarán a comprender aspectos del análisis que realizaremos a continuación. El análisis de cohorte sintética que se realiza con el IE tiene como objetivo principal poder describir los patrones de heterogeneidad de combinación de estados por edades específicas entre períodos y subgrupos poblacionales (como el sexo por ejemplo). Pero también nos permite realizar comparaciones de los niveles de entropías alcanzadas en las mismas edades en distintos períodos de tiempo. Cuando analizamos las edades individuales en conjunto, adoptando el supuesto de que esto refleja la experiencia de una cohorte a lo largo de distintas edades –construimos propiamente la cohorte sintética– y obtenemos una representación de la complejidad en la estructura de vida que se adquiere en cada edad uno o varios períodos de tiempo. De esta manera, cuando estemos analizando las variaciones entre

⁴³ Si denominamos **E** al máximo de entropía y **Cs** al número total de combinaciones de estatus posible, entonces $E_{\max} = (1/Cs) * \ln [1/(1/Cs)]$.

⁴⁴ Para el cálculo del IE se requiere que uno agrupe las personas de la misma edad pero quiénes sean ese grupo de personas va a estar definido por las unidades de análisis que requiera la investigación. En nuestro caso según los niveles de desagregación a veces trabajamos con dos subgrupos poblacionales para cada edad (varones y mujeres de cada grupo etario), en otros momentos vamos a requerir de un análisis más desagregado y tenemos seis subgrupos poblacionales marcados por los estratos residenciales para cada sexo.

tramos de edades en uno o varios años censales aplica el supuesto de cohorte sintética y los tramos de edades, por fuerza del propio supuesto, no se constituyen como cohortes reales. En este tipo de análisis lo que nos interesará es destacar el efecto "edad" al interior de una cohorte, aunque esta sea sintética.

Pero, como ya lo mencionamos, también podemos comparar los niveles de entropía alcanzado a las mismas edades, o tramos de edades, en los distintos períodos de tiempo trabajados; y ahí nos interesará destacar el “efecto cohorte” (edades fijas en cohortes diferentes). En este sentido, estaríamos trabajando con cohortes reales constituidas por los individuos de igual edad y sexo en un momento dado. En este caso creemos que podemos hablar de una cohorte de nacimiento con la siguiente salvedad: que sus nacimientos no se limitan estrictamente a un mismo año calendario. En las fuentes censales no sabemos exactamente cuándo nacieron los individuos sino la edad en años cumplidos en el momento de recolección de los datos; de esta manera, podemos pensar que estos grupos de edades específicas representan cohortes de nacimiento aunque no se limitan estrictamente a un mismo año calendario. De ahora en más cuando hablamos simplemente de cohorte estamos refiriendo a este grupo de personas que comparten la misma edad y sexo en un año calendario que nos marcan las fuentes censales. Para referir a la construcción de la progresión de IE por edades en un período lo haremos como cohorte sintética.

Nosotros trabajaremos con un rango de edades de los 6 a los 45 años para cada fuente de datos transversal (1985, 1996 y 2006), por lo tanto tendremos 39 grupos de edad para cada sexo en cada período de tiempo. La proporción de individuos dada por la combinación de edad-sexo-año calendario de los censos (39 edades, dos sexos y tres períodos) en cada combinación de estatus es transformada usando el índice de entropía multidimensional ⁴⁵ (Cover y Thomas, 1991). La entropía conjunta calculada para cada grupo dado por edad-sexo-año describe la heterogeneidad intra-cohorte, y será mayor o menor dependiendo de cuánto ese grupo de edad específica se distribuye entre todas las combinaciones de estatus.

La entropía conjunta depende principalmente de dos factores: la entropía de los estatus simples y la información mutua⁴⁶ de los estatus. La entropía de un estatus simple varía dependiendo de cómo un estatus – como asistir o no a la escuela – dividen a ese grupo de edad específica. Cuando la mitad del mismo (personas del mismo sexo y edad en un momento del tiempo) está estudiando y la otra mitad no, la entropía de ese estatus es alta. Cuando en su mayoría estudian la entropía es baja, porque se concentran en solo un valor posible de los dos que puede adquirir ese estatus. De esta forma la prevalencia de un estatus está directamente relacionada con la entropía. La medida de entropía conjunta de múltiples estatus toma en consideración cómo los estatus están relacionados entre sí; y variará dependiendo del tamaño de

⁴⁵ $H(E, T, P, M) = - \sum_{e \in E} \sum_{t \in T} \sum_{p \in P} \sum_{m \in M} p_{ijl}(e, t, p, m) \ln p_{ijl}(e, t, p, m)$. Donde E, T, P, M son cuatro variables dicotómicas

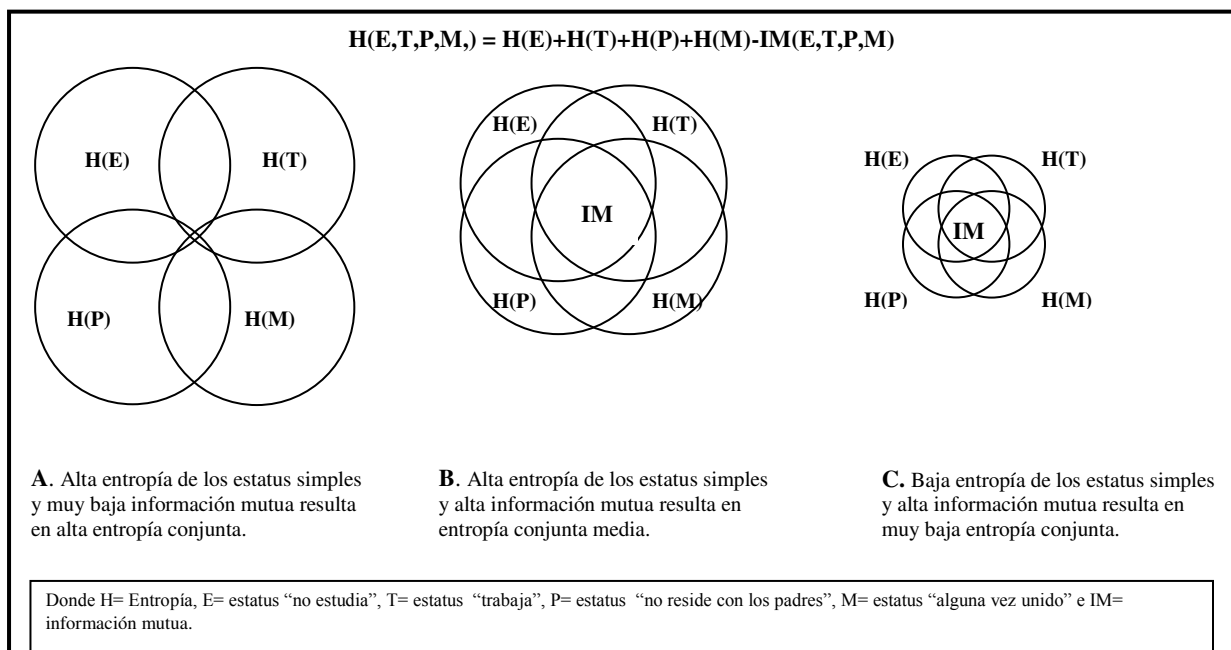
que representan los estatus alcanzados a una edad específica (asistencia escolar, trabaja, coresidencia con alguno de los padres, haberse unido alguna vez), p es la distribución conjunta de la cohorte en cada combinación de estatus creada por la combinación de E, T, P y M; e representa la edad específica, j el sexo y l el año calendario de la fuente de datos. El resumen de esta medida me proporciona un número que indica el grado de heterogeneidad de combinación de estatus para el grupo dado por la edad, el sexo y el año calendario.

⁴⁶ La información mutua (“mutual information”) es una medida del monto de información que una variable aleatoria contiene sobre otra variable aleatoria; pudiendo ser vista como la reducción de incertidumbre de una variable aleatoria dado el conocimiento que tenemos de otra. (Cover y Thomas, 1991)

la información mutua. Es decir, de cuánto el conocimiento sobre un estatus nos permite predecir lo que ocurre en el otro. Cuando se dan distribuciones conjuntas de estatus donde se comparte información la entropía se ve reducida, porque ese grupo de edad específica se distribuye de manera más sistemática entre todas las posibles combinaciones de estatus.

En la figura V.1, que presentamos a continuación, se ilustra cómo las entropías de estatus simples y la información mutua contribuyen a los niveles de la entropía conjunta. Cuando la entropía de los estatus simples es alta y la información mutua pequeña la entropía conjunta resulta alta. Es decir, cuando la población está muy distribuida entre todas las posibles combinaciones de estatus la entropía conjunta es alta (ejemplo A de la Figura V.1). Cuando la entropía de los estatus simples es alta, al igual que la información mutua, veremos reducirse a la entropía conjunta (ejemplo B de la Figura V.1). La entropía conjunta resulta baja cuando la entropía de estatus simples es baja y la información mutua es alta; o sea, cuando la población está concentrada en unas pocas combinaciones de estatus, dependiendo mucho un estatus de otro (ejemplo C de la Figura V.1). La entropía conjunta permite reducir esta información en una única medida por cada grupo de edad-sexo-año, resumiendo en qué medida se distribuye entre las combinaciones de estatus posibles, lo que podemos referir como heterogeneidad de estados, que es en definitiva una variación cualitativa.

FIGURA V.1
TAMAÑO DE LA ENTROPÍA CONJUNTA DADA VARIAS COMBINACIONES DE LA ENTROPÍA DE ESTATUS SIMPLES E INFORMACIÓN MUTUA



FUENTE: adaptación y traducción propia de esquema realizado por Fussell (2006)

Asimismo, este índice de entropía conjunta propuesto por Fussell permite su descomposición por estatus. Esta posibilidad de la técnica nos permite conocer para cada caso el papel que juega cada estatus en la entropía estimada. Para evaluar el aporte de cada estatus

sociodemográfico a la entropía total alcanzada se calcula el porcentaje de diferencia entre la entropía total alcanzada por todos los estatus sociodemográficos trabajados (E_C = Entropía del modelo completo) y la entropía medida cuando uno de los estatus no está incluida en el cálculo (E_R = entropía modelo restringido). Cuando la heterogeneidad observada (O) es mayor que la predicha (P) basada en la distribución máxima de entropía, se interpreta que el estatus omitido contribuye relativamente más al índice. Cuando O es menor a P el estatus omitido contribuye relativamente poco⁴⁷. La descomposición del índice de entropía muestra en qué medida los estatus sociodemográficos particulares, y las estructuras sociales asociadas a ellos, configuran etapas en el curso de vida.

Habiendo realizado los procedimientos que requiere la técnica, obtuvimos los índices de entropía para las edades específicas de 6 a 45 años para la subpoblación de mujeres por un lado y de varones por otra, para los tres períodos de tiempo (1985, 1996 y 2006). De esta forma, el capítulo está organizado a modo de realizar en una primera instancia la presentación y análisis de los valores en los índices entrópicos obtenidos por edades específicas para las tres cohortes sintéticas de mujeres y varones. Esto nos permitirá evaluar el calendario de la transición a la vida adulta como un todo, así como el patrón del índice de entropía por sexo, pudiendo identificar su tendencia en el tiempo.

En una segunda instancia, trabajaremos con los índices de entropía en el tiempo para las seis ciudades de América Latina. De esta manera, podemos enmarcar los hallazgos de niveles, patrones y tendencias en el tiempo de la heterogeneidad de estatus por edades del caso montevideano a la luz de lo que ha acontecido en otras ciudades capitales de la región.

En una tercera instancia, procederemos a un análisis más detenido de lo que acontece a distintas etapas del curso de vida con las combinaciones específicas de estatus sociodemográficos. Al trabajar el índice de entropía por grupos de edad podemos valorar los niveles de estructuración a lo largo de distintas etapas del curso de vida y su evolución en el tiempo. En este sentido, recurriremos a la descomposición de la entropía por estatus para conocer cuáles de ellos (y las estructuras institucionales asociadas a los mismos) están contribuyendo a los patrones de heterogeneidad u homogeneidad observados en distintos momentos de vida. A modo de complementar y de ilustrar los valores de índices entrópicos por edad añadiremos un análisis de frecuencias de las combinaciones de estatus para cada una de las etapas del curso de vida. Esto supone identificar las combinaciones específicas de estatus (estados) que están “por detrás” de la estimación del índice de entropía. Si hay homogeneidad en cierta etapa, poder conocer cuál es la combinación específica de los estatus analizados que está concentrando más experiencias; así como valorar lo mismo en el caso de la heterogeneidad (cuales son las configuraciones de estatus en las que se dispersan las experiencias de personas de esas edades).

De esta manera, en esta fase del análisis empírico podemos tomar en consideración un conjunto de hipótesis que explicitamos en el capítulo III que tienen en su trasfondo el eje de estandarización versus desestandarización en la estructura social cambiante uruguaya de fines del S.XX y principios del S.XXI. Para lo cual creemos necesario establecer la relación entre los

⁴⁷ Donde: O = Heterogeneidad observada, P = Heterogeneidad predicha basada en la máxima distribución de entropía, E_c = entropía del modelo completo con todos los estatus y E_r = entropía sin el estatus a evaluar;
 $P = \left(\frac{\max E_c - \max E_r}{\max E_c} \right) 100$ y $O = \left(\frac{E_c - E_r}{E_c} \right) 100$.

conceptos teóricos trabajados de estandarización y desestandarización del curso de vida – heterogeneidad del curso de vida– con la herramienta analítica seleccionada –el índice de entropía de combinaciones de estatus a edades específicas.

Como ya los hemos mencionado antes, entendemos como estandarización del curso de vida al proceso por el cual ciertos estatus y eventos específicos, así como las secuencias y combinaciones en las que ocurren se tornan más universales para una población en cuestión. Asimismo, los calendarios de ocurrencia también son más homogéneos entre la población y en un rango de edades específicas. En este sentido, la visión de cursos de vida segmentados en etapas cronológicamente identificadas con secuencias de estatus estandarizadas permite pensar a las personas de edades similares con experiencias homogéneas. Lo que se refleja en el índice en baja entropía, personas que a una misma edad comparten un mismo estado –o combinación específica de estatus.

Como contracara del concepto antes descrito, la des-estandarización del curso de vida refiere al proceso por el cual ciertos estados o eventos e incluso las secuencias en las que pueden ocurrir pueden convertirse en experiencias reservadas a sectores específicos de la población; dejando de ser universales, pudiendo llegar a localizarse en ciertos sub-grupos de la población. La conceptualización de la desestandarización del curso de vida apunta a reconocer una heterogeneidad de experiencias de vida intra-grupo etario, aumentando la complejidad del curso de vida en una población donde antes se habría observado estandarización. En este sentido, personas de la misma edad pueden tener experiencias distintas y personas de distintas edad pueden llegar a tener experiencias similares; que se traducen en valores de entropías elevados.

V.1 La heterogeneidad de estados en el tiempo histórico

Con los índices de entropía para las edades específicas (ver cuadros A.V.1 a A.V.3 en ANEXO Cap. V) calculamos para cada edad la proporción de la entropía máxima que representaba el valor alcanzado en el índice y construimos gráficos de línea (ver gráfico V.1 y V.2) que nos permiten identificar el calendario de la transición a la vida adulta. Este recurso gráfico tiene un gran potencial en nuestro análisis, porque nos permite visualizar el patrón de la heterogeneidad de estados en las distintas edades de la población estudiada. De esta manera, podemos observar cómo en las primeras edades analizadas, donde casi la totalidad de la población infantil se concentra en un único estado (viven con sus padres y asisten a la escuela), la entropía es muy baja, para dar paso, a medida que aumenta la edad, a un aumento de la entropía, haciendo evidente que las personas están transitando a nuevos estados. La población se distribuye entre más combinaciones de estatus que lo que sucedía en las fases anteriores de su vida.

En este sentido, ubicaríamos el inicio de la transición a la vida adulta en esas edades en las cuales la población analizada comienza a disgregarse de la combinación típica de “estudiante e hijo que reside con sus padres” hacia más estados posibles. Esperamos para este momento una dispersión de los individuos de edades similares en diferentes estados (aumento en el índice de entropía), indicándonos, de esta forma, el momento en que inicia su participación en otras dimensiones de vida con la adquisición de nuevos estatus sociodemográficos: algunos ya no residirán con sus padres, y/o entraran en unión, y/o dejarán de estudiar y/o trabajarán y/o tendrán

hijos. De la misma manera, es esperable que a edades más avanzadas el índice de entropía vuelva a reducirse, señalando que la población vuelve a distribuirse entre un menor número de combinaciones de estatus, arribando al final del período de transición a la vida adulta y estabilizándose en estados con relativa permanencia. A modo de ejemplo podemos pensar que ya la gran mayoría de la población estudiada se establecerán en estado donde ya hayan entrado en unión, formado sus propios hogares, tenido hijos, culminado sus estudios y trabajen.

Si observamos los gráficos V.1 y V.2 podemos destacar distintos aspectos de gran relevancia para nuestro análisis. En primer lugar, que el rango de fluctuación de la heterogeneidad de combinación de estatus a distintas edades resulta ser muy amplio para los tres períodos en el tiempo; ya que el índice de entropía en sus valores mínimos y máximos oscila entre 14% y 80% aproximadamente. Esto nos habla de períodos en la vida de los individuos de alta homogeneidad de estados, así como otros momentos de vida en la que la heterogeneidad es elevada.

En segundo lugar, observando el patrón de la entropía por edades en las tres cohortes sintéticas podemos identificar una cronologización similar de las fases de homogeneidad y heterogeneidad de estados en la población analizada en los tres períodos de tiempo. Los niveles de homogeneidad y heterogeneidad de estados, más allá de algunos cambios en el tiempo histórico, aparecen organizados y ordenados por la edad de los individuos con relativa estabilidad.

GRÁFICO V.1
Porcentaje de entropía máxima alcanzada por edades específicas.
Mujeres, 1985, 1996 y 2006

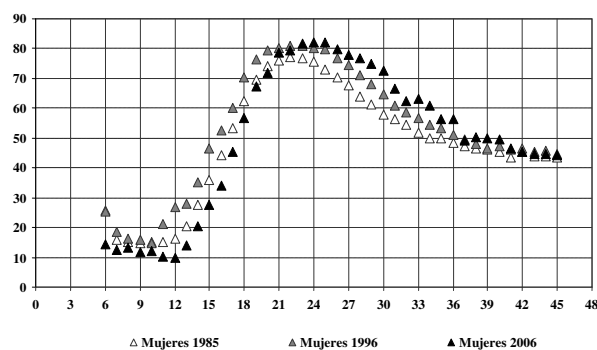
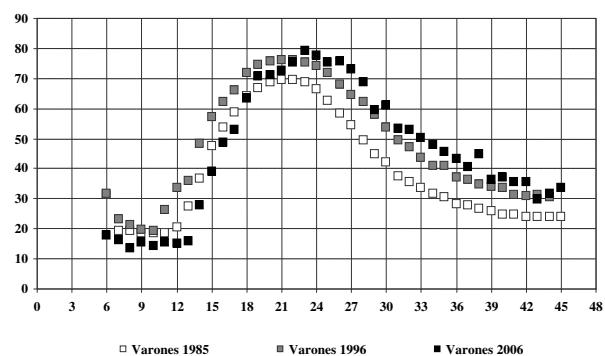


GRÁFICO V.2
Porcentaje de entropía máxima alcanzada por edades específicas.
Varones, 1985, 1996 y 2006



FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Esto nos permite establecer, ya en un tercer lugar, un claro patrón unimodal de la heterogeneidad con un punto de inflexión alrededor de los veinte años, donde se pasa de una tendencia ascendente de la entropía a otra descendente. Este punto de inflexión nos permite identificar un rango de edades en las que acontecen las múltiples transiciones involucradas en la transición a la vida adulta. Este patrón de incremento de la entropía en un rango es consistente con la concentración de los cambios de estatus involucrados en la TVA; por más estandarizado

que sea el curso de vida en una sociedad es esperable que el conjunto de transiciones involucradas en la TVA no pueda realizarse en forma conjunta, y a la vez, en una misma edad.

En cuarto lugar, a pesar de este esquema de relativa estabilidad del patrón de heterogeneidad observamos una tendencia en el tiempo histórico analizado a que los puntos de inflexión en la curva de entropías se localicen en edades más tardías. De esta forma, existe un rango de edades en las que se dan las múltiples transiciones analizadas en la TVA; y ese rango de edades lo vemos extenderse hacia la cohorte sintética del 2006. En términos generales, la heterogeneidad de estados comienza a incrementarse para ambos sexos en edades próximas a los 13 o 14 años, pero el punto de inflexión se alcanza en el caso de las mujeres a los 22, 23 y 25 años para 1985, 1996 y 2006 respectivamente; y para el caso de los varones en los 22, 21 y 26 años para los tres períodos de tiempo respectivamente.

De esta manera, a partir de los resultados obtenidos en el IE y su representación gráfica podemos ubicar la transición a la vida adulta como un proceso que está anclado en ciertas edades a lo largo de las tres décadas analizadas. Antes de los veinte años se inicia la TVA, en la segunda década de la vida de los individuos alcanza el punto más alto de heterogeneidad de estados, y ya al final de “los veinte” o inicios de “los treinta” identificamos un proceso de marcado descenso. De esta forma podemos identificar una tendencia en el tiempo histórico analizado a que la TVA insuma más tiempo de vida individual.

En quinto lugar, y deteniéndonos en la evolución en el tiempo de los niveles de entropía alcanzados por edad, tanto en mujeres como en varones observamos aumentos de la heterogeneidad en todas las edades en 1996 respecto a 1985. Este proceso se revierte para el 2006, donde encontramos descensos y ascensos en el índice de entropía diferenciados por edad. Los niveles de variación en las entropías varían por edad, tal cual podemos observarlo en los gráficos V.3 y V.4 (donde se grafica las tasas de cambio de la heterogeneidad por edad para cada uno de las subpoblaciones censales de mujeres y varones entre 1985 - 1996, y 1985 - 2006).

GRÁFICO V.3
Tasa de cambio en la entropía a edades específicas entre 1985 y 1996 y entre 1985 y 2006, Mujeres.

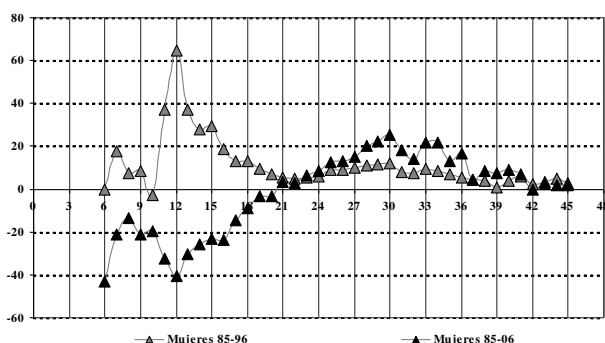
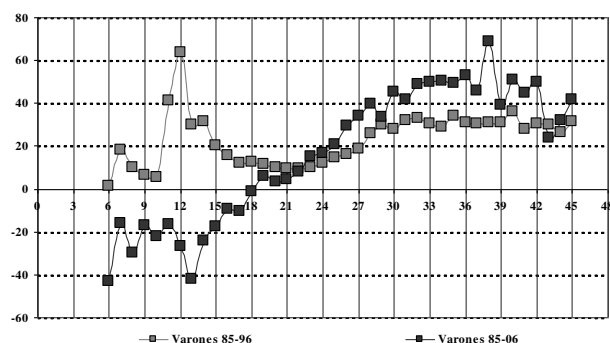


GRÁFICO V.4
Tasa de cambio en la entropía a edades específicas entre 1985 y 1996 y entre 1985 y 2006, Varones.



FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006.

Así, podemos observar que la entropía aumenta en 1996 respecto a 1985 para casi la totalidad de las edades tanto en varones como en mujeres; pero los niveles de incremento se dan en función de la edad. Asimismo, cabe destacar que el mayor incremento de heterogeneidad ocurre tanto en varones como en mujeres entre los 11 y los 16 años de edad con tasas que alcanzan a superar en algunas edades el 60%. A partir de los 16 años, si bien la tasa de cambio de la entropía sigue siendo positiva, es notoriamente inferior a las anteriores. Si observamos más precisamente a la población de mujeres cabe destacar que a partir de los 16 años los incrementos en el índice de entropía ya descienden respecto a edades anteriores, con tasas de cambio que van desde un 10% a tasas casi nulas a partir de los 35 años edad. Algo diferente sucede para los varones, si bien a partir de los 16 años la proporción de incremento decae a niveles próximos al 10 % hasta los 24 años, ya para las edades entre los 28 y 45 años la tasa de cambio vuelve a crecer y alcanzar niveles que oscilan entre 25% y 30%.

Pero cuando observamos la tendencia de la entropía en toda la extensión del período trabajado –de 1985 a 2006– obtenemos resultados distintos a los que describimos anteriormente. Como ya lo mencionamos, los cambios en los niveles de heterogeneidad al mirar todo el período de tiempo muestra dos tendencias diferentes: antes y después de los 22 años. Para las edades menores a los 22 años las tasas de cambios del 2006 respecto a 1985 resultan negativas, con valores que oscilan entre -20% a -40% aproximadamente para ambos sexos. A partir de los 22 años de edad la tendencia de cambio se revierte y se las tasas de cambio se hace más similar a la ya observada en el período 1985-1996, con incrementos aún más importantes, y sobre todo en varones (alcanzando tasas próximas al 50% entre los 30 y 42 años). En edades anteriores a los 23 años para mujeres y 18 años para los varones observamos descenso de la entropía en el 2006 respecto a 1996, e incluso 1985. A partir de estas edades el índice de entropía en el 2006 muestra niveles mayores a lo ya observado en 1985 y 1996.

Esto nos habla de un proceso de mayor estandarización del curso de vida en edades anteriores a los 20 años en el 2006 de lo que se había observado en 1985, y lo contrario para las edades posteriores a los 20 años. En este sentido, los procesos observados en el tiempo histórico analizado hacia la estandarización y desestandarización se dan en función de la edad. Así, en etapas tempranas del curso de vida observamos más estandarización de la ya existente en 1985 antes de los 20 años aproximadamente, y más desestandarización a partir de esa edad hacia el 2006.

Más adelante en este capítulo profundizaremos en este proceso de cambio en la estructuración del curso de vida en el tiempo diferenciado por edad con la descomposición por estatus de los índices de entropía. De esta manera, podremos identificar la estructura de composición institucional de los índices estimados e identificar cuál, o cuáles, son los estatus que homogenizan o aportan heterogeneidad a distintas edades en las tres cohortes sintéticas. Asimismo, podremos identificar si los mismos estatus contribuyen para uno u otro caso en forma diferencial en el período de tiempo histórico analizado.

V.2 Montevideo en la región

Enmarcando nuestro estudio en los niveles y tendencia de la entropía de la región

A continuación veremos el caso trabajado de varones y mujeres residentes en Montevideo en relación a varones y mujeres residentes en otras ciudades capitales de América Latina (ver gráficos de Figura V.2 y V.3 al final de este apartado). En este sentido –al igual que lo hicimos en el análisis de los estatus simples en el capítulo anterior– no pretendemos explicar y profundizar en lo que ha acontecido en las otras cinco ciudades⁴⁸ respecto a nuestro objeto de estudio, sino cotejar los niveles y tendencias identificados en Montevideo con otras experiencias en la región. Lo cual nos permitirá dos cosas: por un lado dar un marco de referencia que nos permita dimensionar lo observado en Montevideo, así como conocer más sobre los procesos de estructuración regional, y en este sentido, proveernos de un marco regional desde donde establecernos en nuestro análisis particular⁴⁹.

En este sentido, consideramos que se ha teorizado mucho –y analizado empíricamente– sobre estos temas en países desarrollados, pero sin embargo se conoce muy poco aún de estos procesos de estructuración del curso de vida y su evolución en el tiempo en regiones emergentes, y más precisamente en América Latina. La variedad de realidades nacionales contenidas en las seis poblaciones de las ciudades trabajadas nos permite contemplar los cambios que acontecieron en la estructuración de los cursos de vida a la luz de los distintos procesos de modernización que se realizaron en el siglo pasado, y los efectos de la apertura económica que todos estos países han enfrentado, de una u otra manera, hasta llegar al siglo XXI.

Al observar la evolución de los índices de entropía en las últimas décadas del siglo XX y primera del siglo XXI para las seis ciudades –Montevideo entre ellas– podemos identificar una estructura por edad de los niveles de heterogeneidad relativamente estable en su patrón y con algunas variaciones de niveles en el tiempo histórico. Para las distintas ciudades, incluso en los distintos momentos del tiempo histórico analizado, encontramos patrones unimodales de la entropía por edad muy similares: iniciando el incremento de la entropía en edades próximas a los 11, alcanzando su punto de inflexión entre los 19 y 26 años y comenzando a descender a partir de esas edades. Esto nos indica el rol fundamental que desempeña la edad como elemento estructurante de los cursos de vida más allá de las especificidades sociales e institucionales de cada país (la condición de posibilidad estructural).

Sin embargo, si observamos los niveles de entropía alcanzados para cada ciudad en años similares, así como la evolución de la entropía en las casi tres o cuatro décadas analizadas en cada ciudad cabe destacar la variedad encontrada. En los gráficos V.5 y V.6 presentamos los

⁴⁸ San José (Costa Rica), Distrito Federal (México), Buenos Aires (Argentina), La Paz (Bolivia) y Bogotá (Colombia) y Montevideo (Uruguay).

⁴⁹ Nos dice Wright Mills respecto a los usos de la historia en la sociología y sus métodos comparativos: “Debemos observar aquello en que estemos interesados en circunstancias muy diversas. De otro modo, estaremos limitados a una descripción insulsa”. (Mills, 2003) “Como ha observado Morris Ginsberg, si lo que estamos estudiando < presenta variaciones individuales suficientes dentro de la misma sociedad, o en el mismo período de tiempo, puede ser posible establecer conexiones reales sin salir de aquella sociedad o tiempo>. Esto es verdad muchas veces, pero habitualmente no es tan cierto que se le pueda dar simplemente por supuesto; para saber si es o no cierto, con frecuencia tenemos que proyectar nuestros estudios como comparaciones entre estructuras sociales.” (Mills, 2003)

resultados de las entropías por edad para cada ciudad a inicios del siglo XXI para tener una gráfica que simplifique la comparación de los niveles alcanzados en la actualidad en las poblaciones estudiadas. De esta manera, se hace más evidente que los niveles de entropías alcanzados a iguales edades difieren entre las poblaciones analizadas. En este sentido, a inicios del siglo XXI el calendario a la TVA se muestra más tardío para las mujeres y varones en Buenos Aires respecto al resto de la región, seguido luego por Montevideo.

Si nos detenemos en la evolución del calendario de la TVA en el tiempo histórico analizado (Figura V.2 y V.3) podremos ver, que más allá de los incrementos de la heterogeneidad a partir de los 20 años aproximadamente en la última medición el tiempo histórico en todas las poblaciones estudiadas, solo en algunas se constata un retraso del calendario de la TVA: Montevideo, Buenos Aires y Distrito Federal. En varones el calendario se hace más tardío hacia el siglo XXI solamente para el caso de Montevideo y Buenos Aires.

GRÁFICO V.5
Proporción de Máxima Entropía Alcanzada, Mujeres principios S.XXI en seis ciudades capitales de América Latina

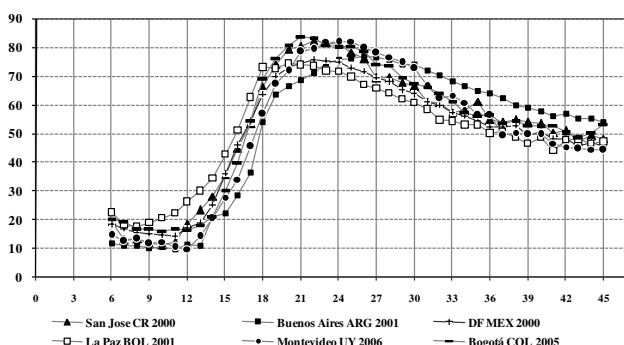
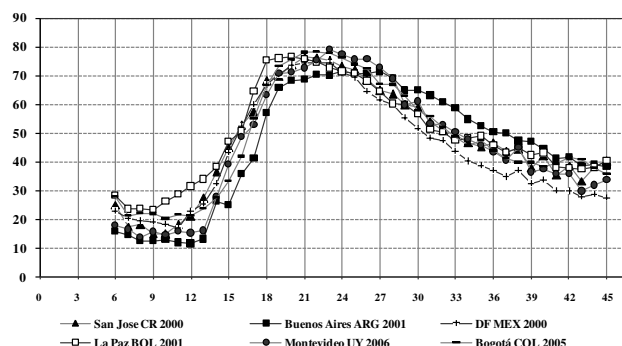


GRÁFICO V.6
Proporción de Máxima Entropía Alcanzada, Varones principios S.XXI en seis ciudades capitales de América Latina



FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA 2006.

Para analizar el proceso de cambio en la heterogeneidad observada en el tiempo analizado en las seis ciudades vamos a simplificar nuestro análisis refiriéndonos como T1 para hablar de la primera medición en el tiempo histórico con la que contamos en las fuentes censales trabajadas, como T2 para aludir a la medición intermedia, y como T3 para la última medición – establecida ya en la primera década del siglo XXI. Asimismo, referiremos como etapas tempranas a aquellas entre los 6 años y la edad en donde se ubica el punto de inflexión en cada caso, y como etapas tardías a las que van del punto de inflexión a los 45 años de edad. Si observamos en el Cuadro V.2 la tendencia en el tiempo histórico (T2 respecto a T1 y T3 respecto a T2) de las entropías en las etapas tempranas y tardías para el caso de mujeres y varones podemos percibir que el panorama en el proceso de cambio es muy diverso. En el Cuadro V.2 podemos observar qué ha sucedido con las entropías en mujeres en el primer período de tiempo (T2 respecto a T1).

CUADRO V.2
RESUMEN DE CAMBIOS EN EL TIEMPO EN LA HETEROGENEIDAD DE ESTADOS⁵⁰.

Ciudades	T2 respecto a T1		T3 respecto a T2	
	Etapas tempranas	Etapas tardías	Etapas tempranas	Etapas tardías
Mujeres				
San José (CR)	o	+/o	-	+
Distrito Federal (MEX)	-	+	o	+/o
Buenos Aires (ARG)	-	+/o	-	+
La Paz (BOL)	o	+	-	-/o
Bogotá (COL)	o	+/o	-	+
Montevideo (URU)	+	+	-	+
Varones				
San José (CR)	o	+/o	-	+
Distrito Federal (MEX)	+	-	-	+
Buenos Aires (ARG)	+/o	o	-	+
La Paz (BOL)	-	-	+	+
Bogotá (COL)	o	-/o	-	+/o
Montevideo (URU)	+	+	-	+

FUENTE: elaboración propia en base a lo observado en gráficos de la figura VI.2 y VI.3

En etapas tempranas de mujeres el caso montevideano se distingue del resto de las poblaciones estudiadas de la región por ser el único donde se presentan una tendencia ascendente de la entropía. El resto de las ciudades presentan tendencias descendentes o constantes. En las etapas tardías en mujeres observamos una mayor convergencia en la tendencia entre las poblaciones, con entropías que tienden a aumentar en T2 respecto a T1 en todos los casos. En el segundo período de tiempo (T3 respecto a T2) las tendencias en las mujeres son menos divergentes. Si observamos la entropía en etapas tempranas la tendencia es descendente en casi todos los casos, con excepción de las mujeres del DF donde se mantienen constantes. En etapas tardías la entropía aumenta en casi todos los casos, salvo el DF donde tiende a mantenerse constante y La Paz donde incluso disminuye en algunas edades.

Si comparamos las tendencias de la entropía en el período transcurrido entre T1 y T2 en etapas tempranas de los varones se destaca la gran variación de experiencias: casos en los que disminuyen la heterogeneidad (La Paz), otros que se mantienen constantes (San José y Bogotá) y otros en los que aumenta (Montevideo, Buenos Aires y Distrito Federal). En el transcurso de este mismo período pero en etapas tardías la tendencia general en la entropía es descendente o a mantenerse constante, mientras que en Montevideo aumenta. En el período transcurrido desde T2 a T3 observamos tendencias en la entropía más convergentes entre las poblaciones de varones estudiadas. En sus etapas tempranas la entropía disminuye en todos los casos con excepción del

⁵⁰ o = constante o sin cambios; + = aumenta la entropía; - = disminuye la entropía; +/- = en esa etapa la entropía oscila entre mantenerse constante o en aumentar; -/o = en esa etapa la entropía oscila entre mantenerse constante o en disminuir.

aumento que observamos en La Paz; y en las etapas tardías la tendencia de la entropía en varones es ascendente.

En todo este análisis de las entropías y su evolución en el tiempo debemos destacar que los cambios, y sus magnitudes, son muy restringidos tanto para mujeres como varones residentes en la ciudad de Bogotá.

Este breve análisis nos permite identificar elementos muy importantes para el estudio de procesos de estructuración por edad en los cursos de vida y para el estudio preciso de la población residente en Montevideo. Primeramente, que a pesar de las diferencias entre países, ciudades y realidades propias de la estructura social e institucional de cada uno de ellos podemos corroborar patrones similares de la heterogeneidad de estados por edades específicas (aunque existan diferencias de niveles en la entropía). Respecto a los niveles alcanzados entre las poblaciones y la evolución en el tiempo se hace evidente la diversidad. A la primera década del siglo XXI se llega con niveles de entropías muy desiguales entre ciudades, y a su vez el camino allí fue también muy diverso.

En resumen, para mujeres y varones las tendencias se hacen más convergentes cuando analizamos en el período T3 respecto a T2, pero es muy diverso lo que acontece en el período de T2 respecto a T1. En el periodo más reciente la tendencia para el caso montevideano tiende a ser convergente con la tendencia observada para los varones y mujeres de las otras ciudades de la región. Cuando analizamos las tendencias entre el periodo T2 respecto a T1 lo que acontece en las entropías es más diverso, y el caso montevideano –tanto para mujeres como para varones– muestra particularidades: es el único que aumenta en etapas tempranas y tardías en varones como en mujeres. Indudablemente existieron repercusiones muy diferentes en los cursos de vida en cada entorno social e institucional de lo que fueron los procesos de ajuste de la década de los ochenta y noventa del siglo pasado en América Latina. De esta forma, es muy interesante constatar que Montevideo es el único que presenta una heterogeneidad ascendente en etapas tempranas y tardías (antes y después del punto de inflexión en la entropía por edad) tanto en varones como en mujeres en este período (T2 respecto a T1).

FIGURA V. 2
PORCENTAJE DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA A EDADES ESPECÍFICAS EN EL TIEMPO, PARA MUJERES DE 6 CIUDADES DE AMÉRICA LATINA.

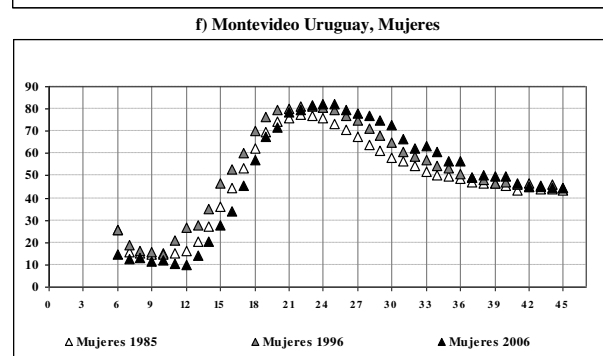
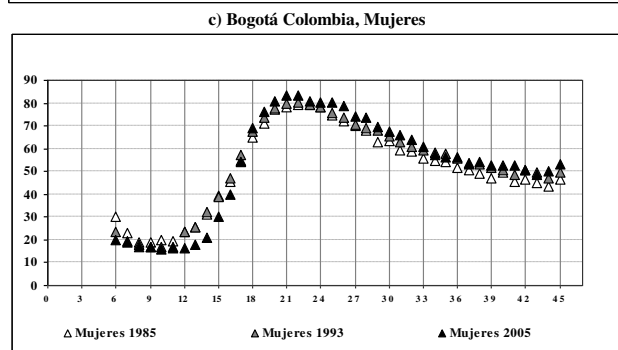
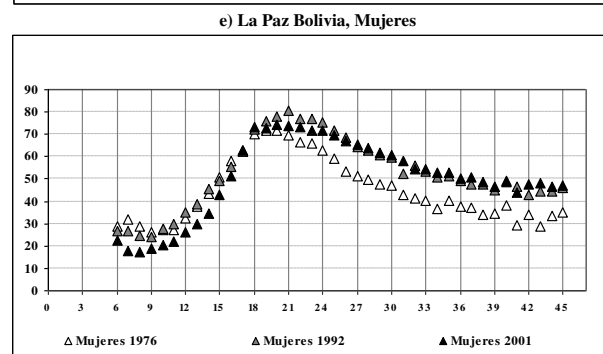
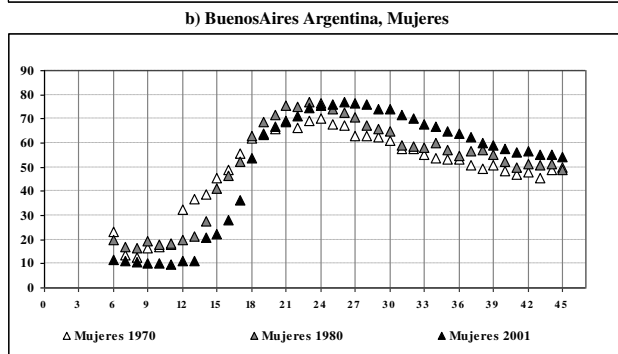
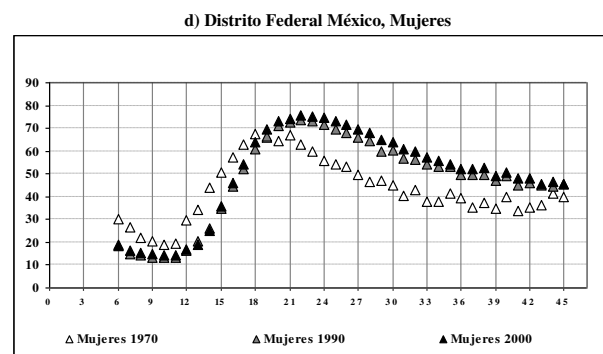
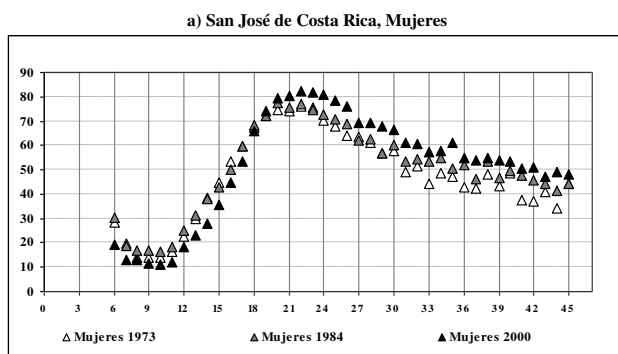
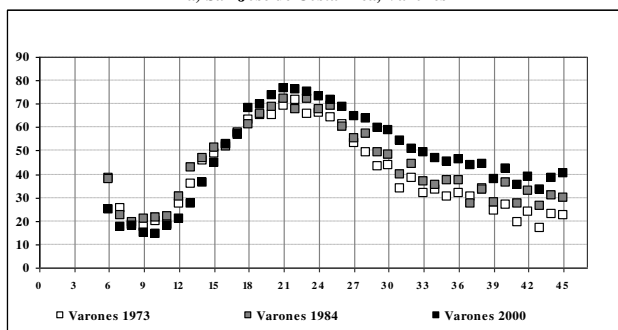
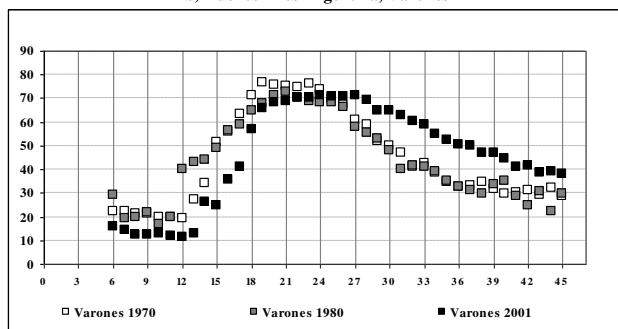


FIGURA V.3
PORCENTAJE DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA A EDADES ESPECÍFICAS EN EL TIEMPO, PARA VARONES DE 6 CIUDADES DE AMÉRICA LATINA.

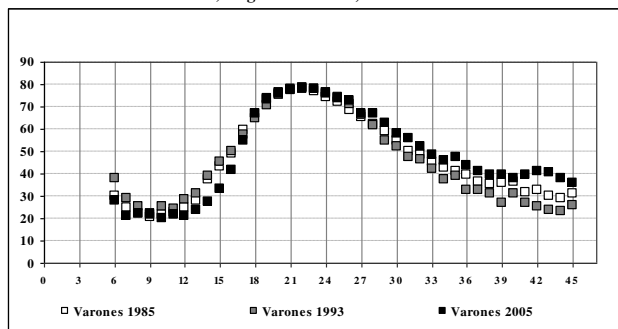
a) San José de Costa Rica, Varones



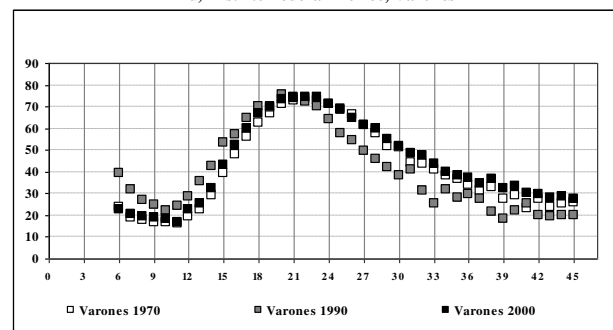
b) Buenos Aires Argentina, Varones



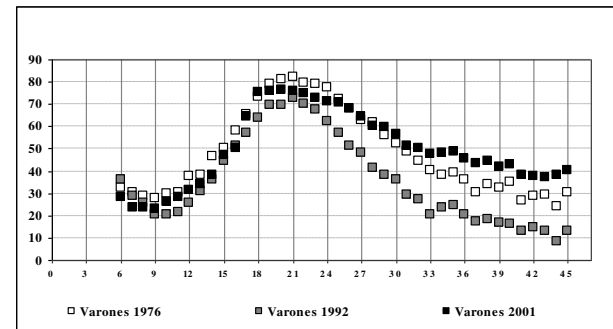
c) Bogotá Colombia, Varones



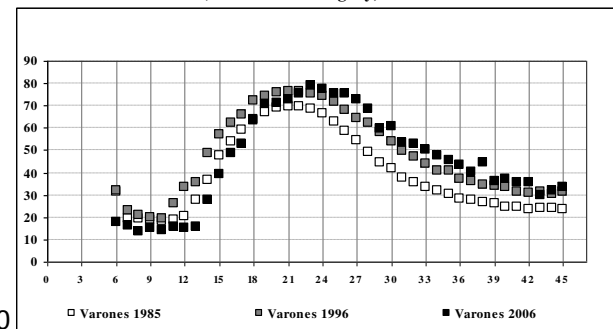
d) Distrito Federal México, Varones



e) La Paz Bolivia, Varones



f) Montevideo Uruguay, Varones



V.3 Heterogeneidad de estados en distintas etapas del curso de vida y sus fuentes institucionales

Hasta el momento hemos trabajado con el índice de entropía de combinación de estatus a edades específicas como medida resumen y con las edades individuales desplegadas. Pero creemos necesario aportar nuevos elementos al análisis para profundizar e ilustrar de mejor manera lo que ha sucedido respecto a la estructuración de los cursos de vida a distintas edades, las diferencias entre varones y mujeres, y las instituciones sociales que han contribuido a la estructuración o desestructuración del curso de vida en sus distintas fases a lo largo del tiempo histórico analizado. En este sentido, modificamos algunos aspectos del análisis de la heterogeneidad de estados realizado hasta el momento, agrupando las 39 edades específicas en cinco grupos de edades y calculando la entropía para cada grupo, y poder realizar así la descomposición de dichas entropías por estatus. Esto nos permitirá comprender la participación de cada estatus sociodemográfico en la entropía conjunta final alcanzada.

Cuando observamos los comportamientos de la entropía a distintas edades podemos alcanzar una idea de los niveles de estructuración del curso de vida a distintos momentos o etapas de la vida. De esta manera, agruparemos las edades por sus niveles de estructuración dado los comportamientos en heterogeneidad, a modo de destacar las distintas etapas en el curso de vida que se dibujan en los gráficos anteriores. Esto da por resultado el cuadro V.4, donde presentamos la proporción de la entropía máxima posible que se alcanza en cada grupo de edad anteriormente identificado.

En el cuadro V.5 añadimos elementos para el análisis, presentando por un lado, el porcentaje de cambio en la entropía para cada grupo de edades entre 1985-1996 y 1985-2006 para mujeres y varones. Además, en el mismo cuadro presentamos de manera resumida la información de la descomposición de la entropía por estatus para cada grupo de edades para ambos sexos en el tiempo histórico: enseñando el porcentaje de cambio en el índice de entropía para cada etapa del curso de vida si eliminamos de a un estatus por vez.

En los cuadros V.6 y V.8 presentamos *la información mutua*, es decir: las frecuencias de cada combinación de estatus o estados (destacando en negrita las cuatro más importantes para cada grupo etario donde las celdas vacías corresponden a frecuencia cero). La última fila de estos cuadros nos indica la suma arrojada por las cuatro frecuencias más importantes en cada grupo de edades. Si observamos la distribución de frecuencias de estados para cada grupo de edad vamos a tener un gran listado de estados –32 para mujeres y 16 para varones– donde el nombre que debería llevar cada categoría se hace muy extenso, ya que debe contener la posición del individuo en cada uno de los cuatro o cinco estatus contemplados. Por esta razón desarrollamos una estrategia de presentación de estos resultados que fuera indicativo de lo que estamos analizando en cada renglón y a la vez que nos permitiera nombrar cada estado de manera breve.

Así, cada estado ser á nombrado en referencia a la o las transiciones a la vida adulta de las que nos está dando cuenta esa combinación de estatus; partiendo de aquel en el que no se ha realizado ninguna de las cinco transiciones que trabajamos –y están involucradas en la transición a la vida adulta– hasta ir integrando alguna de ellas y alcanzar el estado en la que se realizaron todas. En este sentido, el código que refiere a cada estatus y que se van combinando en los estados ha sido leído en clave de la transición a la vida adulta: “P” indica que no reside con sus padres, “E” indica que no estudia, “T” indica que está trabajando, “M” indica que se ha unido

alguna vez, “H” indica que ya ha tenido al menos un hijo; tal cual lo podemos observar en el Cuadro V.3.

CUADRO V.3
REFERENCIAS A LOS CODIGOS DE LOS 16 ESTADOS LOGICAMENTE POSIBLES EN VARONES

Codigo	Estados				Codigo	Estados			
NINGUNA	Estudia,	reside con padres,	no trabaja,	no ha estado unido,	PT	Estudia,	no reside con padres,	trabaja,	no ha estado unido,
E	No estudia,	reside con padres,	no trabaja,	no ha estado unido,	PM	Estudia,	no reside con padres,	no trabaja,	ha estado unido,
P	Estudia,	no reside con padres,	no trabaja,	no ha estado unido,	TM	Estudia,	reside con padres,	trabaja,	ha estado unido,
T	Estudia,	reside con padres,	trabaja,	no ha estado unido,	EPT	No estudia,	no reside con padres,	trabaja,	no ha estado unido,
M	Estudia,	reside con padres,	no trabaja,	ha estado unido,	EPM	No estudia,	no reside con padres,	no trabaja,	ha estado unido,
EP	No estudia,	no reside con padres,	no trabaja,	no ha estado unido,	PTM	Estudia,	no reside con padres,	trabaja,	ha estado unido,
ET	No estudia,	reside con padres,	trabaja,	no ha estado unido,	ETM	No estudia,	reside con padres,	trabaja,	ha estado unido,
EM	No estudia,	reside con padres,	no trabaja,	ha estado unido,	EPTM	No estudia,	no reside con padres,	trabaja,	ha estado unido,

FUENTE: elaboración propia.

Con todos estos elementos que presentamos a continuación en los cuadros correspondientes que presentamos a continuación intentaremos caracterizar cada una de las etapas de curso de vida identificadas en relación a sus niveles de estructuración, analizar sus patrones de heterogeneidad en el tiempo y la estructura de composición de la entropía para conocer las fuentes institucionales de la heterogeneidad de estados. Asimismo, presentamos en el cuadro V.7 los resultados de frecuencia de estados para el caso de las mujeres sin considerar el estatus de madre. De esta forma, aportamos al análisis una dimensión comparativa entre sexos que se vea restringida por el desigual número de estatus analizado para cada sexo a la hora de calcular las entropías.

Al agrupar las edades desplegadas según el comportamiento de la heterogeneidad que se observa en los gráficos V.1 y V.2 identificamos cinco grupos: el primer grupo de edad entre los 6 y 11 años donde la heterogeneidad es baja, un segundo grupo entre los 12 y 16 años cuando la heterogeneidad comienza a crecer, el tercer grupo entre los 17 y 24 años donde la heterogeneidad alcanza su máximo, el cuarto grupo entre 25 y 34 años concentra las edades en donde la entropía inicia su descenso, y el quinto y último grupo está dado por las edades de 35 a 45 años donde la entropía avanza a niveles nuevamente más estables. En el cuadro V.4 podemos observar los niveles de estructuración del curso de vida en los distintos rangos de edades analizadas, con etapas del curso de vida temprano donde se observa una importante estructuración de los mismos con entropías muy bajas, y otras en donde destaca la heterogeneidad de estados.

CUADRO V.4
PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR RANGOS DE EDADES

Etapas de Curso de Vida (Rango de edades)	Mujeres			Varones		
	1985	1996	2006	1985	1996	2006
6 a 11 años	17.5	19.3	12.4	21.7	24.2	15.6
12 a 16 años	30.0	40.6	22.5	39.4	51.2	32.2
17 a 24 años	75.0	79.4	73.6	71.3	77.5	74.5
25 a 34 años	62.2	67.8	74.4	47.2	57.4	64.7
35 a 45 años	46.0	47.9	49.5	26.1	34.2	38.3

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006.

Como era de esperarse, en los dos primeros grupos de edad se observa la tendencia ya descrita de la entropía, con ascensos hacia 1996 para establecerse en el 2006 en niveles aún más bajos que lo que estaba en 1985. En el tercer grupo –17 a 24 años– la tendencia ascendente hacia 1996 se revierte para el 2006, solo que no alcanza niveles más bajos que los de 1985. La tendencia ascendente de la entropía en el tiempo la identificamos en los grupos de edad de 24 años en adelante; destacándose para los varones un incremento mayor respecto a los que presentaron las entropías en las mujeres de esas mismas edades. De esta forma, ya podemos asociar los niveles del cambio de las entropías en el tiempo histórico analizado no sólo con edades específicas, sino con etapas determinadas en los cursos de vida.

CUADRO V.5
PORCENTAJE DE CAMBIO EN EL INDICE DE ENTROPIA PARA CADA ETAPA DEL CURSO DE VIDA ELIMINANDO DE A UN ESTATUS POR VEZ, PARA MUJERES Y VARONES EN 1985, 1996 Y 2006.

Rango de edades		1985					1996					2006				
		6 - 11	12 -16	17- 24	25 -34	35 -45	6 - 11	12 -16	17- 24	25 -34	35 -45	6 - 11	12 -16	17- 24	25 -34	35 -45
Mujeres																
% cambio en el total de la entropía entre 1985-1996 y 1985-2006							10%	36%	6%	9%	4%	-29%	-25%	-2%	19%	8%
Estatus faltante en el modelo reducido	Corresidencia con alguno de los padres	-66.4	-37.6	-18.9	-17.2	-14.8	-60.5	-28.3	-19.1	-16.5	-16.0	-95.1	-41.7	-18.4	-15.2	-15.2
	Estudiante	-33.5	-35.7	-17.1	-10.9	-4.8	-39.4	-39.8	-20.4	-16.4	-12.3	-4.9	-31.7	-20.2	-15.6	-10.1
	Unido	...	-3.5	-11.2	-12.1	-11.5	...	-4.8	-11.1	-12.9	-12.2	...	-3.6	-10.6	-15.5	-15.0
	Madre		-2.1	-11.9	-18.0	-17.8		-6.2	-12.9	-18.5	-16.3		-5.0	-12.3	-18.1	-17.0
	Trabajador	...	-12.7	-22.7	-28.6	-41.0	...	-16.7	-23.8	-23.9	-34.7	...	-11.8	-24.6	-23.0	-33.4
Varones																
% cambio en el total de la entropía entre 1985-1996 y 1996-2006							12%	30%	9%	22%	31%	-28%	-18%	4%	37%	47%
Estatus faltante en el modelo reducido	Corresidencia con alguno de los padres	-65.3	-33.6	-25.3	-27.6	-27.8	-59.0	-27.7	-25.7	-24.8	-25.3	-92.5	-36.2	-22.1	-22.0	-23.5
	Estudiante	-34.6	-32.7	-22.8	-19.1	-10.6	-40.9	-40.4	-27.0	-22.9	-19.6	-7.4	-35.2	-28.7	-22.4	-13.2
	Unido	...	-1.3	-15.6	-29.9	-37.3	...	-3.0	-14.9	-27.7	-28.8	...	-2.2	-10.9	-23.4	-28.4
	Trabajador	...	-22.0	-20.9	-9.5	-16.3	...	-25.5	-24.0	-13.3	-19.5	...	-21.8	-28.7	-17.3	-23.9

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Nota: Para mujeres de 12 años y más Delta >-20.2. Para varones de 12 años y más Delta >-24.9. Para varones y mujeres de 6 a 11 años Delta >- Estos niveles significativos son marcados en tipo de letra negrita.

CUADRO V.6
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA MUJERES EN DISTINTAS ETAPAS DEL CURSO DE VIDA, GRAN MDEO. EN 1985, 1996 y 2006.

ESTADO	Mujeres, Gran Mdeo. 1985					Mujeres, Gran Mdeo. 1996					Mujeres, Gran Mdeo. 2006				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	81.9%	73.1%	20.5%	0.8%		80.1%	59.9%	18.0%	0.8%		85.6%	81.7%	30.4%	2.2%	0.2%
E	4.2%	9.2%	7.4%	1.2%	0.6%	6.0%	18.5%	6.1%	1.1%	0.6%	0.3%	5.2%	8.3%	2.6%	1.0%
T		0.7%	5.1%	1.6%	0.1%		2.3%	12.2%	3.2%	0.3%		0.9%	10.5%	4.3%	0.3%
P	13.0%	9.8%	4.4%	0.3%		12.5%	8.3%	5.3%	0.4%		14.1%	8.6%	5.7%	0.8%	0.1%
M		0.1%	0.2%	0.1%			0.2%	0.2%				0.1%	0.2%	0.1%	
H			0.1%				0.5%	0.6%				0.3%	0.4%	0.1%	
ET		2.1%	14.9%	7.9%	3.1%		2.4%	12.7%	7.7%	2.9%		0.8%	9.5%	7.8%	3.1%
EP	0.9%	2.2%	2.0%	0.5%	0.5%	1.3%	3.3%	1.7%	0.4%	0.4%	0.0%	0.8%	1.5%	0.4%	0.4%
EM		0.1%	0.5%	0.3%	0.1%		0.2%	0.3%	0.2%	0.1%			0.4%	0.2%	0.1%
EH		0.1%	0.8%	0.3%	0.1%		0.6%	1.3%	0.4%	0.2%		0.3%	2.7%	1.3%	0.3%
TP		0.2%	1.4%	0.7%	0.1%		0.6%	4.5%	1.8%	0.3%		0.3%	3.0%	2.8%	0.3%
TM			0.1%	0.2%				0.2%	0.3%				0.4%	0.2%	0.1%
TH							0.1%	0.5%	0.2%				0.3%	0.1%	
PM		0.1%	0.7%	0.3%			0.1%	0.6%	0.4%			0.1%	0.8%	0.6%	
PH							0.1%	0.2%				0.0%	0.1%		
MH			0.1%	0.1%	0.0%			0.2%	0.1%			0.1%	0.2%	0.2%	
ETP		1.3%	6.8%	4.2%	3.5%		0.9%	5.2%	4.2%	2.9%		0.1%	2.1%	4.7%	3.4%
ETM			0.8%	1.1%	0.5%			0.6%	1.0%	0.6%			0.4%	0.7%	0.2%
ETH			1.0%	1.0%	0.4%		0.1%	1.8%	1.5%	0.8%			2.0%	2.6%	1.0%
TPM			0.7%	1.0%	0.1%		0.1%	1.5%	2.3%	0.3%			1.3%	3.3%	0.5%
TPH								0.2%	0.2%	0.1%				0.2%	0.1%
PMH			0.5%	0.9%	0.4%			0.7%	1.5%	1.0%			0.2%	1.2%	0.6%
EPM		0.4%	3.2%	1.9%	1.7%		0.6%	1.7%	1.2%	0.8%		0.3%	1.9%	1.3%	0.7%
EPH			0.4%	0.4%	0.3%		0.1%	0.6%	0.3%	0.3%			0.9%	1.2%	0.6%
EMH		0.1%	1.7%	1.8%	1.0%		0.1%	1.1%	1.4%	0.9%		0.1%	1.5%	1.1%	1.2%
TMH			0.1%	0.2%				0.2%	0.4%	0.2%			0.1%	0.2%	0.1%
ETPM		0.1%	5.0%	7.0%	4.1%		0.2%	4.3%	8.0%	3.9%		0.1%	2.2%	7.6%	4.2%
ETPH			0.8%	1.4%	1.5%		0.1%	1.0%	1.6%	1.8%			1.1%	3.5%	3.0%
EPMH		0.3%	13.2%	30.6%	37.1%		0.5%	8.5%	19.8%	22.8%		0.2%	6.7%	18.4%	21.8%
ETMH			1.4%	3.7%	2.5%			1.2%	3.5%	3.3%			0.6%	2.2%	2.7%
TPMH			0.3%	1.3%	0.6%			0.7%	3.2%	2.9%			0.2%	2.1%	2.1%
ETPMH			6.0%	29.3%	41.3%		0.1%	6.1%	32.9%	52.6%		0.1%	4.0%	26.1%	51.9%
Total	100.0%	94.3%	55.9%	74.9%	86.0%	100.0%	90.1%	51.4%	68.3%	82.6%	100.0%	96.4%	58.7%	60.0%	81.4%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

CUADRO V.7
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA MUJERES SIN CONSIDERAR EL ESTATUS DE “MADRE” EN DISTINTAS ETAPAS DEL CURSO DE VIDA,
GRAN MDEO. EN 1985, 1996 y 2006.

ESTADO	Mujeres s/estatus "madre", 1985					Mujeres s/estatus "madre", 1996					Mujeres s/estatus "madre", 2006				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	81.9%	73.1%	20.6%	0.8%		80.1%	60.4%	18.6%	0.8%		85.6%	82.0%	30.8%	2.3%	0.2%
E	4.2%	9.3%	8.2%	1.5%	0.7%	6.0%	19.0%	7.4%	1.6%	0.8%	0.3%	5.4%	11.0%	3.9%	1.3%
T		0.7%	5.1%	1.6%	0.1%		2.4%	12.7%	3.4%	0.3%		0.9%	10.8%	4.4%	0.3%
P	13.0%	9.8%	4.4%	0.3%		12.5%	8.4%	5.5%	0.4%		14.1%	8.6%	5.8%	0.8%	0.1%
M		0.1%	0.3%	0.2%			0.3%	0.3%	0.2%			0.2%	0.4%	0.3%	0.1%
ET		2.1%	15.8%	8.9%	3.6%		2.6%	14.5%	9.2%	3.7%		0.8%	11.5%	10.5%	4.1%
EP	0.9%	2.2%	2.4%	0.9%	0.8%	1.3%	3.5%	2.2%	0.8%	0.7%	0.0%	0.8%	2.5%	1.6%	1.0%
EM		0.2%	2.2%	2.1%	1.2%		0.3%	1.5%	1.6%	1.0%		0.1%	1.9%	1.3%	1.3%
TP		0.2%	1.4%	0.7%	0.1%		0.6%	4.8%	2.0%	0.4%		0.3%	3.0%	3.1%	0.4%
TM			0.2%	0.3%	0.1%			0.4%	0.7%	0.3%			0.5%	0.3%	0.2%
PM		0.1%	1.2%	1.2%	0.5%		0.2%	1.3%	1.9%	1.0%		0.1%	1.0%	1.8%	0.6%
ETP		1.3%	7.6%	5.6%	5.0%		1.0%	6.2%	5.7%	4.7%		0.1%	3.2%	8.2%	6.4%
ETM			2.2%	4.8%	3.1%		0.1%	1.8%	4.6%	3.9%			1.0%	2.9%	2.8%
TPM			1.0%	2.2%	0.7%		0.1%	2.3%	5.5%	3.2%			1.6%	5.4%	2.5%
EPM		0.7%	16.4%	32.5%	38.8%		1.0%	10.2%	20.9%	23.6%		0.6%	8.6%	19.7%	22.5%
ETPM		0.1%	11.0%	36.3%	45.4%		0.3%	10.4%	40.9%	56.5%		0.1%	6.2%	33.7%	56.2%
Total	100%	94%	64%	83%	93%	100%	91%	56%	77%	89%	100%	97%	64%	72%	89%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

CUADRO V.8
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA VARONES EN DISTINTAS ETAPAS DEL CURSO DE VIDA, GRAN MDEO. EN 1985, 1996 y 2006.

ESTADO	Varones, Gran Mdeo. 1985					Varones, Gran Mdeo. 1996					Varones, Gran Mdeo. 2006				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	82.2%	70.7%	17.0%	0.8%		80.0%	56.6%	13.5%	0.6%	0.1%	85.9%	77.8%	25.3%	2.1%	0.1%
E	4.4%	7.8%	5.6%	0.9%	0.5%	6.4%	18.1%	7.0%	1.8%	0.8%	0.4%	6.8%	12.5%	4.7%	2.2%
T		2.3%	7.6%	1.9%	0.1%		4.1%	13.0%	3.5%	0.3%		2.4%	11.5%	5.4%	0.4%
P	12.4%	8.7%	3.5%	0.3%		12.1%	7.6%	4.0%	0.3%	0.1%	13.6%	7.8%	4.7%	0.4%	
M		0.1%	0.1%				0.3%	0.1%				0.2%	0.2%		0.1%
ET		6.8%	33.3%	12.6%	3.4%		7.1%	27.8%	13.6%	3.6%		2.7%	23.9%	17.3%	4.9%
EP	0.9%	1.4%	1.3%	0.4%	0.5%	1.4%	3.2%	2.1%	0.9%	0.6%		1.2%	2.0%	1.2%	1.1%
EM			0.1%	0.2%	0.1%		0.1%	0.2%	0.3%	0.3%			0.3%	0.4%	0.6%
TP		0.4%	2.0%	0.8%	0.1%		0.8%	4.5%	2.0%	0.3%		0.4%	2.8%	2.9%	0.4%
TM			0.1%	0.2%				0.3%	0.5%	0.2%		0.0%	0.2%	0.1%	0.1%
PM			0.1%	0.1%			0.1%	0.2%	0.2%	0.2%			0.2%	0.2%	0.1%
ETP		1.6%	10.9%	7.5%	5.5%		1.7%	11.2%	8.4%	4.8%		0.6%	5.2%	8.3%	5.2%
ETM			2.4%	5.1%	2.9%		0.1%	2.1%	4.7%	3.7%		0.1%	1.7%	3.3%	3.1%
TPM			0.9%	3.5%	1.2%			1.4%	5.5%	3.6%			0.7%	4.4%	2.1%
EPM			0.2%	0.7%	1.6%		0.1%	0.7%	1.8%	2.8%			0.6%	2.0%	3.9%
ETPM		0.1%	14.7%	65.0%	84.1%		0.2%	12.0%	56.1%	78.7%			8.2%	47.4%	75.7%
Total	100%	94%	76%	90%	96%	100%	89%	66%	84%	91%	100%	95%	73%	78%	90%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Veamos entonces una a una estas etapas, lo que ocurre en términos de heterogeneidad de estados y sus fuentes institucionales, las tendencias y variaciones en el tiempo.

Entre los 6 y 11 años

Los niños y niñas de 6 a 11 años son los que expresan la mayor estructuración de sus vidas, alcanzando los mayores niveles de homogeneidad de estados. Esto responde, por un lado, a la imposibilidad de realizar transiciones como el trabajo, formar una pareja o tener hijos; y por otro lado, al nivel de universalidad que ha alcanzado la educación en esta etapa del curso de vida (escuela primaria). De esta forma, aproximadamente más del 80% de las niñas y niños de estas edades a lo largo del tiempo analizado comparten la misma combinación de estatus: reside con alguno de los padres y estudian (no habiendo realizado ninguna transición asociada a la vida adulta), frecuencia que presenta relativa estabilidad en el tiempo analizado tanto en varones como en mujeres (ver cuadros V.6 y V.8).

Cuando analizamos la variación de la entropía en el tiempo identificamos un aumento de heterogeneidad de estados hacia 1996, pero de menor cuantía que en otras etapas (de 10% y 12% en mujeres y varones respectivamente). Para el 2006 respecto a 1985 vamos a encontrar un descenso de 28% aproximadamente en ambos sexos (ver Cuadro V.5). Por lo tanto, hacia 1996 identificamos un proceso de desestructuración de la vida de los niños y niñas que parece ser expresión de una coyuntura, ya que luego, para el 2006 se gana en homogeneidad. En 1996 se había producido una pérdida en la participación educativa.

En este sentido, si observamos la composición por estatus en esta etapa inicial del curso de vida encontramos que si bien el estatus de estudiante es una fuente de heterogeneidad menor que el de coresidencia con alguno de los padres, para 1996 aumenta en ambos sexos como fuente de heterogeneidad. De esta manera, si no se considera el estatus de estudiante entre los 6 y 11 el índice de entropía se reduce casi un 40% aproximadamente tanto en niñas como niños. Si en el 2006 no consideramos el estatus de estudiante la entropía se reduce en menos de un 10%; lo cual nos habla del alto nivel de expansión educativa en la niñez alcanzada para este período. En el 2006, casi la totalidad de la heterogeneidad observada responde al estatus de coresidencia con alguno de los padres, afectando la entropía en -95.1% para mujeres y -92.5% para varones. Los altos niveles de escolarización de niños y niñas hacen del estatus de estudiante un eje estructurador del curso de vida en esta etapa tan temprana del curso de vida, homogeneizando las experiencias de vida en la niñez.

Lo que ya habíamos identificado en el análisis del estatus de estudiante en el capítulo IV respecto a la salida temprana de la escuela en edades entre los 10 y 12 años en 1996 lo vemos reflejado en el aumento de la proporción de la entropía que aporta el estatus de estudiante para este año. De todas formas, el estatus residencial sigue siendo en esta etapa, tanto para niñas como para niños, la fuente más importante de heterogeneidad; refiriendo más que a una salida temprana de casa de los padres a la heterogeneidad de estructuras de los hogares de las familias montevideanas⁵¹.

⁵¹ Recordemos que en términos operativos el estatus de coresidencia con los padres se construye a partir de conocer si *ego* es hijo del jefe o hijo del cónyuge del jefe. En circunstancias de hogares con estructuras ampliadas puede suceder que *ego* vive con su padre o madre pero en casa de los abuelos, y en este caso aparece clasificado como nieto del jefe por ejemplo y lo codificamos como si no viviera con alguno de los padres. Por eso decimos que

En resumen, en esta etapa del curso de vida –que podemos identificar como la niñez– encontramos el ejemplo de una entropía de combinación de estatus baja como resultado de dos elementos: entropía de estatus particulares muy bajas y mucha información conjunta entre los dos estatus analizados. Con esto queremos decir que cualquiera de los dos estatus demográficos analizados en esta etapa del curso de vida presentan una expansión muy alta: más del 80% de niños y niñas viven con sus padres y más del 80% de niños y niñas estudian; y a su vez, más del 80 % de ellos viven con sus padres y estudian. La fuente de heterogeneidad más importante en esta etapa de tan baja entropía resulta de la diversidad de estructuras de composición de los hogares en las que residen los individuos, y la escuela es sin duda una institución estructuradora de los cursos de vida en la niñez.

Entre los 12 y 16 años

Ya transcurrida esta primera etapa de niveles de estructuración tan altos, nos adentramos en el rango de edades donde podemos identificar los inicios de la transición a la vida adulta. La entropía comienza a crecer, reflejando que entre los 12 a 16 años hay más dispersión de la población entre estados que en etapas anteriores. El aumento de la entropía respecto a etapas anteriores obviamente refleja una mayor dispersión entre los estados, sobre todo con aumento de prevalencias en aquellos estados que indican que no están estudiando. Como ya lo mencionamos, es esperable encontrar a los inicios de la transición a la vida adulta un aumento de la heterogeneidad de estados respecto a la etapa anterior del curso de vida, pero ¿cuáles son los niveles de heterogeneidad alcanzados? ¿Cuán diversos pueden ser los caminos a la vida adulta? Y ¿cómo han variado en el tiempo? En este sentido, ante un proceso de estandarización creciente de la transición a la vida adulta esperaríamos encontrar un descenso de la entropía en el tiempo; y ante un proceso de desestandarización esperaríamos lo contrario, con aumentos de la heterogeneidad de estados en el tiempo analizado.

Si observamos la tendencia en el tiempo de la entropía entre los 12 y 16 años cabe destacar un proceso con movimientos encontrados; un aumento de la entropía en la primera fase del tiempo analizado que es revertida hacia el 2006 – disminuyendo un 25% y 18% respecto a 1985 para mujeres y varones respectivamente. En esta etapa, tanto para varones como para mujeres se produce uno de los mayores aumentos de la entropía entre 1985 y 1996, con un incremento de 36% y 30% para mujeres y varones respectivamente.

Si nos detenemos en la distribución de frecuencias de estados es claro que el aumento de entropía en 1996 se debió a salidas de la escuela para ese año, duplicándose la frecuencia del “E” –no estudia– y alcanzando aproximadamente un 18% tanto en varones como en mujeres para este estado en particular. Si observamos los gráficos V.3 y V.4 podemos observar que para algunas edades específicas contenidas en esta etapa de vida la entropía alcanza incrementos de hasta un 60% entre 1985 y 1996. Si bien estos serían elementos para identificar un proceso de desestandarización hacia 1996, la tendencia a más larga duración de tiempo analizado –1985 a 2006– nos indica un proceso de estandarización creciente, en donde lo acontecido en 1996

en la niñez, donde en la gran mayoría de los casos se vive con alguno de los padres, este indicador puede captar este tipo de situaciones y convertirlo en fuente de heterogeneidad de estados dado que la educación es casi universal para esta etapa.

nuevamente emerge como una coyuntura, que se explica sobre todo por salidas más tempranas de la escuela que en los otros dos períodos analizados en este grupo de edad.

¿A qué responde esta estandarización en el periodo 1985 a 2006? ¿Cuáles son los estatus que estructuran esta etapa de vida? Si observamos la distribución de estados en el 2006 podemos identificar que tiene pocas variaciones respecto a 1985, y que las experiencias en este grupo de edad se concentran en aquel estado donde no se realizaron ninguna de las transiciones –con proporciones próximas al 80% en mujeres y varones. Asimismo, para el 2006 disminuyen no sólo las prevalencias en las salidas de la escuela sino también la entrada al trabajo. Al detenernos en las fuentes institucionales de heterogeneidad en esta etapa de vida en el cuadro V.5 podemos ver –como era de esperar– que la composición por estatus varía entre los períodos analizados; distinguiéndose el efecto reductor de heterogeneidad que tiene extraer del cálculo de la entropía al estatus de estudiante en 1996 en (-40% para ambos sexos).

Como ya lo habíamos resaltado en el capítulo anterior, había aumentado para 1996 la proporción de varones y mujeres que no estudiaban en estas edades, pero además éstos –los que no estudian– resultan muy distintos respecto a los que sí estudian en sus comportamientos en los otros estatus. La pérdida en proporción de estudiantes en estas edades en 1996 no se vuelca necesariamente al mundo del trabajo. En este sentido, si no tomamos en cuenta otros estatus y clasificamos los estados en relación al trabajo y estudio podemos ver que los que no estudian ni trabajan (E+EP+EM+EPM) en esta etapa de vida para 1996 alcanzan el 24.8 % en mujeres y 21.5% en varones –frente a un 12.5% y 9.2% para mujeres y varones en 1985. Ya para el 2006 los que no estudian ni trabajan en estas edades se vuelven a reducir a un 6.9% en mujeres y 8% en varones.

Igualmente nos interesa resaltar unas diferencias entre sexos en los niveles de entropía alcanzados en esta etapa del curso de vida. Como a estas edades todavía no cabe considerar el estatus de madre en las mujeres se hace posible la comparación con los varones. Los varones adquieren más heterogeneidad en esta etapa de vida respecto a las mujeres por su más temprana entrada al trabajo, identificando prevalencias de varones trabajando en el 2006 del 6.2%, frente al 2.2% de las mujeres en el mismo período. Si bien la proporción es también baja en varones, al observar la composición de la entropía por estatus en varones del 2006 vemos que el peso del estatus de trabajador es cercano al 22%. Lo cual nos indica que los varones que trabajan a estas edades son diferentes en los otros estatus a los que no trabajan en este período de sus vidas.

Por lo tanto, podemos hablar de un proceso de estandarización creciente hacia el 2006 (tomando como medida basal la de 1985) al igual que lo hicimos para el grupo de edad anterior. Si bien la entropía aumenta algo en este grupo (porque se inician a hacer algunas de las transiciones analizadas experimentando cambios de estatus respecto a la etapa anterior) la gran mayoría no ha realizado aún ninguna transición en estas edades. En este sentido, en el 2006 si sólo consideramos cuatro estados se concentra el 95% y 97% de las observaciones para varones y mujeres respectivamente. Se abren otras posibilidades que no existían en la etapa anterior – como no estudiar o trabajar– pero las opciones plausibles dentro de las posibles son aún muy escasas y compartidas, lo que se expresa en baja entropía. Digamos que los inicios de la transición a la vida adulta están estandarizados; se va abriendo el espectro de opciones pero por determinados caminos, y al menos en esta etapa inicial se muestran aún muy estructurados.

También nos interesa resaltar lo que ha acontecido en este grupo de edad con los niveles de la entropía en 1996, sobre todo por lo que nos enseña: que los procesos de cambios en la heterogeneidad de estados en los cursos de vida no son lineales ni irreversibles. Las coyunturas

específicas –como parece haberlo sido la de 1996– pueden revertir tendencias afectando los las configuraciones de estatus, lo cual tendrá consecuencias acumulativas a lo largo de la vida de esas personas.

Entre los 17 y 24 años

Entre los 17 y 24 años identificamos la etapa de vida en la que la entropía alcanza sus puntos de inflexión (valor máximo a partir del cual la tendencia ascendente de la entropía por edad específica para las cohortes sintéticas se torna descendente). Pero de todos modos, respecto a los cambios en el tiempo, se muestra una cierta estabilidad; identificando una alta heterogeneidad de estados relativamente persistente en los tres períodos de tiempo analizados. En mujeres, la entropía se incrementa un 6% en esta etapa de vida en 1996 respecto a 1985. Pero si lo observamos en todo el período analizado la misma disminuye un 2% en el 2006 respecto a 1985. En estas edades las tasas de cambio son bajas en el tiempo. En varones, la tendencia siempre es positiva pero con proporciones menores al 10%.

Estos niveles de entropía son consistentes con la concentración de cambios de estatus que se producen en el transcurso del pasaje a la vida adulta. Un elemento que nos indica de forma clara que en esta etapa del curso de vida mujeres y varones se encuentran transitando una y/o más de las transiciones analizadas por nosotros en el marco de la TVA es que el estado denominado “NINGUNA” concentra menor proporción que lo que veíamos en las dos etapas anteriores. De todas formas, la proporción de esta combinación particular de estatus aumenta su atracción hacia el 2006 y alcanza a concentrar al 30.4% de las mujeres (cuando tenía un 20% en el período anterior) y el 25.3% en varones (cuando tenían aproximadamente un 15% en 1985 y 1996). En los cuadros V.6 y V.8 podemos observar que a pesar de que en esta etapa de vida observamos la mayor entropía la suma de prevalencias de los cuatro estados más frecuentes llega a concentrar más de la mitad de las mujeres y a casi tres cuartas partes de los varones.

De esta manera, la transición a la vida adulta aparece como un proceso de cambio que se expresa en más heterogeneidad de estados respecto a otros momentos de la vida de las personas; pero las múltiples transiciones involucradas en ella mantienen un camino de configuraciones de estatus relativamente restringido.

Asimismo, frente a una relativa estabilidad en el tiempo de los niveles de entropía es necesario reconocer la existencia de cambios en la distribución entre estados, así como en la composición por estatus de dichos niveles alcanzados en el índice. Queremos detenernos un poco a analizar lo que acontece con el estatus de estudiante y trabajador en esta etapa de vida ya que se convierten para estas edades en fuentes de heterogeneidad (ver cuadro V.5).

En mujeres, el estatus de trabajadora se muestra ya desde 1985 como significativo y mantiene su peso relativo en los tres períodos, reduciendo entre un 23 a 25% a la entropía conjunta cuando no es integrado en su cálculo. Si no consideramos al estatus de estudiante en la entropía conjunta de mujeres, ésta se vería reducida entre un 17% a un 20% aproximadamente en los tres períodos de tiempo analizados. En este sentido, en este grupo de edad se alcanzan altos niveles de entropía como resultado de altas entropías de los estatus simples con bajos niveles de información mutua (Ejemplo A de la Figura V.1). Y si bien el trabajo y el estudio se constituyen en esta etapa del curso de vida fuentes de heterogeneidad relativamente importantes en todos los

períodos de tiempo analizados, hay elementos de cambios que queremos destacar en la distribución de estados.

A estos efectos presentamos en el Cuadro V.9 el resumen derivado de sumar estados que nos resultan de interés de los Cuadros V.6 y V.8 para comprender los que acontece en esta etapa del curso de vida. En el mismo agrupamos los estados en relación al trabajo y la escuela sin considerar los estatus del dominio familiar. Lo cual debe interpretarse de la siguiente manera: si decimos “los que trabajan” estamos refiriendo a todos los que trabajan estudien o no estudien, estén unidos o no lo estén, residan o no con sus padres y tengan o no hijos (para el caso específico de las mujeres). Si decimos “estudian y trabajan” contemplamos a todos los que cumplen con esas características más allá de su estado conyugal, residencial o parental.

Lo primero que nos interesa resaltar del cuadro V.9 es la disminución de mujeres y varones que se encuentran trabajando en este grupo de edad en el 2006 respecto a 1985, luego de un incremento en 1996 respecto a 1985. Este descenso entre 1985 y 2006 es más marcado en los varones, reduciéndose a casi un 25%, mientras que en mujeres presenta una tasa de cambio de -14%. Para el 2006 vamos a encontrar que trabajan un poco más de la tercera parte de las mujeres y la mitad de los varones de este grupo de edad. Esta disminución de participación en la fuerza laboral se acompaña de un aumento en la proporción de mujeres y varones que estudian, pasando del 34% al 54% en mujeres y 31% a 45% en varones de 1985 a 2006 respectivamente.

CUADRO V.9
PROPORCION DE MUJERES Y VARONES EN RELACIÓN A ALGUNOS ESTADOS ESPECIFICOS EN EL GRUPO DE EDAD DE 17 A 24 AÑOS,
GRAN MDEO. EN 1985, 1996 y 2006.

Estados	Mujeres			Varones		
	1985	1996	2006	1985	1996	2006
Los que trabajan	44.3%	53.0%	37.9%	71.9%	72.3%	54.1%
Los que estudian	34.2%	45.8%	54.0%	31.4%	36.8%	45.5%
Los que estudian y trabajan	7.7%	20.1%	15.9%	10.6%	19.1%	15.0%
Los que no estudian ni trabajan	29.1%	21.3%	24.0%	7.3%	10.0%	15.5%
Proporción de trabajadores en la población de estudiantes	22.4%	43.9%	29.4%	33.9%	51.9%	33.1%
Proporción de aquellos que se han unido alguna vez que no residen con sus padres (siendo estos identificados “jefe del hogar”)	86%	85.7%	82.2%	85.5%	84.1%	80%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006.

De esta manera, nos interesa analizar si el estatus de trabajador y estudiante son competitivos, ya que en el caso de los varones ambos fueron fuentes de heterogeneidad significativa en el 2006; indicando que aquellos que trabajan a estas edades son muy diferentes a los que no lo hacen en el resto de los estatus. Y además, que estos dos estatus –estudiante y trabajador– no comparten mucha información mutua, distribuyéndose entre los que estudian, los que estudian y trabajan, los que no estudian y trabajan, y los que no estudian y tampoco trabajan. Por eso agrupamos los estados en el cuadro V.9 de tal manera de poder mostrar en forma más clara el doble proceso.

Por un lado, hay aumento de la participación educativa, que por ser todavía muy parcial (no alcanza los niveles de universalidad de las etapas de vida anteriores) divide en dos grandes grupos a las subpoblaciones de mujeres y varones respectivamente. Al mismo tiempo se produce una pérdida de participación en la fuerza laboral; por lo cual, los que trabajan y los que no lo hacen se distribuyen en este primer escenario dividido entre los que estudian y los que no lo hacen. De esta manera, emergen hacia 1996 y el 2006 estados (combinaciones de estatus) que casi no existían o tenían un peso residual, como el caso de *“los que estudian y trabajan”*. Este último, en 1985 sólo representaba una posibilidad para el 7.7% de las mujeres y 10.6% de los varones, alcanzando en 1996 a casi la quinta parte de mujeres y varones. En el 2006 presenta proporciones cercanas al 15% en ambos sexos.

El estado que combina el estudio con el trabajo nos indica la emergencia de un proceso de de-diferenciación incipiente, donde aparece una superposición de estatus que ahora ocurren en sincronía, y antes se establecían diacrónicamente como secuencias para una proporción de mujeres y varones. En este sentido, se duplica esta combinación para el caso de las mujeres entre 1985 y 1996 pasando de 7.7% a 15.9%; y en varones pasa de 10.6% a 15.1% en el mismo período. Estos porcentajes nos indican que aumenta la presencia de esta superposición de estatus pero que aún es reducido y se mantiene estable hacia el 2006.

Asimismo, como la proporción de estudiante en los tres períodos de tiempo analizados ha variado procedimos a calcular la proporción de trabajadores que existían en la población de estudiantes para grupo de edad (última fila del Cuadro V.9). En este sentido, pudimos ver que en los varones había una proporción relativamente alta y constante de trabajadores que representaban la tercera parte de varones estudiantes que trabajan entre 1985 y 2006 y casi un 52% para el año 1996. Para las mujeres que estudian en estas edades la proporción de trabajadoras representa un poco menos que para los varones. Pero también existe el efecto de 1996, duplicándose respecto a 1985 y alcanzando casi un 44%; luego en el 2006 desciende a casi un 30%. Es muy claro el efecto de la coyuntura económica de 1996 en la necesidad de que los jóvenes estudiantes en estas edades también trabajen.

Igualmente, identificamos la existencia de un grupo emergente, sobre todo en varones –en mujeres ya estaba presente en 1985, que son los que “no estudian y no trabajan”. En el caso de los varones pasa de ser un estado con el 7.3% en 1985 para alcanzar el 15.5% en el 2006 (en 1996 alcanzaba el 10%). Para el caso de las mujeres ya existía un núcleo importante (cercano a la cuarta parte de ellas) que no estudiaban ni trabajaban en 1985, proporción que se mantiene relativamente estable. La disminución que muestra para en 1996 se corresponde con el aumento de mujeres de estas edades que estaban trabajando.

De todas maneras, debemos reconocer un sentido muy distinto de este estado particular de “no estudia y no trabaja” por sexo, porque invisibiliza el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado realizado por las mujeres y que ha sido un rol tradicional en la distribución de tareas de las unidades domésticas y familiares. Este estado específico para la población particular de mujeres está asociado al rol de “ama de casa”, dedicándose a la realización de labores de cuidado familiar (esposo, hijos, padres, suegros, etc.) así como otro tipo de trabajo doméstico no remunerado. En este sentido, siempre existió en mujeres esta configuración de estatus asociado a un rol tradicional de “ama de casa”, donde su transición a la vida adulta no incluía necesariamente su participación en el mercado de trabajo remunerado; y observamos que sigue siendo un camino vigente para una proporción importante de ellas.

Pero en el caso de los varones resulta novedoso el aumento de este estado particular de “no estudia y no trabaja” cuando analizamos la tendencia de todo el período. Así, a pesar que este estatus es de carácter universal en los varones se va tornando a lo largo del período una fuente de heterogeneidad por edad en vez de ser una fuente de estructuración. En este sentido, creemos que tiene mucho que ver la pérdida de expectativas, con el desencuentro que se ha producido entre la oferta y la demanda laboral; y procesos de pérdidas de capacitaciones y deterioro del proceso de formación educativa. Será muy interesante ver este tipo de comportamientos por estratos sociales en el próximo capítulo para profundizar en cuánto de esta heterogeneidad es también expresión de desigualdad entre estratos.

Por último, nos interesa detenernos un momento en analizar la información que presentamos en la última fila del cuadro V.9, que viene a atender una preocupación de investigación reflejada en algunas de nuestras hipótesis (2.1.1 y 2.1.2) respecto a la rigidez o flexibilidad de la organización de las familias y composición de los hogares para responder a los nuevos escenarios constrictivos del Uruguay de fin de siglo XX. Se muestra una elevada proporción –próxima siempre al 80% o 85%, y relativamente estable en el tiempo, de mujeres y varones que ya se han unido entre los 17 y 24 años y no residen con ninguno de sus padres (cuando estos últimos son considerados en calidad de jefes de hogar). Lo cual nos indica cuán ligada está la unión con una emancipación residencial de la casa de los padres desde los inicios de la formación familiar.

En este sentido, vemos que a pesar del deterioro económico de las familias que han tenido que hacer frente a las sucesivas crisis del país con distintas estrategias –entre ellas sacar más miembros del hogar a trabajar incluyendo jóvenes y mujeres– se muestran muy rígidas con respecto a la composición de los hogares y arreglos residenciales. La disminución de capacidades de los jóvenes de emancipación económica y residencial junto con las pérdidas de políticas de vivienda que antes atendían a los sectores medios en Montevideo, se fue tornando inevitable el retraso tan grande que observamos en los calendarios de la unión, maternidad y salida de casa de los padres (en términos generales, todo lo que involucra las formaciones de nuevas familias). Estos procesos son resultado de una pérdida de posibilidades económicas de las familias acompañado de ausencias de políticas específicas para atender las necesidades de la población juvenil en términos de vivienda⁵².

Entre los 25 y 34 años

Entre los 25 y 34 años alcanzamos una etapa en los cursos de vida donde la entropía se mantiene aún con niveles altos; incluso para las mujeres en el 2006 el nivel llega a ser un poco más alto que lo que era en el grupo de edad anterior. En varones disminuye un poco respecto a la entropía del grupo de edad anterior, pero sus niveles son aún elevados (Ver cuadro V.4). Asimismo, la tendencia en el tiempo es la misma en ambos sexos, donde el índice de entropía va aumentando desde 1985 al 2006. De todas maneras, queremos resaltar que el incremento en los varones es

⁵² Esto mismo provoca baja heterogeneidad residencial pensando en diversidad de estructuras que los compongan: pueden existir hogares con familias que tengan o no tengan hijos, pero se torna menos probable poder conformar hogares y coresidir con personas con las cuales no se tengan lazos conyugales o familiares. La posibilidad de esta diversidad residencial se encuentran estructuralmente restringidas.

realmente alto, del 37% en el 2006 respecto a 1985, frente a un 19% en mujeres en el mismo período.

Veamos cuáles son las fuentes de la heterogeneidad de estos niveles alcanzados en el 2006 y sus variaciones en el tiempo. Lo primero a destacar es que las fuentes de heterogeneidad en esta etapa de vida se diferencian por sexo y han variado en los períodos analizados. Si observamos la composición por estatus de la entropía en mujeres para 1996 el trabajo se muestra con un nivel por encima de delta, aunque realmente este estatus baja su aporte en la entropía total respecto al período anterior (de -28.6% a -23.9%). El estatus que va cobrando mayor peso entre 1985 y 1996 es el de estudiante, reduciendo la entropía conjunta de 1996 en un 20%. Para el 2006 solo resulta significativo el trabajo, reduciendo la entropía en un 23%; y el resto de los estatus afectan la entropía con una reducción próxima en todos los casos al 15%.

Para 1985, en varones las principales fuentes de heterogeneidad recaen en los estatus del dominio familiar (unión y residencia con los padres). Pero estos dos estatus van perdiendo peso en el aporte de heterogeneidad a lo largo del tiempo y van ganando importancia los referidos al estudio y el trabajo. Para el 2006 ningún estatus supera el valor de delta (-24.9) e identificamos una composición muy equitativa por estatus, donde residencia con los padres, unión y estudio tienen un peso muy similar – próximo al -22%. El trabajo muestra un incremento paulatino en el tiempo como fuente de heterogeneidad, reduciendo la entropía en el 2006 a -17.3% frente al -9.5% que tenía en 1985.

En el Cuadro V.10 presentamos información resumida que nos permita comprender el aumento de la entropía en estas edades cuando la composición por estatus que observamos en el cuadro VI.5 no presenta modificaciones tan grandes respecto a la estructura por estatus de 1996.

CUADRO V.10
PROPORCIÓN DE MUJERES Y VARONES EN RELACIÓN A ALGUNOS ESTADOS ESPECÍFICOS EN EL GRUPO DE EDAD DE 25 A 34 AÑOS, GRAN MDEO. EN 1985, 1996 Y 2006.

Estados	Mujeres			Varones		
	1985	1996	2006	1985	1996	2006
Los que trabajan	60.6%	71.9%	68.4%	96.5%	94.1%	89.0%
Los que estudian	7.4%	14.8%	18.3%	7.6%	12.5%	15.5%
Los que han estado unidos alguna vez	79.6%	76.1%	65.4%	74.8%	69.0%	57.8%
Los que estudian y trabajan	4.9%	11.5%	13.1%	6.4%	11.4%	12.8%
Los que no estudian ni trabajan	37.0%	24.8%	26.5%	2.2%	4.8%	8.3%
Proporción de trabajadores en la población de estudiantes	66.7%	77.9%	71.8%	83.3%	90.9%	82.5%
Proporción de trabajadores en la población que se ha unido alguna vez	54.9%	67.8%	78.9%	98.6%	96.6%	95.6%
Proporción de aquellos que se han unido alguna vez que no residen con sus padres (siendo estos identificados “jefe del hogar”)	90.7%	90.9%	92.6%	92.5%	92.1%	93.3%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006.

A la luz de los cambios en la composición por estatus que observamos, el caso del aumento de la entropía en varones de un 22% en 1996 y 37% en el 2006 respecto a la del año 1985 nos señala la existencia de información mutua relevante representada por las configuraciones de estatus que combinan trabajo con unión, con más del 95% de los varones unidos que trabajan en los tres períodos. Pero a la vez entre 1985 y 2006 va bajando la proporción de varones unidos así como la proporción de varones que trabajan (pasa de 96.5% en 1985 a 89% en el 2006) para aumentar la proporción de varones que estudian a estas edades. Por lo tanto aumenta la entropía de estos tres estatus simples contribuyendo al incremento que denotamos a la entropía conjunta para el 2006. De esta manera, si bien el trabajo mantiene el valor más bajo en la composición por estatus de la entropía conjunta, es sin embargo es el que ha cobrado más relevancia a lo largo del período analizado. Los que trabajan son muy distintos en el resto de los estatus en comparación con aquellos que no trabajan.

En el tiempo histórico analizado hallamos en esta etapa de vida un incremento de varones que *“no estudian y no trabajan”*, aunque no de la importancia registrada en el grupo de edad anterior -2.2% en 1985, 4.8% en 1996 y 8.3% en el 2006. De todas formas, el significado de este porcentaje de varones, aunque menor que el de las mujeres, puede resultar más preocupante. Primero porque las mujeres presentan un 26.5% de frecuencia en esta configuración de estatus para el 2006 por medio de un descenso respecto al 37% que presentaba en 1985. En el caso de las mujeres tenemos una población con menor participación laboral, además que el trabajo no está tan fuertemente asociado a la formación familiar como vemos en los varones. De esta manera, no tener un trabajo a estas edades para los varones puede tener efectos importantes respecto a su posible y futura formación familiar (la no adquisición de un estatus de trabajador es probable que lo excluye de las posibilidades de la formación familiar).

De igual manera, es preciso reconocer que si bien en los varones se produce un aumento de la entropía más importante que en las mujeres, por la heterogeneidad que aporta en esta etapa de sus vidas el trabajo hacia el 2006, y lo tardía que se hacen sus transiciones familiares, presentan una mayor estructuración de sus vidas en relación a las mujeres. Si comparamos para el 2006 las frecuencias entre estados del cuadro V.7 y V.8 veremos que el 47.4% de los varones en estas edades han realizado las cuatro transiciones analizadas (“ETPM”) frente al 33.7% de mujeres que se encuentran en este estado específico para el 2006. Y esto se debe sobre todo a los efectos diferenciales del trabajo por sexo.

En los varones, si bien identificamos que el trabajo comienza a aportar heterogeneidad de estados en sus vidas, continúa siendo un factor estructurador del curso de vida en mayor medida que para el caso de las mujeres. De esta forma, para el 2006 en el cuadro V.7 podemos observar que el estado “EPM” concentra al 19.7% de las mujeres entre 25 y 34 años frente a un solo 2% de los varones de estas edades. Es decir, es más frecuente que las mujeres de estas edades que no residen con los padres, hayan entrado en unión, no estudien y no se encuentren trabajando. En los varones la salida de casa de los padres y formación familiar va asociada a su participación laboral tal cual se observa en la proporción tan alta de trabajadores que se han unido alguna vez en el Cuadro V.10 próxima a 95% en varones en los tres períodos.

Por lo tanto, a mayores dificultades para alcanzar buenas inserciones, o al menos estable, en los mercados de trabajo mayor será la postergación de las transiciones familiares. En el 2006, si no consideramos el trabajo en las mujeres, sumando EPM y ETPM, podemos encontrar al 53.4% de ellas entre los 25 y 34 años que han iniciado una formación familiar.

La última fila del cuadro V.10 nos refuerza lo que veníamos diciendo anteriormente respecto a los problemas que las malas condiciones laborales llegan a tener en los procesos de formación familiar en términos generales, y en la emancipación residencial de forma más particular. Casi la totalidad de las mujeres y varones entre 25 y 34 años que se han unido al menos una vez no residen con sus padres. Y esta proporción siempre es superior al 90% en los tres períodos analizados y se muestra estable frente a cambios tan profundos en el mundo del trabajo.

Entre los 35 y 45 años

La última etapa de vida que nosotros estamos trabajando, entre los 35 y 45 años de edad, se caracteriza por ser una fase de homogeneidad de estados tanto en varones como en mujeres. De todas formas, nunca se alcanza el nivel de estructuración del curso de vida observado en la niñez.

En las mujeres la heterogeneidad de estados se mantiene relativamente estable en el tiempo analizado; y si bien hay un incremento de entropía en el tiempo es muy bajo –crece un 8% en el 2006 respecto a 1985. Mientras que los varones de este grupo de edad presentan un incremento de 47% en la entropía en el mismo período de tiempo.

Como podemos observar en el Cuadro V.5, la fuente de heterogeneidad más importante en esta etapa de vida de las mujeres está dada por el trabajo. A pesar que el aporte del trabajo a la heterogeneidad de estados por edad disminuye en el tiempo (pasando de -41% en 1985 a -34.7% para 1996 y -33.4% en el 2006) continúa igualmente representando para las mujeres una fuente de diferenciación importante en el 2006. Esto sucede porque el trabajo carece de uniformidad a lo largo de la vida de las mujeres, es una dimensión en la que participan de forma inestable: algunas no entran a trabajar nunca, otras entran y salen del mercado de trabajo en distintos momentos de su vida, y otras trabajan en forma más permanente y prolongada en el tiempo. Si observamos la distribución de frecuencia de estados vamos a identificar un aumento en la combinación que involucra los cinco estatus sociodemográficos trabajados: “ETPMH”. Las mujeres que alcanzaron este estado (han realizado las cinco transiciones analizadas) adquiere para el año 2006 el 51.9%, partiendo de un 41.3% en 1985. Si consideramos el estado que supone haber realizado todas las transiciones menos estar trabajando (“EPMH”) se hace notorio que ha ido perdiendo peso en la distribución en el tiempo: pasando de 37.1% de las mujeres en 1985 a 21.8% en el 2006. Pero representa aún a la quinta parte de las mujeres entre 35 y 45 años de edad en el 2006.

Si analizamos el crecimiento de la entropía en varones de estas edades y observamos las fuentes institucionales de dicha heterogeneidad sobresale que las mismas recaen en el dominio familiar en los tres períodos analizados. Asimismo, identificamos una tendencia a que sus efectos sobre la heterogeneidad de estados sean menores en el tiempo analizado –el haber estado alguna vez unido pasa de -37.3% en 1985 a -28.4% en el 2006– tal cual podemos ver en el cuadro V.5. en este sentido, nos interesa destacar que el trabajo aparece como una fuente de heterogeneidad creciente en el tiempo aún en esta etapa de vida, aunque sus niveles no sean a delta; pasando de -16.3% en 1985 a -23.9% en el 2006.

V.4 Conclusiones generales del capítulo

En este capítulo hemos intentado alcanzar una visión global de los procesos de estructuración por edad de los cursos de vida de mujeres y varones en el tiempo histórico analizado, a modo de permitirnos identificar cambios en los niveles de heterogeneidad y conocer su composición institucional –también cambiante. Pudimos observar patrones de estructuración por edad de los cursos de vida relativamente regulares en el tiempo en el caso de varones y mujeres de Montevideo – que se refuerza si lo comparamos con lo analizado en otras poblaciones urbanas de la región. En este sentido, las edades en las que la entropía tiende a incrementarse, alcanzar su punto de inflexión y luego descender son muy similares entre poblaciones y en el tiempo. Pero dentro de esa regularidad de la estructuración del curso de vida pudimos observar cambios entre períodos en los niveles de heterogeneidad y los tipos de heterogeneidad (las configuraciones de estatus precisas que aportaron heterogeneidad para ambos sexos).

En este sentido, nos movemos en el escenario propuesto por la hipótesis H1 planteada en el capítulo III, donde establecíamos la posibilidad que los cambios socio-históricos acontecidos (con sus contrapartes institucionales) hubieran afectado los niveles de estructuración de los cursos de vida, con efectos hacia la homogeneidad y otros hacia la heterogeneidad de estados.

De esta manera, la edad emerge como un elemento claramente estructurante de los cursos de vida, pues tanto la heterogeneidad como la homogeneidad de estados aparecen claramente cronologizadas en las tres cohortes sintéticas analizadas. Hay edades donde la población de mujeres y varones presentan cursos de vida más homogéneos y otras en las que son más heterogéneos, pero en ambos casos podemos destacar que ocurren de manera cronologizada en los cursos de vida. El rango de edades donde se eleva la entropía coincide claramente con los momentos de vida individuales donde se ubican las múltiples transiciones a la vida adulta que estamos considerando en nuestra investigación.

En este sentido, hay una heterogeneidad de estados que era esperable y que nos indica la TVA. Esas múltiples transiciones de la TVA acontecen en un rango de edades relativamente institucionalizado y provocan mayor dispersión en combinaciones de estatus. Lo cual nos permite identificar un punto de inflexión en la tendencia de la entropía por edades específica en todas las cohortes sintéticas; elevando en un patrón unimodal a la heterogeneidad de estados en todos los períodos de tiempo analizados. De esta manera, la TVA supone una desestandarización de la vida respecto a etapas anteriores y posteriores –mayor entropía, pero ese momento está ubicado en todas las cohortes sintéticas analizadas en un rango de edades muy estable en el tiempo. Podemos decir que el momento de la TVA está también cronologizado en las cohortes sintéticas.

A la luz de nuestros resultados para el período 1985–2006 debemos reconocer que encontramos un escenario diferente al que proponíamos en la hipótesis 1.1 explicitada en el Capítulo III. En ella esperábamos encontrar desestandarización de la TVA a través de dos ejes: aumento de rangos de edades y aumento de la entropía. Contrario a este último, pudimos observar que los caminos a la vida adulta (configuraciones de estatus por los que se efectúa ese tránsito) se tornan más estandarizados (u homogéneos) para el 2006. La transición a la vida adulta se estandariza para el 2006 con respecto a 1985, con descensos importantes en las entropías entre los 12 y 24 años tanto para varones como para mujeres. Respecto al segundo eje tampoco encontramos evidencias de amplitud de rangos de edades, sino que identificamos un

corrimiento en el calendario para el 2006. Esta relocalización de la TVA a unos años más tardíos tanto en mujeres como en varones nos explica la desestandarización de los cursos de vida en el tiempo histórico analizado al alcanzar aproximadamente los treinta años de edad.

Respecto a la tendencia en el tiempo de la heterogeneidad de los cursos de vida nos interesa señalar que aumenta para todas las edades analizadas en un primer momento –1996– y luego para el 2006 este comportamiento de la entropía adquiere una cronologización particular. La cohorte sintética del 2006 muestra cursos de vida más estandarizados para ambos sexos que la de 1985. A partir de esta edad (20 años aproximadamente) la tendencia se invierte (desestandarización de los cursos de vida de la cohorte sintética del 2006 respecto a la de 1985). Esto nos indica en un principio un conjunto de cosas:

1. La tendencia general de los patrones de estructuración por edad en respuesta a los procesos de cambio sociales e institucional por los que atraviesa la población estudiada en Montevideo guarda particularidades respecto a las otras poblaciones urbanas analizadas en la región; siendo la única que presenta en todas las edades en la medición intermedia (T2 respecto a T1) un aumento de la entropía. Esto pone en evidencia la relevancia que juegan las instituciones locales y relación entre Estado, mercado y familia para potenciar o amortiguar en cada caso los efectos de proceso de apertura económica y los ajustes que sufrieron todas las poblaciones estudiadas de la región.

2. Lo que acontece en 1996 es un comportamiento coyuntural que nos señala la inconveniencia de pensar en evoluciones lineales y sin repliegues en los procesos de estructuración de los cursos de vida. En la identificación de distintos niveles de estructuración del curso de vida para distintas etapas etarias los niños entre 6 y 11 años se mostraron como el grupo que tenía las vidas más estructuradas por edad en los tres períodos de tiempo analizados. Así y todo, en esta etapa tan estructurada (donde solo jugaban dos de todos los estatus trabajados) pudimos detectar un aumento de la entropía para el año 1996. Esto lo entendemos como *un efecto período*, generando aumento de heterogeneidad en todas las edades (incluso en las que luego vamos a observar descenso en el 2006) con la emergencia de nuevas configuraciones de estatus por las que los adolescentes y jóvenes de ese momento lograron hacer frente a los nuevos desafíos de los cambios estructurales ya mencionados.

3. De todas maneras, los más jóvenes en esos años –15 a 30 años– van a realizar su TVA de una forma distinta, recurriendo a configuraciones de estatus muy particulares que se presentan en ese período, con incrementos en estos grupos de la salida de la escuela, la entrada a trabajar, e incluso la configuración de estatus de “no estudia y no trabaja”. Este grupo de 12 a 24 años que estaban realizando sus transiciones educativas y laborales en el escenario social de 1996 van a presentar en 2006 calendarios familiares muy tardíos. Indudablemente la salida temprana del mundo escolar de las mujeres y varones en 1996, muchos de ellos sin entrar a trabajar, los priva de espacios de socialización ajenos al dominio familiar, quedan privados del espacio público que representan los centros educativos como vía de acceso a grupo de pares y más acotados a las chances de sus espacios barriales –espacios de pocas distancias en lo geográfico y en lo social.

Asimismo, hay una organización por sexo de la composición institucional de las entropías que se hace notar justamente en los inicios de la TVA, cercanos a los 15 años aproximadamente. Como ya mencionamos, nuestro estudio nos estaría indicando una estandarización en el tiempo del temprano curso de vida (2006 respecto a 1985), y una institucionalización de la desestandarización del curso de vida partir de los 20 años aproximadamente. De esta forma nos movemos en los escenarios planteados en la hipótesis 2.1 del Capítulo III y sus específicas desde la 2.1.1 a la 2.1.5. En este sentido, la heterogeneidad de estados es promovida por distintas fuentes institucionales que a su vez se distinguen por sexo. La desestandarización hacia el 2006 es mucho más fuerte para los varones –si lo comparamos con sus propios niveles a 1985, incluso cuando no estamos considerando otra posible fuente de heterogeneidad como la paternidad, alcanzando al grupo de edad más alto de 35 a 45 años.

Esto nos indica que se ha tornado difícil alcanzar homogeneidad de estados en la adultez por las propias inestabilidades institucionales nacionales que ya describimos, a la vez que creemos que hay aquí *efectos de selección* que se agregaron a los *efectos de las transiciones* realizadas en etapas anteriores (que lo representa este grupo de individuos que realizaron sus transiciones importantes en el contexto de 1996) y que no permiten a gran parte de los varones alcanzar estabilidad laboral y la formación familiar. Esto da cuenta del escenario planteado en la hipótesis 1.2 del Capítulo III, donde creíamos posible un efecto cohorte en aquellos adolescentes y jóvenes de 1996.

Las fuentes institucionales que generan heterogeneidad en el curso de vida de las mujeres a partir de los 20 años es el trabajo, mientras que en los varones es principalmente la familia (si bien el trabajo va ganando espacio en la heterogeneidad de los cursos de vida de los varones). En definitiva, el retraso de la vida familiar de los varones aparece como una respuesta a la rígida configuración de estatus entre ser trabajador y la formación familiar en contextos socioeconómicos y laborales constrictivos. Con una rigidez en el dominio familiar en las formas de organización residencial, donde las nuevas familias se constituirían en su mayoría en nuevos hogares (aplicándose la frase popular de “el casado casa quiere”), haciendo más tardado y difícil de enfrentar el desafío de la formación familiar. Las mujeres ajustan las rigideces de un mercado laboral donde no se contempla la maternidad de forma adecuada con inestabilidad en su participación laboral. Como ya mencionamos, hay una institucionalización del curso de vida menos estandarizado en el caso de los varones, por los cambios en el mundo del trabajo que provocaron la inestabilidad en la participación laboral y permite que se vaya constituyendo en el tiempo como una fuente de heterogeneidad institucional.

Nos interesaría poder referir a las diferencias entre mujeres y varones, las brechas por sexo que hemos encontrado y su evolución en el tiempo. Si bien trabajamos para el caso de los varones un estatus sociodemográfico menos por limitaciones de nuestras fuentes de datos, podemos aproximarnos a estos diferenciales a través de comparaciones en las configuraciones de estatus presentadas en los cuadros V.7 y V.8 donde no se contempla en esas distribuciones el estatus de madre. De esta manera, podemos decir que hemos identificado diferencias en la heterogeneidad por edades específicas por sexo. Existe una brecha de sexo en la experiencia de la transición a la vida adulta y ha tendido a disminuir en el tiempo analizado, aunque aún persisten las diferencias.

Para los varones la TVA está vinculada con el proceso de ser estudiante a trabajador, y de ser soltero a unirse y formar su propia familia. Estos cambios en la combinación de estatus se difunden en una secuencia más estándar en un amplio rango de edades. Los cambios de estatus

en las mujeres son similares pero producen una gran heterogeneidad dado que su participación laboral no es uniforme a lo largo de sus vidas individuales. En la medida que el curso de vida es guiado por instituciones sociales, y mujeres y varones no tienen igual relación con ellas, el curso de vida aparece gobernado evidentemente por normas diferenciales de género que se superponen a la edad. Reforzando aspectos planteados en el escenario que trabajamos en la hipótesis 1.4 del Capítulo III. En un contexto de estatus sociodemográficos simples poco estandarizados (como por ejemplo: el trabajo o el estudio), que tienen distintos alcances para mujeres y varones, el sexo pasa a ser más importante que la edad para determinar cuáles estatus serían adquiridos por jóvenes de un sexo u otro.

Capítulo VI.

Heterogeneidad del curso de vida y desigualdad social

Los efectos de la desigualdad social en los cambios en la complejidad de los cursos de vida

En el capítulo anterior hemos podido dar cuenta de los niveles de estructuración por edad del curso de vida en tres períodos de tiempo, de los cambios en ese tiempo analizado y las fuentes institucionales que lo configuran. De esta manera, en esta fase de nuestra investigación nos interesa centrarnos sobre todo en uno de los hallazgos y atender las nuevas preguntas de investigación a las que nos conduce. En el análisis realizado en el capítulo anterior identificamos que las variaciones de la heterogeneidad de estados a edades específicas entre 1985 y 2006 presentaba dos tendencias contrapuestas con un comportamiento cronologizado: estandarización y desestandarización que se producían a distintas etapas del curso de vida de las mujeres y los varones.

Si miramos la heterogeneidad de estados de la cohorte sintética del 2006 respecto a las dos anteriores vamos a encontrar dos fuerzas contrarias que actúan en distintos rango de edades: estandarización (disminución de la entropía global en el tiempo histórico) para los grupos de las edades específicas menores a 20 años y desestandarización (aumento de la entropía global en el tiempo histórico) para aquellos grupos de las edades específicas mayores a los 20 años aproximadamente. La pregunta más general que nos guía en esta fase analítica es la siguiente: ¿cuánto de las variaciones de heterogeneidad observadas, tanto en su fase de estandarización como en la de desestandarización, pueden ser expresiones demográficas de desigualdades sociales y los distintos caminos que cada estrato social puedan tener en su tránsito a la vida adulta? (preocupación que descansa en las hipótesis que hemos explicitado en el capítulo III como hipótesis 1.3, 1.4, 2.3 y 2.3.1).

En este sentido, nos interesa indagar en las brechas que puedan existir por estrato en la estructuración de los cursos de vida. ¿Hay brechas por estrato en la estructuración del curso de vida temprano? ¿El patrón de desigualdad demográfica se ha modificado en el tiempo? ¿Los procesos de estandarización en etapas tempranas del curso de vida que identificamos hacia el 2006 respecto a 1985 son la expresión de una reducción de las brechas por estrato? ¿Los procesos de desestandarización identificados son expresión de desigualdades entre experiencias de estratos sociales, o por el contrario, nos señalan procesos igualmente desestructuradores al interior de cada uno de ellos?

Si bien los supuestos de universalidad están implícitos en el concepto mismo de estandarización, nosotros ya venimos trabajando con una idea de universalidad de estados al interior de dos subpoblaciones (mujeres y varones), y en esta etapa del análisis queremos saber cuán uniformes son estas dos subpoblaciones a su interior. Para lo cual es necesario integrar otra fuente de desigualdad adicional al sexo, como son en este caso los estratos sociales. Desde un punto de vista teórico-metodológico creemos fundamental la integración de más ejes de desigualdad para poder valorar las hipótesis de estandarización y desestandarización de los cursos de vida; de otra manera no podremos saber si ambos no son expresión de combinaciones de procesos de cambio demográfico y cambios en las estructuras de desigualdad social. ¿Cuál es

la fuerza de los procesos estandarizadores o desestandarizadores observados para sobreponerse a otra fuente de desigualdad como el estrato?

Como ya hemos dado cuenta en el capítulo II, existen antecedentes de investigación de la población femenina montevideana que nos indican procesos de estratificación de los comportamientos demográficos en el Uruguay contemporáneo a través de análisis de transiciones simples a la vida adulta (Videgain, 2006). Pero desconocemos aún la existencia de patrones desiguales de estructuración por edad en ambos sexos entre estratos sociales a través de una medida sintética que nos refiera a la heterogeneidad u homogeneidad de los cursos de vida, tal cual señalan los índices entropía de combinación de estatus por edades específicas (y nos permita conocer el calendario de la TVA como tal).

Como nos planteaba Elias, las sociedades son configuraciones complejas de múltiples niveles, y la consideración del mayor número de capas de integración que se yuxtaponen en ellas nos permite acercarnos de mejor manera a las actitudes sociales. En términos analíticos, en la medida que vamos agregando niveles de integración (y a la vez de diferenciación como por ejemplo la edad, el sexo y el estrato) vamos “deshojando” las medidas de entropías globales que obtuvimos para grupos poblacionales menos diferenciados (solo considerando edad y sexo por ejemplo). De esta forma, si grupos poblacionales que consideran menos “planos de integración que se yuxtaponen en la sociedad” muestran tendencias en los niveles de heterogeneidad que no se corroboran para los sub-grupos que desagregamos estamos frente a un caso especial, donde la heterogeneidad de estados de la población total considerada inicialmente nos estaría expresando dos cosas distintas. Por un lado, una falta de desagregación adecuada de nuestros grupos poblacionales, y por otro lado, comportamientos al interior de los grupos y tendencias en el tiempo que pueden ser divergentes (es decir que son heterogéneos entre ellos). Si por el contrario, todos los grupos formados por edad-sexo-estrato-año se muestran acordes a la tendencia general en sus cursos de vida cabe indagar sobre las fuentes institucionales y las configuraciones de estatus más precisas que en cada caso los mueven a esos procesos. ¿Son los mismos estatus los que estructuran u aportan heterogeneidad en uno u otro caso entre los estratos?

En todo el desarrollo de este capítulo trabajaremos con los dos períodos extremos en el tiempo: 1985 y 2006. Esta decisión descansa sobre todo en dos razones. Primero, poder evaluar la relación entre desigualdad social y heterogeneidad de los cursos de vida valorando los cambios en el mayor tiempo histórico posible en nuestro estudio. Y segundo, simplificar el análisis, ya que agregar un nuevo eje de desigualdad multiplica las dimensiones a valorar y hace muy difícil comprender los propios procesos de los cuales queremos dar cuenta.

Para poder responder las preguntas anteriormente planteadas recorreremos tres caminos analíticos:

1. Analizar la entropía por estratos en dos períodos en el tiempo a través de dos ejes:
 - a) Considerar las entropías de los estratos en 1985 y comparar con las brechas y patrones que presentan en el 2006.
 - b) Analizar lo acontecido en cada estrato de 1985 a 2006. ¿Qué sucedió en cada estrato en términos de procesos de cambios en la estructuración de sus cursos de vida por edad para alcanzar las entropías que presentan al 2006? (Puede ser

que el estrato más heterogéneo en relación a los otros en el 2006 no sea necesariamente el que más estandarización experimentó).

2. Identificar qué papel jugó cada uno de los estratos en el cambio de la entropía global para poder corroborar si lo que observamos como tendencia global es expresión de una misma tendencia en donde todos los estratos se vieron inmersos.
3. Analizar las fuentes institucionales que en cada caso –1985 y 2006– arrojaron un patrón de desigualdades demográficas frente a la desigualdad social. Esto supone una lectura de la descomposición por estatus también en dos ejes. Por un lado, leyendo la composición institucional de cada estrato en los dos períodos de tiempo (1985 y 2006) y por otro lado, comparando la composición institucional en un mismo período de tiempo entre los tres estratos. Esta segunda opción nos permite ver si las brechas entre estratos responden, a su vez, a fuentes institucionales estratificadas.

Con estos múltiples propósitos, realizamos tres movimientos. En un primer esfuerzo calculamos las entropías por estrato para la subpoblación de mujeres y varones en las distintas cohortes sintéticas que son insumos necesarios para el análisis planteado en los ítems 1.a y 1.b. y 2. En segundo lugar, identificamos la estructura de composición por estrato de las entropías en el tiempo y sus variaciones para el análisis planteado en el ítem 2 anterior (a manera de poder identificar si los estratos operan en el tiempo en sentidos convergentes o divergentes). Esto implicó calcular la entropía intra-estrato (dentro de los estratos) y la inter-estrato (entre los estratos) para los distintos períodos analizados. Con esta información pudimos analizar los aportes de cada estrato social en las tasas de cambio del índice de entropía global entre 1985 y 2006. Finalmente, realizamos la descomposición de la entropía de cada *grupo de edad-sexo-estrato-año* por estatus para poder abordar el ítem 3 anteriormente planteado. Así, poder conocer si existen fuentes institucionales diferenciales por estrato social en mujeres y varones, y su evolución en el tiempo. Este último análisis lo acompañaremos de las frecuencias de los 32 estados para mujeres y 16 para varones en distintos grupos de edad (al igual que lo realizamos en el capítulo anterior para las entropías globales)⁵³.

Para el cálculo de los índices de entropía de combinación de estatus por edades específicas (IE) por estrato trabajamos exactamente con la misma herramienta técnica utilizada para las entropías de mujeres y varones en el capítulo anterior. La única diferencia descansa en seleccionar tres subpoblaciones de estratos diferentes –bajo, medio y alto– para mujeres y varones sobre las cuales realizar los cálculos y análisis correspondientes. Igualmente, utilizamos la misma técnica de descomposición por estatus de las entropías estimadas para distintos grupos de edad para cada estrato social en la subpoblación de mujeres y varones.

Sin embargo, utilizamos dos elementos novedosos respecto a herramientas técnicas. Uno consiste en la descomposición de las entropías en intra-entropía e inter-entropía por medio de la descomposición del índice de Theil –que es la base con la cual opera el IE. El otro elemento

⁵³ Trabajar con la distribución de estados por grupos de edad nos permite conocer si las mujeres y varones de la misma edad pero de distintos estratos sociales comparten estados. Es decir, si son poblaciones homogéneas en la combinación de estatus por edades específicas. O por el contrario, si la brecha de desigualdad social se expresa en estados propios para cada estrato aunque compartan la misma edad. Para este propósito trabajaremos con la distribución de 16 estados para mujeres y varones y hacerlo de esta manera comparable.

técnico al que recurrimos en esta fase del análisis requirió que, una vez calculadas las entropías dentro de los estratos y entre los estratos para 1985 y 2006, realizáramos el cálculo de diferencias que nos permita identificar la contribución de cada estrato al cambio en la medida en la entropía global en ese tiempo transcurrido (Cortés y Rubalcava, 1984). En el apartado 6.2 recurriremos a estos elementos técnicos novedosos y nos detendremos en ese momento a explicitarlos como corresponde.

A continuación presentaremos en el análisis de las entropías por edades específicas (IE) para cada estrato en la población de mujeres y varones de las dos cohorte sintéticas (1985 y 2006). Luego continuaremos con el análisis de los aportes de cada estrato al cambio de la entropía global en el tiempo, con la correspondiente realización de la descomposición de la entropía por estratos. Finalmente abordaremos la descomposición por estatus de los IE de cada estrato.

VI.1 La heterogeneidad de estados por estratos sociales

En este apartado nos interesa analizar la heterogeneidad de estados a edades específicas para cada estrato social en las subpoblaciones de mujeres y varones. En el capítulo anterior habíamos identificado un patrón de estandarización del curso de vida temprano (anterior a los 20 años aproximadamente) y una desestandarización a partir de los 20 años para ambos sexos entre 1985 y 2006. Asimismo, respecto a la transición a la vida adulta para el año 2006 identificamos un calendario más tardío al de 1985, y de esta manera una primera etapa de la TVA habría ganado homogeneidad de estados entre los 12 y 20 años aproximadamente, pero en una segunda etapa que se hace más prolongada encontramos más heterogeneidad de estados. Pero, ¿ese patrón de estructuración por edad y calendario de la transición a la vida adulta anteriormente identificado es el mismo para las mujeres y varones de distintos estratos sociales? Y a manera más específica, ya indagando sobre procesos propios de cada estrato social: ¿qué tan desiguales en heterogeneidad de estados son los distintos estratos?, ¿a qué edades se concentran las principales transiciones analizadas en los distintos estratos? y respecto a todas las preguntas anteriores, ¿cómo ha sido esta evolución en el tiempo: entre 1985 y 2006?

A continuación analizaremos los índices entrópicos por edades específicas para los tres estratos sociales de mujeres por un lado y varones por otro para 1985 y 2006 que se presenta como porcentaje de entropía máxima alcanzada por edades específicas en los gráficos VI.1 a VI.4⁵⁴

Si observamos la estructuración por edad de las mujeres de distintos estratos sociales en 1985 podemos distinguir diferencias en los niveles de entropía recién a partir de los 13 años, cuando muestran más heterogeneidad aquellas mujeres de estratos bajos en relación a las de los medios y altos hasta los 20 años. A partir de los 20 años, los niveles de heterogeneidad de estados se muestran escalonados y estratificados con tendencia a ser más altos a medida que nos movemos hacia arriba en la estructura de desigualdad. Así, en las mujeres de estratos bajos para 1985 observamos un calendario a la TVA más temprano que para el resto. Las mujeres de

⁵⁴ En el Anexo Capítulo VI se encuentran los cuadros A.VI.1 a AVI.4 que contienen los valores de los índices de entropía y los porcentajes de entropía máxima alcanzados por edades desplegadas de 6 a 45 años).

estratos medios y altos presentan un calendario a la TVA más parecido entre sí y más tardío que el de sus pares de estrato bajo.

Este panorama cambia para las mujeres cuando observamos los resultados obtenidos para el 2006, apareciendo diferencias entre estratos en los niveles de heterogeneidad de estados desde edades más tempranas, con niveles de entropía notoriamente menores en las mujeres de estratos altos entre los 11 y 22 años de edad respecto a sus pares de estratos bajos y medios. Asimismo, observamos menos desigualdad en los niveles de entropía a partir de los 23 años. En el 2006 la brecha en los niveles de entropía que existía en 1985 entre estratos bajos y medios se ve reducida, y se muestran muy similares a lo largo de todas las edades específicas analizadas.

GRÁFICO VI.1
Porcentaje de entropía máxima alcanzada por edades específicas.
Mujeres de tres estratos, 1985

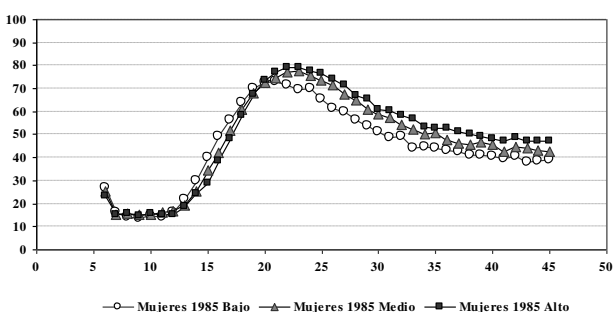


GRÁFICO VI.2
Porcentaje de entropía máxima alcanzada por edades específicas.
Mujeres de tres estratos, 2006

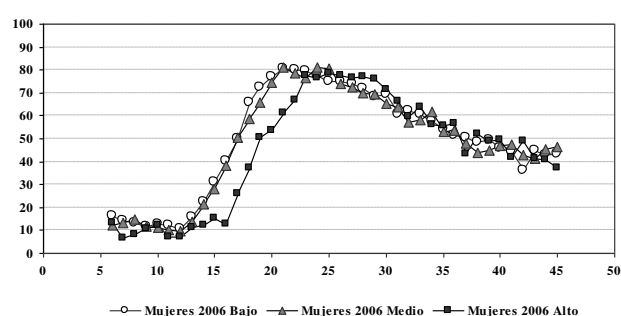


GRÁFICO VI.3
Porcentaje de entropía máxima alcanzada por edades específicas.
Varones de tres estratos, 1985

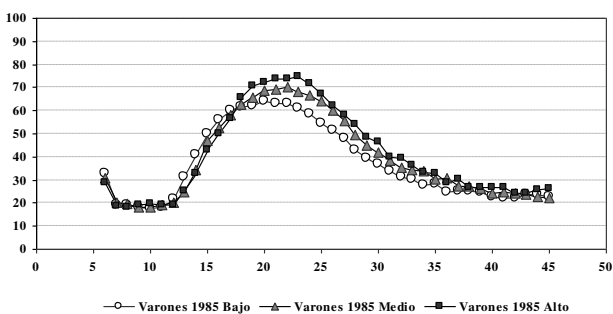
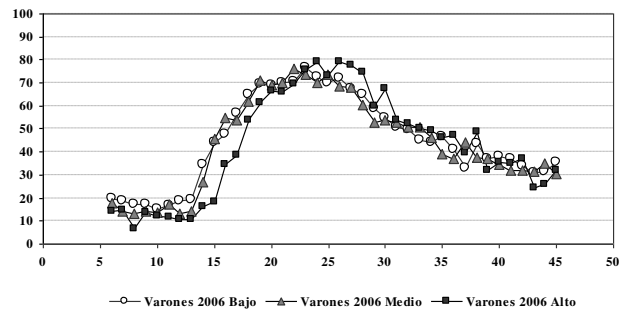


GRÁFICO VI.4
Porcentaje de entropía máxima alcanzada por edades específicas.
Varones de tres estratos, 2006



FUENTE: elaboración propia con microdatos censales de 1985 y ENHA2006

De esta manera, encontramos para las mujeres de estratos altos un calendario más tardío de la TVA respecto a los estratos bajos y medios en el 2006. Las mujeres de estratos altos no presentan una edad como punto de inflexión donde se revierte la tendencia de la heterogeneidad ascendente a otra descendente; sino una meseta de edades (en la figura gráfica podemos observar que abarca de los 23 a los 28 años de edad). Así, la desigualdad por estratos actúa en edades diferentes en el tiempo analizado.

En 1985 la desigualdad entre estratos en la heterogeneidad de estados se hacía más marcada a partir de la segunda década de vida de las mujeres, mientras que en el 2006 las desigualdades se distinguen desde edades más tempranas diferenciando la experiencia del estrato alto respecto al resto.

Si observamos las entropías por estratos en los varones para 1985 se destaca que las diferencias en los niveles de heterogeneidad se concentran sobre todo en las edades centrales de nuestro análisis, donde ubicaríamos la TVA. En este sentido, a mayor estrato mayor heterogeneidad entre los 17 y 33 años aproximadamente. Las combinaciones de estatus resultan más reducidas para los varones de estratos bajos respecto a los medios y altos. Y los altos presentan la heterogeneidad más alta en este rango de edades. De todas maneras, los varones de estratos bajos presentan niveles de entropías mayores al resto entre los 13 y 18 años aproximadamente. Esto nos indica un calendario a la TVA relativamente más temprano respecto a sus pares de los otros dos estratos.

Para el 2006 el escenario de las diferencias entre estratos de las entropías por edades es muy diferente al que acabamos de describir para 1985. En el 2006, los varones de estratos altos entre los 14 y los 22 años de edad presentan niveles de heterogeneidad más bajos que sus pares de los estratos medios y bajos. A partir de los 22 años la tendencia se invierte, y serán los varones de estratos bajos y medios los que presentan más homogeneidad de estados respecto a sus pares de estratos altos. En este sentido, los varones de estratos altos presentan un calendario de la TVA más tardío que el de los otros dos estratos en el 2006.

En resumen, observamos brechas entre estratos en los dos períodos de tiempo, pero el patrón de diferenciación por estrato en la estructuración de los cursos de vida cambia entre 1985 y 2006. Estas evidencias nos indican que la estructura de desigualdad está jugando un papel importante en los niveles de heterogeneidad de los cursos de vida y además, los cambios sociales acontecidos entre 1985 y 2006 modifican la forma y el calendario en que estas desigualdades sociales se tornan desigualdades demográficas. De este análisis derivaremos un conjunto de preguntas respecto a las fuentes institucionales y configuraciones de estatus particulares que dan soporte, y sentido, a todo lo descrito hasta el momento, y serán explicitadas y abordadas en el apartado VI.2.

VI.2 Participación de los estratos al cambio global de la entropía en el tiempo

Descomposición de la entropía por estrato

En este punto de nuestro análisis no convocan un conjunto de preguntas que emergen de los anteriores hallazgos empíricos y atienden también a nuestras preocupaciones teóricas. Observamos una tendencia de la entropía global, pero ¿todos los estratos sociales participan en el

sentido de esa tendencia general observada de la entropía por sexo? ¿Los distintos estratos varían en el mismo sentido en el tiempo? ¿El resultado del cambio en la entropía global observada entre 1985 y 2006 puede ser también resultado de procesos de compensación entre tendencias divergentes entre estratos? ¿Cuánto aportan cada uno de ellos al cambio global de la entropía entre 1985 y 2006?

Cuando estamos trabajando con índices de entropía para una población –en nuestro caso dos poblaciones: mujeres y varones por separado– partimos del supuesto de no existencia de concentración en los datos; lo cual nos permite trabajar con ellos sin necesidad de desagregarlos. De no ser así, si consideramos que al interior de nuestra población hay grupos con particularidades precisas –que puede afectar el fenómeno que estamos estudiando– es preciso recordar la composición binaria de la entropía. En este sentido, vamos a detenernos en algunas precisiones técnicas y propiedades del índice de entropía o heterogeneidad de Theil (H), en el entendido que nos permiten realizar el análisis que requerimos en este capítulo para responder las preguntas de investigación planteadas.

Cuando trabajamos con poblaciones que son el resultado agregado de grupos debemos tener presente que la entropía global o total (HT) que calculamos para la población agregada, sea la de mujeres o varones en nuestro estudio, es el resultado de la suma de dos componentes: la entropía entre los grupos o inter-entropía (HE) y la entropía dentro de los grupos o intra-entropía (HD).

Expresado así, obtenemos la siguiente ecuación:

$$(6.1) \quad HT = HD + HE$$

(Donde H= entropía, HT =entropía total, HD= entropía dentro estratos y HE= entropía entre estratos)

La ecuación (6.1) nos indica que las mediciones de entropía globales para la población de mujeres y varones que trabajamos en el capítulo anterior son el resultado de dos procesos: la distribución de las observaciones dentro de cada grupo o estrato, así como de la distribución de las observaciones entre los grupos o estratos. De esta manera, conocer la composición por estratos (HD y HE) de la entropía global para mujeres y varones en 1985 y 2006 resulta de interés para nuestro estudio por dos grandes razones: 1) para valorar en qué medida las variaciones observadas de la entropía global entre 1985 y 2006 responden a cambios en la distribución de las observaciones entre los estratos y/o a cambios en la distribución de las observaciones dentro de los estratos; y 2) porque la composición binaria de la entropía total de una población agregada tiene consecuencias sobre nuestro análisis de los aportes de cada estrato al cambio global de la entropía entre 1985 y 2006.

En este sentido, las variaciones de la entropía global en el tiempo analizado son el resultado de un doble proceso de cambio: los que han existido en la entropía de cada estrato así como también por las variaciones en la distribución de observaciones entre estratos en ambos períodos de tiempo. Por esta razón, el cambio que observamos en la entropía global en el tiempo no resulta igual a la suma de todas las diferencias de las entropías que ya hemos calculado para cada estrato entre 1985 y 2006. Los índices de entropía por edades específicas para cada estrato que calculamos y analizamos en el apartado anterior no toman en consideración el peso relativo de cada estrato en el total de las observaciones. Veamos el camino que hemos recorrido.

Para estudiar la descomposición de la entropía (H) la expresaremos de la siguiente manera:

$$(6.2) \quad HT = \sum_{i=1}^n q_i \log \frac{q_i}{p_i} = \sum_{k=1}^K \sum_{j=1}^{n_k} q_i \log \frac{q_{j,k}}{p_{j,k}}$$

En la ecuación (6.2) el término que contiene la doble suma muestra la forma de calcular la entropía si las observaciones se han clasificado en K grupos. Los subíndices j refieren a las observaciones y los subíndices k refieren a los grupos. En nuestro estudio K representan los estratos –donde $k1$ = estrato bajo, $k2$ =estrato medio y $k3$ = estrato alto. El análisis se realiza para cada uno de los grupos conformados por la población de igual edad-sexo-estrato-año (39 edades específicas, dos sexos, tres estratos y dos cohortes sintéticas). Esos grupos conformados por edad-sexo-estrato-año se distribuyen entre las j observaciones, que en nuestro estudio son representadas por todas las combinaciones posibles de estatus –32 para el caso de las mujeres y 16 para el caso de los varones.

La ecuación anterior también se puede expresar de la siguiente manera:

$$(6.3) \quad HT = \sum_{k=1}^K q_k \sum_{j=1}^{n_k} \frac{q_{j,k}}{q_k} \log \frac{q_{j,k}/q_k}{p_{j,k}/p_k} + \sum_{k=1}^K q_k \log \frac{q_k}{p_k}$$

Donde la expresión $\frac{q_{j,k}}{q_k} = \frac{Y_{j,k}}{Y_k}$ simboliza la participación relativa que tiene la unidad j en el total de la variable en el grupo k . Si $Y_{j,k}$ representa el valor de la variable que posee la unidad j del grupo k , y Y_k el total del grupo K y Y el total general. Así, $\frac{p_{j,k}}{p_k}$ expresa la importancia relativa de la unidad j dentro de los elementos del grupo k .

Entonces,

$$(6.4) \quad H_{D,k} = \sum_{j=1}^{n_k} \frac{q_{j,k}}{q_k} \log \frac{\frac{q_{j,k}}{q_k}}{\frac{p_{j,k}}{p_k}}$$

La ecuación (6.4) representa la entropía de cada estrato que hemos trabajado para todos los grupos de edad-sexo-año en el apartado anterior. Para poder pasar de estas entropías por estrato a las entropías globales de mujeres y varones en los dos períodos de tiempo resta aún el cálculo de la intra-entropía (HD) y entre-entropía (HE) que se alcanza mediante las ecuaciones (6.5) y (6.6). Ambas integran el término q_k que contempla la distribución de las observaciones entre k grupos que componen la población total agregada, representando el peso de las observaciones que concentra ese grupo (o estrato) respecto al total de la variable.

$$(6.5) \quad HD = \sum_{k=1}^K q_k H_{D,k}$$

$$(6.6) \quad HE = \sum_{k=1}^K q_k \log \frac{q_k}{p_k}$$

En que q_k simboliza la participación de la clase k dentro del total y p_k su participación relativa en las observaciones.

La intra-entropía (HD) es el resultado de la suma de la entropía de cada estrato (H_{Dk}) ponderada por el peso relativo de ese sub-grupo en el total de la variable. La inter-entropía (HE) nos indica el nivel de concentración o dispersión de las observaciones entre los grupos o estratos. En resumen, un aumento de la entropía intra-estratos (HD) nos habla de procesos de mayor heterogeneidad de estatus al interior de los estratos; mientras que un aumento de la entropía entre-estratos nos habla de mayor distribución de las observaciones entre los estratos. En este sentido, la variación que ha experimentado los niveles de entropía global en el tiempo analizado tienen un compuesto de intra-entropía y otro de entre-entropía: cómo ha variado la distribución de observaciones en ese grupo de edad-sexo-estrato-año y cómo ha variado la distribución total de las observaciones del grupo de edad-sexo-año respecto a ese estrato en particular. Así, Cortes y Rubalcava (1984) lo expresan en la siguiente ecuación:

$$(6.7a) \quad \begin{aligned} T_{t+s} - T_t &= (D_{t+s} - D_t) + (E_{t+s} - E_t) \\ &= [(D_{1,t+s} - D_{1,t}) + (E_{1,t+s} - E_{1,t})] + [(D_{2,t+s} - D_{2,t})(E_{2,t+s} - E_{2,t})] \\ &\quad + [(D_{K,t+s} - D_{K,t}) + (E_{K,t+s} - E_{K,t})] \end{aligned}$$

En la misma se descompone el cambio que se ha experimentado en el nivel global de la entropía (miembro de la izquierda) entre t y $t+s$ en las modificaciones que han afectado en ese período las medidas de intra e inter entropía (miembro del centro). Cada término encerrado entre corchetes nos provee de una medida del peso con que concurre cada grupo (estrato en nuestro estudio) al cambio en la medida de la entropía global. Las diferencias encerradas en los paréntesis separan la parte que se origina en las alteraciones en la intra-entropía y la que proviene de la entre-entropía en el período bajo consideración. Para el caso de nuestro estudio podemos especificarla de la siguiente manera:

$$(6.7b) \quad \begin{aligned} T_{2006} - T_{1985} &= (HD_{2006} - HD_{1985}) + (HE_{2006} - HE_{1985}) \\ &= [(HD_{k1,2006} - HD_{k1,1985}) + (HE_{k1,2006} - HE_{k1,1985})] \\ &\quad + [(HD_{k2,2006} - HD_{k2,1985}) + (HE_{k2,2006} - HE_{k2,1985})] \\ &\quad + [(HD_{k3,2006} - HD_{k3,1985}) + (HE_{k3,2006} - HE_{k3,1985})] \end{aligned}$$

Donde,
y

$$HD_k = p_k H_{D,k} \quad HE_k = p_k \log \frac{1}{p_k}$$

Con estas herramientas procedimos a descomponer la entropía para cada uno de los grupos definidos por edad-sexo-estrato-año; lo cual nos permitió conocer la HE y HD para cada edad en 1985 y 2006, información que fue el sustrato para dos análisis. Por un lado una primera

aproximación a la estructura de composición de la entropía por edad en el tiempo (lo cual presentamos como proporción de la entropía total en los gráficos VI.5, VI.6, VI.7 y VI.8). Por otro lado, está el análisis conjunto de los cambios en la entropía global (HT), la inter-entropía (HE) y la intra-entropía (HD) en el tiempo que nos permita discernir si las fuentes de variación de la HT responden más precisamente a cambios en HD o en HE para mujeres y varones (esto se presenta en los gráficos VI.9 y VI.10 como diferencias en el tiempo). Seguidamente, con esta información pudimos calcular las diferencias para cada grupo de edad-sexo-estrato- entre la parte que se origina en las alteraciones en la intra-entropía y la que proviene de la entre-entropía en el período bajo consideración, información que presentamos en los gráficos VI.11, VI.12, VI.13 y VI.14. Por razones de organización todas las gráficas anteriormente referidas (de la VI.5 a la VI.14) se encuentran al final de este apartado.

Es preciso recordar que en nuestra investigación construimos los estratos sociales a través de la distribución por terciles del factor que estimamos por análisis de componentes principales para medir el estrato residencial de ego; por lo tanto, en cada estrato tenemos al 33% de la población entre 6 a 45 años de cada sexo para cada período. De todas formas, a pesar de esta restricción impuesta a la distribución de observaciones entre los tres estratos, no esperamos que se distribuyan exactamente como terciles al interior de cada edad específica. Como uno de los procesos que puede incidir en la distribución por edad entre estratos cabe mencionar el de la infantilización de la pobreza, pudiendo encontrar en los estratos bajos más población infantil en el 2006 que en 1985.

En términos de nuestro análisis es necesario tener presente que las variaciones de inter-entropía (HE) entre 1985 y 2006 tendrán que ver con cambios en la composición por edad de los tres terciles que nos informan de estratos residenciales. Esto le quita un poco de interés al análisis de la entropía entre estratos por sí misma, porque solo puede variar muy poco en el tiempo analizado, pero actúa sobre todo como un factor de control fundamental y necesario para la adecuada interpretación de lo que sucede en los procesos de intra-entropía por edades específicas en distintos momentos del tiempo histórico.

En un primer análisis de la composición de la entropía global por edades específicas para mujeres y varones (gráficos VI.5 a VI.8) nos encontramos con elementos que mencionamos anteriormente: la inter-entropía (HE) varía poco en el tiempo analizado y gana a su vez más peso en el 2006 respecto a la intra-entropía en las primeras edades, donde se concentran más observaciones en el estrato bajo. A pesar de la poca variación en el tiempo de la inter-entropía nos interesa destacar que una proporción importante de la entropía total observada en las edades específica responde a cómo las observaciones se distribuyen entre los estratos. Asimismo, los varones presentan proporciones más altas de inter-entropía para ambos períodos de tiempo. Igualmente, es interesante destacar que en la estructura de composición de la entropía total (HT) la inter-entropía (HE) tiende a tener más peso en edades con baja heterogeneidad de los cursos de vida. Cuando la entropía total es muy baja la mayor proporción de la misma está dada por la desigual concentración de las observaciones entre los estratos. Asimismo, gana peso la intra-entropía (HD) en las edades de mayor heterogeneidad (TVA). La TVA es una etapa de la vida de la población donde la heterogeneidad acontece en todos los estratos.

Dada la distribución de observaciones entre los estratos siempre próximas a un 30% del total de la variable ya sabíamos que la HE no podía sufrir grandes cambios en el tiempo, pero teniendo la HE como control podemos analizar las variaciones que ha sufrido la HD y la importancia de estos cambios en la HT. En este sentido en las gráficas VI.9 y VI.10 podemos

observar el cambio entre 1985 y 2006 de la HT, la HE y la HD. El patrón de cambio de la entropía total es totalmente coincidente con la intra-entropía (HD), es un patrón cronologizado en su evolución en el tiempo. Las fases de descenso de la entropía total hacia el 2006 en edades tempranas coinciden con un descenso de la intra-entropía. Esto nos indica que se produjeron procesos de concentración y homogeneidad del curso de vida al interior de los estratos. Lo mismo sucede con las edades donde se observan procesos de heterogeneidad en el curso de vida a nivel de la población global de mujeres y varones; también aumenta la intra-entropía.

En los gráficos VI.11 y VI.13 (al final de este apartado) presentamos el cambio global en el tiempo analizado de la entropía por edades específicas para mujeres y varones respectivamente. Junto a estos están los gráficos VI.12 y VI.14 para poder observar y comparar los aportes que realiza cada estrato al cambio global por edades específicas para mujeres y varones respectivamente⁵⁵. Como ya lo analizamos en el capítulo anterior, y se observa en los gráficos VI.11 y VI.13, se puede advertir un patrón por edad muy claro en los procesos de estandarización y des-estandarización de los cursos de vida en el tiempo (cronologización). Recordemos que lo que analizamos acá son las diferencias que experimentó cada estrato en la intra-entropía y entre-entropía en cada estrato (HD_k y HE_k), y no la mera diferencia entre la entropía de cada estrato (de las H_{Dk}). Esto nos permite observar que la intra-entropía (HD), que mostraba un patrón por edad que variaba en el tiempo de forma similar a la entropía global (HT), siendo también una medida resumen no permitía visibilizar tendencias contrarias entre estratos por edades.

Más precisamente, para el caso de las mujeres podemos destacar las desiguales contribuciones de cada uno de los estratos al cambio de la entropía global entre 1985 y 2006. Los aportes al cambio global de cada estrato por edad tienen tendencias y pesos diferenciales, incluso con tendencias contrarias al cambio global observado tal cual lo muestra el gráfico VI.12. En este sentido, nos interesa destacar algunos elementos particulares respecto a cada estrato y su participación en el cambio global.

Las mujeres del estrato bajo presentan los niveles más bajos de estandarización en la niñez, sus entropías descienden en el 2006 respecto a las de 1985, pero realizan el menor aporte a la estandarización en la entropía global de las mujeres en esta etapa de vida. Asimismo, ya a los 18 años se observan incrementos de la entropía en el tiempo que se mantienen casi hasta los 45 años; representando una aporte muy importante al proceso de desestandarización que habíamos observado a nivel de entropías globales en las mujeres a partir de los 22 años. En el estrato medio, las mujeres muestran aportes a la disminución de la entropía en casi todo el rango de edades, indicando una tendencia muy particular respecto a la global; con menores niveles de estandarización en la fase de estandarización global y con tendencia contraria en la fase de desestandarización global. El estrato alto muestra una cronologización de la estandarización y desestandarización en los mismos rangos de edades de la entropía global. De todas maneras, su contribución más importante es a la tendencia global de estandarización entre los 11 y 22; ya a partir de los 23 años muestra aumentos de la entropía en el tiempo, pero sus aportes a la desestandarización global son inferiores a los que realizó el estrato bajo.

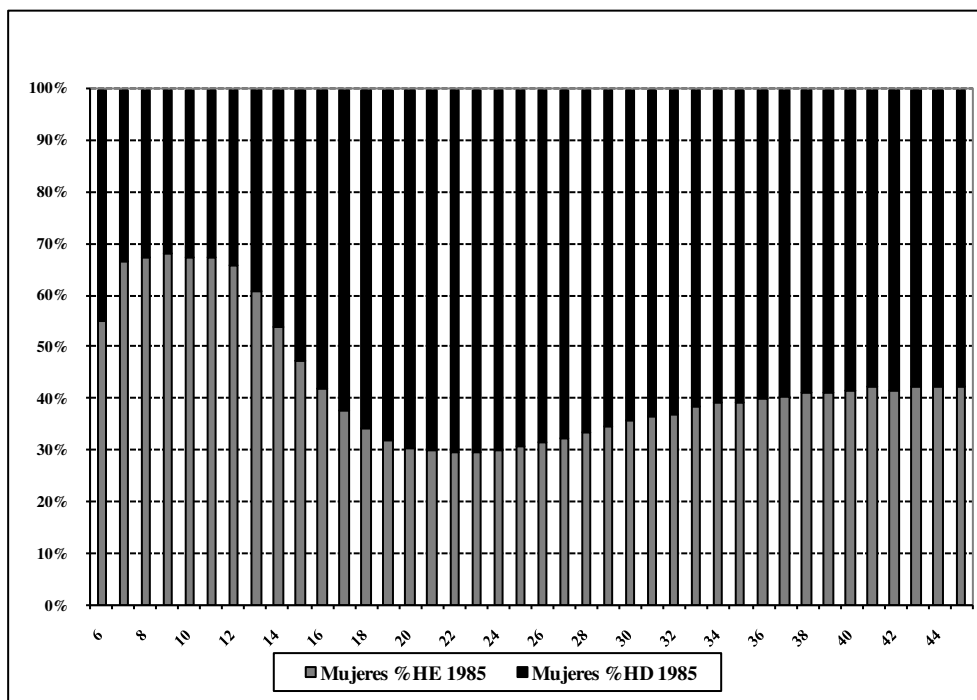
⁵⁵ En el Anexo Capítulo VII. en los cuadros A.VII.5 y A.VII.6 se puede observar los insumos para dichas gráficas con las variaciones del componente de intra-entropía e inter-entropía entre 1985 y 2006 para todas las edades específicas para los tres estratos, así como el valor final de la aportación de los mismos al cambio en la entropía global, para mujeres y varones respectivamente.

El cambio en el nivel global de la entropía en los varones, como ya lo describimos y analizamos anteriormente, es muy elevado en la fase de desestandarización a partir de los 22 años aproximadamente hasta ya pasados 40 años de edad. Al igual que en las mujeres, podemos observar en el gráfico VI.14 que los aportes por edad al cambio global de cada estrato en varones tienen tendencias y pesos diferenciales. Respecto a las participaciones al cambio global y tendencias por estrato se destaca la gran participación que tiene el estrato bajo en el aumento de la entropía a partir de los 18 años. Nuevamente, aunque no tan marcado como en las mujeres, el estrato medio en los varones presenta una tendencia a la estructuración por edad en el tiempo hasta los 26 años, de los 27 años en adelante hay una participación muy pequeña en la desestandarización. El estrato alto muestra una tendencia a mayor homogeneidad de estados entre los 18 y 22 años, que quedaba invisibilizada cero al mirar la tendencia global en el tiempo en varones. Esto sucede por el efecto contrario y desestandarizador que presenta el estrato bajo en esas mismas edades.

En resumen, las mujeres de estrato bajo tienen una participación muy importante en la desestandarización de los cursos de vida hacia el 2006 observada a partir de los 20 años aproximadamente. Las mujeres de estrato alto tienen una gran participación en el cambio global de la entropía a mayor homogeneidad de estados en las edades menores a los 22 años aproximadamente. Las mujeres de estratos medios muestran poca variación en sus entropías en el tiempo, con cierta tendencia hacia la estructuración que no logra compensar las tendencias contrarias de los otros estratos.

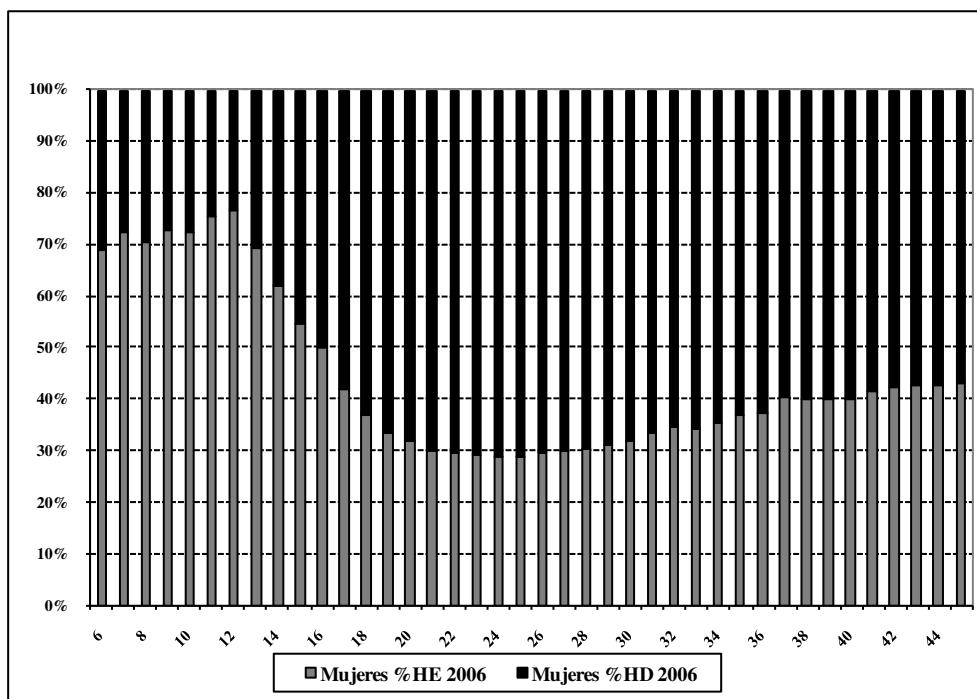
A modo de síntesis respecto a lo observado en varones, los de estratos bajos tienen una participación muy importante en el aumento de la entropía a partir de los 18 años; mientras que los de estratos altos son los principales contribuyentes con el descenso de la entropía antes de los 18 años.

GRÁFICO VI.5
PROPORCIÓN DE HE y HD POR EDADES ESPECÍFICAS. MUJERES, 1985



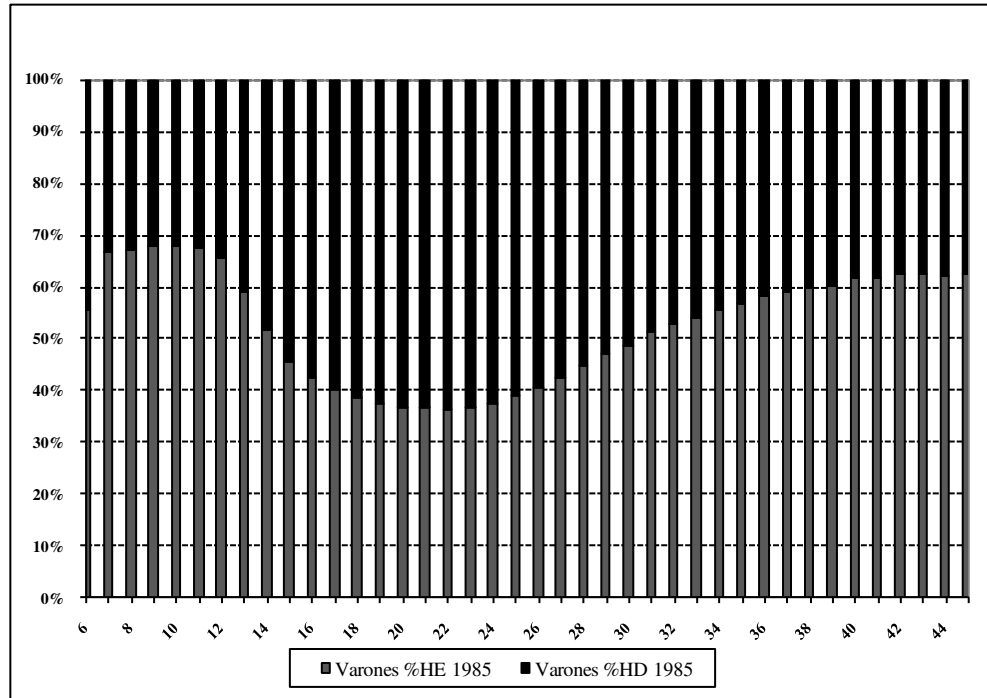
FUENTE: elaboración propia con microdatos censales 1985.

GRÁFICO VI.6
PROPORCIÓN DE HE y HD POR EDADES ESPECÍFICAS. MUJERES, 2006



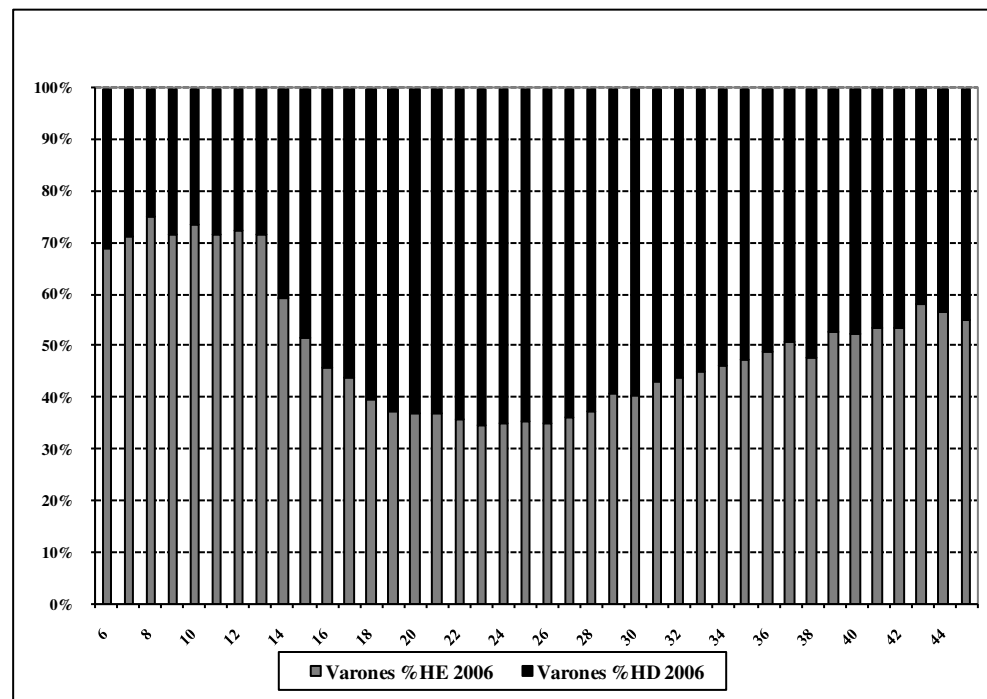
FUENTE: elaboración propia con ENHA2006.

GRÁFICO VI.7
PROPORCIÓN DE HE y HD POR EDADES ESPECÍFICAS. VARONES, 1985



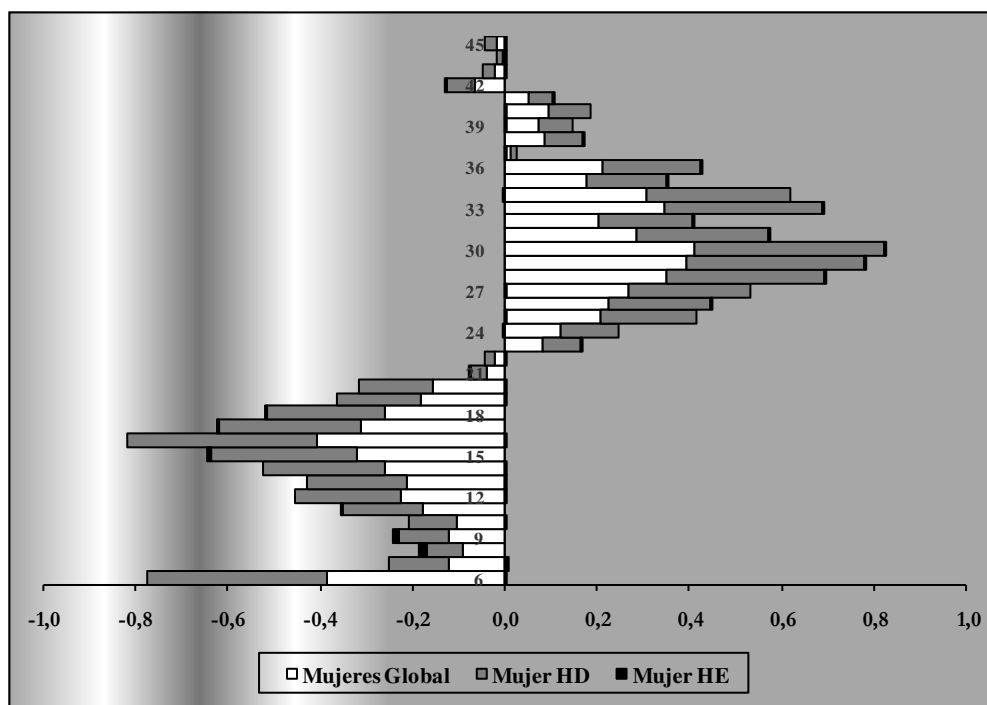
FUENTE: elaboración propia con microdatos censales 1985.

GRÁFICO VI.8
PROPORCIÓN DE HE y HD POR EDADES ESPECÍFICAS. VARONES, 2006



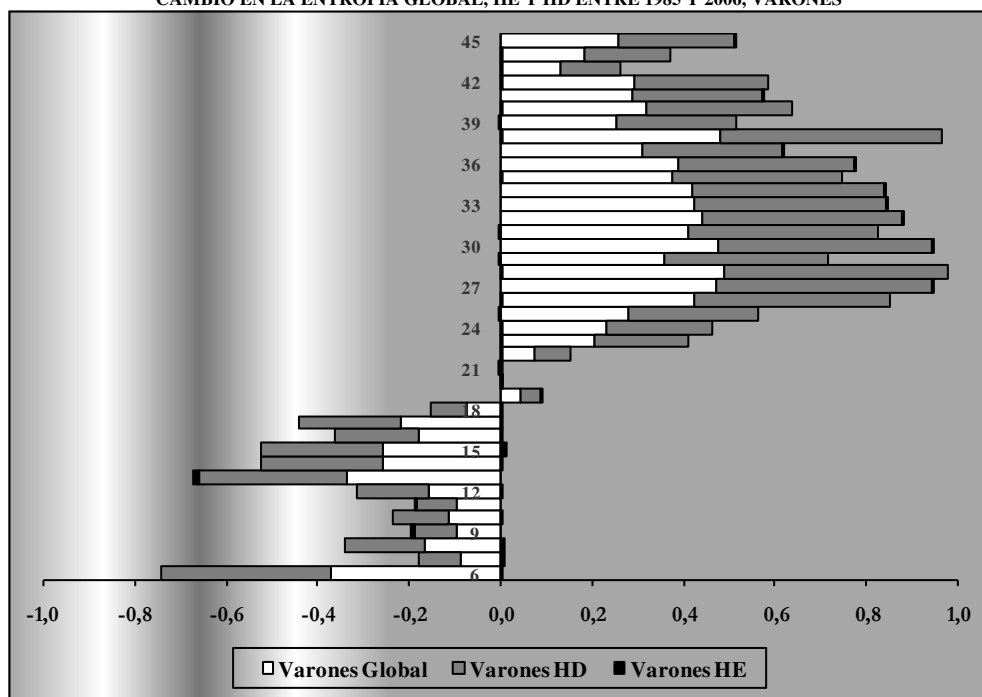
FUENTE: elaboración propia con ENHA2006.

GRÁFICO VI.9
CAMBIO EN LA ENTROPÍA GLOBAL, HE Y HD ENTRE 1985 Y 2006, MUJERES



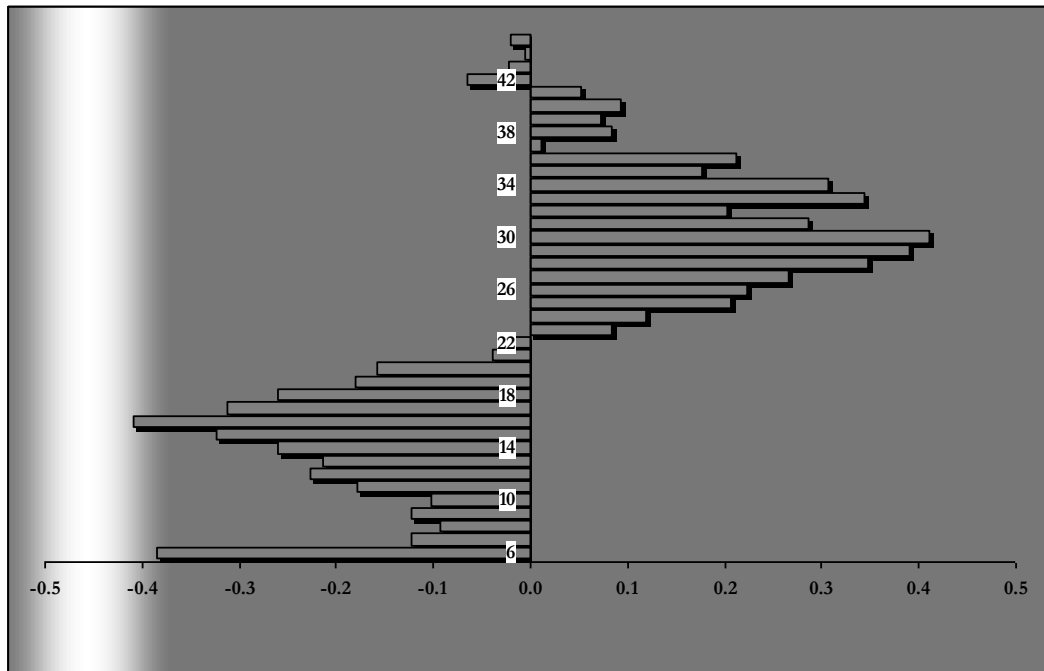
FUENTE: elaboración propia con microdatos censales 1985 y ENHA 2006.

GRÁFICO VI.10
CAMBIO EN LA ENTROPÍA GLOBAL, HE Y HD ENTRE 1985 Y 2006, VARONES



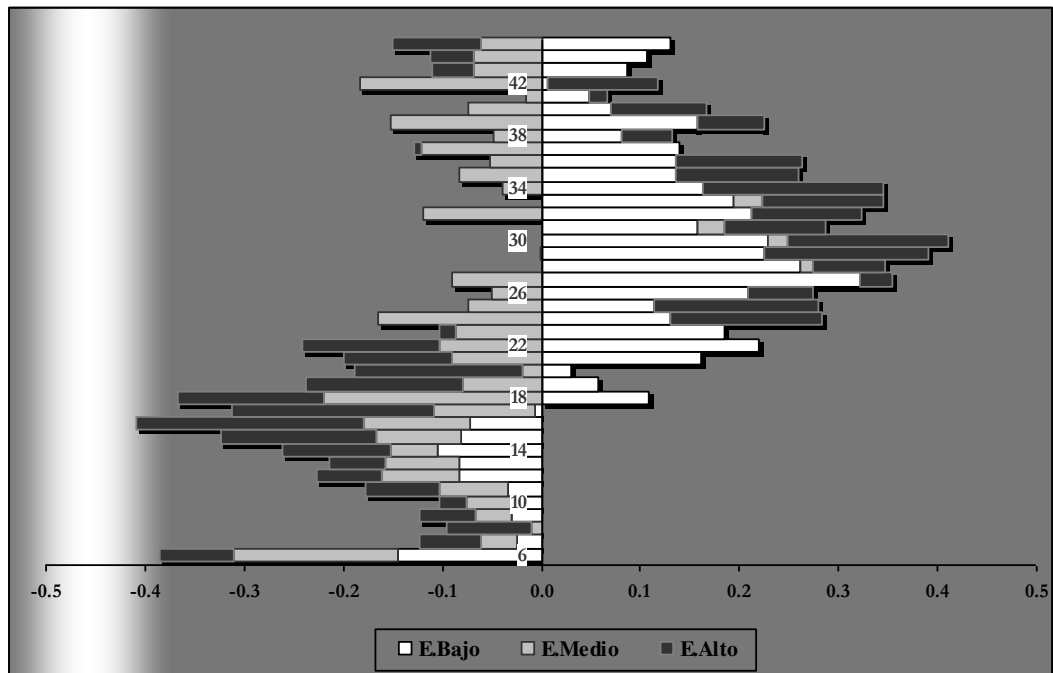
FUENTE: elaboración propia con microdatos censales 1985 y ENHA 2006.

GRÁFICO VI.11
CAMBIO DE LA ENTROPÍA GLOBAL ENTRE 1985 Y 2006, MUJERES



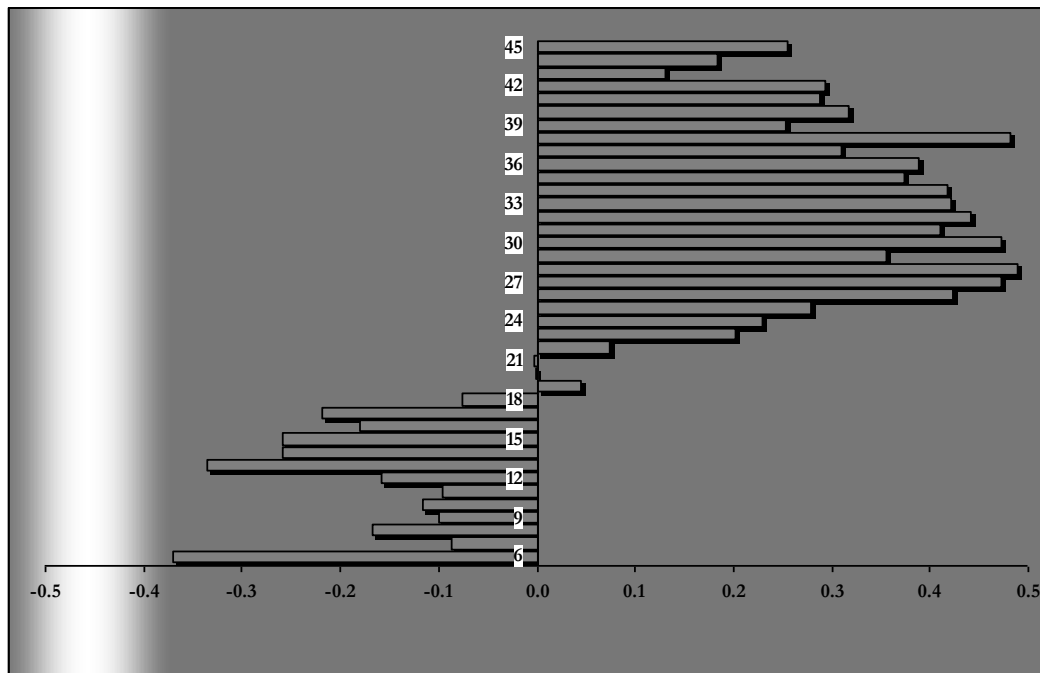
FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006.

GRÁFICO VI.12
CONTRIBUCIÓN DE CADA ESTRATO AL CAMBIO EN LA MEDIDA DE ENTROPÍA GLOBAL ENTRE 1985 Y 2006, MUJERES



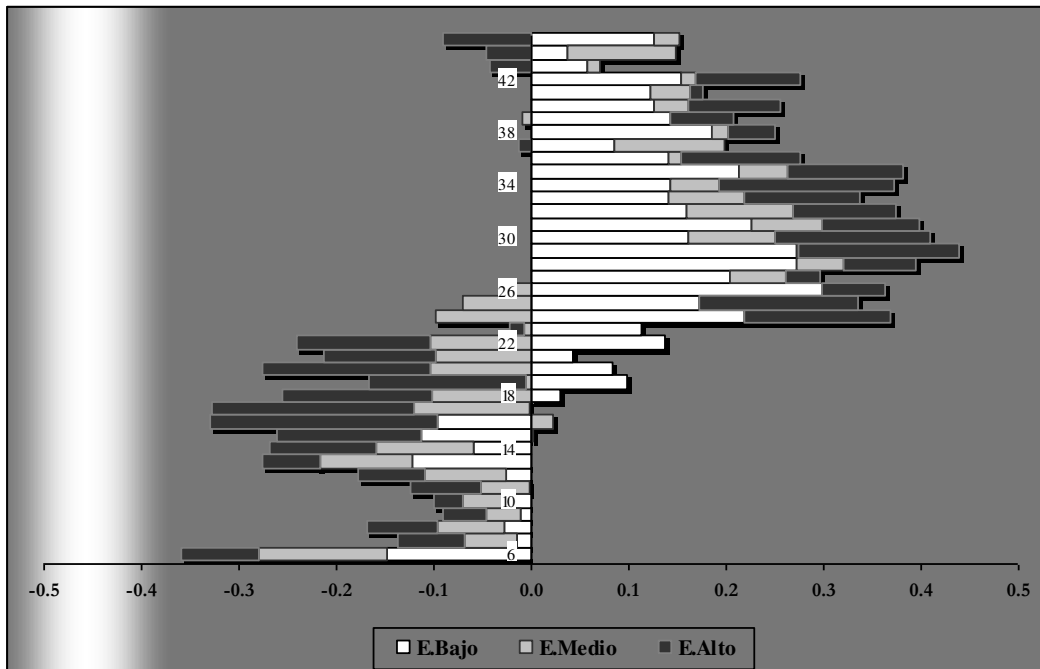
FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006.

GRÁFICO VI.13
CAMBIO DE LA ENTROPÍA GLOBAL ENTRE 1985 Y 2006, VARONES



FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006.

GRÁFICO VI.14
CONTRIBUCIÓN DE CADA ESTRATO AL CAMBIO EN LA MEDIDA DE ENTROPÍA GLOBAL ENTRE 1985 Y 2006, VARONES



FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006.

VI.3 Composición por estatus de las entropías por estrato *¿Desigualdad de fuentes institucionales?*

Iniciamos el análisis de descomposición de las entropías por estatus para los distintos estratos con un largo camino recorrido de análisis previos, lo cual a la vez que nos proporciona muchas respuestas propicia más y nuevas preguntas que nos interesa explicitar e intentar responder en esta etapa. Nos planteamos en este apartado responder cuáles son los estatus y las fuentes institucionales que aportan homogeneidad, o heterogeneidad en cada caso, para cada uno de los estratos en mujeres y varones a distintas etapas de sus vidas. Al final del apartado presentamos los Cuadros VI.5 y VI.6 donde podemos observar la composición por estatus de la entropía en distintas etapas del curso de vida para cada estrato social en mujeres y varones en ambos períodos de tiempo. Dichos cuadros contienen también la tasa de cambio de la entropía para cada rango de edad en cada estrato social entre 1985 y 2006. Agregamos además las frecuencias de estados por estratos en ambos períodos de tiempo para ambos sexos porque nos informan de las configuraciones de estatus que están detrás de los niveles de entropía observados (Cuadro VI.7 al VI.12)⁵⁶.

Con el propósito de organizar nuestro análisis vamos a explicitar las preguntas que guían el análisis que realizaremos primero para mujeres y luego para varones. Una primera pregunta general refiere al cambio de patrón de desigualdades demográficas entre estratos entre 1985 y 2006: ¿Qué ha cambiado en la composición por estatus para propiciar el pasaje de un patrón escalonado de entropías más altas a estratos más altos en 1985 a un patrón donde sólo el estrato alto se distingue de los otros en el 2006? Responder a esta pregunta nos conduce a indagar sobre los cambios más importantes que encontramos en cada uno de los estratos en el tiempo y a la vez entre estratos en ambos períodos. Para lo cual podemos especificar las siguientes preguntas: ¿Cuáles son los cambios que permiten describir la tendencia identificada en el tiempo en los estratos bajos de mayor heterogeneidad en mujeres y varones a partir de los 20 años aproximadamente? ¿Cuáles son los cambios que propicia un calendario a la TVA más tardío en mujeres y varones de estratos bajos en el 2006 respecto a los que presentaban en 1985? ¿Qué hace posible que las mujeres y los varones de estratos bajos y medios adquieran entropías de niveles similares en el 2006? Detrás de esa igualdad de niveles en la entropía ¿hay configuraciones de estatus diferentes? ¿Qué propicia el aumento de la entropía en varones de

⁵⁶ Los cuadros de frecuencia de estados están realizados con los mismos criterios y nomenclatura (ver Cuadro V.3.) que se utilizaron para la población global de mujeres y varones en el capítulo VI. En ellos se presenta *la información mutua*, es decir: las frecuencias de cada combinación de estatus (estados) destacando en negrita las cuatro más importantes para cada grupo etario, las celdas vacías presentarían frecuencia cero. La última fila de estos cuadros presenta la suma arrojada por las cuatro frecuencias más importantes en cada grupo de edades. Cada estado será nombrado en referencia a la o las transiciones a la vida adulta de las que nos está dando cuenta esa combinación de estatus, partiendo de aquel en el que no se ha realizado ninguna de las cinco transiciones que trabajamos -y están involucradas en la transición a la vida adulta- hasta ir integrando alguna de ellas y alcanzar el estado en la que se realizaron todas. En este sentido, el código que refiere a cada estatus y que se van combinando en los estados ha sido leído en clave de la transición a la vida adulta: “P” indica que no reside con sus padres, “E” indica que no estudia, “T” indica que está trabajando, “M” indica que se ha unido alguna vez, “H” indica que ya ha tenido al menos un hijo; tal cual lo podemos observar en el Cuadro V.3.

todos los estratos en el 2006 a partir de los 25 años respecto a sus niveles de 1985? ¿Qué estatus estructuran tanto la vida de los varones de estratos altos antes de sus 22 años en el 2006?

Mujeres

Las mujeres de estrato bajo estudiaban en 1985 menos años que en el 2006, por lo cual no solo adquieren menos niveles educativos, sino además el estatus de estudiante se localiza en etapas más tempranas de sus cursos de vida respecto a sus pares de otros estratos. Cuando analizamos el estatus de estudiante como estatus simples en el capítulo IV pudimos observar en 1985 que el 80% de las mujeres de este estrato ya no estudiaban a los 20 años de edad (Figura IV.10 del Cap. IV). De esta manera, la salida de la escuela no representa en 1985 una fuente de heterogeneidad porque la misma es temprana y breve; y además se acompaña con otras transiciones como la salida de casa de los padres, la entrada en unión e incluso la maternidad (las cuales son también más tardías en los estratos medios y altos). En el Cuadro VI.5 podemos observar que el 20.5% de las mujeres entre 17 y 24 años en el año 1985 ya habían experimentado las cuatro transiciones que representa el estado “EPMH” (no estudia, no reside con sus padres, se ha unido alguna vez y tiene por lo menos un hijo), frente a una frecuencia de 11.4% en los estratos medios y 7.7% en los altos en ese grupo de edad.

En el Cuadro VI.1 y VI.2, donde presentamos ciertos estados de interés en forma resumida para los grupos de edad de 17 a 24 años y de 25 a 34 años, podemos ver que la participación educativa en 1985 guardaba un patrón escalonado, así como en la fuerza de trabajo. Es decir, a mayor estrato mayor tiempo de permanencia en el estatus de estudiante, y a mayor estrato mas proporción de mujeres trabajando. Esto indudablemente genera esta estructura de escalones en los niveles de entropía y propicia que la TVA de las mujeres de estratos bajos suceda antes, y con niveles menores de heterogeneidad para 1985.

CUADRO VI.1
PROPORCION DE MUJERES DE TRES ESTRATOS EN RELACIÓN A ALGUNOS ESTADOS ESPECIFICOS EN EL GRUPO DE EDAD DE 17 a 24 AÑOS, GRAN MDEO. EN 1985 y 2006.

Estados	Mujeres de 17 a 24 años, 1985				Mujeres de 17 a 24 años, 2006			
	Total	Bajo	Medio	Alto	Total	Bajo	Medio	Alto
Los que trabajan	44.3%	39.8%	45.9%	47.3%	37.9%	39.0%	39.7%	35.0%
Los que estudian	34.2%	24.3%	35.6%	42.7%	54.0%	40.6%	47.0%	74.7%
Los que estudian y trabajan	7.7%	4.6%	7.9%	10.5%	15.9%	12.5%	13.9%	21.3%
Los que no estudian ni trabajan	29.1%	40.5%	26.5%	20.5%	24.0%	32.9%	27.2%	11.7%
Proporción de trabajadores en la población de estudiantes	22.4%	18.9%	22.3%	24.6%	29.4%	30.8%	29.6%	28.6%
Proporción de aquellos que se han unido alguna vez que no residen con sus padres (siendo estos identificados “jefe del hogar”)	86%	86.7%	84.8%	86.8%	82.2%	83%	81.5%	81.3%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales de 1985 y ENHA2006.

CUADRO VI.2
PROPORCION DE MUJERES DE TRES ESTRATOS EN RELACIÓN A ALGUNOS ESTADOS ESPECIFICOS EN EL GRUPO DE EDAD DE 25 a 34
AÑOS, GRAN MDEO. EN 1985 y 2006.

Estados	Mujeres de 25 a 34 años, 1985				Mujeres de 25 a 34 años, 2006			
	Total	Bajo	Medio	Alto	Total	Bajo	Medio	Alto
Los que trabajan	60.6%	48.9%	61.7%	70.6%	68.4%	63.4%	64.2%	77.2%
Los que estudian	7.4%	3.8%	7.4%	10.8%	18.3%	10.6%	14.1%	29.8%
Los que estudian y trabajan	4.9%	2.3%	5.0%	7.5%	13.1%	7.3%	10.0%	21.9%
Los que no estudian ni trabajan	37.0%	49.5%	35.8%	26.0%	26.5%	33.2%	31.7%	14.9%
Proporción de trabajadores en la población de estudiantes	66.2%	59.3%	66.6%	69.3%	71.6%	68.4%	70.9%	73.4%
Proporción de aquellos que se han unido alguna vez que no residen con sus padres (siendo estos identificados “jefe del hogar”)	90.7%	91.9%	90%	90.4%	92.6%	90.1%	92.8%	95.3%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales de 1985 y ENHA2006.

Para el 2006 el estrato medio no muestra muchos cambios ni en niveles de entropía ni en calendario de la TVA, frente a un aumento de la expansión educativa en los estratos bajos a niveles similares de los medios en 1985 y 2006. Esto retrasa la TVA de los estratos bajos en el 2006, alcanzando los niveles de entropía y estructura de distribución entre estados de los estratos medios.

Asimismo, en los estratos medios la educación continúa siendo fuente de heterogeneidad en el grupo de 12 a 16 años en el 2006, indicando que a estas edades aún tempranas se producen salidas de la escuela (reduciendo en 33.6% la entropía si no consideráramos ser estudiante en ese grupo de edad). Asimismo, el trabajo continúa aportando heterogeneidad en el 2006 para aquellos de 17 años y más.

En los estratos altos se produce un retraso importante de la TVA por la gran cantidad de años de vida que invierte en ser estudiante, entre otros procesos. Esto termina de describir el proceso por el cual el escenario de niveles y calendario de TVA mujeres de estratos bajos y medios son similares para el 2006; así como la brecha que existe con las mujeres de estrato alto.

El estatus de estudiante se convierte en fuente de heterogeneidad significativa en el 2006 para las mujeres de estrato alto recién en el grupo de 25 a 34 años (cuando en 1985 lo era ya desde el grupo de 12 a 16 años). Asimismo, en etapas anteriores a los 25 años en el 2006 el estatus de estudiante actuaba como una fuerza estructuradora de los cursos de vida de las mujeres.

En las últimas filas de los Cuadros VI.1 y VI.2 podemos observar lo que en el capítulo anterior observamos para la población global de mujeres respecto a la proporción de aquellas que no residen con ninguno de sus padres (siendo éstos jefes de hogar) y ya se han unido alguna vez en ambos grupos de edad (17 a 24 años y 25 a 34 años) para cada estrato. Verificamos de esta manera que esa alta proporción se presenta para todos los estratos sociales.

Finalmente, nos interesa detenernos un momento en algo que observamos para las mujeres de los tres estratos: en el 2006 todos los estratos presentan un patrón de heterogeneidad alta que se dilata desde los 25 hasta los 45 años de edad. Pero creemos que obedecen a explicaciones que sin ser del todo diferentes tienen sus matices por estrato. En el análisis de

prevalencias y calendarios del estatus de trabajador que realizamos en el capítulo V se hizo evidente que las mujeres de los tres estratos presentaban niveles de participación en la fuerza de trabajo desiguales para 1985 y también, aunque con variaciones, para el 2006. De todas maneras, en el 2006 solo en el caso del estrato bajo pudimos observar un calendario tan tardío y dilatado, alcanzando su séptimo decil recién a los 38 años.

En este sentido, para comprender este proceso de alta heterogeneidad a edades tardías creemos necesario contemplar tanto aquello que hace a la intensidad y calendario diferenciales con otro rasgo que parece ser propio de todas las mujeres: la intermitencia del estatus de trabajadoras a lo largo de su vida. Que el estatus de trabajador alcance a ser una fuente de heterogeneidad hasta el grupo de 35 a 45 años de edad nos remite a un elemento que va mas allá de los calendarios tardíos y ritmos de entradas lentos: un rasgo de inestabilidad en los cursos de vida de mujeres de todos los estratos con entradas y salidas del mercado de trabajo remunerado a lo largo de gran parte de su vida. Esto supone ir alternando tiempos de vida de la unidad doméstica y sus tiempos reproductivos con el mundo del trabajo remunerado.

Para el caso de las mujeres de estrato bajo, el matiz explicativo se hace presente como un efecto de calendario tardío con baja intensidad del estatus de trabajadora en las mujeres, que divide las experiencias de ellas ya a edades avanzadas de sus cursos de vida (representando a las mujeres que nunca entrarán a trabajar)⁵⁷.

En las mujeres de estrato medio el carácter intermitente del trabajo interactúa con las limitaciones en la participación laboral, la cual se mantiene casi constante en una prevalencia cercana al 60% a los 45 años para ambas cohortes sintéticas.

El matiz explicativo para el patrón de heterogeneidad hasta edades tardías en las mujeres de estrato alto combina la impronta de intermitencia del estatus de trabajadora en la mujer con un calendario más tardío del trabajo (y no así de intensidad). Lo que mencionamos anteriormente como una meseta de heterogeneidad en mujeres de estratos altos entre los 25 y 30 años aproximadamente de la cohorte sintética del 2006 parece responder a estos procesos combinados. Asimismo, la proporción de trabajadoras en la población de estudiantes a esa edad, como se destaca en la última fila del Cuadro VI.1 y VI.2, es cercana a un 70% para el grupo de edad de 25 a 34 años en los tres estratos en el 2006, pero estudian un 30% del estrato alto frente a un 10% del estrato bajo en esas edades.

Varones

Los varones de estratos bajos van a retrasar su TVA por cambios en múltiples dominios de vida, con un descenso de la entropía antes de los 17 años y un aumento posterior a estas edades. Cuando analizamos anteriormente los estatus simples por estrato en el capítulo V encontramos un retraso en los calendarios de los cuatro estatus, así como una ampliación de los rangos de dispersión para los varones de estrato bajo en el 2006.

⁵⁷ Esto también explica la desigualdad de mujeres que “no estudian ni trabajan” en el estrato bajo en el Cuadro VI.1 y VI.2: concentra el 30% para el grupo de 17 a 24 años al igual que en el de 25 a 34 años, que indica un rol asociado a la vida adulta como el del “ama de casa” más que un estado limítrofe y de fragilidad entre la juventud y adultez.

En el estrato medio observamos cambios menos profundos y su calendario a la TVA no se ve modificado en el tiempo, presentando heterogeneidad creciente hacia el 2006 sobre todo a partir de los 25 años de edad en adelante.

Los varones de estrato alto se distinguen del resto en el 2006, alcanzando la TVA más tardía, la vida más homogénea antes de los 25 años y la más heterogénea a partir de esa edad. Ahora veremos qué sucede con la información mutua de estos estatus, y en consecuencias con las configuraciones de estatus que dan cuenta de estos cambios.

En 1985 los varones de los tres estratos presentaban su punto de inflexión en la entropía próximo a los 20 años de edad. Para 2006 los varones de estrato bajo, al igual que los del medio, alcanzan su punto de inflexión en la entropía entre los 17 y 24 años, mientras que los del estrato alto lo hacen en el grupo de edad siguiente, entre los 25 y 34 años en el 2006. Para 1985 la brecha entre estratos se manifestaba en los niveles de heterogeneidad alcanzados a esas edades. ¿Qué cambió en cada estrato?

En 1985 el estatus de estudiante abarcaba menos años para los varones de estrato bajo que para sus pares de los otros estratos; además es un estatus que se manifiesta a edades tempranas de sus vidas. Ya en el grupo de 12 a 16 años representa una fuente importante de heterogeneidad tanto en 1985 y lo continúa haciendo en el 2006. De todas formas, antes de los 17 años hay un descenso de la entropía en el tiempo, que está dada por una disminución de los varones que se encuentran trabajando, tal cual podemos observarlo en los cuadros VI.10 y VI.12 el estado “ET” (que representa a los que no estudian y trabajaban) disminuye de 8.5% a 3.1% a esas edades. También en este grupo de edades disminuye la proporción de varones de estrato bajo que no estudian, pasando de 11.1% a 9.3%. Es decir, la entropía baja en el tiempo porque aumenta la proporción de varones de estrato bajo que no han realizado ninguna de las 4 transiciones (el estado “NINGUNA” pasa de 66.7% a 73.4% entre 1985 al 2006 tal cual podemos observarlo en los cuadros VI.10 y VI.12).

Algo similar sucede con los varones de estrato medio entre los 12 y 16 años, pero la entropía baja menos, y casi diríamos que se mantiene estable en este grupo; lo cual responde a una mayor homogeneidad de estados que ya presentaba en 1985 (72.4% de sus varones no habían realizado ninguna transición). Pero la diferencia entre el estrato medio y el bajo es que el primero no logra aumentar la permanencia en la escuela hacia el 2006; incluso se incrementa en 1.5% la presencia de varones en el estado “E” (representa una salida de la escuela que no va acompañada de ninguna otra transición, entre ellas la de trabajar). Esto explica que estratos bajos y medios presenten niveles de entropía y composición por estatus muy similar antes de los 17 años en el 2006. El estrato bajo alcanza en el 2006 los niveles de estructuración que tenían los varones del estrato medio en 1985, a la vez que éstos se mantienen relativamente estables en el tiempo. Además, en ambos estratos la entropía aumenta en el tiempo a partir de los 17 años, marcando un mismo inicio de la TVA. Resta indagar si hay fuentes institucionales y configuración de estatus similares.

Podemos responder que los varones de estratos bajos presentaban para 1985 una composición por estatus y configuraciones de estatus muy similares a la de los del estrato medio. Las tendencias que observamos en el tiempo en ambos estratos son distintas, pero los conduce a una mismo escenario de composición por estatus en el 2006, aunque proporciona en términos relativos más entropía en los varones de estrato bajo (igualando en niveles de entropías que en 1985 se veían escalonadas). En este sentido, en ambos estratos había entre los 17 y 24 años una composición balanceada por estatus, donde cada uno afectaba un -20% aproximadamente la

entropía de 1985. Para el 2006 el estatus de estudiante y trabajador ganan peso y afectan en valores próximos a -27% a -29% en ambos estratos. Se dan dos procesos distintos en el tiempo histórico transcurrido en cada uno de los estratos, pero confluyen al 2006 a una estructura de composición por estatus muy parecida.

¿Cómo sucede esto? En el estrato bajo el estatus de estudiante aumenta un 10% en el grupo de edades de 17 a 24 años en el 2006 respecto a 1985 (Cuadro VI.3). En el estrato medio se mantiene casi constante en el tiempo, concentrando a una tercera parte de los varones de esas edades. Pero la entropía crece en este grupo de edad como resultado de la pérdida de trabajadores en el 2006 en ambos estratos, tal cual podemos observarlo en el Cuadro VI.4. Por lo tanto, aumenta la categoría de “no estudia y no trabaja” a casi un 20% de los varones entre 17 y 24 años de ambos estratos. En el estrato alto baja la proporción de los que trabajan por un aumento de años de vida en de estudio.

CUADRO VI.3
PROPORCION DE VARONES DE TRES ESTRATOS EN RELACIÓN A ALGUNOS ESTADOS ESPECIFICOS EN EL GRUPO DE EDAD DE 17 a 24 AÑOS, GRAN MDEO. EN 1985 y 2006.

Estados	Varones de 17 a 24 años, 1985				Varones de 17 a 24 años, 2006			
	Total	Bajo	Medio	Alto	Total	Bajo	Medio	Alto
Los que trabajan	71.9%	76.3%	70.7%	68.5%	54.1%	59.4%	57.1%	45.9%
Los que estudian	31.4%	22.0%	33.4%	39.6%	45.5%	32.2%	36.0%	67.9%
Los que estudian y trabajan	10.6%	6.8%	11.1%	14.3%	15.0%	11.2%	12.6%	21.2%
Los que no estudian ni trabajan	7.3%	8.5%	7.1%	6.3%	15.5%	19.6%	19.5%	7.5%
Proporción de trabajadores en la población de estudiantes	33.9%	31.0%	33.2%	36.3%	33.1%	34.9%	35.0%	31.3%
Proporción de aquellos que se han unido alguna vez que no residen con sus padres (siendo estos identificados “jefe del hogar”)	85.5%	86.1%	84.3%	86.6%	80%	73%	85.1%	86.6%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales de 1985 y ENHA2006.

CUADRO VI.4
PROPORCION DE VARONES DE TRES ESTRATOS EN RELACIÓN A ALGUNOS ESTADOS ESPECIFICOS EN EL GRUPO DE EDAD DE 25 a 34 AÑOS, GRAN MDEO. EN 1985 y 2006.

Estados	Varones de 25 a 34 años, 1985				Varones de 25 a 34 años, 2006			
	Total	Bajo	Medio	Alto	Total	Bajo	Medio	Alto
Los que trabajan	96.5%	97.0%	96.3%	96.4%	89.0%	87.4%	90.2%	89.6%
Los que estudian	7.6%	3.9%	7.9%	11.3%	15.5%	8.5%	11.9%	26.2%
Los que estudian y trabajan	6.4%	3.2%	6.5%	9.5%	12.8%	6.7%	10.1%	21.6%
Los que no estudian ni trabajan	2.2%	2.3%	2.3%	1.8%	8.3%	10.8%	8.0%	5.8%
Proporción de trabajadores en la población de estudiantes	83.3%	84.2%	84.2%	84.3%	82.5%	78.9%	85.3%	82.5%
Proporción de aquellos que se han unido alguna vez que no residen con sus padres (siendo estos identificados “jefe del hogar”)	92.5%	93%	92.1%	92.8%	93.3%	92.3%	92.5%	95.5%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales de 1985 y ENHA2006.

En el capítulo anterior, identificamos en la distribución de estados para la población global de varones un proceso novedoso en aquellos que tenían entre 17 y 24 años en el 2006. El mismo mostraba una pérdida de trabajadores (71.9% respecto al 54.1% de 1985), un aumento de estudiantes (31.4% al 45.5% de 1985) y un aumento de los que no estudian y no trabajan (15.5% respecto al 7.3% de 1985). En este análisis donde trabajamos con la población de varones desagregada por estratos podemos reconocer que aquello se trataba de un proceso estratificado: donde los tres estratos pierden trabajadores en el 2006 respecto a 1985, pero la ganancia en proporción de estudiantes en ese grupo de edad es estratificada. En este sentido, si con la información de la segunda fila del Cuadro VI.3 calculamos las tasas de cambio de los estudiantes entre 1985 y 2006 obtenemos lo siguiente: para el estrato alto una tasa de cambio 71.5%, para el estrato bajo una tasa de cambio de 46.4% y para el estrato medio una tasa de cambio de 1.97%. Mientras el estrato alto pierde trabajadores y ganan aún más en proporción de estudiantes en el 2006, el estrato bajo pierde trabajadores y a pesar que gana en proporción de estudiantes también aumenta la proporción de los que “no estudian y no trabajan”. En el estrato medio pierden trabajadores, casi mantienen constante la proporción de estudiantes y aumentan la proporción de los que “no estudian y no trabajan”.

En resumen, la aparición de una nueva configuración de estatus en varones entre 1985 y el 2006 es la síntesis de un proceso estratificado que guarda sentidos y dimensiones diferentes para los distintos estratos sociales. De esta manera, si comparamos a los dos estratos que presentan al 2006 distribuciones entre estados similares, como lo son el estrato bajo y el medio, debemos destacar que los caminos a esa configuración de estatus compartida son a su vez diferentes entre ellos. Los varones de estratos bajos aumentan incluso su proporción de estudiantes en el proceso, lo que nos indica más que una pérdida de atracción del estudio, un conflicto con el mundo del trabajo (relación entre oferta y capacitación de la oferta y demanda laboral). Población que antes con secundaria básica entraba al mercado de trabajo ahora no son atraídos, o no hay incentivos, o no hay lugar para ellos. En el proceso de re-estructuración productiva nacional y el bloqueo de entrada al empleo público el país pierde puestos de empleo de baja calificación (lo cual ya fue documentado en el Capítulo II). Respecto al estrato medio vemos que ya en 1985 habían alcanzado un nivel de expansión educativa en su población, que a la luz del 2006, se fue convirtiendo en su techo.

El proceso que acabamos de describir nos narra en parte aquello ha cambiado entre 1985 y 2006 y nos permite dar cuenta del pasaje de un escenario de desigualdades demográficas expresadas como escalones de mayor heterogeneidad a mayor estrato a un patrón dual, donde el estrato alto se diferencia del resto. Mientras los varones de estratos bajos y medios muestran gran heterogeneidad próximos a los 20 años de edad, los de estrato alto siguen estudiando a estas edades retrasando su calendario de la TVA.

Nos resta por explicar lo que acontece en términos de configuración de estatus y composición institucional en los estratos a edades más avanzadas que pueda dar cuenta del crecimiento de heterogeneidad que muestran todos los estratos hacia el 2006, a la vez que posiciona a los varones de estrato alto con entropías altas hasta avanzado los 30 años de edad. Cuando miramos la composición por estatus en 1985 podemos identificar tres momentos de vida y estructuras institucionales que la regulan más allá del estrato. El primero abarca los dos primeros grupos de edad (de los 6 a los 16 años), donde las principales fuentes de heterogeneidad están dadas por el estudio y la coresidencia con los padres. El segundo (17 a 24 años) se presenta claramente con más heterogeneidad y una estructura de composición institucional

relativamente equilibrada, señalando claramente el punto de inflexión que significa la TVA en la entropía (inician a esas edades a hacer movimientos en los múltiples dominios analizados). El tercer momento abarca las edades mayores a los 24 años, donde la estructura de composición institucional cambia y emergen como fuentes de heterogeneidad los estatus del dominio familiar.

Para el 2006 estos tres momentos no se distinguen de igual manera. Los cambios más importantes los vemos ya a partir del segundo momento en el grupo de 17 a 24 años, cuya composición y diferenciales por estrato los hemos analizado anteriormente. Aquí nos interesa resaltar que el trabajo se impone como una fuente de heterogeneidad significativa para los tres estratos. Al tercer momento lo identificamos claramente diferente en su composición institucional a la de 1985. Los varones entre 25 y 45 años se muestran muy diferentes no sólo en niveles de entropía respecto a los varones que tenían estas edades en 1985 sino también en la estructura institucional que provee la heterogeneidad. Asimismo, los varones de 25 a 34 años en el 2006 muestran estructuras de composición claramente diferenciales por estrato.

Cuando analizamos a estos grupos de edad para la población global de varones en el capítulo anterior notamos la pérdida de estabilidad del curso de vida en el 2006 respecto a la de cohortes sintéticas anteriores. De esta forma, conceptualizamos a estos grupos de edades avanzadas en el 2006 como una cohorte de nacimiento que atravesaron por su TVA (15 a 30 años de edad aproximadamente) en las condiciones socio-estructurales y de regulación de curso de vida de 1996, que no le permitían a gran parte de los varones alcanzar estabilidad laboral y la formación familiar como ocurría en 1985. Así nos referimos a procesos de selección en las múltiples transiciones que involucra la TVA que se manifiestan en una inestabilidad del curso de vida ya adulto de los varones en el 2006. A la luz de lo que observamos para la población de varones desagregada por estratos creemos conveniente referir a este proceso como un efecto cohorte mediado por la estructura de desigualdad.

En el efecto cohorte estamos conceptualizando la idea de la acción de la historia en su doble proceso: como efecto directo (cambiando los comportamiento individuales y modificando los niveles de estructuración de cursos de vida y las configuraciones particulares de estatus en 1996 en los adolescentes y jóvenes); y como efectos indirectos (que contemplan el impacto de los eventos tempranos de la vida, configurados previamente por circunstancias históricas concretas, en los eventos subsecuentes). Este efecto indirecto es lo que observamos en la vida de los que tienen 25 a 45 años en el 2006.

Los efectos de selección de las transiciones realizadas en el contexto de cambio de 1996 muestran posibilidades de regulación estratificadas entre los varones de 25 y 34 años de edad en el 2006. Los de estrato bajo presentan una inestabilidad de su curso de vida, donde entre los 25 y 34 años ningún estatus alcanza a ser significativo pero todos los estratos tienen pesos próximos a -20% aproximadamente. En el estrato medio la unión ya aparece en este grupo de edad como un mecanismo de ajuste por las fragilidades del mundo del trabajo, siendo la fuente de heterogeneidad más importante. En el estrato alto el estatus de estudiante marca la principal fuente de heterogeneidad, porque los que estudian a estas edades son diferentes al resto en sus comportamientos frente a los otros estatus (los del dominio familiar y el trabajo). Ya para los varones que alcanzan entre 35 y 45 años de edad en el 2006 la unión representa la principal fuente de heterogeneidad en los tres estratos, aunque con niveles próximos al -25 % en el trabajo para los tres estratos.

Esto nos indica de un doble proceso: un retraso en la entrada en unión proporcionando a este estatus una entropía simple alta; y a la vez una proporción de varones que no trabaja, que

aunque menor, son a su vez muy distintos a los que sí lo hacen en los demás estatus (sobre todo en lo que respecta a la unión). Recordemos que en la población agregada de varones entre los 25 y 34 años la proporción de trabajadores dentro de aquellos que se habían unido alguna vez alcanzaba el 95.6%. Lo cual nos indicaba que el trabajo constituía una precondition para la formación familiar en los varones. De esta manera, el mecanismo de retrasar la unión se institucionaliza para los tres estratos a estas edades como la forma de compensar la inestabilidad de sus cursos de vida.

Igualmente ya habíamos observado cierta rigidez de las estructuras residenciales de las familias que se convierte en obstáculo para una emancipación residencial en la formación familiar y entrada en unión. De esta manera, cuando miramos este comportamiento por estrato (última fila del Cuadro VI.3 y VI.4) podemos ver que la proporción de aquellos que no residen con sus padres y ya se han unido en los dos grupos de edades trabajados es muy alta. De todas formas, reconocemos un proceso más estratificado cuando la salida en los varones es más temprana. Así, en el grupo de 17 a 24 años en el 2006 los estratos bajos presentan más proporción de corresidentes con los padres para el caso de varones que se habían unido para esas edades. Cuando estamos considerando a varones que se han unido en un entorno de edades próximas a la edad mediana a la unión las proporciones se nivelan entre estratos.

CUADRO VI.5
PORCENTAJE DE CAMBIO EN EL INDICE DE ENTROPIA PARA CADA ETAPA DEL CURSO DE VIDA ELIMINANDO DE A UN ESTATUS POR VEZ, PARA MUJERES DE DISTINTOS ESTRATOS, Gran Montevideo, 1985 Y 2006.

Rango de edades		1985						2006				
		6 - 11	12 -16	17- 24	25 -34	35 -45		6 - 11	12 -16	17- 24	25 -34	35 -45
Estrato bajo												
% cambio en el total de la entropía (1985 y 2006)								-28.3	-24.1	5.9	21.9	14.1
Estatus faltante en el modelo reduciré	Corresidencia con alguno de los padres	-62.8	-32.7	-17.2	-16.9	-13.7		-92.4	-38.9	-16.3	-16.5	-16.6
	Estudiante	-37.1	-39.4	-14.8	-7.5	-4.2		-7.5	-32.9	-19.3	-11.4	-7.4
	Unido	...	-3.7	-10.9	-11.7	-10.7		...	-3.0	-11.4	-16.3	-16.9
	Madre		-2.7	-13.8	-17.5	-16.1			-4.7	-14.8	-17.4	-15.0
	Trabajador	...	-12.9	-23.2	-33.5	-47.1		...	-13.2	-24.2	-26.2	-36.7
Estrato Medio												
% cambio en el total de la entropía (1985 y 2006)								-45.1	-20.9	2.4	11.3	6.2
Estatus faltante en el modelo reduciré	Corresidencia con alguno de los padres	-67.5	-39.8	-19.1	-17.7	-15.4		-97.4	-39.2	-17.5	-14.7	-14.6
	Estudiante	-32.4	-34.2	-17.5	-10.9	-4.7		-2.6	-33.6	-19.7	-14.0	-9.1
	Unido	...	-3.3	-11.3	-12.0	-11.2		...	-3.5	-11.1	-15.9	-15.8
	Madre		-1.8	-11.4	-17.8	-17.5			-5.5	-13.7	-17.4	-15.7
	Trabajador	...	-12.8	-22.7	-28.2	-41.1		...	-12.0	-23.7	-24.7	-36.5
Estrato Alto												
% cambio en el total de la entropía (1985 y 2006)								-67.5	-110.1	-21.7	13.1	-1.2
Estatus faltante en el modelo reduciré	Corresidencia con alguno de los padres	-70.9	-44.4	-20.4	-17.3	-15.5		-97.7	-59.9	-23.0	-14.0	-14.5
	Estudiante	-29.0	-29.3	-18.5	-13.5	-5.6		-2.3	-18.5	-20.2	-20.4	-13.2
	Unido	...	-3.4	-11.7	-12.9	-12.7		...	-4.7	-9.6	-14.9	-12.4
	Madre		-1.7	-10.7	-18.9	-19.4			-3.8	-7.3	-18.2	-18.6
	Trabajador	...	-12.7	-22.4	-24.7	-35.9		...	-4.6	-27.9	-19.2	-27.0

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Nota: Para mujeres de 12 años y más Delta >-20.2. Para mujeres de 6 a 11 años Delta >- Estos niveles significativos son marcados en tipo de letra negrita.

CUADRO VI.6
PORCENTAJE DE CAMBIO EN EL INDICE DE ENTROPIA PARA CADA ETAPA DEL CURSO DE VIDA ELIMINANDO DE A UN ESTATUS POR
VEZ, PARA VARONES DE DISTINTOS ESTRATOS. Gran Montevideo, 1985 Y 2006.

Rango de edades		1985						2006				
		6 - 11	12 -16	17- 24	25 -34	35 -45		6 - 11	12 -16	17- 24	25 -34	35 -45
Estrato bajo												
% cambio en el total de la entropía (1985 y 2006)								-25.8	-19.2	8.8	31.6	35.8
Estatus faltante en el modelo reducido	Corresidencia con alguno de los padres	-61.5	-29.9	-24.7	-29.5	-26.2		-92.3	-35.9	-20.5	-23.2	-25.6
	Estudiante	-38.3	-36.2	-20.1	-13.2	-7.8		-7.7	-38.5	-27.1	-16.2	-7.7
	Unido	...	-1.2	-17.5	-31.8	-37.9		...	-2.0	-13.6	-24.8	-29.5
	Trabajador	...	-22.6	-20.6	-10.1	-19.6		...	-20.3	-29.3	-20.1	-24.9
Estrato Medio												
% cambio en el total de la entropía (1985 y 2006)								-41.9	-6.9	4.6	21.6	30.5
Estatus faltante en el modelo reducido	Corresidencia con alguno de los padres	-66.9	-35.8	-24.9	-27.6	-29.4		-94.8	-33.3	-20.9	-23.4	-23.3
	Estudiante	-33.0	-30.7	-23.2	-19.0	-10.5		-5.2	-36.2	-27.9	-20.0	-12.3
	Unido	...	-1.2	-15.1	-28.9	-35.5			-1.9	-11.5	-25.1	-30.2
	Trabajador	...	-21.3	-21.3	-9.9	-16.0			-23.1	-28.8	-17.0	-24.9
Estrato Alto												
% cambio en el total de la entropía (1985 y 2006)								-66.9	-75.3	-8.2	26.0	28.4
Estatus faltante en el modelo reducido	Corresidencia con alguno de los padres	-69.4	-38.2	-26.3	-26.1	-27.6		-89.1	-46.6	-26.0	-20.4	-21.4
	Estudiante	-30.4	-27.6	-24.0	-23.1	-13.4		-10.2	-20.4	-27.0	-27.8	-18.6
	Unido	...	-1.6	-14.7	-29.6	-38.9		...	-3.3	-7.6	-21.1	-26.0
	Trabajador	...	-22.3	-21.2	-8.8	-13.4		...	-22.7	-30.1	-15.3	-22.2

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales y ENHA2006

Nota: Para varones de 12 años y más Delta >-24.9. Para varones de 6 a 11 años Delta >- Estos niveles significativos son marcados en tipo de letra negra.

CUADRO VI.7
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA MUJERES DE TRES ESTRATOS EN DISTINTAS ETAPAS DEL CURSO DE VIDA, GRAN MDEO. EN 1985

ESTADO	Estrato Bajo, Mujeres 1985					Estrato Medio, Mujeres 1985					Estrato Alto, Mujeres 1985				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	82.5%	69.1%	16.7%	0.6%		81.4%	74.3%	22.0%	0.8%		81.8%	77.2%	22.8%	0.9%	
E	4.9%	13.2%	9.3%	1.2%	0.5%	4.1%	7.9%	7.2%	1.3%	0.6%	3.4%	5.1%	5.6%	1.2%	0.7%
T		0.7%	3.4%	0.8%	0.1%		0.7%	5.5%	1.7%	0.1%		0.9%	6.2%	2.2%	0.2%
P	11.7%	8.3%	1.9%	0.1%		13.6%	10.3%	4.0%	0.3%		14.1%	11.2%	7.3%	0.6%	
M		0.1%	0.1%				0.1%	0.2%				0.1%	0.2%	0.1%	
H			0.1%					0.1%					0.1%		
ET		2.8%	15.4%	6.3%	2.1%		2.0%	15.5%	8.4%	3.1%	0.0%	1.3%	13.5%	9.1%	4.2%
EP	1.0%	2.8%	1.9%	0.4%	0.4%	1.0%	2.0%	2.0%	0.5%	0.5%	0.7%	1.7%	2.2%	0.6%	0.6%
EM		0.1%	0.6%	0.3%	0.1%		0.1%	0.5%	0.3%	0.1%		0.1%	0.3%	0.2%	0.1%
EH		0.2%	1.2%	0.5%	0.2%		0.1%	0.7%	0.3%	0.1%		0.1%	0.4%	0.2%	0.1%
TP		0.1%	0.5%	0.2%	0.1%		0.2%	1.2%	0.6%	0.1%		0.2%	2.5%	1.3%	0.2%
TM				0.1%				0.1%	0.2%				0.1%	0.2%	
TH															
PM			0.4%	0.1%			0.1%	0.7%	0.3%			0.1%	1.0%	0.5%	0.1%
PH															
MH			0.1%	0.1%				0.1%	0.1%				0.1%	0.1%	
ETP		1.1%	5.2%	2.3%	1.7%		1.4%	7.7%	4.4%	3.5%		1.3%	7.5%	5.8%	5.1%
ETM			0.7%	0.9%	0.4%		0.0%	1.0%	1.3%	0.5%			0.8%	1.2%	0.7%
ETH			1.3%	1.3%	0.4%			0.9%	1.0%	0.5%			0.7%	0.8%	0.4%
TPM			0.3%	0.4%				0.7%	0.9%	0.1%			1.2%	1.6%	0.1%
TPH															
PMH			0.4%	0.6%	0.4%			0.5%	0.9%	0.4%			0.7%	1.1%	0.5%
EPM		0.6%	3.9%	2.1%	1.7%		0.3%	2.8%	1.8%	1.6%		0.3%	2.8%	1.8%	1.8%
EPH			0.6%	0.5%	0.3%			0.3%	0.3%	0.2%			0.3%	0.2%	0.2%
EMH		0.1%	2.4%	2.2%	1.0%		0.1%	1.6%	1.9%	1.1%			1.1%	1.4%	0.9%
TMH				0.1%				0.1%	0.2%	0.1%			0.1%	0.2%	
ETPM		0.1%	3.9%	4.6%	2.6%		0.1%	4.9%	6.9%	4.1%		0.1%	6.2%	9.5%	5.7%
ETPH			0.9%	1.5%	1.4%			0.8%	1.3%	1.4%			0.7%	1.4%	1.7%
EPMH		0.5%	20.5%	42.5%	45.8%		0.2%	11.4%	29.3%	36.8%		0.2%	7.7%	20.4%	29.1%
ETMH			1.5%	3.2%	2.1%			1.3%	4.0%	2.7%			1.3%	3.8%	2.8%
TPMH			0.2%	0.7%	0.4%			0.2%	1.3%	0.6%			0.4%	1.9%	0.7%
ETPMH			6.2%	26.7%	38.1%			5.7%	29.6%	41.6%			6.1%	31.6%	43.8%
Total	100.0%	93.3%	61.9%	80.1%	88.6%	100.0%	94.5%	56.6%	74.1%	86.0%	100.0%	95.3%	51.5%	70.6%	83.8%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales de 1985

CUADRO VI.8
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA MUJERES DE TRES ESTRATOS EN DISTINTAS ETAPAS DEL CURSO DE VIDA, GRAN MDEO. EN 2006

ESTADO	Estrato Bajo, Mujeres 2006					Estrato Medio, Mujeres 2006					Estrato Alto, Mujeres 2006				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	83.7%	77.6%	22.6%	1.6%	0.1%	85.4%	80.0%	27.0%	1.9%		89.0%	89.9%	41.8%	3.1%	0.4%
E	0.5%	6.6%	10.7%	2.8%	0.9%	0.1%	6.4%	8.7%	2.5%	1.1%	0.1%	1.5%	5.3%	2.5%	0.9%
T		1.2%	9.2%	3.5%	0.4%		1.2%	8.3%	3.4%	0.2%			13.9%	5.9%	0.3%
P	15.7%	9.5%	3.4%	0.4%		14.5%	8.7%	4.1%	0.4%		10.9%	7.2%	9.7%	1.6%	0.1%
M		0.1%	0.2%	0.1%			0.1%					0.3%	0.3%	0.3%	0.1%
H		0.2%	0.6%				0.4%	0.5%	0.2%	0.1%		0.2%	0.1%	0.1%	
ET		1.5%	10.5%	7.6%	2.5%		0.5%	11.4%	7.7%	2.1%			6.8%	8.1%	4.5%
EP		1.4%	1.9%	0.4%	0.4%		0.9%	2.1%	0.3%	0.3%			0.7%	0.5%	0.3%
EM		0.1%	0.7%	0.2%	0.2%			0.4%	0.1%	0.1%				0.3%	0.1%
EH		0.4%	3.9%	2.3%	0.3%		0.2%	3.2%	1.1%	0.3%			1.2%	0.5%	0.3%
TP		0.2%	1.3%	0.9%	0.1%		0.2%	3.1%	1.9%	0.3%		0.5%	4.8%	5.5%	0.6%
TM			0.3%	0.3%	0.1%			0.3%					0.6%	0.1%	0.1%
TH			0.3%	0.1%	0.1%			0.5%	0.1%				0.1%		
PM		0.1%	0.5%	0.3%				0.9%	0.3%	0.1%			1.0%	1.1%	
PH		0.1%	0.1%	0.1%				0.2%					0.1%		
MH			0.3%	0.2%			0.2%	0.3%	0.1%	0.1%			0.1%	0.1%	
ETP		0.3%	2.3%	2.5%	1.8%			2.1%	3.4%	2.5%			1.9%	8.1%	5.6%
ETM			0.5%	0.7%	0.3%			0.6%	1.0%	0.2%			0.2%	0.4%	
ETH			2.8%	3.9%	1.5%			2.4%	2.2%	1.2%			0.7%	1.7%	0.5%
TPM			1.1%	1.0%	0.3%			1.2%	2.2%	0.2%			1.8%	6.6%	0.8%
TPH				0.1%	0.1%				0.3%					0.2%	
PMH			0.4%	0.8%	0.3%			0.1%	1.2%	0.9%			0.3%	1.6%	0.6%
EPM		0.3%	2.5%	1.3%	0.9%		0.6%	2.1%	1.0%	0.5%		0.2%	1.2%	1.5%	0.7%
EPH			1.2%	1.8%	1.1%			1.1%	1.6%	0.7%			0.5%	0.3%	0.1%
EMH		0.1%	1.7%	1.5%	1.4%		0.1%	2.2%	1.3%	1.3%			0.7%	0.5%	0.9%
TMH				0.2%	0.1%			0.1%	0.2%				0.1%	0.2%	0.2%
ETPM			2.6%	5.3%	2.6%		0.2%	2.3%	6.7%	4.0%			1.8%	10.7%	6.0%
ETPH			1.2%	4.2%	3.7%			1.8%	4.6%	3.9%			0.5%	1.7%	1.6%
EPMH		0.3%	10.4%	23.0%	24.9%		0.1%	7.5%	23.7%	27.8%		0.3%	2.1%	8.8%	13.7%
ETMH			1.0%	3.5%	3.1%			0.5%	2.2%	2.6%			0.3%	0.8%	2.3%
TPMH			0.2%	1.2%	1.2%			0.4%	1.9%	1.8%			0.1%	3.2%	3.1%
ETPMH		0.1%	5.7%	28.4%	51.6%			4.8%	26.3%	47.5%			1.4%	23.7%	56.1%
Total	100.0%	95.1%	54.2%	64.3%	83.3%	100.0%	96.4%	55.5%	64.5%	83.3%	100.0%	99.1%	72.2%	51.4%	81.4%

FUENTE: elaboración propia con ENHA2006

CUADRO VI.9
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA MUJERES DE TRES ESTRATOS SIN CONSIDERAR EL ESTATUS DE “MADRE” EN DISTINTAS ETAPAS
DEL CURSO DE VIDA, GRAN MDEO. EN 1985

ESTADO	Estrato Bajo, Mujeres 1985					Estrato Medio, Mujeres 1985					Estrato Alto, Mujeres 1985				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	82.5%	69.1%	16.8%	0.6%		81.4%	74.4%	22.1%	0.8%		81.8%	77.2%	22.8%	0.9%	
E	4.9%	13.4%	10.6%	1.6%	0.7%	4.1%	8.0%	7.9%	1.6%	0.7%	3.4%	5.2%	6.1%	1.4%	0.7%
T		0.7%	3.5%	0.8%	0.1%		0.7%	5.6%	1.7%	0.1%		0.9%	6.2%	2.2%	0.2%
P	11.7%	8.3%	1.9%	0.1%		13.6%	10.3%	4.1%	0.3%		14.1%	11.2%	7.3%	0.6%	
M		0.1%	0.2%	0.1%			0.1%	0.3%	0.1%			0.1%	0.4%	0.2%	
ET		2.8%	16.7%	7.5%	2.5%		2.0%	16.5%	9.4%	3.6%		1.3%	14.2%	9.8%	4.6%
EP	1.0%	2.8%	2.5%	0.9%	0.8%	1.0%	2.0%	2.3%	0.8%	0.8%	0.7%	1.7%	2.5%	0.9%	0.8%
EM		0.3%	3.0%	2.4%	1.1%		0.1%	2.1%	2.2%	1.3%		0.1%	1.4%	1.6%	1.1%
TP		0.1%	0.6%	0.2%	0.1%		0.2%	1.3%	0.6%	0.1%		0.2%	2.5%	1.4%	0.2%
TM			0.1%	0.2%				0.2%	0.4%	0.1%			0.2%	0.5%	0.1%
PM			0.8%	0.8%	0.5%		0.1%	1.3%	1.3%	0.4%		0.1%	1.7%	1.6%	0.6%
ETP		1.1%	6.1%	3.8%	3.2%		1.4%	8.5%	5.8%	4.8%		1.3%	8.3%	7.2%	6.8%
ETM			2.2%	4.1%	2.5%		0.1%	2.3%	5.2%	3.3%			2.0%	5.0%	3.5%
TPM			0.5%	1.0%	0.5%			0.9%	2.2%	0.7%		0.0%	1.6%	3.5%	0.8%
EPM		1.1%	24.4%	44.5%	47.5%		0.5%	14.2%	31.1%	38.4%		0.4%	10.5%	22.2%	30.9%
ETPM		0.1%	10.2%	31.3%	40.7%		0.1%	10.7%	36.4%	45.7%		0.1%	12.3%	41.1%	49.5%
Total	100%	94%	68%	87%	94%	100%	95%	63%	83%	93%	100%	95%	60%	80%	92%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales 1985

CUADRO VI.10
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA VARONES DE TRES ESTRATOS EN DISTINTAS ETAPAS DEL CURSO DE VIDA, GRAN MDEO, 1985

ESTADO	Estrato Bajo, Varones 1985					Estrato Medio, Varones 1985					Estrato Alto, Varones 1985				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	82.3%	66.7%	13.6%	0.5%		82.1%	72.4%	18.6%	0.9%		82.4%	74.5%	19.0%	0.9%	
E	5.3%	11.1%	6.8%	1.0%	0.5%	4.1%	6.4%	5.5%	0.9%	0.5%	3.6%	4.6%	4.6%	0.8%	0.4%
T		2.1%	5.2%	1.2%	0.1%		2.2%	8.3%	2.1%	0.1%		2.7%	9.3%	2.3%	0.1%
P	11.5%	7.5%	1.4%	0.1%		13.0%	9.3%	3.5%	0.3%		13.3%	9.8%	5.9%	0.6%	
M		0.1%	0.1%					0.1%				0.1%	0.1%	0.0%	
ET		8.5%	38.2%	12.0%	3.2%		6.3%	33.3%	13.3%	3.6%		5.0%	27.9%	12.3%	3.4%
EP	0.9%	1.8%	1.4%	0.4%	0.5%	0.9%	1.3%	1.2%	0.4%	0.5%	0.8%	1.1%	1.3%	0.4%	0.4%
EM			0.1%	0.2%	0.1%			0.1%	0.2%	0.2%			0.1%	0.1%	0.2%
TP		0.3%	0.9%	0.2%	0.1%		0.4%	1.9%	0.7%	0.1%		0.4%	3.3%	1.4%	0.2%
TM			0.1%	0.2%				0.1%	0.3%	0.1%			0.2%	0.3%	0.1%
PM				0.1%				0.1%	0.1%				0.2%	0.2%	
ETP		1.7%	11.0%	7.0%	5.3%		1.5%	10.3%	7.0%	4.9%		1.5%	11.4%	8.5%	6.5%
ETM			2.7%	5.1%	2.4%			2.4%	5.4%	3.3%			1.9%	4.8%	3.1%
TPM			0.5%	1.6%	0.7%			0.8%	3.4%	1.2%			1.5%	5.5%	1.7%
EPM			0.2%	0.8%	2.0%			0.2%	0.7%	1.5%			0.3%	0.5%	1.2%
ETPM		0.1%	17.7%	69.6%	85.1%		0.1%	13.5%	64.0%	84.2%		0.1%	12.9%	61.3%	82.8%
Total	100%	94%	80%	94%	96%	100%	94%	76%	90%	96%	100%	94%	71%	88%	96%

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales 1985

CUADRO VI.11
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA MUJERES DE TRES ESTRATOS SIN CONSIDERAR EL ESTATUS DE “MADRE” EN DISTINTAS ETAPAS
DEL CURSO DE VIDA, GRAN MDEO. EN 2006

ESTADO	Estrato Bajo, Mujeres 2006					Estrato Medio, Mujeres 2006					Estrato Alto, Mujeres 2006				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	83.7%	77.7%	23.2%	1.6%	0.1%	85.4%	80.4%	27.6%	2.1%	0.1%	89.0%	90.0%	41.9%	3.2%	0.4%
E	0.5%	7.0%	14.5%	5.1%	1.2%	0.1%	6.6%	11.9%	3.6%	1.4%	0.1%	1.5%	6.5%	3.0%	1.2%
T		1.2%	9.5%	3.6%	0.5%		1.3%	8.8%	3.5%	0.2%			14.0%	6.0%	0.3%
P	15.7%	9.6%	3.5%	0.4%		14.5%	8.7%	4.2%	0.4%	0.1%	10.9%	7.2%	9.8%	1.6%	0.1%
M		0.1%	0.5%	0.3%			0.3%	0.3%	0.1%	0.1%		0.3%	0.4%	0.5%	0.1%
ET		1.5%	13.2%	11.5%	4.0%		0.5%	13.8%	10.0%	3.3%			7.5%	9.8%	5.0%
EP	0.0%	1.4%	3.1%	2.2%	1.5%	0.0%	0.9%	3.2%	1.9%	1.0%	0.0%		1.2%	0.7%	0.5%
EM		0.2%	2.4%	1.8%	1.6%		0.1%	2.6%	1.4%	1.4%			0.7%	0.8%	1.0%
TP		0.2%	1.3%	1.0%	0.2%		0.2%	3.1%	2.3%	0.3%		0.5%	4.8%	5.8%	0.7%
TM		0.0%	0.4%	0.5%	0.2%			0.4%	0.2%	0.1%			0.6%	0.3%	0.3%
PM		0.1%	0.9%	1.1%	0.4%			1.0%	1.5%	1.0%			1.2%	2.7%	0.6%
ETP		0.3%	3.4%	6.7%	5.5%			3.9%	8.0%	6.4%			2.4%	9.8%	7.3%
ETM			1.5%	4.2%	3.4%			1.1%	3.2%	2.7%			0.5%	1.3%	2.3%
TPM			1.3%	2.2%	1.5%		0.0%	1.6%	4.0%	2.0%			1.9%	9.8%	3.9%
EPM		0.6%	12.9%	24.2%	25.8%		0.7%	9.6%	24.8%	28.3%		0.4%	3.3%	10.4%	14.4%
ETPM		0.1%	8.3%	33.7%	54.2%		0.2%	7.1%	33.1%	51.6%			3.3%	34.4%	62.1%
Total	100%	96%	64%	76%	89%	100%	97%	63%	76%	90%	100%	99%	73%	64%	89%

FUENTE: elaboración propia con ENHA2006

CUADRO VI.12
DISTRIBUCIÓN DE ESTADOS PARA VARONES DE TRES ESTRATOS EN DISTINTAS ETAPAS DEL CURSO DE VIDA, GRAN MDEO.. 2006

ESTADO	Estrato Bajo, Varones 2006					Estrato Medio, Varones 2006					Estrato Alto, Varones 2006				
	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45	6 a 11	12 a 16	17 a 24	25 a 34	35 a 45
NINGUNA	83.1%	73.4%	18.1%	1.4%	0.1%	86.0%	75.6%	19.8%	1.5%	0.1%	90.1%	87.1%	37.9%	3.4%	0.2%
E	0.5%	9.3%	15.9%	6.3%	2.7%	0.2%	7.9%	16.4%	4.3%	2.3%	0.4%	1.7%	5.5%	3.3%	1.7%
T		2.5%	9.4%	3.1%	0.4%		2.7%	9.2%	3.7%	0.2%		1.9%	15.8%	9.3%	0.6%
P	16.3%	9.2%	2.6%	0.2%		13.7%	7.0%	3.2%	0.2%		9.3%	6.8%	8.4%	0.9%	0.1%
M		0.2%	0.2%				0.1%	0.1%		0.1%		0.3%	0.2%		0.1%
ET		3.1%	30.4%	17.3%	5.7%		3.0%	26.5%	17.3%	3.8%		1.6%	14.8%	17.2%	5.1%
EP	0.1%	1.6%	2.2%	1.3%	1.0%	0.1%	1.5%	2.1%	1.1%	1.0%	0.3%	0.1%	1.8%	1.2%	1.1%
EM		0.1%	0.8%	0.7%	0.9%			0.2%	0.3%	0.6%				0.2%	0.3%
TP		0.3%	1.2%	1.4%	0.1%		0.8%	2.8%	2.6%	0.5%		0.3%	4.4%	4.8%	0.4%
TM			0.2%	0.2%	0.1%			0.2%	0.2%	0.1%			0.1%	0.1%	0.2%
PM			0.1%	0.2%				0.3%	0.1%				0.1%	0.3%	0.2%
ETP		0.3%	5.2%	7.9%	5.4%		1.2%	5.6%	8.4%	5.8%		0.3%	4.9%	8.6%	4.5%
ETM			2.9%	3.9%	3.5%		0.2%	1.6%	4.1%	3.1%			0.6%	2.0%	2.6%
TPM			0.5%	2.1%	0.9%			0.4%	3.7%	1.9%			1.0%	7.4%	3.4%
EPM			0.8%	2.5%	4.0%			0.7%	2.4%	4.4%			0.2%	1.1%	3.6%
ETPM			9.6%	51.5%	75.1%			10.9%	50.4%	76.1%			4.3%	40.2%	75.9%
Total	100%	95%	74%	83%	90%	100%	93%	73%	80%	90%	100%	97%	77%	75%	89%

FUENTE: elaboración propia con ENHA2006

VI.4 Estrato social y género como fuentes de desigualdad

Finalmente nos interesa realizar un análisis comparativo de la configuración de estatus y sus frecuencias entre mujeres y varones de distintos estratos a través de los cuadros de distribución de frecuencias donde excluimos el estatus de madre, diferencia que nos impedía la comparación entre sexos (cuadros VI.9 al VI.12). Nos guía a este análisis la idea de indagar en el estrato social y el sexo como fuentes competitivas de regulación. Cuando en el capítulo anterior realizamos este análisis de distribución de frecuencia de los 16 estados para las mujeres sin el estatus de madre con la de los varones hallábamos que la edad no lograba hacer similares los cursos de vida de varones y mujeres. De esta manera, al observar que los estratos exponen a las personas de igual edad frente a distintas experiencias aunque sean del mismo sexo, cabe preguntarnos: ¿la estructura de desigualdad expresada en los estratos puede operar como una estructura de mediación que alcance a igualar experiencias por edad de mujeres y varones dentro de los mismos?

Del análisis de los cuadro mencionados resulta evidente que a igual estrato y edad el trabajo hace la gran diferencia entre las mujeres y los varones. En este sentido, el trabajo estructura la vida de los varones de los distintos estratos mucho más que lo que logra hacerlo con sus pares de estratos en mujeres. De igual manera, el calendario más tardío de la formación familiar en varones se convierte en otra fuente de diferenciación entre mujeres y varones del mismo estrato. En este sentido, los estratos sociales no logran igualar u homogeneizar experiencias entre mujeres y varones de iguales edades. A modo de resumen diríamos que las mujeres de estratos bajos –por ejemplo– tienen una estructura de composición por estatus más similar a la de las mujeres de los otros estratos a iguales edades que a los varones de estratos bajos en su misma edad.

Así, la estructura de desigualdad actúa a través de los estratos sociales que trabajamos sobreponiéndose a la edad, imponiendo niveles de estructuración por edad y calendarios diferentes. Pero a su vez esto acontece ya mediado por el sexo. En el desarrollo del proceso de individualización mujeres y varones de iguales estratos son expuestos a distintos ámbitos de vida en temporalidades diferentes; entonces las instituciones –y sus regulaciones– los alcanzan mediados por las desigualdades de género. Luego, ya con varones y mujeres en sus “carriles” correspondientes va actuando una nueva capa de diferenciación social –la estructura de desigualdad que expresamos en los estratos sociales– ampliando o reduciendo sus chances de base según sea varón o mujer.

VI.5 Conclusiones generales del capítulo

En este capítulo hemos abordado un conjunto de preguntas de investigación que tenían como objetivo principal indagar si lo observado para la población general de mujeres y varones podían ser expresiones demográficas de desigualdades sociales. En este sentido, abordamos preguntas diferentes a los capítulos anteriores, pero a la luz de los resultados analizados en todo el capítulo podemos reconstruir la historia de los cambios en la estructuración del curso de vida en las

últimas décadas del país de forma más precisa y acabada que antes de haber desagregado la población.

Respecto a la pregunta más general con la que iniciamos este capítulo creemos que estamos en condiciones de responder que mucho de las variaciones de heterogeneidad observadas en las entropías globales, tanto en su fase de estandarización como en la de desestandarización en el tiempo, fueron expresiones demográficas de desigualdades sociales. Analizar la heterogeneidad de estados por edad para los distintos estratos sociales y su evolución en el tiempo no sólo nos permitió comprender de qué forma se fueron modificando los patrones de comportamientos demográficos sino también conocer quiénes fueron los grupos que experimentaron cambios, cuándo y en qué sentido. Asimismo, nos dejó conocer más sobre el funcionamiento mismo del sustrato institucional que da soporte a los cursos de vida de mujeres y varones, indicándonos sus espacios más flexibles así como los más rígidos para acompañar los diferentes contextos estructurales.

Pudimos constatar que tanto en 1985 como en el 2006 había brechas en los niveles de entropía por edad entre los estratos, pero que estas brechas se modificaron en el tiempo. Es decir, que las desigualdades sociales se expresaban como desigualdades demográficas de diferente manera en 1985 y 2006. En 1985 las desigualdades demográficas entre los estratos se expresaban con un patrón de brechas más notorias a partir de los 15 años aproximadamente en una tendencia de más heterogeneidad de estados por edad a medida que ascendíamos a niveles más altos de la estructura de desigualdad social. Para el 2006 el estrato alto distingue a sus mujeres y varones de sus pares de los otros dos estratos desde edades muy tempranas, cercanas a los 12 años de edad. Las desigualdades sociales se convierten en desigualdades demográficas a edades más tempranas entre los estratos altos y el resto para el 2006.

En resumen, observamos brechas entre estratos en los dos períodos de tiempo, pero con patrones de diferenciación por estrato en la estructuración de los cursos de vida cambiante entre 1985 y 2006. La estructura de desigualdades sociales ha jugado un papel importante en los niveles y tipos de heterogeneidad de los cursos de vida; y además, los cambios sociales acontecidos entre 1985 y 2006 modifican la forma y el calendario en que estas desigualdades sociales se tornan desigualdades demográficas.

Respecto a la composición de la entropía entre estratos identificamos una tendencia cronologizada en la heterogeneidad dentro de los estratos (intra-entropía), la cual desciende en un rango de edades y aumenta en otras de una manera coincidente con la tendencia de la entropía global. Al profundizar respecto a las contribuciones al cambio global de los estratos en el tiempo se ve con más claridad que las tendencias a procesos de estandarización y desestandarización, con su debida localización por edades, son aprehendidas de manera más precisa al ser analizadas a la luz de la desigualdad social.

De esta manera, no todos los estratos sociales participan en el sentido de la tendencia general observada de la entropía por sexo. Por lo tanto, los cambios que observamos en la entropía global entre 1985 y 2006 son resultado de procesos de compensación entre tendencias, incluso divergentes, entre estratos. Lo que aparece como un proceso fijado en ambos sexos se desfigura cuando vemos los aportes por estrato, más aún con las tendencias en sentido contrario de las mujeres de estratos medios respecto al resto. Así, el estrato alto lidera el proceso de estandarización antes de los 20 años y el estrato bajo el de desestandarización a partir de esa misma edad en ambos sexos. Los cambios en la entropía global en el tiempo estaban representando entonces procesos de algunos segmentos de la población más que de otros.

Asimismo, los caminos seguidos por los estratos sociales para alcanzar el estado de situación que observamos en el 2006 fueron muy distintos. Mientras las mujeres del estrato medio permanecieron sin muchos cambios entre 1985 y 2006, las de estrato bajo y alto sí los experimentaron. Esa estabilidad en la estructuración de los cursos de vida de las mujeres de estrato medio en el tiempo analizado nos indica ciertos aspectos de estancamiento en las posibilidades de adquirir mayores tasas de participación educativa y laboral. En el caso de los varones, en los tres estratos sociales existieron cambios en el tiempo, aunque de distintas magnitudes.

Hallamos entonces un proceso de aumento de la estructuración por edad antes de los 20 años como tendencia global, pero si lo vemos por estrato identificamos que en los estratos bajos eso se da a los 16 años de edad, en los estratos medios a los 18 años de edad y en los a los altos hasta los 22 años. Las fuentes de homogeneidad son menos desiguales y tienen que ver con la expansión educativa; pero por la propia estratificación del proceso de expansión educativa se generan estas diferencias por edad entre estratos en los límites de la fase estructuradora de los cursos de vida en el tiempo histórico.

Al momento de analizar los procesos de desestructuración por edad verificamos un aumento de la intra-entropía por estratos que nos indica que hay proceso de heterogeneidad al interior de estos. La complejidad radica en que la heterogeneidad de los distintos estratos responde a configuraciones de estatus también estratificadas, así como fuentes institucionales que actúan en distintos momentos de la vida de los individuos.

Esto nos confirma los riesgos de interpretar la desestandarización como proceso de desregulación y la necesidad de indagar en otras fuentes de regulación social: cuando la edad no homogeniza las experiencias de los cursos de vida otros ejes de desigualdad social pueden sobreponerse a ésta. En este sentido, la tendencia global observada en el tiempo para mujeres y varones a partir de los 20 años de edad parece responder más a las constricciones estructurales impuestas por los cambios en el mundo del trabajo y los respectivos rezagos institucionales educativos y familiares.

Por un lado, identificamos que la heterogeneidad de los estratos bajos responde a la dificultad para entrar o permanecer en el trabajo, con la consecuente postergación de la formación familiar y proceso de emancipación de las familias de origen. Por otro lado, señalamos que el aporte a la heterogeneidad de los varones de estratos altos a partir de los 22 años es otro tipo de heterogeneidad; donde hay una entrada a trabajar un poco más tardía por el proceso más prolongado de escolarización y credencialización y la consecuente dilatación de la formación familiar.

Cuando vamos a indagar en las fuentes institucionales y las configuraciones por estatus que dan cuenta de estos procesos logramos construir un relato mucho más preciso de lo que ha sucedido en los procesos de estructuración y desestructuración por edad de los cursos de vida de mujeres y varones en tiempos recientes. Las diferentes maneras en que mujeres y varones de distintos estratos sociales afrontan y responden a los cambios sociales e institucionales de las últimas décadas de historia en Uruguay modifican sus configuraciones de estatus y los niveles de heterogeneidad alcanzados en distintas etapas de sus cursos de vida; lo cual los hace participar también de manera desigual en el proceso de cambio global observado en la entropía.

En los Cuadros VI.13 y VI.14 presentamos a modo de esquema para mujeres y varones respectivamente los principales cambios que identificamos en cada estrato social en el tiempo

histórico, así como las fuentes institucionales responsables de los mismos y una ubicación de cada estrato en relación al resto en el escenario del 2006.

CUADRO VI.13
RESUMEN DE LOS PROCESOS ANTERIORMENTE IDENTIFICADOS EN MUJERES EN LOS DISTINTOS ESTRATOS

	CAMBIOS EN EL TIEMPO	RESPONSABLES DE LOS CAMBIOS	SITUACIÓN OBSERVADA EN EL 2006
MUJERES ESTRATO BAJO	Antes de los 20 años baja la entropía. Luego de los 20 años sube la entropía. TVA más tardía. Patrón de dilatación de alta entropía hasta edades avanzadas.	Estudian más (pero sigue siendo proceso parcial). Trabajan más (pero sigue siendo proceso parcial). Transiciones familiares se hacen también más tardías. El trabajo como estatus intermitente propiciando inestabilidad en sus cursos de vida hasta las edades más avanzadas consideradas en el estudio.	Se empareja el calendario de la TVA y niveles de entropía a los que presentan las mujeres de estrato medio. Responsable del mayor aporte entre los 18 y 45 años a la desestandarización global de la entropía en el tiempo analizado.
MUJERES ESTRATO MEDIO	Pocos movimientos en lo que refiere a niveles de entropía como al calendario de TVA.	La educación continúa siendo fuente de heterogeneidad en etapas tempranas para el 2006. La llegada de mujeres de este estrato a niveles superiores a la educación media básica continúa siendo un proceso de alcance parcial. El trabajo continúa siendo fuente de heterogeneidad en etapas tempranas para el 2006. Esto nos indica que ya en el año 1985 las mujeres de estrato medio habrían llegado a “su techo” en el mundo del trabajo y el estudio.	Nivel y calendario estable en el tiempo, similar al 2006 al de las mujeres de estrato bajo.
MUJERES ESTRATO ALTO	Antes de los 20 años baja la entropía. Luego de los 20 años sube la entropía. TVA más tardía. Patrón de dilatación de alta entropía hasta edades avanzadas.	La educación es fuente de homogeneidad importante hasta los 18 años. Luego inicia la participación en el trabajo que se acompaña con el estudio y la entropía empieza a crecer y se mantiene en meseta con trabajo y estudio y pocas transiciones familiares que se tornan también más tardías. El estudio es fuente de heterogeneidad hasta los 25 a 34 años en 2006.	TVA se hace más tardía respecto a la que tenía en 1985 y se convierte en la más retrasada respecto a sus pares de los otros estratos en el 2006. Responsable del mayor aporte entre los 10 y 22 años a la estandarización global de la entropía en el tiempo analizado.

FUENTE: elaboración propia en base a los análisis anteriores.

CUADRO VI.14
RESUMEN DE LOS PROCESOS ANTERIORMENTE IDENTIFICADOS EN VARONES EN LOS DISTINTOS ESTRATOS

	CAMBIOS EN EL TIEMPO	RESPONSABLES DE LOS CAMBIOS	SITUACIÓN OBSERVADA EN EL 2006
VARONES ESTRATO BAJO	Antes de los 17 años baja la entropía. Luego de los 16 años sube la entropía. TVA más tardía y con niveles mayores de heterogeneidad de estados.	Incremento de la participación educativa hasta los 16 años. Una pérdida de trabajadores entre los 17 y 24 años que pasan a engrosar al grupo de los que no estudian ni trabajan a un 20%. Esto indudablemente retrasa la TVA porque se encadena con transiciones familiares también más tardías que quedan a la espera de una emancipación económica. El trabajo gana peso como fuente de heterogeneidad en el 2006 entre los de 35 y 45 años y el retraso a la unión como mecanismo de lidiar con las fragilidades del mundo del trabajo.	Se empareja el calendario de la TVA y niveles de entropía a los que presentan los varones del estrato medio. Es el estrato responsable del mayor aporte entre los 18 y 45 años a la desestandarización global de la entropía en el tiempo analizado.
VARONES ESTRATO MEDIO	Antes de los 15 años la entropía baja muy poco. Luego de los 16 años sube la entropía (sobre todo a partir de los 21 años). TVA no muestra cambios en el calendario.	La educación continúa siendo fuente de heterogeneidad en etapas tempranas para el 2006 no permitiendo una reducción mayor de la heterogeneidad antes de los 17 años, mostrando que los varones de estratos alcanzan un techo difícil de superar en sus tasas de participación educativa. La entropía se eleva a partir de los 17 por pérdida de trabajadores que se vuelcan sobre todo al estado de los que “no estudian y no trabajan”. Esto indudablemente retrasa la TVA porque se encadena con transiciones familiares también más tardías que quedan a la espera de una emancipación económica. El trabajo gana peso como fuente de heterogeneidad en el 2006 entre los 35 y 45 años de edad y el retraso a la unión como mecanismo de lidiar con las fragilidades del mundo del trabajo.	Se muestra con un calendario y nivel de heterogeneidad por edad similar al de estrato bajo.
VARONES ESTRATO ALTO	Antes de los 22 años baja la entropía. Luego de los 23 años sube la entropía. TVA más tardía.	La educación es fuente de homogeneidad importante en los primeros 20 años de sus cursos de vida. El rol de estudiante se acompaña con el trabajo y esto promueve un aumento de la entropía que se mantiene elevada y o empieza su descenso hasta los 30 años por el retraso de las transiciones familiares. El estudio es fuente de heterogeneidad hasta los 25 a 34 años en 2006. El trabajo gana peso como fuente de heterogeneidad en el 2006 entre los 35 y 45 años de edad y el retraso a la unión como mecanismo de lidiar con las fragilidades del mundo del trabajo.	TVA se hace más tardía respecto a la que tenía en 1985 y se convierte en la más retrasada respecto a sus pares de los otros estratos en el 2006. Responsable del mayor aporte entre los 6 y 22 años a la estandarización global de la entropía en el tiempo analizado.

FUENTE: elaboración propia en base a los análisis anteriores.

Resta recordar que la estructura de desigualdad es una fuente de regulación que se sobrepone a la edad, pero que tiene a su vez efectos distintos por sexo. Las desigualdades de género parecen actuar desde la base, relacionando por normas e inequidades de género a mujeres y varones con distintas instituciones de distinta forma y en distintas temporalidades de sus cursos de vida. Luego, ya en el carril de trayectorias plausibles dado por el grupo de género se manifiestan las desigualdades entre los estratos. Las mismas que en el 2006 marcan desigualdades demográficas desde etapas más tempranas que en 1985 (desde la niñez) y con un patrón dual de la estructuración de los cursos de vida: el de los altos y el resto (dentro de la subpoblación de mujeres y varones). De esta forma, las mujeres enfrentan las constricciones estructurales con una heterogeneidad promovida por su inestabilidad en la participación laboral. Los varones sin embargo ajustan y enfrentan las constricciones estructurales retrasando la formación familiar.

A partir de lo dicho y la información que intentamos resumir en los Cuadros VI.13 y VI.14 estamos en condiciones de afirmar que así como la institucionalización del curso de vida es muy importante en los procesos de estandarización, también lo es en los procesos de desestandarización. Hay una institucionalización de la desestandarización al 2006 porque hay fuentes institucionales que promueven la desestandarización en mujeres y varones. Nos interesa ahora poder marcar los principales mecanismos que promueven la heterogeneidad de estados por edad a partir de los 20 años de edad aproximadamente y se convierten obstáculos en el camino a la TVA.

- Para estudiar hay que trabajar, y esto se ve en la proporción similar de personas que trabajan siendo estudiantes para los tres estratos de ambos sexos. Lo que varía por estrato en ambos sexos es la proporción de estudiantes. Esto es un mecanismo de retraso de la TVA y enlentecimiento (ensancha la campana de edades en las que se procesan las transiciones involucradas) para aquellos sectores donde la educación se extienda a niveles educativos más altos. Además, el estar trabajando enlentece la velocidad con la que se adquieren niveles educativos.
- La presencia del estudio a etapas tan avanzadas de las vidas individuales nos indica también un mecanismo de provisión de heterogeneidad que va más allá de la idea de una formación permanente en las carreras profesionales. No hay tal número de personas haciendo posgrados, sino que refleja un enlentecimiento y dilatación de las carreras universitarias, lo cual también es respuesta a dos procesos que se refuerzan entre sí: por un lado, la ausencia de apoyo a estudios universitarios, grados y posgrados a la población universitaria (salvo programas muy específicos en algunas áreas); y por otro lado, las dificultades de las familias de origen para solventar la formación profesional de sus hijos. Por ambas razones los estudiantes universitarios tienden a trabajar extendiendo la etapa formativa y en consecuencia el resto de transiciones a la vida adulta.
- La alta heterogeneidad que el trabajo provee en edades tardías en mujeres nos indica la intermitencia del estatus de trabajadora en sus vidas. Es decir, nos señala una competencia entre los roles familiares y el trabajo en la mujer.

- La rigidez de las estructuras residenciales de las familias no permiten la formación familiar más temprana y requieren de una emancipación residencial. Emancipación residencial que se torna en una barrera muy difícil de salvar en los contextos recesivos del país (donde muchas familias sufrieron pérdidas de capital económico importante), aunado a la desaparición de políticas de vivienda que antes existían y han ido desapareciendo así como la ausencia de otras novedosas.

Otro aspecto muy importante a destacar son algunas enseñanzas que podemos extraer de nuestro análisis de los jóvenes que no estudian y no trabajan:

- No tiene sentido trabajarlo como una categoría de jóvenes que no distinga por sexo. Las dimensiones son diferentes en uno y otro caso, en el tiempo analizado no vemos una variación importante en mujeres (sino que representa una proporción que aparece bastante incambiada de amas de casa). En este sentido, nos indica las dificultades que encuentran las mujeres para superar niveles de participación laboral alcanzados ya hace unos cuantos años. En varones esa particular configuración de estatus se incrementa en el tiempo histórico analizado, aunque es siempre una proporción menor de lo que representa para las mujeres. Si lo consideramos sin desagregar por sexo estamos sobre-estimando el fenómeno.
- Incluso considerándola en los varones, creemos que no tiene sentido trabajarla como categoría juvenil en grupos amplios que van de 15 a 29 años o similares (como comúnmente se trabaja), porque perdemos un control de los distintos niveles de estructuración por edad que existe al interior de ese gran grupo y estaríamos sub-estimando el fenómeno. Si observamos en el Cuadro VI.4 podemos ver cómo en los varones entre 25 y 34 años de edad la proporción de los que “no estudian y no trabajan” disminuye respecto a la del grupo anterior de edad. Y esto es así porque casi un 90 % de los varones de los tres estratos trabajan entre los 25 y 34 años en el 2006.
- Hablar de los que “no estudian y no trabajan” siempre nos refiere en el debate actual a los problemas que pueden existir en el ámbito educativo que impiden retener a los jóvenes – en un proyecto educativo. Y esto nos puede conducir a una mala lectura de cómo ha sido el proceso que nos lleva a la proporción actual de jóvenes que “no estudian y no trabajan”; dando a la idea que antes la educación sí los retenía. Cuando realmente aquí hay dos procesos que interactúan: lo que acontece en el ámbito educativo y lo que acontece en el mercado de trabajo. Lo que podemos observar en nuestro estudio es que aquello que deja en evidencia que esta proporción de jóvenes ya no continúan estudiando es que no trabajan. Porque en 1985 tampoco estudiaban más de la tercera parte de los varones entre los 17 y 24 años en el estrato medio; e incluso en el estrato bajo, pese a las debilidades que se han señalado del sistema educativo uruguayo, logran mantener más proporción de varones estudiando en estas edades. Todo parece indicarnos que comienzan a fallar el puente entre escuela y trabajo, con una patrón de salida de la

escuela en un nivel educativo en el estrato bajo y medio que antes sí representaban un camino de acceso al mundo laboral, y ahora ya no lo son. Indicando rezagos institucionales en la escuela y la familia.

Capítulo VII
Conclusiones finales

***Una valoración general del patrón de estructuración por edad
del curso de vida en el tiempo***

Este trabajo, realizado en el marco de la tesis doctoral, es el resultado de un proceso de investigación sobre la realidad socio-demográfica uruguaya: cambio social y organización de las vidas individuales, estructuración de los cursos de vida en torno a distintos ejes de regulación social como edad, sexo y estratos sociales en mujeres y varones residentes en Montevideo en las últimas décadas. Estudiar los cambios en los patrones de estructuración del curso de vida suponen un camino de aproximación a la relación entre cambios sociales y cambios demográficos, dicho de otra forma: cómo los cambios sociales afectan las vidas individuales modificando los mundos posibles contenidos en cada contexto socio-histórico.

Así, a través del estudio de las transformaciones y continuidades en la estructuración por edad de los cursos de vida tempranos quisimos medir cambios en la capacidad reguladora de la edad. No sólo para conocer cuándo este eje regulatorio de la vida moderna actúa con eficacia y cuándo no, sino para hacer observable todo lo que la regulación por edad nos indica acerca de los procesos de diferenciación e integración de los cursos de vida, así como de las estructuras e instituciones que actúan y median para ello.

Trabajamos los resultados empíricos en distintos capítulos (capítulo IV al VI) y elaboramos, para cada uno de ellos, conclusiones parciales a los que esa fase de análisis nos permitía llegar; por tal razón, consideramos innecesario repetirlos aquí. Sin embargo, creemos importante realizar un esfuerzo diferente en estas reflexiones finales que suponga reconsiderar los hallazgos empíricos, para construir un relato de lo que entendemos ha sucedido en el proceso de cambios socio-estructurales nacionales y las formas en las que los individuos organizan sus cursos de vida individuales a través de ciertos ejes regulatorios. En definitiva, poder ver los patrones de estructuración de los cursos de vida tempranos de mujeres y varones de Montevideo como figuraciones sociales cambiantes desde 1985 al 2006.

Lo que pretendemos desarrollar en este capítulo puede ser entendido de dos formas. Por un lado, como un puente entre la pauta teórica-metodológica y los resultados empíricos: recuperar nuestros resultados a la luz de los cambios socio-históricos estructurales e institucionales que atraviesa la sociedad uruguaya de las últimas décadas. Por otro lado, puede ser interpretado o leído en clave de nuevas preguntas e hipótesis de investigación.

VII.1 Cambio histórico, cambio institucional y cambio en los cursos de vida

VII.1.1 El ámbito de lo plausible

Desde la segunda mitad del siglo pasado a nuestros días la sociedad uruguaya ha atravesado por un proceso de cambio social en el marco de la apertura comercial y la re-estructuración económica. Como ya lo documentamos en el capítulo II, en ese proceso se fue modificando la estructura productiva, la estructura de empleo y las bases económicas y sociales de la antigua relación entre mercado, Estado y sociedad. De esta forma, el actual modelo de inserción uruguaya a la economía global supone muchos desafíos en relación a la generación de vías de acceso al bienestar para su gente; destacándose sus dificultades para generar empleo y, más aún, para subsanar los daños establecidos por el cambio del modelo en las últimas décadas.

Por otro lado, el estado de bienestar se constituye en una estructura de desigualdad donde las inequidades generadas por el mercado interactúan con políticas públicas y sociales, que muchas de las veces, reedifican las desigualdades relativas entre sectores sociales. La matriz de asignación de recursos del estado de bienestar uruguayo supone la inserción de los individuos en el mercado de trabajo formal, requisito sin el cual no se accede a los beneficios extendidos de mayor calidad. Una vez excluido de una fuente de bienestar como es el trabajo formal, se pierde el acceso a servicios y prestaciones estatales de mejor calidad –quedando aquellos servicios que se han visto más deteriorados en el tiempo como la salud pública o el seguro de desempleo.

De esta forma, los hogares uruguayos y sus familias se vieron afectados por una doble vía. El cambio de modelo y sucesivas crisis les generaron pérdidas, y además sacudieron y debilitaron las bases económicas del estado de bienestar al que las familias recurrían por beneficios. De esta manera, por la vía de los hechos, se asume que las familias podrán hacerse cargo de la responsabilidad de proveer bienestar a sus miembros, y que tendrán los recursos para realizar dicha tarea. Pero este último supuesto se convierte en “el talón de Aquiles” en la relación entre mercado – sociedad – Estado, porque puede resultar muy difícil de sobrellevar en contextos recesivos y de sucesivas crisis devaluatorias, donde una de las grandes debilidades del modelo económico es la incapacidad de generar empleos. Esto nos describe un estado de bienestar que podemos representarlo “recostado sobre la espalda” de las familias, apelando a estas últimas como una fuente muy importante de provisión de bienestar en las vidas individuales; las mismas familias que han debido absorber las pérdidas y riesgos sociales crecientes en los contextos socioeconómicos de crisis, incertidumbres y cambios.

Los procesos de cambios históricos e institucionales descriptos en el capítulo II, nos permiten establecer las bases o condiciones de regulación y cambio en los patrones de estructuración de los cursos de vida analizados, que constituye en nuestra investigación lo que hemos dado en llamar como el ámbito de lo plausible. En síntesis, un Estado uruguayo que no desempeñó el rol de integración social necesario para balancear el profundo proceso de diferenciación social que supuso el cambio a un nuevo modelo económico. Por un lado, tenemos los cambios en el mundo del trabajo, la pérdida de empleos, la segmentación de los mismos, las bajas salariales y los procesos devaluatorios que disminuyeron la capacidad de bienestar de las familias, y por el otro lado, un estado de bienestar muy estratificado en sus beneficios y con poca

capacidad de integración institucional, que termina por depositar en las familias gran parte del esfuerzo de provisión de bienestar a la población.

En este contexto social, la familia contemporánea se convierte en un entramado de interdependencia muy complejo, donde los grupos de edad –intergeneracionales– que la componen entran en conflicto porque los procesos y sentidos de transferencias de recursos intergeneracionales (ingresos, cuidados y responsabilidades) se han visto afectados al interior de las mismas. Frente al aumento de la presión familiar hacia sus miembros entran en conflicto las necesidades familiares, las individuales y los calendarios sociales. Esto la constituye en una institución clave para comprender la relación entre el cambio social y cambio demográfico, principalmente por dos grandes razones: porque en ellas se ponen en juego las necesidades de las distintas generaciones –grupos de edad– que la componen, y porque además actúan como mecanismo social de fijación de desigualdades. En este entramado funcional, las desigualdades de origen se convierten en factores relacionados con la capacidad que puedan tener las familias de proveer las bases para la emancipación de sus jóvenes, incrementándose la dependencia de las relaciones intergeneracionales.

El ámbito de lo plausible nos indica un escenario de tensión entre las necesidades familiares e individuales que enfrentan a los jóvenes al recurrir a chances que derivan, sobre todo, de oportunidades y constricciones heredadas.

VII.1.2 Efectos período y efectos cohorte ***Un camino a las desigualdades dinámicas***

Con el propósito de profundizar en nuestro esfuerzo de síntesis entre las herramientas conceptuales y los resultados empíricos, nos parece relevante identificar cómo se procesaron los cambios estructurales e institucionales analizados que promovieron cambios individuales en el tiempo histórico analizado. En este sentido, podemos conceptualizar los cambios estructurales e institucionales ya descritos y nuestros resultados empíricos (los cambios en los niveles de estructuración por edad de los cursos de vida) desde las diferentes vías por las cuales el tiempo actúa sobre las vidas individuales.

Recordemos que podemos analizar las distintas fuentes del cambio en los comportamientos individuales por la forma en la que el tiempo incide sobre los individuos, lo que se ha denominado como efectos edad, período y cohorte. Si bien no estamos en condiciones de cuantificar con exactitud cuánto de lo observado responde exactamente a cada uno de estos mecanismos de acción del tiempo en las vidas individuales, nuestro objetivo se centra en diferenciar cuán rígidos o flexibles son los patrones de estructuración por edad, lo cual permite observar cómo se gestan los cambios socio-demográficos. Consideramos además, que resulta un ejercicio interesante que nos permite explicitar nuevas hipótesis de investigación que se abren tras nuestro trabajo.

De esta manera, podemos identificar en el cambio de la matriz de inserción internacional de la economía uruguaya y sus múltiples consecuencias sobre la estructura social nacional –sobre todo si pensamos en las dos grandes crisis económicas: la de la década de los ochenta del siglo pasado y en el 2002, los eventos históricos que promueven un efecto período en los cursos de

vida. El aumento de la entropía observado para todas las edades en 1996 respecto a 1985, puede ser entendido como un efecto período sobre los patrones de estructuración de los cursos de vida. Mujeres y varones de todas las edades analizadas debieron realizar cambios en sus vidas que afectaron sus cursos promoviendo heterogeneidad de estados.

El efecto período refiere a cómo las personas responden a eventos y procesos que ocurren en el tiempo histórico. Hay una delgada línea que separa los efectos cohorte de los de período: quiénes son los afectados del evento en cuestión. En este sentido, un mismo evento o proceso dado en el tiempo histórico puede afectar de forma diferencial a unos y otros, pero de alguna manera impactar sus vidas; y es este impacto que se rescata como efecto período (al que luego casi siempre se pueden agregar efectos cohorte y edad).

De esta forma, más allá de la pertenencia a distintos grupos sociales de los perdedores o ganadores del nuevo modelo económico, las crisis económicas movieron, aunque en forma diferencial, toda la estructura social hacia abajo. Todos los uruguayos vivieron el quiebre de un modelo económico y social, y debieron aprender a vivir en las nuevas condiciones (que para algunos fue la pobreza, para otros la bancarrota e inicio de nuevos negocios, para otros sólo una baja coyuntural en los niveles de rentabilidad, muchos enfrentaron la emigración internacional, algunos no tuvieron que irse pero han visto partir a sus hijos y nietos), y todos en definitiva perdieron un futuro que creían posible.

En ese nuevo contexto tuvieron que responder al escenario de incertidumbre con nuevas respuestas que se reflejan en la desestandarización de los cursos de vida tempranos para todas las edades analizadas (6 a 45 años) en 1996. Lo que había funcionado para mujeres y varones en 1985, comienza a mostrar debilidades para 1996. El proceso de diferenciación social y los rezagos institucionales empezarán a hacerse notar en ese año, y los individuos habrían respondido modificando los calendarios de algunas de sus transiciones. Cambios en algunos calendarios de las transiciones a la vida adulta, como salida de la escuela y entrada a trabajar por ejemplo, modificaron para 1996 el escenario de configuraciones de estatus por edades existente en 1985, constituyéndose en fuentes institucionales de heterogeneidad.

En este sentido, podemos identificar elementos importantes respecto al proceso de cambio sociodemográfico analizado y los patrones de estructuración de los cursos de vida en términos más generales. En este sentido, los patrones de estructuración por edad se muestran como estructuras relativamente estables pero a la vez muy sensibles. Sensibles porque parecieran no existir terrenos ganados en los procesos de estructuración del curso de vida, revelando que hay lugar para vaivenes, con repliegues y mejoras en el “poder estructurador” de la edad. Una vez que las bases sociales e institucionales se alteran, los procesos de estructuración por edad de los cursos de vida se modifican. Porque el proceso de diferenciación por edad acontece como resultado de la interacción de procesos demográficos y económicos, así como de la relación entre los vaivenes económicos y el tiempo de vida familiar (Elder, 1978).

Esto nos conduce a reflexionar sobre la inconveniencia de pensar de manera lineal estos procesos, tanto como nos advierte sobre la necesidad de establecer análisis de mediano a largo plazo en los estudios sobre procesos de estandarización y desestandarización de los cursos de vida. De no hacerlo, podemos cometer el error de asumir como una tendencia histórica lo que sólo puede ser una coyuntura. Si nuestras mediciones se hubieran acotado hasta 1996 sería otra la historia que estaríamos contando respecto a lo que habría pasado con los patrones de estructuración de los cursos de vidas. Una mirada acotada a un tiempo preciso no debe llevarnos a interpretar coyunturas como tendencias.

Pero también tenemos elementos para concluir desde la dimensión de estabilidad relativa de los patrones de estructuración por edad. La organización de los cursos de vida se afecta cuando hay modificaciones en las bases sociales y económicas que constituyen el entramado de relaciones sociales al cual representan, pero la edad continúa siendo un eje constitutivo muy importante en dicha organización, incluso en 1996. Y más aún, si observamos el aumento de la estructuración por edad de los cursos de vida anteriores a los 20 años aproximadamente para el 2006. Son algunas nuevas configuraciones de estatus que pudimos identificar para 1996, y sobre todo, unos movimientos en los calendarios de transiciones simples las que desencadenaron los aumentos de la entropía en 1996.

En este sentido, no observamos un desplome de la capacidad estructuradora de la edad, lo que nos señala cierta elasticidad intrínseca a los patrones de estructuración por edad. El efecto período en los cursos de vida en 1996 podemos representarlo como un cimbronazo en el patrón de estructuración por edad en los cursos de vida; que muestran su sensibilidad al entorno (a las bases sociales e institucionales que los constituyen) y a la vez la solidez que la edad tiene como eje estructurador de las experiencias de vida contemporáneas. Recordemos que a pesar de los cambios en las entropías por edad en los tres períodos analizados en las edades de mayor heterogeneidad de estados, pudimos resumir experiencias de gran parte de las mujeres y varones con sólo cuatro configuraciones de estatus.

Claro que eso que podemos identificar como la capacidad de respuesta, la rigidez o elasticidad de ese patrón de estructuración por edad, debe ser también analizado a la luz de los posibles efectos cohorte donde las transiciones realizadas en 1996 por ciertos grupos de edades puedan tener efectos de selección. Así, observamos para el 2006 una recuperación de estructuración por edad para las edades menores a los 20 años –aproximadamente- respecto a lo perdido en 1996, e incluso a la de 1985. Pero no sucede lo mismo con otras edades que nos refieren a etapas de vida donde los procesos de causación acumulativa son muy importantes. Esto nos conduce a pensar que hubo procesos de inestabilidad de los cursos de vida que pudieron fijarse en el tiempo.

Entonces también podríamos pensar en un efecto cohorte (y en sus dobles impactos sobre las vidas individuales) para aquellos que estaban viviendo etapas de sus vidas tempranas en el contexto de cambio e incertidumbre descrito. Estos grupos pueden ser aquellos que tienen entre 15 y 30 años de edad aproximadamente en 1996 y realizaron su TVA en un contexto de menor estructuración de sus cursos de vida, pero sobre todo con configuraciones de estatus novedosas al momento. Ejemplos de ellas serían: las salidas tempranas de la escuela y entradas a trabajar, también muy tempranas, en un mercado laboral terriblemente dañado; así como salidas de la escuela sin necesariamente trabajar (como los que no estudian y no trabajan). Aquellos que realizaron sus transiciones educativas y laborales en el escenario de 1996 van a presentar para 2006 calendarios familiares muy tardíos e inestabilidad laboral, pudiendo observar esto incluso en ambos sexos. Lo cual podríamos entenderlo como efectos de selección de aquellas transiciones más novedosas de 1996, que se acompañan también con un efecto período de la crisis del 2002.

Nos resta reflexionar sobre el doble impacto del efecto cohorte en las vidas individuales, a la luz de las desigualdades sociales y cómo los cambios histórico-estructurales puedan haber impactado las mismas estructuras de desigualdad. En el período analizado hay una reorganización de la estructura de desigualdades, los ganadores y perdedores del nuevo modelo fueron alterando la posición social de los diferentes grupos ocupacionales y profesionales; pero

también han emergido nuevos ejes de desigualdad que podemos asociarlas a desigualdades intra-categoriales de las que nos hablaban Fitoussi y Rosanvallon. De esta manera, muchos de los efectos de selección de las transiciones pueden ser interpretados también como desigualdades intra-categoriales. Los cambios históricos distinguen las experiencias de vida de grupos sociales o categorías dentro de las cohortes –desigualdad intra-cohorte. Esto supone considerar la estructura de desigualdad social como mediadora de los efectos del tiempo histórico; cobrando relevancia la consideración de efectos de interacción entre estas categorías y los grupos de edad que conforman la cohorte.

Por ejemplo, el aumento del desempleo y la segmentación de los mercados laborales emergen como nuevos ejes de desigualdad que interactúan con otros, como la educación. Lo mismo sucede con las desigualdades de género, donde varones y mujeres pasan a desempeñarse en el transcurso de estos años, sobre todo ya a partir de los noventa en escenarios más compartidos, aumentando la escolaridad de mujeres y su participación en el mundo del trabajo remunerado. En el caso de las mujeres, las incursiones en nuevos espacios de vida habilitaron trayectorias posibles de las que pueden estar privadas aquellas que aún no lo hicieron (trabajar y/o estudiar); emergiendo así nuevas desigualdades dinámicas de la interacción entre ser mujer-trabajo-estudio que impactan sus vidas presentes y sus potenciales de vida futura.

Decíamos que el efecto cohorte tiene un doble impacto, por la vía directa e indirecta; por un lado modifica las condiciones estructurales actuando en forma directa en etapas claves de la vida de los individuos, y por la vía indirecta impacta en todo el proceso de acumulación en sus vidas. Los efectos de cambios en las estructuras de oportunidades y restricciones que golpean a los adolescentes y jóvenes en 1996, se convierten en desventajas acumulativas observables en la inestabilidad que presentan sus cursos de vida ya a partir de los 30 años, e incluso hasta los 45 años de edad en el 2006, con niveles aún elevados de heterogeneidad. De esta forma, podemos identificar cómo operó el tiempo tanto en un nivel sociohistórico como personal, y cómo estos niveles se influyen recíprocamente generando efectos directos e indirectos.

Los cambios históricos han transformado la estructura comercial y productiva que modificaron el mercado de trabajo y, por lo tanto, la estructura de oportunidades, al redistribuir costos y beneficios entre diferentes grupos sociales –habrá nuevos ganadores y perdedores del modelo actual de inserción. Pero además, a los afectados y perjudicados en el nuevo modelo les toca enfrentar el deterioro de los servicios sociales desmercantilizados, lo cual actúa como ponderador de efectos –pudiendo convertir ejes de diferenciación en categorías de desigualdades persistentes. En resumen, por el modo en el que se dio la reestructuración económica en Uruguay se propiciaron dos procesos en simultáneo: un cambio de modelo de inserción y acumulación del capitalismo nacional que promueve procesos redistributivos, y a su vez, cambios organizacionales (instituciones proveedoras de bienestar) que actúan como fijadores de las desigualdades que el propio cambio de modelo ha generado.

El efecto cohorte, que siempre impacta en doble vía, se ve agravado por las nuevas desigualdades intra-categoriales. Suceden cambios a nivel macro-social con constricciones particulares para cierto grupo de individuos en una etapa de vida que, por razones de cambios en la estructura de desigualdad, van a estar menos posibilitados para hacer frente a esas constricciones históricas de su cohorte, generándose un efecto acumulativo perverso para el

desarrollo de sus vidas: efectos de interacción entre historia, estructura de desigualdad y biografía⁵⁸.

Como nos decía Elder y Pellerin (1998): “la historia toma forma de efecto cohorte cuando el cambio social diferencia los patrones de vida de cohortes sucesivas”. En los grupos juveniles del 2006 pudimos observar cómo se fijaron, aunque en cuantía diferente a la de 1996, arreglos y configuraciones de estatus que eran casi inexistentes para 1985. Estudiar y trabajar simultáneamente y no estudiar ni trabajar son estados que para el 2006 no aumentan su presencia respecto a la de 1996 pero que llegaron para quedarse, sobre todo, en varones de ciertos estratos sociales.

VII.1.3 Re-estructuración y re-institucionalización de los cursos de vida

En los capítulos anteriores de análisis empírico hemos profundizado en los niveles de las entropías (heterogeneidad de estatus por edades específicas) distinguiendo sus estructuras composicionales, sus variaciones por período y las particularidades para cada una de las subpoblaciones analizadas. En este sentido, en esta instancia nos proponemos revisar a modo de síntesis, cómo fue el proceso de re-estructuración por edad observado en el tiempo histórico analizado reconsiderando, desde un punto de vista más general, aquellos hallazgos que creemos más relevantes (en su mayoría aludidos en los capítulos V y VI) y que nos permiten dar cuenta cómo habría operado el proceso de re-estructuración por edad de los cursos de vida, constituyéndolos en una vía de aproximación a la acción del tiempo histórico sobre las vidas individuales. Esto permitirá detenernos, finalmente, a pensar en qué nos dicen respecto a los procesos de estandarización y desestandarización de los cursos de vida.

¿Qué pasó con la estructuración por edad? Nuestro estudio nos permitió identificar la existencia de cambios, con sentidos e intensidades diferentes según los períodos analizados, las etapas de vida y los grupos sociales. En este sentido, podemos decir que mujeres y varones residentes en Montevideo han manifestado un cambio en su patrón de estructuración por edad en el tiempo analizado que va desde 1985 al 2006. Pero estos cambios tuvieron en el tiempo histórico sentidos encontrados, pasando por un proceso de desestructuración por edad para todo el rango de edades trabajadas (desde los 6 a los 45 años) en 1996, para luego ver hacia el 2006 replegarse parte de dicho proceso.

Pero más allá de los cambios en los niveles de estructuración por edad en el tiempo, si lo observamos para cada una de las tres cohortes sintéticas, el patrón de estructuración por edad a lo largo del curso de vida es relativamente estable. En este sentido, pudimos identificar etapas de alta estructuración como la niñez, una etapa donde se procesan las múltiples transiciones analizadas que se expresan con más heterogeneidad de estado por edad, y finalmente, una etapa donde vuelve a incrementarse la estructuración u homogeneidad de estados (aunque nunca a los

⁵⁸ Un ejemplo de esto es pensar aquellos que para hacer frente a la crisis debieron dejar sus estudios en etapas muy tempranas y salir a trabajar. En esa oportunidad enfrentaron un mercado de trabajo mezquino en plena crisis económica y social. Y luego, con la consolidación del nuevo modelo de inserción internacional y de especialidad productiva sus conocimientos y preparación lo constriñen a trabajos mal remunerados o a veces inexistentes (no se requiere de fuerza laboral de baja calificación).

niveles alcanzados en la niñez). Es en esta última etapa de los cursos de vida que nosotros analizamos dónde identificamos cambios en el tiempo, con fuentes de heterogeneidad que la mantienen en algunos grupos sociales hasta avanzada la tercera década de vida de mujeres y varones, sin retomar nunca la homogeneidad que presentaban sus vidas antes de la TVA.

Pero, ¿qué nos indica esto? Que los procesos de estructuración del curso de vida tienen dos grandes características: una que ya destacamos en el apartado anterior y que habla de su flexibilidad y sensibilidad al entorno socio-institucional, y otra que resalta que la cronologización de los cursos de vida es muy importante en la forma de organizar los flujos de vida en las distintas cohortes, así como los procesos de re-estructuración por edad en el tiempo histórico analizado.

De esta manera, la edad continúa siendo un eje relevante para comprender las estructuras de los cursos de vida porque da cuenta de los procesos de diferenciación funcional e integración del curso de vida; así como de los procesos de autocoacción temporal. Por lo tanto, observamos a la edad homogeneizando experiencias cuando las instituciones que organizan esas etapas de vida actúan de forma más integrada, y muestra un debilitamiento de su capacidad estructuradora cuando la vida de las personas se desarrolla entre instituciones que exhiben problemas de integración (como las tensiones existentes entre escuela, trabajo y familia). Los cambios en los niveles de estructuración por edad en el tiempo (re-estructuración) responden y expresan los cambios en los arreglos institucionales donde transcurre la vida de las personas.

¿Cómo opera el proceso de re-estructuración? Se alcanza el patrón de estructuración por edad, que podemos observar en el 2006 para mujeres y varones, por múltiples efectos del cambio histórico sobre una base social desigual. Cada individuo, desde su posición social, debe movilizar los recursos necesarios para transcurrir su vida de determinada forma; y lo que nosotros podemos observar como un patrón determinado de estructuración de sus cursos de vida es, en definitiva, un proceso de síntesis.

Respecto al proceso de re-estructuración por edad nos interesa resaltar dos aspectos que están entrelazados y que hacen al cómo de dicho proceso (lo cual deriva en las bondades analíticas de este tipo de procesos para estudiar cambios sociales). Uno tiene que ver con la concepción de que un patrón de estructuración por edad para una población debe ser considerado como una estructura única, compleja y dinámica. El otro aspecto viene a señalar que cuando definimos un proceso de re-estructuración por edad partimos de un patrón para llegar a otro, y que el primero es una estructura mediadora del tiempo histórico en las vidas individuales, mientras el último expresa a su vez los efectos desiguales de la historia y nos refiere a las desproporciones y desniveles del primero.

Lo que entendemos como patrón de estructuración por edad es un entramado complejo de interrelaciones con múltiples fuentes de diferenciación y niveles de integración. Es decir, figuraciones –cambiantes también– que expresan y responden a todo el entramado institucional, los niveles y desniveles que allí existen y la tensión entre integración y diferenciación que representan. En este sentido, los cambios sociales actúan sobre figuraciones ya existentes que exponen a unos más que a otros a sus efectos y en distintas temporalidades –distintas edades; y esto les permite o restringe a márgenes de acción que alcanzan a ser muy diferenciados.

De esta forma, cuando encontramos calendarios diferentes por estratos sociales y por sexo no consideramos conveniente, en términos analíticos, trabajar con tantos patrones de estructuración por edad como categorías de diferenciación encontremos, donde el patrón de estructuración por edad de una población pudiera resumirse en la suma de sub-patrones para

poblaciones socialmente diferenciadas (como si cada sub-patrón fuera una estructura inconexa)⁵⁹. Si pensáramos en tantos patrones de estructuración por edad como categorías de diferenciación se introducen en el análisis, estaríamos suponiendo que las bases sociales e institucionales de esos subgrupos poblacionales no están conectadas entre sí. En definitiva, que las inequidades no emanan de las relaciones entre esos grupos desiguales. Las desigualdades sociales y demográficas expresan y son el resultado de relaciones y vínculos sociales, nunca de esencias o atributos de individuos. Así, los entramados sociales cambian, los ejes de poder, los centros de tensiones y equilibrios; las interdependencias sociales se ven afectadas y las fuentes regulatorias modifican sus fuerzas de manera también desigual, favoreciendo unos cambios socio-demográficos y no otros.

De esta forma, todo cambio en los patrones de estructuración por edad de los cursos de vida se gesta sobre una estructura de regulación por edad sobre la cual impactarán los procesos de cambios históricos. En este sentido, los cambios estructurales e institucionales actúan sobre las vidas individuales manteniendo o modificando los niveles de estructuración por edad y mediados por el patrón de estructuración por edad de los cursos de vida existente. Así, los efectos del tiempo histórico sobre las vidas individuales implican esfuerzos diferenciales en cada caso. Lo cual nos señala la importancia de considerar la edad como fuente de regulación social, porque actúa como un canal de distribución del tiempo histórico sobre las vidas individuales.

Hablar de re-estructuración nos plantea aspectos importantes sobre el punto de partida y el de llegada: hay una estructura por edad en un tiempo basal que será la que nos permita dar cuenta de cómo el tiempo histórico impacta en las vidas individuales, produciendo los resultados que genera por distintos efectos diferenciales. Asimismo, en términos analíticos nos traslada a otro patrón de estructuración por edad que puede ser más rígido o más flexible, más parcial o más democrático, sobre el cual se desarrollará el devenir de la historia y las vidas individuales.

¿Cómo operaron las múltiples fuentes de regulación y categorías de desigualdad en nuestro caso de estudio? Los cambios en la estructura social, que modificaron oportunidades y chances de vida en el tiempo histórico, se vieron mediados por la distribución de oportunidades entre estratos y sexos. De esta manera, frente a los cambios estructurales e institucionales acontecidos en el tiempo histórico, cada estrato fue ajustando sus comportamientos demográficos con distintos recursos y en distintos calendarios; en un juego de relaciones entre las estructuras más o menos rígidas del mundo de la familia, los diferenciales por sexo en los procesos de individualización de la mujeres y los varones, y los recursos que cada estrato pudo movilizar para enfrentar las nuevas coyunturas.

Con esta dinámica se fueron igualando en el tiempo los estratos bajos con los medios en sus niveles de entropía y configuración de estatus, a la vez que se hizo más pronunciada la brecha con los estratos altos a partir de los 12 años aproximadamente, no sólo en los niveles de entropía sino en la configuración de estatus que los sostienen y en los calendarios precisos de la transición a la vida adulta. Modificándose hacia el 2006 el patrón de desigualdades demográficas en el transcurso del proceso de re-estructuración por edad de los cursos de vida.

Frente al cambio de modelo económico y social los individuos tuvieron que recurrir a distintas respuestas. En este sentido, nos interesa destacar los escasos márgenes de acción que

⁵⁹ No en vano la medida de entropía global de una población agregada difiere de la suma de las entropías parciales de cada sub-población desagregada, debiendo integrar la intra-entropía como la entre-entropía. De esta forma, la entropía global es el resultado de dos procesos: cómo se distribuye la población entre cada sub-grupo así desagregar y cómo se distribuyen las observaciones en cada subgrupo.

presentaron tanto las mujeres como los varones de estratos medios. Recordemos que los sectores medios habían sido los principales beneficiarios del conjunto de políticas públicas y sociales que prevalecía en el modelo ISI (educativas, vivienda y salud), lo que los privó de gran parte del apoyo con el que contaban para su bienestar debiendo enfrentar además las pérdidas de empleo, salarios y rentabilidad que experimentaron todos los uruguayos. Esto se hace notar en el estancamiento que los estratos medios muestran en sus indicadores de expansión de la participación laboral en mujeres y expansión educativa en mujeres y también varones. De esta forma, los cambios históricos convirtieron para el 2006 en techo la expansión educativa y laboral de los estratos medios alcanzada 20 años antes. Esto los iguala con los estratos bajos de su respectivo grupo de género en sus comportamientos en el nuevo contexto y modifica el patrón de desigualdades demográficas generales.

Lo dicho anteriormente nos permite distinguir cómo la estructura de desigualdad se sobrepone a la edad, reconociendo desde la base la importancia de las desigualdades de género. Si pensáramos en una estructura de caminos por los cuales transcurre la vida de los individuos, el patrón de estructuración por edad del 2006 nos indica ya a partir de los 12 años (edad próxima a la salida de la educación primaria) la presencia de dos grandes vías de cursos de vida plausibles establecidos por el sexo. Estas vías, tanto para mujeres como varones, se dividen a su vez en carriles correspondientes para cada estrato social; en ellos divergen los cursos de vida de los grupos según sexo-estrato-edad. Los procesos de decisión e individualización social en el tiempo los podemos representar como un juego de cartas marcadas por sexo y estrato.

De esta manera, las desigualdades demográficas en el 2006 se identifican desde etapas más tempranas que en 1985 y con un patrón dual de la estructuración de los cursos de vida: el de los altos y el resto (dentro de la sub-población de mujeres y varones). Las respuestas a las constricciones estructurales promovidas por mujeres y varones nos indican niveles de heterogeneidad de estados más altos en el 2006 respecto a medidas anteriores a partir de los 20 años de edad para ambos sexos; la cual pudimos caracterizar como tipos de heterogeneidad diferentes. Las mujeres presentan un tipo de heterogeneidad caracterizado por su inestabilidad en la participación laboral, mientras los varones ajustan y enfrentan las constricciones estructurales retrasando la formación familiar (aunque con calendarios e intensidades diferentes para cada estrato dentro de estas dos sub-poblaciones). Este hallazgo es relevante porque indica: 1) los desiguales procesos regulatorios y de individualización y organización de los cursos de vida en el tiempo por sexo; 2) la relativa incompatibilidad entre el trabajo y la familia como espacios regulatorios; 3) más precisamente, el trabajo representa para los varones un ámbito de regulación por edad más formal que la familia, mientras que para las mujeres sucede a la inversa.

Así, si quisiéramos caracterizar qué tipo de patrón de estructuración por edad se alcanza en el 2006 respecto al de 1985 tenemos que rescatar que, al igual que el de 1985, el del 2006 impone procesos muy diferenciados por sexo y estrato. Existen configuraciones de estatus reservadas sólo a ciertos grupos de sexo-estrato-edad (aunque esas configuraciones y las distancias entre estratos en niveles de heterogeneidad varían en un período y otro). El aumento de la heterogeneidad que identificamos a partir de los 20 años de edad aproximadamente en el 2006 responde a estos tipos de heterogeneidad diferentes por estratos sociales en cada sub-población de mujeres y varones. En este sentido, la edad termina por ser la válvula de ajuste de otras constricciones estructurales. Si pensamos en términos de mecanismos de autocorrección temporal, la formación familiar parece ser lo que se pospone en las vidas de los varones para hacer frente a las dificultades contemporáneas en el mundo del trabajo.

¿Qué nos dice todo lo anterior respecto a la estandarización y desestandarización de los cursos de vida como tendencias en las sociedades actuales y procesos de cambios regulatorios? Nuestras evidencias empíricas nos posicionan no sólo frente a la dificultad de poder establecer tendencias respecto a la evolución de los patrones de estructuración por edad, sino frente a la inconveniencia de hacerlo. Precisamente, en nuestro caso de estudio vimos en un lapso de veinte años evoluciones en el tiempo con tendencias encontradas. Asimismo, cuando analizamos el caso de poblaciones de seis ciudades de América Latina fue muy difícil poder establecer tendencias generales y comunes para las seis poblaciones respecto a procesos de cambio en los patrones de estructuración por edad, adquiriendo importancia las estructuras sociales y entramados institucionales locales.

En términos más específicos, los procesos de desestandarización en el tiempo que pudimos observar emergen, como ya lo mencionamos, como tipos de heterogeneidad diferentes para distintos grupos de sexo-edad-estrato en su tránsito a la vida adulta. Esto muestra la acción diferencial del tiempo histórico en las vidas individuales, donde la desregulación por edad de algunas etapas de vida en el tiempo expresa simultáneamente un proceso de fijación de desigualdades que podrían poner en duda la hipótesis de un aumento de la individualización social de los cursos de vida. Tal como lo decía Hareven, la individualización social está relacionada con procesos de estandarización de los cursos de vida porque reportan una mayor independencia del entorno familiar, y por lo tanto también de las desigualdades heredadas.

VII.2 La familia y el trabajo como dimensiones en tensión

Reflexiones teóricas para nuevas líneas de investigación

Es muy interesante retomar lo que sostiene Settersten (2002) con respecto a cómo varía el grado de estructuración por edad, y los niveles relativos de estructuración por edad formal e informal, según los dominios institucionales. En este sentido, el autor destaca al trabajo y a la educación como espacios de mayor regulación, y también de mayor peso de la estructuración formal; considerando a la familia como un ámbito de vida más privado donde los procesos de regulación por edad pueden ser más flexibles. Sin embargo, en nuestra investigación eso sólo se observa para los varones, mientras para las mujeres el trabajo pasa –no sin altos costos quizás– a tener un grado de estructuración por edad no tan formal. De esta manera, creemos que tras nuestra indagación pueden abrirse nuevas líneas de investigación que permitan identificar una tensión estructural y regulatoria entre el mundo del trabajo y la familia que tiene efectos diferentes por sexo en los cursos de vida.

Estas respuestas diferenciales por sexo adquieren una mayor relevancia cuando pensamos en su correlato: ¿qué sucede con las mujeres que no ajustan su proceso de formación individual y transición a la vida adulta con la inestabilidad en el trabajo? En este sentido, pudimos observar que las mujeres postergan la formación familiar en el tiempo analizado, pero de todas formas presentan calendarios más tempranos que el de los varones. Esto nos abre la puerta a nuevas líneas e hipótesis de trabajo: si las mujeres no “resuelven” la tensión existente entre trabajo y familia, inclinándose por una inserción más inestable en el primero, los costos (o consecuencias) recaen en el ámbito familiar, tal y como puede aplicarse para el caso de los varones.

Estas nuevas líneas investigación pueden ser mejor contextualizadas si tenemos en cuenta el análisis de la prevalencia a los 45 años que presentamos en el gráfico c) de la Figura IV.8 del capítulo IV. Cuando trabajamos con el estatus simple referido a la maternidad encontramos que aproximadamente 86% de las mujeres habría tenido al menos un hijo a sus 45 años de edad para 1985 y 2006. Pero cuando quisimos constatar esas prevalencias por estrato el panorama se modificaba. En este sentido, las mujeres de estrato bajo no modificaron sus prevalencias a los 45 años de edad: 90% de ellas tuvieron al menos un hijo. En el estrato medio esa proporción es menor, y además disminuyó en el tiempo analizado, pasando de 86.6% a 84.7% entre 1985 y 2006, respectivamente. En el estrato alto la proporción es aún menor y se mantiene entre 80% y 83% en 1985 y 2006, respectivamente. Si bien esto nos indica que la mayoría de ellas tienen al menos un hijo; también nos revela que las mujeres sin hijos no son una minoría que se distribuye aleatoriamente, sino que alcanzan su máxima proporción en los estratos medios y altos (oscilando entre 13.4% y 19.7%).

A esto se agrega que las mujeres de los estratos medios y altos son las que trabajan en mayor proporción –y las de estrato alto mucho más que las de estrato medio–, como se puede observar en el gráfico e) de la misma figura IV.8. Lo mismo sucede con las mujeres de estos estratos respecto a la educación, son las que estudian hasta más avanzada edad.

Esto nos sugiere un panorama de la estructura de costos y las consecuencias que tiene para la mujer alcanzar niveles de profesionalización y participación laboral. Una vez que la mujer se iguala en sus comportamientos educativos y laborales a los varones, aumenta la proporción de ellas sin hijos.

La “teoría de la segunda transición demográfica” ha construido un marco explicativo de la baja de fecundidad apoyada en la relativa incompatibilidad de trayectorias laborales y familiares –sobre todo la maternidad–, a partir de la identificación de un cambio ideacional en las mujeres. En este sentido, tras nuestra investigación creemos que se constituye en problema de investigación lo que, desde ese enfoque se identifica como cuerpo explicativo.

Desde la mirada de corte postestructuralista se han trabajado hipótesis de cambio ideacional en las mujeres para los cuales, desde una estructura social de mayor equidad de género, la maternidad pasa a ser un tema de decisión, y el trabajo y la profesionalización una meta de las mujeres, tanto así como de varones. Se ha intentado explicar la baja fecundidad en algunas sociedades occidentales como consecuencia del avance de los procesos de individualización de las mujeres⁶⁰, donde la decisión de tener una menor cantidad de hijos o de no tener hijos, responde a un debilitamiento de la “valoración” de la familia y una priorización del trabajo y la profesión como espacios de autorrealización en el marco de un cambio ideacional. De esta forma, se contraponen lo que este enfoque ha denominado como hedonismo contemporáneo –que caracteriza a la sociedad actual– con el altruismo necesario para el cuidado de las generaciones venideras. La dilación en la edad a la maternidad es usualmente tomada como un indicador de bienestar femenino, en el sentido que se interpreta como la resistencia

⁶⁰ Este tópico de la baja de fecundidad ha sido un elemento clave como un indicador empírico de los que hablan de una Segunda Transición Demográfica entre otros comportamientos sociodemográficos como el aumento de la edad a la unión y de los divorcios. Sólo tomamos uno como ejemplo para analizar sobre los ejes que construyen su argumento y cómo funciona el mismo. Podríamos hacerlo con otros de los tópicos que aborda la STD, pero este nos permite plantear la diferencia en la construcción del problema al anclarnos en perspectivas teóricas diferentes que a su vez derivan en una propuesta de hipótesis teórica de nuestra parte.

(identificada como mayor libertad) a asumir compromisos familiares en pos de la adquisición de capital educativo y de una inserción más sólida y estable en el mercado laboral.

En definitiva, se están enfrentando fuentes de decisión de los sujetos; familia versus trabajo donde se opone, por ejemplo, lo que denominan como “auto-realización” profesional a la maternidad. Desde este enfoque, el trabajo se convierte en un espacio de autorrealización y decisión; por otro lado, la maternidad emerge como un sacrificio a sostener con conductas altruistas. Planteos como éstos conciben al individuo como un ser ajeno a cada una de estas instituciones y “decidiendo” por una u otra, sin recordar que el proceso de negociación, decisión, postergación y proyección se da en entramados sociales de múltiples niveles, en donde se constituyen las individualidades de esas mujeres (ellas emergen de la relación de género de ciertas familias con ciertos mercados de trabajo, en ciertos tiempos histórico y en ciertos momentos de sus vidas, entre otras dimensiones).

Si nos proponemos repensar esta tensión entre familia y trabajo desde la perspectiva relacional y de curso de vida que hemos desarrollado en nuestra investigación, a la luz de nuestros resultados empíricos, podemos arribar a otra clave interpretativa sobre la cual fundar nuevas investigaciones: la familia tendría temporalidades y regulaciones por edad más fuertes para el caso de las mujeres porque los tiempos reproductivos de ellas son más acotados que los de varones. De esta forma, los “tiempos reproductivos” en las mujeres podrían estar jugando un papel en la regulación de sus comportamientos, convirtiendo a la familia en un dominio de regulación un poco más rígido que para los varones. O en otro sentido, el retraso de maternidad (o su renuncia) puede ser visto como los requerimientos institucionales para alcanzar una vida laboral y profesional como la de los varones.

Por otra parte, los varones estarían dilatando la formación familiar (mediante una autocoacción temporal) como forma de compensar el aumento de años de vida que les llevaría obtener un trabajo que les permita costear el proceso de emancipación del hogar y formación familiar propia en los contextos actuales. Las condiciones de las mujeres podrían estar imponiendo otros calendarios sociales porque, además de un proceso de individualización social más reciente en el tiempo histórico, tienen calendarios biológicos diferentes a los varones. Esto tiene dos salidas: 1) las que apuestan a una formación familiar que acompaña su ciclo reproductivo, “sacrifican” el trabajo, y 2) las que no resignan su vida laboral y recurren a una autocoacción temporal de la formación familiar, tal como lo hacen los varones, pero pueden enfrentar consecuencias distintas: no tener hijos o tener menos hijos de los deseados como resultado de iniciar su maternidad ya muy tarde respecto a su ciclo reproductivo.

Hay un problema de “timing”, un conflicto a la hora de lograr la sincronización entre tiempos sociales, familiares e individuales donde los límites biológicos de la vida reproductiva en la mujer jugarían su papel. Entonces, si bien existe una “elección” en términos de procesos de decisión individual también hay una regulación dada por las instituciones y también por factores biológicos. En este punto, sugerimos la conveniencia de explorar acerca de otras fuentes regulatorias de los comportamientos reproductivos, donde las desiguales condiciones biológicas entre mujeres y varones podrían estar incidiendo. ¿Es este tipo de condicionamientos una regulación externa? ¿Qué papel juega en las chances de vida individuales? Sería interesante indagar acerca de los costos (en magnitud pero sobre todo en consecuencias) que asumen mujeres y varones en procesos de autocoacción temporal de la formación familiar.

En relación a los tiempos sociales y el surgimiento de nuevas y más prolongadas etapas de vida en el curso de vida temprano, como la adolescencia y la juventud, se presenta una

disociación entre los tiempos sociales para la formación de individuos sociales y los ciclos biológicos reproductivos. Como una expresión más del proceso de diferenciación funcional de las sociedades contemporáneas, las mujeres ya no se enfrentarían en cada período menstrual, al deseo de ser o no ser madre. Pero así como la capacidad biológica de procrear aparece mucho antes de que algunas mujeres se hayan preguntado por sus deseos maternales, también la fertilidad femenina desaparece, a veces, mucho antes de tomar una decisión definitiva. Estos asuntos se manifiestan naturalizados en el proceso social, acorralados por problemas de decisión individual, acallando en el proceso de igualación de derechos y oportunidades entre mujeres y varones una fuente de desigualdad profunda: las decisiones que las mujeres toman de finalizar una relación a determinadas edades, de no unirse con una pareja en forma más definitiva, de apostar por un ascenso laboral, pueden convertirse en algo mucho más determinante y estructuralmente irreversible, que decisiones de la misma naturaleza en sus contrapartes varones.

Integrar el calendario biológico a los procesos de regulación de los comportamientos reproductivos, permite abrir un abanico de nuevas preguntas de investigación en relación al conflicto entre las regulaciones biológicas y las institucionales en las sociedades contemporáneas. La biología y la configuración social contemporánea imponen sus límites y se manifiestan muchas veces en conflicto. Ante esto: ¿qué papel juegan las políticas de integración social de los cursos de vida para promover el encuentro entre los tiempos reproductivos, laborales, profesionales y familiares?

Relación entre individuo y sociedad

Propuesta figuracional

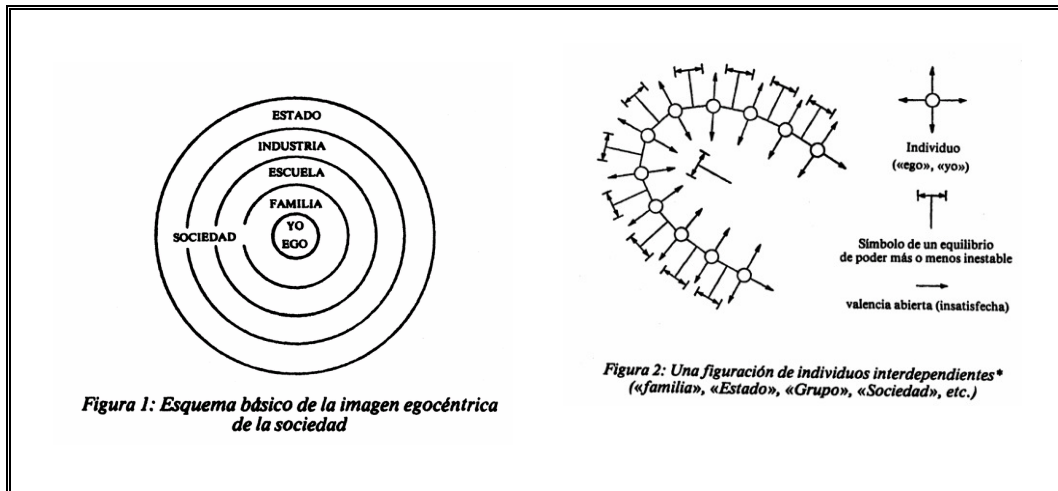
La *figuración* aparece como una forma que alude al sentido recíproco de las interacciones entre individuos y los diferentes grupos sociales que no puede arrojar fronteras entre lo social o lo individual. Lo que se entiende por *figuración* es, básicamente, un conjunto de situaciones con múltiples vínculos entre sujetos, donde su espacio de pertenencia produce un efecto sobre ellos. Este sistema de interdependencias supone un modelo cambiante que constituyen tanto las partes como la totalidad, donde los sujetos intervinientes se hallan involucrados en toda su persona, en todo su hacer, tanto en su vínculo social con los otros como en su relación física con las cosas y el espacio. Las figuraciones emergen de las interacciones entre individuos, y las relaciones sociales que se dan en ellas representan las tensiones entre las diferentes posiciones de los individuos o grupos. De esta manera, las figuraciones son tejidos de tensiones, la interdependencia es una premisa para la constitución de una figuración específica, entendiendo por esta última tanto su condición de aliados como de adversarios. El modelo de las figuraciones no supone necesariamente, como precondition, que las interdependencias entre las partes se apoyen únicamente en un orden o en un consenso que pueda colaborar con su sostenimiento.

Por el contrario, Elias afirmó que en el proceso de figuración existe un equilibrio fluctuante en la tensión, una oscilación permanente de un balance de poder, que en ciertas oportunidades se inclina para un lado, y en otras para otro. Así, colocando al poder como característica principal de los entramados, el modelo le permite analizar interdependencias que también se cimientan en vínculos de hostilidad o de conflicto. Con ello, rescata la dimensión procesual y dinámica del análisis en un doble sentido: por un lado, pone de relieve el carácter relacional con que se integran las partes constitutivas, por el otro, evita los cortes por discontinuidad que suponen alternativamente los términos opuestos de “orden” y “conflicto”.

De esta manera, se conciben figuraciones tan complejas como los Estado-nación hasta las familias. Pero la familia como figuración no es el entorno, por ejemplo, del niño, sino que es una familia tal porque contamos a ese niño en interrelación, dependencia y tensión. En los siguientes esquemas que estableció Elias (ver Figura A.I.1) se reflejan dos formas conceptuales de concebir la realidad social, los procesos de diferenciación e integración y la relación entre individuo y sociedad.

En un modelo de círculos concéntricos institucionales con individuos e instituciones que están conformados de una vez y para siempre la perspectiva teórica de curso de vida se desvanece. En vez de reducir el comportamiento social a la toma de decisiones individual, es necesario que los científicos sociales estudien las coacciones relacionales dentro de las que se produce la acción individual (Tilly, 2000). Por eso partimos de un abordaje teórico y metodológico figuracional donde: “aquello que llamamos sociedad no es una abstracción de las peculiaridades de unos individuos sin sociedad, ni un sistema ni una totalidad mas allá de los individuos, sino que es más bien el mismo entramado de interdependencias constituido por los individuos” (Elias, 2009).

FIGURA A.I.1
ESQUEMAS EGOCENTRICOS Y ESQUEMAS A PARTIR DE FIGURACIONES



FUENTE: Elias, Norbert (2006). “Sociología fundamental”, Editorial Gedisa, Barcelona.

Si partimos de un principio de vidas ligadas entre sí no es pertinente que tengamos una concepción de un yo-ego que emergiera de la idea de *homo clausus* (Elias, 2009); dicha premisa nos habla de individuos que forman y se conforman en figuraciones –que dan cuenta de los múltiples niveles de la cadena de interdependencias en las que vive, y de la que emerge, su posición en el entramado de distribución de poder. Asimismo, como las figuraciones son estructuras cambiantes los individuos que se constituyen en dichos entramados se desarrollaran a lo largo de toda su vida en esa relación entre estructura y agencia.

ANEXO CAPÍTULO III

Área geográfica y su delimitación

CUADRO A.III.1

LOCALIDADES QUE COMPONENE CADA UNA DE LAS ÁREAS DE EL GRAN MONTEVIDEO (MONTEVIDEO Y SU ÁREA METROPOLITANA)

Montevideo	Ciudad de la Costa	Periferia Canelones	Ciudad del Plata
Abayubá	Paso de Carrasco	Las Piedras	Delta del Tigre y Villas
Santiago Vázquez	San José de Carrasco	La Paz	Santa Mónica
Pajas Blancas	Barra de Carrasco	Pando	Playa Pascual
Mdeo. Rural	Parque Carrasco	Progreso	Safici (Parque Postel)
	Solymar	Juan Antonio Artigas	Monte Grande
	El Pinar	Fracc. Cno. Maldonado	Cerámicas del Sur
	Lagomar	Colonia Nicolich	
	Shangrilá	Joaquín Suárez	
	El Bosque	Villa Crespo y San Andrés	
	Lomas de Solymar	Fracc. Cno.del Andaluz y R.84	
	Colinas de Solymar	Toledo	
		Fracc. sobre R.74	
		Aerop. Internac.de Carrasco	
		Villa Aeroparque	
		Barrio Cópola	
		Costa y Guillamón	
		Olmos	
		Parada Cabrera	
		Villa Felicidad	
		Villa Paz S.A.	
		Villa San José	
		Viejo Molino - San Bernardo	
		Estanque de Pando	
		Jardines de Pando	
		Fracc. Progreso	
		Instituto Adventista	
		Barrio La Lucha	
		Seis Hermanos	
		Villa Porvenir	
		Villa El Tato	

FUENTE: elaboración propia.

CUADRO A.III.2
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACIÓN ENTRE LAS ÁREAS DEL GRAN MONTEVIDEO EN EL CENSO DE 1985, CENSO DE 1996 Y ENHA 2006

	1985	1996	2006
Montevideo	85.5	82.0	79.4
Ciudad de la Costa	3.0	4.8	5.5
Periferia Canelones	10.6	11.9	13.5
Ciudad del Plata	.9	1.3	1.6
Total	100.0	100.0	100.0

FUENTE: elaboración propia.

Construcción de variables

1. Estatus Sociodemográficos

Estatus residencial

Para construir la variable que nos informara del estatus residencial de ego partimos de las preguntas en el censo y encuesta donde se indagaba por la relación del encuestado con el jefe de hogar. En todos los casos se preguntaba: “¿qué relación o parentesco tiene con el jefe o jefa del hogar?”. En este caso recodificamos la variable a modo de informarnos sobre su residencia con los padres dando valor 1 cuando era hijo o hija del jefe/a o cónyuge del jefe/a.

CUADRO A.III.3
RECODIFICACIÓN DE LA VARIABLE PARENTESCO

Pregunta de Parentesco		Estatus residencial	
Categoría	Código	Categoría	Código
Jefe	0	No reside	0
Cónyuge	1	No reside	0
Hijo	2	Reside	1
Yerno o nuera	3	No reside	0
Padres o suegros	4	No reside	0
Otros parientes	5	No reside	0
Servicio doméstico	6	No reside	0
Otros no parientes	7	No reside	0
Reside en hogar colectivo	8	No reside	0

FUENTE: elaboración propia.

Estatus estudiantil

Para construir la variable que nos informara del estatus estudiantil recurrimos a la pregunta que indaga por su condición de estudiante al momento de la encuesta. En todos los casos se preguntaba: “¿Asiste o asistió a algún establecimiento de enseñanza regular? En este caso recodificamos la variable a modo de informarnos sobre su asistencia a estudiar dando valor 1 en tal caso.

CUADRO A.III.4
RECODIFICACIÓN DE LA VARIABLE ASISTENCIA A ESTUDIAR

Pregunta de Parentesco		Estatus residencial	
Categoría	Código	Categoría	Código
Asiste	1	Estudia	1
No asiste pero asistió	2	No estudia	0
Nunca asistió	0	No estudia	0

FUENTE: elaboración propia.

Estatus marital

Para construir la variable que nos informara del estatus marital recurrimos a la pregunta que indaga por su estado civil o conyugal. En todos los casos se preguntaba: “¿Cuál es de hecho su estado conyugal actual?” En este caso recodificamos la variable a modo de informarnos sobre si había estado alguna vez unido dando valor 1 en tal caso.

CUADRO A.III.5
RECODIFICACIÓN DE LA VARIABLE ESTADO CONYUGAL

Pregunta de Parentesco		Estatus residencial	
Categoría	Código	Categoría	Código
Casado	3	Alguna vez unido	1
Unión libre	4	Alguna vez unido	1
Viudo	5	Alguna vez unido	1
Divorciado	6	Alguna vez unido	1
Separado	7	Alguna vez unido	1
Soltero	8	Nunca unido	0

FUENTE: elaboración propia.

Estatus parental

Para construir la variable que nos informara de la maternidad en la mujer recurrimos a la pregunta que indaga por el número de hijos vivos. En todos los casos se preguntaba: “¿Cuánto hijos nacidos vivos ha tenido?” En este caso recodificamos la variable a modo de informarnos de su que ha sido madre al menos de un hijo nacido vivo dando valor 1 en tal caso.

CUADRO A.III.6
RECODIFICACIÓN DE LA VARIABLE NÚMERO DE HIJOS

Pregunta de Parentesco		Estatus residencial	
Categoría	Código	Categoría	Código
Indica número específico de hijos que ha tenido	1 a --	Madre de al menos un hijo	1
Ninguno	0	No ha sido madre aún	0

FUENTE: elaboración propia.

Estatus laboral

Para construir la variable que nos informara de la condición laboral recurrimos a la pregunta que indaga por la actividad que ha realizado en la última semana en todos los casos: “De los siguientes tipos de actividad, ¿cuál desempeñó la semana pasada?” Igualmente nos apoyamos en otras preguntas que siguen a esta que indagan por su condición de desempleado o licencia por enfermedad y en el caso del censo del 1996 teníamos la pregunta específica si alguna vez había trabajado. En este sentido codificamos la variable en las tres bases de datos de forma de poder dar estatus de trabajador si la persona se encontraba trabajando en ese momento o estaba desempleado pero había trabajado alguna vez. Esto lo hicimos para no sesgar nuestra medida de transición al trabajo por los desiguales niveles de desempleo entre los tres períodos trabajados.

2. Estratos sociales

Para construir la variable de estratos residenciales debimos proceder en diferentes pasos. Primeramente trabajamos en definir la extensión y delimitación de zonas residenciales. Con esta variable que denominamos como “zona” pasamos a trabajar en la agregación de variables que nos dieran cuenta de las distintas dimensiones a considerar en la estratificación residencial para poder realizar el análisis factorial por componentes principales. Así cada zona pasó a pertenecer a un estrato residencial específico que fue adjudicado a cada uno de los individuos que integraban nuestra población: mujeres y varones de 6 a 45 años de edad residentes en Montevideo y su área metropolitana en 1985 y 2006.

Zonas

La delimitación de las zonas supuso definir la unidad de análisis sobre la que podíamos agregar la información de las viviendas, hogares e individuos de la zona que consideráramos relevantes para realizar nuestro análisis factorial. Para tal tarea partimos de una primera unidad de registro que eran las 25 secciones censales. En los registros censales y las encuestas geográficas del país se cuenta con tres unidades de agrupamiento geográfico: secciones censales, segmentos censales y manzanas. De esta forma, para cada hogar se cuenta con la información de sección, segmento y manzana a la que pertenece. Partimos de la base de la unidad geográfica mayor: secciones censales. A partir de un análisis realizado por la Intendencia Municipal de Montevideo (IMM) para 1996 teníamos conocimiento que algunas de estas secciones eran muy heterogéneas a su interior. Así, la IMM en 1996 realizó un trabajo de estratificación a nivel de segmentos. Este trabajo fue el que tomamos de base para identificar las secciones más heterogéneas y poder

subdividir las a partir de la clasificación por estratos a nivel de segmentos censales que la IMM había realizado⁶¹. En tal caso obtuvimos 44 unidades geográficas para 1985 y 2006 sobre las cuales podíamos agregar la información de las variables de nuestras dimensiones de interés.

Dimensiones a considerar en la estratificación

De esta forma integramos indicadores de la zona que nos permitieran dar cuenta de cuatro dimensiones: características de las viviendas de la zona (elementos de construcción de paredes, pisos y techos, así como hacinamiento), el acceso a los servicios que tenían las viviendas de la zona (agua, luz, saneamiento, etc.), equipamientos de los hogares de la zona (electrodomésticos y bienes de confort) y el clima educativo de la zona (niveles educativos alcanzados por sus habitantes). Se integraron el máximo de preguntas que teníamos en los cuestionarios que nos permitieran conocer aspectos de estas dimensiones, pero sólo resultaron tener variabilidad alguna de ellas y fueron las que definitivamente integramos a los análisis factorial por componente principales.

Respecto a las características de la vivienda se consideraron un conjunto de preguntas que no arrojaron varianza al momento del análisis descriptivo, como por ejemplo materiales de piso y paredes. Así solo mostró varianza los materiales de los techos de las viviendas y esa fue la que elegimos mantener para dar cuenta de una estructura básica de la construcción de la vivienda. La trabajamos como variable dicotómica con valor 1 cuando eran materiales pesados (planchada de hormigón con protección, tejas u otros, o planchada de hormigón sin protección) y valor 0 cuando eran materiales livianos (liviano con cielorraso, liviano sin cielorraso, quincha o materiales de desecho).

Asimismo, para dar cuenta de la vivienda construimos la variable hacinamientos como la razón entre habitaciones para dormir sobre el total de personas que vivían en el hogar. Trabajamos la variable como dicotómica, donde tomaba valor 1 cuando tenía “alto nivel de hacinamiento” definida como aquellas viviendas que tenían más de dos personas por dormitorio.

Respecto a los bienes de equipamiento del hogar debimos tomar una decisión en relación a las diferencias existentes en los cuestionarios entre 1985 y 2006. Para el censo de 1985 se indagaban en menos bienes de consumo que los que existían en la encuesta de hogares ampliada del 2006. Un ejemplo claro de ello es la televisión color, computadoras e internet que eran prácticamente inexistentes para el caso de Uruguay en 1985. En este sentido, nuestro criterio para integrar nuevos bienes de consumo al equipamiento del hogar en el 2006 en relación a 1985

⁶¹ Pudimos habernos quedado con la clasificación por estratos que la IMM otorgó a cada segmento censal pero preferimos usar esta información solo para subdividir las secciones censales ya que era unidades geográficas muy heterogéneas. De haber elegido esta estratificación que la IMM realizó en 1996 habríamos tenido una medida de estratos igual y estática en el tiempo que habríamos aplicado hacia atrás y adelante (1985 y 2006). Preferimos tomar esto sólo como elemento informante para alcanzar más unidades de análisis geográficas a partir de las secciones censales sobre las cuales poder nosotros construir con la información cambiante de los hogares para 1985 y 2006 de esas zonas medidas para nuestras dimensiones sobre las cuales realizar una estratificación a partir de los terciles del factor obtenido en nuestro análisis de componentes principales. Esto nos permitió captar las desigualdades en condiciones de vida que pudieran existir entre dos individuos que vivieron en un mismo barrio en los dos períodos de tiempo (1985 y 2006). Asimismo, obtuvimos una medida de estrato residencial para las zonas de área metropolitana que no estaban incluidas en esa estratificación que realizó la IMM en 1996 que solo consideraba Montevideo sin su área metropolitana.

lo realizamos en apoyo al concepto que queríamos medir con estos aspectos de equipamiento del hogar. No era importante si un hogar tiene o no un televisor blanco y negro o teléfono en 1985 en forma específica, sino si tiene mayoritariamente los aspectos que se consideraba en su momento como elementos de bienestar y confort. Lo que para 1985 era un hogar muy bien equipado con televisor blanco y negro y teléfono eso lo representa ya en el 2006 la presencia de televisor color, en vez de blanco y negro (todos ya tienen tv en sus casas), así como todos tienen teléfono. Pero pasa a ser un bien de mayor confort (e incluso capital cultural) la presencia de computadoras e internet en el hogar.

El clima educativo de la zona lo calculamos como el promedio de personas entre 25 y 59 años que habitaban en el área delimitada y habían alcanzado más de 12 años de educación formal.

En el cuadro A.III.7 podemos observar las variables definitivas de cada dimensión que se integraron al análisis factorial.

CUADRO A.III.7
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LA POBLACIÓN ENTRE LAS ÁREAS DEL GRAN MONTEVIDEO EN EL CENSO DE 1985, CENSO DE 1996 Y ENHA 2006

Dimensiones integradas	Indicadores seleccionados
Características de las viviendas de la zona	Proporción de hogares con techo de materiales pesados Proporción de hogares con alto nivel de hacinamiento en los hogares de esa zona (más de dos por dormitorio)
Acceso a los servicios de las viviendas de la zona	Proporción de hogares que tienen servicio de UTE (luz) y paga por él Proporción de hogares que tienen servicio higiénico con descarga Proporción de hogares con evacuación a red general
Equipamiento de los hogares de la zona	Proporción de hogares con calentador de agua eléctrico Proporción de hogares con refrigerador Proporción de hogares con freezer Proporción de hogares con tv color Proporción de hogares con teléfono proporción de hogares con cable proporción de hogares con DVD proporción de hogares con lavarropas proporción de hogares con secarropa proporción de hogares con lavavajilla proporción de hogares con micro proporción de hogares con PC proporción de hogares con internet Valor medio de autos por hogar de la zona
Clima educativo de la zona	Proporción de personas entre 25 y 59 años que tienen más de 12 años de estudio en esa zona

FUENTE: elaboración propia.

Análisis factorial por componente principales

Tanto con el censo de 1985 como con la encuesta de hogares del 2006 se realizó un análisis por componentes principales y se obtuvieron dos factores: uno que refería a las características de la vivienda de la zona y acceso a los servicios básicos y otro que correspondía a la presencia de elementos de bienes de consumo y confort (como vehículo). Ambos tenían un componente alto de la variable que mide el clima educativo de la zona (personas entre 25 y 59 años con más de 12 años y más de estudio). Procedimos en ambos períodos a unificar los dos factores en uno solo a través de la creación de un índice compuesto y ponderado por los pesos factoriales.⁶² Con este índice compuesto alcanzamos los tres grupos o estratos residenciales a través de la distribución por terciles. A continuación podemos ver las principales salidas arrojadas por el programa estadístico de SPSS en de dicho análisis.

	1985		2006	
	Communalities		Communalities	
	Initial	Extraction	Initial	Extraction
Proporción de hogares con techo de materiales pesados	1.000	0.755	1.000	0.893
Proporción de hogares con alto nivel de hacinamiento en los hogares de esa zona	1.000	0.963	1.000	0.962
Proporción de hogares que tienen servicio de UTE (luz) y paga por él	1.000	0.898	1.000	0.745
Proporción de hogares que tienen servicio higiénico con descarga	1.000	0.965	1.000	0.928
Proporción de hogares con evacuación a red general	1.000	0.846	1.000	0.815
Proporción de hogares con calentador de agua eléctrico	1.000	0.966	1.000	0.962
Proporción de hogares con refrigerador	1.000	0.774		
Proporción de hogares con freezer	1.000	0.962		
Proporción de hogares con tv color	1.000	0.984		
Proporción de hogares con teléfono	1.000	0.928		
proporción de hogares con cable			1.000	0.949
proporción de hogares con DVD			1.000	0.916
proporción de hogares con lavarropa			1.000	0.767
proporción de hogares con secarropa			1.000	0.946
proporción de hogares con lavavajilla			1.000	0.937
proporción de hogares con micro			1.000	0.964
proporción de hogares con PC			1.000	0.966
proporción de hogares con internet			1.000	0.952
Valor medio de autos por hogar de la zona	1.000	0.936	1.000	0.936
Proporción de personas entre 25 y 59 años que tienen más de 12 años de estudio en esa zona	1.000	0.903	1.000	0.904

FUENTE: elaboración propia a partir del análisis factorial por componentes principales.

⁶² Donde, $\text{Factor3} = (\text{factor1} * \text{raíz característica factor1}) + \text{factor2} * \text{raíz característica factor2}) / (\text{raíz característica del factor1} + \text{raíz característica del factor2})$.

Total Variance Explained 1985						
Component	Initial Eigenvalues			Extraction Sums of Squared Loadings		
	Total	% of Variance	Cumulative %	Total	% of Variance	Cumulative %
1	9.603	80.021	80.021	9.603	80.021	80.021
2	1.279	10.656	90.677	1.279	10.656	90.677
3	0.655	5.455	96.133			
4	0.186	1.550	97.682			
5	0.092	0.769	98.451			
6	0.084	0.696	99.147			
7	0.038	0.315	99.462			
8	0.024	0.200	99.661			
9	0.022	0.185	99.847			
10	0.012	0.103	99.949			
11	0.004	0.036	99.985			
12	0.002	0.015	100.000			

FUENTE: elaboración propia a partir del análisis factorial pro componentes principales.

Total Variance Explained 2006						
Component	Initial Eigenvalues			Extraction Sums of Squared Loadings		
	Total	% of Variance	Cumulative %	Total	% of Variance	Cumulative %
1	12.885	80.530	80.530	12.885	80.530	80.530
2	1.657	10.359	90.889	1.657	10.359	90.889
3	0.512	3.201	94.090			
4	0.354	2.215	96.304			
5	0.183	1.145	97.449			
6	0.100	0.626	98.076			
7	0.068	0.422	98.497			
8	0.052	0.322	98.820			
9	0.048	0.299	99.118			
10	0.039	0.242	99.360			
11	0.033	0.203	99.564			
12	0.028	0.172	99.736			
13	0.015	0.097	99.833			
14	0.014	0.084	99.917			
15	0.009	0.054	99.971			
16	0.005	0.029	100.000			

FUENTE: elaboración propia a partir del análisis factorial pro componentes principales.

Rotated Component Matrix(a) 1985

	Component	
	1	2
proporción de hogares con techo de materiales pesados	0.770	0.403
proporción de hogares con alto nivel de hacinamiento en los hogares de esa zona	-0.809	-0.555
proporción de hogares que tienen servicio de UTE	0.910	0.264
proporción de hogares que tienen servicio higiénico con descarga	0.939	0.288
proporción de hogares con evacuación a red general	0.901	0.186
valor medio de autos por hogar de la zona	0.228	0.940
proporción de hogares con calefon eléctrico	0.862	0.473
proporción de hogares con refri	0.708	0.523
proporción de hogares con freezer	0.242	0.951
proporción de hogares con tv color	0.632	0.764
proporción de hogares con telefono	0.708	0.653
Proporción de personas entre 25 y 59 años que tienen más de 12 años de estudio en esa zona	0.612	0.727

Extraction Method: Principal Component Analysis.

Rotation Method: Varimax with Kaiser Normalization.

a. Rotation converged in 3 iterations.

Component Transformation Matrix

Component	1	2
1	0.784	0.620
2	-0.620	0.784

Extraction Method: Principal Component Analysis.

Rotation Method: Varimax with Kaiser Normalization.

FUENTE: elaboración propia a partir del análisis factorial por componentes principales.

Rotated Component Matrix(a) 2006

	Component	
	1	2
proporción de hogares con techo de materiales pesados	0.394	0.859
proporción de hogares con alto nivel de hacinamiento en los hogares de esa zona	-0.513	-0.836
proporción de hogares que tienen servicio de UTE y paga por él	0.352	0.788
proporción de hogares que tienen servicio higiénico con descarga	0.369	0.890
proporción de hogares con evacuación a red general	0.096	0.898
proporción de hogares con calefon eléctrico	0.427	0.883
proporción de hogares con cable	0.773	0.593
proporción de hogares con DVD	0.796	0.531
proporción de hogares con lavarropa	0.725	0.491
proporción de hogares con secarropa	0.855	0.463
proporción de hogares con lavavajilla	0.947	0.202
proporción de hogares con micro	0.689	0.700
proporción de hogares con PC	0.731	0.658
proporción de hogares con internet	0.783	0.583
valor medio de autos por hogar de la zona	0.962	0.100
Proporción de personas entre 25 y 59 años que tienen más de 12 años de estudio	0.754	0.579

Extraction Method: Principal Component Analysis.

Rotation Method: Varimax with Kaiser Normalization.

a. Rotation converged in 3 iterations.

Component Transformation Matrix

Component	1	2
1	0.713	0.701
2	0.701	-0.713

Extraction Method: Principal Component Analysis.

Rotation Method: Varimax with Kaiser Normalization.

FUENTE: elaboración propia a partir del análisis factorial por componentes principales.

CUADRO A.III.8
COMPOSICIÓN BARRIAL DE LOS ESTRATOS SOCIALES PARA 1985 Y 2006

	1985	2006
Estrato Bajo	Cuidad del Plata Cerro Manga, Casavalle, Villa Española, Toledo, Piedras Blancas Manga, Piedras Blancas, maroñas Villa García, Villa Española, Maroñas, Bañados de Carrasco, Pque. Guaraní Periferia Canelones Lezica, Melilla, colon Paso de la Arena, Nuevo Paris, Tres Ombues Peñarol, Sayago, Conciliación Ciudad de la Costa Punta Gorda Carrasco	Ciudad Vieja Brazo Oriental, Cerrito y Villa Española Ciudad Vieja La Teja, Belvedere, Nuevo Paris, Prado y Aires Puros Manga, Casavalle, Villa Española, Toledo, Piedras Blancas Brazo Oriental, Cerrito y Villa Española Manga, Piedras Blancas, maroñas Villa García, Villa Española, Peñarol, Sayago, Conciliación Peñarol, Sayago, Conciliación Manga, Casavalle, Villa Española, Toledo, Piedras Blancas Cerro
Estrato Medio	Manga, Casavalle, Villa Española, Toledo, Piedras Blancas Maroñas, Bañados de Carrasco, Pque. Guaraní Manga, Piedras Blancas, maroñas Villa García, Villa Española, La Teja, Belvedere, Nuevo Paris, Prado y Aires Puros Union Peñarol, Sayago, Conciliación Cerro Brazo Oriental, Cerrito y Villa Española Lezica, Melilla, colon Parque Rodo, Pque. Batlle, Punta Carretas, Pocitos Lezica, Melilla, colon Buceo Brazo Oriental, Cerrito y Villa Española Prado, Nueva Savona Manga, Casavalle, Villa Española, Toledo, Piedras Blancas La Teja, Belvedere, Nuevo Paris, Prado y Aires Puros	Maroñas, Bañados de Carrasco, Pque. Guaraní Maroñas, Bañados de Carrasco, Pque. Guaraní Paso de la Arena, Nuevo Paris, Tres Ombues Manga, Piedras Blancas, maroñas Villa García, Villa Española, Villa Muñoz, Retiro, La Comercial La Teja, Belvedere, Nuevo Paris, Prado y Aires Puros Cerro Manga, Casavalle, Villa Española, Toledo, Piedras Blancas Periferia Canelones Aguada Lezica, Melilla, colon Palermo Cordón Centro y barrio sur CV, centro y barrio sur Malvin Buceo Ciudad Vieja y centro
Estrato Alto	Peñarol, Sayago, Conciliación Ciudad Vieja y centro Ciudad Vieja Capurro, Bella Vista Malvin Buceo Brazo Oriental, Cerrito y Villa Española Centro Pocitos, Parque Batlle Tres Cruces, La Blanqueada Palermo Cordón Centro y barrio sur CV, centro y barrio sur Ciudad Vieja Aguada Atahualpa, Brazo Oriental, Jacinto Vera, La figurita, Reducto Cordon. Palermo, Parque Rodo Villa Muñoz, Retiro, La Comercial	Ciudad del Plata Lezica, Melilla, colon Brazo Oriental, Cerrito y Villa Española Peñarol, Sayago, Conciliación Lezica, Melilla, colon Cordon. Palermo, Parque Rodo Capurro, Bella Vista Atahualpa, Brazo Oriental, Jacinto Vera, La figurita, Reducto Tres Cruces, La Blanqueada Union Centro Pocitos, Parque Batlle Ciudad de la Costa Buceo Prado, Nueva Savona Parque Rodo, Pque. Batlle, Punta Carretas, Pocitos Punta Gorda Carrasco

FUENTE: elaboración propia.

ANEXO CAPÍTULO IV

CUADRO A.IV. 1
PREVALENCIAS DE CADA ESTATUS A EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA MUJERES Y HOMBRES DE COHORTE SINTÉTICA 1985

Edad	NO RESIDE CON LOS PADRES		NO ASISTE A ESCUELA		ALGUNA VEZ UNIDO		TIENE HIJOS		TRABAJA	
	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón
6	15.3	14.4	17.1	17.1	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
7	14.6	13.7	2.8	3.1	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
8	13.9	14.0	2.6	2.8	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
9	13.2	13.2	2.5	2.7	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
10	13.3	12.3	2.8	3.0	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
11	12.9	12.3	3.2	3.3	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
12	12.6	11.6	3.5	3.5	0.1	0.1	0.0		0.5	1.3
13	12.5	12.3	7.8	7.5	0.2	0.1	0.0		1.0	3.4
14	14.0	11.8	15.1	15.9	0.6	0.3	0.0		2.8	8.1
15	15.4	12.7	24.1	27.2	1.6	0.3	1.1		6.6	16.9
16	17.8	13.2	32.1	36.5	4.0	0.5	2.7		12.6	27.5
17	22.4	14.4	40.1	45.6	8.5	1.1	6.3		18.5	39.0
18	29.2	18.7	50.0	55.8	13.8	2.8	10.2		27.7	51.4
19	36.7	23.6	57.5	62.6	20.5	6.0	15.5		35.9	64.7
20	42.5	30.2	65.6	69.7	29.1	11.5	22.9		43.0	73.4
21	48.2	34.4	69.8	72.9	36.0	17.6	27.6		49.2	79.1
22	53.5	40.8	75.0	77.1	45.2	26.1	34.2		54.4	84.2
23	60.2	48.9	79.0	79.6	53.1	36.0	41.3		57.6	88.0
24	63.7	54.6	81.8	81.9	59.3	43.9	46.1		60.4	90.3
25	68.2	61.9	85.4	85.2	65.8	53.7	52.4		61.4	93.3
26	73.0	67.1	87.5	87.9	72.1	61.4	59.2		61.5	94.9
27	75.8	72.9	90.1	89.7	75.5	67.6	64.1		61.7	95.6
28	78.8	77.1	92.0	91.2	78.4	73.7	69.0		62.1	96.8
29	80.9	80.3	93.1	92.9	81.4	78.0	73.2		60.8	97.3
30	82.8	82.2	94.8	94.2	82.8	80.1	75.5		60.2	97.4
31	83.7	84.8	95.3	95.4	84.8	83.3	78.0		60.5	97.8
32	84.8	86.4	96.2	96.2	85.5	84.6	79.7		59.4	97.9
33	86.4	87.5	96.8	96.5	86.7	85.9	82.3		57.6	97.7
34	87.3	88.6	97.5	97.1	87.4	87.7	82.9		59.9	97.5
35	87.9	89.5	97.7	97.5	87.7	87.6	83.6		59.0	97.8
36	88.6	90.9	97.9	98.1	88.9	88.8	84.7		59.0	97.8
37	89.2	91.4	98.0	97.9	89.1	89.5	85.3		59.1	97.6
38	90.6	92.2	98.4	98.2	89.4	89.6	85.5		57.5	97.9
39	90.9	92.5	98.5	98.2	89.0	90.4	85.0		59.7	97.5
40	91.3	93.9	98.8	98.6	89.6	90.5	85.5		58.4	97.4
41	92.2	93.8	98.9	99.0	90.3	90.5	86.4		58.0	97.1
42	92.4	94.4	98.7	99.1	90.4	90.6	85.8		57.2	97.1
43	93.3	94.6	98.8	99.0	90.8	90.8	86.6		57.0	96.8
44	93.6	95.0	99.1	99.1	90.7	90.9	85.9		55.9	96.4
45	94.4	95.1	99.0	99.3	90.9	90.7	85.4		56.2	96.2

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales.

CUADRO A.IV. 2
PREVALENCIAS DE CADA ESTATUS A EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA MUJERES Y HOMBRES DE COHORTE SINTÉTICA
1996

Edad	NO RESIDE CON LOS PADRES		NO ASISTE A ESCUELA		ALGUNA VEZ UNIDO		TIENE HIJOS		TRABAJA	
	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón
6	15.6	15.0	16.5	17.2	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
7	14.7	14.3	5.9	6.0	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
8	13.7	13.7	3.9	4.6	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
9	13.9	12.7	3.3	4.1	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
10	12.3	12.8	3.0	3.6	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
11	12.9	12.7	10.7	11.2	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
12	12.5	12.2	14.8	13.5	1.0	1.0	0.0		1.9	2.6
13	13.9	12.6	13.3	13.7	1.0	0.6	0.0		3.0	4.8
14	15.0	13.3	25.1	29.2	1.2	0.7	0.0		4.6	10.5
15	14.8	13.8	44.8	45.0	2.3	0.7	4.0		8.2	18.8
16	17.9	16.0	36.1	44.4	4.8	1.1	6.5		14.9	28.7
17	21.9	17.2	35.9	46.5	9.4	2.0	10.8		22.7	42.1
18	31.2	24.8	44.2	55.5	13.5	4.3	14.0		35.6	56.7
19	36.6	29.8	48.2	58.2	19.0	8.0	18.5		46.9	67.2
20	42.0	34.9	54.4	64.3	24.7	13.2	23.4		55.7	75.3
21	46.3	39.2	58.2	67.6	30.6	18.6	27.0		61.0	80.0
22	51.1	42.9	61.3	69.4	37.2	24.4	32.0		65.4	83.4
23	55.5	48.3	64.3	71.3	43.3	30.3	35.6		68.2	86.9
24	59.6	54.1	67.9	74.2	49.9	37.8	39.9		69.7	89.0
25	64.6	57.3	71.4	79.0	57.1	44.8	45.6		70.6	90.6
26	68.6	63.1	76.3	81.8	63.1	52.7	50.9		71.6	92.4
27	72.5	67.1	80.1	83.9	68.8	57.7	55.3		71.7	93.9
28	76.1	71.5	83.2	85.0	73.6	63.5	61.0		71.9	93.6
29	78.8	75.5	85.2	86.4	76.7	69.8	65.0		72.4	94.2
30	80.3	78.2	88.9	90.1	80.0	72.9	71.6		71.4	94.7
31	83.1	81.0	89.6	90.3	82.7	77.8	75.5		71.8	95.2
32	84.2	82.7	91.2	91.9	84.2	79.8	78.3		72.1	95.1
33	84.7	85.6	91.5	92.3	85.5	83.1	80.4		72.2	95.3
34	85.7	86.8	92.3	93.0	86.8	85.0	82.9		73.1	95.7
35	86.1	87.8	92.4	93.1	86.8	85.3	83.4		73.5	95.2
36	88.0	89.0	93.8	94.8	88.1	86.9	85.1		73.0	95.9
37	88.8	89.8	94.1	94.8	88.7	88.5	86.2		73.2	95.3
38	89.4	90.4	94.6	95.3	89.1	89.2	87.2		74.0	95.3
39	90.2	91.0	94.8	95.4	89.9	89.6	88.3		73.5	94.9
40	90.3	91.4	95.1	95.5	89.8	89.8	87.3		72.6	95.3
41	91.0	92.4	95.5	95.7	90.2	91.4	87.8		72.8	95.3
42	90.7	92.7	95.6	96.8	90.3	90.9	87.4		73.3	94.7
43	92.2	92.7	95.5	96.2	90.9	91.0	88.6		71.4	95.1
44	92.1	93.0	95.5	96.5	90.2	91.5	87.5		72.1	95.0
45	93.2	93.7	95.9	96.3	90.8	91.4	88.0		71.0	94.1

FUENTE: elaboración propia con microdatos censales.

CUADRO A.IV.3
PREVALENCIAS DE CADA ESTATUS A EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA MUJERES Y HOMBRES DE COHORTE SINTÉTICA
2006

Edad	NO RESIDE CON LOS PADRES		NO ASISTE A ESCUELA		ALGUNA VEZ UNIDO		TIENE HIJOS		TRABAJA	
	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón	Mujer	Varón
6	16.7	17.5	0.9	0.5	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
7	14.4	13.8	0.2	0.9	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
8	15.4	12.1	0.4	0.1	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
9	13.5	14.2	0.0	0.3	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
10	14.5	11.3	0.1	0.9	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
11	10.5	13.9	0.3	0.5	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
12	8.9	11.6	0.5	1.0	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
13	9.7	8.8	4.0	3.2	0.0	0.0	0.0		0.0	0.0
14	11.1	7.5	5.7	8.6	0.6	0.4	0.2		2.5	5.3
15	10.5	10.7	13.2	17.0	1.8	0.4	1.9		3.1	8.8
16	12.9	11.6	16.5	25.8	3.0	0.8	3.1		5.2	16.4
17	16.0	11.4	26.8	32.0	5.8	1.2	6.7		10.0	17.5
18	20.3	13.7	33.6	45.2	10.1	3.5	9.7		20.9	35.0
19	24.7	19.4	42.2	52.6	12.8	5.6	14.8		33.6	46.4
20	29.7	21.3	46.4	56.7	17.0	8.7	20.9		38.5	56.6
21	34.4	25.3	49.3	61.2	24.4	14.1	22.8		45.7	64.4
22	40.5	28.8	54.6	58.8	31.2	16.4	32.0		47.1	68.0
23	48.3	37.1	58.8	64.1	34.3	22.0	34.0		53.5	73.9
24	47.6	43.2	61.5	70.5	39.7	28.6	34.1		60.9	80.4
25	56.3	44.2	64.9	70.0	41.6	31.3	41.7		61.2	83.7
26	64.4	53.0	70.9	75.4	50.6	40.6	45.0		65.4	83.4
27	66.8	55.1	75.4	78.6	58.1	42.6	48.2		68.0	86.0
28	70.2	65.4	82.0	83.4	63.9	53.2	58.5		64.4	87.4
29	73.1	66.3	81.7	87.9	66.5	60.4	58.9		67.3	90.2
30	78.1	71.6	85.7	88.1	69.1	63.6	64.0		72.1	91.5
31	82.6	75.5	87.7	90.1	72.6	68.7	66.1		72.0	92.1
32	83.5	78.5	89.2	88.9	78.7	72.8	75.0		70.8	91.3
33	82.4	81.5	89.4	90.9	78.4	73.6	74.6		69.3	93.1
34	86.9	80.2	91.8	94.3	76.3	75.6	76.1		73.9	92.6
35	86.3	82.6	92.1	93.9	82.5	80.3	79.9		71.8	90.7
36	85.3	87.2	93.6	94.9	81.6	84.2	80.1		70.5	87.7
37	88.6	88.6	95.6	95.6	85.1	84.8	85.4		72.6	91.7
38	88.3	81.6	95.0	97.1	86.0	78.5	86.2		71.0	89.2
39	87.5	89.9	95.3	96.0	84.4	86.8	83.6		79.3	93.7
40	88.8	88.5	95.5	97.4	85.8	85.6	85.3		73.3	92.2
41	91.9	88.1	95.8	98.8	88.5	86.9	88.8		70.9	91.5
42	91.3	90.9	97.1	96.8	88.2	89.1	88.3		73.8	91.5
43	91.9	92.1	96.3	98.6	88.7	89.1	87.7		73.2	94.9
44	92.5	92.4	97.9	97.0	87.7	88.3	88.8		71.4	94.1
45	92.6	90.7	97.0	98.0	88.5	87.7	86.1		74.8	93.3

FUENTE: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada 2006.

ANEXO CAPÍTULO V

CUADRO A.V.1
INDICE DE ENTROPÍA Y PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA
MUJERES Y VARONES DE COHORTE SINTÉTICA 1985

Edad	Valor en el Índice		Porcentaje del Máximo de Entropía	
	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones
6	0.89	0.87	25.60	31.41
7	0.55	0.54	15.78	19.48
8	0.53	0.53	15.19	19.28
9	0.51	0.52	14.68	18.60
10	0.53	0.51	15.17	18.38
11	0.53	0.52	15.30	18.70
12	0.57	0.57	16.33	20.60
13	0.71	0.76	20.37	27.57
14	0.95	1.02	27.42	36.85
15	1.25	1.31	35.94	47.40
16	1.54	1.49	44.35	53.75
17	1.84	1.63	53.14	58.90
18	2.16	1.77	62.22	63.98
19	2.41	1.85	69.61	66.76
20	2.57	1.91	74.16	68.84
21	2.64	1.93	76.07	69.50
22	2.68	1.93	77.22	69.61
23	2.66	1.90	76.79	68.67
24	2.62	1.84	75.67	66.33
25	2.53	1.74	73.08	62.64
26	2.44	1.62	70.49	58.45
27	2.35	1.51	67.73	54.33
28	2.21	1.37	63.87	49.27
29	2.12	1.24	61.08	44.68
30	2.01	1.16	57.85	41.94
31	1.96	1.04	56.43	37.50
32	1.89	0.98	54.63	35.44
33	1.80	0.93	51.97	33.64
34	1.73	0.88	50.03	31.72
35	1.73	0.85	49.89	30.52
36	1.68	0.79	48.45	28.36
37	1.64	0.77	47.29	27.77
38	1.61	0.74	46.38	26.51
39	1.61	0.72	46.31	26.07
40	1.58	0.68	45.56	24.68
41	1.51	0.68	43.63	24.58
42	1.57	0.66	45.24	23.76
43	1.52	0.66	43.85	23.97
44	1.51	0.67	43.71	24.09
45	1.51	0.66	43.53	23.79

FUENTE: elaboración propia con datos censales.

CUADRO A.V.2
INDICE DE ENTROPÍA Y PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA
MUJERES Y VARONES DE COHORTE SINTÉTICA 1996

Edad	Valor en el Índice		Porcentaje del Máximo de Entropía	
	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones
6	0.88	0.88	25.51	31.86
7	0.64	0.64	18.59	23.02
8	0.57	0.59	16.36	21.18
9	0.55	0.55	15.92	19.83
10	0.51	0.54	14.73	19.37
11	0.73	0.73	21.00	26.42
12	0.93	0.94	26.91	33.73
13	0.97	0.99	27.91	35.77
14	1.21	1.34	35.01	48.43
15	1.61	1.58	46.50	57.03
16	1.83	1.72	52.71	62.03
17	2.08	1.83	60.00	66.10
18	2.44	2.00	70.34	71.99
19	2.64	2.06	76.27	74.41
20	2.75	2.10	79.28	75.78
21	2.78	2.11	80.18	76.19
22	2.80	2.11	80.89	76.18
23	2.81	2.09	80.95	75.40
24	2.78	2.06	80.32	74.20
25	2.76	1.99	79.71	71.69
26	2.67	1.89	76.94	68.00
27	2.58	1.79	74.57	64.42
28	2.46	1.72	71.05	62.07
29	2.36	1.61	68.06	58.05
30	2.24	1.49	64.70	53.70
31	2.11	1.37	60.83	49.51
32	2.03	1.31	58.67	47.16
33	1.97	1.22	56.81	43.82
34	1.88	1.13	54.30	40.86
35	1.85	1.13	53.45	40.91
36	1.77	1.03	50.97	37.10
37	1.71	1.01	49.41	36.29
38	1.67	0.96	48.10	34.68
39	1.62	0.95	46.68	34.15
40	1.64	0.93	47.24	33.59
41	1.60	0.87	46.17	31.37
42	1.61	0.86	46.38	31.00
43	1.57	0.86	45.28	31.19
44	1.59	0.84	45.81	30.47
45	1.55	0.87	44.72	31.22

FUENTE: elaboración propia con datos censales.

CUADRO A.V.3
INDICE DE ENTROPÍA Y PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA
MUJERES Y VARONES DE COHORTE SINTÉTICA 2006

Edad	Valor en el Índice		Porcentaje del Máximo de Entropía	
	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones
6	0.50	0.50	14.51	17.89
7	0.43	0.45	12.42	16.34
8	0.46	0.38	13.15	13.53
9	0.40	0.43	11.54	15.43
10	0.42	0.40	12.15	14.34
11	0.36	0.43	10.37	15.64
12	0.34	0.42	9.72	15.06
13	0.49	0.44	14.14	15.89
14	0.71	0.77	20.39	27.89
15	0.96	1.08	27.67	39.00
16	1.18	1.35	33.93	48.57
17	1.58	1.46	45.50	52.83
18	1.97	1.75	56.81	63.20
19	2.33	1.96	67.34	70.57
20	2.49	1.97	71.87	71.01
21	2.73	2.01	78.64	72.51
22	2.75	2.09	79.44	75.23
23	2.83	2.19	81.56	79.15
24	2.84	2.15	81.98	77.46
25	2.85	2.09	82.15	75.47
26	2.76	2.10	79.71	75.57
27	2.71	2.02	78.08	72.91
28	2.66	1.91	76.67	68.77
29	2.59	1.65	74.82	59.60
30	2.52	1.69	72.64	60.94
31	2.31	1.48	66.56	53.23
32	2.16	1.46	62.28	52.77
33	2.19	1.40	63.25	50.35
34	2.11	1.32	60.83	47.77
35	1.95	1.26	56.35	45.58
36	1.96	1.20	56.42	43.37
37	1.71	1.12	49.30	40.51
38	1.75	1.24	50.36	44.73
39	1.72	1.01	49.76	36.25
40	1.72	1.03	49.72	37.25
41	1.61	0.99	46.57	35.57
42	1.57	0.99	45.23	35.56
43	1.55	0.82	44.77	29.69
44	1.54	0.88	44.48	31.76
45	1.53	0.94	44.26	33.73

FUENTE: elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional de Hogares Ampliada 2006.

CUADRO A.V.4
PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA MUJERES DE TRES COHORTES
SINTÉTICAS DE CIUDADES DE AMÉRICA LATINA

Edad	Montevideo UY			San José CR			Buenos Aires ARG		
	1985	1996	2006	1973	1984	2000	1970	1980	2001
6	25.6	25.5	14.5	28.6	30.5	19.3	23.1	19.9	11.6
7	15.8	18.6	12.4	19.9	18.7	12.9	13.6	17.0	10.9
8	15.2	16.4	13.1	14.1	17.0	13.2	12.7	16.7	10.7
9	14.7	15.9	11.5	14.0	16.7	11.7	16.3	19.2	10.0
10	15.2	14.7	12.2	13.9	16.5	11.2	16.8	17.7	10.4
11	15.3	21.0	10.4	16.3	18.3	12.0	18.1	18.3	9.6
12	16.3	26.9	9.7	22.4	24.9	18.2	32.2	19.8	11.0
13	20.4	27.9	14.1	29.9	31.1	23.2	36.8	21.4	11.0
14	27.4	35.0	20.4	38.3	37.9	28.1	38.9	27.7	20.9
15	35.9	46.5	27.7	44.9	43.1	35.7	45.4	41.1	22.2
16	44.4	52.7	33.9	53.3	50.0	44.8	48.7	46.4	28.2
17	53.1	60.0	45.5	59.7	59.6	53.4	55.4	52.1	36.3
18	62.2	70.3	56.8	67.5	68.1	66.0	61.8	62.8	53.9
19	69.6	76.3	67.3	72.1	72.0	74.2	64.1	68.9	63.4
20	74.2	79.3	71.9	74.7	77.3	79.3	65.9	71.4	66.6
21	76.1	80.2	78.6	74.2	75.7	80.2	69.2	75.6	68.6
22	77.2	80.9	79.4	76.2	77.1	82.5	66.3	74.9	71.0
23	76.8	80.9	81.6	75.5	74.4	81.7	69.1	76.8	74.4
24	75.7	80.3	82.0	70.5	72.5	81.0	70.0	76.4	75.5
25	73.1	79.7	82.2	67.9	70.7	78.4	67.6	74.3	76.0
26	70.5	76.9	79.7	64.1	68.8	75.9	67.4	72.5	77.2
27	67.7	74.6	78.1	63.7	62.3	69.3	63.1	70.5	76.6
28	63.9	71.0	76.7	61.2	62.7	69.3	63.1	67.3	75.9
29	61.1	68.1	74.8	56.8	56.9	67.9	62.2	65.8	74.2
30	57.9	64.7	72.6	57.6	60.1	66.5	60.9	64.7	73.9
31	56.4	60.8	66.6	49.0	53.4	61.2	57.4	59.2	71.8
32	54.6	58.7	62.3	51.3	54.3	60.8	57.3	58.5	70.4
33	52.0	56.8	63.2	44.2	53.3	57.4	54.9	58.3	68.0
34	50.0	54.3	60.8	48.5	54.9	57.9	53.6	59.9	66.5
35	49.9	53.4	56.3	46.9	50.4	61.2	53.2	57.2	64.8
36	48.5	51.0	56.4	43.0	52.1	54.7	53.1	54.6	63.8
37	47.3	49.4	49.3	42.3	46.2	53.9	50.9	56.5	62.2
38	46.4	48.1	50.4	48.1	53.6	54.7	49.4	57.0	59.8
39	46.3	46.7	49.8	43.4	46.5	53.8	50.6	55.2	58.8
40	45.6	47.2	49.7	48.6	49.5	53.4	48.3	52.3	57.8
41	43.6	46.2	46.6	37.6	47.6	50.3	46.9	49.8	55.9
42	45.2	46.4	45.2	37.2	45.7	50.9	47.7	51.5	56.8
43	43.9	45.3	44.8	41.0	44.3	47.4	45.5	50.8	55.1
44	43.7	45.8	44.5	34.3	41.2	49.2	49.1	51.4	55.2
45	43.5	44.7	44.3	44.4	44.2	48.2	50.0	48.9	54.1

FUENTE: elaboración propia con datos censales.

CUADRO A.V.5
PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA MUJERES DE TRES COHORTES
SINTÉTICAS DE CIUDADES DE AMÉRICA LATINA

Edad	Bogotá COL			DF MEX			La Paz BOL		
	1985	1993	2005	1970	1990	2000	1976	1992	2001
6	30.1	23.7	20.0	30.2	18.8	18.2	28.8	26.9	22.3
7	23.3	19.6	19.1	26.6	15.0	16.6	31.8	26.4	18.0
8	19.2	18.0	16.7	22.0	14.1	15.5	28.9	24.6	17.4
9	19.0	16.8	16.8	20.3	13.1	15.0	26.0	24.0	18.8
10	19.8	17.1	15.8	19.1	13.5	14.5	27.3	27.5	20.5
11	19.6	16.9	16.5	19.5	13.5	14.1	27.3	29.8	22.2
12	23.5	23.5	16.2	29.5	16.5	17.0	32.2	35.3	26.1
13	25.5	25.8	17.7	34.2	20.5	18.9	37.6	38.6	29.9
14	31.3	32.4	20.8	44.0	25.9	25.0	43.3	45.4	34.3
15	39.3	38.9	30.1	50.5	34.5	35.9	50.6	49.4	42.7
16	45.7	47.3	39.7	57.4	44.5	45.9	57.9	55.3	51.2
17	54.6	57.4	54.3	62.7	52.1	54.2	62.6	62.5	62.6
18	65.0	67.5	69.0	67.4	60.8	63.7	69.9	72.4	73.1
19	70.9	73.9	76.0	65.9	66.5	69.7	71.5	75.8	72.6
20	77.1	77.9	80.6	64.4	71.0	73.3	71.5	78.0	74.3
21	78.3	80.0	83.6	67.1	72.7	74.4	69.5	80.5	73.9
22	79.2	80.1	83.3	62.7	73.4	75.8	66.3	77.0	73.5
23	79.5	79.5	80.9	59.6	73.1	75.3	65.8	76.9	71.9
24	78.1	78.4	80.1	55.9	71.6	74.9	62.8	75.1	71.6
25	74.7	75.8	80.1	54.2	69.5	73.0	59.1	71.8	69.7
26	72.2	73.7	78.7	53.0	68.2	71.5	53.6	68.4	67.0
27	70.0	70.8	74.2	49.7	66.0	69.5	51.2	64.5	65.6
28	67.8	69.3	73.7	46.6	64.5	68.0	49.8	62.9	64.1
29	62.9	67.9	69.4	47.2	60.0	65.1	47.4	60.8	61.9
30	63.5	65.2	67.5	44.8	60.3	63.9	47.0	59.9	60.7
31	59.5	63.1	66.1	40.6	56.8	60.9	42.7	52.4	58.3
32	58.9	60.8	64.1	42.7	56.1	59.8	41.5	55.8	54.7
33	55.6	59.1	61.0	37.8	54.4	57.3	40.4	53.3	54.2
34	54.5	58.1	57.4	37.7	53.2	56.0	36.6	50.8	53.0
35	54.4	57.6	56.2	41.4	53.2	54.2	40.5	51.5	53.0
36	51.9	55.9	56.4	39.4	49.5	52.3	37.8	49.0	50.1
37	50.5	53.6	53.4	35.4	49.7	52.3	37.3	47.4	50.5
38	49.1	53.0	54.2	37.1	49.5	52.7	34.0	47.8	48.5
39	47.1	51.6	52.8	35.0	46.8	49.3	34.7	45.0	46.4
40	49.8	50.6	52.9	39.6	49.2	50.6	38.3	49.0	48.6
41	45.7	48.4	52.9	33.6	45.1	48.2	29.5	46.6	43.9
42	46.7	50.6	50.6	35.2	45.9	48.0	34.1	42.7	47.8
43	45.1	49.7	48.4	36.5	45.1	45.7	28.6	44.4	47.9
44	43.3	47.2	50.2	41.4	44.6	46.7	33.4	44.2	46.4
45	46.4	49.8	53.1	39.8	45.7	45.6	34.9	46.0	47.0

FUENTE: elaboración propia con datos censales.

CUADRO A.V.6
PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA VARONES DE TRES COHORTES
SINTÉTICAS DE CIUDADES DE AMÉRICA LATINA

Edad	Montevideo UY			San José CR			Buenos Aires ARG		
	1985	1996	2006	1973	1984	2000	1970	1980	2001
6	31.4	31.9	17.9	38.1	37.7	25.0	22.2	29.0	15.7
7	19.5	23.0	16.3	25.3	22.1	17.4	22.3	19.3	14.4
8	19.3	21.2	13.5	18.4	19.6	18.0	21.5	19.6	12.4
9	18.6	19.8	15.4	17.3	21.0	14.9	21.1	21.7	12.3
10	18.4	19.4	14.3	19.9	21.4	14.7	19.6	16.9	12.7
11	18.7	26.4	15.6	18.2	21.8	18.0	19.6	19.6	11.7
12	20.6	33.7	15.1	27.5	30.1	21.0	19.5	39.9	11.4
13	27.6	35.8	15.9	35.8	42.9	27.3	27.3	43.1	12.9
14	36.9	48.4	27.9	45.5	46.8	36.4	34.3	43.8	26.0
15	47.4	57.0	39.0	48.7	51.2	45.0	51.6	49.1	24.7
16	53.7	62.0	48.6	52.5	51.9	52.7	55.9	56.5	35.6
17	58.9	66.1	52.8	57.6	56.6	57.3	63.3	58.9	41.2
18	64.0	72.0	63.2	63.0	61.2	68.0	71.4	65.0	56.9
19	66.8	74.4	70.6	65.2	65.6	69.6	76.7	67.6	65.8
20	68.8	75.8	71.0	65.3	68.8	73.7	75.6	71.3	68.2
21	69.5	76.2	72.5	69.1	71.9	76.6	75.4	72.8	68.7
22	69.6	76.2	75.2	71.5	67.4	75.9	74.6	70.3	70.2
23	68.7	75.4	79.1	65.5	71.9	75.3	76.1	68.9	70.0
24	66.3	74.2	77.5	66.2	67.8	73.1	73.8	68.3	71.3
25	62.6	71.7	75.5	64.2	69.0	71.7	69.5	68.1	70.7
26	58.4	68.0	75.6	61.2	60.2	68.4	67.4	66.0	70.8
27	54.3	64.4	72.9	53.4	55.1	64.8	60.7	58.0	71.3
28	49.3	62.1	68.8	49.2	57.3	63.6	58.7	55.3	69.1
29	44.7	58.0	59.6	43.3	49.0	59.9	51.9	52.8	64.6
30	41.9	53.7	60.9	43.7	48.2	58.9	49.7	47.7	65.0
31	37.5	49.5	53.2	33.6	39.7	54.2	47.2	40.3	63.0
32	35.4	47.2	52.8	38.5	44.0	50.8	41.2	41.6	60.6
33	33.6	43.8	50.4	31.9	36.8	49.2	42.7	41.0	58.6
34	31.7	40.9	47.8	33.3	35.3	46.6	38.4	39.0	54.7
35	30.5	40.9	45.6	30.3	37.1	45.0	34.6	35.2	52.3
36	28.4	37.1	43.4	31.9	37.4	46.5	32.5	32.6	50.3
37	27.8	36.3	40.5	30.5	27.3	43.5	33.2	31.1	49.9
38	26.5	34.7	44.7	33.9	33.3	44.4	34.5	29.9	47.2
39	26.1	34.1	36.3	24.6	27.8	37.8	31.8	33.7	46.8
40	24.7	33.6	37.3	27.0	36.5	42.1	29.7	35.2	44.3
41	24.6	31.4	35.6	19.2	27.4	35.3	30.3	28.8	40.9
42	23.8	31.0	35.6	24.1	33.0	38.7	31.0	24.7	41.5
43	24.0	31.2	29.7	17.1	26.3	33.3	29.2	30.5	38.3
44	24.1	30.5	31.8	23.0	30.8	38.3	32.3	22.1	39.0
45	23.8	31.2	33.7	22.5	29.7	40.1	28.6	29.6	38.2

FUENTE: elaboración propia con datos censales.

CUADRO A.V.7
PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) PARA VARONES DE TRES COHORTES
SINTÉTICAS DE CIUDADES DE AMÉRICA LATINA

Edad	Bogotá COL			DF MEX			La Paz BOL		
	1985	1993	2005	1970	1990	2000	1976	1992	2001
6	30.0	37.9	27.7	23.8	39.4	22.9	32.4	36.2	28.2
7	24.8	29.0	21.1	18.6	32.0	20.4	30.5	29.0	23.4
8	21.9	25.2	22.0	17.8	26.9	19.3	28.9	25.7	23.6
9	20.7	22.1	21.7	16.6	24.6	19.1	27.5	20.2	23.1
10	21.8	25.3	20.0	16.6	21.8	18.1	29.7	20.2	26.0
11	22.5	24.4	21.6	16.1	24.2	16.9	30.6	21.3	28.5
12	24.7	28.3	21.1	19.5	28.6	22.6	37.4	25.6	31.3
13	27.7	31.1	23.5	22.5	35.8	25.2	38.2	30.8	33.8
14	37.6	39.1	27.3	29.0	42.5	32.4	46.7	36.0	38.1
15	43.2	45.5	33.1	39.2	53.4	43.2	50.2	44.6	47.0
16	49.1	50.2	41.7	48.2	57.3	52.2	57.9	51.1	50.4
17	59.6	57.2	55.0	55.9	64.9	59.8	65.2	57.2	64.5
18	67.0	65.0	66.6	62.4	69.9	66.7	73.3	63.9	75.2
19	73.4	70.3	73.2	67.0	69.5	70.2	78.9	69.4	75.9
20	76.1	75.2	75.7	71.3	75.7	73.4	80.8	69.6	76.3
21	77.4	77.1	78.0	72.8	74.1	74.3	82.3	72.7	75.7
22	78.3	78.1	78.3	74.0	72.0	74.3	79.8	70.1	74.6
23	76.8	77.8	77.7	72.9	69.8	74.2	79.0	67.3	72.5
24	74.1	76.5	76.0	71.2	64.3	70.9	77.2	62.2	71.4
25	72.1	74.0	73.9	68.2	57.8	69.2	72.2	56.9	70.7
26	68.7	71.1	72.4	66.3	54.5	64.5	68.1	51.4	68.0
27	65.4	66.3	66.8	61.5	49.5	61.5	62.7	48.4	64.5
28	62.2	61.6	66.7	57.8	45.6	59.8	61.7	41.3	60.0
29	58.8	54.6	62.7	52.0	42.3	55.2	56.2	38.0	59.8
30	54.7	52.3	57.7	51.1	38.1	51.6	52.5	36.1	56.5
31	50.2	47.3	55.6	44.3	40.8	48.3	48.7	29.5	51.2
32	48.4	46.2	52.0	43.4	31.1	47.3	44.7	27.4	50.4
33	45.3	42.0	48.5	40.7	25.5	43.7	40.2	20.5	47.5
34	42.5	37.2	45.6	38.4	31.6	40.0	38.0	23.5	48.0
35	41.1	38.9	47.3	36.4	28.2	38.5	39.0	24.7	48.8
36	39.3	32.8	43.9	33.8	29.8	37.1	36.2	20.3	45.6
37	36.5	32.4	41.0	31.2	27.3	34.6	30.6	17.5	43.2
38	35.4	31.3	39.6	32.8	21.6	36.8	33.8	18.6	44.7
39	35.7	26.8	39.6	27.3	18.6	32.5	32.4	16.8	42.1
40	36.4	30.8	38.1	29.0	21.9	33.5	35.0	16.3	42.9
41	31.8	26.9	39.3	23.4	25.2	30.0	26.9	13.2	38.0
42	32.5	25.5	41.3	27.4	19.8	29.7	28.6	14.8	37.8
43	30.2	23.8	40.6	23.8	19.2	27.9	29.4	13.2	37.3
44	28.8	22.9	37.8	25.4	20.0	28.6	23.8	8.3	38.0
45	31.0	25.9	35.6	25.7	20.1	27.4	30.4	13.2	40.2

FUENTE: elaboración propia con datos censales.

ANEXO CAPÍTULO VI

CUADRO A.VI.1
INDICE DE ENTROPÍA ALCANZADO POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) POR ESTRATOS SOCIALES EN MUJERES, 1985 Y 2006

Edad	Mujeres 1985			Mujeres 2006		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
6	0.92	0.87	0.82	0.57	0.42	0.47
7	0.56	0.53	0.53	0.49	0.47	0.24
8	0.49	0.55	0.54	0.47	0.51	0.29
9	0.48	0.52	0.51	0.40	0.40	0.38
10	0.50	0.53	0.54	0.45	0.38	0.42
11	0.50	0.56	0.52	0.42	0.35	0.24
12	0.56	0.58	0.53	0.38	0.34	0.25
13	0.76	0.67	0.64	0.55	0.47	0.39
14	1.04	0.88	0.85	0.79	0.74	0.42
15	1.39	1.20	1.01	1.09	0.96	0.53
16	1.70	1.46	1.33	1.40	1.32	0.45
17	1.96	1.79	1.68	1.74	1.75	0.91
18	2.23	2.12	2.03	2.28	2.03	1.30
19	2.43	2.36	2.34	2.52	2.29	1.75
20	2.52	2.53	2.56	2.68	2.59	1.86
21	2.53	2.59	2.67	2.79	2.82	2.13
22	2.48	2.67	2.74	2.78	2.72	2.32
23	2.41	2.69	2.75	2.76	2.66	2.68
24	2.43	2.62	2.70	2.69	2.81	2.66
25	2.27	2.55	2.65	2.60	2.80	2.72
26	2.13	2.48	2.58	2.60	2.58	2.69
27	2.08	2.35	2.49	2.57	2.51	2.65
28	1.95	2.25	2.32	2.49	2.43	2.68
29	1.86	2.12	2.27	2.37	2.41	2.64
30	1.77	2.04	2.12	2.41	2.27	2.48
31	1.69	1.99	2.09	2.11	2.22	2.30
32	1.70	1.89	2.02	2.15	1.98	2.08
33	1.53	1.81	1.98	2.11	2.03	2.22
34	1.55	1.74	1.85	2.00	2.14	1.96
35	1.53	1.76	1.83	1.87	1.85	1.92
36	1.50	1.66	1.82	1.78	1.87	1.96
37	1.48	1.61	1.78	1.75	1.67	1.50
38	1.43	1.59	1.74	1.69	1.53	1.80
39	1.42	1.63	1.71	1.71	1.56	1.70
40	1.41	1.58	1.68	1.60	1.64	1.72
41	1.37	1.48	1.63	1.54	1.65	1.46
42	1.40	1.55	1.70	1.26	1.48	1.70
43	1.33	1.53	1.64	1.56	1.43	1.44
44	1.34	1.50	1.63	1.48	1.57	1.41
45	1.35	1.48	1.63	1.51	1.61	1.29

FUENTE: elaboración propia con datos censales de 1985 y ENHA 2006.

CUADRO A.VI.2
PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) POR ESTRATOS SOCIALES EN
MUJERES, 1985 Y 2006

Edad	Mujeres 1985			Mujeres 2006		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
6	26.65	25.21	23.51	16.30	12.23	13.45
7	16.00	15.40	15.41	14.12	13.42	6.86
8	14.05	15.81	15.54	13.45	14.83	8.38
9	13.92	15.11	14.81	11.56	11.60	10.86
10	14.51	15.22	15.63	12.97	10.98	12.03
11	14.28	16.26	15.00	12.19	9.98	6.91
12	16.19	16.84	15.17	10.96	9.80	7.09
13	21.94	19.23	18.57	15.85	13.56	11.33
14	29.99	25.49	24.51	22.67	21.26	12.24
15	40.09	34.58	29.09	31.36	27.81	15.20
16	49.11	42.15	38.34	40.35	38.06	12.90
17	56.45	51.59	48.33	50.01	50.31	26.24
18	64.13	61.03	58.38	65.76	58.63	37.45
19	70.16	67.91	67.42	72.65	65.94	50.35
20	72.52	72.78	73.67	77.10	74.55	53.63
21	73.05	74.75	77.02	80.37	81.26	61.26
22	71.52	77.03	79.07	79.98	78.32	66.84
23	69.52	77.50	79.23	79.61	76.72	77.34
24	69.92	75.44	77.87	77.61	80.96	76.72
25	65.39	73.43	76.45	74.87	80.58	78.41
26	61.40	71.37	74.33	74.93	74.23	77.65
27	60.07	67.67	71.79	74.08	72.42	76.48
28	56.22	64.88	66.93	71.85	69.99	77.13
29	53.71	61.14	65.29	68.36	69.56	75.94
30	51.05	58.65	61.08	69.49	65.45	71.46
31	48.70	57.31	60.26	60.82	63.96	66.26
32	49.11	54.42	58.20	62.02	56.99	59.80
33	44.10	52.26	56.98	60.77	58.41	63.85
34	44.62	50.10	53.23	57.56	61.74	56.35
35	44.01	50.66	52.72	53.94	53.19	55.42
36	43.27	47.95	52.57	51.39	53.80	56.41
37	42.77	46.26	51.25	50.34	48.09	43.20
38	41.33	45.87	50.02	48.64	44.08	51.80
39	40.87	46.85	49.31	49.39	44.85	48.91
40	40.76	45.64	48.33	46.12	47.18	49.52
41	39.59	42.69	47.11	44.34	47.63	42.06
42	40.42	44.76	48.86	36.25	42.69	49.06
43	38.24	44.02	47.35	45.04	41.30	41.54
44	38.67	43.25	47.09	42.79	45.26	40.67
45	38.84	42.79	47.03	43.58	46.44	37.15

FUENTE: elaboración propia con datos censales de 1985 y ENHA 2006.

CUADRO A.VI.3
INDICE DE ENTROPÍA ALCANZADO POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) POR ESTRATOS SOCIALES EN VARONES, 1985 Y 2006

Edad	Varones 1985			Varones 2006		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
6	0.91	0.85	0.80	0.54	0.50	0.40
7	0.53	0.56	0.52	0.52	0.40	0.40
8	0.54	0.54	0.51	0.48	0.37	0.18
9	0.51	0.51	0.53	0.47	0.40	0.38
10	0.49	0.50	0.54	0.43	0.38	0.34
11	0.50	0.53	0.53	0.46	0.47	0.32
12	0.60	0.56	0.53	0.52	0.36	0.30
13	0.86	0.68	0.69	0.54	0.40	0.30
14	1.13	0.96	0.92	0.96	0.74	0.45
15	1.38	1.29	1.18	1.22	1.26	0.51
16	1.56	1.45	1.38	1.33	1.52	0.95
17	1.66	1.61	1.56	1.58	1.49	1.06
18	1.71	1.74	1.81	1.80	1.72	1.49
19	1.72	1.82	1.96	1.93	1.96	1.70
20	1.77	1.90	2.00	1.91	1.91	1.84
21	1.75	1.91	2.05	1.94	1.94	1.83
22	1.75	1.94	2.04	1.95	2.11	1.92
23	1.70	1.88	2.07	2.13	2.04	2.10
24	1.62	1.85	1.99	2.01	1.94	2.19
25	1.51	1.78	1.85	1.95	2.03	2.03
26	1.43	1.67	1.72	2.00	1.90	2.20
27	1.33	1.54	1.61	1.86	1.88	2.15
28	1.19	1.38	1.49	1.80	1.67	2.07
29	1.09	1.25	1.35	1.63	1.47	1.65
30	1.02	1.16	1.29	1.52	1.49	1.87
31	0.94	1.06	1.10	1.40	1.47	1.49
32	0.87	0.98	1.09	1.38	1.41	1.44
33	0.83	0.95	1.00	1.25	1.40	1.40
34	0.77	0.93	0.92	1.22	1.28	1.37
35	0.79	0.84	0.91	1.29	1.08	1.28
36	0.69	0.85	0.80	1.13	1.03	1.31
37	0.70	0.76	0.84	0.91	1.23	1.09
38	0.70	0.76	0.74	1.21	1.05	1.35
39	0.69	0.73	0.74	1.03	1.03	0.89
40	0.64	0.67	0.75	1.06	0.96	0.98
41	0.62	0.68	0.74	1.03	0.89	0.97
42	0.62	0.68	0.67	0.94	0.88	1.03
43	0.66	0.65	0.68	0.86	0.87	0.67
44	0.66	0.63	0.71	0.86	0.97	0.72
45	0.64	0.61	0.73	0.98	0.84	0.89

FUENTE: elaboración propia con datos censales de 1985 y ENHA 2006.

CUADRO A.VI.4
PROPORCIÓN DE ENTROPÍA MÁXIMA ALCANZADA POR EDADES ESPECÍFICAS (DE 6 A 45 AÑOS) POR ESTRATOS SOCIALES EN
VARONES, 1985 Y 2006

Edad	Varones 1985			Varones 2006		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
6	32.97	30.84	28.96	19.61	18.00	14.41
7	18.98	20.31	18.90	18.66	14.39	14.54
8	19.44	19.56	18.42	17.17	13.20	6.66
9	18.37	18.28	19.30	17.01	14.45	13.63
10	17.85	18.04	19.51	15.41	13.79	12.20
11	18.13	18.97	19.01	16.59	17.01	11.61
12	21.69	20.16	19.05	18.63	12.97	10.88
13	31.18	24.57	25.01	19.42	14.31	10.70
14	40.77	34.48	33.04	34.71	26.78	16.33
15	49.87	46.72	42.68	44.18	45.50	18.26
16	56.16	52.48	49.92	47.84	54.92	34.30
17	60.06	58.09	56.46	56.88	53.81	38.39
18	61.65	62.81	65.41	64.89	62.09	53.97
19	62.00	65.86	70.76	69.65	70.86	61.27
20	63.90	68.68	72.11	68.95	68.95	66.53
21	63.16	69.05	73.99	70.07	69.94	65.95
22	63.27	70.06	73.69	70.43	76.02	69.47
23	61.22	67.96	74.67	76.80	73.67	75.73
24	58.56	66.73	71.85	72.72	70.09	79.19
25	54.56	64.26	66.96	70.30	73.44	73.33
26	51.72	60.18	61.97	72.19	68.77	79.34
27	48.19	55.44	58.29	67.31	67.99	77.64
28	43.08	49.65	53.84	65.16	60.33	74.59
29	39.22	45.10	48.71	58.94	52.93	59.68
30	36.96	41.75	46.52	54.82	53.71	67.54
31	34.09	38.28	39.70	50.57	53.04	53.61
32	31.52	35.54	39.48	49.91	50.94	52.07
33	30.14	34.41	36.21	44.96	50.60	50.46
34	27.96	33.68	33.22	44.05	46.33	49.33
35	28.40	30.24	32.95	46.61	38.87	46.13
36	24.85	30.71	28.71	40.93	37.31	47.45
37	25.45	27.33	30.43	32.86	44.37	39.45
38	25.09	27.29	26.83	43.61	37.76	48.79
39	24.87	26.33	26.84	37.09	37.30	32.19
40	22.96	24.21	26.93	38.26	34.49	35.55
41	22.35	24.68	26.66	37.23	32.08	34.97
42	22.23	24.46	24.29	33.81	31.75	37.24
43	23.73	23.52	24.41	30.98	31.58	24.26
44	23.73	22.71	25.73	31.22	34.84	25.93
45	22.95	22.05	26.31	35.52	30.30	32.19

FUENTE: elaboración propia con datos censales de 1985 y ENHA 2006.

CUADRO A.VI.5
APORTACIÓN AL CAMBIO DE LA ENTROPÍA GLOBAL ENTRE 1985 Y 2006 POR ESTRATO, MUJERES

Edad	Estrato Bajo			Estrato Medio			Estrato Alto		
	Delta HD,k1	Delta HE,k1	Contribución a la entropía global	Delta HD,k2	Delta HE,k2	Contribución a la entropía global	Delta HD,k3	Delta HE,k3	Contribución a la entropía global
6	-0.145	0.000	-0.145	-0.165	0.000	-0.165	-0.079	0.005	-0.075
7	-0.025	0.000	-0.025	-0.034	-0.001	-0.035	-0.069	0.007	-0.063
8	0.004	-0.003	0.001	-0.010	0.000	-0.009	-0.072	-0.014	-0.086
9	-0.030	-0.001	-0.030	-0.036	0.000	-0.035	-0.043	-0.013	-0.057
10	-0.025	0.001	-0.024	-0.052	0.000	-0.052	-0.028	0.002	-0.027
11	-0.034	0.001	-0.033	-0.071	0.000	-0.071	-0.072	-0.002	-0.074
12	-0.084	0.001	-0.083	-0.079	0.000	-0.079	-0.067	0.003	-0.065
13	-0.083	0.000	-0.083	-0.074	-0.001	-0.074	-0.061	0.004	-0.057
14	-0.106	0.000	-0.105	-0.047	0.000	-0.047	-0.110	0.001	-0.108
15	-0.079	-0.001	-0.080	-0.086	0.000	-0.086	-0.147	-0.009	-0.156
16	-0.071	0.000	-0.072	-0.105	-0.002	-0.107	-0.234	0.004	-0.231
17	-0.006	-0.001	-0.007	-0.099	-0.003	-0.101	-0.206	0.001	-0.204
18	0.106	0.001	0.108	-0.208	-0.012	-0.220	-0.154	0.006	-0.148
19	0.055	0.001	0.057	-0.078	-0.001	-0.078	-0.161	0.002	-0.159
20	0.031	-0.001	0.031	-0.019	-0.001	-0.019	-0.172	0.003	-0.169
21	0.159	0.002	0.162	-0.082	-0.007	-0.089	-0.113	0.003	-0.111
22	0.216	0.004	0.220	-0.101	-0.003	-0.104	-0.137	0.000	-0.137
23	0.182	0.003	0.185	-0.086	-0.001	-0.087	-0.015	0.000	-0.015
24	0.128	0.003	0.131	-0.153	-0.011	-0.164	0.151	0.001	0.152
25	0.112	0.001	0.113	-0.068	-0.005	-0.073	0.164	0.002	0.166
26	0.206	0.003	0.208	-0.048	-0.003	-0.050	0.064	0.001	0.065
27	0.316	0.005	0.321	-0.084	-0.005	-0.089	0.034	-0.001	0.033
28	0.257	0.005	0.262	0.014	-0.001	0.013	0.074	-0.002	0.072
29	0.221	0.003	0.224	0.002	-0.003	0.000	0.164	0.002	0.167
30	0.228	0.001	0.229	0.021	-0.001	0.019	0.160	0.002	0.162
31	0.157	0.002	0.158	0.027	-0.001	0.027	0.099	0.002	0.101
32	0.209	0.003	0.212	-0.113	-0.007	-0.120	0.106	0.004	0.110
33	0.194	0.001	0.194	0.030	-0.001	0.029	0.118	0.003	0.121
34	0.162	0.001	0.162	-0.028	-0.010	-0.039	0.178	0.004	0.183
35	0.135	0.002	0.136	-0.079	-0.004	-0.083	0.119	0.004	0.123
36	0.133	0.002	0.135	-0.047	-0.005	-0.052	0.123	0.005	0.129
37	0.136	0.003	0.139	-0.111	-0.009	-0.120	-0.012	0.004	-0.008
38	0.081	0.000	0.080	-0.047	-0.001	-0.048	0.049	0.002	0.052
39	0.154	0.004	0.158	-0.144	-0.008	-0.152	0.063	0.003	0.066
40	0.069	0.001	0.070	-0.070	-0.004	-0.074	0.095	0.002	0.097
41	0.049	0.000	0.048	-0.013	-0.002	-0.015	0.015	0.004	0.018
42	0.001	0.006	0.007	-0.171	-0.011	-0.182	0.108	0.002	0.110
43	0.086	0.001	0.087	-0.067	-0.001	-0.068	-0.043	0.002	-0.041
44	0.100	0.006	0.106	-0.064	-0.003	-0.067	-0.047	0.002	-0.045
45	0.123	0.007	0.130	-0.057	-0.004	-0.061	-0.092	0.002	-0.090

FUENTE: elaboración propia con datos censales de 1985 y ENHA 2006.

CUADRO A.VI.6
APORTACIÓN AL CAMBIO DE LA ENTROPÍA GLOBAL ENTRE 1985 Y 2006 POR ESTRATO, VARONES

Edad	Estrato Bajo			Estrato Medio			Estrato Alto		
	Delta HD,k1	Delta HE,k1	Contribución a la entropía global	Delta HD,k2	Delta HE,k2	Contribución a la entropía global	Delta HD,k3	Delta HE,k3	Contribución a la entropía global
6	-0.148	0.000	-0.147	-0.132	-0.001	-0.133	-0.094	0.004	-0.090
7	-0.016	0.001	-0.015	-0.053	0.000	-0.053	-0.025	0.005	-0.020
8	-0.028	0.000	-0.028	-0.068	0.000	-0.069	-0.077	0.007	-0.070
9	-0.010	-0.001	-0.011	-0.036	0.000	-0.036	-0.045	-0.008	-0.052
10	-0.029	0.000	-0.029	-0.042	0.000	-0.042	-0.048	0.002	-0.046
11	0.003	-0.005	-0.002	-0.045	-0.005	-0.050	-0.047	0.004	-0.044
12	-0.025	-0.001	-0.027	-0.082	-0.002	-0.083	-0.052	0.004	-0.047
13	-0.123	-0.001	-0.123	-0.093	0.000	-0.093	-0.110	-0.011	-0.120
14	-0.059	0.000	-0.059	-0.098	-0.002	-0.100	-0.107	0.007	-0.100
15	-0.113	0.000	-0.114	0.001	0.000	0.001	-0.156	0.010	-0.146
16	-0.096	0.000	-0.096	0.022	0.000	0.022	-0.108	0.002	-0.106
17	-0.002	-0.001	-0.002	-0.115	-0.004	-0.119	-0.105	0.007	-0.097
18	0.030	0.000	0.030	-0.095	-0.006	-0.101	-0.014	0.008	-0.006
19	0.098	0.001	0.099	-0.005	-0.001	-0.006	-0.052	0.003	-0.048
20	0.083	0.001	0.084	-0.098	-0.006	-0.104	0.015	0.004	0.020
21	0.045	-0.001	0.043	-0.094	-0.005	-0.099	0.048	0.006	0.053
22	0.135	0.002	0.137	-0.095	-0.009	-0.103	0.036	0.004	0.041
23	0.114	-0.002	0.113	-0.005	-0.003	-0.007	0.095	0.002	0.098
24	0.215	0.003	0.218	-0.090	-0.008	-0.097	0.108	0.002	0.110
25	0.169	0.002	0.171	-0.060	-0.010	-0.070	0.175	0.002	0.177
26	0.294	0.003	0.298	-0.014	-0.005	-0.020	0.146	-0.001	0.145
27	0.203	0.002	0.204	0.060	-0.003	0.057	0.209	0.002	0.211
28	0.270	0.003	0.272	0.051	-0.002	0.049	0.169	-0.001	0.168
29	0.269	0.003	0.271	0.008	-0.005	0.002	0.083	-0.001	0.081
30	0.162	0.000	0.162	0.089	-0.001	0.088	0.220	0.003	0.223
31	0.224	0.001	0.225	0.078	-0.005	0.073	0.112	-0.001	0.111
32	0.160	-0.001	0.159	0.111	-0.002	0.109	0.165	0.008	0.173
33	0.141	0.000	0.141	0.084	-0.005	0.078	0.195	0.007	0.202
34	0.143	-0.001	0.143	0.056	-0.006	0.050	0.218	0.007	0.225
35	0.212	0.001	0.212	0.053	-0.002	0.051	0.110	0.000	0.110
36	0.141	-0.001	0.141	0.014	-0.002	0.012	0.227	0.009	0.236
37	0.084	0.001	0.085	0.117	-0.003	0.114	0.106	0.005	0.111
38	0.184	0.000	0.185	0.026	-0.009	0.016	0.272	0.008	0.280
39	0.142	0.002	0.143	0.005	-0.015	-0.010	0.112	0.008	0.120
40	0.128	-0.002	0.126	0.041	-0.006	0.035	0.150	0.007	0.157
41	0.123	-0.002	0.122	0.042	-0.002	0.041	0.118	0.007	0.126
42	0.151	0.002	0.153	0.020	-0.005	0.015	0.122	0.002	0.125
43	0.059	-0.001	0.058	0.021	-0.007	0.014	0.052	0.007	0.060
44	0.042	-0.005	0.038	0.110	0.000	0.110	0.032	0.005	0.037
45	0.125	0.001	0.126	0.031	-0.005	0.026	0.096	0.007	0.103

FUENTE: elaboración propia con datos censales de 1985 y ENHA 2006.

BIBLIOGRAFÍA

- Allison, P. D. (1978). "*Measures of Inequality*", *American Sociological Review*, número 43.
- Alwin, F.A.; McCammon, R.J. (2003) "*Generations, cohorts, and social change*" in "Handbook of the life course" editado por Mortimer, J.; Shanahan, M., Kluwer Academic/Plenum, New York: 23-49.
- ANEP, (1995). "*Proyecto de presupuesto, sueldos, gastos e inversiones, 1995-1999*", Administración Nacional de Educación Pública, Montevideo.
- ____ CODICEN-MEMFOD (2003). "*Trayectoria educativa de los jóvenes: El problema de la deserción. Serie Aportes para la reflexión y la transformación de la Educación Media Superior.*" Cuaderno de Trabajo N° 22, Montevideo.
- ____, (2005). "*Panorama de la educación en el Uruguay. Una década de transformaciones 1992-2004*", Gerencia de Investigación y Evaluación,. Programa de Evaluación de la Gestión, Programa de Investigación y Estadística Educativa, Montevideo.
- Avramov, D. (2006), "The housing dimensions of population change and welfare reforms", ponencia presentada en la conferencia Housing in an expanding Europe: theory, policy, participation and implementation, 2-5 de julio de 2006, Lubiana: EHNHR Disponible en línea: http://enhrr2006-ljubljana.uirs.si/publish/PIV_dragana.pdf
- Azar, P.; Llanes, J., Sienra, M. (2006). "*Informe sobre el Gasto Público en Infancia en Uruguay 1990-2009: insumos para la elaboración de una estrategia para la infancia y la adolescencia*", INFAMILIA-MIDES-PNUD-UNICEF, Montevideo.
- Barrán, J. P., Caetano, G., Porzecanski, T. (Ed.). (1998) "*Historias de la vida privada en el Uruguay. Individuo y soledades 1920-1990*", Editorial Taurus, Montevideo.
- Batthyány, K. (2004) "*Articulación entre vida laboral y vida familiar. Las prácticas de cuidado infantil de trabajadoras asalariadas de Montevideo.*" En publicación: Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política. Gutiérrez, María Alicia. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- Billari, F.C. (2001). "*The Analysis of Early Life Courses: Complex Descriptions of the Transition to Adulthood*", *Journal of Population Research*, N° 18.
- ____.; Wilson, C. (2001), "*Convergence towards diversity? Cohort dynamics in the transition to adulthood in contemporary Western Europe*" en *MPIDR Working Papers*, N° 2001- 039. Rostock: Max Planck Institute for Demographic Research. Disponible en línea: <http://www.demogr.mpg.de/Papers/Working/WP-2001-039.pdf>
- ____.; Philipov, D.; Baizán, P. (2001), "*Leaving home in Europe: the experience of cohorts born around 1960*", en *MPIDR Working Papers*, N° 2001-14. Rostock: Max Planck Institute for

- Bird K.; Krüeger, H. (2005) "*The secret of transitions: the interplay of complexity and reduction in the life course analysis*", in "Towards an interdisciplinary perspective on the life course", Levy, René (Ed.), ELSEVIER, JAI.
- Boado, M., Prat, G., Filardo, V. (1997) "*Circulación de Mano de Obra e identificación de grupos de Riesgo en el Mercado de Trabajo Urbano de Montevideo.*" (2 Tomos). Convenio Depto de Sociología de la FCS/Dirección Nacional de Empleo, Ministerio de Trabajo y Seg. Social. Montevideo.
- _____.; Fernández, T. (2005). "*Distribución del ingreso pobreza y crisis en Uruguay 1998-2003*"; en: Papeles de Población, Año 11 No 44. Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población. UAEM. México.
- _____.; Fernández, T. (2006). "*La alegría no va por barrios... ¿Quién pago la crisis de 2002 y el empobrecimiento, según clase social?*"; en: E. Mazzei (Comp): "El Uruguay desde la Sociología IV", Depto de Sociología, FCS, Montevideo.
- _____. (2009). "*Movilidad social en el Uruguay contemporáneo*". IUPERJ, Universidad de la República, Montevideo.
- _____.; Fernández, T. 2010. "*Trayectorias académicas y laborales de los jóvenes en Uruguay. El panel PISA 2003-2007*"; FCS, Universidad de la República. Montevideo.
- Braboy, P.; Berkowitz, A. (2005). "*The structure of the life course: gender an racioethnic variation in the occurrence and sequecing of role transitions*" en "De-standardization of the Life Course: What it Might Mean? And If It Means Anything, Whether It Actually Took Place?" Pp. 55-90 in *Advances in Life Course Research*, edited by R. Macmillan. New York: Elsevier.
- Bucheli, M. et al. (2002) "*Sistematización de resultados. Encuesta sobre situaciones familiares y desempeños sociales de las mujeres en Montevideo y el área metropolitana*", Documento de trabajo N° 16/02, Departamento de Economía.
- _____. (2004). "*Enforcing Business Contracts in South America: The United Fruit Company and the Colombian Banana Planters in the Twentieth Century*" *Business History Review*, vol. 78, N° 2 (Summer): 181-212.
- _____. (2006). "*Mercado de trabajo juvenil: situación y perspectivas*"; Serie "Estudios y perspectivas", CEPAL, Montevideo.
- Brückner, H.; Mayer, K.U. (2005). "*De-standardization of the Life Course: What it Might Mean? And If It Means Anything, Whether It Actually Took Place?*" Pp. 27-54 in *Advances in Life Course Research*, edited by R. Macmillan. New York: Elsevier.
- Brunner, J. (1988). "*La modernidad y el futuro de América Latina*", CLAEH, Montevideo.
- Buchmann, M. (1989). "*The Script of Life in Modern Society: Entry into Adulthood in a Changing World.*" Chicago: University of Chicago Press.
- Bumpass, L.L. (1990). "*What's Happening to the Family? Interactions Between Demographic and Institutional Change.*" *Demography* 27(4): 483-98.
- Cabella, W.; Pellegrino, A. (2005). "*Una estimación de la emigración internacional uruguaya entre 1963 y 2004*", (en prensa), a ser publicado como documento de trabajo del Programa de Población de la Unidad Multidisciplinaria, FCS.

- _____. (2006). *“Dissoluções e formação de novas uniões: uma análise demográfica das tendências recentes no Uruguay”*. Tesis de Doctorado. Universidade Estadual de Campinas. Instituto de Filosofia e Ciências Humanas.
- Caetano, G.; Jacob (1990) *“El nacimiento del terrismo”*, Tomo II, Ediciones Banda Oriental, Montevideo.
- Calvo, J. J. (2000). *“Las Necesidades Básicas Insatisfechas en el Uruguay”*, Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo.
- _____.; Pellegrino, A. (2005). *“Veinte años no es nada...” “20 años de democracia. Uruguay 1985-2005: miradas múltiples”* bajo la dirección de Gerardo Caetano, Taurus, Montevideo.
- Casacuberta, C. (2006). *“Situación de la Vivienda en Uruguay”*. Informe de Divulgación Encuesta Nacional de Hogares Ampliada - Módulo de Vivienda-Primer trimestre de 2006” Instituto Nacional de Estadística, República Oriental del Uruguay.
- CEPAL-PNUD (2001). *“Desarrollo humano Uruguay 2001. Inserción internacional, empleo y desarrollo humano”*, Montevideo.
- Cortés, F.; Rubalcava, R. M. (1984). *“Técnicas estadísticas para el estudio de la desigualdad social”*, El Colegio de México, México.
- Cover, T. M. ; Joy A. T. (1991). *“Elements of Information Theory”*. New York: John Wiley & Sons, Inc.
- Davrieux, H. (1987). *“Papel de los gastos públicos en el Uruguay 1955-1984”*.
- Davrieux, H. (1991). *“Desigualdad y Gasto Público en los 80”*, CINVE-Ediciones de la Banda Oriental.
- De Sierra, Gerónimo (2001). *“Los rostros del MERCOSUR. El difícil camino de lo comercial a lo societal”*. CLACSO - ASDI. Buenos Aires.
- Durkheim, E. (1967). *“La división del trabajo social”*, Editorial Schapire, Buenos Aires.
- _____. (1974). *“Las reglas del método sociológico”*, Editorial Morata, Madrid.
- Elder, G. Jr. (1978). *“Family History and the Life course”* en “Transitions: the family and the life course in Historical Perspective”, Hareven, Tamara K. (Ed.) Academic Press. New York.
- _____. (1994). *“Time, Human Agency and Social Change: Perspectives on the Life Course”*. Social Psychology Quarterly 57: 4-15.
- _____.; O’Rand, A. (1995). *“Adult Lives in a Changing Society”*, en K. S. Cook, G. Alan Fine, y J. S. House (comp.) Sociological Perspective on Social Psychology, Allyn y Bacon, Massachusetts.
- _____.; Giele, J.Z. (1998). *“Life course research. Development of a field”*, en “Methods of life course research. Qualitative and quantitative Approaches” Elder, Glen H. Jr y Giele, Janet Z (Eds.) Sage Publications, Los Angeles.
- _____.; Pellerin, L.A. (1998) *“Linking History and Human Lives”* en “Methods of life Course research. Qualitative and quantitative approaches” Elder, Glen H. Jr y Giele, Janet Z (Eds.) Sage Publications, Los Angeles.
- _____. (1998) *“The Children Of The Great Depression: social change in life experience”* 25th Anniversary, Kindle Edition.
- Elias, N. (1997). *“Sobre el tiempo”*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- _____. (2000). *“La sociedad de los individuos: ensayos”*, Ediciones Península, Barcelona.

- _____. (2006). *"Sociología fundamental"*, Editorial Gedisa, Barcelona.
- _____. (2009). *"El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas"*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Esping-Andersen, G. (1993). *"Los tres mundos del estado de bienestar"*. Valencia, Burjassot; Ediciones Alfons el Magnanim. Generalitat Valenciana.
- Fernández, T. (2004). *"Distribución del conocimiento escolar básico: clases sociales, escuela y sistemas educativos en América Latina"*, Tesis de Doctorado en el CES—Colegio de México, México.
- Filgueira, C.; Filgueira, F. (1994). *"El largo adiós al país modelo. Políticas sociales y pobreza en el Uruguay"*, Editorial Arca, Montevideo.
- _____. (1996). *"Sobre revoluciones ocultas: la familia en el Uruguay"*, con la colaboración de Álvaro Fuentes, CEPAL, Montevideo.
- _____. (1998). *"Emancipación juvenil: trayectorias y destinos"*, Economic Commission for Latin America and the Caribbean, United Nations. Santiago de Chile.
- _____. (1999). *"Bienestar y ciudadanía viejas y nuevas vulnerabilidades"* en Víctor Tokman y Guillermo O'Donnell (comps.) *Pobreza y Desigualdad Social en América Latina*, Paidós, Buenos Aires.
- Filgueira, F.; Rodríguez, F.; Rafaniello, C.; Lijtenstein, S. y Alegre, P. (2005). *"Estructura de riesgo y arquitectura de protección social en el Uruguay actual: crónica de un divorcio anunciado"*. En Revista PRISMA N° 21. Universidad Católica del Uruguay, Montevideo.
- Fitoussi, J. P.; Rosanvallon, P. (1997). *"La nueva era de las desigualdades"*. Editorial Manantial, Buenos Aires.
- Flora, P. (1981). *"Solutions or Source of Crisis. "The Welfare state in Historical Perspective"* en W. J. Mommsen (ed) *The Emergence of the Welfare State in Britain and Germany*, Croom Helm, London.
- Forteza, A. (2004). "Efectos distributivos de la reforma de la seguridad social, el caso uruguayo". *Latin American Journal of Economics—formerly Cuadernos de Economía*, Instituto de Economía. Pontificia Universidad Católica de Chile, vol. 44 (129), pages 31-58
- Furtado, M.; Llambí, C. (2005). *"Gasto Público en Educación en Uruguay: composición, evolución reciente y desafíos"* en *"Inversión en la infancia en Uruguay"*, UNICEF, Montevideo.
- Fussell, E. (2005). *"Measuring the transition to adulthood in Mexico: An application of the entropy index"*. *Advances in Life Course Research*, 9, 91–122. Ross MacMillan (Ed.).
- _____. (2006). *"Structuring the transition to adulthood: An entropy analysis of the early life course in the United States, 1880 to 2000"*. Population Association of America Meetings, March 29–April 1, Los Angeles, California, USA.
- _____.; Gauthier, A. H. (2005). *"American women's transition to adulthood in comparative perspective"*. In R. Settersten, F. F. Furstenberg, & R. G. Rumbaut (Eds.), *On the frontier to adulthood; theory, research and public policy* (pp. 76–109) University of Chicago Press.
- Giddens, A. (1995). *"La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración"*. Editorial Amorrortu, Buenos Aires.
- _____. (1997). *"Modernidad e Identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea"*, Ediciones Península, Barcelona.

- _____. (2004). *“Consecuencias de la modernidad”*, Alianza Editorial, Madrid.
- _____. (2007). *“Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas”*, Editorial Taurus, México.
- Grau, C. (2005). *“El gasto público social en infancia en Uruguay. Aspectos metodológicos y cuantificación para el período 1999-2002”* en *“Inversión en la infancia en Uruguay”*, UNICEF.
- Hareven, T.K. (1978). *“Transitions. The family and the life course in historical perspectives”*, Academic Press, New York.
- _____. (1982). *“Family time and industrial time: The relationship between the family and the work in a New England industrial community”*, Cambridge University Press, USA.
- _____. (2000). *“Families, History, and Social Change. Life course and Cross-Cultural Perspectives”*, Westview Press, Colorado, USA.
- Heinz, W.R. (2001). *“Work and the life course: A cosmopolitan-local perspective”*; in: V.W. Marshall, W.R. Heinz, H. Krüger, A. Verma (Eds.): *“Restructuring Work and the Life Course”*; pp.3-22.. Toronto: University of Toronto Press.
- _____. (2003). *“From Work Trajectories to Negotiated Careers: The Contingent Work Life Course.”* Pp. 185-204 in *“Handbook of the Life Course”*, J.T. Mortimer and M.J. Shanahan, editors. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- Hillmert, S. (2005). *“From old to new structures: a long-term comparison of the transition to the adulthood in west and east Germany”* en *“The structure of the life course: standardized? individualized? differentiated?”*, Macmillan, Ross (Ed.), ELSEVIER, Oxford.
- Hogan, D.P. (1978). *“Transitions and Social Change: The Early Lives of American Men”*, Academic Press, New York.
- _____. (1980). *“The Transition to Adulthood as a Career Contingency.”* American Sociological Review 45: 261-76.
- _____.; Astone, N.M. (1986). *“The Transition to Adulthood.”* Annual Review of Sociology N° 12: 109-30.
- Katzman, R. (1999) *“El vecindario también importa”*, PNUD,
- _____.; Filgueira, F. (2001). *“Panorama de la infancia y la familia en Uruguay”*, UCU/IIN Montevideo.
- _____.; Rodríguez, F. (2006). *“Situación de la educación en el Uruguay”*, Informe temático, UNFPA – PNUD – INE, Montevideo.
- Kertzer, D.I. (1983). *“Generation as a sociological problem”*. In R.H. Turner and J. F. Short, Jr. (Eds.), *“Annual review of sociology”*, Palo Alto CA: 125-149.
- Kohli, M.; Rosenow, J.; Wolf, J. (1983). *“The social construction of ageing through work: economic structure and life-world”*. Ageing and Society 3: 23-42.
- _____. (1986). *“The World We Forgot: A Historical Review of the Life Course.”* in *“Later Life: The Social Psychology of Aging”*, edited by V.W. Marshall. Beverly Hills, CA: Sage Publications: Pp. 271-303.

- Lesthaeghe, R. (1983). "A Century of Demographic and Cultural Change in Western Europe: An Exploration of Underlying Dimensions." *Population and Development Review* 9(3): 411-435.
- _____. (2010). "The Unfolding Story of the Second Demographic Transition", Paper to be presented at the Conference on "Fertility in the History of the 20th Century – Trends, Theories, Public Discourses, and Policies." Akademia Leopoldina & Berlin-Brandenburgische Akademie.
- Macmillan, R. (2005), "The structure of the life course: classic issues and current controversies" en "The structure of the life course: standardized? Individualized? Differentiated?", Macmillan, Ross (Ed.), ELSEVIER, JAI.
- Madigson, J. (1981). "Qualitative Variance, Entropy, and Correlation Ratios for Nominal Dependent Variable", *Social Science Research*, N° 10.
- Mannheim, K. (1952). "The Problem of Generations", in *Essays on the Sociology of Knowledge*, edited by D. Kecskemeti London: Routledge and Kegan. Pp. 286-323.
- Marini, M.M. (1978). "The Transition to Adulthood: Sex Differences in Educational Attainment and Age at Marriage". *American Sociological Review* 43:483-507.
- Mayer, K.U; Müller, W. (1986). "The state and the structure of the life course", in: Sørensen, A. B./Weinert, F. E./Sherrod, L. (Eds.): "Human Development and the Life Course, Multidisciplinary Perspectives", Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates Publishers: 217-245.
- _____. (1986). "Structural Constraints on the Life Course" En *Human Development*, N° 29.
- _____. (1988). "The Life Cycle Work", ponencia presentada en La Conferencia Población y Sociedad Europea", Florencia.
- _____. (1991). "Life course in the Welfare State" en en W. R. Heinz (comp.) "Theoretical Advances in Life Course Research" Walter Heinz (Ed.), Deutscher Studien Verlag.
- _____. (1997). "Notes on a comparative political economy of life course". *Comparative Social Research*, Volume 16: 203-226.
- _____. (2001). "The paradox of global social change and national path dependencies. Life course patterns in advanced societies", en A. Woodward y M. Kohli (comp.) *Inclusions and Exclusions in European Societies*. New York: Routledge. Pp. 89-110.
- _____. (2004). "Whose lives? How history, societies, and institutions define and shape life courses." *Research in Human Development* N° 1: 161-187.
- _____. (2005). "Life courses and life chances in a comparative perspective", in: Svallfors, S. (ed.), "Analyzing Inequality: Life Chances and Social Mobility in Comparative Perspective", Palo Alto, CA: Stanford University Press, 17-55.
- _____. (2009). "New Directions in Life Course Research", *Arbeitspapiere-Mannheimer Zentrum für Europäische Sozialforschung*: 122.
- Marshall, V.W.; Mueller, M.M. (2003). "Theoretical Roots of the Life-Course Perspective." Pp. 3-32 in "Social Dynamics of the Life Course: Transitions, Institutions, and Interrelations", edited by W.R. Heinz and V.W. Marshall. New York: Aldine De Gruyter.
- Mennell, S. (1992). "Norbert Elias: an introduction", University College Dublin Press, Dublin.

- _____.; Goudsblom, J. (1998). *"On civilization, power and knowledge. Selected Writings"*, University of Chicago Press, USA.
- Midaglia, C. (2000). *"Alternativas de protección a la infancia cadenciada. La peculiar convivencia de lo público y privado en el Uruguay"*. Colección Becas de Investigación CLACSO-Asdi, Buenos Aires.
- _____. ; Castillo, Marcelo (2010). *"La oferta pública social en el Uruguay 2005-2009"*. Informe final del convenio con el Instituto de Ciencia Política/FCS/UdelaR. En Uruguay Social Volumen 4. MIDES, Montevideo.
- Mills, W.C. (2003). *"La imaginación Sociológica"* Fondo de Cultura Económica, México.
- Modell, J., Furstenberg, F.F.; Hershberg, T. (1976). *"Social Change and Transitions to Adulthood in Historical Perspective."* Journal of Family History N° 1: 7-32.
- _____.; Hareven, T. (1978), *"Transitions: Patterns of Timing"* en Transitions. The family and the life course in Historical Perspective", Hareven, Tamara K. (Ed.) Academic Press. New York.
- _____. (1989). *"Into one's own"*, University of California Press, Berkeley.
- _____.; Goodman, M. (1990). *"Historical Perspectives."* In *At the Threshold: The Developing Adolescent*, edited by S.S. Feldman and G.R. Elliott, Cambridge, MA: Harvard University Press, Pp. 93-122.
- Mortimer, J.; Shanahan, M. (eds). (2003). *Handbook of the life course*. Kluwer Academic/Plenum, New York.
- Nahum, B. (1991), *"Crisis, política y recuperación económica-1930-1958"*, Tomo 7, Ediciones Banda Oriental, Montevideo.
- _____. (1996), *"La época batllista-1905-1929-"*, Tomo 6, Ediciones Banda Oriental, Montevideo.
- _____. (1997), *"El fin del Uruguay liberal 1959-1973"*, Tomo 8, Ediciones Banda Oriental, Montevideo.
- Notaro J. (2005), *"El problema del empleo en Uruguay. Diagnósticos y propuestas"*. Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo.
- Oppenheimer, V.K., Kalmijn, M.; Lim, N. (1997). *"Men's Career Development and Marriage Timing During a Period of Rising Inequality."* Demography N° 34: 311-30.
- OPP (2003). *"El gasto público social. Una aproximación a su estudio y cuantificación"*. Asesoría Técnica para Políticas Sociales de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto de la Presidencia de la República. www.opp.gub.uy/docus/gps_2.pdf.
- O'Rand, A.M. (1995). *"The Cumulative Stratification of the Life Course."* Pp. 188-207 in "Handbook of Aging and the Social Sciences", Fourth Edition, edited by R. H. Binstock and L.K. George. New York: Academic Press.
- Ossowski, S. (1974). *"Interpretaciones de la estructura de clases"* en Stern, C. *"Desigualdad social. Teorías de la estratificación y movilidad sociales"*. Sepsetentas. México.
- Panizza, F. (1990). *"Uruguay: batllismo y después"*, Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo.
- Paredes, M. (2003). *"Los cambios en la familia en Uruguay: ¿Hacia una segunda transición demográfica?"* Pp. 73-102 Udelar/UNICEF, Nuevas Formas de Familia. Perspectivas nacionales e internacionales, Udelar/UNICEF. Montevideo.

- _____.; Varela, C. (2005) *“Aproximación sociodemográfica al comportamiento reproductivo y familiar en el Uruguay”*. Documento de Trabajo N° 67, Programa de Población - Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo.
- Patón Casas, J. (2007). *“Emancipación juvenil y políticas de vivienda en Europa”*, Servei Municipal d’Ocupació, Ajuntament de Tarragona.
- Pérez Sáinz, J.P. (1996) *“Los nuevos escenarios laborales de América Latina”*, Nueva Sociedad N°. 143, Caracas.
- Peri, A. (2003). *“Dimensiones ideológicas del cambio familiar”* en *“Nuevas formas de familia. Perspectivas nacionales e internacionales”*, Universidad de la República–UNICEF, Montevideo.
- _____.; Pardo, I. (2008). *“Nueva evidencia sobre la Hipótesis de la Doble Insatisfacción: ¿cuán lejos estamos de que toda la fecundidad sea deseada?”*. Serie Divulgación N° 2, UNFPA, Montevideo.
- Pellegrino, A. (2003). *“Caracterización Demográfica del Uruguay”*. Documento preparado como texto para uso de los estudiantes. Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo.
- _____. (2008) *“La población y el crecimiento”*. En: Varela, C. (Coord.) *Demografía de una sociedad en transición. La población uruguaya a inicio del siglo XXI*. Programa de Población–United Nations Population Fund (UNFPA). Montevideo
- Polanyi, K. (1994). *“La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo”*, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.
- Riley, M.W.; Johnson, M. E; Fonner, A. (1972). *“Aging and Society: A Sociology of Age Stratification”*, Russell Sage Foundation Publications.
- Riley, M.W.; Kahn, R.L.; Fonner, A. (1994). *“Age and structural lag: society failure to provide meaningful opportunities in work, family, and leisure”*, Wiley, New York.
- Ryder, N. (1965). *“The Cohort as a Concept in the Study of Social Change”*. American Sociological Review N° 30:843-861.
- Saraví, G.A. (2009). *“Transiciones vulnerables: juventud, desigualdad y exclusión en México”*, CIESAS, México.
- Settersten, R.A. (1997). *“The Measurement of Age, Age Structuring, and the Life Course.” Annual Review of Sociology N° 23: 233-61.*
- _____. (2002). *“Age Structuring and the Rhythm of the Life Course.”* Pp. 81-98 in *“Handbook of the Life Course”*, edited by Jeylan Mortimer and Michael Shanahan. New York: Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- _____.; Rumbaut R.G., Furstenberg F.F. (2005). *“On the Frontier of Adulthood: Emerging Themes and New Directions.”* Pp. 3-25 in *“On the Frontier of Adulthood: Theory, Research, and Public Policy”*, edited by R.A. Settersten, F.F. Furstenberg, and R.G. Rumbaut. Chicago, IL: The University of Chicago Press.
- Shanahan, M.J. (2000). *“Pathways to Adulthood in Changing Societies: Variability and Mechanisms in Life Course Perspective.”* Annual Review of Sociology N° 26: 667-692.
- Tilly, Ch. (2000). *“La desigualdad persistente”*, Editorial Manantial, Argentina.
- Tuirán, R.A. (1998). *“Demographic change and family and non family related”* Tesis de doctorado, The University of Texas at Austin”, Austin.

- Varela, C., Pollero, R., Fostick, A. (2008). *“La fecundidad: evolución y diferenciales en el comportamiento reproductivo. En: Varela, C. (coord.) Demografía de una sociedad en transición. La población uruguaya a inicio del siglo XXI. Programa de Población–United Nations Population Fund (UNFPA). Montevideo.*
- Veiga, D. (1991). *“Desarrollo regional en el Uruguay: características y evolución reciente”*. CIESU.
- Videgain, A.K. (2006). *“Análisis de los cambios en la transición a la adultez en mujeres de distintas cohortes en contexto de cambios sociales en el Uruguay contemporáneo”*, Tesis de Maestría en Demografía. CEDUA-Colegio de México, México.
- Vigorito, A.; Pellegrino, A. (2004). *“La emigración uruguaya durante la crisis de 2002”*. Instituto de Economía, FCEyA, Serie Documentos de Trabajo.
- _____ (2005). *“Asignaciones familiares, distribución del ingreso y pobreza en Uruguay. Un análisis para el período 2001-2004”* en *“Asignaciones familiares, pensiones alimenticias y bienestar de la infancia en Uruguay.”* UNICEF–Universidad de la República del Uruguay, Montevideo.
- Weber, M. (1979). *“Economía y sociedad”*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro I.1. Los términos y sus definiciones conceptuales involucrados en la estructuración de los cursos de vida.....	40
Cuadro II.1. Caracterización de etapas en la reforma comercial.	64
Cuadro II.2. Períodos en el empleo de 1984 a 2004.....	68
Cuadro II.3. Reseña de la legislación laboral con enfoque de género.....	87
Cuadro II.4. Cambio institucional respecto a la niñez y adolescencia.....	89
Cuadro III.1. De los estatus a las transiciones.....	103
Cuadro IV.1. Prevalencia, calendario y dispersión del estatus “no reside con los padres”, Mujeres y varones en 1985, 1996 y 2006.....	116
Cuadro IV.2. Prevalencia, calendario y dispersión del estatus “alguna vez unido”, mujeres y varones en 1985, 1996 y 2006.....	118
Cuadro IV.3. Prevalencia, calendario y dispersión del estatus “tiene al menos un hijo”, mujeres en 1985, 1996 y 2006.....	119
Cuadro IV.4. Prevalencia a edades específicas del estatus de estudiante, mujeres y varones en 1985, 1996 y 2006.....	120
Cuadro IV.5. Calendario y dispersión del estatus “no estudia”, mujeres y varones en 1985, 1996 y 2006.....	120
Cuadro IV.6. Prevalencia, calendario y dispersión del estatus “trabaja”, mujeres y varones en 1985, 1996 y 2006.....	122
Cuadro IV.7. Prevalencia a edades específicas del estatus de estudiante en mujeres, 1985 y 2006.....	134
Cuadro IV.8. Prevalencia a edades específicas del estatus de estudiante en varones, 1985 y 2006.....	135
Cuadro V.1. Variable “combinación de estatus” (estados).....	146
Cuadro V.2. Resumen de cambios en el tiempo en la heterogeneidad de estados.....	157
Cuadro V.3. Referencias a los códigos de los 16 estados lógicamente posibles en varones.....	162
Cuadro V.4. Proporción de entropía máxima alcanzada por rangos de edades.....	162
Cuadro V.5. Porcentaje de cambio en el índice de entropía para cada etapa del curso de vida eliminando de a un estatus por vez, para mujeres y varones en 1985, 1996 y 2006.....	163

Cuadro V.6. Distribución de estados para mujeres en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo. En 1985, 1996, 2006.....	164
Cuadro V.7. Distribución de estados para mujeres sin considerar el estatus de “madre” en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo. En 1985, 1996 y 2006.....	165
Cuadro V.8. Distribución de estados para varones en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo. En 1985, 1996 y 2006.	165
Cuadro V.9. Proporción de mujeres y varones en relación a algunos estados específicos en el grupo de edad de 17 a 24 años, Gran Montevideo. En 1985, 1996 y 2006.....	170
Cuadro V.10. Proporción de mujeres y varones en relación a algunos estados específicos en el grupo de edad de 25 a 34 años, Gran Montevideo. En 1985, 1996 y 2006.	173
Cuadro VI.1. Proporción de mujeres de tres estratos en relación a algunos estados específicos en el grupo de edad de 17 a 24 años, Gran Montevideo. En 1985 y 2006.....	199
Cuadro VI.2. Proporción de mujeres de tres estratos en relación a algunos estados específicos en el grupo de edad de 25 a 34 años, Gran Montevideo. En 1985 y 2006.	200
Cuadro VI.3. Proporción de varones de tres estratos en relación a algunos estados específicos en el grupo de edad de 17 a 24 años, Gran Montevideo. En 1985 y 2006.....	203
Cuadro VI.4. Proporción de varones de tres estratos en relación a algunos estados específicos en el grupo de edad de 25 a 34 años, Gran Montevideo. En 1985 y 2006.....	203
Cuadro VI.5. Porcentaje de cambio en el índice de entropía para cada etapa del curso de vida eliminando de a un estatus por vez, para mujeres de distintos estratos. Gran Montevideo, 1985 y 2006.	207
Cuadro VI.6. Porcentaje de cambio en el índice de entropía para cada etapa del curso de vida eliminando de a un estatus por vez, para varones de distintos estratos. Gran Montevideo, 1985 y 2006.....	208
Cuadro VI.7. Distribución de estados para mujeres de tres estratos en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo, 1985.....	209
Cuadro VI.8. Distribución de estados para mujeres de tres estratos en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo, 2006.....	210
Cuadro VI.9. Distribución de estados para mujeres de tres estratos sin considerar el estatus de “madre” en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo, 1985.....	211
Cuadro VI.10. Distribución de estados para varones de tres estratos en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo, 1985.....	211
Cuadro VI.11. Distribución de estados para mujeres de tres estratos sin considerar el estatus de “madre” en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo, 2006.....	212
Cuadro VI.12. Distribución de estados para varones de tres estratos en distintas etapas del curso de vida, Gran Montevideo, 2006.....	212

Cuadro VI.13. Resumen de los procesos anteriormente identificados en mujeres en los distintos estratos.....	216
Cuadro VI.14. Resumen de los procesos anteriormente identificados en varones en los distintos estratos.....	217
Cuadro A.III.1. Localidades que componen cada una de las áreas del Gran Montevideo (Montevideo y su área metropolitana)	237
Cuadro A.III.2. Distribución porcentual de la población entre las áreas del Gran Montevideo en el censo de 1985, censo de 1996 y ENHA 2006.....	238
Cuadro A.III.3. Recodificación de la variable parentesco.....	238
Cuadro A.III.4. Recodificación de la variable asistencia a estudiar.....	239
Cuadro A.III.5. Recodificación de la variable estado conyugal.....	239
Cuadro A.III.6. Recodificación de la variable número de hijos.....	240
Cuadro A.III.7. Distribución porcentual de la población entre las áreas del gran Montevideo en el censo de 1985, censo de 1996 y ENHA 2006.....	242
Cuadro A.III.8. Composición barrial de los estratos sociales para 1985 y 2006.....	248
Cuadro A.IV.1. Prevalencias de cada estatus a edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres y hombres de cohorte sintética 1985.....	249
Cuadro A.IV. 2. Prevalencias de cada estatus a edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres y hombres de cohorte sintética 1996.....	250
Cuadro A.IV.3. Prevalencias de cada estatus a edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres y hombres de cohorte sintética 2006.....	251
Cuadro A.V.1. Índice de entropía y proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres y varones de cohorte sintética 1985.....	252
Cuadro A.V.2. Índice de entropía y proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres y varones de cohorte sintética 1996.....	253
Cuadro A.V.3. Índice de entropía y proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres y varones de cohorte sintética 2006.....	254
Cuadro A.V.4. Proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres de tres cohortes sintéticas de ciudades de América Latina.....	255

Cuadro A.V.5. Proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) para mujeres de tres cohortes sintéticas de ciudades de América Latina.....	256
Cuadro A.V.6. Proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) para varones de tres cohortes sintéticas de ciudades de América Latina.....	257
Cuadro A.V.7. Proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) para varones de tres cohortes sintéticas de ciudades de América Latina.....	258
Cuadro A.VI.1. Índice de entropía alcanzado por edades específicas (de 6 a 45 años) por estratos sociales en mujeres, 1985 y 2006.....	259
Cuadro A.VI.2. Proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) por estratos sociales en mujeres, 1985 y 2006.....	260
Cuadro A.VI.3. Índice de entropía alcanzado por edades específicas (de 6 a 45 años) por estratos sociales en varones, 1985 y 2006.....	261
Cuadro A.VI.4. Proporción de entropía máxima alcanzada por edades específicas (de 6 a 45 años) por estratos sociales en varones, 1985 y 2006.....	262
Cuadro A.VI.5. Aportación al cambio de la entropía global entre 1985 y 2006 por estrato, mujeres.....	263
Cuadro A.VI.6. Aportación al cambio de la entropía global entre 1985 y 2006 por estrato, varones.....	264

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura III.1. Diagrama de Lexis Ubicación de las tres cohortes juveniles en los tres períodos analizados (1985, 1996 y 2006).....	107
Figura IV.1. Prevalencia a los 45 años de edad por sexo, para cada estatus, para primer medida.....	126
Figura IV.2. Prevalencia a los 45 años de edad por sexo, para cada estatus, para última medida.....	127
Figura IV.3. Prevalencia a los 45 años de edad por estatus, por sexo, para 1985, 1996, 2006....	128
Figura IV.4. Calendario del segundo al octavo decil, para cinco estatus, por sexo, para 1985, 1996, 2006.....	129
Figura IV.5. Calendario del segundo al octavo decil, para cinco estatus, mujeres de seis ciudades.....	130
Figura IV.6. Calendario del segundo al octavo decil, para cinco estatus, varones de seis ciudades.....	131
Figura IV.7. Calendario del segundo al octavo decil, para cinco estatus, para mujeres y varones de seis ciudades en la primera década del S.XXI.....	132
Figura IV.8. Prevalencia a los 45 años de edad por estatus, mujeres de distintos estratos residencias, 1985, 1996, 2006.....	138
Figura IV.9. Prevalencia a los 45 años de edad por estatus, varones de distintos estratos residencias, 1985, 1996, 2006.....	139
Figura IV.10. Calendario del segundo al octavo decil, para cinco estatus, mujeres de distintos estratos residencias, 1985, 2006.	140
Figura IV.11. Calendario del segundo al octavo decil, para cinco estatus, varones de distintos estratos residencias, 1985, 2006.	141
Figura V.1. Tamaño de la entropía conjunta dada varias combinaciones de la entropía de estatus simples e información mutua.....	149
Figura V. 2. Porcentaje de entropía máxima alcanzada a edades específicas en el tiempo, para mujeres de seis ciudades de América Latina.....	159
Figura V.3. Porcentaje de entropía máxima alcanzada a edades específicas en el tiempo, para varones de seis ciudades de América Latina.....	160
Figura A.I.1. Esquemas egocéntricos y esquemas a partir de figuraciones.....	236

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico II.1. Pirámide poblacional, Montevideo 1985.....	60
Gráfico II.2. Pirámide poblacional, Montevideo 1996.....	60
Gráfico V.1. Porcentaje de la entropía máxima alcanzada por edades específicas. Mujeres 1985, 1996, 2006.	152
Gráfico V.2. Porcentaje de la entropía máxima alcanzada por edades específicas. Varones 1985, 1996, 2006.	152
Gráfico V.3. Tasa de cambio en la entropía a edades específicas entre 1985 y 1996 y entre 1985 y 2006. Mujeres.	153
Gráfico V.4. Tasa de cambio en la entropía a edades específicas entre 1985 y 1996 y entre 1985 y 2006. Varones.	153
Gráfico V.5. Proporción de máxima entropía alcanzada. Mujeres principios de S. XXI en seis ciudades capitales de América Latina.....	156
Gráfico V.6. Proporción de máxima entropía alcanzada. Varones principios de S. XXI en seis ciudades capitales de América Latina.	156
Gráfico VI.1. Porcentaje de la entropía máxima alcanzada por edades específicas, Mujeres de tres estratos, 1985.	185
Gráfico VI.2. Porcentaje de la entropía máxima alcanzada por edades específicas, Mujeres de tres estratos, 2006.	185
Gráfico VI.3. Porcentaje de la entropía máxima alcanzada por edades específicas, Varones de tres estratos, 1985.	185
Gráfico VI.4. Porcentaje de la entropía máxima alcanzada por edades específicas, Varones de tres estratos, 2006.	185
Gráfico VI.5. Proporción de HE y HD por edades específicas. Mujeres, 1985.....	193
Gráfico VI.6. Proporción de HE y HD por edades específicas. Mujeres, 2006.....	193
Gráfico VI.7. Proporción de HE y HD por edades específicas. Varones, 1985.....	194
Gráfico VI.8. Proporción de HE y HD por edades específicas. Varones, 2006.....	194
Gráfico VI.9. Cambio en la entropía global, HE y HD entre 1985 y 2006, mujeres.....	195
Gráfico VI.10. Cambio en la entropía global, HE y HD entre 1985 y 2006, varones.....	195
Gráfico VI.11. Cambio de la entropía global entre 1985 y 2006, mujeres.....	196

Gráfico VI.12. Contribución de cada estrato al cambio en la medida de entropía global entre 1985 y 2006, mujeres.....	196
Gráfico VI.13. Cambio de la entropía global entre 1985 y 2006, varones.....	197
Gráfico VI.14. Contribución de cada estrato al cambio en la medida de entropía global entre 1985 y 2006, varones.....	197